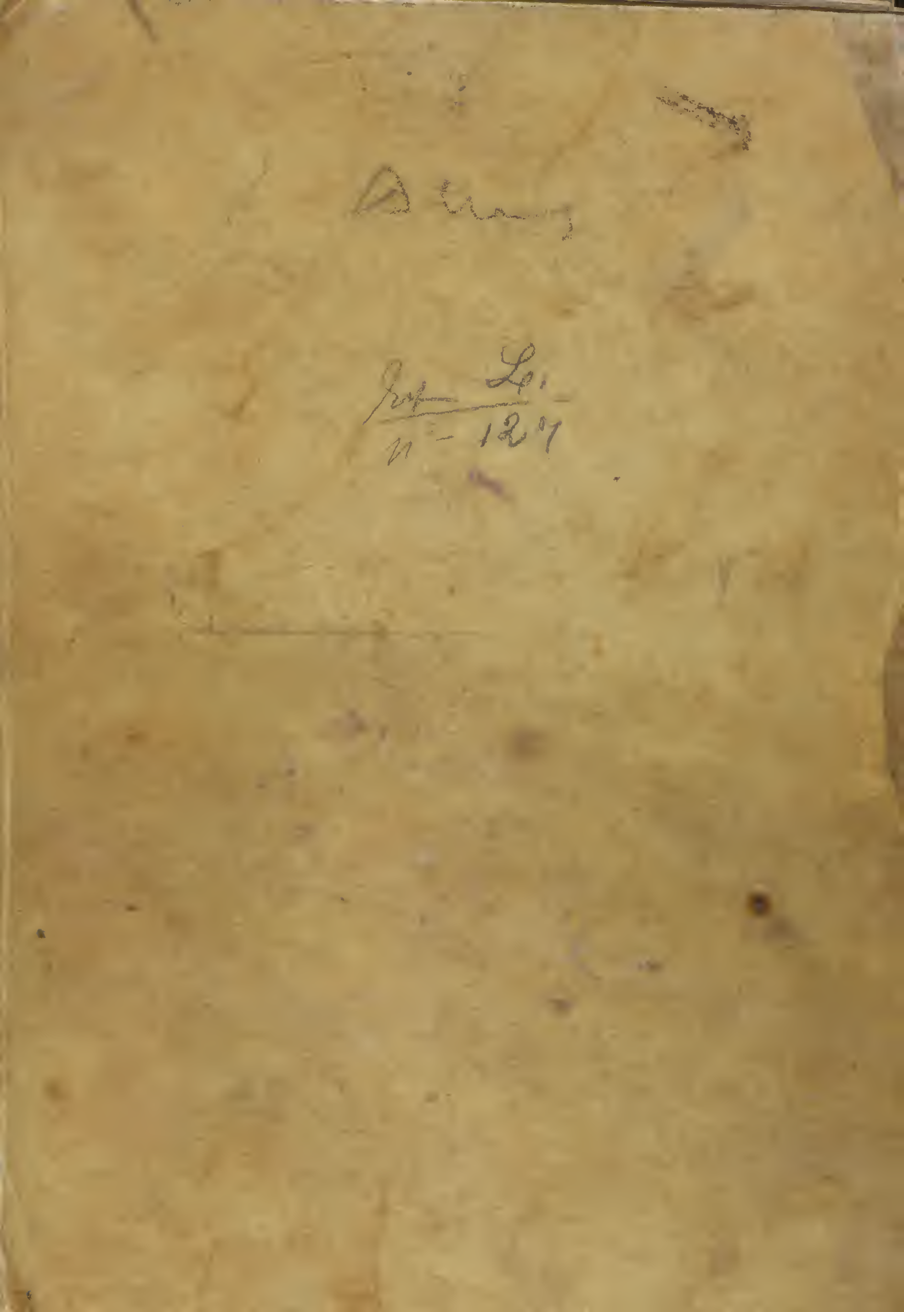


MUGERES DE LA BIBLIA.

Tomo Primero.





MUGERES

DE LA

BIBLIA

Obra dedicada al

EXMO. É ILUSTRISIMO

S.r D. NICOLAS LUIS DE LEZO.

Tomo 1.º

BARCELONA.

LLORENS HERMANOS
EDITORES

Sala



MUGERES
DE LA BIBLIA.

OBRA REFUNDIDA

por

D. Joaquin Roca y Cornet,

Y ADORNADA

CON PRECIOSISIMAS LÁMINAS
QUE REPRESENTAN LAS MUGERES MAS CÉLEBRES ASÍ DEL ANTIGUO COMO DEL NUEVO TESTAMENTO,
ABIERTAS AL ACERO POR LOS ARTISTAS MAS ACREDITADOS
DE PARÍS Y DE LÓNDRES

TOMO PRIMERO.

MADRID, LIBRERÍA DE LA PUBLICIDAD.

BARCELONA, LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE ANCHA.

LLORENS HERMANOS, EDITORES.

1850.

ADVERTENCIA. La esplicacion de las notas se halla al final de cada biografía.

Barcelona,
IMPRENTA DE LUIS TASSO, CALLE DE BASEA
núm. 36.

Al Exmo. é Illmo. Señor Don Nicolás Luis de Lezo,

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica
Arzobispo de Seleucia, Abad de la Real é Insigne Colegial Parroquial de la Santísima Trinidad del Real Sitio de San Ildefonso,
y su territorio separado **vere nullius**, Confesor de S. M. la Reina Madre Doña María Cristina de Borbon,
Pro-Capellan Mayor Honorario, Capellan de Honor y Predicador de S. M. la Reina Nuestra Señora,
Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica, Comendador de número
de la Real y distinguida de Carlos III, condecorado con la de Santa Isabel,
propia de los Capellanes de Honor, del Consejo de S. M.
etc. etc.

Exmo. y Rmo. Sr.

La obra de las MUGERES DE LA BIBLIA tan interesante por su mérito artístico como por la amena variedad de los cuadros que ofrece, reuniendo la belleza de las situaciones á la saludable oportunidad de la doctrina, libro á la vez religioso y de recreo, ¿á qué conocedor mas digno podia ser dedicado que á V. E. I. que reune á los mas puros y arraigados sentimientos religiosos el don de un gusto el mas exquisito y depurado? Si hasta ahora el público ha dado muestras de acoger con avidez las bellas y escogidas biografías, sacadas del libro mejor que poseen los hombres porque procede del cielo, adquirirán un nuevo realce desde el momento en que aparezca al frente el nombre de un prelado como el de V. E. I. cual una poderosa garantía para estimular á la lectura de una produccion que sale á luz refundida en nuestra lengua, y á cuyas galas artísticas se han procurado añadir todos los recursos de la erudicion y del esmero, para que saliese digna del público español.

La bondad pues de V. E. I. en admitir por decirlo así bajo su tutela las MUGERES DE LA BIBLIA será un nuevo motivo de eterno reconocimiento por parte de los que ruegan al cielo se digne conservar los preciosos dias de V. E. I. para bien de la Religion y de la patria.

Barcelona 1.º de Enero de 1850.

Exmo. y Rmo. Sr.

B. L. M. de V. E. I.

Los Editores.

INTRODUCCION.

Uno de los mas importantes hechos que surgen á primera vista de la historia de la humanidad, hecho constante, perpetuo, culminante, tan digno de la penetrante ojeada del filósofo, como de las detalladas investigaciones del historiador, es la doble suerte que ha cabido á la bella pero débil mitad del género humano, á la digna compañera del hombre, á la muger. Esta no habia sido criada ciertamente para la condicion humillante á que la vemos reducida en el antiguo mundo. Su derecho se halla consignado en las primeras páginas de nuestros libros santos; allí donde se dice que, criando Dios al hombre á su imagen, los crió macho y hembra: *masculum et fœminam creavit eos*, y formó á la muger de una de las costillas de Adan, á fin de que tuviese *una ayuda semejante á él.* Así la proclama el progenitor de los hombres, cuando á vista de este ser tan parecido á sí mismo, prorrumpe á presencia del Criador en aquellas palabras: He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; llamarse ha la hembra *virago* porque del hombre ha sido sacada, y por esto el hombre deja-

rá á su padre y á su madre y se unirá á su muger, y serán dos en una misma carne.

Estas palabras revelan una de las primeras leyes de la humanidad, aun en su estado de perfeccion, de inocencia y de ventura. Constituyen á la muger inseparable compañera del hombre, como parte de él y con él ligada con estrecho vínculo de unidad perpetua, indisoluble y santa. No fué admitido en aquella sancion augusta de los derechos de la muger ni el divorcio, ni la poligamia, llagas profundas que abrió despues la corrupcion en el seno de las familias.

La igualdad de orígen y de destino, la union perfecta é indisoluble, ved ahí lo que primitivamente quedó instituido por la obra de la creacion. El hombre que suministró la materia al Artífice supremo, el hombre que puso su denominacion á la muger, parece tener con esto algun derecho á la primacia; pero esta primacia no constituye un derecho de imperio: la muger es en realidad la compañera, y puede decirse la igual de su esposo.

El divino Platon pinta al hombre nacido al principio *androgyno*, es decir, macho y hembra, y separado despues por la divinidad en dos mitades que tienden naturalmente á unirse. Esta idea la tomó quizá de algunas antiguas tradiciones, y aun parece mas probable que la adquiriese de los judíos, con los cuales pudo tener alguna relacion en sus viages á Ejipto. Estos le representarian á Dios, tomando una de las costillas del hombre para formar la muger, y esta representacion guarda bastante analogía con su *androgyno*.

¿Qué revolucion moral, pues, puede cambiar tan íntimas relaciones y abolir entre el hombre y la muger esta carta de igualdad natural? No es este el lugar propio para describir la historia de aquella catástrofe, primera causa y anillo de la cadena inmensa de dolores que afligen al género humano, de aquel momento fatal, cuando, en frase de un poeta,

....Quedó sacrificado un mundo
A las gracias de un ruego.

La culpa es la enemiga de toda igualdad y el origen de toda servidumbre. Adan pecó, pero pecó instigado por Eva, y la voz de nues-

tro primer padre resonó en los desiertos del Edén para acusar á su compañera. Entonces dijo Dios á la muger: Estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará.

Desde aquel momento todo cambia de aspecto; y, prueba asombrosa de la verdad de las Escrituras! no solamente la prediccion se cumple con una fidelidad terrible, sino que la muger, decaida y encorvada bajo la tiranía del hombre, quedará en esta posicion de inferioridad y de servidumbre, hasta el dia en que, rompiendo la cabeza del maldito reptil, segun la promesa de Dios que le condena, dará á luz á su libertador. Ved ahí la doble suerte de que hemos hablado; ved ahí el hecho grande y uno de los mas importantes sucesos que dominan en la historia de la humanidad.

Al mismo tiempo, y como para justificar la opresion de que viene ella á ser víctima, los hombres se transmitirán en sus fábulas el recuerdo alterado de su historia. Y aunque muy pronto habrán olvidado su origen, que la hacia igual á ellos, se acordarán de su falta que la perdió, perdiéndolos á todos; y la palabra acusadora del primer hombre, repetida de edad en edad por sus hijos, resonará como una voz de maldicion al través de los siglos.

Las tradiciones chinas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, anuncian por algunos pasages del Chi-King, la causa de la caida del hombre. En un canto fúnebre, especie de monumento precioso del dogma primitivo, se notan estas palabras: «Levanto los ojos hácia el cielo, y me parece como de bronce: largo tiempo hace que nos oprime el infortunio: perdido se halla el mundo, y el crímen se derrama como un veneno fatal. Tendidas se hallan donde quiera las redes del pecado, y no se advierte apariencia de remedio. ¡Dichosos, campos teníamos: la muger nos los ha arrebatado. Todo nos estaba sujeto: la muger nos ha precipitado en la esclavitud: la inocencia es lo que ella aborrece; el crímen es lo que ama. El marido prudente rodea el recinto de murallas, pero la muger que todo lo quiere saber, las destruye. ¡Oh cuan astuta es! Es un pájaro cuyo grito es funesto; tiene demasiada lengua: es la escala por donde descendieron todos nuestros males. Nuestra perdicion no vino del cielo:

la muger es la causa de ella; todos cuantos no escuchan las lecciones de la prudencia se asemejan á esta infeliz. Ella perdió el género humano. Primero fue esto un error, despues un crímen. Ella ni aun se reconoce; que hice yo? esclama. El hombre sensato no debe esponerse al peligro del comercio con ella, ni la muger mezclarse en otra cosa que en coser é hilar.» Y en otro pasage del mismo libro, se lee «Si divagamos errantes por estos desiertos, cubriendo nuestra desnudez con hojas de árbol, la muger es quien tiene la culpa (1).» Es inútil preguntar á los chinos la esplicacion de estos textos que ellos se contentan con admitir literalmente.

Los persas nos dicen en su Zend-Avesta, que el cielo estaba destinado al hombre á condicion de que fuese humilde en pensamientos y en acciones, y representaban el genio del mal bajo la forma de la serpiente *Abriman*, que lleno de muertes vió á *Ormuzd* y á su consorte en el Ecrime-Veedio ó sea jardin de la tierra, y viendo al hombre puro, quedó abatido. Trató de seducirles, empezó por la muger, y les dió frutas que ellos comieron, y les habló de las muchas ventajas que gozaban: no les quedó mas que una (2).

Para esplicar el orígen de los males que nos agovian, los mejicanos mostraban en una pintura la conversacion de la muger y de la gran serpiente, la cual representada en relacion con la madre de los hombres, es el genio del mal, un verdadero demonio (3).

Los iroqueses sabian la historia de la muger, que se dejó engañar al pié de un árbol; el enojo de Dios que la expelió, tuvo «dos hijos que se batieron, y el uno fué muerto (Abel).» De esta muger han descendido los demás hombres por una série de generaciones (4). Los salivas tienen tambien la tradicion de la gran serpiente, á la que venció Puru, el hijo del Altísimo (5). Como la mayor parte de las hordas del Africa, las tribus americanas conservan sobre la serpiente relatos misteriosos; y es de notar en casi todos los pueblos antiguos de las mas distantes partes del globo ese culto tradicional de la serpiente, mirada siempre como un númen terrible, ó como un símbolo de la desgracia ó de la destruccion. Aun en aquellos pueblos en que la serpiente no ha sido mirada como un genio maléfico y te-

mible, se ha representado como emblema de la astucia, de la ciencia y de la prevision, caracteres que tampoco se separan de la idea de la tradicion primitiva. Es igualmente tradicional su enemistad eterna con la muger, enemistad que data del principio del mundo, y que lleva siempre consigo por causa la idea del engaño ó de la prevaricacion.

Conocida es la opinion de los antiguos egipcios en esta parte, por el célebre monumento geroglífico que el sabio Norden descubrió en Tébas en 1737, en cuyo poder se halla la lámina de esta medalla. Si yo no me engaño, dice este ilustre dinamarqués, aquí hay una alusion á la caida de Adan y Eva. Represéntase con un árbol verde, á cuya derecha se ve á un hombre sentado, teniendo en la mano derecha un instrumento con el cual parece se quiere defender contra una pequeña figura oval cubierta de caractéres geroglíficos, que le presenta una muger en pié á la izquierda del árbol, mientras que con la otra mano acepta él lo que se le presenta. Detras del hombre se descubre una figura tambien en pié, cubierta la cabeza con una mitra, y que le alarga la mano (6).

Y pasando de golpe á la edad dorada de la risueña Grecia, en cuyas producciones como en un espejo brillante reflejaba todo el fulgor de las antiguas tradiciones de los pueblos, ¿quién no vé en el Prometeo de Esquiles el mas bello y curioso resúmen de todas ellas y una especie de profecía mitológica de las grandes verdades del cristianismo? Pero concretémonos á los dolores y gemidos de la muger representadas en la persona de Io. Hay en la humanidad dos criaturas, una y otra criadas á la imágen de Dios, pero culpables y castigadas una y otra, el hombre y la muger. Hemos visto el sombrío dolor del uno, y aquel sentimiento profundo que participa de la fiereza de su dignidad desquiciada. Mas la otra se derrama en lamentables acentos. Su dolor no tiene ni la orgullosa dignidad ni el varonil carácter de Prometeo. Esquiles que tan habilmente delineaba la humanidad, la representa aquí toda en compendio y en dos solos cuadros: la fuerza desgraciada y fiera por un lado; es una vida de hombre: la debilidad, tan desgraciada, pero impaciente y singularmente impresionable de otro; es una vida de muger. Este cuadro de una doble existencia no es absolutamente verdadero sino colocado á una distancia de diez y ocho siglos.

Víctima de la celeste cólera, Io se pierde como Prometeo en la noche de los tiempos: su padre es Inaco, *Inachus*, que el Sr. Letronne en sus Investigaciones sobre los zodíacos egipcios reconoce muy fundadamente en el *Noachus* bíblico, cuyo hijo Japhet fué dado por padre á Prometeo (7). Así lo vemos tambien en Horacio, cuando en la oda III, del libro I, hablando del que se atrevió á robar el fuego del cielo para derramar las desgracias sobre la tierra, dice

Audax Japeti genus
Ignem fraude malà gentibus intulit:
Post ignem ætheria domo
Subductum, macies et nova februm
Terris incubuit cohors:
Semotique prius tarda necessitas
Lethi, corripuit gradum.

Audáz el hijo de Japeto, osára
La llama ardiente del celeste trono
Pérfido introducir sobre la tierra:
Robado el fuego del etéreo alcázar,
Pálida turba de terribles males
Con dolencia sin fin inundó el mundo;
Y la infalible muerte, antes tardía
Apresuró su voladora planta.

Poner á Noé y á Japhet en el orígen del mundo, ya es mucho: es todo lo que podia hacer la Grecia cuyas primeras tradiciones no suben mas allá del diluvio. Apoderóse pues de estos nombres antiguos de que estaba engreida como si fuesen exclusivamente suyos, y los enlazó con los restos mas antiguos de la tradicion vaga pero sagrada de la caida primitiva.

Jehováh en hebreo se escribe con cuatro letras: *Jeoá* ó *Ieva*. Diodoro de Sicilia pronunció este nombre *Jao* ó *Iao*; Clemente Alejandrino *Iaou*, y Filon de Biblos *Jeuo*. Estas variantes inducen naturalmente á congetu-

rar que *Io* pudo ser una pronunciacion de *Eva*, teniendo en último análisis el mismo sentido y la misma raiz que *Jehováh*, pues la existencia y la vida reside en el fondo de una y de otra expresion. Y facilmente se concibe que *Eva* ó *Io*, significando vida, haya sido representada en la fábula por la *tierra* ó una *vaca* (8), pues tanto la una como la otra de estas espresiones simbolizan la fecundidad, y pudiera muy bien haberse verificado un movimiento en sentido contrario en Roma, que tomó de la palabra griega *Taia*, *tierra* su *Caia* ó *Gaia*, la muger en la fórmula del matrimonio.

Estas analogías aisladas no harian por sí solas bastante fuerza para decidir la cuestion de que *Io* sea realmente la Eva del Paraíso; pero dejan de ser aisladas, cuando, dejando aparte la amalgama mitológica, *Io* tiene todos los caractéres de la infeliz *Eva*; como ella maldita, desgraciada, errante, es asimismo perseguida por la cólera celeste (9) de region en region; la tierra bañada con sus lágrimas, resuena con sus gemidos (10). Pero este carácter aparecerá aun mas verdadero, si le extendemos á la muger en general antes de la venida del Mesías. No se halla feliz en ningun pueblo, su dignidad desconocida, ultrajada; la muger no tenia derecho alguno ni al respeto ni á la justicia: se la encadenaba en lo mas independiente que posee. Venus no es mas que una prostituta á quien los dioses hacen presentes para comprar sus favores; el mismo Júpiter desciende de su trono para perseguir su presa. La muger era tratada con toda la crueldad, con toda la tiranía, con todo el cinismo de un ser sin inteligencia y sin nobleza de corazon.

Así es como la desdichada *Io* dirigiéndose á Prometeo, desgraciado tambien, exclama con el acento del mas profundo dolor: « quién entre todas las desdichadas sufre como yo sufro? — O sagrado hijo de Themis! dime pues el fin de mis males! — Mas no me ocultes lo que debo sufrir aun (11).»

El vate ó profeta guarda silencio.

«¿Que aguardas pues, ó Prometeo, le dice Io, por vida tuya, nada me ocultes. Echada por una voz divina y terrible (12) de la casa paterna, perdí mi hermosura y mi inteligencia (13). ¿Que debo sufrir aun, ó Prometeo? respóndeme, te lo ruego!»

—«Voy á hablar, pues que tanto lo deseas: escucha, hija de Inaco, y no olvides mis palabras, si saber quieres los sufrimientos y el término de tu viaje.»

Despues de haberla presentado errante y rodeada de peligros y de dolores, pasando, sin encontrar la paz, rios y montañas, yendo desde la Scytia salvage entre los calibes del pecho de hierro, del Termodonte y del Bósforo á las riberas del Hybristes y al istmo Cimeriano, Prometeo le dice: «No para aquí, tierna jóven; tu eres la víctima de un marido formidable! Si ahora estás sin consuelo, ¿qué será cuando sepas los males cuyo principio conoces apenas? Tu vida es una mar terriblemente borrascosa (14).

De la misma manera se habia dicho á Eva espulsada del Eden: «Multiplicaré tus dolores y tus partos: parirás con dolor, estarás bajo el poder de tu marido y él será tu señor (15).» Y antes de la regeneracion del mundo por Jesucristo, la muger se halla en un estado de ignominia, de sufrimiento y de servidumbre que protegen las potencias del mundo, la opinion, las leyes y las costumbres. Y donde quiera nuestra religion no domina ¿no la veis aun á lo desgraciada, errante, sin consuelo, trocada por una vaca entre los Tártaros *Nogays*, labrando en Maroc al lado de un buey, en América declarada por una lengua de Ontario no formar parte del género humano, y en la herética Inglaterra vendida por algunos schellings en medio de las plazas públicas?

Nótese que el coro de la tragedia, que representa el pueblo, permanece siempre en el deseo y en la espectacion de la revelacion prometida, y aguarda con impaciencia saber el secreto de lo que la ha de libertar. Esquiles reunió todos los elementos de su respuesta. La suerte del hombre unida á la de la muger por los llantos y la esperanza, no podia esplicarse sin la muger: entrambos debian ser salvados por el mismo misterio.

«Grava, dice entónces Prometeo á la infortunada criatura, grava profundamente en tu corazon las palabras que vá á decirte un desgraciado cuyos dolores no tendrán término hasta la ruina de Júpiter (16).»—O que gozo es el mio, exclama Io, pues él es la causa de mi desgracia (17).—No lo dudes pues un momento, continua el Titan, él será despojado de su

cetro real (18); *una muger parirá un hijo* que le destronará (19). Entónces tu habrás visto el último dia del mundo: habrás dado gritos estremecida al aspecto de los monstruos, habrás oido el bramido de los mares.

« *Io.* — Esta revolucion es pues inevitable?

« *Prom.* — Júpiter no podrá impedirla. Fuerza es que yo sea libertado.

« *Io.* — ¿Quién pues te libertará á pesar suyo?

« *Prom.* — Muger: un hijo de tu raza.

« *Io.* — ¿Que dices? mi hijo te librará (20)?

« *Prom.* — Hay una tierra prometida por los destinos á tú y á tus descendientes por largos años (21); allá en aquella region triangular que baña el sagrado Nilo debe cumplirse la palabra prodigiosa del oráculo que hace poco te llamó sin rebozo futura esposa de Dios (22). Allí será donde una mano divina te tocará solamente, y tu vendrás á ser madre sin haber conocido al hombre, ó vírgen de Inaco (23)! Entonces en fin toda alma habrá encontrado la paz (24); pues de tu raza nacerá un *Fuerte* que será mi libertador. Mi madre, la antigua Justicia, es quien me ha revelado este oráculo (25).»

Este Fuerte, pues, el deseo de Io, la espectacion de Prometeo, la esperanza del pueblo y del mundo representado por el coro, este hijo de prosapia real, salido de una vírgen visitada por un Dios debe tener el poder divino, y dominar sobre la tierra y en los cielos, porque Júpiter caerá; su caida es inevitable é ignominiosa (26). No triunfará del prodigio futuro: el hijo de la jóven doncella (27) hallará una llama mas poderosa que el rayo: una voz mas fuerte que el trueno: romperá el tridente de Neptuno que hace temblar la tierra. «Ve ahí lo que deseo, dice Prometeo, y lo que se cumplirá (28).»

Esquiles no puede ser mas claro, mas explícito, mas preciso, mas enérgico. Pues á mas de anunciar los grandes misterios del cristianismo que debian cumplirse con el tiempo por el Deseado, y el Esperado de las naciones; nos traza con vivos colores la desgracia de la muger, y el cielo airado que la persigue; temperando esta catástrofe terrible con la venida del hijo de una vírgen de estirpe real, cuyos padres habian formado una colonia sobre las márgenes del Nilo, el cual traerá la paz al hombre y á

la muger, Júpiter será destronado, y un nuevo órden de cosas habrá empezado para la humanidad entera.

Tal ha sido pues la antigua tradicion de todos los pueblos. ¿Quién ignora la historia de aquella otra Eva mitológica, Pandora, beldad fatal, creacion aparte del genio de la venganza, á la cual todos los dioses y todas las diosas decoran por desdicha del hombre con los dones mas seductores? La Biblia nos enseña que Dios, antes de formar la muger, se dijo á sí mismo: « No es bueno que el hombre esté solo (29), » y que, despues de haber bendecido á los dos primeros esposos, vió que *todo lo que acababa de hacer era bueno* (30). Al contrario, Hesiodo nos dice que al forjar á Pandora Vulcano, *en lugar de un bien habia fabricado un mal hermoso* (31), expresion que guarda cierta analogía con la idea de Milton cuando llama á la muger *bello defecto de la naturaleza*. Dícenos el mismo escritor que Epimetheo al recibirla, *recibió el mal, y le vió despues de haberle recibido* (32). Por último, despues de haber representado á esta belleza levantando la cobertera de un grande vaso, desde donde se esparcieron todos los males y en cuyo fondo quedaba solo la esperanza (33), el mismo poeta nos añade: De ella viene la raza de las mugeres cuyo seno es fecundo; de ella salió esta casta perniciosa verdadero azote de los mortales...... Semejantes á las dañinas avispas que las abejas alimentan en sus provistas colmenas, y que, mientras estas artífices infatigables trabajan todo el dia en construir sus blancas casillas, se encierran aquellas holgazanas en el fondo de las colmenas para devorar los frutos de un trabajo que no es suyo. Las mugeres, estas cómplices de todo lo malo, fueron dadas á los hombres por el Arbitro del rayo como el mas funesto de los presentes (34).

Muy largo seria el seguir, en la poesía griega tan solamente, la tradicion de las injurias de que es objeto la muger, desde Homero, que la personifica en Elena para imputar á su culpable ligereza todos los desastres de la guerra de Troya, hasta los poetas cómicos que la persiguen encarnizadamente en sus mas cáusticos sarcasmos. Hasta los poetas cómicos, he dicho, y no sin alguna razon; porque la escena cómica en sí misma, en sus contínuas diatribas contra las mugeres, deja entrever aun al través del chiste y del gracejo que tempera su acritud y disminuye

su gravedad, un fondo de serias maldiciones renovadas por Hesiodo y por los antiguos poetas; un recuerdo medio borrado y como un eco debilitado del antiguo plañido de Adan.

Y concretándonos aquí á la tragedia, á mas de lo que hemos visto muy particularmente consignado en el Prometeo de Esquiles, este mismo poeta, á pesar de su gravedad, en su tragedia de los *Siete contra Tebas* exclama brutalmente por boca de Eteocles: «O mugeres, criaturas insoportables, sexo aborrecido de los sabios, con el cual nunca jamás debiera habitarse, principal azote de una familia y de un estado (35)!»

¿Quién no recuerda las declaraciones de Eurípides, de este filósofo misogyno cuyo furor contra el sexo le condujo tan á menudo hasta extraviar su razon? ¿Quién no se acuerda por ejemplo del extravagante deseo que expresa en su *Hipólito* de ver la raza humana perpetuarse sin el concurso de las mugeres, de manera que cada cual pudiese ser padre sin introducir semejante pestilencia en su morada (36)?

De la tragedia estas invectivas pasaron á todos los poetas gnómicos cuyas sentencias contenian no solo el saber de su tiempo sino el de las edades pasadas. Un poeta, á quien se ha comprendido en su número, Simónides el iambografo, autor de una sátira mas grave aun que malignante, en donde concluye como Hesíodo que *la muger es un presente de la cólera de los Dioses*; declara que *Dios al criarla le hizo una alma aparte*, y de materias diversas tomadas de diferentes animales (37).

Y para tomar el último ejemplo fuera de la Grecia, la mitología rabínica enseñaba que Dios, preveyendo la ruina á que la muger debia arrastrar al hombre, no quiso criarla primero, y no la crió en efecto sino por instancia expresa de Adan; y que al formarla por fin, tomó todas las precauciones posibles para hacerla buena, y no obstante solo consiguió crear un ser lleno de defectos.

Nuestro objeto al recoger estos datos, que seria fácil multiplicar al infinito, ha sido hacer derivar de la opinion que atestigua como una consecuencia de su principio, el hecho general de la degradacion y del avasallamiento de la muger, no solo en la antigüedad sino tambien en todos los pueblos modernos que no marchan ilustrados por la antorcha de la luz de la regeneracion humana.

Abramos, sino, la historia del mundo. ¿Que vemos en ella? que la muger, donde quiera que el cristianismo no la ha relevado de su abjeccion primitiva, es la esclava, la sierva, ó cuando menos, la súbdita oprimida del hombre. Aun mas, observamos que no solamente es ella su esclava, su sierva, su súbdita oprimida, sino que merece serlo, y que justifica por su inferioridad moral la inferioridad social y doméstica en la cual se la retiene.

Volveremos nuestra vista al Oriente? Allá sobre todo, cerca de su cuna, cerca del teatro de su falta, la muger degradada por todos los vicios yace lánguida en la mas dura y mas vil de todas las servidumbres. Víctima de la tiranía de un señor, juguete de sus pasiones brutales, instrumento de voluptuosos placeres, mercadería con la que hace su tráfico la avidez mas infame, no suele tener mas valor que la ganancia que dá ó el placer que proporciona, y es un mero objeto de utilidad ó de agrado cuyo precio se calcula. Y si ó la voluptuosidad antojadiza complaciéndose en adornarla, ó la pasion rodeándola de falaces homenages que la adulan, parecen elevarla alguna vez á la dignidad de persona, ó hasta convertirla en una especie de divinidad, no hay por esto que fascinarse. Ella es siempre la esclava que mira á sus piés un dueño caprichoso: es un ídolo á quien inciensa un fanático adorador, pero que aguarda el momento de ser hecho pedazos por sus manos.

Verdad es que el Oriente presenta una notable excepcion; pero esta excepcion confirma la verdad que dejamos sentada, pues nos la presenta el pueblo de Dios. Si el respeto á la muger debiese en la antigüedad hallarse en alguna parte ¿no seria en aquel pueblo que guardaba con la ley de Dios el recuerdo exacto del orígen del primer enlace del hombre con la muger, y la promesa de la redencion por el hijo de María? Hállase en efecto, y en grado sorprendente, en la historia y en la legislacion del pueblo hebreo.

Los hijos de Adan se dividieron en dos grandes clases, los fieles á las tradiciones primitivas fueron llamados hijos de Dios: los prevaricadores recibieron el nombre de hijos de los hombres. Entre los primeros, la sociedad doméstica conservó por largo tiempo sus gloriosos caractéres de unidad, de indisolubilidad y de santidad: no vemos en ella ningun ejem-

plo de poligamia ó de divorcio antes del diluvio. El mismo Noé, último representante de esta raza bendita, no tenia sino una esposa, con la cual entró en el arca, y lo mismo sus tres hijos. No así los hijos de los hombres, que olvidados de la suprema ley, se abandonaron á sus groseros instintos, mucho tiempo antes de la gran catástrofe que turbó la superficie del globo; y así vemos á Lamec tomar dos mugeres y ser el primer violador de la unidad divina de la sociedad conyugal, accion que leemos calificada de adulterio por los Padres de la Iglesia.

En el pueblo hebreo no entran la tiranía ni las violencias contra la muger autorizadas por la ley; nada de encierro arbitrario, nada de envilecimiento calculado, nada de tráficos vergonzosos. No aparece la muger como esclava por naturaleza; y aun cuando las circunstancias la han reducido á un estado de servilismo, su persona es altamente protegida por la ley.

Mientras vírgen, la jóven israelita no se vé encerrada en un Parthenon, ni aun velada delante de los hombres; sino que vá con la cara descubierta, como Rebeca ó Raquel, á pasturar los rebaños ó á sacar agua de la fuente. Libre por el derecho y cautiva por las costumbres, en frase de un célebre publicista, no puede ni ser abandonada ni abandonarse, como las hijas de los gentiles, al libertinage y á la prostitucion. «Ninguna habrá consagrada entre las hijas de Israel, se lee en el Levítico y en el Deuteronomio.» Su virginidad pues se halla no solamente defendida contra el abuso de la autoridad paterna, sino hasta garantida por las mas graves penas contra las maquinaciones de la fuerza y de la seduccion (38).

¿Llega tal vez á la edad nubil? Al momento se mira buscada por su belleza ó por su virtud, no por su fortuna; pues entre las hebreas la dote es desconocida, ó mejor la muger era dotada por el marido. Por lo que mira al nacimiento, no es raro el tomar una esposa de condicion inferior, y hasta entre las esclavas; pues los únicos impedimentos que presenta la ley son relativos al parentesco (39), fundados sobre el espíritu de familia y la consideracion de las costumbres domésticas, provechosas de consiguiente á la muger; pues las costumbres domésticas son para su debilidad una de las mas fuertes garantías de su felicidad y de sus derechos.

En cuanto á la libertad del matrimonio, la muchacha es alguna vez concedida sin su consentimiento espreso, como Lia y Raquel (40), ¿y en

qué pueblo no se verifica lo mismo? Mas por lo comun se requiere formalmente y con reserva su consentimiento. Cuando el criado de Abrahan viene á solicitar para el hijo de su amo la mano de Rebeca, dicen sus padres entre sí: llamemos á la niña y sepamos su voluntad. Preséntase la pudorosa doncella, y aquellos la preguntan: ¿Quieres ir con este hombre? y ella responde: Consiento en ello. Entonces es cuando, esposa voluntaria, se dirige á la casa del que desea ser su esposo, en la cual entra bajando su velo para significar que de aquella hora en adelante ella le pertenece como una compañera, no como una cautiva, pues el resto de su vida no le pasará á la sombra de un gineceo. Siempre libre y respetada, á menudo honrada como Sara, y querida como aquella Rebeca *cuyo amor temperó* en Isaac *el dolor que la pérdida de su madre le habia causado*, será, si Dios quiere, *la parra abundante que extiende sus ramas por todo el recinto de la casa del esposo; la mujer fuerte, en quien el corazon de su marido deposita toda su confianza*, y *á la cual sus hijos proclaman felicísima*. ¿Y no es en realidad el matrimonio sagrado, ratificado en el cielo y bendecido de Dios? ¿No se ha dicho á los esposos: vivid felices con la muger que habeis tomado en vuestra juventud; sea ella vuestras delicias como una cierva querida y como gracioso cervatillo; sus cariños sean vuestro júbilo en todo tiempo, y buscad siempre todos vuestros placeres en el regazo de su amor? ¿No se le ha dicho tambien al hombre desposado: ¿porqué te dejas, hijo mio, embaucar de mujer agena, y reposas en el regazo de la estraña (41)?

Poderosa es la influencia que ejercen tales mandatos sobre las costumbres y la vida doméstica de un pueblo, pero no para aquí todo, pues al lado de la ley que prescribe está la ley que prohibe y condena. La dignidad del lazo conyugal y de consiguiente la dicha de la esposa se hallan protegidas por las mas severas prohibiciones contra cualquier atentado: conmínase la pena de muerte tanto contra el hombre como contra la mujer adúltera: castíganse con rigor todos los delitos que atacan la honestidad del matrimonio y su fecundidad: fulmínase anatema contra todo amor opuesto á la naturaleza: condénase esplícitamente toda fornicacion y todo insulto al pudor y hasta todo mal deseo, pues la ley del Señor penetra hasta en los deseos del corazon (42).

No concluye aquí todo: otras garantías concede á la mujer el legislador

hebreo; su alta sabiduría ha previsto hasta las sospechas, hasta las injustas acusaciones de las que pudiera ser ella el objeto y la víctima. Si el esposo esparce contra su jóven y nueva esposa especies que toquen á su honor, es juzgado por los ancianos que le castigan, en caso de calumnia, por haber querido *manchar la reputacion de una vírgen de Israel* (43). Si se trata de una sospecha de infidelidad que haya entrado en el ánimo del marido, la prueba de las aguas amargas hace temblar á la culpable, asi como hace triunfar á la inocente. Y si es una acusacion formal de adulterio, á la acusada no la juzga ni castiga su marido, sino los tribunales.

Hemos hablado de la esposa, pero nada hemos dicho de la madre, pues nadie ignora la veneracion y el amor de que gozaba entre los hebreos. El Dios *que hizo de la mujer estéril una madre alegre y satisfecha con sus hijos;* el Dios que deposita en su corazon la viva ternura de *Raquel llorando á sus hijos*, y esquivando todo *consuelo porque ya no son;* este Dios mismo quiso tambien que la madre fuese honrada al igual del padre. Sabida es la piedad filial de Isaac con Sara, las consideraciones de Salomon para con su madre Bethsabé, y no se olvide tampoco á la madre del jóven Tobías, y el papel tan interesante que juega en aquella tiernísima historia. No se muestra ingrato Tobías con Ana encorvada bajo el peso de los años: unido á ella hasta la muerte, aguarda para salir de Ninive el haberle cerrado los ojos, y encerrado en un mismo sepulcro al lado de su venerable esposo (44).

Y no menos inflexible se muestra la legislacion hebrea contra el que falta á los deberes de hijo como contra el que lastima el lazo conyugal. El que irrita á su madre, dice, es maldito de Dios. Si la bendicion del padre asegura las casas, la maldicion de la madre las destruye hasta sus cimientos. El que hiriere ó maldijere á su padre ó á su madre, morirá (45). Así, multiplicando los anatemas contra el hijo qne falta á los deberes con aquella por quien goza de la vida; la Providencia parecia consagrar mas especialmente la autoridad maternal: hizo que abundase la redencion allí donde la degradacion habia abundado: quiso ya entonces en su pueblo rehabilitar la muger, mas envilecida que el hombre, y preservarla, á lo menos en parte, de las terribles consecuencias de la maldicion primitiva lanzada contra ella.

¿Hablaremos por fin de la viuda tan respetada por su mismo estado,

cuando vivia castamente y en el temor de Dios? Bastará para ello nombrar á Judith ó á Noemi. Y aun cuando la mayor gloria para una muger viuda consistiese en permanecer fiel á la memoria de su primer esposo, la ley no le quitaba la libertad de pasar á segundo enlace, y podia muchas veces hacerlo honoríficamente como Abigail, ó como la hija de Raguel. Y aun la prevision del legislador se adelantó mas en ciertos casos procurando por la suerte de la viuda, y ordenando al hermano ó al mas próximo pariente del primer marido enlazarse con ella, con el objeto de hacer revivir el nombre del finado (46).

Añádase á todo esto que la muger, casada en su tribu, podia quedar donataria de todos los bienes de su esposo, así como la hija podia ser llamada á la sucesion de todos los bienes de su padre (47).

Tales eran las garantías, tales los privilegios de la muger libre; pero hasta la muger esclava (pues entre los hebreos estaba admitida la esclavitud, aunque muy suavizada) no se hallaba abandonada al capricho de su señor, ni destituida de todo consuelo; pues no solo su vida y hasta un cierto punto su cuerpo (48) y su honra (49) reposaban seguros bajo la salvaguardia de la ley; sino que, de una parte, si habia sido vendida, su servidumbre, lejos de ser perpetua, no podia pasar de seis años y en el año séptimo llevaba por necesidad la condicion de ser manumitida (50), y hasta la misma esclava tenia facultad de redimirse despues con dinero; y de otra parte, cuando entraba jóven en la casa de su amo era con la esperanza de ser allí esposa, ó cuando menos, muger de segunda clase, bien la tomase el señor para sí, bien la hiciese desposar con alguno de sus hijos.

«Si no agradare al dueño á quien ha sido dada, se lee en el cap. XXI del Exodo, la dejará ir, pero por haberla así menospreciado, no tendrá derecho para venderla á un pueblo estraño. —Si la dá por esposa á su hijo, la tratará como se suelen tratar las muchachas libres. —Pero si dá á su hijo otra esposa, dará á la esclava lo que se le deba para su matrimonio, y vestidos, sin denegarle el precio debido á su virginidad. —Y no haciendo una de estas tres cosas, saldrá ella libre, sin que tenga él derecho alguno á reclamar por ella cantidad alguna (51).»

El primero y último de estos versículos no aluden á violencia alguna

sufrida por la esclava de parte de su señor, sino á un estado de concubinato reconocido, y matrimonio inferior, tal como el de Agar, y que nada tenia entonces de ilegítimo y deshonroso.

Y se habia previsto tambien otro caso, el de que el marido esclavo de una muger esclava pasase á recobrar su libertad. Entonces su muger salia con él de la casa de su señor (52), á menos que este no le hubiese hecho ya casar con aquella mujer en su propia casa, y entonces quedaba ella esclava con sus hijos (53).

Los mismos principios de humanidad y de justicia suavizaban los rigores del derecho de la guerra. Inútil es recordar aquí, que en medio de las mas horribles escenas de carnicería y de bélico furor las mujeres eran generalmente respetadas, y las vírgenes lo eran siempre (54). Mas cuando los soldados se habian repartido el botin, cuando al Señor le habia ya tocado su parte, y cada vencedor llevaba consigo su cautiva, allí intervenia tambien el legislador para proteger la debilidad contra el ultrage.

«Si entre las prisioneras de guerra, decia la ley, ves una mujer hermosa, y te sientes inclinado á ella, y quieres tomarla por esposa tuya,—hazla entrar en tu casa, en donde se cortará los cabellos y las uñas, y dejará el vestido con que fué hecha prisionera, y permaneciendo con reposo en tu casa, llorará durante un mes á su padre y á su madre, despues de cuyo tiempo la tomarás para tí, y será tu esposa. —Y si andando el tiempo, dejase de agradarte, la volverás á enviar libre, y no podrás venderla por dinero, ni oprimirla con tu poder, pues que ya la habrás humillado (55).»

Lejos pues se halla la cautiva, segun acaba de verse, de quedar abandonada á la insolencia y á la brutalidad del vencedor; pues la ley tan sábia como clemente, imponiendo al guerrero el deber de refrenar su pasion, le dá tiempo para calmarla, al paso que alivia el dolor de su prisionera. Al fin del mes debe tomarla por esposa sino se ha resfriado su pasion, y en caso de que mas tarde la restituya, será castigado con la pérdida de sus derechos de la inconstancia de sus deseos (56).

Creemos haber dado ya pruebas suficientes del respeto que los judíos habian conservado para con la mujer, pues difícilmente se encontrarán iguales miramientos y consideraciones en pueblo alguno de la antigüedad. Sin embargo la civilizacion judía se hallaba como en un estado medio en-

tre la degradacion pagana y la perfeccion envangélica. Entre los indios mismos encontramos á la mujer decaida y despojada de una parte de sus derechos, y cumplida hasta cierto punto de rigor la ley de dominacion que debia pesar sobre todas las hijas de Eva en espiacion de su primer pecado. Véamoslo rápidamente.

Hay un hecho que atestigua desde luego en la ley una parcialidad bien marcada á favor del hombre, y es que la mujer, si no es excluida como en otras partes de la sucesion paternal, solo puede tener derecho á ella en defecto de heredero varon (57) : si hay hijos, estos lo son todo, ella no es nada. Fuerza es pues ó que se la case, ó que se la mantenga, ó que se la venda, á menos que no sea consagrada al servicio del tabernáculo. El padre tiene este derecho sobre sus hijas : él puede, segun la ley de Moisés, ó venderlas ; y entonces aunque tengan las compensaciones de la esclavitud, sufren tambien sus cargas, sus humillaciones y su mayor ó menor degradacion; ó consagrarlas al Señor, y entonces están forzosamente obligadas á una perpetua virginidad. Esta última suerte no es por cierto la que menos temian; porque á pesar del respeto que la ley tributa á la vírgen de Israel, se tiene en poco aprecio la que lo es siempre. A excepcion de algunos homenages tributados á la virginidad (58), y que nunca ha dejado de rendirle pueblo alguno, el celibato entre los judíos era un estado sin honor y hasta ignominioso. Acordémonos sino de la hija de Jephté llorando su virginidad en la soledad de los montes (59). Porque solo el cristianismo podia realzar el precio de esta virtud de ángeles. La virginidad y la castidad, dos grandes títulos de honor para la muger cristiana, tienen entre nosotros un aprecio tan delicado, que de él no se tenia entonces idea; y ved ahí el motivo por el cual vemos con la mayor sorpresa, mirándolo con ojos cristianos, á Loth, al levita de Efraim y al huésped del Levita (60) ofrecer por sí mismos á pasiones brutales, bien que para evitar mas monstruosos excesos, los unos sus hijas vírgenes, y el otro su propia muger. ¿Qué puede decirnos mas lo que faltaba entonces al débil sexo tanto en estima como en dignidad?

Dos otras leyes hay que nos lo harán conocer mejor todavía : la poligamia y el repudio, á que hemos llamado ya dos grandes y profundas llagas de la sociedad doméstica. — Dios toleró en ella la poligamia, aunque con-

traria á la primitiva institucion del matrimonio. Pero esta poligamia produjo los mismos tristes resultados que en todas partes; fatal y fecunda sentina de disturbios y guerras domésticas, de ódios y de venganzas, como se vió entre otras muchas en las familias de Abraham y de David, tristes monumentos de las pasiones turbulentas, inevitables en la sociedad doméstica constituida fuera de la unidad. Aquí es donde mas clara se descubre la abolicion ó á lo menos la suspension del derecho primitivo.

El matrimonio deja de ser ya uno é indisoluble. Un nuevo matrimonio instituido en tiempo de los patriarcas y confirmado por Moisés, el cual lo adopta mas bien por un espíritu de tolerancia que por un interés político (61), viene á sustituir á la union perfecta de los cuerpos y de las almas, la union menos perfecta, mas corporal y menos espiritual, cuyos lazos ya flojos para el hombre y no para la mujer, pueden todavía ser rotos por él y por él solo.

Verdad es que no se trata aquí de aquella poligamia voluptuosa y destemplada que en otras regiones de Oriente destruye del todo la union de las almas, al propio tiempo que enerva los cuerpos y seca en su orígen los manantiales de la poblacion: no se habla aquí de serrallos, ni de eunucos (62); ni aun los reyes pueden tener gran número de mujeres (63); y el marido, sometido á las consecuencias de la impureza levítica (64), obligado al mismo deber hácia sus diferentes mugeres, cuyos respectivos derechos son regulados con igualdad; no puede tener el capricho de llevar hasta la licencia el permiso que la ley con tantas restricciones le concede (65).

No por esto deja de ser una realidad que la unidad del matrimonio queda rota con detrimento de la esposa, y que muchas mugeres, muchas afecciones y muchas familias se reparten un solo corazon y una sola casa (66). La mujer llega á perder en esta confusion hasta aquel delicado sentimiento de celos que tanto encanta en una pasion pura y casta; y así vemos, no sin alguna admiracion á Sara, á Lia, á Raquel menos afligidas por una participacion agena, que las humilla, que por una esterilidad que las deshonra, dar ellas mismas concubinas á sus esposos.

El repudio, por fin, disuelve esta sociedad conyugal que la poligamia enerva y desquicia; y el repudio, como dijimos ya, es el privilegio es-

clusivo del marido, porque su carácter, segun observa el autor del *Espíritu de las leyes*, es hacerse por la voluntad y en ventaja de una de las partes, con independencia de la voluntad y ventaja de la otra (67). El repudio es una ley dura, que confiere al hombre un derecho despótico sobre la muger, pues le permite el quitar á esta, por un mero capricho, no solamente los derechos de esposa, sino hasta su posicion y su existencia en la sociedad.

No por esto se crea que la ley de Moisés pretendiese autorizar ni justificar el capricho, pues supone en el marido algun motivo razonable para despedir á su muger; y exige, para darle tiempo de reflexionar sobre un acto tan grave, que ponga en manos de su esposa un papel de repudio (68); y para impedir que no tome como por un juego esta licencia, le prohibe el volver á tomar jamás la mujer repudiada, si esta ha conocido un segundo esposo (69); limitando por último, mediante numerosas excepciones, el uso de una concesion hecha como por fuerza á la dureza de corazon de un pueblo carnal en demasía *(propter duritiam cordis)*. Pero no es por esto menos cierto que el legislador deja al marido por único juez del motivo que le determina. «Si el marido, dice, toma aversion á su muger por algun defecto que le encuentre (70).......» Por seguro que al hombre inconstante ó libertino poco le costará el hallar en la suya mas de un defecto. Así que, la ley de Moisés, tolerable en tanto que una cierta continencia de costumbres impedirá el hacer de ella un uso frecuente, pasará á ser un semillero de abusos luego que de ella se apodere la corrupcion y el desenfreno (71). La muger era considerada como una adquisicion del hombre, lo cual supone en la muger un estado de dependencia y humillacion que la degrada, y siempre que el hombre ha degradado á la muger, se ha degradado tambien de rechazo á sí mismo.

Grandes progresos habia hecho el mal, cuando leemos en el libro de Esdras, que echando en cara el profeta Malaquías á la infiel Judá sus alianzas con las jóvenes estrangeras é idólatras, le recordaba con viveza la santidad del contrato matrimonial, el orígen divino de la compañera del hombre, y el verdadero espíritu de la ley. «El Señor fué testigo de la union que contrataste con la compañera de tu juventud, á la cual has despreciado, por mas que ella se asoció á tí, y es la esposa de tu alianza. —Pues que, ¿no le hizo á ella aquel que es el único Señor? ¿Y no es ella una par–

tícula de su espíritu? ¿Y aquel Único que es lo que quiere sino una prole ó linage de Dios? Guarda pues tu espíritu, y no desprecies la muger que tomaste en tu mocedad.—Dirás tal vez, dice el Señor Dios de Israel, cuando la llegues á mirar con ódio déjala; mas yo te respondo que tambien ha dicho el Señor de los ejércitos, que si así obrares, la iniquidad cubrirá tu vestido. —Guardad pues, ó maridos, vuestro espíritu, y no querais desechar á vuestra muger (72).»

¿Puede expresarse con mas elocuentes palabras el daño y la injusticia que con el repudio se hacia á la muger? Añádese á esto que la muger repudiada, si bien tenia la libertad de aceptar otro esposo, no podia verificarlo sin aparecer inmunda y abominable á la presencia del Señor (73); y aun nos añade el historiador Josefo (74) que para contraer segundas nupcias necesitaba obtener el permiso del marido que la repudiaba.

Y qué resultó de ahí? El abuso de la repudiacion acabó por librar á la muger de sujecion tan dura, y el desórden mismo la emancipó. Pero qué emancipacion! La participacion del abuso, la reciprocidad de un derecho fatal y odioso, en una palabra, el divorcio. Ganaba en ello la muger? Preguntémoslo á la muger de Samaria, y ella nos responderá lo que respondió al Salvador. La desdichada habia tenido cinco maridos, y confesó ingénuamente que no tenia marido (75).

De la cautividad de Babilonia remonta la decadencia de las costumbres en la nacion escogida, durante su permanencia en el pueblo de Asur, el pueblo quizá mas depravado de Oriente, segun Q. Curcio. Contrajeron los israelitas los hábitos viciosos que eran como la ley general del mundo antiguo: muchos repudiaron sus mugeres y enlazaron con estranjeras; y de vuelta á Jerusalen las judías repudiadas rodeaban el altar del Señor, y le regaban con lágrimas de dolor y desesperacion. Desde aquella época funesta, el divorcio caminó entre los judíos á pasos de gigante. Como los romanos del tiempo de Augusto, los hebreos, sin mas motivo que su capricho, echaban sin piedad las madres del lado de sus hijos. ¡Deplorable relajacion de los lazos domésticos hija de la corrupcion de costumbres!

El mismo historiador Josefo habla con la mayor indiferencia del repudio de una de sus mugeres, *porque sus maneras*, dice, *no eran de mi gusto*, á pesar de haberle dado tres hijos. Un caso referido por el Talmud nos mani-

fiesta que el marido no dejaba de repudiar su muger por falta de pretexto, y sí únicamente porque no queria guardarla. Enseña un célebre rabino, que aun cuando la muger no diese el menor motivo de queja en su conducta, puede su marido repudiarla por poco que de ella esté disgustado (76).

Parece que la desgraciada muger habia llegado á sus últimos límites, aun entre los judíos, y que llamaba á grandes gritos el beneficio de la redencion. Pero la degradacion de la muger llegó mas allá todavía. Degradada por el hombre, olvidó todo pudor; y convertida en corruptora á su vez, trabajó con ciego furor en la ruina de las costumbres públicas y privadas. Tomó contra el hombre el medio mismo que el hombre habia empleado para envilecerla, á fin de emponzoñar su vida, y hacerle juguete de sus caprichos. Hablamos aun de los judíos de los últimos tiempos, y no hacemos la historia de la muger pagana bajo el reinado de los emperadores romanos.

Las mugeres se arrogaron el derecho de repudiar á los maridos, y lo hicieron admitir como un uso de que ya no se hacia caso, ni daba escándalo sino cuando se veia sobre el trono, ó en elevada gerarquía. Oigamos á Josefo (77).

«Salomé, la digna hermana del impío y cruel Herodes I, es la primera muger de la Judea que menciona la historia haber repudiado á su marido; pero es muy cierto que se aprovechó de la escandalosa costumbre ya introducida en el pais. Habiendo tenido algunas desavenencias con Costoburo, le envió al momento un escrito para disolver su matrimonio, lo cual no se conformaba con las leyes judías; pues entre nosotros es lícito al marido obrar así, pero la muger que por sí misma se retira, no puede contraer nuevo enlace, sin que antes su primer esposo la haya repudiado. No obstante Salomé, autorizándose no por la ley sino por la que *un uso mas relajado habia introducido*, declaró disuelta la comunidad conyugal.»

(78). «Herodias hija de Aristóbulo hijo de Herodes I y sobrina en segundo grado de Salomé, digna de tal tia, imitó su divorcio escandaloso, añadiendo á este escándalo el incesto. Repudió á su primer marido Herodes Filipo, y contrajo un nuevo enlace con su cuñado Herodes Antipas.

«Vienen despues las tres hermanas del jóven Herodes Agripa. Berenice,

la mayor, repudió á Palemon rey de Cilicia. Mariana, la segunda, repudió á su primer marido Arquelao hijo de Helcias para desposarse con Demetrio Alabarca de Alejandría. Druila, por fin, la menor, al objeto de casarse con el tirano Felix procurador de la Judea, repudió al rey Aziz, que para obtener su mano habia adoptado el culto judaico. El mismo Josefo, impasible historiador de estos hechos monstruosos, esperimentó las consecuencias de la *costumbre que habia prevalecido*. Por órden de Vespasiano se habia enlazado con una cautiva judía de Cesarea. La veleidosa, dice, no pasó mucho tiempo conmigo, pues me dejó despues de haber roto nuestra union (79.)

¿Mas qué son estas transgresiones de la ley primitiva en comparacion de los descarrios mas monstruosos aun que deshonran el resto del Oriente? Ligero es para la muger este yugo, que ella misma se agrava muchas veces, en comparacion del yugo que hacen pesar sobre ella las costumbres y las legislaciones de otros pueblos. Tal vez se nos ofrecerá ocasion de dar mas adelante una ojeada sobre su historia, la cual nos descubra un mundo tan diferente de Israel, como poco se parece la tierra maldita á la tierra de las bendiciones.

Bosquejado ya rápidamente el estado de la muger en el pueblo hebreo, y en sus principales períodos tal como nos ha parecido oportuno, ántes de entrar en los cuadros particulares de las principales hembras que mas figuran en los Libros Santos, presentaremos con igual rapidez nuestra idea y nuestro objeto en las pinturas de *las mugeres de la Biblia*. Reproducir pues en esta série de cuadros los caractéres de las mas célebres matronas que nos pintan los escritores sagrados; analizar exactamente y con el vivo colorido de todas sus matices y con la fina distincion de sus rasgos aquellas individualidades con toda su originalidad, ora se muestren llenas de intrepidez y de fortaleza, ora encanten por su suavidad y dulzura; dar por fondo de todos estos retratos la fiel y sencilla relacion de los acontecimientos en medio de los cuales se las vió figurar y desplegar sus calidades, sus vicios y sus virtudes; esprimir, en fin, bajo la forma viva é interesante de la historia y bajo el velo de la personalidad humana, las verdades mas austeras é indispensables que la curiosidad no iria á buscar por cierto en obras de discusion y de enseñanza didáctica; tal es el plan y

el objeto de esta obra que ofrecemos al público no sin alguna desconfianza, por la parte que hemos tenido que refundir el original que nos sirve de guia.

Parécenos que asi comprendida la historia de las mugeres de la Biblia, es un manantial fecundo de ideas y de sentimientos, y uno de los asuntos á la par mas graciosos y sublimes que puedan ocupar la atencion de los lectores. Y en verdad, ¿quién no se siente conmovido al solo nombre de Eva, nuestra primera madre? Hay cosa mas pura y mas dulce al mismo tiempo que la embelesante figura de Ruth la Moabita? ¿Qué desterrado conserva la memoria de su pais con tanto amor y tierna melancolía como Esther la real cautiva? ¿No hay suficiente intriga y terror y sangre para hacer funestamente dramáticos los reinados de Jesabel y de Athalia? Qué mas santa intrepidez, que heroismo mas magnánimo que el de Rahab y el de Judith? ¿Y en qué persona fué primero mas cobardemente oprimida la inocencia y glorificada despues de un modo menos esperado y mas divino que en la púdica Susana?

Y cuando la poesía y las artes remontándose á la fecunda region de aquellos siglos de simplicidad y de fe, de valor y de heroismo, divagan por las hermosas épocas que tocando á la cuna del universo se estienden hasta la plenitud de los tiempos, en que el Hombre Dios vino á cumplir personalmente las esperanzas del mundo; cuando la imaginacion y el buril á un mismo tiempo pueden, sin temor de ser infieles á la verdad, cebarse con entusiasmo en las grandiosas escenas que prepararon desde muy lejos el mayor acontecimiento de la tierra; y cuando este poder mágico del arte debe reconcentrarse en las figuras de los personages, en las cuales deben respirar á un mismo tiempo la simplicidad de los antiguos dias y la magestad de la religion; entonces nos admiramos de ver trazados y como compendiados en los rasgos de su fisonomía y actitud los principales caractéres que nos recuerdan á la primera ojeada los sentimientos sublimes que acompañaron á un grande hecho ó á una época memorable. Bajo este punto de vista, merecen tambien ser estudiadas las mugeres de la Biblia, pues muchas de ellas se hallan mezcladas en revoluciones políticas y morales; muchas de ellas descollaron por un carácter eminente; y todas se presentaron al mundo con calidades ó defectos cuya relacion tiene mas ó menos

trascendencia. Donde quiera ha dejado algun rastro el génio del hombre, aparecen esas grandiosas figuras como brillantes episodios de una epopeya magnífica, ó como resortes principales de una escena mas ó menos vasta: las encontrareis en las elegantes miniaturas de nuestras Biblias, en las espléndidas vidrieras de nuestras góticas iglesias; esculpidas en piedra ó en madera adornan los átrios, las galerías, las torres de nuestras catedrales; símbolos perpetuos de las edades santas, lecciones vivientes de virtud y de santidad, las vereis diseminadas muchas de ellas por el mundo cristiano, que ha recogido con avidez todos los recuerdos saludables y todos los perfectos modelos. El canto, esa voz melodiosa del cielo, ha conservado tambien en himnos inmortales las hermosas tradiciones de las mugeres bíblicas. Racine pintó en bellísimas escenas á Esther y Athalia, y nuestro dulcísimo Leon consignó en melodiosas cadencias los cantares de la mística esposa de Salomon.

Hay que hacer además otra observacion importante: aproximadas la una á la otra y vistas todas en conjunto, representan las mugeres bíblicas el espacio de cuarenta siglos. Asi pues las leyes, las costumbres, las creencias de este dilatado transcurso resucitan en algun modo en esta bella porcion de la humanidad, en la que mas fácilmente se infiltran y transforman, y que les da siempre una expresion mas sentida, mas animada y mas pintoresca. Bajo los rasgos particulares que descubren y caracterizan la época y el pueblo á que cada una pertenece, se echan de ver fácilmente los rasgos generales que forman propiamente el carácter de la muger, estudio profundamente moral é instructivo, que enseña á todos para su edificacion ó para su ruina el mágico ascendiente de la debilidad sobre la fuerza, el indifinible encanto de que está armada la virtud en la persona de nuestras madres y de nuestras hermanas, la extremada delicadeza de sus impresiones y su influencia en los destinos públicos y privados.

A buen seguro que semejante espectáculo presentado con toda la viveza de verdad y de colorido que se requiere, no se halla destituido ni de grandeza en su conjunto ni de belleza en sus pormenores. En la parte que tiene de animado y de dramático, es muy superior á las frias consideraciones del moralista y del filósofo; y en la parte que tiene de real y de positivo, es mucho mas digno de fijar la atencion que todas estas análisis y reflexiones

literarias en los cuales se diserta sobre mentirosos personages inventados por la fantasía de escritores ilustres. En la parte, por fin, que tiene de religioso y de sagrado, renueva convicciones mucho mas queridas y respetables, que estos intereses materiales cuyas combinaciones, progreso y decadencia nos refiere la pluma de los historiadores profanos.

Y en efecto, compárense por un momento los cuadros ya sencillos ya grandiosos que presenta la Biblia, y siempre encantadores por aquel fondo de verdad que en ellos resplandece, con esas creaciones poéticas que dominan hoy en la literatura europea, tan estrañas á nuestras costumbres como á los sentimientos con que nos hemos nutrido desde la niñez: cotéjense las bellísimas escenas llenas de naturalidad y de candor de nuestros Libros Santos, con esa apoteosis del egoismo, que á merced de algunas prendas intelectuales y de ventajas esteriores, avanza en la carrera de la vida tras la huella de los placeres, anelando dejar en pos de sí el funesto recuerdo de los sepulcros. Esta es una especie de grandeza vaga é indecisa, no sometida á ninguna de aquellas condiciones por las cuales se adquiere la verdadera grandeza en el órden social, cuya medida son los males y estragos que ha producido, y el número de lágrimas que ha hecho arrancar de los ojos de las víctimas. Póngase en paralelo la imponente magestad de los personages bíblicos, mas interesantes que los héroes de Homero y menos sombríos que los guerreros del Morven, con esos ídolos del amor que se hallan en los poemas de Lord Byron y en las obras románticas de Madama Sand; que inspiran un culto furioso y ciego, y lo que en ellos se adora es la mas horrible de las deformidades morales, el egoismo, pero un egoismo inhumano que se alimenta de lágrimas y de sangre. Las mugeres, cuya imaginacion se exalta casi siempre con la idea del poder, y cuyo noble corazon se abre á todo lo que tiene visos de sacrificio, acaban por encontrar un melancólico deleite en dejar hollar su destino bajo los pies de estos misteriosos desconocidos, que anunciados por las desgracias, entran por todas las sendas que se les presentan, como en un campo abierto á sus proyectos gigantescos, y á sus pasiones indomables.

Adviértese en este sentimiento algo de parecido á la influencia que impulsa á ciertos fanáticos de la India á hacerse aplastar la cabeza bajo la rueda del carro de sus ídolos; pues en uno y otro caso no obra el impulso

de un amor que se consagra entero á su objeto, sino una verdadera idolatría. Puede calificarse de un crímen social el colocar sobre un pedestal poético estos carácteres abominables, rodeándoles de una aureola como un númen, y cubriendo su deformidad moral con los encantos de un estilo semejantes á un manto de púrpura. ¿Que se halla, sino, cuando saliendo de esta region de ilusiones, se desciende á la realidad? Desgracias, lágrimas, estragos, esos horrendos crímenes que resuenan por las salas de nuestros tribunales, y de que llegan á estremecerse la naturaleza y la humanidad; pues que el egoismo, que es el móvil único de los héroes de semejantes dramas, conserva su influencia hasta el fin; estos proyectos de muerte simultánea son, por lo comun, imperfectamente ejecutados, y la mano del héroe que no tiembla para el asesinato, tiembla para el suicidio.

Esa influencia pues de deformidad moral en los caractéres se ha estendido como un obscuro vapor sobre el horizonte literario, y cargándole de gases inflamables, ha producido tempestades horrorosas, y ha hecho tronar con estrepitoso estallido la electricidad de las pasiones. Mas ¿como ha podido llegar el genio á tal estremo de aberracion y de delirio?

Y aun posteriormente, esta deformidad en las creaciones de fantasía de que se componen gran parte de nuestras leyendas de moda, se ha, si cabe, vulgarizado mas para propagarse mas facilmente y adaptarse como objeto de ávida curiosidad hasta á las mas frívolas y las mas groseras inteligencias. Se ha evocado lo mas asqueroso, lo mas abyecto de la sociedad actual para ofrecer el triste y desolante cuadro de su profunda miseria; haciendo gala de interesar al lector con el aspecto repugnante de esta generacion mezquina y presuntuosa, y descubriendo los misterios de sus pasiones y vicios, llagas hediondas de la corrupcion que la devoran. Con esto han prestado un pábulo agradable á la malignidad y al cinismo de la época; han apagado con un soplo de muerte la débil llama de la fé en la virtud que quedaba aun en los corazones, y han contribuido á destruir del todo así en las masas como en clases que se creen superiores, el resto de pudor y de moralidad que quizás les quedaba.

Poned al lado de esa especie de tósigo moral aquel bálsamo suave y consolador que destila lo mas bello y escojido de la historia del mundo; colocad al lado de esas leyendas inmundas en las que la fantasía escéptica hace

esfuerzos para multiplicar las combinaciones del vicio, esa verdad radiante de la lectura sagrada, esas fisonomías escojidas y diversas, hijas inmediatas de la realidad histórica, en cada una de las cuales se ofrece un modelo ó un escarmiento, y que todas juntas son una enseñanza cuyo valor doctrinal y utilidad práctica son de todo punto incontestables. ¿Quién habrá que en sus tiernos años, en medio de su familia, en el hogar doméstico ó en la escuela no haya alimentado su inocente curiosidad leyendo ú oyendo leer las historias sacadas del antiguo ó del nuevo testamento? ¿Quién no recuerda en aquellos hermosos dias, cuya memoria es tan bella, no haber esperado con ansia la continuacion de alguno de aquellos dramas embelesantes que con tanto gusto ejercitáron las primicias de nuestro pensamiento? Dichosos tiempos aquellos en que se conservaban puras todavía las habitudes de la fé, y en que las familias reunidas mezclaban las lecturas serias con las conversaciones agradables y con los inocentes juegos en las largas veladas del invierno! Despues del trabajo y de la distraccion del dia, el padre solícito, ó la madre instruida, recogidos en el apacible recinto del hogar doméstico y rodeados de una bulliciosa turba de niños, les imponian gustoso silencio, encantando su sencilla curiosidad con algunos relatos bíblicos! El que lo recibió de sus abuelos, legará á su posteridad el libro que encierra tan instructivas y deliciosas historias. A medida que crecen los niños y pueden leer, reemplazan á su padre y se suceden en el importante y grato ministerio de recordar así á la familia los acontecimientos religiosos de los tiempos antiguos. De esta manera los hechos y las creencias se imprimen profundamente en aquellas almas vivas y ardientes por el privilegio de la juventud, abiertas é ingenuas por la simplicidad de costumbres, y siempre les queda de aquellos una memoria hasta el sepulcro, fresca y deleitosa como el primer perfume de la mañana. Lo mas dulce y sagrado que hay en la inocencia, en las delicias del hogar paterno y en la piedad filial, se pinta en su memoria bajo los rasgos de Rebeca, de Jacob y de Raquel, de Ruth y del jóven Tobías. Llénanse de admiracion y de fuego pátrio al espectáculo de la lucha heróica sostenida por los Macabeos para honrar los dos mas nobles objetos que pueden inspirar el espíritu de sacrificio: la verdad y la independencia.

Estamos pues íntimamente persuadidos que es una obra utilísima el

representar la virtud y sus bellezas, el vicio y sus deformidades bajo la transparencia de personajes cuya mayor parte son ya populares, y de poner así á los ojos del lector el tipo humano del bien y del mal, la regla viviente de lo que se ha de hacer y de lo que se debe evitar. Así aspiramos por nuestra parte y en nuestra esfera de accion á infundir á los miembros de la familia y de la sociedad el pensamiento y el amor de las acciones buenas y generosas; y haciendo derivar de la historia mas interesante y mas auténtica la nocion del deber y las lecciones de la virtud; introducir quizás en algunas almas el recuerdo ó el gusto de aquellos goces sosegados é íntimos, reservados á la conciencia del hombre de bien.

Réstanos decir una palabra sobre esta publicacion, enteramente distinta de la primera. Aprovechando todas las bellezas que el autor francés el Sr. Darboy ha sabido diseminar sobre estas brillantes biografías, conjunto precioso de gravedad é importancia en el fondo y de gracia y donosura en las formas, contornos y colorido; creemos haber hecho un servicio importante á aquellos espíritus delicados que hallan un placer en este género de lecturas. Mas como el campo que ofrecen estos fracmentos escogidos de la Biblia es tan hermoso como indefinido, hemos pensado que no podia presentársenos mejor oportunidad para refundir en ellos una gran parte de los copiosos materiales que habíamos reunido con el objeto de ensayar unos *Estudios morales, históricos y literarios sobre la muger*, que teníamos en proyecto; procurando empero que la mayor extension en el texto no menguase el interés ni amortiguase la viveza de la pintura; y sobre todo, que en la intercalacion de las materias no se percibiera en lo posible la diversidad de estilo. Unas veces, transportados por el entusiasmo de la situacion, hemos gustado que el lector se internase algo mas en los precedentes que la crearon, ensanchando algun tanto la perspectiva del cuadro, ó mirándola desde un punto de vista mas elevado. Otras nos hemos detenido en alguna minuciosidad interesante, que si bien tal vez no necesaria para el conjunto, podia contribuir á la variedad de gratas ó bellas sensaciones. Otras por fin, llevados por nuestros propios sentimientos, hemos prestado algun impulso á la pasion para realzar el triunfo, ó hemos dado mayor ampliacion á ciertas reflexiones. No nos hacemos la ilusion de haber mejorado un original que con dificultad lo permitia, atendido el objeto que

su autor se propuso, pero tampoco creemos haberle arrebatado la menor de sus galas. Tal vez el objeto que cada cual se proponia esplicará mejor la diversidad en la manera de conseguirle. La edicion francesa era una coleccion de retratos, con textos esplicativos: la nuestra es una coleccion de biografías con sus retratos: lo que en una ocupa el lugar de un accesorio, figura en otra como principal.

Finalmente, para hacer llegar la amenidad al último grado que nos ha sido posible, hemos intercalado en algun punto cortas, pero sabrosas leyendas, en las cuales, ensanchándose algun tanto con la fantasía y la verosimilitud la estrechez del relato histórico, pudiese saborearse el lector sustituyéndolas á otras enteramente profanas, y conservando en el fondo el espíritu del sagrado texto. Tendremos cuidado empero de señalarlas como pequeñas excursiones de la imaginacion, distinguiéndolas de las restantes biografías en las que se ha guardado mas estrictamente el litoral de los Sagrados Libros.

Notas.

(1) Este pasage está sacado del *Chi-King*, part. 2.ª cap. IV. oda 4.ª

(2) Véase la traduccion del *Boundehesch* por Duperron.

(3) Humbolt, *Vues des Cordilliers*, tom. I.

(4) *Laffitteau*. Costumbres de los salvages americanos, tomo I, cap. 2.

(5) *Gumilla*. Historia general del Orinoco cap. VI.

(6) Norden tom. II, pág. 125. Esta lámina se halla en los *Anales de filosofía cristiana* tom. XIII pág. 152 con una erudita disertacion.

(7) Véase la traduccion de Frigia relativa á *Annacus* ó *Nannacus* especie de precursor de Deucalion. *Anales de filosofía cristiana* tom. V, pág. 54.

(8) Io fué hija de Inaco, rey de Argos, la cual Júpiter convirtió en vaca para bajar á ella á escondidas de Juno: mas esta diosa reconoció el engaño, y la hizo espiar por Argos, á quien Mercurio mató por órden de Júpiter. Juno corrida del delito, envió una moscarda para picar á esta vaca y enfurecerla. Los egipcios creian que lo se habia huido á Egipto, donde tomó su primera forma y casó con el rey Osiris. Despues de su muerte la colocaron entre los dioses, y la llamaron Isis.

(9) Versos 598, 644, 683.

(10) Versos 568, 741, 876.

(11) Verso 604.

(12) Versos 664, 670.

(13) Verso 674.

(14) Verso 742.

(15) Genes. III, 16.

(16) Verso 754.

(17) Verso 757.

(18) Versos 758 y 759.

(19) Verso 767.

(20) Versos 768 y siguientes.

(21) Verso 812.

(22) Versos 829 y siguientes.

(23) Versos 848, 850 y 897.

(24) Verso 847.

(25) Versos 871 y siguientes.

(26) Verso 918.

(27) Verso 648.

(28) Verso 928.

(29) Gen. II, 18.

(30) Ibid. I, 31.

(31) Hes. *Teogon*. v. 584.

(32) Id. Poema de los *Dias*. v. 89.

(33) Ibid. versos 94 y 98.

(34) Ibid. 589 y 601.

(55) Esq. *Sept. è Theb.* vers. 165, 169 y 172.

(36) Escrip. *Hipp.* ver. 612 y 623.

(37) *Coleccion de poetas* gnómicos por el Sr. Bois. *Simonid.*

(38) *Deut.* XXII 25. *Exod.* XXII, 16.

(39) *Levit.* XVIII. La ley de Moisés prohibe el matrimonio no solo entre

hermanos y afines en primer grado, sino tambien entre sobrino y tia, y aun entre cuñados, ó á lo menos no permite casar las dos hermanas á la vez.

(40) ¿No es verdad que nuestro padre nos ha tratado como estrangeras? no puede decirse que nos ha vendido? (Gen. xxxi, 15).

(41) Prov. xxxi, ii. y sig.

(42) Levit. xx, 10 y sig. *Exod.* xx, 17.

(43) Deut. xxii, 13, 19. El calumniador era en este caso condenado á los azotes, á indemnizar al padre de la niña y á perder su derecho de repudio.

(44) Tobías. v. 23, xiv, 12.

(45) *Exod.* xxi, 15, 17.

(46) Deut. xxv, 5 y sig. Asi es como Booz se casó con Ruth viuda de Mahalon.

(47) Num. xxvii.

(48) Si el amo vaciaba un ojo ó hacia saltar un diente á su esclava, esta era puesta en libertad. Exod. xxi, 26, 27.

(49) El adulterio cometido con una esclava era castigado con azotes. Lev. xix, 20.

(50) *Deut.* xv, 12.

(51) *Exod.* xxi, 8, 9, 10, 11.

(52) Exod. xxi, 3.

(53) Ibid. 4.

(54) Verdad es que las mugeres moabitas fueron comprendidas en el exterminio de su pueblo, pero las doncellas, en número de 3,200 fueron reservadas para los vencedores, y aun esto era un castigo extraordinario.

(55) *Deut.* xxi, ii, etc.

(56) Véanse las *Cartas de algunos judíos*, 3.ª Parte Carta 3.ª

(57) *Num.* xxviii.

(58) El pontífice no podia tomar por muger sino una vírgen. (*Leo.* xxi, 13).

(59) Jueces. xi, 38.

(60) *Gen.* xix, 8. Jueces. xix, 23, etc.

(61) Si se pretende que esto interesaba al aumento de poblacion, entonces la union doméstica se halla sacrificada á la propagacion de la especie.

(62) Deut. xxiii, 1.

(63) Ibid. xvii, 17.

(64) *Lev.* xvii, 19. xx, 18.

(65) Véanse las *Cartas de algunos judíos*, 3.ª Parte lib. viii.

(66) Véase el excelente tratado del Sr. Bonald *sobre el Divorcio.*

(67) *Esprit des Lois* lib. xvi. c. 15.

(68) *Deut.* xxiv.

(69) Ibid. 3, 4.

(70) Ibid. 1.

(71) Véase á Bonald en dicho tratado, lib. vi.

(72) Malaq. ii, 14, 15, 16.

(73) Deut. xxiv, 4.

(74) Lib. xv, cap. 2.

(75) Juan. iv, 17, 18.

(76) Leo Moden. Ceremonias y costumbres de los judíos, Parte iv, cap. 6.

(77) Antig. Judai. lib. xv, cap. 7.º n.º 10.

(78) Ibid. lib. xx, cap. 7, n.º 3. lib. xix, cap. 9, n.º 1.

(79) Véase tom. ii, n. 75.





MUGERES

DE LA BIBLIA.

ANTIGUO TESTAMENTO.

EVA.

AL principio crió Dios el cielo y la tierra. La nada obedeció por seis veces su voz omnipotente: los elementos de la materia salieron del no ser y fueron creados para contenerles los inmensos espacios. El Dios que se bastaba á sí mismo para su felicidad y para su gloria quiso manifestarse y ser amado y adorado en sus criaturas. Estendió el firmamento como un pavellon de azur, derramando en el espacio las estrellas como una arena brillante: dió al sol una diadema de fuego, y vistió la luna con un manto de suave y deleitosa luz: trazó con su eterno compás las distancias, el curso, las órbitas de cada uno de los globos que surcan en silencio la esfera inmesurable sin tocarse ni confundirse, y señaló con su dedo su límite á los astros como á las olas del mar. Su mano arrojó sobre la faz de la tierra su manto de verdor y de flores, y con la misma vació la prision profunda donde duerme el océano que tasca el freno con el furor de un cautivo; pero con la docilidad de un súbdito, y envió seres vivientes, repartidos en numerosas repúblicas para

poblar y alegrar las llanuras del aire, las aguas y los campos. Fecundó las entrañas de la tierra para que en su seno se reprodujeran todas las generaciones de las plantas, brotando de ella en mil esmaltados colores para alimentar y deleitar á los vivientes. Mas en medio de esta pompa magnífica de opulencia y de belleza, en este aparato encantador de goces y de placeres, el universo se parecia á un imperio sin rey, á un templo sin pontífice: aguardaba un príncipe á cuyos piés pudiese derramar la abundancia de sus tesoros, un intérprete que convirtiese en himno de adoracion y de gracias el concierto armonioso de las criaturas, y sublimase sus ciegos homenages hasta la dignidad de un acto de amor. Así Dios acabó su obra, y el hombre sacerdote y rey, entró en el universo.

Una palabra de mando habia producido las demás cosas, porque estas cosas cuando mas, no podian sino obedecer á Dios sin espíritu, y publicar su gloria sin corazon. Mudos instrumentos de un artífice supremo, engrandecian y publicaban su poder infinito por el ciego impulso que aquel les habia dado, pero sin la inteligencia de la admiracion y del reconocimiento. Dios habia dicho: Hágase la luz, y la luz fué hecha. Mas para producir al hombre sale del querer de Dios una palabra de consejo, porque el hombre iba á ser dotado con el arma de la libertad moral, capaz de una fidelidad consentida y árbitro de su destino, y por esto dijo Dios: « Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza y que mande á los peces del mar, á las aves del cielo, á los animales, á toda la tierra, y á todos los réptiles que sobre ella se mueven. » Y tomando un poco de barro, dió á esta obra de sus manos un soplo de vida inmortal, poniendo en ella una alma inteligente y libre. Pareció pues el hombre y fué llamado Adan porque era formado del lodo de la tierra. Hermano de los ángeles por su naturaleza espiritual, el primero de los seres visibles por la belleza de sus formas, viene á ser en cierto modo el horizonte del mundo, el cual encuentra en él un complemento y un compendio de todos sus resplandores. Hecho á imágen y semejanza de Dios, hay en su frente cierto destello de la gloria increada, y en su mirar una especie de revelacion de la eterna sabiduría. Su sonrisa es como una centella de la felicidad de los cielos; su actitud revela su superioridad sobre las demás criaturas visibles, y su corazon, tan misterioso como los espacios indefinidos de la creacion, abriga como en un

abismo insondable el sentimiento de un insaciable amor y el hambre y la sed de lo infinito. Vedle, cual va á imprimir á la naturaleza material el sello de su propia inteligencia; debajo de sus manos desplegarán sus encantos las maravillas de las artes, como flores que se abren á los rayos del sol, y los elementos aprenderán á encorvar delante su genio, sus fuerzas vencidas y disciplinadas. Él medirá desde ese punto del espacio la magnitud y el curso de los globos resplandecientes á que alcanza su vista, y aun descubrirá los que se ocultan detrás del polvo luminoso de otros astros: él penetrará las leyes eternas bajo las cuales el augusto Geómetra sentó las bases de su obra, como si hubiese asistido á su lado cuando las formó; y no contento con hacer tributaria á toda la naturaleza de sus necesidades y placeres, hendirá por decirlo así, los tiempos y los espacios para informarse de sus destinos, y arrojar un rastro de luz no solo sobre la noche de lo pasado, sino aun sobre la noche mas oscura del porvenir; ejerciendo un cierto dominio sobre los tiempos, como una muestra de sus derechos á la inmortalidad. La misma Divinidad se dignará hablarle familiarmente, y él sostendrá sin quedar oprimido el peso de este comercio formidable, y elevando hasta á él todo este mudo universo, y cubriéndole con la dignidad de su propia persona, pagará la deuda de la creacion haciendo subir hasta el cielo el perfume de una plegaria ardiente de amor, y la alabanza pura de una vida sin mancha.

Adan empero se hallaba solitario todavía en la inmensidad de su imperio, del cual tomó posesion solemne, imponiendo nombres á los animales esclavos suyos, pues por una órden divina pasaron estos delante de él, y recibieron, cada cual segun su especie, nombres adecuados á su naturaleza. Pero ninguno de ellos era igual al hombre, ni capaz de comprehender sus comunicaciones, ni de responder á ellas. Algo faltaba pues á la plenitud de la vida de Adan, porque en efecto no estaba organizado para vivir solo, y su pensamiento y su corazon tenian necesidad de simpatías fraternales de otro pensamiento y de otro corazon, porque si es posible pasarse sin amigo en el infortunio, en que á veces se ama abismarse en la soledad de sí propio, no lo es jamás en la felicidad.

Y dijo el Señor: « No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda que se le parezca. » Con todo, no crió á la muger como habia criado

al hombre: formóla, no de un grosero barro, sino de una materia ya purificada y ennoblecida. Infundió á Adan un profundo pero sosegado sueño; y de esta dura cubierta que abriga y protege al corazon separó un hueso, y de él hizo la muger, porque él es autor de la vida, así como es árbitro de la muerte. La materia obediente se redondea bajo sus dedos divinos, y la misma nada palpita y se anima bajo su soplo creador. Así, para significar sin duda que la muger seria la compañera de honor y no la esclava ni la tirana del hombre, el Criador la formó de un hueso tomado de esta region del cuerpo en donde late el órgano de los sentimientos generosos, especie de santuario habitado por todo cuanto el hombre ama y respeta, é inaccesible á cuanto el hombre desprecia ó aborrece.

Cuando de esta manera hubo Dios *edificado la muger de la costilla de Adan*, conservando la espresion de la Escritura, para pintar por este estilo grandioso y severo todas las admirables proporciones y órden magnífico que en la muger resaltan; cuando hubo acabado de formar la nueva criatura, igualmente hecha á su imágen y semejanza, la llevó delante de Adan. Presentóse por primera vez á los ojos de nuestro primer padre pura y graciosa como una fresca mañana de abril decorada con los albores del dia y con los perfumes de la tierra: su inocencia igualaba su belleza, porque ningun desórden habia alterado todavía las obras de Dios, ni convertido en peligro su sencilléz inmaculada. Una modestia virginal la cubria como una gaza transparente, y su mirada se fijaba con candor y timidéz. Un sentimiento interior le inspiraba que debia dejar al hombre el derecho de buscarla, y que no debia ser ella la primera en pedir. Su tez sonrosada hacia olvidar los vivos tintes de la aurora y su voz sonaba mas dulce que el gorgeo de las aves y el blando susurro de los céfiros. Adan salió del sueño estático durante el cual su alma, por el contacto de una luz celeste, habia contemplado lo que Dios hacia: reconocióse en la muger como en una bella mitad de sí mismo, y los tiempos futuros descorrieron su velo á los ojos del hombre, el cual pronunció estas palabras llenas de ciencia y de misterio: « Ved ahi ahora el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; ella tendrá un nombre que indique al hombre, porque del hombre fué sacada. Por esto, añade el Señor, ya sea por sí mismo, ya sea por boca de Adan, el hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su

muger, y serán dos en una misma carne.» Así quedó contratada y establecida por inspiracion y á la presencia de Dios la union del hombre y de la muger, dulce comunidad de pensamientos y afectos, reflejo de la union eterna que hace la felicidad de las divinas personas, é imágen profética de las augustas nupcias que el Verbo debia celebrar un dia con la naturaleza humana. De esta manera recibió el matrimonio ya desde su orígen un carácter de unidad y de indisolubilidad, por el cual se sustrae de la tenebrosa condicion á que quisieran sujetarle el grosero imperio de los sentidos ó las miras interesadas del egoismo; aspirando á la dignidad y al mérito de un acto religioso, y á la sublimidad de un tierno y delicado sacrificio. Despojándole de este doble sello que le consagra y robustece, los pueblos paganos lo habian degradado en su legislacion y envilecido en las costumbres. La religion cristiana le ha restituido sus condiciones primitivas de pureza y de gloria; y la Europa culta, á pesar de haber presenciado con escándalo de la civilizacion y de la moral algunas tentativas siniestras, no permitiria que se le desheredase públicamente de los derechos que ha reconquistado.

Despues de haber bendecido Dios al hombre y á la muger, comunicoles la fecundidad, gloriosa emanacion de su virtud creatriz, y constituyó en algun modo el dote del primer matrimonio. «Creced, dijo, y multiplicaos; llenad la tierra y sometedla; mandad á los peces del mar, á las aves del cielo, y á todos los animales que se mueven sobre la tierra.» Y señalóles despues por alimento las yerbas y las frutas de los árboles. Concretándonos á lo literal del texto bíblico, y mas aun, aplicando sus palabras al permiso que dió Dios á Noé despues del diluvio, de comer la carne de los animales; podria pensarse que al principio la raza humana no vivia sino de legumbres, de plantas, de raices, de granos y de frutos. Esto no quiere decir que ya desde un principio no estuviere ella organizada para alimentarse tambien de carne; supone sí únicamente que los seres no están obligados á ejercer todas sus funciones siempre y en todas partes. La dichosa fecundidad de la tierra, el sabor de las plantas y de los frutos, la robustéz de los primeros hombres, quizás la rareza de los animales y la necesidad de su reproduccion; todo esplica el motivo de aquella abstinencia impuesta á las antiguas edades. Nadie ignora, de otra parte, que los pueblos han

guardado el recuerdo de una vida sencilla y frugal, cuya existencia colocan en el orígen del mundo: sus liras han cantado con armoniosos metros la sobriedad de nuestros abuelos que, no comiendo mas de lo necesario para sostenerse, se contentaban con viandas sin condimento que la rica y sometida naturaleza derramaba á sus piés.

Vió Dios que todo cuanto habia hecho era bueno, ó lo que es lo mismo, aprobó su obra y se complació en ella; y como todos los seres, tan diferentes entre sí, no traspasaban los límites naturales de sus respectivas facultades, reinaban en el inmenso conjunto de la creacion el equilibrio y la armonia. La naturaleza entera parecia sonreir al hombre como á su Señor, el cielo estaba en una serenidad perpétua: el trabajo léjos de ser una fatiga era un placer: los animales se doblaban dóciles á las órdenes de su rey; y como el alma obedecia á Dios con fidelidad, ejercia un fácil imperio sobre el cuerpo su compañero y súbdito: todo se movia segun el plan trazado por la sabiduría del Criador. Pero esta paz si bien no fué de larga duracion, dejó trazas indelebles en la memoria de los pueblos, los cuales, como proscritos que recuerdan en el destierro los goces perdidos de la patria, todos han suspirado y han consagrado cantos á esta edad de inocencia y de felicidad á la que llamaron la edad de oro. Solamente el sensualismo les hizo olvidar ó desconocer las mayores muestras de órden que Dios habia impreso á su obra; pues casi no saben pintar sino las dulces y apacibles estaciones, los animales pacíficos bajo la mano del hombre, la tierra dando sus productos sin cultivo: añaden algunos á este cuadro ciertos rasgos ó caractéres de la bondad moral que decoraba el naciente mundo, como la sencillez y frugalidad de las comidas, la moderacion en los deseos, y aquella equidad natural de la que se lamentaban que la vida pastoral no conservase sino un débil vestigio, á pesar de la sencillez de sus costumbres. Mas escapa á su penetracion la parte mas grave é importante de aquella simplicidad primitiva; porque se halla fuera del alcance de su inteligencia que solo pudo beber en corrientes turbias y alteradas la pura verdad de la tradicion primitiva; y no alcanzaba á comprender en que podia consistir la dignidad y la perfeccion del hombre al salir de las manos augustas del Criador.

La Biblia emperó por el contrario, partiendo del carácter asombroso del

actual desórden, nos revela el órden infelizmente desvanecido por medio del señal mas expresivo, cuando nos dice que el cuerpo humano revestido de santidad carecia del vergonzoso oprobio de su propia rebeldía. Los dos, dice, estaban desnudos y no se avergonzaban. En su orígen, nada debió hacer bajar en la confusion la augusta mirada del hombre: el pudor, asi como el arrepentimiento, es la virtud de una uaturaleza vulnerada y que se siente enferma, y no el privilegio de una naturaleza inocente é invulnerable; el pudor es como un velo que el alma estiende sobre sus ruinas.

El hombre y la muger, creados en la edad perfecta de la vida, ricos con los dones de la naturaleza y de la gracia, fueron transportados al Eden, ó paraíso terrestre. No está fija la opinion de los autores acerca la situacion de este jardin encantado; y en esta divergencia de pareceres, unos le colocan en la Armenia, otros en la Palestina, otros por fin en las llanuras de la Caldea. Pero lo cierto es que debe colocarse en Asia, en aquellas regiones en que sobre ruinas amontonadas por las guerras y los siglos, y á pesar de los cambios que han trastornado el globo y alterado las estaciones, admira aun el viajero los ejemplos de asombrosa fertilidad, sitios verdaderamente maravillosos, y un cielo puro y lleno de esos ardientes y lucidos tintes, de los cuales ofrecen un reflejo, bien que frio y pálido, las suaves regiones del mediodia.

Moisés hace del paraiso terrestre esta descripcion en el 2.° capítulo del Génesis: «El Señor Dios habia plantado desde el principio un paraiso (ó jardin) de delicias, en el cual puso al hombre que habia criado. Y brotaba desde el deleitoso lugar un rio para regar el paraiso, y que fuera de él se dividia en cuatro brazos. El uno se llamaba Phison, el mismo que circuye todo el pais Hevilath de donde viene el oro. Y el oro de aquel pais es muy precioso, y alli se halla tambien el Bdelion y la piedra de Onyx, y el segundo rio se llama Gehon, y es el que rodea todo el pais de Etiopia. El nombre del tercer rio es Tigris, que pasa por la tierra de los Asirios, y el cuarto es el Eufrates. En tan ameno lugar, pues, puso Dios al hombre para que lo cultivase y lo guardase.»

Parémonos un momento sobre esta indicacion del historiador hebreo. A pesar de la gran catástrofe del diluvio, y de tantas otras revoluciones acon-

tecidas en la superficie del globo, los paises regados por el Tigris y el Eufrates han sido siempre y son aun en el dia, los mas amenos, fértiles y hermosos, segun el testimonio de Diodoro Ciculo (1), Q. Curcio (2), Tournefort (3), Procopio (4), y Jenofonte (5). Es muy fácil de conocer el Phison por las circunstancias con que Moisés lo caracteriza. Allí está tambien el Bdelion y la piedra de Onyx. El pais de Helvilath, es la misma Arabia, como nos lo dice Josefo, region célebre por la belleza y abundancia del oro que producia. David dice en sus cánticos que se ofrecerá al Mesias oro de Arabia, pais de rica fecundidad en oro, perlas y piedras preciosas. El Phison pues es aquel brazo del Eufrates que desagua en el golfo pérsico, asi como el segundo rio al cual dá Moisés el nombre de Gehon, es el que rodea el pais de Chus, ó sea, como lo traduce la vulgata, el pais de Etiopia. Y reconociendo todos los geógrafos que el Chusistan es la tierra de Chus, y que esta provincia forma la longitud del brazo oriental del Eufrates, preciso es concluir que el rio, conservado aun hoy dia, es el que designó Moisés treinta y cuatro siglos hace con el nombre de Gehon. El tercer rio del Paraíso terrestre es el Tigris, que, segun Moisés, recorre la Asiria, y es de notar que este rio pasa aun en el dia por el mismo pais que llevó su nombre. El cuarto rio es el Eufrates, al cual no dá distintivo alguno el sagrado historiador por ser muy vecino y conocido de los hebreos, cuyos padres habitaron el pais que riegan sus caudalosas corrientes.

A la luz pues de la historia y de los vestigios de antiguas tradiciones, confirmadas en parte por el estado geográfico de nuestra época, hallamos una region en el mas bello clima y en el mas hermoso y rico pais del mundo. Vémosla regada por un rio partido en dos brazos superiores y dos brazos inferiores; y atendida la inmensa distancia de los siglos y los sacudimientos del globo, nadie puede negar en los paises por donde pasan aquellos cuatro brazos, las señales con que Moisés los caracteriza.

La palabra *Eden* en las lenguas orientales significa genéricamente un lugar agradable y fértil; un pais de abundancia y de delicias: es un nombre apelativo que se ha dado á varias regiones de la rica y voluptuosa Asia. El Tigris y el Eufrates son dos rios célebres y muy conocidos; y si bien

en cuanto al Phison y al Gehon han andado algo discordes los pareceres de los sábios, todos han reconocido la verdad de la narracion del historiador sagrado, á pesar de los varios sistemas mas ó menos admisibles, para fijar la verdadera situacion del paraíso terrenal.

El Eden pues habia sido plantado desde el principio, y en él se encontraban toda especie de árboles bellos á la vista, y toda suerte de frutos gratos al paladar: regábale un manantial abundante que se dividia despues en cuatro rios. El verdor, las flores y los perfumes, la pureza de la luz y de los cielos que recreaban los sentidos del hombre, eran como la imágen de los goces superiores en que vivia su alma. No conocia aun la desobediencia ni la desgracia,-puesto como custodio del terrenal paraíso, trabajaba en él por complacencia, y no con dolorosa fatiga. Ay! tanto el jardin como la felicidad desaparecieron. Del uno quedan algunos vestigios en la magnífica y rica naturaleza de Oriente: del otro no hemos guardado mas que un melancólico recuerdo que nada puede debilitar ni abolir: semejante al viajero que en las suntuosas ruinas de Atenas ó de Palmira contempla con profunda tristeza la opulencia y el orgullo de aquellas dos famosas ciudades.

El sublime cantor del Eden traza una pintura tan bella como animada de la esposa de Adan, cuando se presentó por primera vez á los ávidos ojos del monarca de los abismos, que habia atravesado el cahos y la creacion para ir en busca de los afortunados esposos. Divisó asombrado dos seres mas nobles que las demás criaturas. La magestad de su porte, su frente elevada hácia el cielo y la pureza de que estaban revestidos, parecia conferirles el derecho de reinar sobre el universo cuyo cetro empuñaban. En sus divinas miradas brillaba la imágen del Criador, la verdad, la razon, la sabiduría, una santidad severa y pura, temperada por aquel aire de moderacion y de rectitud que tan bellamente caracteriza á los reyes.

Notábase sin embargo entre ellos alguna desigualdad que les daba ventajas recíprocas. El uno estaba formado para la contemplacion y el valor, la otra para la dulzura y las gracias: esta para Dios solo, aquella para Dios y para el hombre La frente despejada y la vista majestuosa del primero indican la superioridad: sus cabellos de jacinto, dividiéndose sobre

su frente, cuelgan noblemente ensortijados por uno y otro lado, pero sin fluctuar sobre sus largas espaldas. Su compañera, por el contrario, deja caer como un velo de oro sus trenzas sobre su cintura donde forman caprichosos anillos, asi como la encorvada cepa sus tiernos vástagos al rededor del frágil tronco, símbolo de la sujecion en que nació nuestra madre; y de la necesidad que tiene de un apoyo. Su corazon, obedeciendo á la suave ley de la naturaleza, se adheria á su esposo, cautivándole por la sumision, y haciéndose amar de él por su modestia. El ojo no tenia que retirarse de objeto alguno, todas sus miradas eran de inocencia; no estaban ocultas las misteriosas obras de la naturaleza, y el culpable rubor les era desconocido.

O rubor, hijo infeliz de la culpa ¡cuantas turbaciones introduces en la vida del hombre, obligándole á tomar las apariencias de una falsa pureza! tu desterraste la mayor felicidad de sus dias, la sencilléz y la inocencia! Nuestros primeros padres no habian advertido su desnudéz, no se ruborizaban á la presencia de Dios ni de los ángeles porque no tenian conocimiento del mal.

Asi caminaba dándose los dos la mano este matrimonio el mas asombroso que unió el fuego del amor: Adan, el mejor de los hombres que existieron despues; y Eva la mas hermosa de cuantas mugeres engendraron sus hijas.

Despues de haber cenado deliciosamente, los dos esposos á la orilla de una fuente, y bajo la sombra regalada, se prodigan las mutuas caricias de un amor á la vez inocente y ardoroso: la llama de su amor era pura y brillante como el azul de un cielo estrellado; carecian aun del triste privilegio de buscar un placer engañoso y fugitivo entre las fatigosas tormentas del corazon. Un amor de ángeles unia aquellos dos jóvenes esposos como dos inteligencias, como dos serafines revestidos de un cuerpo como de un velo de candor.

Entretanto Satanás encubierto bajo la figura de uno de tantos animales que jugueteaban en torno de sus señores, contemplaba aquellas criaturas afortunadas casi con ternura sufocada por la sed infernal de su perdicion. Y mientras maquinaba su ruina, entretanto los dos esposos se comunican apaciblemente sus ideas de reconocimiento y obediencia al Criador, y sus

amorosos sentimientos. Y en medio de tantas imágenes todas bellas, Eva recuerda á su esposo el dia en que fué formada; aquel dia, dice, en que saliendo del primer sueño me quedé atónita muellemente recostada sobre un lecho esmaltado de flores á la sombra de una frondosidad deleitosa, sin saber donde estaba, quien era, ni como habia sido traida á este sitio. No léjos de allí percibia el murmullo de un arroyo que salia de la cavidad de un peñasco, derramándose despues y formando una llanura de líquido cristal que reflejaba los espacios celestes. A ella corrí desde luego, y como nada sabia, me incliné sobre el matizado borde de aquel lago cristalino en donde me pareció ver otro cielo: percibí al momento una figura que se inclinaba tambien hácia mí. Huí asustada, y luego tambien ella: alargué otra vez la cabeza, y volvió á acercárseme como llevadas las dos de una dulce simpatía de encanto y de amor. Y aun quizás gozaria de aquella ilusion, si no hubiese oido una voz en el desierto que me dijo: « Tú, bella criatura, tú misma eres el objeto que ves: contigo huye y vuelve á parecer; pero sígueme y te conduciré donde no burlará tus abrazos una sombra vana, y donde hallarás á aquel cuya imágen eres. Tuyo será siempre; le darás una multitud de hijos, semejantes á tí, y serás llamada la *madre del género humano*.» ¡Que habia de hacer yo! seguir á mi conductor por un impulso invisible. Te divisé á la sombra de un plátano: bello y majestuoso me pareciste: sin embargo hallé tu hermosura no tan dulce y seductora como la de la imágen fugitiva que habia visto dentro del agua. Queria huir, pero tú me seguiste, y levantando tu voz en medio de la soledad: « Detente, me dijiste, Eva agraciada, vuelve, sabes de quien huyes? ¿Temes unirte con aquel cuya carne y hueso eres tú misma? Saliste de una parte muy cercana á mi corazon, y á mi lado debes estar eternamente. Mitad querida de mí mismo, ven á ser el embeleso de mi vida, yo te reclamo como á mi otra mitad.» Entonces me tomaste dulcemente la mano, y te seguí, y conocí despues que la fuerza y la sabiduría tienen una belleza mas verdadera que la hermosura con todas sus gracias.

Asi habló la madre de los hombres, inclinándose medio abrazada á nuestro primer padre con miradas llenas de amor, y como poseida de un tierno abandono. La mitad de su inflamado pecho viene misteriosamente á caer bajo sus dorados y flotantes cabellos, y á rozarse con el de su esposo, el

cual embriagado de amor por la beldad y por las gracias de su misma sumision, le sonrie con aquella ternura que sin degradar la superioridad sabe entregarse sin reserva. Adan estrecha despues con un ósculo tan puro como el candor los labios fecundos de la madre de los hombres.

Despues de haber entonado el himno de la noche y dado gracias al Señor, acuéstanse los dos jóvenes esposos, sobre un lecho de flores á gozar de las blanduras de un sueño ligero y puro como el vapor diáfano de una mañana de primavera. Yo te saludo exclama extasiado el cantor de Eden, yo te saludo amor conyugal, misteriosa cadena, puerta de la vida, orígen fecundo de todos los vínculos de familia! Tú nos preservas de los charcos inmundos del crímen. Sobre tí llovian las bendiciones que Dios derramaba á los antiguos patriarcas prometiéndoles mas generaciones que las estrellas del cielo. Tú sostienes siempre viva la llama del amor, de un amor santo, puro, que huye del pérfido sonreir de una mercenaria infame, en esos tumultos nocturnos donde el crímen se oculta bajo un manto de oro, acompañado del escándalo, y seguido del desprecio y del hastío.

En el Eden habia dos árboles notables entre todos los demás: tal era el árbol de la vida, llamado asi porque debia comunicar al hombre la inmortalidad, pues Dios dá la virtud de conferir sus gracias y beneficios á lo que quiere, y confia las mas eminentes calidades á las condiciones mas humildes. Habia tambien el árbol de la ciencia del bien y del mal, que tal vez se llamó con este nombre para significar que tocando á él, contrariando la prohibicion divina, el hombre conocia todo el bien que acababa de perder, y todo el mal que acababa de atraher sobre sí. Dios pues dijo al hombre: « Comerás de todos los frutos de este jardin, pero no toques el fruto de la ciencia del bien y del mal, pues el dia en que de él comieres morirás. » Y este mismo precepto se intimó tambien á la muger. Los ciegos elementos del mundo material hacen lo que les precisa que hagan una fuerza invencible, y van hácia donde esta les impele. Pero los espíritus deben ser gobernados por leyes que ellos pueden desatender y despreciar, porque son libres; pero que son inescusables en violarlas por el mero hecho de que pueden cumplirlas. Como árbitro absoluto, Dios puso un mandato, y como infinitamente sábio, tomó por materia de su prescripcion un objeto sensible, á causa de nuestra naturaleza complexa, y como

á bondad sin límites, dió una órden fácil, que hubiera hecho la vida cómoda y placentera si no hubiese dejado de ser inocente.

La libertad, pues, hacia el mal posible, y aun algo mas, le tornó seductor: la rebelion se hizo visible: armóse de un lenguaje especioso, y vino á dar su ataque al hombre inesperto. Existian otras criaturas inteligentes y libres, pero no unidas á cuerpo alguno. Dios habia ya sujetado á la prueba á todos estos puros espíritus, y muchos de ellos habian sucumbido. Como astros escapados á la fuerza que los retenia en su órbita, y abriéndose una nueva ruta en espacios desconocidos, escapáronse de las manos de Dios por una especie de huida espantosa; y el delirio falaz de su independencia convirtióse en la agitacion y en el dolor de un arrepentimiento inexorable. Tránsfugas de la luz y del amor, cayeron en las tinieblas, castigo natural de los espíritus, y en el odio, castigo el mas cruel para el corazon. Desde el fondo de su miseria, uno de estos espíritus, como hemos visto, contempló la felicidad del hombre, y se abrasó en envidia. Tomó la figura de serpiente, para mejor deslizarse hasta el corazon á quien queria seducir, y para destruir en él de raiz y aniquilar en su orígen todos aquellos goces cuyo espectáculo no podian sufrir sus ávidos ojos. No hay duda que hubiera podido ocultarse bajo cualquiera otra figura; mas como existen ciertas relaciones de analogía entre el mundo visible y el invisible, á consecuencia de esta ley seguramente, y por una disposicion de la Providencia, el tentador, en vez de presentarse bajo la forma de un animal noble y majestuoso, tomó la forma de serpiente, pues hay cierta imágen de fraude y de cobarde perfidia en las maneras de ese reptil que camina arrastrándose y que tan presto acaricia como mata.

Movida por el espíritu del mal la serpiente se acerca á la muger sin espantarla, pues los animales estaban entonces en una natural sujecion al lado de sus señores. Háblale, sin que ella lo admire, porque á pensarlo bien, un animal que despedia sonidos articulados no podia parecer una excepcion, cuando todas las cosas nuevas aun y no conocidas, debian ser consideradas como igualmente sencillas ó prodigiosas. Y la serpiente dijo á la muger. ¿Por qué os ha privado Dios el comer de todos los árboles del paraiso? No se dirige de frente á Adan, temiendo ser harto facilmente descubierto y rechazado: temia sin duda tener que luchar contra aquel ca-

rácter circunspecto, celoso de la iniciativa y prevenido por la conciencia de su fuerza contra toda estraña influencia. Dirígese á la muger, organizacion delicada y viva que se pone en juego al menor choque, al mas ligero soplo; alma propensa á las comunicaciones expansivas y á la confianza, porque tiene necesidad de apoyo; inteligencia ilustrada y dirigida por un corazon, y revestida por esto mismo de todo el encanto, pero tambien de toda la movilidad del sentimiento.

En vez de usar de su poder sobre la serpiente para cubrir su pregunta con el silencio y el desprecio; en vez de vengar el ultrage hecho al legislador supremo; la muger sale de su dignidad de reina, y entra en discusion. «Comemos, dice, de todos los árboles que están en el paraiso; pero en cuanto al árbol que hay en medio de él, Dios nos ha prohibido comer de sus frutos ni tocarlos, por temor de que no muramos.» La respuesta no era ni generosa ni leal: expresa el temor en vez del amor ó del reconocimiento, y envuelve en fórmula de duda *por temor de que no muramos*, ó, no sea que muramos, la amenaza esplícitamente positiva del Señor: *Vosotros morireis*.

Cobró aliento el tentador, y replicó: «No, no morireis, — Dios sabe, al contrario, que el dia en que comiereis de ese fruto, se abrirán vuestros ojos, y sereis como dioses, sabedores del bien y del mal.» No podia mentirse con mas acento de seguridad. Entre dos palabras contradictorias, la una que venia de Dios, y la otra de la serpiente, clara y fácil era la eleccion; pero la primera respiraba terror y ponia trabas, y la segunda contenia agradables promesas, y lisonjeaba los instintos de la independencia. Asi es como el mal se disfraza á nuestros ojos bajo el colorido del bien, oponiendo ingeniosamente al yugo de la virtud y á la gravedad del deber la imagen de un placer que se parece á la libertad y á la ventura, harto semejante á esos fuegos que aparecen de noche sobre los pantanos y que atraen al viajero para poner el pié en los abismos.

La muger se habia complacido demasiado en prestar oido á la serpiente, y habia defendido mal su corazon contra el deseo y la esperanza de conocerlo todo: declaróse ya un principio de rebeldía en la region de la inteligencia, por donde acababa de pasar el orgullo. El sacudimiento se estendió hasta á los sentidos, compañeros y súbditos del alma, al modo

que se observa en el semblante de los criados asomar el gozo ó pintarse la sombría tristeza que se pinta en el rostro de un amo respetado: los sentidos se hicieron á su modo sediciosos: la muger fijó su vista en el árbol prohibido; su fruto le pareció bueno para comer, bello y agradable á los ojos, y este era el último golpe dado á una fidelidad ya desquiciada y vacilante. Los sentidos fascinados reaccionaron sobre el espíritu que no les habia gobernado con discrecion, y el espíritu fué vencido. La muger tomó la fruta y la comió.

Desde aquel momento la serpiente se creyó mas segura de la muger, que de sí misma: desaparece, y la deja que parezca ante su esposo. Esta naturaleza ahora mismo tan débil para resistir, va á ser muy poderosa para vencer, pues abatirá al hombre á quien el padre de la mentira no se atreve á tantear el engañarle; porque el hombre se halla sostenido por una fiereza natural al luchar con todo lo que es fuerte, y su corazon mismo le vende cuando lucha contra lo que es blando y fragil. Asi Adan fué conducido en un principio por la condescendencia mas bien que determinado por raciocinio alguno. El contristar por una negativa su sola y querida compañera, le pareció sin duda amargo y cruel: sintióse inclinado y su corazon ablandido sucumbió, arrastrando al pensamiento en la caida. Dió la muger el fruto á su marido, el cual le comió como ella, obedeciendo á los mismos atractivos del orgullo y de la sensualidad.

Abriéronse al mismo instante los ojos de los culpables, pero no á las luces de gloria y de sabiduría que la serpiente hacia esperar; fué un despertar amargo que desvaneció las ilusorias riquezas que se habian amontonado en un sueño. La desnudez, cubierta hasta entonces por la simplicidad y el candor de la inocencia, se convirtió en una carga insoportable; y, cosa mas lamentable aun! esta desnudez no era mas que el resultado, ó por mejor decir la expresion de un despojo y de una indigencia puramente espiritual. La voluntad cesó de reinar como señora en su imperio; parecióle ver marcado una especie de oprobio en las obras de Dios, y en este equilibrio trastornado reconoció su degradacion, su miseria y su infelicidad. Los dos culpables se cubrieron con hojas de higuera entrelazadas como un ceñidor.

Creemos no desagradará á nuestros lectores el ver reproducida con el

bello colorido de una poesía rica y fecunda la escena que acabamos de describir. Estos fracmentos de un poemita español escrito á últimos del siglo pasado, al paso que por su fluidez, naturalidad y viveza no podrán dejar de ser agradables aun á aquellas personas que por sus principios ó por su carácter conserven menos aficion á esta clase de composiciones, dará al mismo tiempo una idea del buen gusto que dominaba ya entonces en España, aun antes de ser conocido el atrevido y caprichoso sesgo que domina en la mayor parte de las producciones de la escuela moderna.

Enmedio el Paraiso su guirnalda
Sobre palma y ciprés copioso estiende
Árbol bello, que en manos de esmeralda
Lucientes pomas de carmin suspende.
Árbol funesto á cuya umbrosa espalda
Blandida al aire su guadaña tiende
La hambrienta parca, por fatal tributo
De quien gustare el delicioso fruto.

Lo ve léjos, y tiembla; ni se atreve
A tender Eva la asustada planta:
Alza los ojos paso, y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tanta;
Tiembla el pecho inflamado, y lanza breve
El mal cojido aliento: ya adelanta
El pie.... ¡infeliz! ¡ay! huye: muerte, muerte
El tronco infausto entre sus hojas vierte.

Llega al árbol fatal.... ¡Profeta santo!
Dame lágrimas, ¡ay! el lloro triste
Me da, tu lloro, el lastimado canto
En que, cautiva tu Sion, gemiste:
¿Podrán cien leguas el eterno llanto
Decir de la natura? tú me asiste,

Tú me esfuerza á sentir: llorad, vivientes,
Todas vais á morir, futuras gentes.

Llega debajo el árbol, cuando presta
Horrenda sierpe de la hojosa cima
Súbito se desrrolla, y vibra inhiesta
La aguda lengua que Satán anima:
Plega en arcos la espalda; la alta cresta
Sobre la inmensa mole se sublima:
Eva á su vista pavorida huyera
Si temor la inocencia conociera.

Del mónstruo el pecho llena, y rije astuto
El vil traidor: el escuadron de males
Cerca en torno al dragon con negro luto,
Quien comienza inspirado en voces tales:
«¿Por qué un ciego precepto el dulce fruto
Asi os veda tocar? sois racionales;
Sabed la razon dél.» Duda el aleve,
Y con la duda á quebrantarle mueve.

«Temeis morir? prosigue; no os asombre
Una amenaza futil ¡oh! bien sabe
Por que os aterra Dios; quiere que el hombre
Bajo vil yugo á su opresor alabe:
Dioses sereis cual él; tan alto nombre,
Tan gran saber é independencia cabe
A quien el fruto divinal percibe;
Sabed ya la razon que os lo prohibe.

«¿Dó está la libertad? ¿el alvedrío
Dó está de que os gloriais? esclavos viles,
Esclavos os llamad, ó el señorío
Cobrad, que en vano os dieron: ó serviles

Súbditos sed, ó Dioses: os lo fio,
Podeis serlo: elegid.» A las gentiles
Ofertas Eva por el fruto arde
Y quiere de ser libre hacer alarde.

Cual Sirio abrasador, ó el frio Arturo
Cayendo sobre el mar, su luz envia
Del olmo traspasando el toldo escuro,
Que bulliciosa mueve el aura fria;
Ora entero se mira el fulgor puro,
Ora se pierde entre la pompa umbría;
Ya mengua el disco trémulo, ya crece,
Ya en destellos se parte y desparece.

Asi de Eva la mente vaga incierta:
Ya se alienta, ya teme; el fruto bello
Del ramo á troncar iba, y huyó yerta
La mano, y yerto se le alzó el cabello:
Otra vez, y otra torna; ¡ay triste! cierta
A nuestra eterna infamia puso el sello:
Comió; ¿qué mas diré? comió: ¿dó ardiente
El rayo está del vengador potente?

Comió, y al fiel Adan, que respetoso
Ni aun el árbol mirara, el don presenta
Con las ofertas del traidor doloso,
Y su temor y su esperanza alienta:
Insta, ruega amorosa: el tierno esposo
Cede, se rinde, y su osadía aumenta
Mas que el dolo, el amor; que es por su daño
Amor mas poderoso que el engaño.

La poma al lábio llega, cuando al cielo
Alzó acaso la vista, y de su mano

Cayó el fruto perdido : un mudo yelo
Cuajó densa la sangre al pecho insano :
Dos veces Eva con osado anhelo
Tornó á la mano lasa el don profano ;
Dos veces cayó de ella , y ¡ triste suerte !
Al fin revive para darse muerte.

Gustó la poma Adan , y el universo
Sintió súbito el crímen : la alta esfera
Robó entre sombras el semblante terso
Que los globos de lumbre reverbera :
El dormido favonio en austro adverso
Mudó el soplo vital : de rabia fiera
Se vistió el bruto , y su obsequioso oficio
El orbe todo convirtió en suplicio.

Vióse desnudo Adan : la seductora
Vióse desnuda , su candor perdido,
Cual pisado clavel se descolora
Doblado sobre el vástago partido:
La bella dulce luz encantadora,
Rayo de luz eterna desprendido,
Ay ! se obscuró en su faz antes delicia,
Ya maldicion de la inmortal justicia.



Vióse y se avergonzó , y al bosque denso
Corre turbado , y su ignominia esconde,
Las venganzas temblando del Inmenso,
A quien juzgó igualarse : mas ¡ oh ! ¿ dónde
Dónde de Dios huirá ? del orbe estenso
Abierto el seno ve : á su voz responde
La muda nada en el abismo oscuro :
Ante su faz la sombra es fuego puro.

¡Ah! vióle, si, de su encumbrado asiento,
Y ardió súbito en ira; del semblante
Un mar corrió de fuego; ardióse el viento,
Las montañas ardieron; fulminante
Tronó en su furia, y retembló al acento
Bajo su pie el Olimpo vacilante;
Cubrióse el trono en centellantes nubes,
Y sus rostros velaron los chèrubes.

Tal fué el primer crimen que manchó la tierra, y en el cual tienen su origen y su tipo todos los crímenes que posteriormente han afligido al mundo. Y en realidad, sale de todas las criaturas una voz que habla de gloria y de placer, y nuestra curiosidad la excita, la escucha, y responde á ella. La voz blanda y agradable se reviste de armonía, y logra tener encantadas todas nuestras potencias por la dulzura de sus acentos. La necesidad del valor en resistir mentirosos halagos, la belleza de la virtud y la sancion de la ley no tardan en parecernos destituidas de todo atractivo, de todo embeleso, de toda fuerza que sostenga nuestro espíritu; y la sola desobediencia ha guardado para nosotros la mágia de sus encantos. Rebélanse entonces los sentidos, el corazon vacila, el pensamiento se obscurece, el hombre hace una vergonzosa abdicacion de sí propio, vencido como otras veces por la sensualidad y el orgullo, semejante á una vieja encina ya desgarrada por el rayo y á la cual una postrera tempestad derriba por el lado al cual los vientos la habian inclinado cuando jóven; pues la naturaleza humaña queda herida en las facultades esenciales que la constituyen, y despojada de los maravillosos dones de la gracia, con la que habia sido originariamente enriquecida. De estas ruinas hizo Pascal inspirado por la religion un cuadro tan elocuente como verdadero. La vista de estas ruinas conturbó la antigua ciencia. Por esto preguntaba si era un crimen el haber nacido. Ciceron hablaba del estado actual de nuestra alma como de una cosa decaida, y Pitágoras y Platon se lamentaban de que un defecto primitivo hubiese alterado y corrompido nuestras fuerzas. En una palabra, los filósofos miraban la vida presente como una expiacion de una vida anterior, y los pueblos, esplicando la palabra de los sábios, busca-

ban el remedio á la comun miseria en los sacrificios y en la efusion de sangre.

Y que otra cosa pensais que sea esa fiebre que devora nuestro siglo, sino un fuerte y convulsivo sacudimiento de aquella primitiva dolencia que aquejó á nuestros primeros padres? El racionalismo obscurece el espíritu, y el sensualismo arrastra el corazon. Los hombres, olvidados de que toda criatura ha de gemir sobre la tierra, buscan con afan frenético una felicidad en el cumplimiento de todos sus deseos, en la satisfaccion de todos sus goces: quieren ser como dioses sobre la tierra, despues de haber comido y de haberse hartado de todos los frutos vedados; las leyes de la sociedad, las santas leyes de la familia son para ellos otras tantas trabas que anhelan quebrantar, creyendo que la felicidad suprema consiste en el rompimiento absoluto de todos los lazos, y en la independencia indefinida de la razon y de la voluntad. Sueñan en edades de oro cuando proyectan desquiciar el órden y las leyes, y por medio de todos los crímenes posibles intentan regenerar la humanidad.

El crímen empero, estaba cometido en el Eden, y la justicia debia seguir su curso. Dios vino á instruir el proceso de nuestros progenitores ya caidos, y su presencia fué revelada por una forma sensible. Los culpables oyeron en el Eden su marcha como un leve ruido. Era al caer la tarde, y el hombre y la muger que se habian defendido con hojas de árbol contra sus propias miradas, se retiraron aterrados en medio de los árboles del paraíso para sustraerse de la faz del Señor. Mas la voz del Señor los alcanza: « Adan, ¿en donde estás?» Y aun en esta palabra habia mas de compasion que de enojo, como si Dios hubiese esclamado: tu huida y tus temores dan á conocer tu falta. ¡De cuan elevada cumbre de gloria acabas de caer, y en que ruina te has precipitado! Todavía resuena hoy entre los hombres un eco de aquella voz misteriosa y severa, y la oyen todos los que han obrado mal; es la voz del remordimiento. Despues de las violaciones del órden prescrito, el deber desconocido y la virtud ultrajada se levantan en la conciencia como un espectro. En vano el alma hace esfuerzos para apaciguarle, ó forceja para huir de él: él la persigue, se junta á ella para atormentarla; y si ella se retira en el lleno goce de una vida del todo sensual, como para desafiar desde allí al espectro doméstico,

él la agarra hasta entre los brazos del placer, y la arroja algunas veces en sombríos y espantosos terrores, por esta vindicativa palabra: ¿En donde estas?

Respondió Adan: « He oido en el paraíso el ruido de vuestros pasos, y he temido porque estaba desnudo, y me he ocultado. » Y dijo Dios: « Quien te ha dicho que estabas desnudo, si no has comido del fruto del árbol que yo te prohibí que comieses? » El Señor se dirige ante todo al principal culpable. Adan, como mas grande y mas fuerte en su origen, fué mas ingrato en la desobediencia, pues á quien mas habrá recibido, mas se le pedirá (6). Replicó Adan: « La muger que me habeis dado por compañera me ha presentado el fruto, y yo he comido. » Parece que el primer hombre queria hacer subir hasta Dios la responsabilidad de su falta, como si Dios le hubiese quitado la inteligencia y la libertad, dándole una compañera, pues le dice *la muger que me habeis dado.* Aun mas; en lugar de evitar el bochorno de una confesion á la que él habia amado y voluntariamente seguido en la revuelta; en lugar de estender sobre ella la generosidad del arrepentimiento, la deja abandonada por egoismo, y la oprime con el peso de una cobarde acusacion: *la muger me presentó el fruto.*

Quizás pudiera decirse que en la confesion de la muger se advierte un poco mas de justicia; porque cuando fué acusada de haber arrastrado al hombre á la rebelion, y le dijo Dios: *¿Porque obraste así?* respondió ella sencillamente: *la serpiente me engañó, y comí.*» Pero su acusacion no importa en sí aquel poderoso arrepentimiento que merece y alcanza los grandes perdones. ¡A estas débiles almas humanas les cuesta tanto el estudiarse, el conocerse, el darse testimonio á sí mismas de sus propias debilidades! Por lo demás, si es permitido vituperarlas, es justo tambien el compadecerlas; pues mucha mayor será la fatiga que tendrán en levantarse de una caida, que la dificultad que hubieran tenido en conservarse en la integridad de su fuerza y de su elevacion.

Pronuncia por fin el juez la sentencia. Dijo á la serpiente: « Porque obraste asi, serás maldita entre todos los animales de la tierra; arrastrarás por la tierra y de tierra te alimentarás. » Asi pues lo que era natural á la serpiente se le señaló como un recuerdo de la tentativa para la cual habia

servido, y su alimento envuelto en el polvo y en el fango recordó su castigo. Y añadió Dios: « Pondré enemistades entre la muger y tú, entre su raza y la tuya: ella te hollará la cabeza, y tu te esforzarás para morder su pié.» El tentador pues fué castigado no solamente en sí mismo, sino tambien en el animal de que se habia servido como de instrumento; maldito del género humano, en vez de recibir de él los honores concedidos á los ángeles buenos; enemigo lleno de sagacidad y de malicia, pero aplastado por el hijo de la muger y sumido en el polvo en donde le redujo la victoria del Verbo encarnado, y ¡cosa singularmente notable! la mayor parte de las naciones antiguas estuvieron en la creencia de que la serpiente ocultaba algun espíritu tenebroso y malhechor, atribuyéndole facultades maravillosas, y dándole un culto inspirado por el terror: tanto duró el recuerdo de su alevosía, y tanto pudo la maldicion fulminada por Dios!

« Bossuet en sus *Elevaciones á Dios*, dice Chateaubriand, en las cuales hallamos muy á menudo al autor de las *Oraciones fúnebres,* dice, hablando de la serpiente, que los ángeles conversaban con el hombre en aquella forma que Dios permitia, y bajo la figura de animales. Eva pues no se sorprendió de oir hablar la serpiente; como tampoco le causó sorpresa el ver al mismo Dios aparecer bajo una forma sensible. Y añade Bossuet: ¿Porqué Dios hizo determinar al soberbio arcángel á parecer bajo esta forma mas bien que bajo otra alguna? Si bien no hay una necesidad de saberlo, la Escritura nos lo insinua diciendo, que la serpiente era el mas astuto de los animales, es decir el que representa mejor al demonio en su malicia, en sus engaños, y despues en su castigo.

« Nuestro siglo desecha con altivéz todo lo que huele á maravilla; las ciencias, las artes, la religion ya no tienen velo alguno. La serpiente ha sido con frecuencia el objeto de nuestras observaciones; y aun nos atrevemos á decir, que si nos hemos persuadido reconocer en ella aquel espíritu pernicioso y aquella sutileza de que se ha hablado en la Escritura, es porque en este incomprensible réptil todo es misterioso, todo oculto, todo asombroso. Sus movimientos se diferencian de los de los demás animales; no se sabrá decir cual es el principio de sus mudanzas, porque no tiene aletas, ni piés, ni alas, y sin embargo huye como una sombra, desaparece mágicamente, vuelve á aparecer y desaparece otra

vez, semejante á un vapor azul, ó al resplandor de una espada en medio de las tinieblas. Unas veces se forma en círculo y vibra una lengua de fuego; otras se pone derecha sobre la extremidad de la cola: camina en una actitud perpendicular como por una especie de encanto; se arroja como un globo, se levanta y baja en figura espiral, mueve sus anillos como una onda, circula sobre las ramas de los árboles, y se va escurriendo bajo la yerba de los prados, ó sobre la superficie de las aguas. No tenia tantos senos el laberinto, como los que deja estampados este réptil. Sus colores son tan poco determinados como su movimiento: se mudan segun los aspectos de la luz, y tienen aquel falso brillo y aquellas variedades engañosas propias de la seduccion.

Aun es mas asombroso lo restante de sus costumbres: sabe echar á un lado su camisa manchada de sangre por el miedo de ser conocida, asi como lo hace un hombre cuando acaba de ejecutar una muerte. Por una estraña facultad hace entrar de nuevo en su seno á los pequeños monstruos que el amor habia hecho salir de él. Ella duerme meses enteros, frecuenta los sepulcros, habita lugares desconocidos; compone venenos que hielan, abrasan ó manchan el cuerpo de su víctima con los mismos colores de que ella está marcada; en una parte levanta dos cabezas amenazadoras, en otra hace sonar un cascabel; silva como una águila, y brama como un toro. Como objeto de horror ó de admiracion, le profesan los hombres un aborrecimiento implacable, ó caen delante de su estátua. La mentira la invoca, la prudencia la reclama; la envidia la introduce en su corazon, y la elocuencia tiene su caduceo. En los infiernos dispone los látigos de las furias, en el cielo es símbolo de la eternidad, y posee tambien el arte de seducir á la inocencia. Sus miradas encantan á los pájaros que vagan por el aire, y bajo el helecho del pesebre sabe chupar la leche de la oveja. Sin embargo se deja hechizar por la suavidad del sonido, y para domarla no necesita el pastor mas que su flauta (7).»

Con un profundo conocimiento de la historia afirma Chateaubriand que la serpiente ha sido á su vez un objeto de admiracion y de horror; y no es difícil el dar la esplicacion de este doble fenómeno, si nos colocamos desde el punto de vista de la tradicion católica.

En efecto, los libros santos nos hablan de un ser que siendo al principio

la mas bella y la mas poderosa de las criaturas despues de Dios, se rebeló contra él; dicen que con este motivo hubo un gran combate en el cielo, de cuyas resultas fué aquel precipitado en un abismo (8). Despues nos muestran á este mismo ser derribado y caido, introduciéndose furtivamente en el jardin de Eden bajo la ignoble figura de serpiente, y dirigiendo allí palabras capciosas á la primera muger; la cual, cediendo á sus pérfidos consejos, desconoció la suprema autoridad de Dios, y atrajo sobre ella y sobre su raza aquella pervertida condicion, en la cual vejetamos todos, hijos desdichados de un padre bueno, pobres y débiles criaturas de un Criador rico en magnificencia y omnipotente en fuerza (9).

En la China el pueblo adora serpientes y las ofrece sacrificios.

Fo-hi, tan venerado entre los chinos, está representado como una serpiente con una cabeza de hombre, y á Chin-nong, el labrador divino, se le dá una frente de dragon.

Todos los libros sagrados de los Hindus están llenos de relatos en los que se hace mencion de la serpiente. Sus leyendas hablan unánimemente de la sierpe misteriosa que jugaba un gran papel en el orígen de los tiempos: llámasele *Ananta* ó *Maha-Secha*. Y en un lugar del Indostan llamado Soubra-Maniah, se halla un templo erigido en honor suyo.

Separadamente de la veneracion que se tiene á esta serpiente histórica, muestran aun los Bracmanes mucho respeto por una serpiente que se llama Capel cuya mordedura produce casi súbitamente la muerte. Cuando los Hindus han descubierto alguno de los escondrijos ó agujeros en donde suelen habitar tales serpientes, corren á poner en la boca de la cueva leche ó frutas de plátano, y si alguno de estos terribles réptiles se introduce en sus casas, le rodean de toda especie de honores, á pesar del peligro que la presencia de semejante huesped hace correr á toda la familia (10) En las Indias se celebra la fiesta de Nagara-Pantchamy en honor de las serpientes (11).

Los egipcios empleaban la serpiente en casi todos los símbolos de la religion y de la ciencia; y segun el testimonio de Elieno, la miraban como revestida de un carácter *sagrado* y *venerable*, y como poseyendo algo de *muy divino* que no era ventajoso conocer (12).

En Egipto los sacerdotes representaban á Serapis, como los chinos

Fo-hi, con una cabeza humana y un cuerpo de serpiente. Kneph estaba figurado bajo la forma de una culebra. El Círculo, símbolo del Ser Supremo, estaba rodeado de dos serpientes (13). Y una serpiente representaba al Todopoderoso (14).

No hay pues que admirarse si el símbolo de la serpiente se encontraba entre los egipcios en todas partes. Veíasele en torno del cetro de Osiris: servia de adorno á las estátuas de Ysis, y á las que rodeaban el símbolo de esta diosa se les hacian grandes honores, mirándoselas como á inmortales, y hasta se pretendia que servian para discernir el bien y el mal (15).

Los sacerdotes llevaban serpientes al rededor de sus birretes ó mitras, y la diadema de los Faraones estaba coronada de ellas (16); y asi como en la India y en la Etiopia, se les levantan templos, y se veian de estos animales en todos los santuarios del Egipto (17).

En África el culto mas popular es el de la serpiente; y todos los viajeros han visto con sorpresa las caprichosas y extravagantes particularidades por las que las tribus africanas pretenden honrar á ese réptil (18).

Entre los griegos la serpiente era el símbolo de los dioses del dia y de la medicina. Los atenienses mantenian una á la cual consideraban como el dios tutelar de su ciudad. Pretendian que las serpientes tienen conocimiento de lo que ha de venir, y alimentaban algunas en sus casas, á fin de poder consultarlas en todas las circunstancias (19).

Los romanos daban tambien á las serpientes honores divinos. Refiere Valerio Máximo, que mientras la peste estaba desolando su ciudad, enviaron una diputacion á Epidauro á fin de consultar á Esculapio. En el momento mismo en que iban á partir los embajadores, salió del templo una serpiente, y subió sobre la galera de los romanos, los cuales, despues de haberla admitido con una veneracion religiosa, la condujeron á su ciudad, y le erigieron un palacio en la isla del Tiber, sobre del puente Palatino (20).

La historia nos manifiesta igualmente el culto de la serpiente establecido entre los bárbaros del Norte, en la Lithuania, la Estonia, la Livonia, la Prusia, la Curlandia, y la Samogitia (21).

Los Museys tribus de la América del Norte, profesan un singular respeto á la serpiente de cascabel, á quien llaman su abuelo y progenitor (22).

Tampoco nos será difícil el probar la segunda asercion de Chateaubriand, de que los pueblos miraban tambiem la serpiente como un ser decaido, principio del mal y artífice de los dolores que devoran á la triste y lamentable humanidad.

En China encontramos símbolos notables y evidentes de las relaciones de la Serpiente con el genio del mal.

El Y-king, otro de los libros sagrados de los chinos, dice: « El dragon rebelado sufre ahora el castigo de su orgullo (23).»

Pero ¿cual es ese dragon misterioso de que habla la tradicion china? Es el mismo del cual el Chou-King, otro libro sagrado, habla en estos términos: «Segun los antiguos documentos de nuestros antepasados, Tchi-yeou fué el primer autor de la rebelion: despues esta rebelion se extendió á todos los pueblos, y de aqui nacieron todos los crímenes (24).»

«El Comentador, dice el P. Premaro, hace observar que Tchi-yeou es el gefe y el príncipe de los *nueve negros*, cuyo retrato hace el libro Ho-tou del modo siguiente:

« Son ochenta y ocho hermanos; tienen el cuerpo de bestia feroz, el hablar de hombres, una cabeza de bronce y una frente de hierro. Comen polvo de la tierra, son los inventores de las armas; y llenos de confianza en sus cuchillos, en sus lanzas y en sus grandes arcos, inundan de terror al mundo, y se abandonan á una crueldad desenfrenada. »

El rey Rojo, dice Ven-tsée, es la calamidad del fuego: él se atribuye á sí mismo el nombre de *señor de las llamas*, y la Glosa añade: El rey Rojo es Tchi-yeou.

Tchi-yeou sublevándose *encendió el fuego de los infiernos:* y por este motivo se llama Ho-tsai.

El libro Po-kou-tou nos asegura que en la antigüedad habia la costumbre de esculpir sobre los vasos la imagen de Tchi-yeou, para desviar á los hombres de la disolucion y de la crueldad.

Los anales Tong-kien dicen abiertamente, que Tchi-yeou es el *genio del mal.*

Por último, refiere la historia china, que en el reinado de un emperador que vivia (140 años antes de Jesucristo) Tchi-yeou apareció en medio del dia en el territorio de la ciudad de Tay-yuen (capital de la provincia de

Chansi); tenia los piés de tortuga y *una cabeza de serpiente.* Y como atormentase á los habitantes de aquella comarca, se levantó un templo para aplacarle.»

Kong-kong presenta asimismo un símbolo análogo al de Tchi-yeou. Es el impostor y el artífice del mal. El libro Kouei-tsang dice: Kong-kong tiene la cara de hombre, *el cuerpo de una serpiente*, y la cabellera roja; *hombre y no hombre, serpiente y no serpiente*, no es mas que mentira y engaño (25).

Lo que acabamos de decir que la serpiente es considerada entre los Hindus como el símbolo del principio del mal, se halla tambien confirmado por el Sr. Dubois en sus *Costumbres é instituciones de los pueblos de la India* (26).

Tenemos una prueba que lo mismo puede decirse del Japon, pues cuando se representa la creacion del mundo, se emplea la figura de un árbol en torno del cual se desliza una horrible serpiente (27).

El autor del *Schah-nameh*, lo mismo que los antiguos persas, identifica la imagen de la serpiente con la del genio maléfico (28).

Joaquin Menant hace la observacion de que, segun los secuaces de Zoroastro, los Dews, ó malos genios se revisten alguna vez de la forma de una culebra para atormentar el mundo (29). Abriman, su gefe, estaba representado bajo la forma de una serpiente, y el Sr. Guigniant refiere que en el Iran, se la miraba como autora de la caida del primer hombre y de la primera muger Meschia y Meschiane (30).

Entre los egipcios Typhon que, segun Benjamin Constant, representaba el principio malo (31), solia, como ya hemos indicado, representarse bajo la figura de una serpiente (32). Y si hemos de dar crédito á Elieno, Typhon tenia una forma humana, pero sus dedos y sus muslos estaban enroscados de serpientes (33).

Entre los griegos, hallamos á Typhon en sus mas antiguas leyendas. De él se dice, que ni se parece á Dios ni á los hombres; que es horrible y monstruoso y que es el azote mas cruel de los mortales (34). El himno de Apolo, que se atribuye á Homero, dice que es colosal y feroz, que es el destructor de los hombres y de los animales (35). Y por cierto que Píndaro no le pinta con mas risueños colores:

« Sobre el horrible Tártaro extendido
Enemigo implacable de los dioses;
Typhon de cien cabezas, etc. »

Hesiodo hace nacer á Typhon de la tierra y del profundo tártaro:

« Por hijo postrimero
Ghea engendró á Typhon, que ella tuviera
Del tenebroso Tártaro, por medio
De la deydad dorada de Cíteres (36).

Apolodoro, despues de haber referido la lucha que Typhon hijo del Tártaro sostuvo contra Júpiter, el dios supremo; dice, que éste se vió obligado á arrojarle un rayo y sepultarle bajo la montaña ardiente del Etna (37).

« Typhon, dice el Sr. Seguier de Saint-Brisson, es el padre de todos los seres malhechores. Asi es como de él y de Echidna *(la vívora)* nacieron la Quimera, que venció Belerofonte, el leon de Nemea, el dragon que guardaba el jardin de las Hespéridas, el perro Orthos que guardaba las vacas de Gerion, el águila que devoraba las entrañas de Prometeo sobre el Cáucaso, el esfinge, por fin, que proponia enigmas á las puertas de Tebas, y al cual Edipo hizo perecer despues de haberlos explicado (38).

La serpiente Pyton, cuyo nombre es un anagrama de la de Typhon (39), es seguramente uno de los símbolos mas interesantes del paganismo occidental. Ovidio la llamaba serpiente desconocida, el terror de los pueblos (40).

En Grecia, dice el Sr. Roselly de Lorgues, el pecado ó el mal son representados por la serpiente. Apolo, hijo del gran dios, mata con sus flechas á la serpiente Pyton. Esculapio, hijo de un dios, mata la serpiente con un madero, y porque ha muerto la serpiente, Apolo es declarado dios de la Medicina, y dá á los simples sus virtudes. Él descubrió el remedio de la humanidad, y su fama se extiende sobre la tierra, y como mató á la serpiente con una flecha de madera, se le pinta como á Esculapio armado con la maza en la cual se enrosca una serpiente.... Pero no son solamente los males del cuerpo los que viene á curar Esculapio. Su propia estátua en el templo de Epidauro, le representaba, sentado ó en pié, sobre un trono, teniendo en una mano el madero y en la otra la serpiente vencida por su

divino contacto. Y por temor de que hubiese error sobre el género de curacion que se le atribuia, y para que no se olvidase que él es tambien el médico de las almas, los bajos relieves de su trono representaban todos los misterios de la rehabilitacion y de la redencion futura, la destruccion del grande dragon, Belerofonte domando la Quimera, Perseo cortando la cabeza de Medusa, aquel otro nudo gordiano formado por los pliegues ó anillos de la serpiente. A causa de sus beneficios, llevaba ceñida la corona de Apolo, dios de la luz, su laurel doble, símbolo de la armonía y de la victoria. Y efectivamente el restablecimiento de la armonía, es decir, la unidad, forma el objeto y la esencia de la terapéutica.....

«Los filósofos paganos convenian en la identidad entre Esculapio y Apolo; y á consecuencia de esto los platónicos Proclo y Salustio colocaban en el sol la residencia de Esculapio, médico de las almas. ¿Creeráse tal vez que un puro azar haya puesto la serpiente bajo el dominio de Esculapio? ¿Por qué el dios de la luz y de la armonía, es decir, de la union, es el árbitro de la medicina? No es por haber destruido á la serpiente Pyton? ¿Y qué viene á ser Pyton, sino, como el Typhon de los egipcios, el emblema del mal espiritual? No puede haber duda en esta parte, pues los nombres mismos traen consigo las pruebas. Pyton es el anagrama de Typhon, y ¿quién revistió á Esculapio de los atributos del Apolo pytio? ¿No es la gloria de haber vencido al antiguo enemigo? ¿Y cómo ha venido á ser el salvador de la humanidad? ¿Concebís ahora, porque la sacerdotisa que habia de declarar el porvenir pisoteaba la escamosa piel del misterioso trípode? ¿No os acordais que, segun la tradicion griega, Pyton quedó muerta á la entrada de la gruta en que la VIRGEN de la justicia divina Themis, pronuncia sus oráculos? Seguid esta íntima ligazon de imágenes, y decidnos despues si se ha de atribuir al acaso (41).»

En una leyenda de los griegos, un dios, transformado en serpiente vino á pervertir á la muger (42).

Otros dicen que de la muger y de la serpiente nacieron una raza de hombres, por cuya causa fueron llamados Ophiógenes (43).

Entre los epirotas solo una vírgen podia ser sacerdotisa de las serpientes que ellos adoraban, como si con esto hubiesen querido conservar la memoria de las primitivas relaciones de la muger con el ángel caido. Lo mismo

sucedia en Lavinia, en donde las jóvenes eran sacerdotisas de la gran serpiente que los romanos adoraban allí. Si la serpiente no comia las tortas que le presentaba la jóven sacerdotisa, se suponia que esta habia perdido su virginidad, y era sin remision condenada á muerte (44).

¿Por qué motivo las Furias, las Górgonas y las Medusas se pintan coronadas de sierpes, mientras que el hombre no se vé jamás en semejante compañía? ¿No es porque, como muy juiciosamente lo nota Roselly de Lorgues, la antigüedad quiere dejarnos vislumbrar «ciertas relaciones entre la serpiente y la muger?» Muy cerca de la serpiente aparece luego una muger. El encuentro de una serpiente es fatal á la compañera de Orfeo, príncipe de la lira. Una serpiente amenaza á Andromedes: debajo el árbol maravilloso de las Hesperidas se oculta una serpiente: una serpiente priva de acercarse al vellocino de oro. La mitología del Norte nos dice tambien que la serpiente Midgard en sus relaciones con Augerboda, fué la causa de todas nuestras desgracias. La serpiente Sciur lleva la palabra de la envidia (45).

No es fuera del caso el advertir que la serpiente Midgard nacida de la giganta Augerboda, mensagera de las desgracias, tenia por padre á Loke, calumniador de los dioses, el forjador de los engaños, el oprobio de Dios y de los hombres, de hermosa cara, pero de espíritu perverso (46).

Dícese tambien que esta serpiente enrosca la tierra con sus pliegues, y que aparecerá terrible y amenazadora en la fin del mundo (47).

«Loke, dice Riambourg, es padre del lobo Fenrís, la destruccion de la serpiente Midgard, ó sea el pecado, y de Hela, que es la muerte. Es imposible dejar de conciliar ó hermanar las tres ideas, y de no persuadirse, cuando recordamos que la muerte, el pecado y la destruccion entraron en el mundo por medio de la astucia empleada por el espíritu seductor, que esto no sea una reminiscencia encubierta bajo un ligero velo de alegoría.

En Africa las muchachas están consagradas á las serpientes que los negros adoran. Creen los africanos, que si por la primavera las niñas encuentran al caer la tarde alguna serpiente, la proximidad de estos monstruos les hace perder la razon (48).

El Sr. de Humboldt, despues de haber reproducido en su *Vue des Cor-*

dillieres, una curiosa pintura consagrada por los Aztecas, y á la cual hemos aludido ya otra vez, añade estas notables palabras:

«Este grupo representa la célebre muger de la serpiente Cihuacohualt, llamada tambien Quilaztli ó Tonacacihua, *muger de nuestra carne*; ella es la compañera de Tonacateuctli. Los mejicanos la miraban como la madre del género humano; despues del dios del *paraiso celeste* Ometeuctli, ocupaba el primer lugar entre las divinidades de Anahuac. Vésela siempre en relacion con una gran serpiente. Otras pinturas nos representan una culebra abigarrada, ó de varios colores, hecha pedazos por el grande Espíritu Tezcatlicopa ó por el sol personificado, el dios Tonatiuh. Estas alegorias recuerdan antiguas tradiciones del Asia; nos parece ver en *la muger de la serpiente* de los Aztecas la Eva de los pueblos semíticos; en la culebra hecha pedazos, la famosa serpiente Kaliga, ó Kalizaga, vencida por Vishnu, cuando tomó la forma de Krischna (49).

Parece que no será fuera de propósito el presentar ahora á nuestros lectores, como absolutamente incontestables, las juiciosas conclusiones del Sr. Roselly de Lorgues.

«Claro está, dice, que la serpiente bajo un título ú otro, y por una parte ú otra, figuró en este hecho misterioso cuya escena fué el paraiso de la tierra, y los espectadores las inteligencias del cielo; puesto que en todo el globo, por todas las naciones y paises se toma á la serpiente por el símbolo ó señal de la perfidia, de la mentira y de la muerte; y aun mas, en el sábio Egipto, significaba la ciencia del bien y del mal. Querer enumerar los signos, las costumbres, los ritos de veneracion ó de horror de que es objeto este réptil, seria pasar revista de todos los pueblos y de todos cultos tanto estinguidos como vigentes, pues no hay reino ni pueblo ni horda que haya podido eximirse de honrar ó de aborrecer este símbolo. ¿Para qué dar á esta forma tanta importancia? ¿Por qué motivo la adopcion simultánea de esta figura en la religion del verdadero Dios y en el paganismo? ¿No se vislumbra en esta universalidad de tiempos y de lugares algo de extraordinario? ¿Cómo es que figura la serpiente en los doctos santuarios de Memphis y bajo la choza del juglar de Ohío y del lago Erieno? Si la historia de la caida del hombre fuese una pura invencion, ¿seria, asi como la tradicion del diluvio, comun á todas las regiones habitadas? Los salvages

de la Grande Liebre, de la Tortuga y de los Largos Cuchillos, la habrán ido á buscar en la Grecia ó á solicitarla al Irán? Toda vez pues que las naciones separadas por la inmensidad de los mares, el lenguaje y el orgullo mas indomable, no han podido comunicársela, fuerza es que venga de mas lejos, y que sea anterior á las emigraciones primitivas por haber sido llevada de este modo á las cinco partes del mundo.

«Estos hechos, estas analogías, estas conexiones traen consigo la fuerza irresistible de la mas concluyente dialéctica. Pues podemos decir á nuestros adversarios: nosotros los exponemos, y os dejamos que saqueis la consecuencia. ¿Os parece quizás errónea nuestra opinion? En este caso, esplicadnos pues como la serpiente, ser tan inferior en la escala de la creacion, este vil habitante del lodo, de los escombros y de las ruinas, ha sido representado sobre los altares, honrado por los magos de Babilonia, por los sacerdotes de Memphis, del Ganges, de la Tartaria, de la China, de los Archipiélagos indios y de las dos Américas? ¿Decidnos porque pasó á ser el signo imperial de la monarquía, como emblema de la ciencia del bien y del mal? ¿Cómo es que aun hoy dia en las naciones inmóviles de las extremidades del Asia figura en el sello de los emperadores y en los estandartes de los ejércitos? ¿Si esto no es por el papel que hizo en la historia de la caida primitiva, hallais algun otro motivo? Y si la importancia universal de la serpiente proviene del relato de la caida, luego este relato presentóse ya en su orígen bastante justificado para merecer una creencia absoluta; luego fué anterior á la dispersion de los pueblos; luego esta tradicion es primitiva. Y entonces la teoría del progreso continuo se hunde por su base, pues que el fetiquismo inicial y progresivo fué imposible. No solamente la figura de la serpiente del Génesis no es fatal al catolicismo, sino que antes bien rehabilita la enseñanza de sus doctrinas, y aun en nuestros dias, segun la imagen de los israelitas en el desierto de Hor, las crueles mordeduras hechas á la fé por la sierpe calumniadora del último siglo, quedan curadas á vista de la serpiente histórica, colocada bajo su verdadero punto de vista (49).

Nos ha parecido oportuna esta digresion sobre el carácter peculiar de la serpiente, por encerrar datos curiosos acerca la importante tradicion de la caida original. Continuemos ahora el sagrado texto.

El Señor dijo tambien á la muger: «Multiplicaré las angustias de tu preñez, parirás los hijos con dolor, estarás bajo la potestad de tu esposo, y él te dominará.» Y efectivamente el dolor quedó para siempre unido á la fecundidad, y lo que tan solamente hubiera sido la gloria y contento de las madres, es para ellas un peligro y algunas veces un suplicio. Y en oposicion con el órden establecido al principio, la muger cayó en un estado de sujecion con respeto al marido, cuya blanda superioridad se convirtió muy pronto y por largo tiempo en un áspero y suspicaz dominio. Nada es comparable con el despotismo y el envilecimiento que una mitad del género humano hizo pesar sobre la otra mitad casi en todas las partes del globo por espacio de cuarenta siglos; pues no sabemos expresar de otro modo lo que era la muger en las costumbres y en las legislaciones paganas; como tendremos ocasion de verlo y examinarlo mas adelante. Aun en el dia no se halla vuelta á levantar de esa degradacion entre los pueblos que no han aprendido todavia del culto de la cruz el respeto debido á la debilidad. Solo los pueblos cristianos, concediendo una afectuosa veneracion á la muger, la han protegido contra su propia fragilidad y contra la dura tiranía del hombre: bajo la proteccion de las costumbres y de las leyes que el Evangelio ha hecho florecer en el mundo, puede ella usar de su libertad sin usurpacion, y estar sumisa sin abatimiento.

Y Dios dijo en seguida al hombre: «Porque tú diste oidos á la palabra de tu muger, y comiste del fruto que yo te habia prohibido tocar, la tierra será maldita por tí, y si sacas de ella tus alimentos, será con el trabajo por todos los dias de tu vida. Ella te producirá espinas y abrojos, tú comerás la yerba de la tierra, y comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que tú vuelvas á la tierra de la cual eres formado, pues polvo eres y en polvo te has de convertir.» El trabajar con fatiga, la humillacion en la muerte, castigo y remedio de la sensualidad y del orgullo de nuestros abuelos, tal es la herencia asegurada á todos los hijos de Adan. Dotado el hombre de un espíritu generoso, de un corazon volcánico, engañado por fuerzas ó rebeldes ó débiles, pide á todas las cosas con una esperanza que nunca decae, una felicidad que nada le dá. Su recuerdo le habla de un reino perdido, y sus deseos nunca saciados no anhelan sino gloria é inmortalidad. Todo lo compra á costa del mas duro trabajo, al precio de sus

sudores y de su sangre, todo absolutamente, la fortuna, la reputacion, la ciencia, la virtud. Su existencia se parece á una ruina, por tan miserable, y al sueño de una noche por tan rápida. Gritos, lágrimas, alguna sonrisa, muchos dolores amasados en un corto número de dias, goces raros y fugitivos sazonados con amargura, todo esto arrastrado por el torbellino del tiempo, hácia el sepulcro; nacer, llorar y morir, he aqui lo que se llama la vida. ¡Triste ilusion y sin embargo amada!

En el momento mismo de la caida del primer padre fué decretada, ó mas bien, fué anunciada la redencion en los consejos eternos de Dios. Su misericordia fué tan inmensa como su justicia, y aun puede decirse que la superó. La desdicha de la criatura era irreparable, si un Dios no se hubiese resuelto á repararla. Esta escena adorable y magnífica, que pasó en el seno insondable de la Divinidad apiadada del hombre, la veremos bellamente delineada en el siguiente cuadro, fracmento precioso del poema citado mas arriba.

Airóse Dios, y en la encendida mano
Presto el rayo nació; la ondosa llama
En puntas sube, y por el aire vano,
Brotando entre los dedos se derrama:
Iba á lanzarlo ya, y el soberano
Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama
De un esplendor de gloria y ambrosía
Que amor, su faz bañando, despedia.

Cuando al morir los siglos caiga ardiendo
Desde su cumbre el sol; y el regio trono
Sobre su hoguera asiente; y al estruendo
De la trompa y los rayos en su encono
Lance los astros al abismo horrendo,
No asi parecerá: dulce patrono
Ora del triste humano, amor le apiada,
Amor le ofrece ante su diestra alzada.

« Padre, dice (y los cielos la carrera
Suspenden á su voz), Padre, mi gloria,
¿Tu bella imágen á la saña fiera
Entregas de Luzbel? ¿De su victoria
El impostor se jactará? él espera
Vengar de su castigo la memoria
Con el castigo del mortal amado,
Objeto dulce de tu escelso agrado.

« ¿Y triunfará el traidor? Piedad inmensa,
Sola piedad y amor; es nuestra hechura,
Es tu hijo el mortal; su grande ofensa
Da mayor gloria á nuestra gran dulzura:
¡Oh! ¡viva el hombre! tu poder suspensa
Y mi poder admira la natura;
Ora admire tu amor: llore el impío
Que sus engaños frustre el amor mio.

« Sus engaños; osado en su malicia
Pecó el ángel: el hombre seducido
Cayó en dura batalla: su injusticia
Un nuevo crímen de Luzbel ha sido:
Es así, Padre, la eternal justicia
Debe ser aplacada; no, no pido
Que el rayo pongas sin vengar tu nombre
¡Oh! lánzale en tus iras sobre el hombre.

« Mas ved el hombre en mí: yo su delito,
Yo he de satisfacer: arde inecsausto
Por salvarle mi amor: seré el precito,
Seré tu maldicion: ¡oh! si, el infausto
Viva, yo moriré: venga infinito
Sobre mí tu furor; el holocausto

De mi pasion, ó Padre, tú recibe
Y sepa el hombre que en mi muerte vive.»

Hablaba el Hijo, y de rosada lumbre
Iluminado en visos aparece
Ledo el iris de paz, y en su vislumbre
Cercada la cruz santa resplandece:
Ante ella, la celeste muchedumbre
Se postra silenciosa: desparece
Súbito el rayo de la eterna diestra,
Y mezclado en su seño amor se muestra.

«Hé aquí, Padre, mi triunfo (el sacro Verbo
Prosigue): el ara ved en que inmolado
Hostia del mundo, figurado en siervo
Mi sangre verteré por el culpado:
¡Oh! Padre! parto: el sacrificio acerbo
Me espera: parto de tu seno amado
A salvar á los hombres: tú, Dios fuerte,
Recíbelos por hijos en mi muerte.»

«Sea el Padre responde: asi en mi mente
Lo ordené ante los tiempos, cuando ungido
Naciste de mi luz, saber potente,
Por quien los siglos hice: entonce oido
Fuiste en tiempo agradable: tú la gente
Congregarás dispersa; y atraido
Cuanto aquilon y el mar y el austro alcanza,
Del mundo harás conmigo la alianza.

«Yo Dios, yo lo he jurado: tú el eterno
Sacerdote serás: serán tu herencia
Los pueblos y naciones, tu gobierno
Son las lides del mundo: tú sentencia,

Tú lo juzga : tu diestra el hondo averno
Postrará ; y el autor de inobediencia,
En cien cadenas á tu cruz atado
Llorará el torpe sólio derrocado.

« Cíñete, y triunfa, en tu derecha mano
La fortaleza va : tú el poderoso :
Mueres, sí ; mas mi brazo soberano
Te alzará de la tumba glorioso,
Primicias de los muertos : este arcano
En medio de los siglos portentoso
Se mostrará al mortal : en tanto llore,
Y en tristes votos su salud implore. »

El Altísimo dijo : y dentro el seno
Lanzado el Verbo y el Amor divino,
En su almo rostro de cariño lleno,
Al hombre anuncian su feliz destino :
Depuso la justicia el raudo trueno
Que á la alta diestra ministró contino,
Y abrazó la piedad, que en blando sello
El labio imprime en su semblante bello.

« Y Santo, Santo, en himno de alegría
Los Serafines claman : á tí gloria,
Gloria al Dios Sabaot : la frente impía
Del dragon tú domaste : la victoria
Es el asiento de Jehová. ¡ Oh ! envia
A tu Cristo, y el hombre la memoria
De tus piedades con eterno canto
Celebrará bañado en dulce llanto.

« Ven, ó Jesus : ya el triste del tesoro
De tu pasion recibe su consuelo,

Cual antes de nacer, sus rayos de oro
El sol despunta en el rosado cielo:
Lloved, nubes al justo » el santo coro
Cantaba, y de su trono, en alto vuelo
Se levantó Jehová, la sacra esfera
En silencioso pasmo el fin espera.

Sube en carro de nubes, y elevado
En alas va del uracan: delante
Vuela un Chêrub, el brazo levantado
Con un dardo de fuego centelleante:
Satán en duro hierro encadenado
Arrastraba al humano, y arrogante
Triunfé empezó á decir, cuando improviso
Aparece Jehová en el Paraiso.

«Huye, le manda, pérfido, ¿creiste
Poder frustrar mi soberano intento
De hacer feliz al hombre? conseguiste
El premio digno: tu furor sangriento
El hombre postrará, y tu cuello triste
Qubrantará su planta. » El sacro acento
Oyó Satán, y raudo desparece,
Cual humo ante aquilon se desvanece.

«Vivid, mortales, y esperad: propicia
Nacerá la salud, que vuestro llanto
En gozo torne y celestial delicia:
La salud nacerá; gemid en tanto
Necios futuros, mi eternal justicia
Adorad humillados con espanto:
Hijos de maldicion cuantos se animen
Llorarán todos heredado el crímen.

« Ellos, débil muger, serán despojos
De tu dolor: y tú de la morada
Dó naciste lanzado, con tus ojos
Baña la tierra en tu venganza armada:
Suda, mísero, y llora, cuando abrojos
Te vuelva el suelo por la mies sembrada:
Llora, mientras que tornas á la tierra;
Que tu deidad soñada el polvo encierra. »

Calló y el triste Adan en pos seguido
Del armado Chêrube, en lento paso
Silencioso camina, y oprimido
Solloza el pecho con aliento escaso:
Eva llorosa sigue, y dolorido
Con las manos cubriendo el rostro laso,
Salen de la mansion de la alegría,
Donde ¡ infelice yo! nacer debia.

Sujeto á la muerte por sentencia divina, y conociendo que de él debian salir otros hombres, Adan dió á su muger el nombre de Eva, que señala la vida porque ella debia ser madre de todos los vivientes. Uno y otro se vistieron con pieles de bestias, y secundando Dios su inteligencia, é inspirando el primer esfuerzo de la industria que venia á endulzar los males de la existencia, é imprimir á los usos mas vulgares y mas indispensables el carácter del gusto y de la belleza, creacion secundaria en la cual el hombre confecciona á semejanza de su espíritu y transfigura la materia sometida á sus necesidades. Dios dijo por fin, como con una especie de ironía paternal. « Ved ahí á Adan hecho como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal: cuidado que no extienda su mano al fruto de la vida, y comiendo de él no viva eternamente. » Y en medio de estas santas y formidables irrisiones, arrojó á los culpables del jardin de las delicias, quedándoles la entrada prohibida, y sobre ella un querubin ángel de luz armado con una espada de fuego. Desde aquel dia la vida, trocada en tenebroso destierro,

se parece á un sueño pesado, en que el dolor nos mece esperando el despertar de la muerte.

Fijémonos por un momento en el rubor del delito que asomó por primera vez en el semblante de Adan, despues de haber delinquido. Cuando este, llamado por Dios, le dijo haberse escondido por vergüenza que le causaba el estar desnudo, replicóle Dios. «¿Pues quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto que yo te habia vedado que comieses?» El rubor pues quedó como testimonio perenne de la culpa, efecto temible y universal, inherente á nuestra naturaleza, marcado y reconocido por el primer hombre, luego despues de haber sido delincuente; efecto que vemos ya consignado en la primitiva tradicion, y que sentimos en nosotros mismos como todas las demas miserias que nos afectan. Tal es el rubor.

Pocos filósofos se han detenido en el estudio de este natural sentimiento, ó porque no hayan fijado en él su idea, ó porque lo habrán considerado como un accesorio de la conviccion del delito, que no merece fijar por sí solo la atencion. Sin embargo, considerado el rubor como una verdadera pasion que afecta al alma convencida de su propia fragilidad, y que produce una tan viva impresion, que se trasluce en lo esterior; y observando el enlace inmediato que tiene este sentimiento con el primer sentimiento que probó el padre de los hombres despues de su delito; no deja de ofrecer un vasto campo á la reflexion del filósofo cristiano, que descubre en el rubor una marca sensible de nuestra degradada naturaleza, y un aviso contínuo que dejó la Providencia al hombre para que se humillase reconociendo su miseria y su debilidad.

La palabra rubor, espresando la idea de una causa moral por medio de un efecto sensible, toma su orígen del color encendido que saca la vergüenza al rostro, y se usa indistintamente, ó para expresar este mismo color, ó para indicar la turbacion interior que lo produce. Es una sensacion desagradable, hija inmediata de la conviccion de haber delinquido, y de aquella oculta increpacion de la conciencia, con que el hombre se acusa á sí mismo, y que se llama remordimiento. Mas esta sensacion se diferencia del remordimiento, en que este es hijo de la reflexion del alma sobre sí misma, y la sensacion del rubor es instantánea, inevitable, y que coge

como por sorpresa al entendimiento mas prevenido. Aquel impulso dominante que sentimos delante de otro despues de haber cometido una mala accion, y que no está en nuestra mano evitar; que crece y se aumenta cuanto mas la comprimimos, y que burla á veces todas las precauciones de nuestra voluntad, es una prueba irrecusable de que nuestra alma en medio de sus flaquezas no ha perdido el sentimiento de su dignidad, ni el conocimiento del bien y del mal, ni el amor á la inocencia y á la justicia. Prueba es que está impreso aun sobre nosotros el sello indeleble de aquel que nos crió, y que si bien por nuestro primer pecado nos dejó sujetos al error y á la malicia, conservó en nosotros el sentimiento íntimo de la virtud y de la honestidad, permitiendo que tuviésemos en nosotros mismos el secreto é inexorable regulador de nuestras acciones, la conciencia, que nos hiciese conocer por medio del rubor nuestras propias caidas é iniquidades.

Salta á los ojos de la razon, que el hombre en el estado de inocencia no conocia esta impresion causada por el reconocimiento de la culpa. Asi es, que no solamente su alma estaba libre de esta interior increpacion de su conciencia, sino que su cuerpo, sin otro velo que el de la inocencia, no producia en él el menor rubor. Este pasage de la Escritura merece ser estudiado profundamente; porque este conocimiento del mal, esa vergüenza difundida por toda la especie humana, es un testimonio perene del estado lastimoso en que se hallaron despues de su culpa los padres del linage humano.

La Escritura no nos dá otra idea del estado de la inocencia en el cual se encontraron aquellos dos progenitores del mundo, sino que, hallándose desnudos, no se avergonzaban. Muy difícil es á nuestro pensamiento el penetrar con esta sola idea negativa la perfeccion purísima de aquella gracia original que brillaba en los dos felices esposos. El alma pegada á nuestra carne corrompida, no puede formarse idea de aquella pureza angélica de que se halló dotado el hombre al salir de la mano omnipotente. Sujetos á la razon todos los sentidos, no ocurriria al pensamiento del hombre inocente la menor idea de desarreglo ni de rebelion en todas las potencias y falcultades. He aqui la feliz ignorancia del mal, inseparable de la gracia primitiva: he aqui la paz interior del alma, gozando de libertad para escoger entre lo bueno, pero en perfecta armonía con la razon, que era la

voluntad misma de Dios, inspirada á su pensamiento y á su corazon. Ese equilibrio inesplicable de las potencias del alma, que constituye la paz y la felicidad, y que no podemos percibir sino de lejos á fuerza de fatigas y de una lucha eterna con nuestras propensiones perversas, conservaba la deliciosa comunicacion del hombre con su Dios sin el menor esfuerzo, y alimentándole de su amor, le hacia sentir de continuo nuevas, puras é inesplicables delicias. Cerremos nuestros ojos carnales á las primeras escenas del Eden, cuando Dios hablaba con el hombre en la deliciosa soledad del paraíso, tal vez revestido de formas corpóreas para hacerse mas accesible. El Crisóstomo llama á los dos esposos dos ángeles revestidos de cuerpos, sujetándose su carne al espíritu sin la menor repugnancia. Y los mas profundos entendimientos han reconocido la gran dificultad que tenemos en formarnos alguna idea del admirable candor de Adan y Eva en el estado de inocencia.

En los primeros momentos despues de su delito, abriéronseles los ojos, y reconocieron que estaban desnudos. Como la idea de bien es en nosotros relativa, y no podemos formarnos idea de bien sin formarnos la del mal, por esto dice la Escritura que Adan y su esposa no conocian el bien y el mal. Bien era y bien superior á toda idea el que disfrutaban en su felicidad, pero puede decirse que lo sentia y gozaba su corazon, sin que lo conociese su entendimiento como opuesto al mal, del que por dicha suya no tenian la menor idea.

Delinquieron y abriéronse sus ojos carnalmente, para conocer el bien que habian perdido y el mal que les amenazaba. Entonces entró en sus almas la turbacion del delito, y el terrible conocimiento del mal de que habian sido capaces. Vieron todo el horror de su situacion, y sintieron perdido el velo de candor que cubria antes su hermosa y augusta desnudez. En aquel mismo momento nacieron en su alma la malicia, y la concupiscencia, y los primeros síntomas de aquella rebelion de la carne que habia de afligir á todos sus descendientes. Viéndose desnudos de la gracia, asomó en su rostro el rubor de su delito y la vergüenza de sí mismos. Corridos y amedrentados, buscaron en el umbroso abrigo de los árboles como huir de la vista purísima de su Criador, como dos reos convictos huyen de la presencia de su juez. Y el instinto de aquella ciencia funesta, que acababan de

adquirir con su desobediencia les hizo ocultar recíprocamente su desnudez, aquella desnudez, que no podian aguantar sus ojos.

Mas ¡cuál seria su rubor y turbacion cuando, llenos de confusion y de oprobio, y oprimidos con el peso de su delito, llamó Dios á Adan diciéndole: Dónde estás tú! Confundido el prevaricador, confiesa que habia oido su voz en el paraíso, mas no confiesa su culpa, sino su temor y su vergüenza que eran resultado de ella. El Señor empero le redarguye con la causa de esta vergüenza, que era su delito; confiésalo Adan, pero descargándose antes con la *muger* que Dios le habia dado por compañera, asi como esta, reconvenida despues por el Señor, se escusó con la serpiente tentadora.

En este corto diálogo se reasumen todas las miserias que habian de afligir al linage humano: el orgullo de querer igualarse á Dios, la debilidad del hombre en ceder á su esposa, todo un mundo sacrificado á la criminal condescendencia del amor. El entendimiento quedó ofuscado con la ignorancia en castigo de su orgullo, y el corazon juguete del desórden de las pasiones, en pena de su amor desarreglado á la criatura. A pesar de tan espantoso trastorno, el Señor dejó á Adan el rubor del delito, rubor saludable, que humillando nuestra soberbia, y haciéndonos reconocer nuestra iniquidad, prepara al alma para el arrepentimiento.

El rubor, pues, ha quedado en el mundo como otra de las pruebas de la prevaricacion original, de la caida del hombre, y de la misericórdia de Dios. Y el pudor, que no es sino el rubor de la modestia, ha quedado tambien como un sentimiento universal, una virtud de la naturaleza, que si bien sirve de una guarda poderosa á la inocencia y á la honestidad, nos recuerda el estado de flaqueza y de vergonzosa desnudez en que quedaron nuestros cuerpos, no revestidos ya con el velo del candor primitivo anterior á la culpa.

El sentimiento del pudor es un sentimiento universal y tan antiguo como el mundo. Vémosle naturalmente en el hombre en todos los estados, en todos los paises, en todos los siglos. Aun en aquellos climas en que, abrasado bajo los rayos del sol, anda desnudo por los bosques, respeta sin embargo en sí mismo las leyes de la decencia y del pudor. Cuando algunos hombres, ávidos de buscar en la brutalidad del salvage la ley su-

prema de la naturaleza, han recorrido á los desiertos inhabitados para hallar una ú otra excepcion de esta ley y para afrentar á la humanidad, en lugar de cubrir con un velo aquellos monstruos morales de la especie humana; se les ha respondido, que el hombre sencillo y no corrompido, en el estado de pura naturaleza, ha conocido siempre la ley del pudor, y la ha respetado, á menos que no haya llegado al último grado de degradacion moral, esto es, á una abominable disolucion de costumbres. El estado de naturaleza, tal como se lo han imaginado algunos filósofos, no es mas que la brutalidad aplicada al hombre. Si fuese cierto, dice el autor del Catecismo filosófico, que los Othaitinos (51) ó algunos otros pueblos salvages, apenas conocian el pudor, eso queria decir, que han aprendido á no respetarlo, y que los sentimientos mas naturales y mas fuertes del corazon humano, se habian ido debilitando y destruyendo poco á poco con impresiones y hábitos contrarios. El colérico no conoce las dulzuras de la mansedumbre, ni el ébrio el mérito de la templanza; el avaro las delicias de la beneficencia, ni el ambicioso el apacible encanto del retiro. ¿Y de esto deberemos inferir que tales vicios forman el estado de la pura naturaleza, ni que cuanto estos hombres viciosos ignoran es efecto de la educacion, ó pura invencion humana? ¿No es mas fácil de comprender como la pasion, el hábito, la educacion pueden debilitar y estinguir poco á poco el sentimiento moral, que lo es concebir como estas mismas causas pueden embotar la sensibilidad física; pues en uno y otro caso ellas hacen violencia á la naturaleza? Y sin embargo, ¿no es bien claro que la naturaleza ha inspirado al hombre una cierta reserva, una impresion de modestia y de confusion respecto á cualquiera sensacion humillante, por el imperioso contraste que hace á la razon, por los efectos contradictorios á su fin natural, y por los dolorosos desórdenes que resultan en todo género? « Permítaseme, dice un autor, á quien no se tachará seguramente de exagerador (52), hacer una breve digresion sobre tantos objetos y prácticas obcenas, con que estaban manchados los antiguos misterios de los gentiles, y particularmente los de Baco. La vergüenza no es una virtud de convencion, sino que la debemos á la naturaleza, la cual se sirve de ella para hacer mas amable la belleza, la fealdad menos insoportable, y aun á veces interesante. La custodia de nuestras costumbres parece confiada á este

pudor innato, tan favorable á la propagacion de nuestra especie, el cual en vano el vicio se esforzaria á contrahacer (53). Se dirá, sin duda, que la religion habia consagrado estas indecencias, y que, acostumbrados á ellas desde niños, la imaginacion no podria conmoverse por ellas; ó en fin, que no se debe juzgar de las costumbres de los demas paises por las nuestras. Estas razones frívolas quedan bien disipadas por la esperiencia y por los hechos.»

El pudor, pues, es un sentimiento natural, asi como lo es el rubor, con la sola diferencia que este nace de los reproches de nuestra propia conciencia, y aquel es producido por los sentimientos de la modestia. Uno y otro sentimiento hacen salir los colores al rostro, en presencia de los demas. Mas el rubor del delito tiene algo de siniestro y degradante que no se halla en el inocente pudor lleno muchas veces de gracia y de embeleso, y guarda la mas segura de la virginidad. ¡Cuántas veces el pudor ha sido la única defensa de una vírgen tímida delante de su seductor! cuántos prodigios no han nacido de este sentimiento que es el heroismo de la honestidad! Desdichado del hombre que llega á perder el rubor, ese recuerdo involuntario de la virtud perdida, ese ingénuo precursor del arrepentimiento! Desdichada la muger que ya no tiene pudor, y cuyo semblante es tan audaz como impuro su pensamiento!

La civilizacion mas adelantada, lástima pero fuerza es decirlo, no pone á cubierto al hombre de la pérdida del pudor. En esas grandes ciudades, en donde el hombre, olvidado casi de su destino, vegeta entre el tumulto de los placeres, en esos focos de pasiones desencadenadas, en donde se levantan altares á la disolucion y á la molicie, y la corrupcion sirve de pasatiempo; es tambien en donde se ha llegado á sufocar el grito santo de la naturaleza, y hasta condenar el pudor como una debilidad: fruto de una mezquina educacion ó de añejas preocupaciones. Allí es donde se hallan estos enjambres asquerosos de mercenarias prostitutas, que venden su honor y su cuerpo al precio mas vil: allí es donde una juventud, embrutecida y provocada por mil incentivos públicos y privados, corre á saciar en lupanares inmundos una pretendida necesidad que reclama la naturaleza abandonada á todos sus instintos, y que se dora sin embargo con los nombres mas bellos.... Basta, no descorramos mas ese velo tenebroso

que oculta tantas abominaciones. Por perseguido, por insultado que sea el pudor, por desterrado que se halle en algunas almas perdidas, no por esto deja de ser un sentimiento natural, poderoso, dominante, irresistible, lleno de atractivos, guarda fiel de la virtud en todos los corazones no contaminados. Asi como, no porque tantos hombres hermanados con el crímen han logrado sufocar los remordimientos, deja de ser el rubor el efecto inmediato del delito. Una de las mayores pruebas de nuestra degradacion original es la existencia de tantos monstruos en forma de hombres, que se alimentan del crímen y no respiran sino infamia, cuya presencia llena de horror á la humanidad y hace estremecer la tierra que los sostiene.

Por mas pues que la malicia humana sufoque estos gritos perenes de la naturaleza, esos sentimientos inherentes á toda nuestra especie, ellos subsistirán como prueba de nuestra caida y de nuestra fragilidad original. El que no sintiere rubor de su delito es porque su alma yace ya sepultada en la iniquidad y aletargada en el crímen, de cuyo letargo no dispertará hasta aquel momento terrible en que invocará á las montañas que caigan sobre él y le hundan en sus abismos para evitar el semblante lleno de indignacion de un Dios vengador. Entonces, por no haberse aprovechado del saludable rubor de sus culpas, se verá confundido para siempre. Todos nosotros sentimos la ley de la carne en rebelion con la ley del espíritu, y en este sentimiento se funda el del pudor, siempre que descubrimos nuestros cuerpos, rebeldes por inclinacion á las leyes de la razon y de la justicia. Esta propension humillante es en nosotros el orígen del pudor. Algunos antiguos filósofos no ignoraron ese sentimiento natural, y lo respetaron como una inspiracion virtuosa. La gentilidad misma levantó templos al pudor. (54) Otros lo condenaron tambien como una debilidad; y los impuros cínicos hacian profesion de sufocarlo. Algunos modernos han envidiado esa brutal licencia á los sectarios del cinismo, renovándola en nombre de la razon y de la filosofía en el centro de un pueblo civilizado (55). Y ese desprecio del pudor continua en figurar en la lista de las despreocupaciones.

No es de nuestro objeto, por ahora, presentar semejantes delirios en toda su deformidad moral y filosófica. No es este lugar oportuno para poner en contraste la moral evangélica con la moral de la relajada filosofía, por

lo que respeta á la pasion mas tempestuosa y terrible del corazon humano. No hemos entrado todavia en el exámen de las pasiones. Tan solo hemos tratado del pudor por incidencia, como formando parte de aquella vergüenza y confusion que es en nosotros el efecto del primer pecado. Hemos querido añadir esa prueba de mas á las muchas que dejamos ya alegadas, y que inspirará á cualquier hombre el simple buen uso de la razon natural, de que nuestra especie prevaricó en su origen, y que nosotros estamos tocando á cada paso y sintiendo en nosotros mismos los resultados funestos de esta prevaricacion original.

Eva, entretanto dió á luz un hijo, y como para consolarse de su propia mortalidad le puso el nombre de Cain, diciendo: «He aqui que yo tengo un hombre por la voluntad de Dios.» Tuvo en seguida otro hijo que fué llamado Abel, es decir, vanidad, para demostrar sin duda la fragilidad de la vida. Cain pues cultivaba la tierra y Abel cuidaba de los rebaños. Los dos sacrificaban al Señor una parte de sus bienes que de él recibian, pero eran muy diferentes las disposiciones de su corazon.

Un sábio del pasado siglo, el célebre y eruditísimo Feijóo, al trazar el cuadro de los crímenes de los hombres, para desvanecer la preocupacion entonces popular de que el mundo nunca habia sido peor que en nuestros tiempos; describe de un solo rasgo el carácter del vicio desde que fué introducido en el mundo por la culpa. El vicio, dice, apareció ya gigante desde su cuna (56). En efecto: en el fratricidio que se cometió entre los hijos de Adan vemos una reproduccion de la funesta escena del paraiso. La envidia que indujo al espíritu tenebroso á seducir y perder á los primeros padres, emponzoñó tambien el corazon del primer hermano. El hombre, condenado á morir, vivia aun sobre la tierra, y su misma mano fué la que debia dar la primera víctima á la muerte.

El uso de los sacrificios remonta naturalmente á la primera edad del mundo. Los primitivos pueblos ofrecian sacrificios á la divinidad sobre las cimas mas elevadas de los montes, en el magnífico templo de la naturaleza. Este acto de reconocimiento del Criador por la criatura importaba la triple idea de gratitud, de súplica y de expiacion. La primera familia humana, conservando fresca la memoria del grande infortunio del hombre, y del castigo á que fué condenado por su desobediencia él y su posteridad;

no tenia mas recurso que humillarse en la presencia de Dios justamente indignado; y vislumbrando una esperanza de misericordia y de reparacion, regar con lágrimas un suelo ingrato al cual se consideraban arrojados como en un destierro; y manifestar por medio de humildes sacrificios el reconocimiento de su culpa, de su infelicidad, y del supremo dominio de Dios sobre sus criaturas, procurando que fuesen lo mas gratos posibles á los divinos ojos.

Los hijos de Adan y Eva pues ofrecian estos sacrificios. Sin embargo, no todos fueron igualmente aceptables para Dios. Abel modelo de justicia y de rectitud de corazon, en cuanto puede serlo el hombre concebido en el pecado, ofreció primogénitos de sus ganados como pastor que era de ovejas. Cain empero que se ocupaba en la agricultura hizo ofrenda de los frutos de la tierra (57). Mas como Dios lee en el corazon de los hombres, y se complace no en los dones de los miserables mortales, pues no necesita de ellos, sino en la pureza y humildad con que se le ofrecen, vió las diversas disposiciones con que los dos hermanos le rendian aquel tributo ú homenage de adoracion. Abel penetrado de gratitud y de amor, ofreció á Dios las *primicias de sus rebaños.* Cain empero, segun nos indica la Escritura, no ofreció precisamente de lo mejor, sino tan solo *de los frutos de la tierra,* dando á entender por esta circunstancia que la ofrenda de Cain ni era de lo mas precioso de lo suyo, ni iba acompañada de aquella fé y de aquel amor que hace meritorias nuestras ofrendas á los ojos del Señor. Pues aun cuando las dos ofrendas fuesen materialmente de un mismo precio, *por la fé presentó Abel á Dios mucho mas considerable ofrenda que Cain*, en expresion del Apóstol. El Señor, pues, no hizo excepcion de personas, no atendió sino al corazon que es el que da valor á todas nuestras obras esteriores.

Aceptó Dios las ofrendas de Abel y no hizo caso de las de Cain. Es comun sentir de los Padres y Espositores, que un fuego descendido prodigiosamente del cielo consumió el sacrificio de Abel, en muestra de aceptacion, mientras que el de Cain quedó sin que lo consumiese la celeste llama. Conoció Cain que su sacrificio no habia sido aceptado por Dios. La envidia que empezaba á corroer su negro corazon, salió ya en su rostro. El odio á su hermano devoraba ocultamente sus entrañas. Pálido y taciturno parecia abrigar en su seno la turbacion y las maquinaciones de un delito. El

mismo Dios, no obstante, se digna hablarle; y aunque este desventurado sea hijo de un padre delincuente, parece que busca Dios como prevenir el negro proyecto que aquel amaga. ¿Por qué, le dice, estás enojado y está demudado tu semblante? Ved con que admirable prevision le reconviene ya de antemano, por si osa consumar el atentado que está meditando: «¿Acaso si obrares bien no serás recompensado, y si mal no tendrás siempre ante tus ojos el castigo de tu pecado? Mas de cualquier modo que sea, tu apetito ó tu concupiscencia estará á tu mandar, y tú la dominarás, si asi lo quieres.» He aqui el libre arbitrio en el hombre declarado por el mismo Dios, como si le dijera: Tus pasiones desordenadas, tu naturaleza corrompida pueden invitarte, provocarte al delito, pero no te pueden forzar á él. Apesar de sus sugestiones, si ellas te dominan, tú te dejarás dominar: tú serás siempre el dueño de tí mismo. Estas palabras que Dios dirige á Cain merecen ser meditadas profundamente. El hombre, aun manchado con la culpa original, es todavia capaz de merecer por sí mismo, pero no por sus solas fuerzas naturales, y Dios es el que le promete las recompensas por el bien que hiciere. Todavia sus obras pueden ser agradables á los divinos ojos. Hijo de maldicion y de ira, esclavo de la culpa y de la muerte, ¿cómo hubiera podido merecer por sí mismo la menor recompensa sino por los méritos infinitos del futuro Reparador, prometido por Dios luego despues de la primera culpa, por quien fueron salvos los primeros prevaricadores? El justo Abel era ya un símbolo del Redentor del mundo; su mansedumbre y su amor eran figura de la de Jesucristo, y su inmolacion cruenta por la envidia de un hermano figuraba aquel Cordero divino víctima del odio y de la perfidia de los hombres.

«Salgamos á fuera.» Esta fué la voz de la alevosia. El hermano de Abel no puede ya contener la rabia que le devora. Busca la soledad del desierto para consumar la maldad que medita. ¿No ablanda su corazon de fiera la docilidad con que le obedece y le sigue su inocente hermano? Cain es aqui el primer modelo de la perfidia y del amago, es el tipo detestable de los falsos amigos y de los traidores. El universo dió un gemido en el momento en que el hombre delinquió la primera vez, pero presto gemirá la tierra al recibir en su seno la primera víctima del crímen, el primer despojo de la muerte.

Estremece á la verdad el figurarse aquel primer grupo de la implacable venganza que fatigó al mundo por primera vez; un hermano meditando el dar la muerte ó el perder á su inculpable hermano, y en hacer el bárbaro sacrificio de la sangre del hombre á su rencor, á la satisfaccion atroz de su envidia y de su orgullo, pasiones funestas de quienes ese primer idólatra del vicio habia hecho el dios de su corazon. El célebre Gesner, uno de los mas fecundos genios de Alemania, nos describe con el vivo colorido de la verosimilitud y del sentimiento el golpe fatal y alevoso que hizo caer á Abel (58). Derribado en tierra, palpitante y ensangrentado, Cain que tal vez no tenia aun idea de la muerte, le llamaria por su nombre. Abel!! Asombrado de verle pálido y postrado, recibiria quizás sus últimas miradas, miradas de perdon y de piedad. Al verle despues como un tronco inanimado, sin movimiento, sin vida, que nada respondia á sus clamores ¡qué horror, qué hielo mortal, qué horrible convulsion debia apoderarse del fratricida!

Asi como el Señor llamó al confuso Adan despues de su delito, y le preguntó: dónde estás? asimismo llama al asesino de Abel, y le dice: ¿En dónde está Abel tu hermano? No se humilla por esto la audacia del pérfido; y añadiendo á su crímen una increpacion sacrílega, despues de haber dicho que no lo sabia, añade con altivo descaro. «¿Soy yo por ventura guarda de mi hermano?» Pérfido! no te basta haberle sacrificado: todavia osas insultar á ese mismo Dios que vió tu crímen nefando, y que ha de vengar á la inocencia? «Qué has hecho? replica el Señor, la voz de la sangre de tu hermano está clamando á mí desde la tierra.» Dios ofendido repite contra el criminal la terrible maldicion que dió á la serpiente. «Maldito pues serás desde ahora sobre la tierra, la cual ha abierto la boca y ha recibido de tus manos la sangre de tu hermano.» Y renueva tambien el Señor la sentencia fulminada contra el hombre. «Despues que la habrás labrado, no te dará sus frutos: vivirás errante y fugitivo sobre ella.» Estremecido el traidor con tan terribles palabras, reconoce su delito, mas en vez del humilde arrepentimiento, se arroja de pronto á la desesperacion. Aterrado por su misma iniquidad, se considera con horror arrojado como un réprobo de la divina presencia, y llevando siempre consigo la imágen sangrienta de su hermano y los voraces remordimientos del infierno. La

confesion de Cain fué pues de temor, no de amor. « Andaré errante y fugitivo por el mundo, y cualquiera que me hallare me matará. » La idea de la muerte y la conviccion de haberla merecido horroriza á Cain, ese cruel, ese bárbaro en el crímen tiembla con la idea del morir. La crueldad acostumbra ser la madre del temor. Sin embargo, la misericordia de Dios es inagotable. El Señor, tantas veces y tan vilmente ofendido por el hombre, no desampara al desdichado Cain. « No, le dice Dios, no será como tú dices. » Y amenaza al que lo matare con septuplicado castigo.

Dios echó en cara á Cain su delito. ¡Increpacion terrible en boca misma de la Divinidad! Mas no le abandona, no le deja en su desesperacion horrorosa; permite que espie su crímen con una vida prófuga y errante; y con este rasgo asombroso de misericordia, convida en la persona de Caín á todos los hombres culpados para que esperen en él, antes de abandonarse desesperados á crímenes mayores. Dios no perdona á Cain al momento despues de su delito, no es protector de un asesino, de un fratricida: consérvale la vida para que sea penitente sin prometerle la impunidad cuando no espie su crímen con la penitencia. La misma voz de clemencia y de perdon se ha prolongado por todas las generaciones de Adan, y se prolongará hasta la fin del mundo por los méritos de aquel, que en medio de los tiempos reconcilió la tierra con el cielo.

Creen la mayor parte de los Padres que la señal que puso Dios á Cain para que cualquiera que le encontrase no le matare, fué un contínuo temblor de todo su cuerpo, acompañado de un semblante atroz y horrible que daba á conocer la agitacion de su conciencia. Conturbado este criminal por su hecho desastroso, rodeado de fantasmas aterradoras, pareciéndole siempre ver la víctima que caia, y manos alzadas contra sí propio para vengar aquella, podia Cain espiar su delito, y no desesperó del perdon, en sentir de sábios intérpretes, que hacen interrogante aquella cláusula pronunciada por el fratricida, despues de haber oido su condenacion por la boca de Dios. « *¿Es tan grande mi maldad que no merece perdon?* » Este mismo sentido le dan, segun Du-Clot, los comentadores hebreos (59).

Salido Cain de la presencia del Señor, prófugo en la tierra, habitó en el pais que está al oriente del Eden. Las sagradas letras nos ocultan el fin de este fratricida. De todos modos la historia de su delito nos ofrece en todas

sus circunstancias sérias é importantes reflexiones, que de paso hemos procurado indicar.

La muerte pues, con este fratricidio empieza á tomar posesion de su dominio sobre el hombre. El egoismo, los celos, la ambicion, todas las pasiones y todos los crímenes van á inundar el universo; los mas sagrados deberes, los sentimientos mas tiernos y los mas fuertes serán desconocidos y pisoteados. La efusion de sangre marca el orígen de la primera sociedad, fundada no obstante bajo la mano inmediata de Dios, y con elementos que todo conspira á hermanar y á mantener en armonía. ¿Que será pues cuando las familias se desunirán alejándose de su cuna, y que las diversas sociedades no serán mas que un foco de multiplicados y opuestos intereses? La historia aparecerá entonces como una gran tragedia que la virtud casi siempre perseguida llenará con sus desgracias, y en la cual el vicio vendrá á menudo á espiar el escándalo de su audacia en las agitaciones y en las penas figuradas por la vida errante de Cain.

El Señor consoló el luto de Adan y de Eva, enviándoles un hijo en lugar del que acababan tan infelizmente de perder. Eva le dió el nombre de Seth para significar que todas sus esperanzas estaban desde entonces fundadas en él; y en realidad fue justo como Abel, y su posteridad siguió los preceptos del Señor, mientras que la de Caín marchaba por la senda trazada por su desdichado padre. Adan y Eva tuvieron aun muchos hijos y muchas hijas que se enlazaron en matrimonio, propagando asi la especie humana, haciendo Dios que todos los hombres descendiesen de un mismo tronco paraque nunca jamás olvidasen, á pesar de la distancia de los tiempos y de los lugares, que son todos hermanos, y que la diversidad de intereses, dé habitudes y de leyes no debia dividir á los que se hallan unidos por vínculo tan dulce como fuerte de un orígen comun.

Adan vivió nuevecientos años. Atribúyese por lo general la longevidad de los primeros hombres á la fuerza de su temperamento, á las calidades naturales de los alimentos que sacaban de la tierra jóven todavía, á la sencillez y frugalidad de su vida. Debe añadirse á esto que la Providencia queria gobernar el mundo con sabiduría, asi como le habia criado por amor, y que entraba en sus eternos designios el conservar por largo tiempo los hombres, bien fuese para la rápida multiplicacion de la especie, ó

bien para la instruccion de las nuevas razas; pues los patriarcas tenian numerosos hijos, y cargados ya de muchos siglos, parecian detenidos en el umbral de la tumba para dar testimonio á la historia de los antiguos dias á la faz de muchas generaciones reunidas.

En cuanto á Eva nada se sabe de fijo sobre la época en que murió, solo se conserva una opinion apoyada en muy antiguas tradiciones que pasó sobre la tierra algunos años mas que Adan. Algunos escritores en particular los que colocan el Eden en la Palestina, creen que nuestros primeros padres fueron enterrados sobre la montaña del Calvario, cerca de la cual, se estiende, como es sabido, el valle de Josafat en donde las almas vendrán á asistir á su postrer juicio. ¿No habria quizás en realidad para las cosas, asi como para las personas, sus destinos reservados? ¿Y no seria conveniente que este drama solemne que se llama la vida de la humanidad, y que llenará por la unidad de su accion la serie entera de los siglos, presentase en un lugar mismo las tres grandes escenas de que se compone, á saber, la caida, la redencion y el juicio?

La tierra está llena del nombre y de las desgracias de Eva nuestra madre comun. Estas desgracias, unidas á los grandes sucesos que acabamos de describir, se hallan consignadas mas ó menos distintamente en las cosmogonias y relatos históricos de los pueblos antiguos, y en las tradiciones desfiguradas de hordas idólatras y salvages que habitaban el nuevo mundo en el tiempo de su conquista. Segun los indios, los persas, la mayor parte de las naciones del antiguo Oriente, los Natchez, y los Mejicanos, el hombre fué cirado puro, y despues se alteró su naturaleza, y todos los infortunios que le sobrevinieron derivan de la credulidad de la muger engañada por el dragon.

La poesía cristiana ha revestido con las pompas de su lenguage los sucesos memorables que fijaron la suerte de la humanidad. El Tasso ha cantado los siete dias de la Creacion; Vida, Sannazaro y otros no tan célebres han pintado con graciosos colores algunas de las escenas del jardin de las delicias. El delicado Gesner ha delineado en preciosos cuadros de fantasía poética, la tragedia sangrienta de los dos primeros hermanos, trazando para disminuir la acerbidad del desenlace, los amores fraternales de Caín y de Abel con toda la candidez encantadora de los primeros dias. Pero sobre

todo el cantor de Eden por excelencia, el inmortal Milton, de quien hemos presentado ya algun fracmento, descuella en este género tan fecundo como difícil. El *Paraíso perdido* es la gran *Iliada* del Cristianismo; es el astro del genio del hombre que resplandece en los modernos dias como un reflejo brillante de los dias primeros del mundo, y tan superior al cantor de Aquiles como la historia de la humanidad es superior á la historia de un solo pueblo, y como la figura eterna de Dios es mayor que la débil imágen del hombre. Fuerza poderosa de invencion, profusion brillante de imágenes, riqueza esquisita de colorido superan en mucho á las faltas que la severidad literaria se ha creido con derecho de inculpar á esta sábia y sublime composicion. Eva inocente aparece cubierta de una dulce magestad, ornada de gracias y de nobleza: Eva culpable se vuelve tímida y medrosa, y aunque usa de astucia en sus palabras, queda poderosa por sus lágrimas; y Dios le ha dejado en su caida algunos reflejos de su primera gloria, que la rodean de un respeto mezclado de terror, como una guarda celeste.

Las bellas artes han prevenido ó imitado la poesía. El dibujo, la pintura y la escultura trazaron varias veces y felizmente los principales pasages de la creacion, y particularmente la historia de nuestra primera madre. Las catacumbas, la capilla Sixtina, el Vaticano, las puertas del Baptisterio de Florencia, el cementerio de Pisa, las fachadas y las vidrieras de nuestras antiguas iglesias, las Biblias y los misales góticos, reproducen algun paso de la vida de Eva, su creacion, su tentacion, su caida y su penitencia. Angélico de Fiesole, Ghiberti, Nicolás de Pisa, Cimabue, Miguel Angel, Rafael, Murillo, pintores ó escultores han descrito sobre telas inmortales ó gravado sobre la piedra los goces y las desgracias del Eden, ó la imágen de nuestra primera madre. Entre todas estas admirables maravillas del arte cristiano, debe colocarse en primer lugar por la composicion, propiedad y bella espresion de las testas el tan conocido cuadro de Dominiquino. En él se ve á Dios que arrostra al hombre su desobediencia, Adan que acusa su muger, y Eva que rechaza la falta sobre la serpiente. Esta triple actitud está expresada con el mas esquisito sentimiento, y el espectador participa involuntariamente de la ansiedad de nuestros progenitores que aguardan de la boca de su gran Juez la sentencia merecida. Con todo, la justicia del Juez no borra la misericordia, y échase

de ver que habrá simultáneamente dos caminos para llegar al cielo, la inocencia y el arrepentimiento.

Como desde Eva no se ofrece hacer mencion especial de muger alguna hasta las mugeres de los patriarcas postdiluvianos; nos ha parecido de algun interés, atendido el carácter de estas lecturas, dar una sucinta idea del grado de corrupcion á que llegó el mundo antidiluviano, antes de transportarnos con placer á las sagradas y respetables tiendas de los grandes descendientes de Noé llamados por Dios para progenitores del famoso y predilecto pueblo, á quien escogió para teatro de sus maravillas y bendiciones.

Pocos datos nos han quedado, fuera de lo consigado en los sagrados Libros, sobre la época que transcurrió desde la creacion hasta la gran catástrofe que, reduciendo á la nada casi todos los seres animados del globo, preparó como una segunda creacion en la única familia que por providencia especial de Dios pudo sobrevivir á la submersion del mundo. En los quince ó diez y seis siglos que transcurrieron, segun los cómputos mas admitidos, desde la creacion al diluvio, la naturaleza jóven y ufanosa se mostraria con toda la lozana fecundidad que á sus primeros períodos convenia, tanto en el sustento y regalo de sus frutos y flores, como en el vigor y corpulencia de todos los seres vivientes, entre los cuales descollar debia el hombre como rey, aunque decaido, de la creacion. Segun el sentir de algunos Santos Padres, la propagacion desarrollábase asombrosa, tanto por la longevidad de los propagadores como por la fecundidad de las madres, produciendo muchos fetos en un solo parto. Numerosa pues, y casi innumerable debia ser la poblacion que derramándose por el globo, y extraviándose en sus caminos hasta llegar á corromperlos, hizo arrancar de Dios aquel gemido de dolor, hablando en lo humano, que en el lenguage del historiador sagrado, le hace llegar hasta á arrepentirse de haber criado al hombre. Viciada toda carne por la culpa del primer padre, fuente inagotable de todas las calamidades y miserias, una admósfera de crímenes debia cubrir la tierra como un diluvio, mas terrible que el que se desplomó despues de las cataratas del cielo. Llegó el hombre embrutecido á desconocer la ley sagrada de la naturaleza pura, hundióse en un abismo de degracion y de infamia, dejándose arrebatar por los impulsos de esta

naturaleza corrompida. Esclavo vil de propensiones brutales, hacia servir su robustez y larga vida, y la fuerza de un temperamento henchido, por decirlo asi, por la saludable nutricion y suculencia de los manjares que la tierra producia espontánea, á la satisfaccion desenfrenada de sus apetitos. Entregóse pues á toda la perversidad de sus instintos, dejándose encadenar por el deleite ; y no por turbacion del pensamiento ni por imbecilidad del querer sino por deliberada malicia efecto de su depravada costumbre, se entregó á sabiendas y sin pudor, hollando todo respeto á Dios y á los hombres : hambriento de gozar, precipitóse hasta la maldad del bruto y descendió aun mas allá. Viendo Dios que habia mucha malicia en la tierra, dice el Texto Sagrado, y que todos los pensamientos del corazon eran dirigidos al mal, se arrepintió por haber hecho al hombre en la tierra; y precaviendo para lo futuro, y conmovido de dolor en lo mas hondo de su corazon, «borraré, dijo al hombre que he criado, de la faz de la tierra, desde el hombre hasta los animales; desde el réptil hasta las aves del cielo, pues me arrepiento de haberlos criado (60).»

¿Qué mejor prueba de que la malicia del hombre no se hallaba circunscrita á esta ó aquella region, sino extendida por toda la faz de la tierra; que no era de un solo género sino varia y universal; que abrazaba toda especie de maldades, y en un alto grado y al punto mas culminante de degradacion y embrutecimiento á que podia llegar, *malitia completa et consummata*, como dice la Escritura? Todos los afanes del corazon tendian á la adoracion ciega de los ídolos del placer y de la carne. Pues si bien en Dios no cabe ira, dolor ni arrepentimiento, con todo el sagrado historiador acomodó al humano lenguage los altos designios de Dios sobre sus criaturas, para expresar con toda la energia posible la acerbidad de las iniquidades humanas y la ofensa infinita que daban á Dios, el que á pesar de la inmutabilidad esencial de su naturaleza, se vió en cierto modo provocado por la perversidad del mundo á descargar sobre él todo el peso de su justa indignacion.

Prescindiremos de mentar la mudanza y las alteraciones que sufrió la superficie del globo por la inundacion universal; y desechando por absurda y temeraria la opinion de que antes del diluvio la tierra no era mas que una dilatada llanura, pues está en contradiccion con lo que nos dice la

Escritura acerca haber subido las aguas quince codos sobre los montes mas encumbrados, y haber reposado el arca sobre el monte Ararat; no puede ocurrir duda de que antes del diluvio existian ya pueblos y ciudades en mas ó menos extension y número, pues sobre ser indispensables los albergues para tanta multitud de hombres como poblaban la tierra despues de diez y seis siglos de propagarse, sabemos que la primera ciudad fué *Enoch* construida por Cain, habiéndose borrado con el diluvio el nombre y la memoria de las demás. Lo mismo persuade el estado floreciente en que debian hallarse entonces las ciencias y las artes, ya por la ciencia infusa que debemos suponer en el primer hombre y comunicada á sus inmediatos descendientes, ya porque de los cuatro primeros libros del Génesis se desprende que los hombres se hallaban ya instruidos en la naturaleza de los elementos, en el modo de sacar de la tierra y fundir los metales, prepararlos y modificarlos; en el arte arquitectónico, y aun en las artes de cálculo y de placer como las matemáticas y la música.

Por el antiguo libro de Enoch, aunque apócrifo, con todo escrito por una tradicion antiquísima, y muy conforme con los fracmentos que del verdadero y profético libro de Enoch nos han dejado los Santos Padres; consta entre otras cosas el descenso de los hijos de Dios á las hijas de los hombres, de los gigantes producidos por el coito de los ángeles.

Asi habla de los gigantes el Sagrado texto (61); *Gigantes autem erant super terram in diebus illis; postquam autem ingressi essent filii Dei ad filias hominum, illæque genuerunt, illi sunt potentes à sæculo viri famosi.* Asegura, pues, el texto sagrado que habia gigantes nacidos de los hijos de Dios, en la inteligencia de cuyas palabras no están de acuerdo los intérpretes. Quieren algunos, que nacieron de la union entre los hijos de Seth y de Cain. Era pues Seth progenie de Adan legítima y fiel á su Dios, por cuyo motivo aseguran que fueron llamados sus descendientes hijos de Dios, al paso que la progenie de Cain quedó degenerada y maldita. Por donde pretenden estos intérpretes que los gigantes fueron producidos por cópula entre buenos y malos, y de este parecer es el águila de Hipona San Agustin. Otros empero por hijos de Dios no entienden hombres sino espíritus ó ángeles, que acercándose á las hijas de los hombres, por un prodigioso concubito engendraron los mónstruos gigantescos, como asi lo enseñan los Rabinos y se

deduce del libro apócrifo de Enoch; bien que semejante opinion es desechada y rebatida como absurda por casi todos los intérpretes mas sensatos de las Sagradas letras. La opinion mas verdadera, esto es, la mezcla de la progenie de Seth con la inicua estirpe de Cain es profesada por Cirilo, Josefo, S. Agustin, S. Gerónimo, y entre los modernos por Pereiro. Cornelio con otros muchos deducen de las mismas Sagradas letras que en este lugar los gigantes son llamados asi no tanto por su insólita é increible corpulencia y grandor, sino por su soberbia, por su fortaleza y por su inhumanidad, pues se hicieron famosos por su corpulencia, por su robustez, por su saber, por su poder y por su fortaleza en los combates, que era sobre humana; siendo terribles asimismo por su fiereza y formidables por su crueldad, por cuyos crímenes quiso Dios destruir el mundo con el diluvio. Refiere Beroso Anniano que su ciudad ó residencia era junto al monte Líbano, cuyos cedros colosales guardaban analogia con aquella raza gigantesca; bien que es muy verosímil que no todos los hombres de aquella época fuesen de tan vastas dimensiones, sino que habia de todas como en el dia, y es absolutamente inverosímil que fuesen del grandor que suponen los poetas y mitólogos antiguos, haciéndoles poner montes sobre montes para escalar el cielo y destruir al mismo Jove. Añaden los visionarios Rabinos que tenian cien codos de altura, apareciendo como torres de carne. Imposible parece que tales especies hayan pasado por humano entendimiento. ¿Dónde están los restos de las casas que debieron edificar para su guarida? ¿Qué frutos de la tierra hubieran bastado para alimentarles? qué bosques hubieran sido suficientes para darles báculos y palos? ¿Dónde estarian las mugeres igualmente corpulentas y colosales para formar progenie? Aun es mas absurdo lo que Adereso añade, diciendo que tales gigantes eran Noé y su familia, cuando se deduce del mismo Sagrado texto que si el arca no tenia sino treinta codos de elevacion, mal podria contener personas que la excediesen de 70 codos. Además cuan presto hubieran consumido tales personas el alimento que por espacio de un año entero bastó para sustentar á todos los animales que en el arca se albergaban. Los mismos ó peores absurdos refieren los Árabes del Gigante Og, rey de Basan, en su Historia Sarracénica, suponiendo que Noé perseguido por Og se escondia para librarse de él en las cavernas de los montes en donde Og no podia

penetrar por la inmensa mole de su cuerpo, y que irritado de no poder alcanzarle, arrojó tras él los pelos de su barba que se convirtieron en altísimos cedros que formaban vastas y espesas selvas de cuyos troncos formó despues Noé su arca. Añade que las aguas del diluvio en su mayor elevacion llegaban á las rodillas del gigante; que este cazaba las ballenas tragándoselas de un solo sorbo, y otras insulsas sandeces que se leen en el tomo II. del *Mundo subterráneo*. Mas como en el libro de Enoch se habla de estos gigantes y de sus padres, llamándoles con una voz griega que significa *Vijiles*, algunos expositores entienden por ellos los Angeles malos que tenian comercio con las hijas de los hombres; bien que S. Agustin, entre otros Padres, aunque reconoce que Enoch tuvo algunas revelaciones, condena sin embargo por apócrifas muchas de las especies que en su libro se refieren. Y este comercio de los Angeles malos ó demonios con las hijas de los hombres repugna á mas con el sentido comun y con el sentir de casi todos los Santos Padres é intérpretes; conviniendo estos en que bajo este comercio monstruoso quiere significar el horroroso desenfreno y las uniones infames con que los hombres y en especial la maldita estirpe de Caín llenaban la corrompida tierra, atendido el extremo abominable á que habian llegado los crímenes de los hombres.

Notas.

(1) Lib. XVII.
(2) Lib. V. *initio.*
(3) *Viages, tom.* II, *carta 19.*
(4) *De bello persico* lib. 1.° cap. 12.
(5) *De expeditione Cyri junioris* lib. IV, *initio.*
(6) L. Luc. XII, 48.
(7) Génio del Cristianismo lib. III, cap. 2.
(8) *Apocalyp.* XII. 7, 8, 9, XX, 2.
(9) Bonnetty. *Del culto dado á la serpiente en los diferentes pueblos*, en los *Anales de filosofia cristiana.* Serie 1. tom. 4. Roselly de Lorgues, *La Muerte antes del hombre.*—P. Premaro *Selecta vestigia.*—Benjamin Constant, *De la religion en su origen, formas y desarrollo.*—Riambourg.—*Tradiciones Escandinavas.*
(10) Dubois, *Costumbres é instituciones de tos pueblos de India* tom. II, cap. 12.
(11) Véase á Benjamin Constant *de la Religion* lib. VI, cap. 6. Y en otra parte conviene muy explícitamente en que el culto de la serpiente se refiere al recuerdo de los ángeles caidos. Ibid. lib. X, cap, 4.
(12) Elieno, *De la naturaleza de los animales* lib. XI, cap. 11.
(13) Ved á Diodoro de Sicilia *Biblioteca histórica* lib. V.
(14) Noël *Diccionario de la Fábula.*
(15) Elieno *De la naturaleza de los animales* lib. X, cap. 31.
(16) Diodoro de Sicilia *Biblioteca histórica* lib. V.
(17) Plutarco citado por Elieno *De la naturaleza de los animales*, libro XVII, cap. 5.
(18) Noël *Diccionario de la Fábula*, Mitología africana.
(19) Pausanias, *Viage histórico por la Grecia*, tom. II.
(20) Valerio Máximo *De los dichos y de los hechos maravillosos*, lib. 1 cap. 8 n. 2.
(21) Noël *Diccionario de la Fábula*, Mitología eslava.
(22) Benjamin Constant lib. II cap. 2. Advertiremos ahora una vez para siempre, que las citas que indicamos de Benjamin Constant se hallan muy amenudo no en el texto sino en las notas de su obra que son muy extensas.
(23) Esta es la traduccion del P. Premaro: Rebellis et pervicax draco dolet de suâ superbiâ. Véase á este autor *Vestigia selecta* en los Anales de Filosofía cristiana 2.ª serie tomo

XVI, p. 355.—El P. Regis lo traduce del mismo modo á corta diferencia: «Draco *transgressus est*, *est quod pœniteat.* Véase Regis Y. King. edit. Mohl. cap. 1, Epiphonema, cap. 6, pág. 184 y 186.

(24) Chou-king 1.ª parte cap. 27 Anales de la Filosofía cristiana 2.ª serie tom. XVI, pág. 358.

(25) Premaro *Selecta vestigia* traduccion de Bonnetty en los *Anales* de Filosofía cristiana en el lugar citado.

(26) Tomo II. Part. 3.ª cap. 6.

(27) Noël *Cosmogonia* Japon.

(58) Firdousi, *Schah-nameh* traduccion Mohl primera parte.

(29) J. Menant, *Zoroastro*, dogma § 1.

(30) Guigniaut, *Notas sobre Creuzer* lib. II, not. 5.ª *Universidad católica* 2.ª serie tom. VI, pág. 81.

(31) *De la Religion* lib. X, cap. 4.

(32) *Universidad católica*, lug. cit.

(33) Elieno, *De la naturaleza de los animales* lib. II cap. 38.

(34) Noël, *Diccionario de la fábula*, artículo *Typhon.*

(35) Homero, *Himno á Apolo*, vers. 305, 321 y 352.

(36) Véanse las *Pythicas* de Pindaro, 28 y la *Theogonia* de Hesiodo 821. Es muy digno de notarse que en Hesiodo este mónstruo está representado con cien cabezas de dragon. Véase la *Universidad católica* en el lug. cit.

(37) Véase á Apolodoro Biblioteca, lib. I, pág. 17. Virgilio dice tambien que Typhon, está sepultado bajo el Etna, *Eneid.* lib. IX, vers. 716.

(38) Segnier de Saint-Brisson, *Disertacion sobre la autenticidad de los fracmentos de la historia fenicia de Sanchoniaton* en los *Anales de filosofía cristiana*, 2.ª serie, tom. XVIII, pág. 417.—El Sr. Bouillet dice lo mismo: «Echidna, mónstruo medio hombre y *medio serpiente*, producido por Chrysaor, salido él mismo de la sangre de Medusa. Del comercio de este mundo con Typhon nacieron Cerbero, la Hydra de Lerna, la Quimera de Belerofonte, el Esfinge de Tebas, el leon de Nemea, y muchos otros mónstruos. Bouillet, *Diccionario universal*, artículo *Echidna.*

(39) Benjamin Constant reconoce esta identidad de Typhon y de Pyton: Typhon, el dios del mal en la creencia egipcia, orígen de todo vicio y de toda mancha y profanacion, ejerciendo su funesta influencia sobre el universo y el destino de los hombres, es en Grecia un mónstruo vencido por los dioses. *De la Religion* lib. X, cap. 4.

(40) Ovidio *Metamórphosis* lib. I, y las *Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas letras*, tom. III.

(41) Roselly de Lorgues, *De la muerte antes del hombre*, cap. 3, § 3.

(42) Plutarco, *Vida de Alejandro.*

(43) Elieno, *De la naturaleza de los animales*, lib. II, cap. 2.—«Entre los Hindus la serpiente Caly, dice el señor Bonnetty, era un mónstruo medio muger y medio serpiente.» *Del culto dado á la serpiente en los diferentes pueblos*, en los *Anales de filosofía cristiana*, 1.ª serie tom. 4.

(44) *De la naturaleza de los animales*, lib. XI, cap. 16.

(45) *De la muerte antes del hombre* cap. 3, § 3.

(46) Mallet, *Introduccion á la historia de Dinamarca*, y Benjamin Constant, lib. XIV, cap. 3.

(47) Rianbourg. *El Edda puesto en relacion con las tradiciones bíblicas* en los *Anales de filosofía cristiana.*—*Revista Británica* 1831 en donde se halla un análisis de los Eddas muy digno de atencion.

(48) Noël, *Diccionario de la fábula* artículo *Serpiente.*

(49) De Humboldt *Vue des Cordillieres* tom. I, p. 235, y en los anales

tom. x, pág. 50, en donde se hallan las figuras de estos personages, que tenemos á la vista.—Véase tambien sobre Krisehna ó Krichna *el Cristo y el Evangelio* 11.ª parte tom. II, testimonio de los paganos.

(50) Roselly de Lorgues, *De la muerte antes del hombre* cap. III, § 3.

(51) El autor del tercer viage de Cook los justifica plenamente sobre este punto, y relata enérgicamente los horrores, que en varias relaciones fabulosas y romancescas se les habian atribuido. Los isleños de Otahita, aunque embrutecidos desde su infancia, han conservado un resto de pudor en el matrimonio. Castigan afrentosamente el adulterio, y no permiten en el lecho nupcial las profanaciones con que se divierte una juventud bárbara y sin freno. Véase el autor de los Viages al rededor del mundo.

(52) *Memoires pour servir á l' histoire de la Religion secrete des anciens peuples, ou recherches historiques et critiques sur les mysteres du Paganisme* por el señor Baron de Sante-Croix. París 1784, 1 vol. en 8.°

(53) Esta observacion merece verdaderamente notarse. El pudor es la única afeccion del alma, que no se puede fingir ni imitar, y cuya espresion es totalmente involuntaria: tan inutilmente se intentaria reprimirla como hacerla nacer. Séneca desafía sobre este punto á todos los cómicos del mundo. *Artifices scenici qui imitantur affectus, qui metum et trepidationem exprimunt, qui tristitiam repræsentant, hoc inditio imitantur verecundiam; dejiciunt vultum, verba submittunt, fingunt in terra oculos, ruborem sibi exprimere non possunt.* Sénec. Epist. II.

(54) No hay duda que en un gran número de pueblos antiguos era desconocido el pudor, porque el interés nacido de la sensibilidad física es el mas poderoso y el mas ciego de todos los tiranos en punto á moral. Unos establecieron la comunidad de las mugeres; otros toleraron el adulterio; otros, mas obcecados aun, permitieron los desórdenes contra la naturaleza, y muchos no respetaron en sus alianzas grado alguno de parentesco. En Babilonia las mugeres estaban obligadas á prostituirse una vez antes de casarse; en otros puntos un hombre tenia escrúpulo de casarse con una vírgen etc. Y para colmo de ignominia, muchos filósofos célebres de la antigüedad aprobaron esta clase de desórdenes, asi como los del dia se esfuerzan en justificarlos. Mas en todas estas prácticas vergonzosas no vemos otra cosa mas que el triunfo de la mas violenta de las pasiones sobre el sentimiento moral, el cual, por desgracia, no ha estado siempre acorde con los progresos de la inteligencia y de la civilizacion. Díganlo las abominaciones de Atenas y de Roma en los mas floridos dias de su gloria literaria y de su preponderancia política.

(55) Durante los delirios de la revolucion francesa algunos filósofos, émulos de la brutalidad de los cínicos y de la felicidad de los brutos, introdujeron en Paris los vestidos á la *otahitina*, es decir,. de unas simples gazas, con las cuales se presentaban desnudas personas de uno y otro sexo. ¡Culto digno de los sacerdotes de la diosa Razon personificada en una prostituta!

(56) Teatro crit. univ. tom. II. Disc. Senectud moral del gen. hum.

(57) No hay duda, dice Du-Clot, que, segun la Vulgata, Abel *ofreció*

los primogénitos de sus ganados y de la grosura de ellos, sin hacer mencion de la leche. Mas es preciso advertir en primer lugar, que la palabra *primogénitos* en este lugar, no significa otra cosa que lo *primero, lo mejor*, que es lo que precisamente significa la palabra del testo original *Bacor*, como puede notarse en varios lugares de la Escritura; y la misma Vulgata la traduce *primogénitos ó primicias*, hablándose de cosas inanimadas. En segundo lugar, la palabra que San Gerónimo traduce de *adipibus eorum*, esto es, de *sus grosuras ó mantecas*, significa tambien *su leche*. (Bullet Resp. critic.), de manera que se traducirá con mucha propiedad el testo hebreo, diciendo: que *Abel ofreció de lo primero ó mejor de su ganado*, la leche, la nata; puesto que Dios aun no habia permitido el uso de la carne de los animales para alimento del hombre. Despues de haber colocado á Adan en el paraíso, habiale dicho Dios: *ved que os he dado todas las yerbas, las cuales producen simiente sobre la tierra, y todos los árboles los cuales asimismo tienen simiente en su especie, para que os sirvan de alimento á vosotros y á todos los animales de la tierra y á todas las aves del cielo.* (Gén. I. v. 29) sin hablarle de comer la carne de los animales. Lo mismo le repite despues de su pecado: y solo despues del diluvio dijo á Noe: *todo lo que tiene movimiento y vida os servirá de alimento: todas estas cosas os las entrego asi como las legumbres y yerbas.*

(58) No le mató con la quijada, como algunos pintan, sin fundamento alguno plausible de esta tradicion, sino con un leño ó hierro.

(59) *Shukfords* tom. I, pág. 6. *Ligfoot* tom. I, pág. 3. *Du-Clot* Not. 26 al *Genes.*

(60) Videns autem Deus quod multa malitia hominum esset in terra et cuncta cogitatio cordis intenta esset ad malum, pænituit eum, quod fecisset hominem in terra, et precavens in futurum, et tactus dolore cordis intrinsecus; Delebo, inquit, hominem quem creavi à facie terræ ab homine usque ad animantia, à reptili usque ad volucres cœli, pœnitet enim me fecisse eos. Genes. 6.

(61) Para satisfacer la curiosidad, transcribiremos la parte del primer libro de Enoch, titulado de *Egregorœis sive de Angelis malis*, tal como lo traduce del hebreo el P. Kirkerio. Ex primo libro Enoch, de Egregoraeis sive Angelis malis.

Et factum est cum multiplicati fuissent filii hominum, nataeque ipsis filiæ pulchræ et decoræ, contigit, ut desiderarent eas *Egregori* (sicilicet Angeli), et unus alterum seducebat, dicentes ad invicem: Eligamus nobis fæminas e filiabus hominum terræ. Et dixit *Semiexas* princeps eorum ad ipsos: timeo ne forte non velint inire hoc negotium, et ero ego solus debitor peccati maximi: et respondebant ei omnes dicentes: Jurabimus omnes, et jurejurando nos obligabimus invicem ad in nullo a data fide recedendum, donec omnia compleverimus. Tunc omnes juramento præstito se obligarunt; erant autem viginti qui ascendentes in diebus *Jared* summitatem montes *Hermoniim*, quem à jurejurando ita appellarunt, ibi fædere per juramentum inito, se invice obstrixerunt. Nomina autem principum sunt sequentia:

1. *Semixas*. Princeps eorum.
2. Atarkuph.
3. Arakiel.

4. Chababiel.
5. Orammame.
6. Rhamiel.
7. Sapsich.
8. Zakiel.
9. Balkiel.
10. Azalzel.
11. Pharmarus.
12. Amariel.
13. Anagemas.
14. Thausaël.
15. Samiel.
16. Sarinas.
17. Eumel.
18. Tyriel.
19. Jamiel.
20. Sariel.

Sic et omnes reliqui anno 1170. Mundi acceperunt sibi ipsis mulieres, et incæperunt contaminari in ipsis usque ad *Diluvium*, pepereruntque ipsis tria genera (hominum). Primum genus erant *Gigantes* magni. *Gigantes* autem generabant *Naphilim* et τοῖς *Naphilim* nati sunt *Elud;* et multiplicabantur juxta magnitudinem eorum, et docebant ipsos et fæminas eorum magiam, et incantationes, sive artem præstigiatricem. Primus *Exaël decimus* Principum docuit facere machæras, et thoraces, sive loricas et omnis generis arma bellica, et metalla (id est metallicam artem) et usum auri et argenti, quanam ratione videlicet in varios luxùs usus adhiberi possent, et fecerunt varia ornamenta mulieribus; docuerunt quoque eas Cosmeticam Artem, id est, fucos et stibii varium usum in condecorando vultu, lapides quoque prætiosos, et faciebant sibi filii hominum, fæminis, et filiabus ipsarum simillia; quibus prævaricari et errare faciebant ipsos Sanctos, et extitit impietas multa super terram, et corruptæ sunt universæ viæ mortalium. Antesignanus quoque dictorum Principum *Semiaxas* docuit esse (*Dessunt hic nonnulla*) iras animi et radices terræ.

Undecimus autem *Pharmarus* nomine docuit magiam et artem incantatricem, præstigiatorumque expiatoria sacra. *Nonus* autem docuit artem deducendi stellas. *Quartus* Astrologiam divinatricem. *Octavus* docuit artem divinandi per aërem. *Tertius* signa terræ. *Septimus* docuit signa lunæ. Omnes hi inceperunt uxoribus suis et filiis earum dicta revelare mysteria. Post hæc inceperunt Gigantes vesci carnibus humanis, repereruntque impio hoc exterminio homines decrescere super terram. Reliqui vero ob detestabilem Gigantum malitiam clamabant in cœlum dicentes, petentesque coram eo suscipi memoriam eorum. Audientes autem quatuor è majoribus Archangelis *Michaël* videlicet, et *Raphael*, et *Gabriel*, et *Uriël* è supremo cœlorum habitaculo terram inspiciebant, contemplantesque sanguinem multum effusum super terram, et omnem impietatem et iniquitatem, quæ fiebat super ea, egredientes ad invicem dixerunt: ecce spiritus et anima hominum afflictione, oppressioneque suspirantes, clamant ad nos, ut petitiones, perditionemque ipsarum ad Altissimi thronum deferamus; procedentesque hi quatuor Archangeli, dixerunt Domino:

Tu ò Deus Deorum et Dominus Dominantium, et Rex Regnantium, DEUS que hominum custos, thronusque gloriæ tuæ in omnes sæculorum generationes, et nomen tuum sanctum et benedictum in omnia sæcula.

Tu enim omnia creasti, in omnibus potestatem possidens, cujus conspectui omnia nuda sunt, et aperta, omnia vi-

dens, nec est qui se à te abscondere possit. Vides quanta mala faciat Exaêl, *quanta introducat, et quanta doceat peccata atque iniquitates super terram et quod nil nisi dolus super Aridam. Docuit enim mysteria, et manifestavit sæculo ea que sunt in cœlo, conanturque omnibus modis ejus instituta et mysteria cognoscere. Filii hominum* Semixæ *potestatem dederunt eorum, qui cum ipso simul erant et ibant ad filias hominum terræ, et dormiebant cum ipsis, et polluebantur in virginibus puellis et iis manifestabant omnia peccata, et docebant ipsas facere instrumenta fornicationis. Et nunc vide, filii hominum gignunt ex iis filios Gigantes. Adulterium, supposititiumque genus hominum super terram diffusum, totum Universum iniquitate replevit. Et nunc ecce spiritus animarum defunctorum hominum interpellant, et usque ad cœlos ascendit gemitus eorum, neque potest venire et pertingere ob enormes, quæ in terra accidunt, iniquitates. Et tu hæc scis ab ipsis fieri; et vides ipsos, et sinis paterisque ipsos, neque dicis quid oporteat facere, aut quod remedium tantorum malorum.* Tunc *Altissimus* dixit, et *Sanctus Magnus* locutus est, et missit *Uriël* ad Filium *Lamech* dicens: Abi ad *Noe*, et dic ipsi meo nomine. Absconde te ipsum, et manifesta ipsi finem rerum omnium instantem, et quod tota terra perdetur. Et dices ipsi quod *Diluvium* universæ terræ futurum, omnia quæ super faciem aridae sunt, disperdet. Instrue justum quid facere oporteat filium *Lamech*; et anima ipsius in vitam conservabitur, et effugiet mortem per æternum, atque ex illo platabitur planta, quæ consistet in omnes generationes saeculorum. Et *Raphaëli* dixit: Vade *Raphaël*, et Exaëlem manibus et pedibus vinctum projice in tenebras; aperies quoque Eremum existentem in Eremo *Dodoël*, et illuc vadens projice eum, suppositis ipsi saxis acutis et asperis, operies eum tenebris et habitet ibi in perpetuum; et aspectui illius oppones operculum ne lumen ei umquam appareat, et in die judicii revocatus in judicium, incendio ignis destinabitur, et sanabitur terra, quam corruperant, et labefactbeerant *Egregori;* medelam autem terræ manifesta, ut curetur terra à plaga sua, et non pereant omnes filii hominum, quæ dicta sunt in mysterio, quod dicebant *Egregori*, et docebant filios hominum, et desolata est universa terra in operibus instructionis *Exael*, et ex ipsa exarata sunt omnia peccata. Ad *Gabrielem* vero dixit: Vade *Gabriel* ad Gigantes, ad adulterinos et falsarios filios fornicationis, et perdes filios Ε' γρηγόρων à filiis hominum; committas ipsos ad invicem in bellum et ultimam perditionem, et exterminium; et longitudo dierum nequaquam attingat dies patrum ipsorum, qui sperabant vivere vitam sempiternam, et quod unusquisque eorum nom ampliùs quam centum annis victurus sit. Et ad *Michaelem* dixit: Vade *Michael*, alliga *Semixam* et omnes asseclas ejus, quotquot commisti filiabus hominum polluerunt, contaminaveruntque eas in inmunditia eorum; et cum jugulati fuerint filii eorum, et cognoverint perditionem dilectorum suorum, alligabis eos in 70 generationes in abdita terræ loca usque ad diem ipsis in judicium producendis destinatum, diem consumationis rerum omnium, diem quo terminabitur judicium sæculi sæculorum. Tunc precitabitur in Chaos ignis, et in tormentum et in carcerem

conclusionis æternæ et condemnati fuerint, una cum ipsis projicientur usque ad consumationem generationis eorum. Gigantes autem nati à Spiritibus et carne, Spiritus maligni in terra vocabuntur, ut sit habitatio eorum super terram. Spiritus maligni erunt, spiritus egressi à corpore et carne ipsorum, partim ab hominibus, partim ab Egregoræis geniti. Principium creationis eorum, et initium fundamenti illorum spiritus maligni erunt super terram. Spiritus autem Gigantum distributi, injusti, destruentes, invadentes, colluctantes, jaculantes super terram, et cursus facientes : neque tamen comedunt, sed cibo abstinentes sunt et variis plantas natis illudentes, sitientes et impingentes; et Spiritus resurgent cum filiis hominum et mulierum qui processerunt ab eis. A die vero cædis et perditionis, mortisque Gigantum, *Nephilim* fortes, et robusti supra terram, magni et famosi, spiritus egressi ab anima eorum, vel ut ex carne, erunt corrumpentes usque ad judicium magnum. In quo *Æon* sive saeculum magnum simul terminabitur. Circa montem vero in quo jurarunt, etiam juramento se invicem obstinxerunt, ut in perpetuo non desistat ab eo frigus, nix, pruina et ros, neque descendat in ipsum, nisi in maledictionem descenderit in ipsum, usque ad diem judicii magni, et in illo tempore comburetur, et terræ adæquabitur, et contabescet, liquescetque sicut cera à facie ignis, ita consumabitur destrueturque cum omnibus operibus eorum.

Vobis vero filiis hominum dico: magnâ irâ excandesco in vos, et in filios vestros, et perdentur dilecti vestri, et morte morientur chari vestri à facie universæ terræ. Et omnes dies vitae ipsorum abhinc usque in futurum non erunt plures quam 120 anni; neque vobis persuadeatis ultra vivere; num vero non erit ipsis via evadendi iram, quâ in vos exarsit Rex omnium saeculorum, ne putetis quod effugietis ea.

Hasta aqui la tradicion que refiere el Cronium llamado *Chronico Arabum* (*Abulhassen* autor).

(Tom. II, Oedipi folio 76).





SARA, ESPOSA DE ABRAHAN.

DESPUES que á la voz del Omnipotente volvieron á hundirse en el grande abismo las aguas que inundaban la tierra; todos los hombres salidos de Adan y que se habian diseminado por el mundo, quedaron otra vez reducidos á una sola familia, como en tiempos del primer hombre. Todo lo restante del género humano habia sido devorado por el diluvio. El diluvio se habia unido con el inmenso depósito de los mares, y estos, saliéndose de su centro, traspasaron sus orillas, y cubrieron la superficie del globo. El cielo, por decirlo asi, se unió con la tierra, para acabar sobre todo cuanto en ella tenia vida. Aquella catástrofe terrible dejó sobre la faz y en las entrañas desgarradas de la tierra, asi como en la historia de la universal tradicion, trazas inequívocas de su existencia, como medallas conmemorativas de su data y de su universalidad. Las aguas dominadoras un dia dejaron sus conchas, sus yerbas marinas y los restos de sus animales petrificados en las cimas de los montes; y los desiertos azotados por el viento, suspiran aun con el triste

ruido de las olas. Noé y su muger y sus hijos y las mugeres de estos se vieron dueños del Universo; pero no como el primer hombre, de un mundo brillante de inocencia, de gloria y de hermosura, sino de un mundo desierto, culpable y devastado. Con todo, quiso el Señor, que reposando de nuevo sobre la cabeza de un solo gefe la esperanza de las generaciones futuras, fuese este grande hecho una segunda promulgacion del dogma de nuestro comun orígen, y que por su medio se renovase para las generaciones venideras el culto de la verdad y de la virtud ya antes casi olvidado entre los hombres. ¿A dónde hubiera llegado el olvido de Dios y de su ley sin esta espantosa prueba? Rejuvenidas y purificadas asi las tradiciones y las creencias de las edades anteriores, el terror, si no la gratitud, debia mantener dispierta la fé y la sumision del linage humano. Mas ay! que bien presto volvió el egoismo para dividir á los hombres, y las pasiones para aletargarlos! Muy pronto esta familia, convertida despues en pueblo, debia ser la única que por largos siglos conservase la memoria del escarmiento y de las esperanzas!

Poco tiempo despues del Diluvio los ilusos mortales, extendidos sobre los campos de Sennaár concibieron el loco proyecto de escalar el cielo; y la fábula transmitió su delirante audacia con el esfuerzo de los gigantes, á quienes Júpiter aplastó por querer escalar su trono. A una señal divina que descendió como un castigo los operarios de la torre de Babel, hijos de los hijos de Noé, sintiéronse confusos entre sí, y hablaron sin entenderse. Y despidiéndose llenos de oprobio á medio construir su temerario monumento, se dispersaron por las regiones de los cuatro vientos del cielo, llevando consigo ideas de religion y de sociedad, restos de las primitivas doctrinas, que el tiempo alteró en su curso; y que si algunas veces fueron practicadas con gloria y felicidad, otras por la corrupcion de los hombres lo fueron con infortunio y con infamia.

La idolatría entró al mundo llevando por la mano al despotismo, asi en la familia como en la sociedad; pues á medida que se degrada y se obscurece la idea de Dios, la nocion del derecho se abate y se borra, y cede su imperio á la fuerza que es la barbárie. Cuando la civilizacion enorgullecida se separa de su orígen que es Dios, y sueña por sí misma en hacer descender el cielo sobre la tierra, apodérase de las inteligencias un vértigo

fatal, las palabras pierden su sentido y domina el caos entre los hombres que no se entienden á sí mismos, renovándose la necia temeridad y el castigo de Babel.

Pero Dios no desampara del todo su obra. A las pasiones que arrastran al hombre, les dá un contrapeso que retiene la humanidad en el círculo de sus destinos: y por efecto de esta sabiduría suprema que gobierna el mundo, la verdad y la virtud, á mas de la inteligencia que secretamente conservan hasta con las almas estraviadas, han hallado siempre sobre la tierra un asilo público, y una especie de solemne hospitalidad. Y convenia que no se interrumpiese el curso de las almas rectas y de los corazones sencillos, como una arca santa que conservase las semillas de la justicia entre el diluvio de la universal corrupcion; prodigio perenne que permitió la Providencia hasta la venida del gran Reparador. Tiendas patriarcales, legisladores y profetas, sinagoga Judia, Dios encarnado preceptor y modelo de sus criaturas, Iglesia católica, apóstoles, mártires, doctores, leyes generales del mundo ó vocacion especial de los individuos y de los pueblos; nunca, nunca ha faltado la voz para convidar á los hombres al respeto de todos los derechos y á la práctica de todos los deberes; y nunca la humanidad se ha visto tan desauciada, que con mas ó menos generosidad no haya respondido á este llamamiento. Asi, cuando las razas de Sem, Cham y Jafeth, hijos de Noé, se hubieron repartido el universo, y despues que, trazándose cada cual su camino, empezaron á descarriarse por el error, escogió Dios el gefe futuro de un gran pueblo para hacer tambien de él el gefe y el padre de los creyentes; eleccion maravillosa, que tenia por objeto el hacer la verdad mas estable entre los hombres, y mas manifiesta á sus ojos, fijándole en una familia y en una nacion, y dándole una forma y una expresion sociales.

Este ilustre privilegiado que llevaba consigo las esperanzas del porvenir, se llamaba Abrahan, descendiente de Sem, otro de los tres hijos de Noé, y que llevaba sobre sí la bendicion de aquel patriarca y segundo progenitor del género humano; el cual, inspirado por superior revelacion y rasgándose á sus ojos el denso velo de lo futuro, veia ya en los siglos venideros la conducta que observarian las generaciones de sus hijos que habian de repoblar la faz de la tierra. Por esto esclamó en un estásis pro-

fético: *Bendito sea el Señor Dios de Sem!* No porque Dios dejase de serlo de Cham y de Jafeth, sino porque contemplaba el patriarca, que la posteridad de sus dos últimos hijos dejaria abandonado el culto y el conocimiento de su Criador, asi como por el contrario, se conservaria uno y otro en una ramificacion considerable de la descendencia de Sem, de la cual era Abrahan y su posteridad numerosa.

Abram, pues tal se llamó antes el dichoso descendiente de Sem, se habia enlazado con Saraï hija de su hermano. En aquellos tiempos primitivos el parentesco no podia impedir todas las alianzas que hoy impediria: y solamente despues de la universal difusion del género humano debieron los cristianos ensanchar el campo de sus libres afecciones, á fin de que el egoismo, que el precepto de la caridad destierra de las conciencias, no viniese á refugiarse en las familias bajo el especioso velo del matrimonio. Saraï se llamaba tambien Jescha, como si se hubiese querido significar por esta palabra, que por su belleza atraia las miradas de todos; sin duda porque su alma irradiaba en torno suyo aquel embeleso del pudor que no pueden suplir ni ocultar ni la mas armónica proporcion de los contornos, ni las formas mas puras y agraciadas.

Saraï, como Abram, descendió de Sem, que fué, segun la comun opinion, el mayor de los hijos de Noé, y nació sobre el año 2020, cerca de ocho siglos antes de la guerra de Troya, poco antes de la época en que los historiadores profanos colocan el reinado de Semíramis. Sabido es que la posteridad de Sem y de Cham esparció su gloria precoz y fugitiva sobre el Asia y el Africa: los hijos de Cham enriquecieron la Fenicia por el comercio, y el Egipto por medio de sábias leyes: su nieto Nemrod fundó el primero de todos los imperios, al cual dió su nombre Assur, hijo de Sem, y en el cual otros hijos de Sem hicieron brillar las maravillas de una célebre civilizacion. La posteridad de Jafeth, que se extendió hácia la Europa, para poblarla en seguida, tardó algun tiempo en representar sobre la escena del mundo un papel que mereciera ocupar los recuerdos de la historia. Mas cuando aquella se apoderó del cetro, fué para empuñarle orlada con un raro esplendor de intrepidez y de genio, como suele acontecer con los que vienen despues, por cuanto ella se hizo la mejor parte, y supo conservarla. Sepultó las dinastías egipcias bajo la magestad de sus pirá-

mides, y ahogó las viejas monarquías de Oriente en el polvo de sus muelles civilizaciones. Reinó sobre el universo por los Griegos y los Romanos, estos pueblos príncipes de las bellas artes, de las ciencias y de la guerra. Esta raza reina todavía en el universo por medio de los pueblos de Europa que presiden, despues de Dios, la marcha general de la humanidad. Jafeth, puso la mano sobre la cabeza de Cham en señal de dominacion, y penetró como señor en las tiendas de Sem que le ha cedido su lugar.

Moisés refiere circunstanciadamente en el capítulo X del Génesis las genealogías de los tres hijos de Noé, que es la nueva propagacion del linage humano despues del diluvio. Empieza nombrando los diversos hijos de Jafeth, que se repartieron despues las islas de las naciones, ó sea diversos continentes, cada cual segun su propia lengua, nacion y familia. De los hijos de Cham saca los fundadores de Babilonia, de Nínive y de Resen á la cual llama la ciudad grande, fijando por último los confines de los pueblos cananeos. Pasa despues á nombrar los hijos de Sem, padres de las diversas razas semíticas que se dividieron la tierra, y señala tambien su habitacion desde Mesa hasta Sefar, monte que se levanta por el Oriente.

Muy conocidos fueron en las primeras edades del mundo los hijos de Noé. El nombre de Jafeth fué conservado entre los Griegos; y Horacio en una de sus odas le reconoce por padre de aquel Prometeo que robó el fuego del cielo (1). Los Jonios miraron siempre á Jafeth como á su padre, y cuando los poetas pelasgos hablan de los hombres en general, los llaman hijos de Jafeth. Los Medos, los Tracios, los Moscos, los Jonios, los pueblos de la Elida nos recordaban los nombres de *Madai*, de *Thisas*, de *Mosoch*, de *Javan*, de *Elisa* todos hijos de Jafeth y nietos de Noé. Los Asirios, los Elymenos, los Aramenos, los Elmodenos, los Salapenienses, los Jobabitas conservaban los nombres y la memoria de *Assur*, de *Elam*, de *Aram*, de *Elmodad*, de *Saleph*, de *Jobab*, todos descendientes de Noé por medio de Sem. Segun Plutarco, en el nombre de *Chemia* dado al Egipto y en el de *Hammon* tan célebre en la Lybia, se volvia á encontrar el nombre de *Cham*, tercer hijo de Noé (2). El Chusistan, situado cerca la embocadura del Tigris, Saba y Regma, á lo largo del golfo pérsico, habian tomado sus nombres de *Chus* y de *Saba* y *Regma* sus hijos. Gomer y Magog poblaron una parte de la Siria y de la Tartaria. En esta region inmensa se hallan

en gran número vestigios de Gog y de Magog en los nombres de las provincias, de las ciudades y de los hombres; y es una tradicion constante en este pueblo que sus habitantes descienden de Gog y de Magog. ¿Qué diremos de los Sidonios salidos de *Siden*, de la isla de Arad poblada por los Aradienses que salieron de Canaan, y de la medalla de Laodicea con aquella inscripcion en lengua y en caractéres fenicios: *Laodicea metrópoli de Canaan*? Todos estos pueblos cuya situacion nos demarcan exactamente Plinio y Plutarco, todos estos pueblos tan célebres en las antiguas historias, solo encuentran su respectivo origen en los hijos y descendientes de Noé, conservados en el Génesis; y estos hechos eran ya conocidos en el mundo antes que naciesen los primeros escritores de la Grecia. Y aunque estos Griegos, harto modernos, harto vanos y superficiales, ignorasen ó afectaran ignorar los fundadores de las naciones que existian muchos siglos antes que ellos empezasen á escribir la historia; estos monumentos de sus fábulas arrojan hartas ráfagas de luz sobre los acontecimientos primitivos del mundo contenidos en nuestros libros santos.

Abram y Saraï habitaban la ciudad de Ur en la Caldea. Aquel país estaba desde entonces abandonado á la idolatría, pero no tan innoble como la que embruteció despues á los desdichados pueblos. El fuego recibia alli un culto. Seguramente que de todos los caractéres que forman y reproducen el nombre de Dios en el gran libro de la naturaleza, la luz de los astros y el calor del sol eran los mas claros y significativos para los habitantes de las vastas llanuras que se extienden á las orillas del Tigris y del Eufratres, bajo un cielo siempre puro y abrasador. Debilitándose por el tiempo los recuerdos tradicionales, y conturbada la razon por el ardor de los sentidos, lo que no era sino un signo fué tomado por la realidad viviente; y el Criador desapareció, en algun modo, bajo la magnificencia de su obra. Adorose al sol y á los astros que despiden de tan lejos al hombre la luz y el calor, y que ejercen sobre él una influencia inevitable, y el fuego vino á ser un emblema general de estas divinidades imaginarias. Queriendo pues el verdadero Dios sacar á Abram de enmedio de estos errores, descarrios lastimosos de la razon, le dijo un dia: « Deja tu pais y tu parentela y la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré. Yo te haré un grande pueblo... bendeciré al que te bendiga, y maldeciré al que te maldi-

ga, y en tí serán benditas todas las naciones de la tierra.» Dulces y honoríficas palabras que prometian una gloria y una prosperidad segun el espíritu, mas bien aun que una gloria y una prosperidad segun la carne; y que venian á la vez á sostener la esperanza de la humanidad decaida, y asociarla al trabajo de su propia rehabilitacion.

Sea que Dios hable solamente al corazon, ó sea que su voz se haga tambien oir físicamente por medio de la combinacion de los elementos, ó por el órgano de la Iglesia, pone siempre en lo que dice como un sello de verdad que crea una certitud incomparable, y subyuga la voluntad, sin dejar de respetarla. Abram obedeció al llamamiento de lo alto, y se puso en camino acompañado de su esposa Saraï, de Tharé su padre y de su sobrino Loth. Permanecieron los viajeros por algun tiempo en Haran, ciudad de Mesopotamia, en donde murió Tharé. Continuóse despues el viaje hácia el Oueste pasando por Damasco, y si hemos de dar crédito á antiguas tradiciones, Abram habia ejercido en estos lugares una especie de autoridad real. Lo cierto es que Damasco se encuentra sobre la linea que conducia desde Mesopotamia á la tierra de Canaan, á donde se dirigia el peregrino de la fé; que el recuerdo de este grande patriarca llena aun en el dia todo el Oriente, y que la comun opinion le atribuye la fundacion de Dimschak ó Damasco. Y sea lo que fuere de estos relatos, adoptados de otra parte por Trogo Pompeyo y los varios historiadores de la Syria, prosiguió Abram su viaje, y llegó al centro de un prolongado valle, en donde fué luego despues edificada Sichem que ha pasado á ser un arrabal de la actual ciudad de Naplusa; tierra ahora inculta, pero siempre fecunda, suave y dulce como la tierna juventud de sus verdes llanuras, melancólica como sus largos horizontes y como sus ruinas.

Hombres hay que parece reunen en sus destinos personales la suerte de todo un pueblo, ó bien alguna de las fases de la vida general del mundo. Semejante á las generaciones que el tiempo precipita desde el borde de sus variables orillas hácia un misterioso porvenir, Abram, abuelo del árabe errante por el desierto y del judío que arrastra consigo bajo todos los climas su esperanza indefinida, pasaba realmente sobre la tierra como un viajero. Levantaba hoy la tienda que habia plantado ayer, como un desterrado que no tiene mansion fija y permanente, y que vá en busca de una

patria. Desde los campos de Sichem bajó á las llanuras del sud de la Palestina, y luego hácia el Egipto á causa del hambre que desolaba el pais de Canaan. Saraï, aunque ya no era jóven, no habia sufrido aun en su vejez los ataques del tiempo; bien fuese por un privilegio concedido á una existencia llena de maravillas, bien fuese vigor natural del cuerpo en aquellas edades primitivas, en que una vida mas prolongada gozaba sin duda de una flor menos rápida que las caducas bellezas de nuestros dias. ¿La hospitalidad fraternal en que vivian los antiguos pueblos podia pues servir á Saraï de suficiente defensa contra los insultos de un pueblo estrangero? No lo creyó asi Abram. «Yo sé que eres hermosa, le dijo con aquella simplicidad encantadora de los tiempos antiguos, y que los Egipcios al verte dirán: Ella es su muger, y me matarán para poseerte. Suplícote pues que les hagas entender que eres mi hermana para que no se me hagan malos tratos por causa de tí, y que por tu respeto se me deje con la vida.» Y en efecto, no se mata á un hombre por que tiene una hermana, mientras que para robarle la esposa no hay muchas veces otro medio que darle la muerte. Y debemos recordar además que, segun la costumbre de su tiempo y tal vez de su pais, Abram, tio de Saraï, podia por esto mismo llamarla hermana suya, pues entre los hebreos los títulos de hermano y de hermana designaban diversos grados de parentesco, como se desprende del lenguage habitual de las Escrituras. Con todo, el príncipe estrangero fué inducido en error; y bien que Abram, sentándose en la mesa hospitalaria, no compareciese delante de un tribunal, sus palabras debian tener indudablemente el carácter de la mas pura sinceridad, aun cuando fuese en vista de un peligro mortal.

Apenas el viajero hubo ganado las fronteras de Egipto, ya estaba informado el rey de la belleza de Saraï, pues la familia cortesana se ha mostrado siempre muy habil y dispuesta para olfatear y descubrir todo cuanto puede halagar las pasiones de su señor. Saraï se vió quitada del lado de su esposo, y conducida á palacio, y por causa de ella Abram fué tratado con la mayor consideracion, y se le ofrecieron por presente lo que constituia la riqueza de los siglos primitivos y de los pueblos pastores, rebaños de bueyes y de ovejas, de asnos y de camellos, y una multitud de servidores y sirvientas. No obstante, no quedó impune el príncipe por haberse apo-

derado de Saraï muger de Abram, y el Señor hizo llover sobre él y sobre su palacio castigos extraordinarios. Advertido á consecuencia por el azote del cielo acerca la verdad de los hechos que se le habian dejado ignorar, respetó á Saraï, alma recta y pura que se habia entregado con la mas síncera confianza en manos de la Providencia, y á la cual la Providencia no abandonó jamás. Faraon hizo venir á Abram á su presencia, y le dijo: «¿Como te has portado asi conmigo? ¿porque no me advertiste que era tu muger? ¿Por cual motivo la has llamado hermana tuya, esponiéndome á tomarla por esposa?» Dió despues órden á los suyos para que vigilasen en la seguridad del estrangero, y que no le sucediese el menor accidente en su partida de Egipto; y puso á Saraï en su poder. Poco tiempo despues cuando Saraï siguió á Abram al pais de Gerara en la Arabia Petrea, sobrevino el mismo incidente, con circunstancias á corta diferencia semejantes. Saraï fué milagrosamente protegida contra Abimelech, nombre comun de los gefes de aquel contorno, asi como el nombre de Faraon era comun á todos los que gobernaban el Egipto.

Y ciertamente nada debe maravillarnos esta especial intervencion de la Providencia en la vida de los primeros hombres. El dedo de Dios se halla en todos los acontecimientos; pero hay dos órdenes de hechos en los cuales resplandece de un modo especial: á saber, ó cuando los destinos generales del mundo atraviesan una época crítica, ó cuando las almas escogidas se ven amenazadas en sus mas caros intereses. Asi en las edades primitivas Dios conducia como por la mano á la jóven y candorosa humanidad. Él vino á instruir en persona el proceso de Adan caido: él conversó familiarmente con el justo Noé, con los patriarcas, con su siervo Moisés. Asi tambien en el orígen del Cristianismo, y cuantas veces los pueblos enteros se conmovieron para entrar en el seno de la Iglesia, diseminó profusamente milagros por medio de los apóstoles y propagadores de la fe: hizo prolongar la vida de los mártires en medio de la atrocidad de los tormentos; y á las vírgenes condenadas á cobardes injurias por el tribunal infame de los procónsules romanos les dió por defensa una auréola de luz, que las cubria como un manto diáfano, y que no pudo nunca rasgar la mano aterrada y ciega del mas osado ultraje. Leccion sublime, que manifiesta por una parte que Dios vela como un padre sobre las razas humanas y muy particular-

mente sobre los corazones rectos; y por otra, que asi la carne como el espíritu tiene su pureza que la hace augusta y que acarician y respetan los mismos cielos.

Con todo, Abram dejó el Egipto con Saraï y todo cuanto poseia, y entró otra vez en la Palestina. Loth por su parte poseia tambien cuantiosos bienes, y asi necesitaban los dos una vasta extension de pais, para que no faltase pasto á sus ganados, y no se moviesen contiendas entre sus dependientes. Separáronse, pues: Loth escogió la parte oriental de aquel pais, fijando su residencia sobre las orillas del Jordan que lamia muellemente las llanuras entonces fértiles y rientes de Sodoma y de Gomorra. Abram se retiró hácia el Occidente y habitó el valle de Mambré, que tanta celebridad adquirió despues. Pasado poco tiempo, algunas tropas venidas, segun se cree, del imperio Asirio, y reforzadas por algunos pequeños príncipes del contorno, probaron someter definitivamente los reyes de Pentápolis, que se cansaban de una dominacion estrangera y reusaban un tributo pagado por espacio de doce años. Era Pentápolis aquella region ocupada entonces por las cinco ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboïm y Bala, llamada tambien Segor, y hasta donde se extienden hoy dia las mudas y pesadas olas del Mar muerto. Los reyes cananeos fueron vencidos, y sus bienes entregados al saqueo. Loth que habitaba entre ellos, y que les habia prestado algun socorro, quedó con todas sus riquezas presa de los vencedores. Informado al momento Abram de aquel desastre, reunió á toda prisa los mas valientes de los suyos, y sostenido por algunos aliados que habia en el pais, cayó durante la noche sobre las tropas asirias, las puso en derrota, y se llevó á Loth y á los cautivos con todo el botin. Al volver de esta feliz expedicion fué saludado y bendecido por Melchisedech, rey de la ciudad que se llamó mas tarde Jerusalen, y sacerdote del Altísimo; figura de otro pontífice y de otro monarca, que purificó el mundo por la efusion de su propia sangre, estableciendo su reinado sobre los espíritus y los corazones; y que, con el Evangelio en la mano, vino delante de la humanidad para ayudarla en esta senda de dolor y en este laborioso combate que se llama la vida.

Por lo dicho puede conocerse lo que era la sociedad política en aquellos antiguos tiempos: la tierra empezaba á dividirse en diferentes reinos que

tenian tan poca extension como fuerza. El gefe de las familias patriarcales, aunque sin perder el antiguo modo de vivir, andaba al igual de los reyes, contrataba alianzas con ellos, declaraba la paz y la guerra; solamente que no habitaba entre elevados muros ni en suntuosos palacios, y tenia por súbditos sus hijos y servidores. Su principal riqueza consistia en ganados: su vida era laboriosa y sencilla como la de los campos. Por lo demás él representaba la religion asi como gobernaba su reducido imperio; y órgano respetado de las tradiciones anteriores á él, lo que habia aprendido de sus padres lo transmitia á sus hijos. Su larga existencia, los monumentos que consagraban la memoria de los principales hechos, el corto número de verdades propuestas á la creencia pública, todo le ayudaba á mantener en el seno de su familia las instituciones religiosas en su pureza originaria. ¡Cuanta distancia de la sencillez de aquel órden doméstico á las hábiles y complicadas combinaciones de nuestro órden social! ¿Y quien se atreverá á asegurar que la verdadera felicidad de los individuos haya aumentado en la misma proporcion que la civilizacion universal? ¡Cuanto han cambiado las costumbres! el acrecentamiento de la poblacion y el desarrollo de la industria llaman intereses mas multiplicados sobre un campo de batalla mucho mas angosto: las satisfacciones dadas á las necesidades reales producen una multitud de necesidades imaginarias: á consecuencia de las extensas relaciones que establecen el trabajo y el lujo para crear el bienestar y la prosperidad, nacen nuevos derechos que importan nuevos deberes. Y estos intereses, y estas necesidades, y estos derechos y estos deberes que amenazan de contínuo entrar en un conflicto, se hallan determinados y mantenidos por reglas mucho mas complicadas que en otro tiempo: en lo interior el peso de los poderes públicos y el mecanismo de la administracion, en lo exterior el equilibrio de las nacionalidades fundado sobre la balanza de sus fuerzas respectivas; en el seno de todo el universo cristiano los esfuerzos del genio y la superior influencia del Evangelio, principios todos y resultados de este movimiento progresivo que empuja la humanidad desde los dolores de lo presente en que ella encuentra su Gólgotha, hasta las glorias de lo futuro en que tendrá su Thabor.

Abram habia recibido la promesa y alimentaba la esperanza de una

ilustre posteridad, y sin embargo llegaba la vejez sin traerle hijo alguno. « Levanta tus ojos al cielo, le dice el Señor, y cuenta, si puedes, las estrellas. Asi será tu descendencia. » El patriarca no tenia menos fé en la palabra divina que el dia en el cual, por órden del Altísimo, abandonó los campos de la Caldea. Saraï deploraba su larga esterilidad, que en aquellos tiempos de fé y en la sencillez de las antiguas costumbres, se tenia como un castigo del cielo; y nunca llegó á imaginarse que debiese partir con Abram el privilegio y el gozo de revivir en sus hijos; y mas solícita aun que su esposo á que se verificasen en él las promesas del cielo con respeto á la descendencia prometida, y haciendo por decirlo asi una generosa y espontánea abdicacion de sus propios derechos, llegó hasta aconsejarle que se desposara con Agar su sierva, siguiendo la costumbre de aquellos siglos en los cuales era tolerada la poligamia. Tal vez queria de otra parte consolarse asi, por medio de una maternidad prestada; pero por desgracia se engañó, pues halló por el contrario en esta resolucion el orígen de los mas amargos pesares, por cuanto se manifestaron rivalidades entre las dos esposas. Es de creer que Abram en la proposicion de Saraï no vió mas que una candorosa sinceridad y rectitud de miras, y que condescendió con sus ruegos, no dudando que este pensamiento era una inspiracion del cielo. Y no se engañó el venerable patriarca; pues quiso Dios por este enlace de Abram con una esclava, y por el hijo que de esta habia de nacer, figurar misterios muy sublimes que se descubrieron despues. Quizás la triste Saraï, no teniendo valor bastante para resignarse, fué severa y exijente como la mayor parte de las personas heridas por la desgracia; ó puede que Agar, olvidando su condicion, se mostró imprudente ó demasiado orgullosa de su fortuna, pues iba á tener un hijo de su señor; y no tardó realmente en dar á luz á Ismaël el duro progenitor del pueblo Árabe. La rivalidad debia nacer naturalmente de la posicion en que se encontraban las dos esposas. Agar fué muger legítima de Abram, pero no era la primera, y tal vez la dicha de ser madre y la esperanza de ver cumplidas en el fruto de su seno las promesas de Dios sobre la posteridad de Abram, la hizo olvidar su inferioridad.

Pero Ismaël no era el infante de la promesa. Un dia pues se apareció el Señor á Abram y le dijo: « Yo soy el Dios Omnipotente, anda en mi pre-

sencia, y sé perfecto. Yo contrataré alianza contigo, y te multiplicaré hasta al infinito. Yo te haré gefe de muchos pueblos, reyes nacerán de tu linage. Mi pacto contigo y con tu descendencia, permanecerá siempre durable, y yo seré tu Dios y el Dios de tu posteridad. A tí y á tus descendientes daré en herencia perpétua la tierra por donde pasas como viagero, todo el pais de Canaan....» En efecto se contrajo una alianza : Abram juró por él y por su descendencia el huir de la idolatría y el obedecer á Dios con una sinceridad inviolable. Él cumplió su juramento, pero su descendencia, de indómita cerviz y de corazon desarreglado, fué muchas veces llamada inutilmente al cumplimiento de sus obligaciones. Dios se encargó por su parte de dar al anciano Abram numerosos descendientes, primicias y símbolo de esas generaciones de creyentes que debian brillar algun dia en el firmamento de la Iglesia, como las estrellas en el manto azulado de los cielos. Para añadir á sus palabras una sancion expresa, y dejar un monumento indestructible de estos hechos, cambió Dios el nombre de Abram, que quiere decir *padre elevado* en el de Abraham, *padre de las muchedumbres*, y el nombre de Saraï que significa *mi princesa* ó señora, en el de Sara *la princesa por excelencia*, porque debia ser ella la madre de muchos pueblos. « Porque yo la bendeciré, continuó el Señor, y tú tendrás de ella un hijo que yo bendeciré tambien, el cual será gefe de naciones, y de él saldrán príncipes.» Los nombres de Abraham y de Sara, modificados así encerraban esperanzas que sostuvieron la sinagoga por espacio de veinte siglos, y que son todavia el encanto de todo el dispersado Israël. Y en el dia que nosotros hemos recogido en la fé las bendiciones que ellos proféticamente recibieron, resuenan suavemente y son gratos á todo oido cristiano, y hasta la eternidad serán pronunciados por las humanas generaciones.

Asombrado de oir cosas tan grandes Abraham se prosternó, pegando su faz contra la tierra, y sonrió en su cándida alegría, y dijo en el fondo de su corazon: «Un centenario tendrá pues un hijo, y Sara va á parir á los noventa años! » Y añadió, dirigiéndose al Señor: « Ojalá que Ismael viva delante de tí! » como si dijera: Señor, ya que con tanta bondad me tratais, dignaos, os suplico, conservar tambien á mi Ismael, darle vuestra bendicion santa, y hacer que sea accepto á vuestros ojos. La risa de Abraham,

no era efecto de incredulidad ni de desconfianza: era una espansion natural del júbilo en que reboza un corazon sencillo y recto cuando se vé inesperadamente colmado de beneficios y de felicidad: era al mismo tiempo una sincera efusion de reconocimiento y de respeto. Las palabras que profiere no lo son de un hombre que duda del poder de Dios, sino de un santo que admira su bondad (3). Debemos juzgar de las acciones por las personas. Abrahan en todas ocasiones dá muestras sublimes de una fé perfecta. Dios que lee en el fondo del corazon dá de él este brillante testimonio. Y puesto que el Señor no le reprende aqui como incrédulo ú hombre de poca fé, como lo hizo despues con Sara (4), seria temeridad el notar á Abrahan de poca fé en este lance. Sabia bien el patriarca, que Dios puede hacer florecer el desierto, y dar algunos rayos mas á un sol de otoño. Por esto, lejos de reprenderle, como de una duda, le dice: « Un hijo te nacerá de Sara tu muger, y tú le llamarás Isaac: yo haré alianza con él y sus descendientes para siempre: tambien he oido tu súplica sobre Ismael. Le bendeciré, y haré crecer y multiplicar al infinito: será padre de doce príncipes, y lo haré cabeza de un gran pueblo. Pero mi pacto se establecerá con Isaac que Sara debe dar á luz dentro de un año por este tiempo. » Paróse aqui la voz que hablaba, y desapareció la vision

Es de advertir que no dejó de cumplirse la promesa del Señor en cuanto á Ismaël, pues fué en realidad padre de un grande pueblo. Los árabes, descendientes de Ismaël, se dividian, como los hebreos, en doce tribus, coincidiendo con las doce tribus de que fueron cabezas los hijos de Jacob.

Poco tiempo despues cuando el sol derramaba sobre la tierra los rayos abrasadores del mediodía, Abrahan estaba sentado á la entrada de su tienda en el valle de Mambré. Levanta de repente los ojos por la parte del camino y vé á tres hombres que se acercaban. Corre á su encuentro, y se postra delante de ellos hasta tocar su frente con la tierra, segun la antigua y oriental costumbre de saludar. « Señores, les dice, si he encontrado gracia á vuestra presencia, dignaos aceptar la acogida que os ofrece vuestro servidor. Traeré un poco de agua para lavar vuestros piés, y descansareis un rato á la sombra de este árbol. Os serviré un poco de pan para fortalecer vuestro corazon, y seguireis despues vuestra ruta, pues

tal es vuestra intencion al desviaros de vuestro camino con direccion á vuestro siervo. »

Sabido es con que religiosa exactitud fué ejercida la hospitalidad entre los antiguos y sobre todo en el Oriente, y cuan íntimas y sagradas relaciones establecia entre los hombres. Prodigábanse al viajero los mas humildes servicios con la mas viva y generosa solicitud; no se le preguntaba por su nombre hasta despues de la primera comida, y al despedirse, recibia y daba algunos presentes como en testimonio de indisoluble amistad. ¡Bellas y dichosas costumbres, que aseguraban donde quiera al estraño un pan casi tan dulce como el del hogar doméstico, y que le hacian encontrar en sus huéspedes hermanos y hermanas, imágen querida de su ausente familia! Preciosas habitudes en que el corazon, cansado tal vez por la fatiga del cuerpo, hallaba siempre nuevas é imprevistas expansiones en que derramarse con todo el placer inesperado de la franqueza y de la cordialidad! Los hombres, diseminados por la tierra, se reconocian siempre como hermanos, y se trataban como amigos: todos se abrazaban mutuamente como individuos de la gran familia humana. En el dia, estas frias palabras *lo mio* y *lo tuyo* han encerrado y estrechado los corazones dentro de sí mismos. En aquellos tiempos existia la propiedad, pero no dominaba el egoismo: el corazon estaba dispuesto siempre para dar, y miraba como un deber sagrado el satisfacer todas las necesidades agenas. Hoy dia, es verdad, los derechos están mas claramente definidos, pero los deberes son menos afectuosamente practicados. Por la fuerza de las cosas, la hospitalidad ha cesado de ser un acto de amistad fraternal para convertirse en una industria. ¿Mas era absolutamente necesario que llegase á ser tambien un cálculo de lucro, un choque de intereses que se cruzan, hasta el punto de reducir á las áridas proporciones de una especulacion lucrativa lo que los antiguos habian elevado á la altura de un deber religioso? ¿Abriga pues el mundo tantos impostores, que sea preciso encerrarse en un duro egoismo para no ser engañado?

Abrahan desplegó aqui el carácter y uso del lenguage propio de la caridad mas espontánea y generosa. Sin reconocer en estos personages mas de lo que aparecian; sin esperar de ellos la mas mínima recompensa, y sin que se lo rogasen, corrió á su encuentro, saludándoles con el mas pro-

fundo rendimiento, y convidándoles á comer en términos tan expresivos y con tan vivas instancias, que tenia por una gracia y agasajo particular el que se dignasen condescender con sus deseos, como si dijera: Si yo merezco esta honra; si gustais hacerme este obsequio; si me teneis por digno de que yo reciba de vosotros esta plausible muestra de bondadosa condescendencia; ya que la providencia del Señor me ha proporcionado este feliz acontecimiento, no es justo que paseis adelante, hasta que vuestro servidor tenga el gusto y la honra de hospedaros en su casa (5).

En las regiones orientales los viajeros acostumbraban á caminar á pié descalzo ó con sandalias, á causa del excesivo calor; por lo cual, tanto para refrescarse, como para limpiarse de la inmundicia, tenian necesidad de lavarse los piés. Á los huéspedes principalmente se acostumbraba hacer este obsequio antes de servirles la comida, y la humildad de Abraham le obliga á ofrecerse él mismo á ejercer con los suyos un ministerio propio únicamente de los servidores ó esclavos.

Los misteriosos pelegrinos cedieron á la afectuosa invitacion de Abraham, diciéndole: «Hazlo como tú dices.» El patriarca entró en su tienda, y dijo á Sara: «Amasa al momento tres hazes de flor de harina, y haz panes cocidos bajo del rescoldo.» Abraham aunque era considerado en aquellos tiempos como un príncipe y Sara como una princesa, y aunque tenia una numerosa servidumbre, queria ejercitar por sí propio la hospitalidad, y ofrecer un ejemplo á su esposa para que tambien la ejecutara. Corre presuroso á su rebaño y escoge de lo mejor que allí tenia, dando para cocer á un doméstico una tierna becerra. Ignorábanse entonces las delicadezas de la mesa; no se cuidaban de exitar el apetito por la profusa diversidad de las viandas y por el lujo de los condimentos: el satisfacer la necesidad natural de comer no habia llegado á ser objeto del refinamiento del arte. Una vianda comun, abundante, sabrosa pero no variada, leche, becerro, tales fueron los manjares que se ofrecieron á los huéspedes de Mambré. Esto seria muy sencillo para época de refinamiento y de estudiada sensualidad, en que el precio de los objetos se mide sobre todo por su rareza; pero fué un banquete magnífico en aquellos dias de vida moderada y frugal en la que el hombre no habia sujetado el hambre misma á los artificios de la civilizacion. Tomaron los viajeros su comida debajo de la sombra regulada. Abraham

estaba en pié para servirles en lo que necesitasen, dando á toda su familia el mas bello ejemplo de respeto y de humildad.

En el siglo cuarto de nuestra era, mostrábase aun en Mambré un terebinto muy antiguo que se decia haber abrigado bajo su sombra los huéspedes del gran patriarca. Todos los años en la estacion de verano reuníase en los campos del contorno un inmenso concurso de pueblos, atraido por la religion y el comercio: cristianos, judíos é idólatras acudian allí de todos los puntos de la Arabia, de la Palestina y de las costas del Mediterráneo. El emperador Constantino hizo edificar allí una iglesia. Muchas generaciones de terebintos han pasado sobre aquella tierra, con las razas humanas y las revoluciones; pero dejando siempre, por decirlo asi, un heredero de su celebridad y un testimonio de los antiguos dias; pues aun en nuestros tiempos un terebinto, guardado por el respeto que le prestan los siglos que se van sucediendo, señala el punto en donde los enviados del cielo visitaron á Abraham.

Porque no eran en realidad hombres estos estrangeros sentados á la mesa hospitalaria de Abraham: eran unas formas humanas habitadas momentáneamente por espíritus celestiales. Llámanse ángeles, es decir, mensageros, estos seres superiores que descienden del cielo, su luminosa patria, para informarnos de algun suceso extraordinario, y que toman al pasar, sombras visibles y palpables, á fin de ponerse en relacion con todas las exigencias de nuestra complexa naturaleza. Verdad es que Dios se revela por medio de la creacion, que es como un libro abierto delante de nosotros, y por la conciencia humana, en la cual resuena su voz con acentos ya conocidos; pero él puede revelarse personalmente y de una manera directa, cubriendo con un velo sus resplandores demasiado brillantes para nuestros débiles ojos, ó bien enviarnos embajadores que traigan su secreto con fidelidad, porque son inteligentes, y con buen éxito, porque su sensible aparicion previene ó disipa nuestras dudas y nuestra incredulidad. Asi es como Abraham se veia iniciado en los misterios del porvenir.

Se ha negado con harta ligereza la posibilidad de estas apariciones, por el seco y descarnado pretexto de que la razon no las admitia; causal que ha servido tambien para negar no solo los misterios augustos de la fé, sino toda la existencia del mundo espiritual. Pero bastará la mas obvia y

sencilla reflexion para desvanecer como el humo ese miserable pretexto. Si los adelantos en el estudio de la naturaleza física, la invencion de nuevos gases y su ingeniosa combinacion producen maravillas en la mano del hombre, de modo que se hubiera hecho increible en un siglo lo que en otro se ejecuta con tanta facilidad, ¿quién negará al Autor supremo de estos elementos la sabiduría y el poder para combinarlos de modo, que aparezcan á los débiles ojos del mortal bajo las formas mas bellas y variadas, aun sin faltar á las leyes esenciales de la materia, y por solo una combinacion oculta al limitado pensamiento del hombre? Segun los sagrados expositores é intérpretes, no hay duda que los ángeles, formando un cuerpo del aire que les rodeaba, y mezclando en él algunas exalaciones que pudiesen representar unos cuerpos sólidos, colores verdaderos, y la configuracion de los miembros humanos, aparecian de este modo á los hombres, sin que estos pudiesen discernirlo, y con la misma facilidad desaparecian. Los ángeles pues comieron por eleccion y voluntad, por manera que el alimento que tomaban se resolvia en un aire sutilísimo, al modo que el sol resuelve en vapores y no convierte en substancia propia los humores que toma de la tierra. Segun el águila de Hipona y el Ángel de los doctores no comieron aquellos ángeles sino en apariencia (6).

Siendo esta la primera vez que se hace mencion en la Escritura santa de haber tenido el hombre conversacion con los celestes espíritus ó mensageros de Dios, no parecerá inoportuno indicar rápidamente lo que nos dice la tradicion acerca estas puras inteligencias, el terrible cisma que desplomó del cielo una gran parte de ellas despues de creadas, y los restos de las diversas tradiciones de los pueblos primitivos que confirman la existencia de estos seres intermedios entre Dios y el hombre, ministros brillantes y ejecutores de su voluntad soberana. De otra parte nos parece cumplir asi mejor nuestro objeto que nos conduce á amenizar el relato bíblico con todo cuanto puede servir de grata é interesante doctrina.

Vamos pues á bosquejar con rapidez el primer crímen anterior al del hombre, de quien trajo el de este su primera causa; primer orígen de la existencia del mal, que tanto dió que pensar á los antiguos filósofos, privados de la luz de la revelacion. Como es imposible atribuir á Dios la causa del mal, veíanse reducidos á esta terrible alternativa; ó á negar á Dios

perfeccion absoluta, suponiéndole, alomenos por algun tiempo, autor del mal; ó á inventar un principio ú agente desconocido, rival odioso de la divinidad, pero tan inteligente y poderoso para obrar el mal, como lo era el principio bueno para obrar el bien. He aqui el orígen de tantos sistemas absurdos, de tantas desatinadas teorías, que no sabiendo á que atribuir los males que inundan la tierra, hicieron cómplice de ellos á la divinidad, la cual se fué multiplicando en otros tantos númenes, de los que unos hacian la felicidad y otros la desgracia del género humano.

Asi es que las tradiciones idolátricas de todos los pueblos nos ofrecen, á mas de los númenes ó divinidades superiores, seres intermedios dotados tambien de poder para hacer bien ó mal á los hombres, mensajeros ó ejecutores de las órdenes del cielo. Los chinos honraban á los ángeles con un culto particular. Khoung-Tseu (Confucio) ha tratado de su esencia. Tseu-Sse, su nieto, lo refiere en su libro Tchoung-Young (el Invariable Medio) (7). En la creencia de los Calmucos, se oyó una voz en lo alto y era la de los *Tengris*, que no cesan de velar en los destinos de los hombres: esta voz anunció que caeria una lluvia abundante..... (el diluvio) (8). Los Parsis piensan que los génios subalternos tienen un poder absoluto en las cosas que Dios les ha confiado (9). Las diversas tribus de las orillas del Orinoco designan al demonio por un nombre propio que le dá cada uno segun la energia de su lengua (10). Los Escitas reconocian la existencia de les génios, que llamamos ángeles (11). Los Tracios admitian tambien estas inteligencias superiores (12). Los Getas, los Masagetas, profesaban en este punto una doctrina semejante (13). Resulta de los relatos de Olaus Magnus y de Jornandes que los Godos tenian la creencia general sobre los espiritus invisibles (14). Los Celtas confesaban estos genios superiores, y practicaban ritos diversos en honor suyo (15). En cuanto á los Griegos, su culto de los dioses secundarios, ó de los semidioses, no era mas que una alteracion del dogma sobre las creencias que tenian de los Egipcios, y de los traficantes de la Fenicia. El sábio Huet lo ha mostrado claramente (16). Tales y Pitágoras reconocian la existencia de las substancias espirituales que obran en nuestra esfera (17). Y Platon, que muchas veces menciona la doctrina general de los espíritus invisibles, llega hasta hablarnos en el *Timeo* de su ángel familiar.

No solo la existencia de los ángeles forma parte de la ciencia tradicional de los pueblos, sino tambien su rebelion y su castigo. Los habitantes de las márgenes del mar Bermejo de América refieren que Dios crió seres invisibles que se rebelaron contra él, y que son sus enemigos, tanto como de los hombres; y les dan el nombre de engañadores mentirosos (18). Los Californios septentrionales dicen: *El que es viviente* ha criado entes invisibles, que se han rebelado contra él (19). Segun los Hindus «se separaron de la obediencia que le debian.... dijeron entre sí: queremos mandar..... engañaron á otros ángeles y corrompieron la fidelidad de otros varios; el Eterno les advirtió de su crímen; pero ellos, que se lisonjeaban de ser independientes, persistieron en su desobediencia: el Eterno mandó entonces echarlos fuera del cielo, y precipitarlos en el Onderah (el infierno) para sufrir en él tormentos contínuos (20).» «En el tiempo en que hubo una disputa y una guerra entre los ángeles y los demonios, los ángeles ganaron la victoria (21).» — «¿Qué diferencia va entre un *deva* (ángel) y un *davana* (demonio) amigos por naturaleza el uno de la justicia, y el otro de la iniquidad; el uno adherido á la virtud, el otro al vicio (22)?» — Los escandivanos admiten los ángeles (*æsers*); reconocian tambien el combate que hubo entre ellos en el cielo, antes de la existencia de la tierra (23). — Los árabes llaman al gefe de los ángeles malos Iba (el refractario), Scheitan ó Satanás (el calumniador) (24). — El sistema religioso tibetano-mongol incluye toda nuestra enseñanza sobre la caida de los espíritus rebeldes y su eterno destierro, despues de una gran batalla que se dió en el cielo (25). — Los mejicanos creian en el castigo de los malos por los demonios (26). — Los peruanos apoyaban esta idea con un horror grande á Satanás, á quien llamaban *Cupay*, no nombrándole sin escupir antes en señal de maldicion (27). La culta Grecia tampoco careció de esta tradicion general. Esquiles habló de la caida de los ángeles rebeldes despues de un combate (28). — Empédocles enseñaba que los malos demonios son castigados por el crímen que han cometido (29). Por fin, Eurípides en su *Electra* supone las pérfidas sugestiones de un génio maléfico (30).

Dígase ahora de buena fé, ¿en qué mito, ni en qué sistema filosófico se halla resuelto ese gran problema de la naturaleza moral sino en los fastos

de la Religion cristiana? No nos ocuparemos ahora en la demostracion de la existencia de aquellos espíritus, que fueron creados antes que el hombre. Esto pertenece á la parte dogmática de la Religion en la cual no no es nuestro ánimo entrar. No haremos mas que presentar con toda la energía posible lo que la fé y la ciencia nos enseñan acerca la caida de los primitivos espíritus y su consecuente depravacion, que tan funesta fué á nuestra especie.

Cuando dijo Voltaire con aquel aire de superficialidad y desprecio con que, á pesar de su talento, insultaba tantas veces el sentido comun, que la caida de los ángeles era una vieja fábula de los indios no conocida de los judíos hasta el tiempo de Augusto y de Tiberio, léjos estaba de sospechar, que esas mismas viejas fábulas de los indios y demás pueblos orientales y septentrionales, no pasaria un siglo, sin que apareciesen á la luz de la mas exacta crítica, como otros tantos vestigios de las primitivas tradiciones, y fuesen para el mundo filosófico nuevas é irrefragables pruebas de la verdad de los primeros dogmas enseñados por la única y verdadera Religion, que data desde la cuna del mundo y que quedó completamente desarrollada por el Cristianismo. Asi es que, sin quererlo, añadió una prueba de mas de que el hecho de le caida de los ángeles era ya conocido tradicionalmente por los pueblos de la India; y, como acabamos de ver en el artículo que ha precedido la caida del primer hombre y de la primera muger por instigacion del espíritu maléfico ó por la astucia de la serpiente enemiga de nuestra especie, estaba extendida por todos los pueblos de la tierra. Mas la sola razon, vislumbrando apenas esta verdad tradicional por entre la densidad de los siglos, mal podia remontarse á una historia que casi no pertenece al tiempo, esto es, á la caida de aquel espíritu pérfido, por *cuya envidia entró la muerte al mundo*, como se lee en el libro de la sabiduría, mas de tres siglos anterior al reinado de Augusto. El profeta Zacarías, el autor del libro tercero de los Reyes, el del primero de los Paralipómenos, el libro de Tobías, y por remontarnos á mayor antigüedad, el de Job, conocido por los judíos mucho tiempo antes de la cautividad de Babilonia, y reputado por Voltaire anterior á Moisés, todos estos nos hablan del ángel rebelde, enemigo de Dios y del linage humano. Su caida merece algunas graves reflexiones. Procuraremos pues que la fuerza de la ima-

ginacion no altere en lo mas mínimo ni la integridad de la fé ni la doctrina de la ciencia.

Habiendo resuelto Dios desde la eternidad el fecundar la nada por un acto espontáneo de su omnipotencia, crió ante todo las celestiales inteligencias, para ser glorificado en su adoracion, en su amor y en su obediencia. Tal vez entró tambien en su designio valerse de estos allegados á la magestad de su trono como de ministros ó mensageros con otras criaturas inferiores, ó para hacer oir la voz de su poder á los diversos puntos de los espacios criados. Sin sondear ahora en el pensamiento eterno del Criador, lo cierto es que salieron de la nada por un acto de la voluntad divina millares de millares de inteligencias, en diversos grados de perfeccion, cuya naturaleza nos es desconocida, y de las cuales no podemos formarnos idea sino por lo que tienen de comun con nosotros que es la inteligencia y la libertad en el momento en que fueron criadas. ¡Cómo puede el hombre conocer al ángel, si tan poco se conoce á sí mismo!

En la caida pues de aquellos espíritus ó de parte de ellos, nada enseña la fe que repugne á la razon ni á la filosofía, antes bien en su rápida y terrible historia reconoce el alma un fondo de verdad, y aquel poder íntimo de conviccion con que, satisfecho el entendimiento, halla un placer sublime en acatar las verdades de la Religion y los misteriosos designios de Dios sobre sus criaturas. Sin chocar con ninguna contradiccion ni estravagancia, reconócese en aquella gran catástrofe la grandeza, la bondad, la justicia de Dios, la ingratitud, el orgullo, la demencia de su criatura. En el fondo de nuestra condicion miserable hallamos el gérmen de aquella malicia que el autor del mal supo comunicar á nuestros progenitores, y de que nosotros tan sensiblemente participamos. Todo se enlaza pues en la historia de nuestras miserias.

Toda criatura racional y libre puede pecar; y si fuese impecable, seria un don de la gracia, mas no una condicion de su naturaleza. Solo Dios es por naturaleza impecable. Nada mas claro á los ojos de la razon. Dios es el tipo de todas las perfecciones que forman parte de su esencia. Las tiene pues de necesidad, y ninguna otra criatura puede tenerlas sino por voluntad de Dios. Y como esta es tambien inseparable de la justicia, no quiere dar á nadie la fruicion de su gloria sino por premio ó corona, y no puede

darse premio sin mérito. Los espíritus pues se hallaban en este caso. Crióles Dios con pleno conocimiento del bien y del mal, y con plena libertad para escoger, para que su amor, su obediencia y sumision fuese en ellos efecto de una eleccion libre, y un acto de mérito para hacerse dignos de la recompensa de los cielos (31).

Los ángeles no tenian pasiones como los hombres, que seducidos por las apariencias de las cosas, pueden engañarse en la eleccion del verdadero bien. En el hombre puede caber la ignorancia y la duda, y de ella aparece que fué capaz aun en el estado de su inocencia, cuando dijo nuestra primera madre reconvenida por Dios: *la serpiente me ha engañado*. Mas el ángel, conociéndolo todo, no podia alegar engaño ni ignorancia en su eleccion ni arrepentirse de ella. Un acto meritorio les bastaba para fijar eternamente su destino. Tenian delante de sí el abismo de la eternidad para ser felices ó desgraciados. Escoger debian entre el reconocimiento y la ingratitud, entre la sumision y la rebeldía.

En aquel momento formidable la inmensa creacion angélica quedó dividida en dos partes aunque desiguales. Entre aquella gran multitud de espíritus, se verificó lo que debia verificarse despues en la creacion material. Dios separó la luz de las tinieblas. Una gran parte de aquellos espíritus, viéndose tan bellos, osaron enamorarse de sí mismos y negar á Dios la obediencia y la sumision. Los otros empero obedientes, humildes, fueron confirmados en su gracia. Mientras los unos abusando del libre arbitrio, lo convirtieron todo á sí mismos por una culpa imperdonable, los otros, ardiendo por la gloria de Dios y queriendo vindicar su justicia, rodearon como un ejército brillante el trono formidable del Altísimo. Dióse entonces aquella misteriosa batalla que describe el estático apóstol en su arcanoso libro de la *Revelacion*, y á cuya comprehension no alcanza nuestro pensamiento, asi como no alcanza á su pintura nuestro lenguage. « Hubo, dice, en el cielo una gran lucha. Miguel y sus ángeles combatian contra el Dragon, ó Lucifer: este y los suyos peleaban contra aquel, pero estos quedaron vencidos, y desde entonces no han vuelto á aparecer en el cielo. » En aquel instante nació el abismo eterno para sepultar aquellas inteligencias rebeladas, mansion de privacion y de dolor, de horror y de desespero, en donde las almas de los hombres que obraron la iniquidad serán

tambien arrojadas para llorar eternamente y sin esperanza su perdida felicidad.

El alma del hombre al separarse del cuerpo se halla en el caso mismo del ángel en el momento en que fué criado. Fijado queda para siempre su destino, porque no puede ya merecer. Hay un punto en que el Criador juzga irrevocablemente su criatura. En los puros espíritus que, segun la opinion mas probable, pecaron luego despues del momento de ser criados, se verificó aquel juicio irrevocable en el instante de su caida, asi como se verifica en el hombre en el instante de la muerte. He aqui una fuente inagotable de reflexiones importantes sobre la justicia de Dios y el destino del hombre. Mas volvamos á los ángeles rebeldes.

El ángel pecó queriéndose igualar á Dios, no por equiparacion absoluta sino por semejanza. No podia querer lo primero, pues conocia la imposibilidad de conseguirlo. No podia ser Dios sin dejar de ser lo que era: sus deseos pues no podian dirigirse á la mutacion de su esencia. Tampoco podia pecar por aspirar á mayor perfeccion de la que tenia, porque todo ser criado puede aspirar á mayor perfeccion, y cuanto es mas perfecto mas se asemeja á Dios. Su crímen pues fué en el objeto y en el medio. En el objeto porque no aspiraba á ser mas perfecto para complacer á Dios y ser mas digno de su amor, sino para engrandecerse á sí mismo y satisfacer su vanidoso y sacrílego orgullo. En el medio, porque aspiraba á ser mas perfecto por su propia virtud y no por la del Criador. He aqui el pecado de la criatura. En la caida del ángel pues vemos en compendio nuestras pasiones delincuentes y el gérmen funesto de todas ellas: el orgullo y el amor esclusivo á sí mismo fuente de la rebelion y de todas las iniquidades.

Isaías describe la caida de Luzbel en la persona del rey de Babilonia. « ¿Cómo caiste del cielo, ó lucero, tú que tanto brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitado por tierra, tú que fuiste la ruina de las naciones? Tú, que decias en tu corazon: escalaré el cielo: sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, sentaréme sobre el monte del testamento, al lado del Septentrion? Sobrepujaré á las nubes: semejante seré al Altísimo. Mas ay! fuiste desplomado al hondo abismo del infierno! »

Ezequiel pinta la misma caida en la persona del rey de Tiro. « Hijo de hombre, dí al príncipe de Tiro, esto dice el Señor Dios: porque se ha en-

greido tu corazon y has dicho: Yo soy un Dios, y sentado estoy cual Dios en el trono, en medio del imperio de los mares, siendo hombre, y te has creido dotado de un entendimiento como de Dios.... Esto dice el Señor: porque tu corazon se ha ensalzado como si fuese el de un Dios, por esto mismo haré venir quien destruya tu sabiduría y tu gloria.»

Este es el rey, dice Job, sobre todos los hijos de la soberbia. ¡Fué aquel rebelde principio de las vias de Dios! San Lucas dice «Ví á Satanás como un relámpago que cae del cielo» y San Juan: «Aquel fué homicida desde su principio.» Ezequiel esclama: «Los cedros no fueron mas altos que él y toda piedra preciosa era su vestido.» Y San Pablo, escribiendo á los de Tesalónica, hablando del Anticristo, dice con su acostumbrada profundidad: para que sentado en el templo de Dios, se ostente como si fuese Dios. Y si este no siendo mas que un miembro tanto se envanece, como se engreiria su cabeza?

Pero donde se conoce mas especialmente el espíritu de soberbia del ángel tentador, es en la pretension de inspirar este deseo sacrílego hasta en la criatura humana. *Sereis como Dioses*, dijo á Eva. Fácil es inducir de aquí, que este deseo inmoderado de asemejarse á la Divinidad por una secreta y orgullosa envidia á sus esenciales prerrogativas, fué el gran crímen del espíritu rebelde. No contento con haberlo apetecido, le inspiró tambien á nuestros primeros padres, para que cayese igualmente sobre estas incautas criaturas y su desdichada posteridad el castigo eterno y espantoso que sobre él habia caido, pues uno de sus mayores tormentos era el ver la felicidad de otras criaturas que le eran inferiores en perfeccion.

La soberbia pues y la envidia son los vicios privativos del demonio, bien que, como á reato de culpa, es capaz de todas las mas viles pasiones. Mas conviene observar de paso que, brutal ó avariento, muelle ó ambicioso, no se deleita como el hombre por un sentimiento de su doble naturaleza, sino que su feroz placer consiste en alegrarse del mal del hombre cuando le ha hecho esclavo de estos apetitos impuros de que él no es capaz por su naturaleza.

Asi es como, introducido ya por la culpa sobre la tierra, y multiplicado, por decirlo asi, en sus innumerables secuaces, se hizo adorar del hombre

bajo la forma y el aliciente de aquellas pasiones funestas con que le habia perdido al principio. Procuró borrar la imágen de Dios en el corazon de la criatura, y substituir la suya bajo apariencias seductoras. Sus templos se desplomaron por la viva palabra de Dios descendido visiblemente al mundo; y si bien quedó destruido el imperio absoluto que sobre el hombre tenia; con todo, debiendo el hombre para merecer triunfar de sus sugestiones, le ha quedado el funesto permiso de tentar á la criatura para probarla; y si ya no es adorado como Dios, á lo menos se transforma en las pasiones mismas para seducir á los infelices mortales, y haciéndoles cómplices de su iniquidad, hacerles compañeros de su castigo.

Antes de Jesucristo era adorado casi por todo el mundo, y su imperio volverá á extenderse antes que el mundo espire, mas será de corta duracion.

Estos espíritus de soberbia, no fueron naturalmente malos, como sostenia Porfirio. Un tal supuesto argüiria en el Criador imperfeccion, impotencia ó injusticia. Fueron criados buenos, y tornaron malos por su propia malicia y voluntad. Lo contrario repugna la razon, y es condenado por la Iglesia (32).

Los ángeles malos, pues, fueron buenos en el instante de su creacion, asi como fué bueno el hombre en el estado de inocencia, pues ninguna criatura sale mala de las manos de Dios. Aun mas, fueron capaces de merecer, por la gracia de que les revistió el Criador, pues criándolos, para su gloria, debia criarlos con toda la capacidad necesaria para ser dignos de dársela, como los demás ángeles que lo fueron. Mas al punto, ellos mismos impidieron su felicidad, declinando su libre alvedrio del fin para que fueron criados. La opinion mas comun es, como hemos ya insinuado, que luego despues del momento de su creacion pecaron, pues un solo acto meritorio les bastaba para merecer la bienaventuranza. Tres instantes pues pudieron bastar para esta terrible historia, que no ha de circunscribirse en los límites del tiempo. En el primer instante todos fueron buenos: en el segundo hubo distincion entre buenos y malos: en el tercero cada uno habia ya recibido su merecido. Aquellos instantes de los espíritus son para nosotros tan incomprehensibles como la misma eternidad.

La pena de los ángeles malos es muy difícil de comprehender para un

mortal. Sin embargo, por la idea que tenemos de la justicia de Dios, y por los efectos del pecado que por desgracia esperimentamos en nosotros mismos, podemos columbrar cual debia ser el castigo de la soberbia rebelada en aquellas inteligencias, cuyo primer acto, debiendo ser un himno de asombro, de amor y de gratitud, fué un grito infame de insurreccion y de orgullo. El conocimiento natural que de las cosas tenian no se les quitó, por ser inherente á su naturaleza; asi como al hombre delincuente no le fué quitada la razon natural, sin la que dejaria de ser criatura racional. Tampoco se les debió privar del conocimiento de las cosas reveladas hasta aquel punto, en que este conocimiento es ya una fruicion de gloria, una beatitud. Debieron conocerlas especulativamente para que viesen todo el horror de su ingratitud y de su infamia, toda la bondad y belleza de aquel Dios á quien habian para siempre perdido, y que solo conocian ya por el odio, no por el amor. Aquella parte pues del conocimiento revelado, que podemos llamar efectivo, que encierra el amor de Dios y el don de la sabiduría, que forma las delicias inefables de toda criatura inteligente, de este, no hay que dudarlo, fueron privados enteramente. El conocimiento que tienen de Dios, como que no se refiere á su gloria, es llamado *tinieblas, noche*. No les fué dado el claro conocimiento del reino de Dios, pues á haberlo conocido, no hubieran crucificado la gloria de Dios, al modo que los insensatos mortales crucificaron por esta ignorancia funesta á su Criador humanado. Asi es que se engañan algunas veces, y su conocimiento puede llamarse ignorancia, comparada con la de los espíritus puros (33).

Quedóles tambien por eterno castigo la obstinacion en el mal, tormento incomprehensible y espantoso, en que la voluntad, como á pesar suyo, se obstina en un mal cuyo horror y gravedad conoce el entendimiento. La voluntad angélica fué libre antes de la eleccion en inclinarse al bien ó al mal, á la justicia ó al delito; mas una vez fijada, no muda jamás. Este inexplicable tormento será tambien el de los réprobos con el odio que tendrán á Dios á quien conocerán lo bastante para sentir toda la desdicha de la fatal necesidad de aborrecerle. El dolor pues, no como pasion humana, sino como acto indispensable de su voluntad, es y será el suplicio de los espíritus infernales. Quisieran lo que no es; y no quisieran lo que es. Vénse privados de la beatitud que apetecen por su naturaleza. Creen, y se estremecen.

No se duelen del mal de la culpa, no son capaces de un solo acto de arrepentimiento, ni de un suspiro de amor, porque entonces seria buena su voluntad. Duélense sí del mal de la pena, conocen su inmensa desgracia, y privados del amor que pide perdon y de la esperanza que consuela, sufren con rabia el peso insufrible de una existencia que siempre renace; y conociendo la felicidad del cielo, braman atormentados por una sed de gozar que les devora de continuo, en cuya comparacion el volver á la nada seria una felicidad suprema. El diablo, dice Isaias, será roido por el dolor de corazon y ahullará por contricion de espíritu. Y el autor del Apocalipsis añade, que arrojado á un estanque de llamas, será atormentado por los siglos de los siglos.

Al momento de pecar los ángeles precitos fueron arrojados del cielo, y se hundieron en el abismo. Mas no podemos negar que, desde el pecado del primer hombre, Dios les permitió salir de allí, para probar á la criatura. Pidieron á Dios, dice San Lucas (34) que no los metiera en el abismo, teniendo por gran pena el no hallarse en un lugar en donde no pudiesen saciar su envidia dañando al hombre; y añade San Marcos (35), que rogaban á Dios no los espeliese fuera de esta region. Parece pues indudable que hasta el último dia permite el Señor á estos malignantes espíritus, á esas *potestades de los aires* vagar por el espacio para tentar al hombre viador, aunque sea su propio lugar el abismo en que fueron sepultados. Y asi como, siendo el cielo el lugar de los ángeles buenos, no disminuyen estos su gloria, viniendo á nosotros; asi tampoco disminuyen de pena los malos, vagando por el aire caliginoso por permision de Dios, para ejercitar á los hombres. Llevan siempre además consigo la llama del infierno. Sus propios tormentos les siguen. Ellos recorren este vasto globo donde por su perfidia introdujeron el llanto y la desgracia. En vano asoma á sus labios una feroz sonrisa cuando hacen caer nuevas víctimas con sus engaños, y arrastran nuevas criaturas á su eterna desventura. Ellos sienten á veces aquellas cadenas invisibles con que los tiene amarrados el Omnipotente, y con que detiene cuando le place la audacia de su vuelo. Dios reside en el mundo, y su eternal dedo les señala como á las olas la línea hasta donde pueden llegar. Y ellos obedecen estremecidos.

Nos parece haber desenvuelto algun tanto la doctrina de la fé y de la

ciencia sobre la caida de los ángeles rebeldes; y, sin apartarnos de la misma senda, no creemos que se nos acrimine el condescender ahora algun tanto con la imaginacion. No hay duda que las dimensiones colosales que ofrece el cuadro que acabamos de delinear ha abierto al genio un vasto campo de invencion ideal, que sin tocar á la fé, ni al fondo de la tradicion, ha contribuido á presentar con mas viveza á nuestros ojos aquellos misteriosos acontecimientos. Los que declaman contra aquella poesia que, respetando la fé que adora, le presta sus bellezas y sus gracias para hacerla mas amable á los ojos de los hombres, ¿no han advertido que la Religion, y la Iglesia, que es su depositaria, permite á la poesía de las artes que materialice, por decirlo asi, en nuestros mismos templos los mas altos misterios? ¿Qué es sino una poesía, ó sea una figura sensible del mas elevado de los misterios la representacion de la adorable Trinidad? ¿Podemos acaso presentar sino por símbolos los espíritus, sus calidades, y aun los misterios mismos que creemos y adoramos? Exceptuando la presencia real de Jesucristo, ¿qué otra cosa hay en nuestros templos sino geroglíficos sagrados? La Vírgen, el Santo, el ángel, las luces, el incienso, producen en nosotros impresiones materiales para elevar nuestro pensamiento á lo sobrenatural: los sacramentos mismos son señales sensibles de la gracia invisible que se nos comunica por los méritos del Redentor. Por esto todas las artes han colgado ante las aras de la Religion sus mas brillantes trofeos. ¿Y cómo podria dejar de hacerlo nuestra imaginacion y nuestra alma, en donde reside toda la hermosura del universo? Este es cabalmente parte de nuestro objeto: que la ciencia y el genio respeten la Religion por gusto, y despues la amen y la adoren por necesidad.

Milton es quizás entre todos los ingénios el que supo sacar mejor partido de lo que sabemos acerca la caida de los ángeles. Haciéndola entrar como un episodio magnífico en su *Paraíso perdido*, toma de ella el carácter que atribuye al monarca del infierno y á todas sus acciones, hasta haber completado la perdicion del hombre. En la descripcion de su carrera cuando, saliendo de su abismo, va al descubrimiento de la creacion, hay rasgos inimitables de imaginacion que en nada ofenden á la razon y á la fé. Todo respira aquella inmensidad que existe realmente en los espacios y de que no podemos formarnos idea sino por palabras negativas. Sobre

todo toma el carácter de Satanás del espíritu de soberbia y de ambicion de reinar, inseparable siempre de la rebelion y del crímen. Oigamos al príncipe de las tinieblas desde lo alto de la montaña de fuego, donde contempla por primera vez su imperio. « Adios campos dichosos que habitan las delicias inmortales! Horrores, yo os saludo! Yo te saludo mundo infernal! Abismo! recibe á tu nuevo monarca! Él te trae un espíritu á quien jamás mudarán los tiempos y los lugares....» Observad luego el lenguage de la ambicion y de la rebelion castigada pero no arrepentida: « Alomenos aqui reinaremos: propio es de mi ambicion reinar, aunque sea en los infiernos. » ¡Cuánta filosofía, cuán inmensas aplicaciones encierran estas pocas palabras!

Veamos como describe Satanás en medio de su infernal consejo: « Sus formas conservaban una parte de su esplendor primitivo: no era menos que un arcángel caido: su excesiva gloria algun tanto oscurecida. Asi como cuando luce el sol al salir, despojado de la magestad de sus rayos, echa una mirada horizontal por entre las tinieblas de la mañana, ó como en un eclipse, oculto detrás de la luna, esparce sobre la mitad de los pueblos un crepúsculo funesto, y atormenta á los reyes con el miedo de las revoluciones; asi aparecia el angel oscurecido, pero resplandeciente aun, sobre todos los compañeros de su caida. Su rostro, sin embargo, estaba surcado con las cicatrices del rayo, y se vislumbraban sus pesadumbres sobre sus mejillas descoloridas. »

Mas donde se marca con mas viva precision el carácter del espíritu precito, es cuando, escapado del abismo, y sobre el umbral de la tierra, se desespera contemplando las maravillas del universo, y dirige al sol su palabra.

«O tu, que coronado de una gloria inmensa, dejas caer tus miradas, como el Dios de aquel nuevo universo, desde lo alto de tu solitario dominio: tu, á cuya presencia ocultan las estrellas sus humilladas cabezas; yo te dirijo mi voz, pero no una voz amiga: pronuncio tu nombre solamente, ó sol, para decirte cuanto aborrezco tus rayos: ¡ellos me recuerdan la altura de que he caido, y cuan glorioso brillaba yo en otro tiempo sobre tu esfera! El orgullo y la ambicion me han precipitado! Me atreví en el cielo mismo á declarar la guerra al Rey del cielo! No merecia esta corres-

pondencia el que me habia criado en la eminente clase en que me hallaba... Viéndome tan elevado, me desdeñé de obedecer, creí que un paso mas tan solamente me colocaria en el estado supremo, y me aliviaria en un instante de la carga inmensa de un reconocimiento eterno..... Ah! ¿porqué su voluntad omnipotente no me hizo nacer en la condicion de algun ángel inferior? Aun hoy seria yo dichoso; no se hubiera alimentado mi ambicion con una esperanza sin límites..... Desdichado! ¿Dónde he de huir de una cólera infinita y de una desesperacion sin fin? El infierno se halla en todas cuantas partes estoy: yo mismo, yo soy el infierno.... O Dios! mitiga tus golpes! ¿No ha quedado medio alguno para el arrepentimiento, ninguno para la misericordia, ninguno fuera de la obediencia? La soberbia me lo impide: ¡ que vergüenza para mí delante de los espíritus del abismo! ¿No los seduje yo, prohibiéndoles la sumision, cuando me atreví á jactarme de subyugar al Todo-poderoso? Ah! en tanto que ellos me adoran sobre el trono de los infiernos ¡ qué poco saben cuan caras pago aquellas soberbias palabras, cuando gimo interiormente bajo el peso de mis dolores!.... Mas si yo me arrepintiese, si por un acto de la gracia divina, subiese á mi primer estado, ¡ cómo sucederia que un lugar eminente excita altos pensamientos, y cuán pronto quedáran desmentidos los arrepentimientos de una fingida sumision!..... Él lo sabe, y está tan léjos de concederme la paz como yo pedírsela.... ¡A dios, pues, esperanza, y adios contigo temor y remordimiento! Todo se perdió para mi! ¡ Desdicha, sé mi único bien! Por tí dividiré alomenos el imperio con el Rey del cielo: ¡ aun tal vez dominaré yo mas de una mitad, como en breve lo esperimentarán el hombre y este mundo reciente!»

En este bellísimo fracmento se advierten los rasgos característicos del ángel tenebroso, sin separarse de lo que enseña la mas estricta teologia acerca el castigo de los espíritus rebeldes. El bramido de la envidia, de la obstinacion y de un dolor desesperado, el odio reconcentrado contra Dios, el feroz remordimiento del orgullo, y la vanidad buscando satisfacerse en la misma humillacion, tales son los oscuros y horribles coloridos con que pinta el poeta á esa rebelde y humillada inteligencia. Bosquejando al mismo tiempo el cuadro de las pasiones humanas en su mayor perversidad, tal vez formaba un tipo ideal de aquellos vicios desastrosos é insaciables

que veia con dolor desolando su patria, y que vemos repetidos por desgracia en todos los siglos y muy especialmente en el nuestro (36)!

El hombre parece haber participado infelizmente de aquel orgullo indomable que llenó los cielos de escándalo, y que con la funesta fruta hizo entrar en su corazon aquel espíritu frenético de soberbia y de loca independencia hasta de su Criador: orígen funesto de todas las calamidades que aquejan el mundo...

Mas del mismo modo que no aprobamos la opinion de los que quisieran eterno divorcio entre la religion cristiana y las gracias de la imaginacion, cuando sin inmutar en lo mas mínimo lo que la fé nos enseña, solo se pretende dar mas viveza y atractivo á sus mismas verdades, y sensibilizarlas de un modo digno y decoroso; declamaremos altamente contra los que, sin conocer el espíritu de la religion, ni haberlo consultado en los libros santos ni en la historia de los siglos, se valen de ella como de un mito cualquiera, alterando ó profanando sus sagrados dogmas, su verdadera moral, y el carácter de las virtudes que manda practicar. Quien no ame la Religion, que no toque á ella. Es preciso estar poseido de los sentimientos que inspira para hablar de sus misterios, aunque sea en poesía. No es la primera vez que emitimos esta verdad, y ahora hemos aprovechado la oportunidad de repetirla. El génio ha de servir á la Religion, y no la Religion al génio; y tiempo es ya que, dejando de ser el divino cristianismo el juguete de los sistemas y de las escuelas que se disputan el imperio voluble y momentáneo de la opinion humana, se acelere aquel momento feliz en que la Religion santa, tan escarnecida en la tierra, domine sobre todos los corazones, reinando al mismo tiempo sobre todas las bellezas del pensamiento en la filosofía, en la poesía y en el arte.

Fáltanos tocar un punto delicado, acerca la caida de los espíritus angélicos; y es el columbrar si fué mayor el número de los que cayeron, ó de los que quedaron. Es muy natural el presumir, que queriendo criar Dios á los ángeles para su propia gloria, ó mejor diremos, para que esta se manifestase, pues el Supremo Ser estaba ya bastante glorificado en sí mismo, no hubiera resuelto la creacion de aquellos espíritus, viendo en su soberana presciencia que el número de los rebeldes y proscritos habia de ser mayor que el de los obedientes y premiados. Esta conjetura fundada

en la razon la vemos confirmada en lo que nos dice el apóstol profeta en su arcanoso libro de la *Revelacion*. El Dragon arrastró consigo la tercera parte de estrellas, y las arrojó á la tierra (37). El gran escándalo de Luzbel arrastró consigo innumerables legiones de espíritus, que se rebelaron en aquel mismo momento. El pecado pues del primer ángel fué para otros causa de pecado, no por coaccion sino por induccion. ¡ Tan cierta y universal es aquella terrible verdad, pronunciada despues sobre la tierra por aquel mismo que es la verdad eterna: Ay de aquel por quien viene el escándalo! Mas ved castigado en el mismo punto el orgullo de los innumerables seducidos. Si el amor á una loca independencia les hizo rebelar contra Dios, quedaron en el mismo momento esclavos del primer ángel precito. Rehusaron doblar á Dios la rodilla, y quedaron despues gimiendo bajo la tiranía de un semejante á ellos, el gefe de las legiones infernales! Que leccion para todas las inteligencias creadas!

En sentir pues de los santos padres que tratan sobre la materia, muchos mas quedaron que cayeron. Asi parece que lo exigia la mayor gloria del Criador, y asi lo daclara la voz del Santo desterrado en Patmos. Los millares de millares que asisten ante el Cordero de Dios y le sirven y le glorifican incesantemente, manifiestan la inmensidad de aquella creacion resplandeciente que quedó rodeando el trono de Dios. Si la imaginacion se pierde, recorriendo aun mas allá de la tierra los astros sin número, cuya direccion puede muy bien Dios haber confiado á estas puras é innumerables inteligencias, ¿quién podrá ni aun por sombra calcular la fulgurante muchedumbre de espíritus bienaventurados que engrandecen el poder y la magestad de Dios, en donde reside principalmente su gloria, la adorable humanidad del Verbo, y la inmortal corona de los escogidos?

Concluyamos con una bella observacion que encierra al mismo tiempo una filosofía profunda, y que nos ha sugerido un gran número de reflexiones importantes. Dicen algunos autores que el primer ángel que pecó es llamado Querubin (*ciencia*) no Serafin (*ardor*); añadiendo que de serafines y tronos, que están mas íntimamente unidos á Dios, no se dice que haya demonios (38).

De esto puede inferirse, que no de amor ni de proximidad á Dios nació el pecado, sino de ciencia y de poder, como mas susceptibles de orgullo, y

mas comunes al bien y al mal. La caridad, ó sea el amor á Dios, es mas difícil que ceda á las sugestiones del orgullo, y que se decida á romper los dulces y fuertes vínculos que le unen con su objeto, porque tiene su raiz en el corazon. El poder empero y la sabiduría son mas capaces de envanecerse y de olvidar el origen de donde proceden. El poder propende á la altivez y á la ambicion, cuando el sentimiento que inspira no va unido con la humildad y el reconocimiento. La sabiduría reside en el entendimiento; y aunque parece debiera ser la mas distante del error por el mayor conocimiento que supone del bien y del mal, no obstante es la mas capaz para engreir el espíritu y cegarle infelizmente, obscureciendo su propia luz con las tinieblas de la soberbia.

En las inteligencias humanas vemos con frecuencia á los grandes talentos desvanecerse y caer, impelidos por aquel espíritu de soberbia que hundió en la noche eterna á las grandes lumbreras del firmamento. Vemos tambien á los poderosos, olvidarse de aquel de quien viene todo el poder; y aun volver el suyo contra Dios mismo. Parece que los humanos prescinden de tributar al Dispensador Supremo el tributo de su pensamiento y de su corazon. Pero la caridad, la humilde y ferviente caridad, aunque no brille tanto sobre la tierra como la llama del génio, es un fuego sagrado que no se consume, y arde siempre como un holocausto puro en la presencia del Criador. Serafines de la tierra! Almas humildes y amantes que os alimentais suavemente de la caridad! El mundo no os conoce, ni os merece; pero vosotros deteneis tal vez la mano de Dios alzada contra él para vindicar su justicia! En este siglo hemos presenciado grandes caidas de génios que parecian encumbrados como el ángel soberbio en lo mas alto de la region intelectual, y creados para defender sobre la tierra el trono del Altísimo. Mas un soplo de orgullo les desplomó de aquella eminencia brillante en que aparecian sublimados; mientras que vosotros, ángeles en carne por el amor, habeis permanecido fieles, porque no buscais vuestro propio engrandecimiento, ni estais tan á riesgo de olvidaros de que lo debeis todo al que os crió. Una sola de vosotras que hubiese caido, almas de la caridad, hubiera sido un presagio mas funesto para la religion que la caida de esas binchadas inteligencias que asombran al mundo, pero que, faltándoles las alas de la caridad, no pueden remontarse hasta el cielo.

Dijimos poco hace que por medio de aquellos celestes mensageros Abraham se veia iniciado en los misterios de lo futuro. Aquellos huéspedes pues, le preguntaron en donde estaba Sara; bien fuese que las costumbres del tiempo y del país no permitiesen á Sara estar á la presencia de los estrangeros, bien fuese que la llamasen fuera de allí los cuidados de la hospitalidad. Pero, sea como fuere, no se hallaba distante de allí, y las palabras de la conversacion podian muy bien llegar á sus oidos. « Ahí está en la tienda » respondióles Abraham. «Dentro de un año por este tiempo, añadió uno de los augustos peregrinos, volveré yo á visitaros, los dos estareis con vida y Sara, tu muger, tendrá un hijo. » Oyó Sara estas palabras, y pensando en su avanzada edad, se rió secretamente de la propuesta, pues separada de los viajeros por la puerta de la tienda, no podia ser vista. Y dirigiéndose uno de ellos á Abraham, le dijo: «¿Por qué se ha reido Sara, diciendo para sí misma: *En mi edad habré de parir un hijo?* ¿Hay acaso nada difícil para Dios? al plazo señalado volveré á vosotros en este mismo tiempo, los dos estareis vivos y Sara tendrá un hijo. » Asustada Sara con esta reprension, lo negó diciendo: No he reido. No decís verdad, repuso el interlocutor, vos habeis reido. Sara miraria sin duda á sus huéspedes como simples hombres, y aquella risa nada tenia de impío; pero cometió una falta en mentir, pues jamás debe negarse la verdad, aun cuando su confesion infunda algun temor. La mentira mancha los labios como una espuma impura, y nunca puede traer sino una utilidad pasagera y despreciable; pero la verdad sublima hasta ella y cubre con un reflejo de su hermosura á los que no le son traidores, y este honor es siempre por último resultado nuestro mayor interés. Aun cuando la confesion sea de una falta, es un acto de humildad y de reconocimiento de nuestra propia flaqueza, y este acto revela siempre una alma recta.

La risa de Abraham á las palabras del estrangero no fué de duda ni de desconfianza, y por esto no fué culpable; fué mas bien el sonris de la admiracion y de la alegría, pues vislumbró en aquellas palabras proféticas alguno de los designios que Dios tenia sobre él y sobre su posteridad.

Levantáronse los ángeles para continuar su viaje. Abraham quiso acompañarlos y anduvo algun tiempo con ellos en direccion á la ciudad de Sodoma. En esta ocasion quedó instruido anticipadamente el patriarca del

castigo preparado á los corrompidos moradores de Pentápolis, y sostuvo con su celeste interlocutor aquel diálogo de una sublime familiaridad, en el que se revela toda la ternura paternal que pone Dios en el gobierno del mundo, y toda la confianza filial que pueden poner en Dios los hombres. Hay una voz en los crímenes que llega hasta el cielo, y hace descender de allí la venganza lenta pero inevitable: asi como hay una voz en las acciones del justo que aplaca la indignacion de Dios y desarma su airado brazo.

El Señor, como hablando consigo mismo, levanta como el velo á sus propios designios y manifiesta los motivos de su revelacion á Abraham sobre la catástrofe de Sodoma. «¿Cómo es posible, dice, que yo oculte á Abraham lo que voy á ejecutar, habiendo él de ser cabeza de una nacion grande y fuerte, y benditas en él todas las generaciones de la tierra? Cónstame que mandará á sus hijos y á su familia despues de sí que guarden el camino del Señor y obren conforme á rectitud y justicia, para que cumpla el Señor por amor de Abraham todo cuanto le tiene prometido;» como si dijera: Yo que doy á Abraham muestras tan particulares de cariño, y que le trato como á mi íntimo amigo, ¿podré ocultarle el singular escarmiento que voy á hacer con estas ciudades de pecado? Interésale mucho esta noticia, porque tiene un sobrino en medio de ellas. Él ha de ser padre de muchos pueblos, segun la carne, y padre de todas las naciones por la fé: cuidará mucho de instruir á sus hijos en mi temor, y proponiéndoles este ejemplo de mi justicia, hará que caminen conforme á mis leyes y á mi beneplácito.» Al momento descubre el Señor á Abraham por medio de su ángel la revelacion terrible. «El clamor de Sodoma y Gomorra va creciendo mas y mas, y su crímen ha llegado hasta lo sumo.» A la fatal amenaza, el patriarca lleno de candor y de confianza en Dios, tantea aplacar su indignacion por la mediacion de los justos, y pregunta: «Si se hallan cincuenta justos en la ciudad, habrán de perecer? ¿Y no perdonarás á todo el pueblo por amor de los cincuenta justos, si se hallaren en él?—Si yo hallo cincuenta justos en Sodoma, á causa de ellos, yo la perdonaré.» Y Abraham, humillándose á la presencia de Dios, y reconociéndose polvo y ceniza, adelanta sus preguntas:—Yo hablaré mas al Señor, toda vez que ya he empezado. Y si se hallaren cuarenta y cinco justos, ¿qué sucederá? — No destruiré la ciudad. — Y si hubiere cuarenta? — Detendré mi

brazo. — Y treinta? — Me contendré. — Y veinte? — No perderé á Sodoma. — Y diez? —La perdonaré. » Abraham guardó silencio, desapareció la vision, y él volvió á Mambré.

Por la tarde llegaron á Sodoma los tres viajeros, y pudieron convencerse por sí mismos que la iniquidad habia allí llegado hasta el colmo. Loth estaba sentado á las puertas de la ciudad, y al verlos se levantó, y salió á recibirlos, y los adoró, inclinándose hácia tierra. Y dijo: os ruego, señores, qne vengais á la casa de vuestro siervo, y os hospedeis en ella: lavareis vuestros piés, y á la madrugada prosiguireis vuestro viaje. Y respondieron, no; pues nos quedaremos á descansar en la plaza.

Loth no podia consentir en dejar aquellos nobles personages en la plaza pública: les instó de nuevo, y obligóles al fin á que se encaminasen á su casa, y entrados en ella les dispuso un banquete con la misma sencillez con que se lo habia ofrecido su tio Abraham; coció panes sin levadura, y cenaron.

Los perversos moradores de aquel pueblo habian reparado en los tres gallardos mozos á quienes Loth acababa de dispensar su hospitalidad. Cercaron pues la casa donde se albergaban, exigiendo de Loth que se los entregase para saciar sus pasiones infames. El atribulado sobrino de Abraham rogó á la turba amotinada que se abstuviesen de tanta maldad. Mas ¿quién contiene á una muchedumbre ébria de maldad y de crímenes? Sonaron á los oidos de Loth las mas horribles imprecaciones y amenazas, forcejando la puerta para arrancar con violencia brutal á los asilados estrangeros. Los huéspedes por su parte salieron á la defensa de Loth, y alargando la mano, le encerraron dentro de la casa. Entonces los celestes mensageros hicieron uso de su poder y castigaron á la chusma inmunda con la ceguera del cuerpo ya que tan tenebrosa tenian la del corazon. No pudieron pues los amotinados dar con la puerta, y Loth y sus huéspedes se vieron libres de sus brutales amenazas.

Dijeron estos en seguida á Loth: ¿tienes aquí alguno de los tuyos, yerno, hijos ó hijas? Sácalos pues todos de esta ciudad, porque el Señor nos ha enviado para arrasar este lugar nefando contra cuyas maldades el clamor ha subido hasta el cielo.

Fué Loth á encontrar á los que habian de tomar á sus hijas por espo-

sas, anunciándoles el riesgo terrible é inevitable en que se hallaban y el golpe de exterminio que iba á descargar sobre aquel pueblo de iniquidad, pero ellos lo tomaron á chanza y no quisieron moverse. Al apuntar el alba los ángeles daban prisa á Loth para que saliera con sus hijas, no fuera que quedase envuelto en la universal ruina; pero Loth no sabia acabar de resolverse á practicar lo mismo que habia procurado persuadir á sus futuros yernos. El ver que iban á perecer tantas riquezas, lo avanzado de sus años, el ser estrangero, distante de su patria, todo le hacia mas duro el voluntario sacrificio que se le exigia. Pero la alternativa de perecer con todo ó sacrificarlo todo era inevitable. Si el Señor le hubiese tratado segun su fé lánguida y vacilante, quizás hubiera perecido en medio de las llamas; pero le libró de aquella ruina atendiendo á la santidad y á los ruegos de su siervo Abraham: tuvo piedad de él, y no midió su misericordia por la cobardía y oscilacion de aquel hombre.

Al fin fué necesario que los estrangeros agarrasen de la mano al indeciso Loth, á su muger y á sus hijas, pues el Señor queria salvarle. Y cuando estuvieron fuera de la ciudad, le dijeron: Salva tu vida: no mires hácia atrás, ni te pares en toda la region circunvecina: ponte á salvo en el monte para que no perezcas con todos los demás habitantes de estas comarcas.

Fatigado Loth con el peso de sus años, lleno de angustia y de temor, suplicó á los celestes mensageros que le permitiesen asilarse en una pequeña ciudad no muy distante de allí, en donde pudiese salvarse de la catástrofe. Y uno de los ángeles accedió á la súplica del atribulado anciano. Date prisa, le dijo, y sálvate alli, pues no podré cumplir la órden de Dios hasta que te hayas refugiado en ella.

Al oriente meridional del Mar Muerto estaba la pequeña ciudad de Segor llamada antes Bala, y se le dió aquel nuevo nombre á causa de su pequeñez ó poca importancia. Debia perecer como sus cómplices, pero la presencia de Loth y de su familia la libró del terrible castigo. Al elevarse el sol sobre su horizonte, entraba ya Loth en Segor, y en aquel mismo momento una espantosa lluvia de fuego y de azufre cayó sobre las ciudades reprobadas. Rasgado el suelo por los sulcos del rayo, é inflamado el betun que se ocultaba en las entrañas de la tierra conmovida y temblando, quedó

todo inundado de torrentes de llama y devorado por el incendio. La muger de Loth pagó con la vida su desobediencia á las palabras del ángel. Movida sin duda por una viva curiosidad, volvió la cara hácia atrás para mirar el incendio, y quedó convertida en estátua de sal. Algunos expositores opinan que no era esta sal ordinaria sino piedra, dura como sale de los montes; ó bien que se convirtió en un cuerpo muerto, yerto y seco con aquella materia sulfúrea y nitrosa que la Escritura llama sal (39). Esta estátua se conservó por muchos años para público escarmiento de los mortales, y aun afirma Josefo que permanecia en su tiempo.

Al acordarse Abraham de las maldiciones fulminadas sobre Pentápolis, habia vuelto al mismo lugar en donde á la víspera habia dejado á sus huéspedes; y desde allí vió levantarse de la tierra pavesas ardientes asi como la humareda de un horno; y vió abismarse Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y todos sus alrededores, quedando solo un monton de abrasados escombros. Desde aquel dia no ha vuelto la vida á aquellos lugares en los cuales no puede echar raices de modo alguno. Sobre el extenso valle cubierto en otro tiempo por las oleadas de todo un pueblo, un gran lago que llaman Asphaltide, extiende sus dormidas aguas, que ni aun se agitan ni mueven al rugido de la tempestad. Es fama que no le habitan los peces, y que las aves no vuelan jamás sobre su superficie. Sal diseminada sobre la orilla, mas allá arenas movedizas: algunas plantas de trecho en trecho que crecen lentamente y como á duras penas, el suelo desnudo de verdor, el aire sin ambiente de frescura, el valle mudo como un sepulcro, todo presenta la imágen funeral de la muerte.

La tersa superficie de las aguas reflejando el azul celeste en medio de la aridez y del silencio, puede recrear por un momento la vista, pero sin consolar el pensamiento ni disipar los recuerdos. Aquella agua inmóvil se parece á un paño funerario echado sobre el esqueleto de aquellas ciudades ahogadas; y este desierto por el fúnebre aspecto que presenta, se parece á un culpado que hubiese muerto de espanto, mientras que la justicia de Dios le señalaba con una marca incandecente.

Con todo, Loth no se halló seguro en su pequeña ciudad; y temeroso de aquella espantosa catástrofe, se retiró de Segor, y fué con sus dos hijas á refugiarse en un monte, quedándose los tres en una cueva.

La escena del exterminio de la nefanda Pentápolis es quizá la mas horrorosa que nos ofrecen los Anales sagrados, no cediendo en espanto sino á la del diluvio por razon de su universalidad. Ella viene á ser un pálido pero terrible preludio de la agonía del mundo en el último de los dias; cuando cumplida ya la medida de todas las iras del Señor, vendrá á juzgar á las generaciones culpables con la llama vengadora de su justísimo furor. Por esto tan notable acontecimiento ha ejercitado los esfuerzos del génio, ora con los vivos y hábiles recursos del colorido, ora por medio de la fuerza creadora de la palabra, y del canto. Uno de los ingenios contemporáneos ha trazado un rápido y animado bosquejo de aquel dia de horror y de aquella noche de exterminio. Lo que sigue es á un mismo tiempo extracto é imitacion de una de sus *Orientales.*

El fuego del cielo. ¿Veisla pasar allá la nube ennegrecida, cargada con la cólera de Dios? tan presto pálida como encendida, vuela en alas de nocturnos vientos por un horizonte oscuro, ruidosa y sangrienta como la ardiente humareda subiendo entre los clamores de una ciudad que se abrasa. ¿De donde viene? De los cielos, del mar, de los montes, ó de los abismos? ¿Es algun carro de fuego que conducen á un cercano planeta los espíritus infernales? No se sabe. Los rayos que se desprenden de aquel infierno flotante dejan en los aires un rastro de terror y de ira como una larga sierpe desencadenada.

El cielo no descubre sino mar, y las ondas corriendo tras las ondas llenan un horizonte sin orilla. Fatígase en vano el ave pasagera, en vano apresura su vuelo: las nubes van flotando por el mar inmenso de los aires, y agitándose confusamente, se ven impelidas por el raudo torbellino que impulsa las ondas: el cielo y la tierra confunden su azul ceniciento que amaga una gran tormenta. ¿Quereis, Señor, que deje enjutos los mares, dijo la nube de fuego? No, respondió una voz, y la nube siguió su vuelo impelido por el soplo de Dios.

Un verdor de primavera se estendia sobre frescas y regaladas colinas, serpeadas por cristalinos arroyos como una beldad vestida de diamantes. Un pueblo sencillo y descuidado triscaba por los amenos vergeles; los jóvenes guerreros danzaban, y las jóvenes bellas como el placer les tejian guirnaldas; la pesca tranquila y la bulliciosa caza hacian volar con ale-

gría los dias y las horas; la tierra presentaba al hombre los dones del cielo, la leche y el fruto; y la voz de los címbalos y de los cantares, y los relinchos de los caballos respondian á los sordos mugidos del mar. ¿En donde pasaron ayer estos pueblos desconocidos? La nube dudosa se paró un momento en el espacio? — Es aquí? — Y dijo la voz — ¡ Pasa!

Tendido sobre un rico manto de espigas, descansa el Egipto en medio de sus riquísimas llanuras, cuyo imperio se disputan las vastas y frias aguas del norte y la ardiente arena del sud, como dos mares encontrados, de cuyos embates se rie. Hieren la vista tres montes de un triple ángulo de mármol, levantados por la mano del hombre que amenazan á los cielos desde sus bases inundadas de ceniza. Naves de larga quilla entran en su vasto puerto, y una ciudad gigantesca sentada sobre la orilla baña en el agua sus pies de mármol. Óyese la voz del cocodrilo que zambulle en las ondas su escamoso cuerpo. Entre azules obeliscos se descubre el fondo amarillento del Nilo, como una piel de tigre, tachonado de pequeñas islas. El astro rey sepultábase en su ocaso, y el mar tranquilo reflejaba aquel globo de oro viviente, aquel mundo que es como el alma y la antorcha del nuestro. En el cielo rogizo y entre las ondas encendidas veíanse venir uno tras otro dos soles, como dos reyes amigos. En donde he de pararme? esclama la nube: — Busca mas, responde una voz de trueno que hizo retemblar el Thabor.

¡ Desierto inmesurable, arena sobre arena, caos tétrico é inagotable de monstruos y de hirvientes remolinos! Cuando sopla la tempestad altos montes de arena se deslizan y corren como si fueran oleadas. A veces ruidos profanos turban el silencio de esta soledad magnífica; cuando las caravanas de Ofir ó de Mambré undulan sobre la abrasada tierra, y se deslizan como una jaspeada culebra. Dios solo sabe los límites y señala el centro de esos páramos profundos y cargados siempre de oscura niebla, que arrojan por espuma cenizas abrasadoras. Se ha de convertir en lago este desierto? dijo la nube. — Mas allá: respondió la voz venida del fondo de los cielos.

Ved esta Babel desierta y sombría que como un enorme escollo descuella sobre los montes; vasta y confusa amalgama de torres, prodigioso testimonio de la nada de los mortales, que á los rayos de la luna cubre de

lejos con su sombra cuatro montañas. Los vientos mugen cautivos bajo sus plantas que se abisman en la profundidad de la tierra. Poco hace que todo el género humano murmullaba al rededor de ese gigante de los siglos: Babel hubiera algun dia sentado su espiral sobre el globo entero, y sus gradas debian subir hasta el Zenith. Como una pila inmensa de montes sobre montes, desaparecia ya á los ojos de los hombres su frente piramidal, los monstruosos boas y los verdes cocodrilos, deslízanse mas pequeños que insectos entre sus muros colosales, y sus hendidas torres: los elefantes pacen por las grietas de sus paredes, y enjambres de águilas rojas y de enormes buitres voletean dia y noche en torno de sus pórticos abiertos, como abejas al rededor de una colmena inmensurable. — Destruirla he? dijo la airada nube? — Sigue tu marcha — Señor! á donde me llevais?

Dormian cubiertas con los vapores de la noche dos ciudades desconocidas, con sus dioses, su pueblo, sus carros y sus murmullos. Eran dos hermanas acostadas muellemente en un valle como en un mismo lecho. Bosquejábanse sus torres como sombras en la llanura bañada por la luz de la luna, y en aquel confuso caos divisábanse acueductos y columnas de anchos capiteles, pensiles deliciosos, arcadas, vergeles cuyas cascadas reflejan como una espuma de plata: templos do yacen mudos y sentados cien ídolos de jaspe, dioses de metal con testas de toro, elefantes, y mil mónstruos de formas desconocidas fruto de cópulas horribles. Elévanse con sus puntas, arcos y bóvedas hasta los cielos los edificios sombríos, como un inmenso grupo velado por las tinieblas, en cuyas profundas revueltas se pierde el ojo y cobra miedo el corazon. Centelleaba el vasto y tachonado horizonte como una cortina brillante, en cuyo centro se divisaba un punto oscuro.

¡Ay de vosotras ciudades del infierno! locas en vuestros deseos forzais la naturaleza con crímenes, y la haceis estremecer! En vosotras cada hora aborta monstruosos placeres, cada accion descubre algun inmundo misterio y cual dos úlceras asquerosas mancháis el mundo!.... Todo duerme, sin embargo: algunas llamas pálidas cruzan apenas por entre las sombras, como teas de la disolucion que nacen y mueren, últimos fuegos de festines olvidados en las calles: vastos lienzos de muro blanqueados por la luna rompen las tinieblas, ó tiemblan reflejados en las aguas. Óyense tal vez

confusamente por las llanuras ahogados ósculos ó mezclados alientos, y las dos ciudades hermanas, fatigadas de los fuegos del dia, murmullan lánguidamente suspiros criminales. Todo lo habia perfumado el viento, suspirando bajo el fresco cielo desde Sodoma á Gomorra. Para la nube ennegrecida, y truena la voz desde lo alto. — ¡Aquí!

Rompe la nube: y sus rasgados flancos se abren como un abismo de fuego que se derrama en torrentes de azufre sobre los palacios y galerías, cuyas blancas balustradas y erguidas cúpulas aparecen de color de sangre. Gomorra! Sodoma! ¡Un rio de llama rodea vuestros muros! ¡La nube de indignacion ha descargado sobre vosotras, ¡ó razas perversas! ¡y por millares de bocas vomita sus rayos sobre vuestras solas cabezas! ¡Despierta azorado ese pueblo que en la víspera danzaba sin pensar en Dios! los palacios tiemblan, vacilan; los carros rodando se chocan y se confunden; la multitud despavorida halla en cada calle un rio de fuego! y la voz de cien truenos que hace estremecer la tierra anuncia la celeste venganza. Las soberbias torres, los altivos colosos de piedra desplomándose sepultan en las tinieblas moribundos sin número, dormidos ó vilmente enlazados, que se abisman debajo las hirvientes ruinas. ¿Cómo huir de la horrible llama? Ay! todo perece! los rayos lanzados como granizo baten los puentes que reducen á polvo, hienden las altas techumbres y ruedan, y caen, y rompen hasta el azulado pavimento: cada centella rebienta y vomita arroyos encendidos de fuego irresistible, que corren mas rápidos que un caballo desbocado. El ídolo infame vacilando en medio de la llama, tuerce sus brazos de bronce, y aun no bien derritido se aplasta bajo el peso de la bóveda abrasada, que estalla y se hunde á pedazos: ágata, pórfido, alabastro, mármol, metales, aceites, perfumes, vestidos, el templo, todo se funde como cera, y cada columna arde y arroja torbellinos de mil colores. En vano algunos magos despavoridos llevan las imágenes de sus dioses sacadas de sus aras; en vano su rey tiende la blanca túnica sobre el suelo que retiembla como la boca de un volcan: la onda de fuego volando estrepitosa envuelve al vasto recinto entre pliegues de llama: mas allá despedaza un palacio en donde grita un pueblo estrechado: dóblase la pared inmensa como una hoja de árbol, y se desploma y se derrite como el hielo. El pueblo, hombres, mugeres corren.... las llamas circunvalan los muros en olas fu-

riosas, verdes y azuladas como las escamas de la versátil culebra, y sitian las puertas derruidas de las dos ya muertas ciudades: do quiera las llamas ciegan los ojos, ya no se ven las víctimas, se respira fuego, y los pocos restos de la turba maldita y fulminada que presto van á arder, creen ver el infierno que se desploma de los cielos.

Entonces, á la manera que un viejo cautivo asoma sobre los muros de su cárcel para ver un suplicio, tal vez Babel su cómplice fatal vióse de léjos mirar la horrenda catástrofe por sobre las montañas del horizonte enrojecido: oyóse un sordo ruido que llenó el mundo de pavor, y tan profundo que llegó á turbar el silencio de las tenebrosas regiones de aquellos pueblos que viven debajo la tierra.

Los celestes mensageros habian apenas arrancado á Loth, á su muger y á sus hijas de la ciudad nefanda, cuando llovió el fuego del Señor. ¡Los infames sodomitas anhelaban pecar con los estrangeros que eran dos ángeles del cielo! qué horror! desde aquel momento apareció de léjos la nube fulminante, y los ciegos de Sodoma se entregaron al sueño. La humilde Segor temblaba, y fué salva por abrigar al protegido de Dios. Los celestes espíritus dirigieron el curso de la nube, y obedecieron á la voz terrible del Eterno que resonaba por los espacios. El fuego fué inexorable. Ni uno solo de los condenados escapó de las llamas. Huyendo sin saber donde, levantaban sus manos viles, y abrazándose deslumbrados y pavorosos, se preguntaban qué Dios derramaba sobre ellos aquel volcan. En vano se abrigaban bajo sus torres de mármol para salvarse contra aquel fuego viviente, que encendia con el soplo de su furor aquel Dios que alcanza al que le insulta. Clamaban á sus dioses, y el fuego del castigo heria tambien á esos dioses mudos, que se derritian sobre sus aras en arroyos de ardiente lava. ¡Todo desapareció bajo el negro torbellino, el hombre con la ciudad, la yerba con el sulco! Dios abrasó estas nefandas llanuras! ¡Nada quedó en pié del pueblo aniquilado! Sopló aquella noche un viento desconocido, y mudó hasta la forma de las montañas. Abraham miró muy de mañana hácia aquella region proscrita, y vió aun levantarse de la tierra pavesas ardientes como la roja humareda de un horno.

Hoy todavía el palmero que se esfuerza á crecer sobre la roca siente marchitarse sus hojas y secarse su tallo al soplo de un aire abrasador y

condensado. Estas ciudades fueron ya; Sodoma ha dejado su nombre al mas nefando de los crímenes: y cual fúnebre espejo de lo pasado, sobre sus quemados restos se estiende un lago de hielo que humea como una vasta hoguera.

Llegaron á su tiempo los dias pronunciados por el Señor, y aquel que renueva la juventud del águila, rejuveneció por fin la ancianidad de Sara, enviándole un hijo. El niño tomó el nombre de Isaac, segun las órdenes del cielo, y para recordar que su padre se habia llenado de júbilo á la promesa de una posteridad, sobre la cual ya desde mucho tiempo habia perdido la esperanza. Y haciendo Sara alusion á este nombre misterioso, dijo: «Dios me ha dado motivo de alegrarme, y cualquiera que lo oyere se regocijara conmigo.» Y en realidad todos los siglos cristianos han respetado en este niño, que vino á poner un término á las prolongadas angustias de Sara, la figura profética de aquel otro Isaac, que, despues de cuarenta siglos de espectacion, apareció en medio de las naciones, sumidas en las sombras de la ignorancia, y lastimosamente estériles para la verdad y la virtud, haciendo brillar á sus ojos el Evangelio como un rayo de luz, y como una sonrisa celeste de amor y de caridad.

Ella alimentó por sí misma á Isaac, como hacen todas las madres, persuadidas de que el sufrimiento es un delicioso misterio, en el cual se fortifica la ternura; y que chupando la vida de tan cerca el corazon, los niños encuentran sin duda allí algo de mas generoso y de mas puro. A mas de que, tal era la costumbre de los siglos primitivos, porque tal es el orden de la naturaleza. La molicie y el refinamiento del egoismo introdujo posteriormente el uso de entregar, aun sin necesidad absoluta, á manos mercenarias, uno de los deberes y de los goces mas dulces y sagrados de la maternidad, y comprar á precio de oro, no solo la pura sustancia que deposita la naturaleza en el pecho de la mujer, sino hasta las caricias, y aquella tierna y siempre desvelada solicitud que el autor de la vida inspiró en el corazon de una madre. El gran tono mira con cierto desden el cumplimiento de la mas dulce de las obligaciones; muchas madres parece que no tienen otro destino que echar á este suelo de miserias el fruto de sus entrañas, y entregarlo luego á muger estraña, robándose á sí propias por una cruel comodidad el mas dulce placer de la

naturaleza, mas indiferentes con sus hijos que aquellas pobres salvages que, no destituidas de los sentimientos naturales, llevan por el áspero desierto al infante de su seno y le alimentan de su propia substancia, hasta hallarse en estado de sustentarse por sí mismo. Las hembras mismas de los animales no conocen esta costumbre, y no faltan en esta parte aun á costa de su vida, al deber que les impone la naturaleza.

Llegado el tiempo de destetar á Isaac, celebróse en Mambré un gran convite, pues en otros tiempos no se celebraba el nacimiento de un hombre hasta que habia escapado de los primeros peligros de la existencia, y podia ya tomar alimentos sólidos, y presentarse como un convidado en el festin que le daba la familia. Ni es de estrañar el que se prolongase hasta cinco años el tiempo de la lactancia, pues siendo entonces los hombres mas robustos y de mas larga vida, les correspondia á proporcion una infancia mas prolongada. Por esta misma razon Sara, á la edad de noventa años conservaba aun gracia y hermosura, lo cual dió lugar á que Abimelech se prendase de ella, como habia hecho ya antes Faraon. La vida del hombre camina ahora con mayor rapidez que en los felices tiempos patriarcales, que se acercaban á la cuna del mundo. Las pasiones nacidas de la corrupcion de las costumbres han precipitado notablemente la vida, acortando todas las edades del hombre. Y aun entre nosotros se advierten algunas diferencias nacidas de la diversidad del clima ó de las costumbres. En los paises abrasados por un sol ardiente, la naturaleza desarrolla mas rápida, las pasiones bullen con mas vehemencia y consumen la vida. En la calma y sosiego de los campos, cuando el clima no está maleado por otras siniestras influencias, se observan comunmente mas ejemplos de longevidad que en medio de estos centros de tumulto y de corrupcion que se llaman ciudades, en donde los hombres agitados precipitan la vida como un torbellino, que arrastra con mas velocidad á la tumba á una muchedumbre cargada de vicios y hambrienta siempre de nuevos placeres.

Ismaël, hijo de Agar, tenia cerca de catorce años mas que Isaac, y abusaba para con él de la superioridad de sus años y de sus fuerzas. ¡Cuánto no sufriria el corazon de Sara por estos malos tratamientos! Temiendo por Isaac las consecuencias de aquellas nacientes antipatías, consiguió que fuesen despedidos Agar é Ismaël. El patriarca caldeo tuvo que

hacer ese sacrificio á la paz de la familia movida por las justas quejas de su esposa Sara. Ismaël era tambien hijo de Abraham: se habia criado en su casa y alimentado en su misma mesa, y no dejaria de costar al corazon sensible del esposo y del padre el tratar con tanta dureza á su hijo y á Agar su segunda muger. Mas las órdenes del cielo eran terminantes. Dios prescribió á Abraham este acto que pudiera parecer de crueldad, si no encerrase un gran misterio. Agar es, segun los sagrados intérpretes, una imágen viva del pueblo judío desterrado de la casa de Dios con una severidad inexorable, y condenado á morir de hambre y de sed, por haberse resistido á recibir al que es el pan de vida y la fuente de agua inmortal. Arrojado este pueblo de la Judea y de la herencia de sus padres, sin templo, sin sacerdocio, sin sacrificio y sin reino, anda errante por la tierra sin conocer al que es la vida y el camino; y renunciando á su ley, ha perdido la luz, la sabiduría y la esperanza.

Abraham por su parte encontró oportunidad de consolidar su poder en la Palestina, haciendo alianza con un príncipe del contorno llamado Abimelech, el mismo quizá que le dió hospitalidad en Gerara. Abimelech vino á solicitar la amistad del patriarca, y le habló en estos términos: «Dios está contigo en todo lo que haces: júrame pues en nombre de Dios que no me harás daño ni á mí ni á mis hijos, ni á mis descendientes, sino que la merced misma que yo usé contigo, la usarás tú conmigo y con el pais que habitas como estrangero.» Abraham consintió en esta demanda, pero despues de haber dado sus quejas por las violencias ejercidas contra los suyos por la gente de Abimelech: tratábase de un pozo del cual se le habia despojado injustamente. Y este despojo era de la mayor consideracion en un país en donde habia tanta escasez de agua, y que para conseguirla era preciso hacer pozos muy profundos. Aquella region además abundaba de ganados, pero los rios y la lluvia eran muy raros. Protestó Abimelech que él nunca habia oido hablar de tal injusticia, y así no fué difícil el terminar aquella diferencia. Prometióse por una parte y por otra fiel y recíproca amistad, que fué sellada, segun las antiguas costumbres, con la sangre de los animales degollados. Los contratantes pasaron por entre las carnes de las víctimas, cuyos pedazos se habian distribuido á derecha é izquierda. Consintió Abimelech en aceptar de su aliado siete tiernas ovejas como

un precio para la definitiva adquisicion de la propiedad en litigio. Estas simples formalidades bastaban entonces para garantir á todos el goce de sus derechos, y asegurar sobre la tierra el reinado de la justicia. Cuando Abraham entregó á Abimelech las siete ovejas que habia escogido de su rebaño preguntóle este: «¿Qué significan estas siete corderas que has hecho poner aparte?» Y le contestó Abraham: «Estas tú las tomarás de mi mano para que me sean en testimonio de que yo cavé este pozo.» Era la costumbre mas admitida en aquellos tiempos de pagar el precio de los campos ó posesiones que compraban, en piezas de ganado, ó de plata; porque no podia abundar la moneda acuñada, de la cual los progresos del comercio humano han hecho despues una poderosa palanca de la fuerza de las naciones. Los hombres tenian por código el sentimiento de la equidad apoyado en la creencia religiosa; y su memoria, ausiliada por algunos monumentos, era la fiel tabla de metal en donde se grababa la ley. Así es que el lugar en donde se concluyó esta alianza tomó el nombre de Bersabé, es decir, *pozo del juramento*. Allí mismo se edificó despues una ciudad que fué primero de la tribu de Judá, y despues de la de Simeon, y era el término de la tierra santa por el mediodía, así como Dan lo era por el norte. Y levantóse Abimelech y Phicol, príncipe de su ejército, y se volvieron á la tierra de los Palestinos.

En aquel mismo lugar plantó Abraham un bosque, y erigió un altar al Señor; pues entonces no habia mas que un templo que tenia por bóveda el firmamento, el sol por antorcha, y por altar las cimas de los montes; templo que el mismo Dios se habia edificado con su propia mano. Mas tarde fué cuando se elevaron numerosos edificios en honor de la Divinidad, bien fuese á consecuencia de un precepto divino y positivo, bien fuese por esta natural necesidad del genio del hombre que fija su pensamiento en las formas del arte, y que por medio de las líneas y de las masas grandiosas de la arquitectura da la expresion mas imponente á sus sentimientos religiosos. Los grandes monumentos de la arquitectura son los caractéres magníficos en que se halla escrita la historia de los pueblos. Los mas antiguos y considerables de ellos ó son sepulcros ó son templos, porque el hombre condenado á perecer sobre la tierra, y falto de la clara idea de Dios, poder infinito y bien infinito, miró tambien á la muerte como á una de sus divinidades (40).

Toda vida está sujeta á sus pruebas y nuestras mas caras afecciones se transforman á menudo en nuestros mas amargos pesares; pero como en todos los acontecimientos humanos preside la admirable economía del órden providencial, toda prueba tiene su objeto, y el sufrir es un elemento de gloria. El hijo único y tan amado de Sara debia serle arrebatado de una manera inesperada y trágica. Una voz conocida, la voz del Señor, exigió que fuese sacrificado. ¿No era cruel y contra razon dar muerte á un hijo por tan largo tiempo deseado, y sobre el cual descansaba la esperanza de una numerosa posteridad? Un hombre sin fé asi lo hubiera pensado; pero el creyente patriarca sabía que Dios, árbitro supremo de la vida del hombre, puede fijar su término, asi como fijó su principio, y hacerla cesar por el medio que bien le plazca; sabía tambien que Dios reina sobre la muerte no menos que sobre la vejez; que asi retira á su voluntad de las cenizas apagadas del sepulcro la flor de una jóven vida, como corona á la muger estéril con los honores de la maternidad. ¿Sara quedó informada inmediatamente de lo que iba á suceder, ó bien quiso Abraham ahorrarle el espectáculo de un drama tan terrible para el corazon de una madre? Del silencio de las Escrituras debe con mas probabilidad inferirse esta última conclusion: pues en realidad, ¿quién duda que, prevenida del fatal suceso que debia terminar con los destinos de Isaac, no le hubiera dado Sara uno de aquellos besos ardientes que las madres imprimen en los lábios de sus hijos en el momento de un adios postrero, y que resuenan como un eco prolongado de la acerbidad del amor hasta la mas remota posteridad?

El Señor que amaba tanto á Abraham, quiso hacer con él una de las mayores pruebas que han visto los siglos, de su obediencia y de su fé. Mandarle sacrificar un hijo dulce objeto de sus delicias y de sus esperanzas, á Isaac de cuya vida dependia el cumplimiento de todas las bendiciones y de todas las promesas, ¡qué mandato! ¡qué prueba! Abraham no vacila un solo momento: ni aun le ocurre la duda sobre el modo de cumplirse todo lo que se le habia prometido, faltándole el hijo: no duda, no pregunta, no llora: la obediencia á Dios es superior en él á los poderosos sentimientos de padre: triunfa de todos los afectos de carne y sangre: no atiende sino á la voz de Dios ni trata de otra cosa que de cumplir su órden terminante. Asi trata Dios á los amigos que mas ama; asi los expone á

las pruebas y á los combates mas terribles! Asi ellos corresponden al llamamiento de Dios, asi se arrojan en los brazos de su providencia, y asi se obran los prodigios de la fé, de la confianza y del amor!

Sea lo que fuere en cuanto al presentimiento de Sara, Abraham se dispone valerosamente para ejecutar la órden que habia recibido. Toma á Isaac con dos jóvenes criados, y se encamina hácia el lugar del sacrificio. Este lugar era *la tierra de la vision*, y segun algunos intérpretes, el monte Moriah, en el cual se levantó mas tarde el templo de Salomon, y aun piensan otros que era el Calvario en donde entregó su vida Jesucristo. ¡Maravillosa correspondencia por cierto de las figuras que profetizan con tanta precision, y de la realidad que todo viene tan plenamente á cumplirlo! Desde Bersabé, en donde habitaba Abraham, hasta Jerusalen, á donde se dirigia, se cuentan cerca de veinte leguas, y llegó alli despues de dos dias de camino. Por órden de su señor, los dos criados se detienen. Abraham, llevando en su mano la cuchilla que debia herir la víctima, y el fuego que debia consumirla: Isaac cargado con la leña necesaria para el sacrificio, fueron ganando la colina designada por el cielo. Isaac, con todo, preguntaba á su padre: «Aqui hay la leña y el fuego, pero ¿en donde está la víctima para el holocausto?» — «Hijo mio, respondia Abraham, Dios mismo se proveerá de una víctima para el holocausto.» ¡Cómo debia palpitar el corazon del padre, á pesar de la firmeza de su resolucion! Pero aquel corazon magnánimo no veia mas que á Dios, y no amaba á su hijo sino por Dios. Llegan por fin á la cima de la montaña: dispónense las piedras en forma de altar, y sobre se coloca la leña. Isaac, pues él era la víctima, se deja atar dócilmente sobre la hoguera fúnebre. Toma el padre la cuchilla, levanta la mano... cuando una voz le dice de lo alto: «Abraham! Abraham!» El golpe queda suspenso, y sigue la voz: «No extiendas la mano sobre el jóven, ni le hagas el menor daño. Ya veo que tú temes á Dios, pues que para obedecerme no has perdonado á tu hijo único..... te bendeciré: multiplicaré tu raza como las estrellas del cielo y como las arenas del mar, y tus hijos poseerán las ciudades de sus enemigos. Y en tu posteridad serán benditas todas las naciones de la tierra, porque me has obedecido.» Abraham levantó sus ojos, y vió á sus espaldas un carnero enredado por las astas en un zarzal, y le tomó para ofrecerle en holo-

causto en lugar de su hijo. Asi es como los oráculos divinos tan á menudo reiterados designaban de un modo decisivo la dinastía del Libertador anunciado por la primera vez á los desterrados de Eden, prometido despues á la raza de Abraham, saludado de lejos por la creyente Judea, esperado por el Oriente fiel á las tradiciones, por la Grecia amiga de la ciencia, y por todos los pueblos á quienes las pasiones habian dividido, pero que una fuerza íntima retenia en comunes esperanzas. Asi es tambien como la ofrenda de Isaac inmolado intencionalmente, y la ofrenda de las víctimas inmoladas en realidad en las antiguas religiones, fueron las sombras y los símbolos de un sacrificio mejor y mas perfecto que se cumplió hace diez y ocho siglos, y que, renovándose cada dia á nuestros ojos, cubre el mundo entero de un perdon inmenso. ¡Qué señal de verdad brillando en la frente del cristinismo es esta fé, y esta práctica universal de la humanidad, que lleva consigo donde quiera el pensamiento de su propia degradacion y busca como rehabilitarse por medio de la efusion de sangre!

Los sagrados intérpretes no están conformes acerca la edad de Isaac, cuando su padre recibió la órden de Dios para el sacrificio. Josefo y otros intérpretes creen comunmente que tenia veinte y cinco años. No hay duda que en esta edad pudiera haberse resistido á morir, huyendo ó escapando del peligro; pero su docilidad fué tan admirable como el desprendimiento y generosa obediencia de su padre. Asi que oyó por boca de éste que aquella era disposicion del cielo, inclinó la cabeza con heróica resignacion; y sin abrir sus lábios se abrazó con el decreto de muerte que se le intimaba y tendióse sobre el ara esperando el golpe fatal. Digna figura de la mansedumbre y sumision del Cordero divino que se sujetó al sacrificio cruento de la cruz sin ni siquiera abrir sus lábios!

El sacrificio de Abraham ofrece al genio del artista uno de los grupos mas interesantes que pueda presentarle la santa historia de los antiguos dias. Un célebre autor contemporáneo le compara con otras pinturas magníficas de la escuela griega, y hace resaltar su indudable superioridad. Zeuxis, dice, habia tomado por asunto de sus tres principales obras á Penélope, á Elena y al Amor. Polignoto habia figurado sobre las paredes del templo de Delfos el saqueo de Troya, y la bajada de Ulises á los infiernos. Eufranor pintó los doce dioses, á Teseo dando leyes, y asimismo las

batallas de Cadmea, de Leuctre y de Mantinea: Apeles representó á Venus Anadiomedes por el original de Campaspe: Etion pintó las bodas de Alejandro con Rojana, y Thiamantes el sacrificio de Ifigenia. Cotejad empero estos asuntos con los asuntos cristianos, y conocereis bien pronto su inferioridad. El sacrificio de Abraham, por ejemplo, es tan expresivo y de un gusto mas simple que el de Ifigenia: no hay en él ni soldados, ni grupos, ni tumultos, ni todo aquel movimiento que solo sirve para distraer de la escena. Solamente se ven allí la solitaria cumbre de una montaña, un patriarca que cuenta sus años por un siglo, un cuchillo levantado sobre la cabeza de un *hijo único*, y el brazo de Dios que detiene el brazo paternal. En las fisonomías resaltan los sentimientos mas sublimes y generosos que pueden enaltecer la naturaleza humana. En el rostro del padre se pinta la fe ciega y respetuosa y el súbito rapto de la admiracion y del consuelo; y en el semblante del hijo resplandece la dulzura de la mansedumbre y de la sumision, mezclado de aquella resignada tristeza que va á cortar para siempre la esperanza indefinida de una existencia jóven llena de vigor y de encantos. Los historiadores del antiguo testamento han llenado nuestros templos de semejantes cuadros; y muy sabido es cuán favorables son al pincel la sencillez magestuosa de las costumbres patriarcales, la noble y sentimental simplicidad de las del Oriente, la corpulencia de los animales y las grandiosas perspectivas de la naturaleza en las soledades del Asia.

Despues de terminada tan felizmente la prueba á que el Señor se dignó poner la fe ardiente de Abraham, bajó éste de la montaña acompañado de su hijo, latiéndoles á entrambos el pecho de placer y reconocimiento á las bondades de que Dios acababa de colmarles. Encontraron luego sus criados, y juntos se fueron á Bersabé, en donde habitó el patriarca por mucho tiempo. Tampoco nos dice la Escritura si padre é hijo refirieron á Sara el estupendo prodigio de que acababan de ser testigos, ó si fué éste un secreto que guardaron en su corazon reconocido. No tardó mucho tiempo á saber Abraham que Melcha, hermana de Sara, habia dado hijos á Nachor hermano de aquél. Uno de los hijos de Nachor fué Bathuel, padre de Rebeca, á la cual despues tomó Isaac por esposa.

Nada se sabe acerca los últimos años de Sara, sí solo que murió de

una edad avanzada, pues nos dice la Escritura que vivió ciento veinte y siete años en la pequeña ciudad de Cariath-Arbé, que los israelitas llamaron Hebron cuando hubieron conquistado la tierra de Canaan. Observan los intérpretes que de esta sola muger quiso Dios que se registrasen los años en la Escritura, ya para honrar su virtud y el distinguido lugar que debia ocupar en la economía de la religion, ya por ser madre de los fieles, y brillante figura de la Iglesia de Jesucristo por su santa y misteriosa fecundidad. El viejo patriarca, perdiendo á Sara, derramó lágrimas, y siguiendo la costumbre que se seguia en semejantes duelos, permaneció por algun tiempo sentado en tierra, junto al cadáver. Y cuando hubo acabado los oficios del funeral, que eran de hacer embalsamar el cuerpo, y llorar al difunto por espacio de algunos dias, vino á encontrar á los habitantes de la ciudad, que eran los hetheos, descendientes de Heth, hijo de Canaan, y les habló en estos términos: « Yo soy advenedizo y estrangero entre vosotros; concedédme aquí el derecho de sepultura para enterrar á la que se me ha muerto. » La piedad con los difuntos se halla en todos los siglos, asi como la certitud de otra vida. La demanda de Abraham fué acogida favorablemente, pues se le concedió hasta la facultad de escoger entre los mas hermosos sepulcros para enterrar allí á Sara. Pero los sepulcros han sido siempre una cosa sagrada por contener las cenizas queridas de las personas que se han amado. Los antiguos no hubieran visto sin escándalo que pasasen los sepulcros de unas manos á otras, pues tenian un gran consuelo de reposar algun dia al lado de sus mayores. Este acto hubiera sido reputado por una especie de impiedad; y por esto les pide Abraham que le vendan una porcion de terreno y una cueva doble que en él habia, en donde no se hubiese enterrado ningun cadáver. Quiso pues adquirir un sepulcro por un derecho real y permanente, y asi, despues que los habitantes de Arbé hubieron contestado á su primera insinuacion: « Escúchanos, señor, tú eres entre nosotros un príncipe de Dios, ó un príncipe grande, entierra tu difunto en la que mejor te pareciere de nuestras sepulturas, pues nadie habrá que pueda impedirte el colocar en su sepultura á tu muerto; » levantóse el venerable patriarca, y haciendo una profunda reverencia á los moradores de aquel pais, les dijo: « Si teneis á bien el que yo entierre á mi difunto, oid mi súplica, é interceded por mí

con Efron, hijo de Seor, para que me conceda la cueva doble que tiene á lo último de su heredad, cediéndomela en presencia vuestra por su justo precio, y quede asi mia para hacer de ella una sepultura.» Alli se encontraba Efron, en medio de los hijos de Heth, y delante de todos los concurrentes á las puertas de la ciudad, respondió generosamente: «No, señor mio, no ha de ser asi: escucha mas bien lo que voy á decirte: pongo á tu disposicion el campo y la cueva que hay en él, en presencia de los hijos de mi pueblo: entierra alli á la que has perdido.» Abraham manifestó su profundo reconocimiento, pero insistió al mismo tiempo para obtener, en vez de una concesion gratuita, un verdadero contrato de venta. «Suplícote que me oigas, exclamó delante de todo el concurso; yo daré el precio del campo: recíbele, y de esta manera enterraré en él á mi difunta.» Efron se creyó ya en el caso de poner fin á aquel debate. «Óyeme pues, señor mio, dijo, la tierra que pretendes vale cuatrocientos siclos de plata (41) este es el precio contratado entre los dos, pero que importa esto? Entierra tu difunto.» Entonces Abraham mandó pesar á la vista de todos la cantidad de dinero que se le habia indicado, y que viene á corresponder á tres mil ciento cincuenta y tres reales de vellon á corta diferencia, siguiendo la opinion de los que han escrito sobre el valor comparativo entre las monedas antiguas y modernas. A este precio el campo de Efron, la cueva que en él se hallaba y los árboles del circuito pasaron en pleno dominio á Abraham, y los habitantes de la ciudad fueron testigos del tratado que alli se concluyó: tal era la manera primitiva de hacer y asegurar las transacciones.

Abraham colocó pues los restos de Sara en la caverna que acababa de comprar enfrente de Mambré por la parte del mediodia, no lejos de la ciudad que mas tarde se llamó Hebron, en la tierra de Canaan. Y los hijos de Heth confirmaron á Abraham el dominio de aquel campo y de aquella cueva para que le sirviese de sepultura, pues alli mismo debia hallar él tambien un lugar de reposo para sus cenizas, mientras estaria aguardando la resurreccion. En aquel lugar fueron enterrados además de Sara y Abraham, Isaac y Rebeca, Jacob y Lia. Y aunque en los *Actos de los Apóstoles* se dice que Dios no concedió á Abraham en herencia ni un solo palmo de tierra de Canaan, este aserto no está en oposicion con lo que

acaba de referirse, por cuanto este campo no lo tuvo Abraham de Dios en herencia, sino que lo adquirió con su dinero.

Y en efecto, aun se vé en el dia su tumba guardada con la mayor solicitud, y á porfía y unánimemente honrado por los musulmanes, hijos de Ismaël; por los judíos, hijos de Isaac, y por los cristianos, hijos de Abraham, segun el espíritu. Santa Elena, madre del emperador Constantino, hizo edificar en el parage mismo de la célebre caverna, una iglesia magnífica, á donde se subia por una grada de treinta escalones, y que los turcos han convertido en mezquita. El suelo de Hebron es fértil; la tierra produce allí frutos en abundancia: hay mucha cosecha de cebada, como en tiempo de Ruth la moabita, y cultívase la viña como en tiempo de Josué, el conquistador de la tierra prometida. Hay no lejos de la ciudad un soberbio pozo que ocupa mas de sesenta piés en cuadro, al cual se baja por escalinatas de cuarenta escalones colocadas á cada uno de los cuatro ángulos, y los palmeros lo cubren con su sombra. Tierra sujeta á ruidosas revoluciones, país de gloria y de poesía, en donde el pensamiento anhela refugiarse alguna vez con un placer indefinible, como para saludar su cuna en la historia de las primeras edades, y para descansar á la sombra regalada de tan puros y candorosos recuerdos.

Al internarnos en los relatos sencillos y sublimes del Génesis, no solamente se halla la tradicion constante de la falta original y de la necesidad de una expiacion, sino tambien aquel pensamiento moral y social de que las costumbres sencillas y puras, la moderacion en las necesidades y los trabajos aplicados á la tierra conducen á la abundancia, á la riqueza y á la felicidad. Sem continua la vida pastoral y agrícola, y su sexto nieto es ese Abraham, ese príncipe de los pastores, cuyo nombre ha quedado aun tan grande debajo las tiendas de los árabes, y en la memoria de los demas pueblos del Oriente. Abraham habia partido del Egipto con grandes tesoros de oro y de plata: sus rebaños eran inumerables, pues vióse obligado á decir á Loth, su sobrino, que debian separarse; y mientras que éste se dirigió hácia las orillas del Jordan, establecióse él en la Caldea y en la tierra de Canaan.

Sara, su esposa, es respetada como la madre de todos los creyentes á causa de su confianza en Dios y de su varonil resolucion de desterrarse de

su patria y recorrer una tierra estraña, apoyada únicamente sobre la fé de Abraham, y movida por un puro sentimiento religioso. Es honrada asimismo como una figura misteriosa, ya sea de la Vírgen María que dió á luz al verdadero Isaac, ya sea de la Iglesia cristiana, cuyos hijos igualan en número á las estrellas del firmamento. Muger verdaderamente fuerte que sobrellevó con firme entereza el peso de las tribulaciones; esposa incorruptible que encontraba recursos en su propio corazon para hacerse superior á los peligros á que la precipitó por dos distintas veces la fuerza de las circunstancias; noble raiz de un grande pueblo que despues de cuatro mil años, se perpetua aun sin confundirse con las demás naciones del globo: tal fué Sara.

Varios rasgos de su vida, respirando aquella noble magestad y aquella elevada importancia que daba el cielo á los sublimes destinos de aquella muger generosa, que encerraba en su persona como un germen el principio de los grandes acontecimientos del mundo, han ejercitado el buril ó el pincel de profesores ilustres. Benedetto Castiglione nos dejó pintados algunos de los viajes que hizo ella con Abraham: otros la han representado en el momento en que se rie de las promesas de próxima maternidad hechas por los ángeles hospedados en la tienda de su esposo. Este último asunto fué tratado por Rafael, primero en las salas del Vaticano, y posteriormente en otra composicion en que la habilidad del eminente artista hace subir de punto la acusacion de su incredulidad. Sebastian Bourdon, de la escuela francesa, encontró en este mismo asunto materia para un cuadro notable que inaugura su hermosa serie de las obras de Misericordia.

Notas.

(1) Oda III, lib. 1.º

(2) Plutar. De Isid. et Osir.

(3) S. August. de civit. Dei lib. XVI cap. 26. San Pablo en su carta á los Romanos IV. 13. 22.

(4) Genes. cap. XVIII. V. 12. 13. 14.

(5) Segun se desprende del original hebreo, Abraham en ese discurso unas veces habla con los tres, y otras con uno solo, que parecia exceder á los otros en dignidad. *Chrys. Hom.* XLI *in Genesim.*

(6) S. Agust. *Serm.* CCCLXII de *Resur.* cap. 2. S. Thom. 1.ª Part. *Quæst.* LI. art. 2 et 3.

(7) *L' Invariable Milieu*, traduccion de Abel Remusat, cap. XVI pag. 57.

(8) *Malte-Brun.* Precis de geographie.--*Pasage kalmoulck* traducido en ruso por el Protocopo de Stavropol.

(9) *Mandelso* Viage de Olеario, tomo II, pag. 215.

(10) *Gumilla* Historia general de Orinoco, cap. XXVIII.

(11) *Herodot.* lib. IV. -- Tertull. de anim. cap. II.

(12) *Lucian.* Oper. tom. II.-- *Phot.* Biblioth. lib. LXV.

(13) *Herodot.* lib. IV, cap. 104. -- *Diog. Laert.* lib. VIII. *Vit. Pithag.*

(14) *Olaus Magnus.* Hist. de Gent. septent. -- *Jornand.* de rebus gothicis.

(15) *Pelloutier*, Hist. de los Celtas.

(16) *Huet.* Alnetan. Quæst. lib. II, cap. 4.

(17) *Diog. Laert.* In Thal. et in Pythag.

(18) *Venegas*, *hist. nat. y civil de la California*, parte 1.ª sec. 3.

(19) *Biblioth. unio.* Ginebra, 1822.

(20) *Le Shastah-Bhade* en el *Bhaguat-geiela*, trad. de M. Parraud.

(21) *Oupnek' hat.* trad. por *Anquetil Duperron*, tom. II, pag. 294.

(22) *Harivansa.--Langlois Monum. liter. de la India.*

(23) *Edda Island.* trad. por *Resem Dœmesança*, 3, 4, 6.

(24) *D'Herbelot Biblioth. orient. art. Div.* tom. II, páginas 322 y 323.

(25) *Benj. Bergmann. Esposicion del sist. relig. tibet. mong.*

(26) *Vicent le Blanc. Voyage* part. III, cap. 9.

(27) *Garcilaso, hist. de los Incas* part. II, cap. 18.

(28) *Prometh.* esc. III, edic. Schutz.

(29) *Plutar. De Isid. et Osir.*

(30) *Eurip. Electr.* act. IV.

(31) Creemos, firmemente, dice el concilio Lateranense IV, que no hay mas que un solo Dios verdadero; el cual al principio del tiempo sacó juntos de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corporea, la angélica y la mundana; y que despues formó como una naturaleza media entre las dos, que fué la naturaleza humana; compuesta de cuerpo y alma.

(32) No hay duda de que la proposicion de que el diablo es malo por su naturaleza, y que fué criado malo por Dios como á principio y sustancia mala, está condenada por la Iglesia. *Firmiter credimus*, dice el papa Inocencio III (De summ. Trinit. et fid. chat.) *et simpliciter confitemur, quod.... Diabolus et alii dæmones à Deo quidem naturâ creati sunt boni, sed ipsi per se facti sunt mali.* En el Concilio Bracarense 1.° cap. 7 se establece lo siguiente: *Si quis dixerit diabolum non fuisse prius angelum bonum, nec Dei opificium esse naturam ejus: sed eum ex tenebris emersisse, nec aliquem sui habere auctorem, sed ipsum principium atque substantiam malam, sicut Manichæus et Priscillianus dixerunt; Anathema sit.* Ultimamente, el papa Leon I en su carta á Toribio Asturiense, despues de haber hecho mencion de los errores de los Priscilianistas, dice: *Fides vera quæ est catholica, omnium creaturarum sive spiritualium sive corporalium bonam confitetur substantiam: quia Deus, qui universitatis est conditor, nihil non bonum fecit. Unde et diabolus bonus esset, si in eo quod factus est permaneret. Sed quia naturali excellentia malè usus est et in veritate non stetit, non in contrariam transiit substantiam: sed à summo bono, cui debuit adhærere, descivit. Sicut ipsi qui talia asserunt, à veris in falsa prorruunt, et naturam in eo arguunt in quo sponte delinquunt, ac pro sua voluntaria perversitate damnantur. Quod utique in ipsis malum erit, et ipsum malum non erit substantia, sed pœna substantiæ.*

(33) Segun los teólogos mas célebres, hay en los ángeles á mas del conocimiento natural, conocimiento *matutino* y conocimiento *vespertino*. Segun el primero, ven las cosas en el mismo Verbo de Dios (*res in Verbo*) y por el segundo refieren todas las cosas conocidas á la alabanza del Criador. Los espíritus de las tinieblas debieron quedar privados de uno y otro, pues en el vespertino hay alguna luz, que es la gloria del Criador.

(34) Cap. 8.

(35) Cap. 8.

(36) Cualquiera que tenga un poco de crítica, dice un autor bien conocido al citar este magnífico pasage de Milton, y que posea buenos principios de historia, puede reconocer que el poeta incluyó en el carácter de Satanás las perversidades de aquellos hombres que cubrieron de luto la Inglaterra como á mediados del siglo XVII. En él se advierte la misma obstinacion, el mismo orgullo, y el mismo espíritu de insubordinacion y de independencia. En él se divisan otra vez aquellos famosos Nivelleros, que separándose de la religion de su pais, habian sacudido el yugo de todo gobierno legítimo y

se habian rebelado á un tiempo mismo contra Dios y contra los hombres. El mismo Milton habia participado de este espíritu de perdicion ; y para imaginar un Satanás tan detestable, era preciso que el poeta hubiese visto la imágen en aquellos réprobos, que hicieron por tanto tiempo de su misma patria la verdadera mansion de los demonios.

(37) Apocalip. 12.

(38) Sabida es la distribucion que generalmente se hace entre los espíritus angélicos en tres gerarquías, cada una de las cuales contiene tres coros ú órdenes : 1.ª Serafines, Querubines y Tronos; 2.ª Dominaciones, Virtudes y Potestades; 3.ª Principados, Angeles y Arcángeles.

(39) Genes XIV. 3, *Deuteron.* XXIX 23.

(40) El culto sublime y magestuoso que se tributaba á Dios en las edades primitivas, cuando estaba aun reciente la primera tradicion de la unidad y omnipotencia de Dios, y de su piedad para con el hombre decaido, y cuando las pasiones humanas no habian adulterado aun aquella pura y verdadera enseñanza ; nos conduce naturalmente á trazar en sucinto cuadro el orígen de la idolatría, y el modo con que se fué propagando por la superficie del globo, por cuanto esta propagacion puede considerarse como contemporánea de la edad de los antiguos patriarcas.

La tradicion del mundo entero nos habla de una primera edad en que reinaban la piedad y la justicia, con un culto puro como las costumbres, y sencillo como las virtudes de aquellos tiempos felices. Este es el sentir de todos los historiadores profanos, que han delineado, aunque confusamente el cuadro histórico del mundo primitivo, Estrabon, Tácito, Varron y Porfirio. Ningun poeta de la antigüedad sabe prescindir del bello y delicioso recuerdo de una edad de oro.

Los hombres decayeron poco á poco de este estado de primitiva sencillez ya que no de inocencia. Abandonados á sus pasiones, trataron como Adan despues de su pecado, de ocultarse de su Criador y olvidarle, y nació la idolatría. Los primitivos elementos de la idolatría fueron residuos de la primera tradicion, aplicados á satisfacer el temor, la ambicion, la esperanza, y demás pasiones humanas que se fueron divinizando sucesivamente.

Cuanto mas se alejó el hombre de su orígen, tanto mas se alteró la religion primitiva. « Se ve en el curso de los siglos, dice un profundo escritor, establecerse los diversos cultos idolátricos: variar, corromperse cada vez mas, y en fin desaparecer enteramente. En cada pais ¿ cuántas veces no han mudado de objeto y de forma estos falsos cultos? Dioses nuevos hacian olvidar bien pronto los antiguos; y asi es como en Roma se pasó del culto de los espíritus que presiden al universo al culto de las divinidades humanas. Un culto sucedia á otro culto así como entre los protestantes una secta sucede á otra secta ; y á la manera que entre estos, nada hay perpetuo sino la violacion de la ley, sobre la cual reposan todas las verdades ; así tampoco nada habia perpetuo entre los idólatras sino la violacion de los deberes que constituyen el verdadero culto. Unos y otros se asemejan á un pueblo que ha cesado de obedecer á la autoridad legítima, y en el que cada uno es su propio señor. El gobierno,

las leyes, las instituciones de este pueblo violador de la autoridad varian continuamente segun el capricho de las pasiones y de las opiniones. Nada es estable sino el desórden; todo varia escepto el hábito y la necesidad de variar contínuamente: es la perpetuidad del crímen y de la anarquía.»

La idolatría no fué pues, ni pudo ser la religion primitiva del hombre, ni la conforme á su naturaleza. Fué una aplicacion viciada de las primeras verdades reveladas al hombre por el Criador, y la expresion imperfecta y casi siempre corrompida de los primeros sentimientos que gravó Dios en el corazon humano. Y esto resaltará mejor si se considera á la religion natural como un sentimiento inherente en la naturaleza humana.

La idolatria no empezó sino muchos años despues del diluvio. Los hombres y pueblos anteriores á esta gran catástrofe, conservaban demasiado recientes las ideas del Criador y de sus atributos soberanos para rendir su culto á otras deidades. Y aunque *toda carne habia corrompido sus caminos*, el historiador sagrado, que nos indica con esta expresion terrible la espantosa corrupcion de aquellos hombres, no nos insinua siquiera que hubiesen forjado ni dado culto á ninguna otra divinidad.

Muchos siglos se pasaron, pues, desde la creacion del universo hasta que el hombre se hiciese idólatra. Era menester que se interpusiese una gran masa de error entre el hombre y su orígen, antes que esta ciega é infeliz criatura diese al universo el escándalo de buscar en otras criaturas el principio del poder y de la providencia, y creyese encontrar en un bruto ó en un tronco el árbitro de sus destinos. Este era en verdad el último grado á que podia llegar la debilidad y la degradacion humana. Mas estaba reservado á siglos posteriores el último crímen de su orgullo: conocer á Dios, y negar su existencia.

La idolatría fué progresiva, y el envilecimiento á que condujo el politeismo fué aumentando á medida que el hombre se alejaba de la fuente de las primeras tradiciones. Amontonándose siglos sobre siglos, se amontonaban errores sobre errores; la razon se ofuscaba á medida que la corrupcion se extendia, hasta que la inteligencia se vió con horror circuida con las sombras de la muerte.

Obsérvese sino, como las religiones que tocan con la cuna de las sociedades no eran idolátricas: eran menos impuras, y tenian un objeto mas sublime. No se advierten en ellas aquellas prácticas ridículas, vergonzosas ó crueles que afectaron despues las aras de los templos, y mancharon las manos de los sacerdotes.

Segun Herodoto los persas no erigian estátuas ni aras, ni templos. Subian á las cimas de los montes para sacrificar á Júpiter, voz genérica que no designa al Jove del olimpo griego, sino la vasta redondez de los cielos.

Aquellos antiguos pueblos adoraban la redondez del empíreo reconociéndole como magestuosa morada ó pabellon brillante de la divinidad. Pasaron despues á fijar lo vago de esta mansion en un punto mas determinado. El sol, pareciéndoles el objeto mas admirable y grandioso del universo, les pareció tambien la morada mas digna de Dios. El hombre naturalmente levantó sus ojos al cielo en las agitaciones de su alma, como ob-

serva Tertuliano, y le invocó [a]. Siguiendo este noble instinto, estableció sus aras é inmoló sus víctimas en las cimas de los montes mas elevados como mas cercanos á Dios, y desde donde dominaba el horizonte. ¡Grande y sublime sencillez del primitivo culto, cuyo templo era el universo, cuyas antorchas eran los ástros, y cuyos altares eran los montes y colinas!

Concordes están Herodoto y Estrabon sobre el culto sencillo y magestuoso de los antiguos indios y persas. ¡Qué hubieran dicho estos célebres historiadores, si hubiesen podido comparar este culto con el de Abel, Melchïsedech, Abraham y Noe!

No era posible que los hombres abandonados á sí mismos conservasen por mucho tiempo en toda su pureza la idea de la Divinidad, y la separasen de la de sus obras. Los sentidos dominaron al fin sobre la razon; y los ástros dotados de movimiento, de virtud y de luz parecieron los agentes divinos que presidian, arreglaban é influian en el universo. No es posible determinar en qué época y hasta qué punto se apartó el hombre de la creencia en la unidad de Dios, y confundió en sus obras: solo podemos conjeturar que el sabeismo ó culto de los ástros fué la primera de las falsas religiones: no la religion primitiva, sino la inmediata á ella.

Es muy notable la semejanza de los dogmas fundamentales y aun en el culto de los pueblos mas antiguos de que nos ha quedado noticia, indios, persas y judíos.

Hemos indicado en otra parte que la tradicion primitiva enseñaba la existencia desde el principio del mundo de un sér ó de muchos séres enemigos de Dios, y deseosos de vengarse de él en el hombre, por haberles aquel castigado por su orgullo, como se lee en el antiquísimo libro oriental de Job. Hé aquí la creencia de los primeros hombres conservada aun en la Idumea dos mil años antes de Jesucristo. De aquí nació la creencia en dos ó mas agentes poderosos y superiores que gorbernaban el mundo alternativamente: uno por el bien, otro por el mal, y de esta creencia nació el instinto natural en los hombres de invocar el númen ó Dios benéfico, cuando se veian oprimidos por la desgracia que creian producida por el maléfico; y aun de aplacar á este con sacrificios para neutralizar su desastroso influjo. Este enigma inexplicable era el mal introducido en la tierra por la culpa de Adan.

Creian tambien como uno de los elementos de la religion primitiva del género humano, en una sustancia ó alma distinta del cuerpo, y que debia sobrevivirle para ser castigada ó premiada segun sus obras. Mas, era imposible al hombre el determinar por sí solo su futuro destino; pero este sentimiento del que no podia prescindir, le hacia vagar en hipótesis mas ó menos admisibles, mas ó menos repugnantes á la razon. Ya supuso un estado de almas anterior al presente, ya posterior; y de ahí nació la creencia tan generalizada de la Metempsycosis, que suponia mil vidas futuras en la misma tierra; y últimamente la opinion de que las almas se trasladaban á los ástros, ó se confundian entre negros vapores, segun sus méritos, mucho antes que la mitologia griega introdujese sus eliseos y su tártaro.

La creencia de la Metempsy-

(a) Pronuntians hæc, non ad Capitolium sed ad cœlum respicit. (In Apolog.)

cosis ó transmigracion que constituia otro de los sistemas filosóficos de la antigüedad, hacia parte de los dogmas teológicos de los persas é indios, segun Porfirio. Reinó con universalidad en Oriente y Occidente, y su orígen se pierde en la noche de los tiempos. Herodoto asegura haberla hallado entre los egipcios, de quienes la recibieron los griegos. Manes la encontró en todas las naciones de Oriente, en todos los pueblos que los griegos llamaban bárbaros. Todavía los indios y los chinos, dice Hide, envian sus almas á los cuerpos de las bestias como á un lugar de purificacion para entrar en el cielo.

La adoracion del fuego puede considerarse como la segunda época del error, y como la hija primogénita del sabeismo. Y es de advertir, que estas dos religiones las mas antiguas, y que echaron sus raíces en los dos imperios mas antiguos del mundo, se han conservado puras hasta nuestros dias en las provincias menos comunicadas de la India y de la Persia.

Las mismas ideas del poder y accion de Dios, les hicieron materializar sus atributos, y aun al mismo Sér supremo, como se ve en la imágen del fuego, principio veloz y fecundador del universo. Así los caldeos llamaron á Dios *fuego principio, fuego inteligente, luz increada, esplendor eterno.*

La luz, pues, fué el carácter del dios bueno, ó buen principio; así como las tinieblas lo fueron del dios malo, ó del mal principio, como refiere Plutarco. Estas debieron ser las ideas primordiales, que precedieron á la estupidez de la idolatría; ideas, que aun conserva en parte, y que por mera representacion ó analogía aplica al órden espiritual la religion verdadera (a).

Así que, el hombre adoró en el símbolo de Dios á Dios mismo. Adoró al sol, y al fuego: al sol como Hebla sagrado ó Shekinah religioso. Sol y fuego, son las formas mas antiguas de la supersticion de los bracmanes de la India, magos de la Persia, y de sus antecesores, los caldeos y los chinos. Degeneró, pues, el culto de Dios en el culto simbólico del sol y del fuego; así como la creencia en los ángeles, espíritus puros y ministros de Dios degeneró en el sabeismo, ó culto de los ástros, antiquísimo tambien, y muy extendido.

Hemos dicho que el culto de los mas antiguos pueblos era sustancialmente el mismo. El uso del sacrificio, por ejemplo, fue comun á todas aquellas naciones. Los indios los tenian en sus liturgias: por la mañana de animales, por el medio dia de agua, ó sea la libacion, y por la tarde de los frutos de la tierra. Segun Diodoro de Sicilia, aquellos filósofos, que venian á ser unos sacerdotes, no degollaban las víctimas, sino que las sufocaban ó ahogaban, para ofrecerlas enteras.

Segun Herodoto, los persas sacrificaban al sol, á la luna, á la tierra, al fuego, al agua, y á los vientos sus antiguos dioses. Estrabon dice lo mismo, refiriendo algunas otras ceremonias de sus sacrificios, segun el Zend-avesta. Y Zenofonte, hablando de los sacrificios de la Persia en tiempo de Ciro, dice que este príncipe y sus generales ofrecieron toros á Jú-

(a) ¿No simbolizamos nosotros con el fuego ó la llama las inspiraciones de Dios y el amor ó caridad que nos infunde el Espíritu divino? Siguiendo la tradicion y la Escritura, llamamos al ángel bueno ángel de luz, y al ángel malo el espíritu de las tinieblas.

piter Óptimo Maxîmo, y caballos al sol, á la tierra, y á los héroes de la Syria.

Moisés, usó de sacrificios y los mandó practicar, y antes de él Adan, Abel, Noé y sus descendientes habian sacrificado al Señor, ya animales, ya frutos.

En el culto, pues, de estas tres ramificaciones de la religion primitiva, se advierten aun otras semejanzas. Personas, familias ó tribus determinadas estaban designadas para el culto. Segun Diodoro y Estrabon, en la India existia la tribu sacerdotal compuesta de filósofos ó bracmanes: los persas tenian sus magos: la tribu de Levi estaba consagrada al altar entre los judíos. Todas estas naciones tenian tiempos y lugares destinados para el culto. Las principales solemnidades eran el principio y fin de año, y los fastos nacionales.

Los elementos (hablando su lenguaje) que hacian mas papel en los tres cultos, eran el fuego y el agua. La llama era conservada como un símbolo divino; y el agua lo era de purificacion, así como el aceite lo fué de santidad ya desde los tiempos de Jacob.

Todas estas ideas de religion en pueblos tan distintos, remotos é incomunicados entre sí, prueban, segun principios de crítica, que todos bebieron en su orígen de la fuente comun de la tradicion primitiva.

No hay duda que el sencillo culto primitivo de los ástros y elementos se desfiguró desde luego, llegando sucesivamente á una abominacion. El hombre siempre mas estúpido cuanto mas alejado de la verdad, no tardó en confundir con la Divinidad misma los símbolos con que los primeros legisladores quisieron hacérsela adorar, respetar y temer. Cuando se vió dueño de la divinidad pensó como acercársela. Creyó poder disponer del fuego por ejemplo, y multiplicando los fuegos creyó multiplicar sino las divinidades, á lo menos la presencia de la gran Divinidad que adoraba en sus pireos, ó templos del fuego.

La tímida supersticion pretendió siempre de sus númenes mas inmediatas garantías, y hasta llegó á exigir que su poder y proteccion se trasladase virtualmente á obras de sus manos. De aquí, el uso antiquísimo de amuletos, medallas y talismanes, en las cuales algunos embaucadores le hicieron creer que residia una virtud secreta é invisible capaz para sacarles de un apuro, y protegerles contra cualquier adversidad. Llegóse á vulgarizar tanto la idea del poder de Dios, que muchos astutos se prevalecieron de esta simplicidad vendiendo á muy caro precio estos piadosos engaños. Los ascendientes de Abraham no se libraron de esta idolatría. Laban, contemporáneo y pariente de Jacob, llama sus *dioses* á los pequeños ídolos que le habia quitado su hija; y este patriarca, antes de ofrecer un sacrificio al Señor, manda á todos los de su casa que tenian semejantes ídolos, que se los traigan, y los entierra bajo del terebinto inmediato á Siquem. Y ¡cosa admirable! despues de cuarenta y mas siglos, ni la religion judáica ni la cristiana han podido desterrarlos enteramente del mundo!

Nuestro objeto por ahora no es fijarnos en las diversas mitologías en que se dividió la idolatría; sino manifestar como pudieron pasar los hombres del culto sencillo y sublime de Dios al culto insensato de sus cria-

turas, sin empero borrarse enteramente de la tierra la idea del Sér supremo ó verdadero Dios. Reproduciremos, pues en resúmen, las mas notables reflexiones que sobre esta vasta é importante materia leemos en los mas sabios y profundos defensores del cristianismo, para deducir despues las consecuencias que nos lleven á nuestro objeto, y resolver las delicadas cuestiones que sobre ellas se hayan podido suscitar.

Habiéndose separado los pueblos, dice un ilustrado apologista de nuestro mismo siglo, llevó cada uno á su nuevo hemisferio la memoria de la cultura, y la promesa de su reparacion. Andando el tiempo, el orgullo de la ciencia encerró la verdad al fondo de los santuarios, y la cubrió con un velo fabuloso. Agradó mucho al hombre el ocultar al hombre la necesidad primera de su destino. No se le transmitieron muchas veces las tradiciones paternas sino bajo la forma de alegoría; se descompuso la gran verdad del dogma, para preservarla tal vez de la alteracion que hubiera padecido en la version popular. Se representaron sus hechos, sus doctrinas accesibles á las inteligencias comunes, en signos de un valor al alcance de todos; en lugar de simplificar, simbolizaron; y como quedaba incomprensible para la multitud el sentido oculto, acabó esta por dirigir al emblema los homenages debidos al sér que representaba. Los sacerdotes, los iniciados adoraban el objeto, y los pueblos el signo. Los sacerdotes engañadores en un principio, fueron tambien engañados á su vez; y estas desfiguraciones introdujeron insensiblemente la idolatría, aunque nunca dijesen los hombres cuando se reunieron: haremos dioses de metal ó de piedra, y les pediremos que nos protejan.

Cuando los israelitas, habituados á los ritos de los egipcios, y poco familiarizados con el culto puro de la divinidad, pidieron á Aaron que les hiciera dioses que fuesen delante de ellos, entendian por esta palabra insignias llevadas á la cabeza del campo, para que sus ojos fijaran sus espíritus en un signo sensible de la divinidad. Aaron, á quien su dignidad de *profeta de Moisés* habia llenado de una ciencia superior, tomó las joyas del pueblo, y le hizo un becerro de oro, emblema de la unidad divina, signo geroglífico de un solo Dios, porque nace solo, y de la fecundidad y abundancia. Esta imágen, pues, fué la representacion de un atributo del Criador, la unidad, y no una divinidad en sí misma.

Lo mismo puede decirse en cuanto á los llamados dioses de Egipto. Cinocéfalos, ibis, escarabajos, gatos, cocodrilos, serpientes, etc.; estas figuras, en su principio simples letras *hieroglíficas* ó sagradas, honradas como tales por los sacerdotes, fueron despues adoradas por la multitud. El escarabajo representaba la regeneracion ó la vida renovada. El leon echando agua por las patas, indicaba la época de las abluciones, ó la creciente del rio. El hombre con cabeza de ibis representaba la inundacion. El loto señalaba su época. El cocodrilo indicaba otra época de la inundacion, es decir, aquella en que el agua venia buena para beber, significando en términos propios *agua potable*, porque cuando menguaba el Nilo, y cuando el cieno rojo y las inmundicias que iban sobre el agua desaparecian al norte de la Heptanómida, se mostraban entonces los co-

codrilos (a) en las tierras inundadas, y desde este tiempo se usaba sin temor del agua del rio. El cocodrilo indicaba una época; servia, por decirlo así, de nilómetro; fué, pues, representado en la escritura sacerdotal. El pueblo le puso en el rango de las cosas sagradas, pero no se imaginó que este réptil amfibio fuese un dios.

«Los egipcios habian escojido, dice Champolion, entre todas las clases de séres vivientes que alimentaban, un animal que consagraron á cada divinidad..... Estos animales consagrados tenian, segun las ideas de este pueblo, sea por su forma sea por sus calidades distintivas reales ó supuestas, relaciones directas con el sér de quien ellos eran imágenes vivas en los templos. A Dios fué, y no al animal emblema suyo, á quien debian dirigirse las ofrendas y oraciones.»

Ni la Fenicia ni el Egipto fueron la cuna de la idolatría, la cual nació en la Caldea, cuyos magos del estudio de los ástros pasaron al culto de los mismos. Las tradiciones del oriente, segun el historiador Josepho, hacen descender de Nino estos errores; pero su orígen remonta tal vez mas alto. Leemos que Nacor y Thare padre de Abraham habian dado adoracion á dioses extraños. Cuando Abraham, dejando la Caldea, se volvió al Egipto, la idolatría todavía no reinaba en él. Faraon advertido en sueños que Sara, á quien él habia tomado, no era hermana sino muger de Abraham, se la devolvió al momento, y le reprendió por haberle expuesto á la cólera de Dios. En Fenicia el rey de Gerar Abimelec, reconoce tambien el verdadero Dios. El rey de Salem' Melchisedec, sacerdote del Altísimo, ofreció en sacrificio pan y vino cuando Abraham hubo librado á Loth de las manos de Codorlahomor y de sus aliados. El Koue-iu atestigua que en la China los antiguos emperadores honraban al Chang-ti (el Señor supremo) y á los espíritus de las claridades, y que les servian con todo respeto.

Por contagio y no por epidemia fué como se extendió la infeccion idolátrica. Segun refiere Sanconiaton, no hubo en Fenicia gerofante alguno (a) antes del hijo de Tabion, el cual convirtió en alegorías las cosas sagradas, y confió su método á los sacerdotes, quienes le transmitieron á sus sucesores. Segun Herodoto, Melampo instruido por los egipcios en un gran número de ceremonias, las introdujo en la Grecia; enseñó á sus habitantes el nombre de Baco y las prácticas de su culto. Así fué como de unos á otros se vino extendiendo la fábula.

Estando comentado el dogma, principió con el auxilio de figuras, y se halló desnaturalizado y aun disfrazado, segun las costumbres opuestas de las naciones; pero en su sustancia quedó conforme con el tipo general. No fué la idolatría ni tan grande ni tan insensata como se ha dicho; y si no fuera por el respeto que tenemos á Bossuet, diríamos tal vez que su célebre fórmula: «todo era dios menos el mismo Dios,» no es del todo exacta. El fondo de las diversas mitologías queda siempre el mismo. Seria desconocer demasiado el estado de civilizacion de los sacerdotes de la India ó del Egipto, el creer que ellos hayan enseñado la divinidad de un

(a) Los cocodrilos en el resto del año no bajan nunca mas abajo del Saido: es muy raro ver alguno á 60 leguas al norte de las cataratas.

(a) Sacerdote que presidia á los misterios eleusinos.

animal ó de una legumbre. ¿A quién se persuadirá, pregunta el Señor Jomard, que el magnífico templo de Edfon haya sido edificado en honor de un bruto, sin otro objeto que quemar perpetuamente incienso delante de él, y hacer que se le postrára una provincia entera? ¡Qué! ¿los mismos hombres que habian perfeccionado la civilizacion á tan alto grado, que tenian nociones tan extensas sobre el sistema cósmico, y que cultivaban todas las ciencias naturales, se habrian entregado á una tan vil supersticion, que reprobaria la mas profunda ignorancia?» Resulta de las observaciones de Freret, de Grozier, y de las notas de Parisot, que los antiguos chinos, magos y persas no eran adoradores de estátuas; que les daban un culto puramente simbólico. Los de Siam, los Hindus han explicado tambien á los viageros los homenages de que eran objeto sus deidades de metal; mas se debe convenir en que el grosero vulgo, que no se hallaba iniciado en la creencia de los símbolos, la convirtió muchas veces ó casi siempre en una idolatría estúpida, de que se aprovechó despues la ambicion ó la astucia. Las naciones limítrofes con la tierra de Israel adoraban al sol, á la luna, á las constelaciones, monstruosos emblemas; y los hebreos mismos manifestaron una obstinada inclinacion á seguir sus errores detestables. Si, la idolatría estuvo muy extendida, y fué muy ciega, sobre todo en la práctica; mas con todo se debe advertir, que por lo general todos estos pueblos que se inclinaban delante de un bruto ó de una piedra, esperaban un grande reparador, y que sus mismos sacrificios y expiaciones suponen la existencia de una culpa por parte de los hombres, la necesidad de aplacar al cielo, el sentimiento de la propia miseria y debilidad, y la grande esperanza de que llegase un dia en que el cielo debia reconciliarse con la tierra.

Indaguemos rápidamente las causas principales que influyeron en la corrupcion de los cultos primitivos, ya sea del verdadero Dios, ó de los símbolos de sus atributos. Es una preocupacion comun á todos los pueblos ignorantes el creer que toda la naturaleza está animada. A los ojos del salvaje, todo ser que se mueve tiene un alma, todo movimiento proviene de un espíritu que suponen muchas veces hasta en criaturas insensibles ó privadas de moverse. Los astros, los elementos, el mar, los rios, las fuentes, la lluvia, el trueno, los meteoros, todo lo que hace ruido; las cavernas, las peñas, los ecos, los animales, hasta los árboles y las plantas se consideraron como la mansion de una multitud de inteligencias activas, que producen todo cuanto hace impresion á nuestros sentidos. Como todos estos seres tienen alguna relacion con nuestras necesidades, y los diversos fenómenos de la naturaleza nos son alternativamente ventajosos ó perjudiciales; el bien y el mal que de ellos nos proviene se atribuye á ciertos espíritus, genios ó númenes que se suponia presidir en ellos, y se creyó que era menester honrarlos para atraer su benevolencia y prevenir su indignacion. Hé aquí una prueba de que la razon, aun en medio de sus delirios, ha repugnado el dogma absurdo y funesto de la fatalidad, y se ha persuadido que los acontecimientos no obedecen esa ciega ley del acaso, que es un nombre sin idea, sino que de-

penden de alguna voluntad superior al hombre. Esta es la persuasion de la providencia divina, desfigurada mas no destruida en los diversos cultos idolátricos que han inundado la tierra.

Otra preocupacion general, de que el hombre no supo precaverse por los límites á que se hallaba circunscrito su entendimiento, fué el concebir á todos los séres inteligentes semejantes á él, atribuyéndoles las mismas inclinaciones, las mismas necesidades, y los mismos placeres que él sentia. Le fué imposible expresar las operaciones de los espíritus por términos diferentes de los que se servia para expresar las suyas propias, y le fué preciso adaptar á los supuestos genios, dueños de la naturaleza, las expresiones que acomodaba para las operaciones de los demás hombres: así es como humanizó por decirlo así á sus dioses, cargándoles de sus pasiones y miserias, ó valiéndonos de la bella expresion de un reciente escritor, figuró en sus divinidades el tipo ideal de la grandeza humana, y no pudo pasar de allí. Prestóles, pues, todas las afecciones de la humanidad, el amor, el odio, la piedad y la venganza, el orgullo y la sed de honores, los caprichos, los vicios inseparables de la naturaleza humana. Todo lo que pasa en el universo, todos los fenómenos del mundo físico fueron mirados como obras de dioses ó de genios; y el lenguaje físico para nosotros, era para ellos el lenguaje moral. Cuando tronaba, era Júpiter airado que lanzaba el rayo; en las tempestades estalla el furor de la indignada Juno: la lluvia que enturbia las fuentes es Jove corruptor de las ninfas; el mar agitado es Neptuno que levanta sus ondas y hace sumergir las naves. Tal es el orígen de todos los sueños de las fábulas y de todos los absurdos mitológicos, en sentir del grande Agustino.

Si algun error hay tolerable á los pueblos ignorantes, dice Bergier, es el haber creido á los animales dotados de inteligencia, é inspirados por un genio. Los efectos sorprendentes de su instinto son todavía para nosotros un misterio. Nadie se admira de que sean algunas veces el objeto de nuestros coloquios, así como lo son de nuestros cuidados. La inocencia y el dolor les dirijen muchas veces la palabra; y el verse privados de ella, pareció á ciertas gentes un arcano que suponia en ellos algun influjo divino ó sobrenatural. La tradicion de la serpiente que perdió la primera muger, transmitida y generalizada por toda la tierra, dejó algunas trazas de conjetura acerca la virtud superior y secreta de los animales, que figuran en casi todas las mitologías. Aun mas; muchos de ellos parece que anuncian con anticipacion las alteraciones y cambios admosféricos, la lluvia ó el buen tiempo; y este pronóstico, efecto de su organizacion mucho mas impresionable que la nuestra á las mas ligeras mudanzas del aire, hizo concebir á ciertos pueblos la idea de que tenian un espíritu profético. Las aves en especial, por sus emigraciones maravillosas, por lo libre y elevado de su vuelo á la region sublime de las nubes y de las borrascas, por sus cantos nocturnos, fueron miradas como unos séres misteriosos que comunicaban con el cielo. No solo los egipcios sino los griegos y los romanos las consultaban con una gravedad religiosa; y si estos últimos no les dieron culto, fué por manifes-

tarse menos consecuentes que los primeros.

Desde el momento en que los pueblos tuvieron llena su imaginacion de una multitud de dioses ó de genios esparcidos por toda la naturaleza, el espíritu de egoismo y de sensualidad que movió al hombre á darles culto, le hizo bien presto olvidar al Criador de todas las cosas y á su providencia infinita. Anheló bienes temporales: este era el único objeto de sus votos, y se dirigió á los espíritus ó númenes que se creyó podian dispensárselos. Cuanto mas multiplicó estos bienhechores imaginarios, tanto mas desconoció á Dios en sus obras, y á la bondad inmensa en sus dones. Vino á ser imposible que el Criador continuase en ser el objeto del culto religioso, cuando tantos habian usurpado su lugar. Nuestros deseos, dice bellamente un moderno autor, son las súplicas que dirigimos á los objetos de quienes nos prometemos la felicidad. Así, todo deseo es un culto, el culto del corazon que es un principio natural de toda religion. Todos cuantos no se remontan á la primera causa, tienen tantos dioses, cuantos son los séres capaces de procurarles la felicidad; y desde que el hombre forma deseos, sabe tambien formarse divinidades. ¿Qué otra cosa son las pasiones vehementes y desenfrenadas sino ídolos que se ha forjado el corazon, y á los que rinde un culto ciego y temerario?

No es pues de extrañar que á pesar de un resto de tradicion que subsistiese aun sobre la unidad de Dios, débil rayo de la primera verdad que brillaba apenas al traves de tantos vapores de corrupcion, el Soberano Señor del universo no tuviese templos ni altares en ningun lugar del mundo, excepto en aquel corto pueblo que conservaba intacto el depósito de la tradicion primitiva.

A menos de querer cerrar los ojos á la luz, no podemos imaginarnos, como han pretendido suponer algunos deistas, que con respecto á la multitud el culto de los Genios haya sido secundario, ó relativo; y que un egipcio adorando á Osiris, ó un griego incensando á Júpiter, hubiesen intentado rendir sus homenages al Dios supremo del universo. Para esto debieran suponer que estos dos personajes eran sordos y ciegos, incapaces de oir ó de atender las preces que se les dirigian, y símbolos ó representaciones de un Sér eterno, único é increado: pero atribuyéndoles conocimiento de las cosas, y un poder supremo, aunque limitado á ciertos objetos, cae por sí misma aquella suposicion. Jamás los antiguos paganos rogaron á Júpiter, ó á otra deidad para que fuese su intercesor con el Dios supremo; ni se mostrará vestigio alguno del culto gentílico, que tenga la menor relacion con el Criador del universo. Cada uno de aquellos dioses tenia una soberanía, absoluta en su concepto, sobre una parte de la naturaleza. Si Júpiter imperaba en el cielo ó en los aires, no era menos árbitro Neptuno en toda la extension de los mares, y Pluton en los infiernos, en donde nada tenia que ver el primero. El grado de poder de cada uno era relativo á la extension de su dominio, no á la superioridad de su naturaleza. Todos eran considerados eternos, inmortales, inamovibles en su respectivo imperio. Mas, por una inconsecuencia muy comun á filósofos de mala fe, los mismos que nos acusan de idolatría porque atribuimos á los santos un simple poder de

intercesion, y que declaman ó condenan este culto secundario, quieren justificar á los paganos; y sostienen que el honor que daban á sus dioses era secundario, relativo, subordinado al culto del Soberano Dios: haciéndonos la gracia de suponernos mas ciegos y mas estúpidos que los mismos idólatras.

Para probarnos que el Dios verdadero era adorado de los pueblos politeistas, es preciso mostrarnos en alguna parte á lo menos un culto rendido directamente á él, ó una profesion de fe clara y precisa, por la cual reconociesen aquellos pueblos que sus dioses dependian de un Señor mas grande que ellos, y de una diferente naturaleza. Si esto no se prueba, nos vemos obligados á pensar que el culto dirigido á cada uno de los dioses era directo, absoluto, esclusivo, y que no remontaba mas alto.

El cuadro, pues, de la idolatría presenta todos los horrores y todos los estragos de la corrupcion humana. ¿Qué ley moral, esclama aquí un profundo apologista de la Religion, qué ley moral ni qué deberes imponia ella al hombre? ¿Deberes? Les invitaba á violarlos todos; adormecia la conciencia por el aparato encantador y seductivo de sus solemnidades; despues, colocando sobre infames altares, en medio de una nube de incienso, al vicio coronado de flores, convocaba á las pasiones para adorarle. Léase en Ciceron la horrorosa pintura de las divinidades paganas. El odio, la venganza, la voluptuosidad, el orgullo, la intemperancia, la avaricia, cada crímen era un dios, y los templos despoblaban el infierno. ¿Quién no conoce los misterios de Isis, de Cibeles y de Baco? Roma misma se escandalizó de ellos y los prohibió; pero como si no hubiera temido mas que los desórdenes nocturnos, celebraba públicamente en medio del dia aquellas fiestas de Flora, que Caton no queria turbar; y entre los graves romanos cada año se sacrificaba á una cortesana, á una ramera pública, el pudor de un pueblo entero.

Son bien conocidos los ritos abominables con que los asirios honraban á la diosa Mylitta, segun refieren Estrabon y Herodoto. Casi por todas partes se mezclaba en ellos el asesinato á la prostitucion. Cantos lascivos, gritos de dolor, vino, perfumes, lágrimas, sangre, profanacion de la vida y de la muerte, hé aquí el culto de los ídolos *principio y fin de todos los males*, como lo llama la Escritura.

Celso en una obra consagrada á la apología del politeismo, confiesa que el culto de los demonios, induce, lleva y arrastra á los hombres á la voluptuosidad, porque los demonios mismos son sensuales y voluptuosos, y no tienen poder sino sobre los cuerpos. Espanta á la verdad y justamente asombra un estravío tan prodigioso, pues toda la corrupcion del corazon humano se muestra en ella abiertamente: y cuando se llega á considerar aquella mezcla espantosa de disolucion y de barbárie, de ritos impuros y de sacrificios atroces, el alma consternada aparta la vista de esta vasta escena de horror; y no pudiendo apenas persuadirse que semejante esceso de depravacion sea posible, en su asombro cree haber tenido una especie de vision del infierno.

Parécenos haber probado con bastante extension, que la idolatría no fué ni pudo ser el estado primitivo

del género humano, en cuanto á religion, sino una época intermedia, efecto de la revolucion que sufrieron la inteligencia y el corazon del hombre, condenados aquella al error y este á la concupiscencia. Hemos visto que tal debió ser el círculo recorrido por la razon humana, y tal fué en efecto segun los monumentos que conservamos de la antigüedad; porque si queremos remontarnos al orígen del politeismo, posterior indudablemente al orígen ó á la creacion del hombre, veremos cuán fácil fué al espíritu de la mentira que habia introducido en el mundo la ignorancia con el delito, arrastrar á la idolatría hasta aquellos pueblos que conservaban todavía alguna idea de la unidad de Dios. Figurósele al hombre que un Dios solo encargado del gobierno del mundo, no podia atender á sus necesidades y deseos, y prefirió un dios ó númen particular para cada objeto de sus votos. Llevó hasta en la religion su espíritu de vanidad y de propiedad, y lisonjeóse que el dios por él escojido como tutelar, y al cual rendia un culto especial, atenderia mas á él que á los otros hombres, y derramaria sobre él solo sus beneficios. La envidia, celosa ávidamente de la prosperidad agena, llegó á imaginarse que este feliz mortal tenia un dios favorito, y quiso tambien tener el suyo. Este error se halla generalizado en todos tiempos, y aun tenemos de él algunos vestigios. ¡Cuantos hemos visto atribuir á la mágia, al sortilegio, á la proteccion oculta de espíritus invisibles y malévolos la felicidad de sus rivales! Este pensamiento se comunicó tambien á pueblos enteros: las guerras tan frecuentes en los primeros tiempos causaron cismas y enemistades en religion; y á su vez la diferencia de religion produjo ó conservó los odios nacionales, la molicie, y el espíritu de independencia. Un culto público, determinado, sujeto á fórmulas inviolables, es molesto: la religion doméstica es mucho mas cómoda, y se arregla como se quiere. Desde que el hombre se tomó la facultad de divinizar, la religion se sujetó al capricho y á la versatilidad de todas las instituciones humanas: lo nuevo es siempre lo mejor, y lo arbitrario tiene mas aliciente que lo prescrito y practicado de largo tiempo.

El libertinaje y la corrupcion debieron dar á esta facultad de divinizar una extension ilimitada. En tiempos de ignorancia y en el seno de pueblos embrutecidos, nada presentó de chocante mezclar en el culto absurdos é indecencias, y este abuso debió producir errores sin cuento. El primero que atinó en que podian deificarse las propias pasiones no tardó en tener un grande número de sectarios.

Es, pues, infinitamente mas fácil (prescindiendo aun de las tradiciones históricas) el comprender como los hombres, instruidos desde un principio de la unidad de Dios, se abandonaron al politeismo, que el concebir ni menos explicar como del politeismo hubieran podido pasar á la fe de un solo Dios. Esta sola facilidad, indefectiblemente probada por la esperiencia, basta para convencernos de la necesidad de una revelacion primitiva.

Búsquese á la idolatría la causa que se quiera, dátese de la época que acomode, siempre se hallará en ella la marca de la corrupcion ó de la debilidad, jamás el noble distintivo de la razon. Unos han querido aplicar la mitología á las explicaciones histó-

ricas; otros no han visto en ella otra cosa que ingeniosas alegorías; otros emblemas morales; otros en fin han buscado en el empíreo la llave de la fábula: es sin embargo muy peligroso el reducirlo todo á un solo sistema, porque podia tener tantas causas cuantas fuesen las pasiones que las produjeron. El velo del sepulcro divinizó todos los recuerdos y el instinto de la inmortalidad tributó siempre á los difuntos un culto religioso. Ora es la piedad filial la que deifica un padre robado á su amor: ora una madre desolada forma un dios de aquel hijo, que la naturaleza no dejó llegar á ser hombre. Unas veces un padre que ha perdido su jóven posteridad, invoca en ella, en expresion de Quintiliano, los dioses de su dolor, *numina doloris;* otras el amor adolorido toma por objeto de su culto al sér tierno y amable, que lo fué ya de sus adoraciones durante la vida. Tal vez la lisonja cortesana rinde honores divinos, que acoge el poder supremo en la embriaguez de su delirio, sancionados despues por la política de un sucesor, ó por el beneplácito de sacerdotes idólatras.

Los fenómenos de la naturaleza, ya benéficos ya terribles, que naturalmente despiertan en el hombre la idea y la conviccion de la existencia de un árbitro invisible, condujeron á la idolatría por el reconocimiento y alguna vez conservaron en ella por el terror. El lenguaje místimo perdió insensiblemente su primer sentido, y substituyó funestas y enigmáticas deidades á los símbolos de convencion, y emblemas tal vez inocentes en su principio. Una nacion ingeniosa y sensible, dotada de una fantasía viva y fecunda, pobló los aires, los prados y los bosques de séres fantásticos, de alegorías seductoras, que engrandecieron el dominio de la imaginacion y de la poesía. Los poetas á su vez, creadores de un mundo mágico, cuyas brillantes ilusiones dieron alma á toda la naturaleza, fueron arrastrados por la multitud al pié de los altares que habian erigido, acabando, como los estatuarios, por adorar su propia obra. En fin, las invenciones de Homero, las alegorías de Apeles, las estátuas de Fidias, todo fomentó la supersticion amiga de lo maravilloso, y que se complace hasta en el miedo; y la ignorancia de los idiomas, la confusion de las lenguas, las calamidades de la tierra que impelen al hombre á buscar un consuelo que huye de él, y sobre todo la esperanza de una vida mas feliz, que es un sentimiento inseparable de su naturaleza, las conquistas, las revoluciones de los imperios dispersando hombres y dioses, fueron añadiendo cada dia un nuevo anillo á la larga cadena de los errores de la especie humana.

Tales fueron en parte las causas que llenaron el mundo de deidades, ya propicias, ya contrarias, ya torvas, ya risueñas; entre las cuales, aun de diversos paises, existen analogías notables, como hace advertir el Sr. Noel al dar una ojeada sobre las diversas mitologías. Fácil es observar á primera vista, dice este apreciable escritor, que las mismas fábulas han dado la vuelta al globo, y que unas mismas divinidades, bajo diferentes nombres y presentando los mismos atributos, han recibido el incienso de los mortales. La fecunda y brillante imaginacion de los griegos supo embellecer las tradiciones egipcias, llevadas allí

por Orfeo y por los primeros legisladores.

La mitología de Odin, que es una division de la céltica, era ya conocida por la poblacion del *Edda*. Aunque de un mérito inferior á las fábulas griegas y romanas, es sostenida por las ficciones, y agrada alomenos por la variedad. Resiéntese algun tanto de los climas ásperos y selváticos que fueron su cuna; y esta misma aspereza da á sus dioses una fisonomía particular, que no deja de tener su mérito.

De las ideas religiosas de las poesías persas, la mas poética es sin duda la que señala á las nubes por habitacion de las almas de los héroes, haciendolas testigos de las penas y placeres de sus padres y amigos. Sin embargo, con perdon sea dicho de los admiradores de Ossian, hállase á cada paso una monotonía, una aridez, una uniformidad de rasgos y de coloridos muy análogas con la tristeza de los climas sombríos que las produjeron. A mas de que, se echa de ver desde luego, que la mitología de Fingal, es á corta diferencia la de los Escandivanos.

Menos analogía tenian con las antecedentes, continúa el autor del diccionario de la fábula, las mitologías de Oriente; y su rareza, su incoherencia, y su prodigiosa diversidad no han permitido hasta ahora formar de ellas un cuerpo arreglado, y para tener de las mismas alguna idea es preciso recorrer á las relaciones de los viageros (a).

Muy estravagantes parecerán las ficciones de la India al lado de las de Homero y Virgilio. Repugnantes á los artistas imbuidos con las ideas del verdadero buen gusto, por las formas monstruosas y gigantescas de sus divinidades, ofrecen por lo general un interés mas de curiosidad que de satisfaccion para un espíritu delicado y juicioso. Embrolladas de otra parte, y confusas, entremezcladas de tradiciones contradictorias, es muy difícil reducirlas á una especie de sistema metódico, y fijar su clasificacion; mas su alta antigüedad, su semejanza de familia con los mithos egipcios, la identidad de los misterios velados bajo símbolos disformes y espantosos, es decir, relaciones de agricultura y astronomía, la sublimidad de ciertos pasages entresacados de la oscuridad de los libros sagrados de la India, la fuerte presuncion que este pais es la cuna de todas las fábulas que han recorrido todo el globo, manifiestan que estos emblemas forman un capítulo importante en la historia de los errores humanos.

La mitología eslabona es poco conocida. Por lo que mira á la religion de los peruanos y mejicanos, pueden consultarse los autores españoles Garcilaso, Acosta, Herrera, Solís. No deja de ser interesante el comparar á Marco Capac con Numa, y hallar otra vez hijos del sol en el palacio de Cusco como sobre los tronos de la Grecia.

Hé aquí un rápido bosquejo de los mas principales géneros de idolatría que han dominado en el globo.

Pasemos ahora á tocar con la misma rapidez algunas cuestiones delicadas é interesantes de que ha echado mano la incredulidad para combatir la verdadera religion con argumentos sacados de la idolatría.

(a) *Kæmpfer* y *Du Halde* pueden servir de guia en cuanto al Japon: *Du Halde* por la China, *Tachard* y *La Loubere* por Siam, *Sonnerat* por las Indias, y el *Sistema Brahmanicum* de un misionero del Cármen.

Hase preguntado con necia temeridad, si los pueblos han conservado aun en medio de las tinieblas de la idolatría, la nocion de un Dios supremo, ¿en qué consiste el crímen de los idólatras? Consiste responderemos con san Pablo, en que *habiendo conocido á Dios, no le han glorificado como á Dios.*

Léjos de darle algun culto, han prodigado su incienso á los astros, á los elementos, á todas las partes de la naturaleza visible, ó á los genios ó espíritus de que las suponian animadas, sin que pueda hacerse constar por un solo testimonio, que esta adoracion sacrílega tuviese con Dios la menor relacion.

Los pueblos idólatras dejaron de reconocer la providencia divina, y aun los que creyeron en la unidad de Dios le juzgaron odioso, satisfecho con su propia felicidad, y abandonando el cuidado del universo á genios, demonios ó inteligencias inferiores, á las que tributaron sus homenages como árbitras exclusivas de los destinos humanos. Nuevo ultraje es este á la Divinidad. Los filósofos mismos, segun el testimonio de Porfirio, enseñaron que no era necesario dar culto al Dios supremo, sino tan solo á los dioses secundarios ó subalternos.

Además, ¡con qué insensatez, con qué infamia degradaron los pueblos idólatras la naturaleza divina, atribuyéndola á séres á quienes creian sujetos á todas las pasiones y á todos los crímenes! Y para justificar sus propias debilidades y hasta sus delitos, osaron incensarlos en esos dioses imaginarios que se habian forjado, haciendo del vicio una parte de su adoracion execrable!

Si alguna vez pensaron honrar la Divinidad sin crímen, lo practicaban por medio de un culto puramente exterior, sin acto alguno de virtud; ó por medio de absurdas y ridículas ceremonias cuasi siempre criminales, que es el colmo de la ceguera y de la depravacion.

Se dirá que Dios no habia prevenido á tiempo ese monstruoso desórden? No añadamos la blasfemia á nuestros propios delitos. Dios reveló al primer hombre una religion pura, augusta, digna de la Divinidad, que debia perpetuarse entre sus descendientes. Los hombres que despues sacudieron su yugo para formarse otra mas conforme á sus corrompidos deseos, cuando la semilla del mal habia germinado en su alma, fueron responsables del inmenso diluvio de males que inundó despues la especie humana.

Al hablar de la religion primitiva del género humano, vimos que esta no podia haber nacido ni de la ignorancia ni del temor, y que su sentimiento es tan natural al hombre como las demas facultades de que se halla revestido. Nos parece que ningun lector imparcial y despreocupado pondrá en duda esta verdad histórica y de sentimiento. Mas los sofistas de la impiedad, revolviendo el cieno asqueroso de la idolatría, van á buscar entre sus inmundos depósitos algunos vapores para oscurecer el brillo purísimo de la Religion en el hombre. Aferrados tenazmente en su rancio tema, todos van repitiendo como un eco, de que el sentimiento religioso fué hijo de la ignoracia y del temor, *primus in orbe deos fecit timor*. El temor que debieron inspirar á los hombres todavía salvajes los diversos fenómenos de la naturaleza, junto con la ignorancia de

las causas físicas, les hicieron creer que todas las partes del universo estaban animadas por genios ó inteligencias superiores al hombre, los cuales distribuian á su placer los bienes y los males. Se creyó, pues, que era indispensable atraerse su benevolencia, y aplacarles por medio de respetos y ofrendas. Tal es, segun algunos rutinarios filósofos, el orígen de la religion en todos los pueblos (a); de lo cual concluyen que el politeismo fué la primera creencia, y la idolatría el primer culto.

Mas no confundamos el error con la verdad, de cuya confusion nace este sofisma. El hombre conoció desde luego que la muda naturaleza necesitaba para obrar de algun motor, y que todos sus fenómenos debian ser dirigidos por una causa inteligente. Este juicio uniforme no es efecto de la ignorancia sino de la razon y del buen sentido; y todos los siglos lo han reconocido, y lo reconocerán, á excepcion de algunos hombres delirantes, que se afanan en persuadir que creen lo contrario. En no reconocer á la materia por el primer motor no se engañaron los pueblos; pero su ignorancia les indujo á creer que cada una de las partes del universo estaba animada por un genio ó motor particular. En esto, pues, se engañaron, y este error hijo de la ignorancia produjo el politeismo: pero jamás se probará que esta ignorancia fuese la que les dió la idea de la Divinidad. Si la necesidad de un Dios es un conocimiento que dicta al hombre la razon, no lo es igualmente la necesidad de muchos dioses; y la ignorancia es la que privó al hombre de conocer la incompatibilidad de este gran número de deidades con los atributos infinitos y exclusivos de la unidad de Dios.

No hay duda que la mayor parte de los pueblos se han formado de la Divinidad una idea terrible, porque era tambien terrible la tiranía del hombre cuando abusaba del poder. De esta idea de terror nacieron los cultos absurdos y crueles que deshonraron al género humano, los terrores pánicos con que se atormentaba, los sacrificios abominables que mancharon sus inmundas aras. Cuando el hombre se imaginó una divinidad siempre ceñuda é irritada, y con sed insaciable de sangre humana, se la quiso saciar, inmolando en su honor hasta los propios hijos. Mas, este abuso abominable nada prueba; porque no deben confundirse las nociones religiosas verdaderas sacadas de la revelacion primitiva y confirmadas por la razon, con las ideas supersticiosas adaptadas en siglos posteriores y sugeridas por las pasiones. Hé aquí descorrido el velo del sofisma. Para probar que el solo terror inventó los dioses deberia probarse, primero que todos los excesos producidos por la superstieion son tan antiguos como la idea de Dios, y que la religion se ha visto infestada de ellos desde su orígen; y en seguida, que si pueblos naturalmente bárbaros y corrompidos han cometido despues excesos só pretexto de religion, es esta la que les ha vuelto tales, y no su carácter feroz el que ha desnaturalizado la religion. Difícil es probar uno y otro de ambos extremos.

(a) Tal es la teoría de Lucrecio, de Espinosa, de Hobesio, del autor del Emilio, del Sistema de la naturaleza, del Buen Sentido, de la historia de los establecimientos europeos en las Indias, y de una infinidad de otros sectarios y escritorcillos que han seguido fanáticamente las huellas de aquellos sofistas.

La idea que nos da de Dios la revelacion hecha al primer hombre no es capaz de inspirar tristeza, ni terror, ni crueldad, sino mas bien reconocimiento, amor y confianza hácia el Criador, benevolencia y caridad hácia nuestros semejantes. Además el aspecto de la naturaleza, y las señales de bondad que Dios ha derramado en sus obras nos manifiestan la mano de un bienhechor y de un padre, no la cólera de un tirano. Aunque algunos genios frenéticos hayan querido esparcir sobre la brillante creacion el veneno que corroe sus entrañas impuras, el hombre ha visto siempre en la naturaleza marcada la mano benéfica y previsora que le daba el aliento y llenaba de embelesos la corta carrera de la vida. Si el mal humor, ó el frenesí de los hombres ásperos por carácter ó agoviados por la desgracia no ha querido ver en el mundo mas que desórden, deformidad, malicia y venganza de parte del cielo; si sus ideas melancólicas y sombrías han hecho abortar sobre la tierra cultos infames y sanguinarios; si divinidades de fantasía tomaron la tintura del carácter del hombre, como confiesa un incrédulo famoso, [a] concluiremos, que el carácter y las pasiones humanas son las que han desfigurado la nocion de la Divinidad, y las que han producido todos los males consiguientes. La maldad de los pueblos ha pervertido pues la religion, lejos de haber esta inspirado maldades á los pueblos. Y realmente si nos detenemos en examinar de cerca las falsas religiones, veremos impreso en ellas el carácter particular de las naciones que las han creado: el hombre ha prestado sus pasiones á los dioses que ha forjado. Un pueblo cruel (y lo han sido casi todos) ha creido que la Divinidad respiraba como él sangre y venganza: un pueblo voluptuoso y fraudulento, como los griegos, hizo de sus dioses otros tantos mónstruos de lubricidad y de mala fe: los romanos llenos de orgullo y de ferocidad pretendieron haber heredado de sus dioses el derecho de encadenar el mundo. La religion ha sido la víctima, no la causa de todas las pasiones humanas.

Aun mas: los terrores pánicos de los idólatras provinieron de una loca confianza en los sueños, y en los pronósticos; de una tenaz y desenfrenada curiosidad de penetrar en la noche de lo futuro. Y Ciceron que nos hace un patético cuadro de estas imbecilidades humanas, observa que los filósofos las aprobaban. ¿Por qué pues hacer á la religion responsable de estos delitos, y no á la filosofía y á la insensatez de los hombres?

Y aun volviendo al orígen de la idolatría, ó adoracion de los dioses, ¿como probarán los filósofos incrédulos que el temor y solo el temor obligó á los hombres á darles culto y ofrecerles sacrificios? ¿No fué acaso capaz el hombre de otro sentimiento que el del temor? ¿Por qué siempre conjeturas, siempre probabilidades, y jamás hechos? Si abrimos la historia mas antigua del mundo, prescindiendo aun de la calidad que tiene de inspirada, veremos que es falso que los sacrificios sangrientos supusieran la creencia de un Dios irritado y sanguinario. Era muy natural el hacer ofrendas á la Divinidad para mostrarle exterior y sensiblemente el debido reconocimiento, y obtener de ella nuevos beneficios. Los pueblos

(a) El autor del Sistema de la naturaleza.

agricultores le presentaron los frutos de la tierra, y los pueblos pastores, cazadores ó pescadores, le ofrecieron las primicias de sus rebaños, de su caza ó de su pesca, porque ni unos ni otros podian ofrecer otra cosa mas propia que sus alimentos. Cain, el primero que cultivó la tierra, ofreció sus frutos. Abel, pastor, inmoló animales, y esto no prueba que Abel tuviese de la Divinidad una idea menos pura y menos favorable que su hermano.

Atribuye Porfirio el orígen de los sacrificios sangrientos á la misma causa que le damos nosotros; y en cuanto á las víctimas humanas, pretende que su uso provino de la distincion que se hacia entre los buenos y malos genios, y que solo á estos se sacrificaban hombres. Esta costumbre bárbara es pues mucho mas reciente que el orígen de la idolatría, pues mientras los pueblos se limitaron á adorar los ástros y los elementos no cayeron en exceso tan abominable.

No negaremos que la instigacion del espíritu del mal (cuya existencia no puede ponerse en duda sin contradecir á la fe) levantase la mano del hombre para el horrible sacrificio de su semejante; pero no hay duda que ese crímen pudo nacer en muchos pueblos de un uso muy inocente en sí mismo. Cesar y Diodoro de Sicilia nos refieren, que los Galos no inmolaban comunmente sino criminales. La costumbre establecida despues de acompañar este acto de justicia con imprecaciones contra el culpable y de oraciones para que Dios hiciese caer sobre su cabeza los pecados del pueblo, bastaba para que esta ejecucion apareciese como un sacrificio grato á la Divinidad. Mas el furor y la crueldad llevaron despues á inmolar inocentes. Las guerras siempre mas atroces en los primeros tiempos, no dejaron de contribuir en inspirar esta barbarie, que despues se ha visto repetida en pueblos que se llaman civilizados para saciar al ídolo feroz de la venganza. El pueblo vencedor miraba sus propios enemigos, como á enemigos de sus dioses, y queriendo satisfacer su furor con la efusion de la sangre de los vencidos, llegó á persuadirse que la Divinidad era tan vengativa como él, y que el sacrificio de los prisioneros podia aplacar al cielo en épocas de calamidad. De aquí nació tambien el uso inhumano establecido en algunos paises de inmolar estrangeros, porque los consideraban como otros tantos enemigos.

Los paganos mismos conocieron el absurdo de imputar esta infamia á la religion. En la tragedia *Taurides*, acto segundo, Eurípides hace hablar asi á Ifigenia sobre la pretendida crueldad de Diana. «Esta diosa rechaza de sus aras á los profanos, cuyas manos impuras están manchadas con un asesinato....... ¿Como podré creer que esta diosa se plazca en ver derramarse la sangre de víctimas humanas? No... Como los salvages que habitan estos climas se ceban ferozmente en la carnicería, han atribuido á la casta Divinidad su inclinacion brutal. Hago justicia á los dioses, y no puedo pensar que alguno de ellos sea capaz de un crimen.»

En *las Troyanas* acto cuarto, cuando Helena culpa á Venus de su huida con Páris, Hécuba le responde: «Callad: no hagais á las divinidades cómplices en vuestros crímenes: guardaos de envilecerlas para justificarlos. El loco amor de Páris, vuestra propia debilidad y no Venus son la causa de vuestro delito: cada es-

cusa es una divinidad para los mortales delincuentes.»

Los poetas antiguos discurrian mejor que algunos de nuestros filósofos.

Resulta pues de nuestras observaciones, que los pueblos que abandonaron las doctrinas de la primitiva religion, hechos salvages despues de la dispersion universal, se forjaron sin esfuerzo una religion conforme á su carácter y que participase de la ferocidad de sus pasiones indomables.

Queda, pues desvanecido este sofisma, de que el temor inventó los dioses, que como un fantasma aterrador han puesto los incrédulos al frente de sus tristes é insensatas teorías, para oscurecer el orígen verdadero de la religion, calumniarla en sus efectos, justificar el ateismo, y exigir la tolerancia, mientras que el terror y solo el terror de la justicia de un Dios les sugiere la frenética osadía de negar su existencia, ó poner en duda su poder. Acabemos de arrancar al error su máscara impostora.

Prescindiendo de la religion primitiva, en lo que solo pudo tomar parte la gratitud y el amor, aun despues de la caida del hombre, todos los historiadores sagrados y profanos están acordes en que la mas antigua idolatría es el culto de los ástros y de los elementos, porque se creyó que todos estos séres estaban animados. ¿Qué azotes, qué desgracias han experimentado los hombres por parte de los astros? Es evidente que solo la admiracion ó el reconocimiento pudieron inspirarles estos homenages. De ello nos convencen los himnos que los antiguos poetas compusieron en honor del sol y de la luna. Homero, Orfeo, Calimaco y otros vates celebraban sus beneficios. Moisés, Job, el autor del libro de la Sabiduría, al paso que proscriben su culto, suponen siempre que fué inspirado por la admiracion.

Si Platon, los estoicos, y casi todos los filósofos opinaban que los ástros eran séres vivientes y animados, ¿seria quizás el pavor ó la triteza quien les inspiró esta idea? ¿Y qué mucho fuese adoptada por pueblos incultos? Lo mismo diremos del culto de los elementos, que el hombre debió sin duda observar al principio en su estado ordinario, en el cual le sirven para su uso, su conservacion, su comodidad y sus placeres mucho mas que para su destruccion, porque de lo contrario pocos momentos existiria. El aire que respira, el fuego que le calienta, el agua que le sacia, la tierra que le alimenta con sus tesoros, podian ser mirados por él como torvas y maléficas divinidades? ¿qué otro culto podia darles que el del reconocimiento? Si los libros santos repiten con frecuencia que Dios crió para el hombre las diferentes partes de la naturaleza es con el fin de precaver el error de los pueblos que adoraron á todas estas criaturas, despues de haber olvidado al Criador.

¿Será por ventura el temor y no el reconocimiento el que hizo deificar á los héroes y á los hombres célebres que habian prestado grandes servicios á sus semejantes? Desconocer el orígen de esta apotheosis, seria calumniar gratuitamente al género humano. *Si tú eres un Dios*, decian los escitas á Alejandro, *debes hacer bien á los hombres, y no quitarles lo que es suyo.* Los escitas sin ser filósofos comprendieron que lo propio de la Divinidad era derramar beneficios é inspirar el amor, no el temor.

Entre la multitud de Divinidades cantadas por Hesíodo y por Homero

no llegan á una décima parte las que puedan ser miradas como séres maléficos por su naturaleza. El epiteto ordinario con que les nombran es el de *bienhechores: Dii datores bonorum.* El titulo de *Pater* dado á la mayor parte de los dioses, y el de *Mater* atribuido á las diosas, no son ciertamente señales de terror y de desconfianza.

Las fiestas y las asambleas religiosas en los primeros tiempos, y en todas las naciones lejos de excitar ideas lúgubres y aterradoras, anunciaban mas bien la gratitud y el placer, y se pasaban en festines, en danzas, en cánticos análogos á las costumbres groseras de aquellas épocas. No conocemos ni una sola de aquellas antiguas fiestas, cuyo objeto hubiese sido un suceso funesto. Las de los griegos y romanos nunca se dirigian á excitar recuerdos de pasados infortunios, sino al revés, á renovar la memoria de faustos acontecimientos, como puede verlo cualquiera en los Fastos de Ovidio y en el libro de Meurcio sobre las fiestas de los griegos; y ni el luto ni la tristeza ni el temor eran seguramente los sentimientos dominantes en las fiestas de Ceres, de Baco y de Citéres.

Casi todas las fiestas de los antiguos pueblos eran relativas á las faenas de la agricultura: celebrábanse por lo regular despues de las sementeras, de las siegas ó de las vendimias, y de consiguiente no tenian mas relacion que con los beneficios de la Divinidad. La religion es la que formó las primeras asambleas de los hombres medio salvages, y nadie dirá que la tristeza ó el temor reunan á los hombres, sino la alegría. Tan poca relacion tenian las fiestas con las desgracias del género humano, que entre los romanos *festus* y *festivus* significaba feliz ó agradable, é *infestus*, desgraciado.

Las ofrendas y los sacrificios hechos á los dioses no tenian mas objeto que alcanzar su benevolencia, darles gracias por sus dones, y obtener de nuevos; y estos sacrificios acababan por lo regular con un convite en donde reinaba un júbilo general y estrepitoso. Aun los sacrificios que tenian por objeto la expiacion del pecado, enseñaban á los hombres que la Divinidad está inclinada á la clemencia, y que se deja ablandar por los homenages y por el arrepentimiento de los que la han ofendido. La máxima dominante en el paganismo, segun Hesiodo, era que los dioses colman de bienes á sus adoradores y castigan á los impíos. En general, pues, eran mirados como árbitros sensibles al culto de los hombres, y no como tiranos siempre dispuestos á hacer mal. Plutarco en un tratado contra los secuaces de Epicuro nos traza un extenso cuadro de todos los consuelos y placeres que procura á los hombres el culto de los dioses, y le señala como una de las principales fuentes de la felicidad de la vida.

Si religion hay en el universo grosera y digna de un pueblo estúpido, es sin duda el culto que tributan los negros á sus ídolos ó fetiches. Muchas veces adoran una piedra, una flor, un árbol, un raton, un insecto, etc., ¿pero es tal vez esta adoracion ridícula porque reconozcan en tales séres un poder para dañarles? No por cierto: persuádense aquellos idólatras, que en virtud de cierta consagracion de sus sacerdotes, una piedra, una flor, un penacho de plumas son para ellos un garante de la presencia y de la proteccion de genios

invisibles, que miran como sus dioses; y este género de amuletos son para ellos un objeto de confianza, no de temor. Si pensasen que sus dioses son maléficos, no les creyeran dispuestos á derramar entre ellos tan pródigamente sus beneficios.

Mírese, pues, el paganismo por cualquier lado, en su objeto, en sus dogmas, en sus prácticas, en sus fábulas; y generalmente no se verá bajo el aspecto lúgubre y pavoroso con que los ateistas de nombre se empeñan en presentarnos la religion. La idolatría era el culto de la Divinidad adulterado, y dirigido á sus criaturas, y despues á las pasiones humanas. Si en su generalidad hubiese espantado ó contristado á los hombres, no hubiera durado tan largo tiempo, ni habria sido el destruirlo un triunfo difícil, prodigioso, reservado tan solo al ascendiente irresistible de la religion verdadera.

¿Han sido acaso menos insensatos los incrédulos, cuando han hecho derivar el conocimiento de Dios de las convulsiones de la naturaleza, y de los desastres que han afligido al género humano? Todo lo que acabamos de alegar destruye esta suposicion, para cuyo sosten seria menester probar que los hombres no han conocido Dios alguno, sino despues de haber experimentado los azotes y las desgracias de que tanto nos hablan los ateos. Estas calamidades no han sido contínuas, y han existido períodos, hánse pasado siglos sin que se hayan visto diluvios, ni temblores de tierra, ni erupciones de volcanes. ¿Y acaso en estos intérvalos han perdido los hombres la idea de la Divinidad? ¿han cesado de tener una religion? Esta se halla aun entre pueblos que no conservan recuerdo alguno de las revoluciones sucedidas en el globo.

Si el solo terror hubiese vuelto á los hombres religiosos ó supersticiosos, no hubieran estos conocido otras divinidades que aquellas cuya cólera creyesen haber probado: los pueblos desolados por un diluvio solo hubieran adorado al Dios de las aguas: las naciones azoradas por un volcan, hubieran limitado su culto á Vulcano; la tierra no hubiera tenido altares sino en los parages en donde hubiese temblado (a); las regiones devastadas por el contagio solo hubieran sacrificado á la enfermedad ó á la muerte. Mas en ningun lugar se ha formado de este modo la religion. Los peruanos selváticos todavía, adoraban al sol como una divinidad bienhechora, que los negros maldicen porque les abrasa, y no le ofrecen culto alguno, y agradecidos tributan grandes honores al Dios de las aguas. Los fenicios, segun podemos deducir de un fracmento de Sanchoniaton, en los primeros tiempos adoraron los elementos y los frutos de la tierra de que se alimentaban. Los egipcios honraron á los animales útiles mucho mas que á los nocivos, y á las plantas saludables, mucho mas que á los venenos. Los Parsis adoran al fuego, como símbolo del buen principio, llenan al malo de imprecaciones y le niegan culto. Los indios reconocen á Brahmah ó Brimha por el Criador: los chinos dan adoracion al cielo ó la inteligencia que en él reside, como al principio de todas las cosas. Por fin, los Patriarcas anteriores al diluvio adoraron al Dios mismo á quien sus descendientes han dado incienso despues de esta grande revolucion.

(a) Segun Pausanias, la Grecia estaba llena de altares y de templos erigidos á la tierra, mas no se cita uno solo bajo el nombre de *tierra tembladora*.

Estas son las mas antiguas religiones de que tenemos noticia, y ninguna de ellas está fundada en ideas de terror; ninguna ha imaginado un Dios enemigo de nuestra felicidad. Buscamos en vano en los diferentes cultos del universo vestigios de esa agitacion, de ese terror, de esa desesperacion que ha forzado á los hombres á levantar hácia el cielo sus ojos bañados en lágrimas. Y aunque el hombre se haya formado despues deidades monstruosas como las maquinaciones de su depravado sentimiento; solo su propio interés y el amor á la felicidad fué el orígen de todas sus falsas religiones, y presidió á sus piadosas creencias, y le obligó á esperar de númenes bienhechores los bienes temporales que apetecia. Pero el ateo en sus melancólicos delirios ha imaginado que todos los hombres estaban dominados de su horrorosa tristeza, y que todos temblaban como él.

Tan presto sostienen que las ideas de la religion y de la Divinidad son un efecto del temor, tan presto confiesan con Lucrecio que el temor importuno de un Dios vengador es el orígen mas comun del ateismo. ¡ Hombres inconsecuentes ! ¿cómo una misma pasion puede inspirar dos sentimientos contrarios la religion y la irreligion?

Ah! es una verdad que las pasiones tristes, el humor atrabiliario, la ingratitud orgullosa hácia la Providencia, el desprecio del género humano abisman al filósofo en las tinieblas de la incredulidad; mas, nos parece imposible que estos vicios mismos del incrédulo hayan podido producir en ningun tiempo los sentimientos religiosos.

Calumníase siempre á los sacerdotes idólatras y se les acusa de haber sido los principales autores de las prácticas supersticiosas, aun en las falsas religiones: mas aquellos ministros del fanatismo, aunque impostores muchas veces, otras fueron tan crédulos y no menos ignorantes que el mismo pueblo, y no hicieron mas que seguir el torrente de los errores comunes. Con frecuencia los filósofos influyeron mas que los sacerdotes mismos en las supersticiones populares, mayormente aquellos filósofos de quienes habla Ciceron en su libro *de Divinatione*. Los pueblos salvages no tienen sacerdotes, y son supersticiosos al extremo. Los letrados de la China no son sacerdotes y son mas supersticiosos que las mismas mugeres. No es nuevo entre nosotros, y sucedia ya entre los griegos, que se junten la supersticion y el ateismo, y que filósofos que desprecian á la religion y á sus ministros sean presa de ridículas y miserables creencias. El orígen de la fe en un poder superior á nosotros se halla en la raiz del corazon humano. Todo hombre cree, mas esta creencia en unos es racional, y obcecada en otros. El orígen, pues, de la idolatría, no fueron los sacerdotes sino la necesidad de creer y la adulteracion de la fe primitiva. Los sacerdotes nacieron de la idolatría, unas veces la hicieron mas ridícula, mas estúpida, mas sanguinaria para su provecho; pero otras fueron tambien víctimas de ella como los pueblos mismos.

Los enemigos de la religion empeñados en desacreditarla, procuran oscurecer su cuna, siguiendo el hilo de todos los errores humanos y de sus variaciones, sin decirnos una palabra de la verdad conocida desde el principio del mundo, ni de esta tradicion venerable, que por una cadena de sesenta siglos ha llegado hasta nosotros. Porque la existencia de esta sola

religion verdadera, la manera con que se ha perpetuado, los monumentos que la atestiguan, la historia que nos va descubriendo su sucesion, son un escollo contra el cual vienen á estrellarse las fútiles invenciones y los vanos sistemas de una filosofía mundana y falaz. Sí: existe una religion desde el principio del género humano: seis mil años hace que Dios es adorado en el mundo como Criador del universo; créense los mismos dogmas en el fondo, y se profesa la misma moral. La tierra ha sufrido revoluciones, las naciones se han aniquilado, las monarquías se han abismado, las artes, las ciencias han sido tan presto conocidas como ignoradas: las costumbres han cambiado, las opiniones humanas se han disipado sucesivamente, la religion sola de Adan ha subsistido, triunfando de los ultrages del tiempo, de la credulidad y de la filosofía. ¡Razonadores modernos! ya es tarde para destruirla: vuestros predecesores se han estrellado: en vano desenterrais del polvo sus sistemas ya olvidados: vuestros escritos pasarán como los suyos: la fiebre del siglo es una de las muchas dolencias humanas, que ha hecho ya su crísis: la indiferencia misma es un vapor pasagero que levanta el hombre sobre el horizonte de la razon humana, y que el hombre mismo disipará, como ha hecho con los demás errores: vuestros esfuerzos insensatos no servirán sino para dejar á las edades venideras un monumento de mas de la impotencia del error y del triunfo de la verdad.

(41) Es cosa ya averiguada que en aquellos tiempos ni los hebreos ni los cananeos ni los egipcios tenian moneda alguna acuñada, marcada ó sellada; pero en su lugar se valian para el comercio de ciertas piezas de plata ú oro de un peso determinado; y para fijar su valor por su correspondencia á un peso comun en que todos se conviniesen, usaron desde luego del siclo, al cual dieron el peso que, segun Josefo *Antiquit.* lib. III c. 8 era igual al de cuatro *dracmas Aticas*. Pero como no todos los autores concuerdan en dar al siclo el valor que expresa Josefo, ni en la correspondencia que tienen los dracmas de los atenienses con nuestros pesos comunes, se varia mucho cuando se trata de señalar el valor del siclo en moneda de nuestro uso. El Sr. Bayer en su erudito Comentario *de Num. Heb. Samaritan.* pag. 65, pesó dos de los siclos, que al parecer de muchos doctos se acuñaron en los primeros años del reinado de Simon Macabeo; y halló que el uno que llama *Regio Matritense* pesaba ciento ochenta y nueve granos de los quinientos setenta y seis que componen nuestra onza corriente; y el otro que fué de Arias Montano, y llama *Escurialense*, era de peso de doscientos cincuenta y dos granos, que es el mismo peso que le dió Josefo. Y á esta cuenta el *Matritense* pesa tres dracmas Aticas de sesenta y tres granos cada una, y el Escurialense cuatro dracmas de aquella onza compuesta de ocho dracmas, ó de quinientos y cuatro granos. A este respeto, pesando nuestra onza quinientos setenta y seis granos, vale nueve dracmas de sesenta y cuatro granos cada una; y como entre nosotros la onza de plata *de ley de diez dineros* por solo su peso, excluida la estimacion del sello, vale diez y ocho reales de vellon, que son dos reales por cada dracma, se infiere que teniendo los siclos mencionados dos sextas partes de liga, como comprobó el se-

ñor Bayer en la misma cantidad que nuestra moneda corriente, será el valor de cada siclo por su peso de cuatro dracmas igual á ocho reales de vellon, menos un maravedí por cada dracma, y una octava de maravedí por los nueve granos, y una dracma que tiene de menos la onza Atica comparada con la nuestra; y asi el siclo vale siete reales de vellon y treinta maravedís. Y este valor dió al siclo Arias Montano, que nos parece muy fundado, apoyado en este cálculo. (Nota del P. Scio al Génesis cap. XXIII, ver. 15).





AGAR.

¿Quién dará agua á mi cabeza,
y á mis ojos fuentes de lágrimas?
(Jeremías).

A quién es desconocida la tan interesante como melancólica historia de Agar, de la muger á la cual puede aplicarse aquella imagen de un poeta contemporáneo: A la manera de un lirio inclinado por el peso de la lluvia dobla sus llorosas hojas, si la mano del Señor pesa sobre vos y os agovia, bajad vuestra cabeza y llorad? Tanto la instruccion religiosa que eleva la inteligencia del pueblo al nivel de los grandes sucesos, como el arte cristiano que como una predicacion muda cautiva por medio de la vista á los que por indiferencia ó por orgullo rehusan prestar oido á la voz de la Iglesia, hacen vivir el nombre de Agar, y nadie habrá entre nosotros que desconozca enteramente los destinos de esta esclava.

Y en realidad, entre las personas á quienes honró Dios en la tierra de una manera especial, y que fueron escogidas para ejercer una poderosa influencia sobre el porvenir religioso de las razas humanas, ocupa Abraham, como hemos visto ya, uno de los mas eminentes lugares. Noso-

tros, los cristianos, le llamamos nuestro progenitor en la fe; los musulmanes le veneran como á padre de Ismaël, tronco de las tribus árabes del Asia, en donde tuvo principio y se propagó principalmente la ley del famoso impostor de la Meca: los judíos se refieren á él, asi por la sangre, por ser el progenitor de su pueblo, como por las creencias, por haber sido el depositario de las promesas que hizo el Señor sobre Israël; y el universo entero está lleno de sus recuerdos. Su vida, tan instructiva como brillante, encierra lecciones llenas de misterios, y todo lo que le rodeó, participando, por decirlo así, de sus colosales proporciones, resplandece hasta el presente bajo el inmortal reflejo de su grandioso renombre. Así es como la existencia de Agar, sirvienta del padre de los creyentes, se halla elevada á la altura de un suceso, cuyo ruido llenará el mundo, y toma el carácter de una grave leccion que se propondrá á la consideracion de todos los siglos cristianos; pues que, esposa de segundo órden, y constituida madre en la esclavitud, es la figura del judaismo, que no da á sus hijos sino una verdad elemental y una libertad incompleta; en tanto que Sara, esposa privilegiada, y asegurando á su hijo todos los derechos sobre la herencia paterna, es la figura de la Iglesia, que da á sus hijos la libertad con gloria y la libertad con efusion.

Esta idea es demasiado fecunda y capital en la religion para que la pintura, recibiendo las inspiraciones del dogma católico, dejase de reproducirla en sus cuadros. Hay, en efecto, numerosas y bellas composiciones, representando los diversos pasajes de la historia de Agar; Gozzoli, el Guerchin, Benedetto Castiglione, Felipe Van-Dyck y Lesueur han pintado con superior maestría á Agar, castigada por Sara, ó bien despedida por Abraham. Andres Sacchi y Cárlos Maratte en la escuela italiana, Lebrun en la escuela francesa, y Bartolomé Spranger en la escuela alemana nos han dejado magníficos cuadros de Agar en el desierto. Abraham en el acto de despedir á su servidora está lleno de moderacion y de dignidad en Lesueur: en Cárlos Maratte, la cabeza de Agar, escuchando las palabras consoladoras del ángel, está llena de una admirable expresion. La historia casi entera de la esclava del patriarca caldeo se mira tambien representada en alguno de los bajos relieves de la catedral de Milan.

Y aun humanamente hablando, y prescindiendo de la religion y del

arte cristiano, la vida de Agar pudiera ser tambien digna materia de legítima y elevada curiosidad, pues es la historia de las rivalidades que la poligamia dispierta y alimenta en el seno de las familias, y de las dolorosas heridas que hace á la ternura de las madres: es el cuadro interesante de una pobre y débil muger que huye del descontento de su señora y se extravía en medio del desierto; pero á la cual se digna Dios consolar y sostener: es la relacion de los principios de un grande pueblo, que sucesivamente feroz, elegante, y despues salvaje, supo hacer la guerra y cultivar las artes, y que, despues de cuarenta siglos, conserva aun en sus costumbres de hoy la traza de sus costumbres originarias.

Abraham habia recibido de Dios la promesa de una posteridad numerosa. Pero con todo, él iba avanzando en años, y Sara, su muger, era estéril. Sara tenia para su servicio á una jóven egipcia, llamada Agar, y dijo á su marido: « Tú sabes bien que Dios no me concede hijos: recibe, pues, á mi sirvienta, que tal vez te los dará. » En esta invitacion se sintió indudablemente movida por santas intenciones, proponiéndose preparar de este modo el cumplimiento de la palabra proferida en favor de Abraham. Mas como no puede encaminarse á un fin por laudable que sea, sino por medios tambien laudables, no hubiera podido ella ofrecer á su marido una nueva esposa, si no hubiese estado entonces en uso la poligamia. En efecto, Dios habia positivamente cambiado por algun tiempo la primitiva condicion del matrimonio, ó tolerado, cuando menos, que se introdujese una grave modificacion en el contrato. Sin esta derogacion, hecha por autoridad divina, la pluralidad de mugeres habria sido un crímen: pero por efecto de esta derogacion, la pluralidad de mugeres era ya una cosa permitida, y las esposas eran igualmente legítimas, aunque no elevadas todas á igual categoría. Por lo demás, no debemos asimilar la conducta de los patriarcas en este punto á lo que se practicó por las naciones paganas, y menos aun á las habitudes de voluptuosa intemperancia que han dominado en el Oriente. Por las castas y religiosas costumbres de las antiguas edades, la muger de segundo órden se hallaba rodeada de un respeto y de una dignidad que nunca le dió la ley romana, por ejemplo, y de que el islamismo llegó hasta despojar á todas las mugeres.

La pluralidad de uniones (no de mugeres), ó la poligamia, ya eventual

por la facultad del repudio, como en los judíos, ya actual por la cohabitacion como en los turcos, solo puede ser tolerado en aquel estado puramente doméstico de sociedad que precede á toda institucion pública, y se llama estado *patriarcal*, ó cuando se retienen aun sus hábitos; porque la multiplicacion de la especie que la poligamia favorece solo en este estado de la sociedad, puede convenir á una comarca que tiende á elevarse á la fuerza y dignidad de nacion.

Esta ley no es contraria á la naturaleza física, pues no priva la reproduccion de los seres, y que muchos hijos puedan nacer de un solo padre y de muchas madres; pero esta ley es imperfecta bajo los respetos morales, porque rompe la unidad moral ó la union de los corazones, introduciendo muchas sociedades en una familia, y muchos intereses diversos en una casa.

Pero si la poligamia es solo imperfecta en el estado naciente de la sociedad, pasa á ser mala en un estado mas adelantado; porque á esta edad de una nacion, la comunicacion de los dos sexos es ya mas frecuente por la aproximacion y el roce de las familias, y menos inocente por el gusto de los placeres y el refinamiento de las artes, efecto del aumento de riquezas y asi enciende la pasion del amor, pasion sin peligro en un pueblo naciente, porque sigue á la union de los sexos, pero pasion terrible cuando la precede, como en un pueblo adelantado, en donde transforma la facultad del repudio en un tráfico de adulterios, y la poligamia en un bárbaro calabozo, en donde se mutilan los hombres para vigilar á las mugeres; estado contra la naturaleza del ser físico, que produce la opresion de la humanidad, el abandono de la infancia, y hasta, como observa el autor del *Espíritu de las leyes*, los amores contra naturaleza, de lo cual cita notables ejemplos; estado por consiguiente opuesto á la naturaleza; y los turcos perecen, porque se obstinan en conservar en estado de nacion una ley soportable únicamente en el estado de familia, antes de toda nacion.

En este estado original de sociedad, ó vecino del estado original, como la poblacion es una necesidad, la esterilidad es una calamidad, y hasta un oprobio, y cuanto puede alterar la union es un tuerto. El hombre despide la muger por causa de esterilidad, y hasta por no agradarle, *proter fœditatem.* Tal es la ley de los judíos, ley que, como dirigida evidente-

mente á la multiplicacion del pueblo, conviene á la infancia de una nacion, y por esto en el dia en los salvajes, como entonces en los judíos, el hermano se casa con la viuda de su hermano. La ley de Moisés condenaba á muerte una muger adúltera, y era un acto de humanidad del marido el repudiarla, pudiéndola enviar al suplicio (Beroger).

La ley que permite el repudio es una ley imperfecta, por considerar el matrimonio mas bien como la union de los cuerpos que como el vínculo de los corazones, pues le disuelve por enfermedades corporales. Es una ley dura, porque castiga una muger por las faltas de la naturaleza; le quita su existencia social por la esperanza incierta de una union mas fecunda, ó porque carga sobre ella sola la desgracia de una union estéril, cuya falta puede ser imputada á su esposo, y no queda jamás probada contra la muger.

Pero esta ley no es contra la naturaleza de los seres en sociedad; es decir, que no es destructiva de las relaciones naturales del poder y de los subordinados, pues deja exclusivamente en el hombre el atributo esencial del poder, el derecho de discutir las acciones de la mujer y de juzgarlas, y no separa los hijos de su padre. Este poder en el hombre es hasta excesivo y llevado hasta el despotismo; y nótese de paso que en el nacimiento de la sociedad doméstica, como en el de la sociedad pública, el poder es siempre menos regulado y mas violento.

Hé aqui el motivo del repudio en los judíos, ley imperfecta, y *por un tiempo como todo lo imperfecto*, pero ley que no era mala ó contra naturaleza, y aun pudiéramos creer, con muchos intérpretes, que la repudiacion en los judíos era solo una separacion *à mensa et à thoro*, que permitia al hombre, y no á la muger, el contraer otra union; pues la ley del Deuteronomio llama á la muger despedida que ha pasado á segundas nupcias, *manchada y abominable ante el Señor*. Josefo (lib. XV, cap. XI) dice expresamente que las leyes no permiten, ni aun á las mugeres repudiadas, volverse á casar sin permiso de sus maridos.

En un pueblo naciente la ley de repudio puramente facultativa, no es de peligrosas consecuencias, porque se usa poco de ella, y por la vida frugal, laboriosa, y mas sanos alimentos de la familia, hay en los dos sexos menos deseos que provocan el repudio, y menos de esas enfermeda-

des que lo justifican. En esta edad social la pasion dominante del hombre no es el deleite, y el marido considera á su muger mas por los servicios que le trae que por sus ventajas exteriores. Así lo vemos en las clases inferiores, en las que el pueblo está siempre en la edad primera de la sociedad. Generalmente, cuanto mas un pueblo vive en el estado doméstico, son las mugeres mas dependientes y siervas. El salvaje deja á su muger todos los trabajos penosos; lo mismo era entre los germanos, y aun se observa en algunos paises de Europa sometidos á la ley romana, en donde las relaciones de las personas domésticas son mas marcadas. El mismo paisano, que mira al divorcio con horror, creeria faltar al extranjero, á quien honra y recibe en su casa, haciendo sentar su mujer en la misma mesa.

Mas, á medida que la sociedad judáica pasó del estado doméstico al estado público, la ley del repudio le convino menos, porque se usó mas de ella, y poco á poco esta condescendencia del legislador produjo un libertinaje desenfrenado. Léese en la *Synopsis de los Críticos*, dice Rastignac, que Naaman hizo publicar por un heraldo: «¿Qué muger tendré cada dia ó durante mi permanencia aquí?» La escuela del rabino *Hillel* enseñó que un hombre puede repudiar á su muger por haber dejado quemar una taza de caldo; y el rabino *Akiba*, que contó hasta 80,000 discípulos, inculcaba que el marido podia repudiar á su muger tan solo porque hallaba otra mas bella, y hasta sin pretexto alguno. Mas asi en la familia como en el estado, el abuso del poder prepara su caida: el exceso de repudiar trajo el divorcio recíproco; la ley daba al marido el poder de repudiar á su muger, y la muger usurpó al fin el poder de repudiar á su marido. Jesucristo echó en cara á la Samaritana el haber tenido cinco maridos. El primer ejemplo fue dado por Sacoma, muger de Herodes el Grande, «la cual dice Josefo, lib. XV, envió el libelo de repudio á su esposo Idumeo, contra el uso de nuestras leyes que no dan este poder sino á los maridos.»

El gobierno de la familia fué pues entre los judíos de una severidad que rayó en dureza, y obsérvese que el gobierno de este pueblo por el mismo Dios, fué tambien de una severidad extrema; y solo por sangrientos castigos y calamidades contenia en el deber á este esclavo pronto siempre á rebelarse.

Aunque el padre podia privar al hijo de la bendicion paternal, no podia derramar, como en las leyes paganas, la sangre del hijo; pues estaba reservado al poder público el castigo de muerte á la muger adúltera y al hijo rebelde.

El repudio pues conserva al marido el poder de juzgar á la muger y de condenarla al extrañamiento doméstico, y es siempre un acto de jurisdiccion aun cuando no es un acto de justicia; ley imperfecta, pero no viciosa ni mala como el divorcio recíproco, que es contra naturaleza, pues dió á la muger jurisdiccion sobre el marido, atribuyéndole el poder de juzgarle y condenarle, bien sea que ella provoque el divorcio ó que tan solo le ratifique. Y como la muger es mas débil, usa con mayor frecuencia de este poder usurpado. El divorcio es provocado por las mugeres con mas frecuencia que por los maridos; y segun M.ª Neker, «la confederacion de las mugeres que solicitan el divorcio es muy numerosa.» M. Montesquieu reconoció la diferencia entre la repudiacion y el divorcio, pero no fué exacto en esta distincion. «Hay dice, entre el divorcio y el repudio la diferencia, que el divorcio se hace por un consentimiento mutuo por ocasion de una incompatibilidad mutua, en vez de que, el repudio se hace por la voluntad y la ventaja de una de las partes, prescindiendo de la voluntad, y de la ventaja de la otra.» Esta definicion en que supone el autor dos voluntades en la familia, y de consiguiente dos poderes, no es exacta, pues el divorcio puede obtenerse, y sucede muy á menudo, sin el consentimiento, y hasta á pesar de la oposicion de una de las partes, sin que esta halle incompatibilidad en vivir con el otro, y muchas veces hasta cuando ella pone su dicha ó alomenos su deber en suportarla. De esta diferencia pues entre el repudio y el divorcio mutuo y de la razon natural en que se funda, debe concluirse que Dios que toleraba en los judíos una ley imperfecta, no hubiera permitido una ley contra naturaleza, como un padre que cierra los ojos á las ligerezas de un hijo, pero castiga su desobediencia.

La pluralidad simultánea de mugeres era admitida entre los asiáticos, como lo es aun; pues este pueblo niño no ha podido salir aun del estado de imperfeccion. Mas esta especie de matrimonio lleva hasta el exceso el poder del hombre y la dependencia de la muger. Este despotismo doméstico se aviene muy bien con el despotismo político, y el despotismo político man-

tiene y fortifica el despotismo doméstico. Esto es lo que se ha visto siempre y se ve aun en el Oriente, esclavos en la familia y esclavos en el Estado. Los hijos en Egipto no osan sentarse delante de su abuelo mientras que el pueblo tiembla ante los beys; y únicamente el exceso del poder doméstico mantiene en este desgraciado pais, como en otro tiempo en Roma, las familias bajo alguna forma de estado público de sociedad.

Ora la facultad mutua del divorcio sea la causa, ora sea el efecto del gobierno popular, lo cierto es que el divorcio mutuo, verdadera democracia doméstica que da á la parte debil de la sociedad jurisdiccion sobre la parte fuerte, y hasta el derecho de deponerla para transportar á otra parte el poder, se halla entre los griegos con la democracia pública ó política, que atribuye al pueblo el poder soberano y la facultad de delegarle; pues el pueblo, asi como la muger, si hace divorcio con el poder es para pasar á un segundo convenio; y cuando Dios en la Escritura increpa al pueblo judío el querer renunciar á su alianza, no le da otro nombre que el pueblo *adúltero*.

En la democracia de Atenas fué donde las leyes de Solon permitieron por primera vez el divorcio á la muger, que quizás ella se permitia antes de la ley. Este pueblo niño, como le llama Platon en el *Timeo* en que, dice, nunca hubo vejez porque nunca adelantó en la senda social; éste pueblo en su vana sabiduría que buscó siempre fuera de la naturaleza, *Græci sapientiam quærunt* lo desnaturalizó todo en la sociedad doméstica, política y religiosa. Llevó á la familia la ley del divorcio mutuo, y de los amores abominables. *Mihi quidem hæc in Græcorum gymnasiis nata consuetudo videtur, in quibus uti liberi et concessi sunt amores*, dice Ciceron. Él enseñó el ateismo al universo (1).

Despues de estas sucintas observaciones acerca la naturaleza de la poligamia y del repudio entre los judíos, que puede servir como de complemento á lo que dejamos someramente indicado en la introduccion; seguiremos la triste historia de la esclava de Sara. Luego despues que, con sorpresa suya, se vió Agar admitida en el lecho de Abraham, no se mostró tan grande como lo exigia la elevada dignidad que tan inopinadamente le acababa de caber en suerte. Esposa de Abraham, pudo esperar un hijo, y viéndose mas feliz que su señora, la miró con cierto menosprecio. Cosa admirable! mas comun y pronto es en el hombre el dejarse corromper por

la dicha que ambiciona, que el dejarse oprimir por la adversidad que teme. ¿Acaso Dios nos hubiera dado mas fuerzas contra el dolor, porque es mas frecuente, que contra el placer, por ser este mas raro? O bien será asi por la razon de que para hacer frente á la desgracia no se necesita sino valor, y para sostener el peso de la prosperidad se necesita virtud? Los triunfos nos embriagan, y parece que impeliendo hácia el puerto la nave de nuestra fortuna, el viento favorable nos hincha al mismo tiempo de orgullo; y que la seduccion obra con mayor fuerza en aquellos que partiendo de inferior esfera llegan á mas alta region y de un modo inesperado. Ved aqui porque el poder cuando sube repentinamente de clases ínfimas ó abyectas á ejercer su accion sobre la sociedad, es cien veces mas opresor y arbitrario que cuando nace de una region que la es propia; y el hombre naturalmente elevado no anela tanto satisfacer su engrandecimiento con la humillacion de los demás. Estos enjambres de reyes medio desnudos, en expresion de un célebre contemporáneo, que surgen de la hez de la sociedad, son los tiranos mas temibles del género humano, comparables únicamente en ferocidad con aquellos mónstruos sobre el trono que esclavizaron el mundo, cuando la ley de Jesucristo no habia quitado aun de mano de los príncipes el cetro de hierro para darles en su lugar el báculo paternal. Si la humanidad está condenada á pasar por esta terrible prueba de opresion y de exterminio; si ha de verse conculcada, aun cuando no sea mas que por un rápido período, por la ley brutal de la fuerza, y por la única superioridad del número; preciso será adorar los designios soberanos de la Providencia; pero forzoso será tambien confesar, que semejante inaudita calamidad ó bien anuncia la agonía del mundo, ó bien necesita para conjurarse una voz tan poderosa como la que volvió á poner en órden los elementos desencadenados despues de la inundacion universal.

Pero al mismo tiempo que deploramos los destinos del mundo si ha de dejar de ser gobernado por el poder de la inteligencia y de la virtud, y ha de gemir bajo el yugo inconcebiblemente tiránico de la muchedumbre desenfrenada, diremos con la misma imparcialidad á los grandes de la tierra, á los hombres elevados á la cumbre del poder ó de la fortuna, que la superioridad, de cualquier género que sea, no fué concedida á los hombres por la vana satisfaccion de su amor propio, ni para la opresion y

aplastamiento de los demás hombres; pues si crió Dios las desigualdades en el mundo fué para acercarlas entre sí por la ley de un mutuo y armonioso concierto: por esto colocó la fuerza al lado de la debilidad, á fin de que la humanidad pudiese ofrecer el espectáculo de todas las virtudes posibles, asi de la dicha que se sabe compadecer como del sufrimiento que sabe resignarse.

Sara quedaba expuesta pues al menosprecio de Agar; y como la desgracia suele ser suspicaz y sombría, quizás llegó hasta ser injusta con Abraham, pues que en sus quejas parecia echarle en cara el no hacer lo bastante para reprimir la insolencia de su sirvienta. Y respondió el patriarca, «tu sirvienta está en tu poder, trátala como bien te parezca.» Porque si bien Abraham era marido de Agar, no por esto dejaba de ser su señor; y la esclava, bien que elevada al rango de esposa secundaria, no por esto quedaba legalmente exenta del poder de su dueño, que conservaba sobre ella derecho de vida y muerte, siendo propiedad suya como parte de sus bienes. Con abandonar á Agar, hallábase libre Abraham de la especie de responsabilidad que Sara, demasiado prevenida, hacia pesar sobre él, creyendo, como creia de otra parte, curar con este medio la herida que se habia abierto en el corazon de su muger, pues suele suceder que cuando la venganza es fácil en demasia, se pierde el sentimiento y el deseo de vengarse.

Con todo no así sucedió en Sara: ella castigó á su sierva con bastante severidad, y hasta ciertos autores han opinado que excedió los límites de una correccion permitida. Cada cual puede observar en sí mismo que en general, la virtud de la indignacion es mal entendida y peor practicada: muchos hombres se identifican con los títulos ó dignidades de que están revestidos, y se persuaden velar por el respeto de los principios, cuando no hacen mas que defender su persona; y asi el esfuerzo que hacen para reducir á los otros á la senda del bien es áspero como el egoismo, y estéril como una contradiccion. Porque si se corrige es sin duda ó para resarcir daños causados, enmendar faltas ó prevenir abusos, consecuencia unos y otros de una pasion ciegamente seguida. Si pues, al presentarse cualquiera como vengador de la verdad y de la justicia, obedece al impulso de si mismo, ó sea á su propia pasion de cólera, de orgullo ó de interés,

¿cómo el inferior, que pecó por ignorancia ó debilidad, volverá mejor á la voz del superior que peca con luces y fuerzas superiores? La correccion en tal caso no es ya un aviso paternal y saludable que el derecho da al deber, sino una ignoble querella de hombre á hombre, de flaqueza á flaqueza. Verdad es que la falta del que castiga en nada justifica al que merece el castigo; pero por cierto que no le edifica, antes bien viene á ser un escándalo funesto: y de este desorden moral de amarga trascendencia se lamentan muy justamente la religion y la sociedad.

Si, al contrario reconocemos, con otros escritores, que Sara, igualando la represion á los delitos, no hizo mas que oponer un rigor discreto á un orgullo que no podia domarse por otros medios templados y conciliatorios, como así debemos creerlo; este acto de imprescindible justicia da lugar á otras no menos importantes reflexiones.

Si justificamos pues á Sara por la severa resolucion que tomó contra su orgullosa esclava, conforme el sentir de varios Padres de la Iglesia, este rigor nos ofrece una imágen de la juiciosa severidad que el alma, siendo señora, debe desplegar sobre la carne, que es sierva. Al alma honoríficamente decorada con los brillantes dones de la inteligencia y de la libertad, fuerte por el íntimo sentimiento de su vida superior y celeste, corresponde reinar como soberana sobre el cuerpo que ella anima y dirige; al cuerpo empero, energía ciega y poder subalterno, pertenece doblarse dócilmente á las órdenes emanadas del alma, de la cual si bien es glorioso compañero, pero no igual, y mucho menos señor. A menudo los sentidos ahogan con gritos de sedicion la voz del mandato; se resisten con pertinaz descaro y llegan á amenazar el cetro del que debe mandarlos; y desde el seno de un miserable placer insultan al espíritu que queria conservarles bajo la ley de una dependencia legítima. Entonces es cuando el espíritu debe acordarse con celoso empeño de su dignidad originaria, entrar otra vez victoriosamente en su autoridad desconocida, hacer expiar á sus esclavos, los sentidos, sus pasadas insolencias, y sujetarlos otra vez á un yugo á que no tienen por cierto el derecho de sustraerse. Como el leon debilitado por el cansancio y las heridas, que en el último esfuerzo de su rabia viene á espirar á los piés del cazador, así el audaz levantamiento de los apetitos sensuales debe aplacarse y morir bajo el peso de los duros y

numerosos combates con que debe luchar con ellos el espíritu. En una palabra: que Sara sepa hacerse temer, y debe obedecer Agar.

Este desorden moral en el individuo, produce el desorden moral en la sociedad doméstica, y este desorden multiplicado y generalizado trasciende tambien en el trastorno y desquiciamiento de la sociedad pública. El mundo moral se halla intimamente eslabonado desde el individuo á la familia, y desde la familia al cuerpo político y social. Una pasion perversa no dominada puede ser orígen de inmensos desastres, y la transgresion de la ley contra la autoridad de la razon en el individuo produce sucesiva y á veces rápidamente la transgresion y el desprecio de todas las leyes en una sociedad corrompida y desquiciada.

Cuando Abraham permitió á su esposa que obrase á su sabor contra su sierva, que tambien era esposa suya, fué para sosegar la inquietud de su muger, y manifestar al mismo tiempo que no tenia parte en los desmanes de su esclava. Sara le habia inculpado su comportamiento de tolerancia, atribuyéndolo á una especie de ingratitud. Mal te portas conmigo, le dijo: yo te dí á mi esclava por muger, la cual viendo que ha concebido, me mira ya con desprecio. Aun hace mas Sara, apela á la justicia suprema de Dios, como si dijera: Si tú no me haces justicia, Dios será nuestro juez. ¿Qué habia de hacer entonces el patriarca, cuando Sara le culpa en cierto modo aquello de que ella misma es culpable? Lleno de aquella discreta mansedumbre que en ciertos casos es el mejor consejo de la rectitud, deja á la esclava á la disposicion de su señora, despojándose, por decirlo así, de la autoridad que sobre aquella tenia. La esclava castigada por su señora, ya fuese con el abatimiento ya con la humillacion, cae en desaliento, y huye. Dirigióse hácia el lado de Egipto su patria, y fuéle preciso atravesar un vasto desierto que se extiende hasta el Mar Rojo, á cuya extremidad viniendo desde Hebron á Egipto por el desierto de Sur, que sirve de término á la tierra de Canaan, habiendo llegado junto á una fuente que se hallaba en el camino, apareciéndosele un ángel en figura de hombre, le dijo: «Agar, sierva de Saraï ¿de dónde vienes y á dónde vas?» — «Voy huyendo, respondió ella, de la presencia de Saraï mi señora.» Y añadió el ángel del Señor: «Vuélvete á tu ama, y humíllate á sus órdenes.» Esto mismo es lo que importa recordar y prescribir á todos cuantos se sienten abatidos

por las dificultades y con falta de valor para vencerlas; á las almas frívolas y á los corazones flacos que no comprenden el carácter de la vida ó que no tienen fuerza bastante para aceptarla tal como Dios la ha destinado. El trabajo y la humillacion de que aqui deseais escapar bajo una forma, nos aguardan un poco mas lejos bajo otra; y tal vez con mayor intensidad: aqui evitareis la brusca reprehension de un amo; y vais á encontrar delante de vos la salvage inmensidad del desierto. Lógrase el triunfo por medio del valor que lucha, y no por la cobardía que retira.

El celeste enviado dice además á la fugitiva: «Multiplicaré en tanto grado tu descendencia, que por su multitud no podrá contarse. Has concebido y darás á luz un hijo, al que pondrás por nombre Ismaël, porque el Señor te ha oido en tu afliccion.» Algo de parecido pasa en los corazones acometidos y probados por los atractivos del mal ó por los rigores del infortunio: la tentacion les marchita, les abate, pero el ángel destinado á su guarda les vuelve á levantar de su postracion, y hace reverdecer su valor y su esperanza: corrige la laxitud y el terror en que los ha sumido el peligro, por la promesa de los socorros que envia el cielo, y de las recompensas que reserva al heroismo. Porque de una parte la proteccion y la misericordia divina cubren al pecho atribulado como una égida celeste, y de otra, si es hombre de bien, sus actos quedan como una gloriosa y fecunda posteridad: su ejemplo traza un sendero de luz, y presta alas de fuego á los que quieren seguirle en la virtud: sus obras resisten á la accion devastadora de la muerte, y por el lazo del merecimiento van á unirse para siempre desde esta vida á la vida futura al través de las profundidades del sepulcro.

Y continuando á hablar de Ismaël, le dijo el ángel: «Este será un hombre fiero: se levantará él contra todos, y todos contra él, y fijará sus tiendas frente á las de todos sus hermanos.» Nada mas fácil que el saber si se cumplió despues esta profecía. Antes de morir Ismaël se hizo temer de todo el país que mas tarde fué nombrado la Arabia. Su posteridad mezclada con la posteridad de Héber, bisnieto de Sem, pobló las comarcas que se extienden desde el Eufrates al Mar Rojo y á los confines del Egipto, y desde las orillas del Océano indio hasta la Palestina. Él fué el padre de los árabes ó sarracenos, nacion guerrera, cruel, inconstante, de vida nómada ó sin

habitacion fija. En su pobreza y en su sobriedad pocas cosas bastan al árabe; pero en su fiereza hay una á la que no renuncia jamás, y esta es la independencia. Mejor protegidos por sus desiertos de lo que lo están las lejanas islas defendidas tras de abismos insondables, y colocadas bajo la guarda del Océano, nunca vió á sus enemigos plantar sus tiendas sobre la tierra que le fué señalada en herencia. Los persas, los griegos, los romanos no le han sometido. Todas las grandes invasiones vienen á espirar á sus piés como rios que se pierden y mueren en los arenales, y los pueblos europeos que cien veces le han vencido, no han podido domarlo todavía. Tribus errantes, los árabes vivieron por largo tiempo de comercio, de fraude y de pillage. La Judea, la Idumea, los moabitas y amonitas están en medio de los árabes descendientes de Ismaël. Los Scenitas ó de Agra ocuparon la parte oriental, y los otros ismaelitas la Arabia Petrea y la Feliz. Los árabes han presentado siempre una mezcla extraña de rasgos generosos y de instintos groseros, de ferocidad y de heroismo, de hospitalidad y de latrocinio. Dotados de pasiones ardientes y de una fantasía llena de encantos, sensibles, arrebatados, entusiastas, han sido capaces de llegar al colmo de la civilizacion luego que han estado en contacto con ella; y serian los dueños del mundo si hubiesen sabido renunciar á su vida errante y á su delirio por la independencia. A principios del siglo octavo, los reunió Mahoma bajo una ley comun, disciplinó sus fuerzas, y soplando el espíritu del fanatismo sobre esta organizacion nueva y enérgica, los envió á la conquista del mundo. Volaron ellos llevados en alas de la victoria, uniendo al gusto feroz de las batallas el culto delicioso de las ciencias y de las artes, sin duda porque la guerra, como todos los grandes dolores de la humanidad, purifica y regenera las naciones, y las fecunda aproximándolas. Mas esto pasó con la velocidad del rayo, pues fieles á sus habitudes nómadas los árabes no hicieron mas que levantar y alzar sus tiendas en los campos de la gloria. Muchos siglos hace que se halla plegada la bandera que enarbolaron, y la Europa cristiana deponiendo sobre ella la Cruz y su espada, dió la señal de que no volveria ya mas á desplegarse. Y realmente, la lengua, las leyes, las costumbres, la fisonomía misma, todo anuncia que el árabe ha conocido la civilizacion, y que el estado salvage en que ha vuelto à caer, anuncia no un pueblo inculto sino una

nacion que pasó por un rápido período de gloria de la infancia á la decrepitud.

Prescindiremos del genio y del carácter del legislador de la Meca, de su nacimiento, de su supuesta revelacion, de sus primeras persecuciones, de su fingido viaje al cielo, de las vicisitudes de sus doctrinas, de sus rápidas victorias, y del asombroso prestigio que supo dejar entre los suyos para despues de su muerte. La historia de Mahoma es un tejido de acontecimientos extraordinarios, empujados por las circunstancias á un punto casi increible de grandeza y de impostura. Aquel hombre singular, mezcla portentosa de prendas naturales, de astucia para la seduccion, de valor indómito, de trato embelesador y de talentos adquiridos, sintióse con audacia para fascinar á un mundo medio idólatra y corrompido, predicar una religion nueva, hija monstruosa y enemiga á un tiempo de las que se conocian; trastornar, por decirlo así, el órden religioso, político y social de su siglo, para exclamar en medio de pueblos ardientes y belicosos: Hijos de Ismaël! yo os traigo el culto de Noé y de los patriarcas. Proclama la unidad de Dios, exalta sus grandezas con algunos bellos rasgos de los sagrados libros, usurpa y desfigura algunos dogmas del Cristianismo, y algunos de sus preceptos morales, al paso que quita del hombre el libre alvedrío, al paso que hunde toda la moral en el caos del fatalismo. Nunca se vió impostor mas sagaz ni mas afortunado. Su religion, apenas nacida, se derrama como un torrente por las Arabias y por la Etiopia; y aun cuando el legislador guerrero, al ir á lanzarse como un leon sobre Heraclio, muere de un veneno; con todo, no se detienen los progresos de su religion, que penetra la Siria y la Palestina, la Turquía y la Persia, hace temblar el Asia, conquista el Egipto y la Alejandría, rinde y avasalla la Mauritania, y avanzando hasta las extremidades del Asia occidental, no se detiene hasta las orillas del Océano.

Esta inundacion inmensa que somete bajo la media luna la mitad de nuestro emisferio, llegó tambien hasta nuestra patria, y entronizóse tambien en ella por largos años la dominacion mahometana. Y prescindiendo ahora de la vasta historia de esta transformacion social y religiosa, nos limitaremos á indicar que muy notable debió de ser la influencia de aquel grande suceso en la marcha del mundo y de la humanidad. Él fué preparando la

posterior invasion que habia de suspender por algunos siglos en las mas bellas regiones del mediodia de Europa la civilizacion cristiana. Cuando los moros ó los pueblos nómadas de Mauritania, asombrados por las rápidas conquistas de los musulmanes, dueños ya de la mitad del Asia y del Africa, abrazaron con ardiente entusiasmo la religion de un descendiente de Ismaël; fué cuando Mussa, vencedor á la frente de cien mil hombres de las potencias berberiscas, se apoderó de Tanger, posesion entonces de los godos españoles, y meditó trasladar al corazon de la Península las armas victoriosas del islamismo. Conocida es ya la triste página de nuestros anales en la que se consigna la servidumbre de nuestra patria, bajo la cuchilla agarena.

No es nuestro objeto rectificar aquí con datos históricos la idea exagerada de barbarie y de crueldad con que la ignorancia de los hechos, y hasta cierto punto el orgullo nacional, mancilló indistintamente el largo dominio de los árabes en España. Imparcialmente hablando, y á pesar de la natural antipatía que nos inspiran los enemigos de nuestra fe, hemos de confesar que la civilizacion mahometana llegó en España al colmo de su esplendor y grandeza. El poder de Córdova bajo el imperio magnífico de sus reyes califas de occidente, es de lo mas grande y admirable que nos ha dejado la historia del mundo. Pero no era para la España la civilizacion musulmana. La Providencia tenia decretada la caida de aquellos colosos de la tierra, que embriagados de poder y de deleites, habian hecho de su capital la morada encantadora de todas las bellezas, de todas las pompas y de todas las ciencias humanas. Una tosca cruz clavada entre ásperos montes, habia de triunfar del poder de Islam, derribando sucesivamente el soberbio trono de los Omniadas, y la diadema de los últimos reyes de Granada.

Todavía son bellos los recuerdos de aquella galantería que brotaba entre las pasiones ardientes de los hijos de Agar que vieron la luz en nuestra patria, y que suspiraban al despedirse por última vez de las torres de Granada. Todavía circula tal vez la sangre de fuego en las venas de muchos iberos. ¡Cuantos magníficos monumentos conserva aun la hermosa Andalucía de aquella época de encantos, de entusiasmo y de gloria, y todavía son estos espléndidos vestigios el asombro de naturales y extrangeros! Sin embargo aquel período de pujanza sostenida con todos los elementos humanos de

civilizacion, desapareció como un sueño: aquel coloso brillante cayó sin dejar rastro de su existencia.

Cuando se pregunta porque á pesar de la prudencia, circunspeccion y hasta cierto punto justicia y sabiduría de varios puntos importantes del código de Mahoma, por lo que pertenece al órden civil; como una legislacion que á semejanza de la de Moisés, abrazaba el dogma, la religion, la moral y el derecho, escrita con astucia, con arte, con profundo conocimiento de los pueblos que debian adaptarla, nueva, brillante, circuida y coronada con el prestigio de la gloria y del poder, acabó por sumir á las naciones sobre que ha dominado en el despotismo, en la ignorancia y en el embrutecimiento, ¿qué se responde? No hay mas que una contestacion que dar. Porque cimentada en el fanatismo de secta, en la tiranía doméstica y en el desfogue de las pasiones ardientes, minaba en sus cimientos los principios elementales del orden y del progreso de toda sociedad, enervaba los corazones, embrutecia las costumbres, condenaba á la servidumbre una mitad del género humano, debilitaba, si no destruia, los dulces vínculos de familia, corrompia la moral pública y privada, sepultaba en el ocio y en la molicie la parte mas fuerte, mas poderosa de la sociedad, sancionaba la esclavitud, obscurecia el pensamiento. Lo diremos de una vez: porque si la impostura hubiese producido los efectos de la verdad, si la civilizacion mahometana hubiera eclipsado la civilizacion cristiana, si la obra del hombre hubiese prevalecido sobre la obra de Dios, ¿cómo hubiéramos podido adorar los designios de la Providencia, que hace efímero el triunfo del error, y que tarde ó temprano desploma los orgullosos monumentos en que se habia encàstillado?

Y no se crea que es un libre dicho el resultado de la influencia del mahometismo sobre la civilizacion de los pueblos. Un viajero reciente que á principios de este siglo recorrió bajo el nombre de Ali-Bey las regiones mahometanas del Asia y del Africa, el sabio español D. Domingo Badía, conocido por sus *Viajes* en todo el mundo civilizado (2), hace la siguiente descripcion del estado de ignorancia y de atraso en que se hallan los paises dominados por el Islam. Vamos á transcribirle como prueba autorizada del estado á que ha venido á parar el pueblo de los descendientes de los hijos de Ismaël.

« Toda la ciencia del musulman se reduce á la moral y legislacion identificadas con el culto y dogmas; es decir, que todos los estudios se reducen al Koran y á sus comentadores, con algunos ligeros principios de gramática y dialéctica para leer y entender un poco el texto divino. Los comentadores no se entienden á sí mismos; engolfan sus discursos en un arcano de sutilezas ó de pretendidos raciocinios, y se embrollan de tal modo, que no sabiendo como salir, invocan la predestinacion, ó la absoluta voluntad de Dios, con lo cual todo lo concilian ó componen. Son eternos disputadores *in verba magistri*, sin otro apoyo que la palabra del maestro ó del libro que citan á tuerto y á derecho.

« Para el estudio de la geometría tienen á Euclides, cuyos tomos apolillados casi nadie lee, á excepcion de una docena de páginas. La cosmogonía es la del Koran hija del Pentateuco, á quien llaman B-tlaimus. La astronomía se reduce á algunos preliminares indispensables para tomar la hora al sol con astrolabios muy groseros, y construidos separadamente para cada latitud dada. De las matemáticas solo conocen la solucion de un cortísimo número de problemas. La geografía no se estudia. La física es la de Aristóteles, pero apenas se paran en ella. La metafísica es un gran campo de batalla en que consumen aquellos doctores todas sus fuerzas morales. La química no existe para estos pueblos; solo tienen algunas ideas de la alquimia, y hay entre ellos algunos miserables adeptos. La anatomía está del todo desterrada por la religion, á causa de la pureza legal, de las ideas sobre los muertos, separacion de los sexos, etc. De medicina solo se estudian algunos detestables empíricos, y casi ignoran la existencia de los grandes maestros antiguos: la terapéutica va casi siempre acompañada de crueles operaciones y prácticas supersticiosas. La historia natural sufre los mismos obstáculos invencibles que la anatomía. La ley prohibe las estátuas, ó las pinturas y dibujos de objetos animados: la gravedad musulmana abandona el ejercicio de la música á las mugeres y á las clases ínfimas de la sociedad; no hay pues que pensar en bellas artes, ni en placeres y ocupaciones agradables.

« Confundida la astronomía con la astrología, cuantos miran al cielo para saber la hora ó descubrir la luna nueva son tenidos entre la turba de astrólogos por adivinos, que predicen la suerte del rey, del imperio y de

los particulares. Gozan estos tales de gran consideracion; logran destinos importantes, y ejercen grande influencia en los negocios públicos y privados.» De esta misma manera, á corta diferencia, se nos pintan, en cuanto á los adelantos de la civilizacion, los pueblos en las primeras edades del mundo. Hé aquí lo que ha reportado el mundo de la legislacion de Mahoma (3)! Ved ahí lo que son aun en el siglo XIX los pueblos que nacieron de los descendientes de Agar.

Pero volvamos á tomar el hilo de la historia. Agar, movida por un sentimiento religioso, invocó el nombre del Señor que acababa de consolarla, y llamó á la fuente testigo de esta maravilla, la fuente del que vive y me ve. Abraham dió el mismo nombre al lugar en que Dios le mandó sacrificar á su hijo (4). Sabido es que la remota antigüedad tenia la costumbre de designar los lugares por los hechos mismos que en ellos se habian verificado. Privilegio reservado á aquellos tiempos y á aquellos hombres que podian poner nombre á lugares que aun no le tenian, y consignar de este modo solemne los recuerdos mas notables de su propia historia en las páginas inmortales de los montes, de los campos, de los valles, de los pozos, de las fuentes, en ese libro perenne de la naturaleza que debian guardar con respeto los siglos posteriores!

Agar, siguiendo el precepto del cielo, volvió con docilidad á la casa de su señor, y se humilló bajo el poder de Sara. Dió despues al mundo un hijo que fué llamado Ismaël. Pasado poco tiempo, prometió Dios á Abraham que Sara le daria tambien un hijo, y confirmóle lo que le habia anunciado con respecto al de Agar. «Yo le bendeciré, dijo el Señor, y le daré una posteridad numerosa. Doce príncipes saldrán de él, y llegará á ser el gefe de un grande pueblo.» El corazon de Agar se abrió á la alegría pensando en los brillantes destinos que la palabra divina garantizaba á Ismaël. Estas madres generosas que parece llevan siempre su hijo en su corazon, y que le paren sin cesar entre las angustias de una inquieta esperanza, no saben vivir sino por él, y para él, y llenan ya su porvenir con toda la riqueza de sus bellas ilusiones y de sus ardientes deseos, con el anelo mismo con que derramaron sobre su cuna la inexplicable delicia de abrazos y de besos. Pero si Dios les concede tanto á ellas como á sus hijos la gloria que tanto apetecen, es al precio de trabajo y de amargos

sufrimientos. El amor de madre es un delirio que da nueva vida al corazon: es aquella espansion inexplicable con que el amor con toda su actividad las abandona á sí propias para cebarse todo entero en el hijo, al cual parece que ha pasado su propia existencia.

Abraham, segun la divina promesa, tuvo de Sara un hijo á quien llamó Isaac, y que debia ser el heredero bendito de las creencias y de las virtudes de su padre. Si la buena armonía no habia podido reinar entre las dos esposas en los dias en que no tenian otro punto de contacto que sus diversas cualidades, ó tal vez los defectos de su carácter personal; ahora que los gustos, las rivalidades y las querellas de los dos hijos venian á ser, por decirlo así, los gustos, las rivalidades y las querellas de las madres, hallábanse en grave complicacion los primitivos elementos de discordia, y á menudo se veian puestos en juego. La familia del creyente y puro Abraham no pudo escapar de las desagradables consecuencias de la poligamia, y en vano cualquier otra familia podria lisonjearse de escapar de ellas. Hágase cuanto se quiera: las leyes morales que presiden á la paz doméstica, así como á la prosperidad de los imperios, no pueden ser olvidadas impunemente; y es digno de notarse, que aun cuando en la materia especial de estas leyes dispensa Dios algun tanto á la humana flaqueza; los inconvenientes inevitables que se producen, parecen advertir á la criatura, para que entre, redoblando los esfuerzos de su valor, en un órden mas perfecto. Por lo demas, si queremos comprender por una parte cuanta habilidad y poder tienen los hombres para degradarse, y por otra cuán saludable freno ha puesto á su disolucion el Evangelio, restableciendo el matrimonio en su primitiva condicion de unidad; no hay mas que recordar los tráficos infames que deshonran los mercados de Stamboul y de Ispahan, y sus harems, divididos por celos crueles y por odios implacables.

Vió un dia Sara que Ismaël hacia burla de Isaac, su hijo. Ismaël no dejaba de conocer que su derecho de primogenitura y todas sus secretas esperanzas acababan de disiparse como el humo, y que siendo hijo de la esclava, tendria por señor á su jóven hermano, hijo de la muger libre. Dió muestras, pues, de su envidia y de su aversion, y su carácter audaz, violento é impetuoso podia llevarle á los mas graves extremos. Esta

circunstancia hizo tomar á Sara una severa resolucion, la cual dijo á Abraham sin rebozo: «Despide á esta esclava y á su hijo, porque el hijo de la esclava no ha de ser como mi hijo Isaac, el heredero de las promesas de Dios.» No hay duda que estas palabras debieron parecer duras á Abraham, hombre virtuoso y recto, dotado de nobles sentimientos: sentir debia cierta repugnancia natural en acceder á la demanda de una esposa, y por causa de un hijo, contra otra esposa y otro hijo. Y seguramente que no accederia desde luego á ponerla en ejecucion. No le faltaba integridad y firmeza para denegarse á ella, ó temperar el rigor de aquella medida, considerándola como una exigencia excesiva de una muger en demasía ardiente y recelosa. Pero en su determinacion intervino la voluntad del cielo. Dios dijo á Abraham: «No te parezca cosa dura lo que Sara te ha propuesto acerca de ese muchacho y de su madre, esclava tuya: practica todo cuanto te diga, porque Isaac es aquel por cuya línea ha de permanecer el nombre de tu descendencia.» Y añadió: «Bien que al hijo de la esclava yo le haré caudillo de un grande pueblo, por ser sangre tuya.» Ved ahí, pues, la órden expresa de Dios, que aprueba la medida tomada por la esposa primera de Abraham, y que plenamente la justifica contra toda acriminacion ó sospecha de encono ó de venganza. ¿Quién sabe si esta muger, como cree el grande Agustino, temió que la envidia y aversion de Ismaël no le llevasen á renovar, con escándalo del mundo, la horrible tragedia de los dos primeros hermanos? Abraham, pues, tan puntual y exacto en obedecer los decretos del cielo, preparó su corazon á este nuevo sacrificio, que debia consumar por sí mismo. Aunque amaba á Ismaël, la obediencia á los mandatos divinos ahogó por primera vez en su pecho generoso todos los sentimientos de la naturaleza; y el que con tanto heroismo triunfó poco despues de ellos para levantar el cuchillo sobre el cuello de su hijo Isaac, no es extraño que para despedir á su hijo Ismaël y á la esclava egipcia, madre de este, se hiciese superior á todos los afectos de padre y de esposo. Hay sobre todas las afecciones del hombre la voluntad de Dios; y el secreto de la vida consiste, no en huir del dolor y crearse goces nuevos, sino en caminar en el sentido de la voluntad de Dios; y este no deja de ser un verdadero goce para las almas rectas y virtuosas que se placen en confundir, ó mas bien uniformar su propia

voluntad con la de Dios. Acostumbrados á tomarla siempre por guia infalible de sus actos, renuncian á su propio alvedrío, siempre que habla Dios, con el mismo gusto con que se desea complacer á una persona amada. Y esta propia abnegacion es el último grado de amor á que puede llegar la virtud sobre la tierra.

Engáñanse los hombres muchas veces acerca la verdadera idea de felicidad, y del verdadero carácter de los acontecimientos que pasan á su vista, pues solo ven en ellos la eventual combinacion de las circunstancias, y no atienden ni piensan siquiera en la oculta mano de la Providencia, que lo conduce todo á sus elevados fines. Y sucede muchas veces, como aconteció en la demanda de Sara, que allí donde los espíritus terrenos no ven mas que el juego de una pasion humana y largas desgracias que lamentar, se ocultan el resorte de algun adorable decreto y el germen fecundo de un porvenir lleno de gloria. Pero los hombres sinceramente religiosos, que á mas del órden aparente penetran en ese órden providencial, y abrigan una fé invencible en sus doctrinas, comprobadas despues por los resultados, sienten en su interior una fuerza divina que imprime á toda su vida un carácter de generosa libertad y de resignacion magnánima.

El Señor, que queria escoger para sí un pueblo aparte, en donde habian de ser conservadas como en inviolable depósito las verdaderas creencias, y sacar este pueblo de Abraham por medio de Isaac, y no por Ismaël, separó los dos hermanos, á fin de que las violencias de la mala voluntad del uno no pudiesen ahogar ó corromper la vocacion y los destinos del otro. Advirtió, pues, á Abraham, como hemos visto, que se conformase con el deseo manifestado por Sara de despedir á Agar y á Ismaël. La razon de este acto, que se hallaba todavía envuelto en los pliegues de lo futuro, era lo que habia de constituir la grandeza y la gloria de la familia del Patriarca, la propagacion de su predestinada posteridad por medio del hijo prodigiosamente tenido, y en esta razon, oculta entonces á todos los mortales, se encerraban los destinos del mundo, pues de aquella posteridad debia nacer el divino reparador del mismo mundo, cuya ascendencia remonta hasta el primer hombre por medio de Abraham, y cuyo reino espiritual y divino debia permanecer hasta el fin de los siglos sobre la tierra para continuarse despues glorioso y triunfante en los dias eternos.

Con todo, el Señor, tan grande en sus castigos como en sus recompensas, se muestra generoso con su siervo. Abraham era padre de Ismaël, y esto bastaba para que el Señor no olvidase en sus bendiciones al hijo de la esclava; y ya hemos visto que le hizo como una especie de patriarca de un gran pueblo, bien que este no habia de ser el pueblo de Dios, sino el pueblo del desierto. ¡Qué gloria para Abraham cuando el Señor le promete bendiciones para Ismaël, dándole por único motivo: *Porque viene de tí*, porque es de tu sangre! El mérito del padre recae sobre el hijo, cuando el hijo es el fruto de la bendicion de Dios; un hijo perverso es el castigo mayor que Dios puede reservar al hombre, así como un buen hijo es la corona de la felicidad del padre. Dios vincula sus bendiciones y beneficios en las familias de los justos; y aunque á veces les ofrece el cáliz amargo de la tribulacion, no por esto se separa de ellos, mora en su casa como un consuelo celestial, estrecha los dulces vínculos que los unen, y aun cuando gravite sobre ellos el peso del infortunio y pasen por el crisol de la desgracia, la santa resignacion endulza sus penas, y su puro y recíproco amor, que se confunde con el de Dios, conserva siempre en el fondo de sus almas un paraiso de felicidad.

Abraham, pues, se levanta de mañana, y cogiendo un pan y un odre lleno de agua, lo pone sobre los hombros de Agar, le entrega á su hijo y la despide. Sola con Ismaël, sin otro alimento ni bebida que la que podia llevar, expuesta á morir de necesidad y de fatiga en el desierto que debia atravesar, la infortunada Agar recibia un duro tratamiento, que debemos creer le fué aplicado porque su insolencia con Sara habia llegado al último extremo. Y nos mueven á pensar así dos sencillas y obvias consideraciones. La primera porque en aquellos tiempos y en aquellos paises en que hasta los extranjeros se tenian como cosa sagrada, y que gozaba de tan extensos derechos la hospitalidad; los servidores, y con mucha mas razon los allegados y próximos parientes, no podian ser excluidos sin graves motivos de la comun y universal benevolencia. Y en segundo lugar, ¿cómo podemos sospechar que Abraham, dotado del espíritu de Dios, y en cuyo corazon magnánimo se abrigaban los mas puros y generosos sentimientos, se hubiese así portado con Agar y su hijo, á no mediar una íntima y poderosa conviccion de que obraba con justicia, y de que aquella era la

voluntad del cielo? Aun mas, debemos suponer que aquel hombre, amigo familiar de Dios, tenia ya un oculto presentimiento de que su providencia no abandonaria á la fugitiva, y que proveeria á su sustento y al de su hijo, como así sucedió en efecto; por cuanto estaba seguro de que Ismaël debia vivir, segun la divina promesa, para ser padre de un gran pueblo.

Agar salió, pues, de la casa de Abraham, y en vez de regresar á Egipto, como pensaria hacerlo sin duda, se extravió por la Arabia, y perdió su camino. Divagaba, pues, perdida por el desierto, que despues tomó el nombre de Bersabé, pequeña ciudad, edificada sobre los confines de la Idumea y de la Palestina. Su provision de agua no debia tardar en agotarse. Aun en el dia los viajeros no se atrevieran á pasar por aquellas vastas soledades, abrasadas por los rayos del sol, y en donde el viento borra por la mañana las huellas que en la víspera dejaron, si el camello, tan sobrio como ágil y laborioso, no los llevase con sus víveres y bebidas como un navío formado por la mano de Dios para surcar por aquellos océanos de arena. Triste y vencida por la fatiga y sed, Agar abandonó á su hijo bajo la sombra de un árbol. Sentóse despues á la distancia de un tiro de flecha, diciendo: «No veré yo morir á mi hijo.» Porque hay en ciertos lances mas que lágrimas: hay como una espada que penetra hasta el corazon de los que los contemplan, y le desgarra con heridas de muerte. Allí, sola, consigo misma, levantó la voz del pesar, y la infeliz muger lloraba con toda la amargura del alma de una madre; imágen viva de otra madre mas afligida aun, que, siglos despues, presenciando la muerte de su hijo divino, sufrió todos los dolores juntos de la humanidad. Ismaël, sin aliento, lloraba tambien, y sus sollozos desgarraban el pecho de la madre.

Hay sentimientos tan vivos que necesitan un desahogo mas fuerte que el de la simple narracion. La fantasía, oprimida como el corazon por estas escenas, que rebosan sensibilidad, ansía vagar algo mas por el ámbito de su propia actividad, y desea, sin extraviarse de la verdad, conceder mas libre ensanche al sentimiento.

AGAR AL ABANDONAR Á ISMAEL.

En mal hora, hijo mio, concebido
Fuiste en mi seno maternal. ¡ Ay ! torvo
Miróme el cielo cuando dijo : Un hombre
Concebido será : ¡ Oh, nunca, nunca
Tan triste dia amanecido hubiera !
Dias menos amargos yo pasara
En mi sombría esclavitud (5), llorando
Mi soledad. Brindóme con su lecho
El hijo de Tharé. Propicio el cielo
Sonreir parecia á mi desgracia,
Y al venerable anciano prometia
Posteridad por tiempo suspirada.
La veo aun á mi señora ; amable
Contemplaba mi rostro verecundo
Que cubria el rubor : en mí anhelaba
El deseado don que no tenia,
Y de su esposo retiróse. El gozo
Y el temor combatian en mi pecho.
Humilde sometíme y temblorosa
Al divino querer. Vos, ¡oh, Dios mio!
Solo vos el combate de mí misma
Pudísteis penetrar : vos los suspiros,
Las tiernas ánsias, el afan materno
Veíais, ¡ oh, Señor ! de vuestra esclava,
Objeto entonces del amor de todos,
De las tiernas caricias de un esposo,
Y hasta de la afeccion de mi señora
Que con ojo benévolo miraba
Mi ventura al principio, y en seguida
Mal ocultaba en su mirar sombrío
El oculto penar que la aquejaba

De envidia. Mas; ¡ qué júbilo, qué puro
Placer se traslucia en el semblante
De mi señor! ¡ Qué tímida alegría
Inundaba mi pecho! ¡ Cuánta dicha
Me atrevia á esperar! Recuerdo el dia
En que del seno maternal salido
Llorabas en mis brazos, lindo, hermoso
Cual la tierna palmera del desierto.
De contento llenaste ¡ oh desdichado!
La casa de Abraham: el tierno padre
Su augusta faz gozoso remozaba
A tu infantil sonrisa, y Sara, Sara,
Tú tambien en tu seno le estrechabas.
Confusa de placer, agoviada
Por mi felicidad, en tí mi vida,
En tí todo mi ser se trasmitia.
Tú de mi pecho con afan chupabas
El néctar maternal, y así crecias
Para ser infeliz. Jugueteando
Entre los brazos de tu padre y mios
Vivias sin rival, y el embeleso
Eras solo de todos. Mas al punto
Que Dios el seno de la estéril Sara
Dignose fecundar, vi el infortunio
Que á nublar iba nuestros bellos dias.
Te lloré, ya perdido ó espulsado
Del techo paternal, sobre tus hombros
Con el baldon cargado de tu madre.
Por tí luz de mis ojos yo sentia
El peso de mi humilde servidumbre;
Mas yo adoré al Señor y sus decretos:
Adóralos tambien. ¡ Quién me dijera
Cuando el padre sus ruegos redoblando
Por su tierno Ismaël, á Dios pedia

Para su hijo proteccion y amparo,
Quien me dijera que llegara un dia,
Dia de crueldad y de abandono,
En que tu padre á entrambos arrojara
Del hogar paternal. ¡Oh! nunca el cielo
Mis fervientes anhelos secundara
Ni fecundo mi seno hubiera sido!
Al despedirnos mi señor, el llanto
Mal comprimia en sus hinchados ojos,
Que no de fieras se nutrió con leche
Ni es de duras entrañas. Si nos viera
Ismaël, si nos viera, fatigados,
Devorados de sed, en esta ardiente
Arena que pisamos sin amparo,
Sin techo, sin hogar, sin fuente ó pozo
Dó calmar el ardor que nos abrasa;
Si te viera sin fuerzas, sin aliento
Entreabiertos los labios, y los ojos
Casi cerrados á la luz del cielo
Y esperando la muerte! Si nos viera
Ora quizás que estrechará en sus brazos
Al hijo de Sarai afortunado
Sobre el mullido lecho, las caricias
De su padre bebiendo: si me viera
Abandonada, errante, contemplando
Que tú vas á morir. Hijo! yo parto,
No podré oir tu postrimer suspiro:
A morir voy tambien, mas de tí lejos.
Adios ay! para siempre: de tu madre,
De esta tu madre mísera recibe
El ósculo postrer..... lloras? asido
De mi lánguido cuello, no consientes
En dejarme por fin? Suelta, hijo mio,
Y déjame morir sin que te vea.

O Dios de mi señor! tu que salvaste
Del exterminio universal del mundo
A tu siervo Noé: tu que en las ondas
Que devoraron montes y llanuras
La familia querida conducias
Que sobre el nuevo abismo iba flotando
En el madero de salud guardada,
Tu que á Loth del diluvio de las llamas
Libertaste piadoso, desdichada
De mí, tambien te imploro: no perdones
A esta triste muger quizás culpable
A tus divinos ojos, mas, soy madre,
Y el hijo que en mí seno tu me diste
De la sed, abrasado, va espirando.
Piedad, si un dia, ciega de contento
Al sentirle saltar en mis entrañas,
Loca de mí me envanecí, creyendo
Encerrar en mi seno las promesas
Que á la progenie de Abraham hiciste:
No te acuerdes, Señor, de mi flaqueza
Y borra de tus ojos mi delirio.
Si falta espiacion, aquí me tienes...
Voy á morir, mi Dios, aquí insepulta,
Mi cuerpo quedará pasto de fieras
Mas ¡ay! salva á Ismaël! que Ismaël viva,
Hijo infeliz de tu culpable sierva,
En tus brazos le dejo... Mas ¡ay triste,
Qué abierta tiene la abrasada boca
Y aprisa ya su corazon palpita
Devorado del fuego que le ahoga!
¡Señor! si he de morir, que no le vea,
Y muera yo tambien: el sacrificio
De estas dos vidas aceptad propicio
Aquí muere mi amor y mi esperanza...

¡ Oh Dios!... no puedo mas... la voz me falta
Como la vida á Ismaël... él muere,
Y... desdichada... yo... tambien... te sigo...

Mas en aquel momento extremo aparecióse el ángel del Señor para consolar á los fugitivos. «Agar le dice: ¿Qué haces aquí?—No temas: el Señor ha escuchado la voz de tu hijo. Levántate, toma á tu hijo por la mano, pues le haré caudillo de un grande pueblo.» Es de creer que Ismaël, acordándose de las creencias y de las habitudes de su padre, mezcló en sus lágrimas y en sus plegarias un sincero sentimiento de religion; y que viéndose solo y abandonado en un desierto, empezaria tambien á llorar y á clamar á Dios, pidiéndole socorro; y Dios no podia dejar desatendida la súplica de un hijo de Abraham, sobre quien tenia tambien sus designios. Y además, este niño desventurado, sin mas refugio que la sombra de un árdol, casi exánime por la sed que le devora, arrojando lastimeros gritos que el cielo se digna escuchar, ¿no es una verdadera figura de la humanidad, desterrada del Eden, atravesando la aridez del desierto de esta vida, con una sed desesperada de felicidad, buscando un abrigo al pié del árbol sagrado de la Cruz, y exhalando suspiros de tristeza y de confianza, á los cuales responde Dios por el don de la gracia y la promesa de una vida inmortal? Porque, desde las alturas del Calvario ¿no llamó el Cristianismo á los pueblos paganos, extraviados en su camino, á la verdad, á la virtud, á la libertad, á todos los mas nobles goces de la humanidad regenerada? ¿La Iglesia no vino á decir al linaje humano: «Qué harias tú en la desolante soledad de la duda y en el desaliento cruel que sigue al egoismo? Coloca tu confianza y tu amor en Dios, que ha escuchado la voz de tus dolores. Levantaos, hombres todos, tomaos por la mano, porque sois hermanos de orígen y de destino: caminad uniendo vuestras fuerzas, y prestaos un mútuo apoyo en la comun angustia que os cerca por donde quiera. Hijos de vuestras obras, las glorias del porvenir igualarán á vuestro valor y á vuestras virtudes.»

Consolada Agar á la voz de lo alto, levantó los ojos, y reparó en un pozo, á donde corrió para buscar agua, dándola á beber primero á su hijo. El desaliento y turbacion en que se hallaba le habian impedido el

descubrir hasta entonces aquel manantial de agua viva que tan cercano tenia, ó quizás tambien porque desde aquella época los habitantes de la comarca, como hace observar un antiguo escritor, tenian la costumbre de cubrir de arena la boca de los pozos, y de no revelar su existencia sino por medio de señales de ellos solos conocidos. Y en este súbito é inesperado descubrimiento que hizo Agar, ¿no podemos descubrir asimismo una imágen de lo que nos sucede en medio de los reveses y de la prosperidad? Porque ¿cuál es el efecto de la sombría y tétrica tristeza? Dirigir hácia el interior y aletargar las facultades del alma, manteniéndola así agotada y cautiva bajo el peso de su concentrada energía, por manera que descuida el cumplir, ó cumple como por instinto y sin resultado las mas útiles y sencillas operaciones. Y al contrario, en la esperanza y en las alegrías de la prosperidad ¿no hay un cierto impulso ardiente y expansivo que excita nuestra actividad, la llama á derramarse en lo exterior, y la pone en vivísimo contacto con los elementos de buen éxito que presentan las circunstancias, hasta el punto de que el alma se siente fuertemente impulsada por este soplo poderoso que se llama feliz fortuna, ó animada por este espíritu de adivinacion que se llama el genio?

La cercanía del pozo, en el cual no reparó Agar hasta que se lo mostró el ángel, es comparada tambien con la proximidad en que estuvo de los judíos el verdadero Mesías, y á quien ellos ciegos no conocieron ni conocerán hasta que el Señor, usando de misericordia con aquel pueblo, les abrirá al fin los ojos. Entonces beberán con ánsia la verdad de la purísima fuente de las Escrituras, y disipándose la sombra densa de su error, sus ojos se abrirán á la luz. Entonces se acercarán á Jesucristo, se fortificarán en la fé, y entrarán como hijos humildes en el seno de la Iglesia cristiana, formando su mayor gloria y su mas brillante ornamento.

Ismaël no fue, pues, abandonado por la Providencia, por cuanto continuó en habitar en el desierto, y se hizo muy diestro en tirar el arco, ó lo que es lo mismo, fué grande cazador. Refiere el historiador Claudio Josefo, que algunos pastores movidos á compasion hácia Agar y su hijo, les socorrieron en su miseria. Muchos opinan tambien, y con alguna razon, que nunca fueron negados á Ismaël los socorros de Abraham, porque es cierto por otra parte que no quedó roto entre ellos todo vínculo de afeccion, y que

Ismaël se unió con Isaac para tributar á su viejo padre los últimos deberes de la piedad filial; pero esto no aconteció hasta despues de muchos años.

Agar é Ismaël, caminando hácia el mediodía, fueron definitivamente á fijar su domicilio en el desierto de Pharan en la Arabia Petrea. Este desierto, que toma su nombre de la ciudad de Pharan, no muy distante de allí, se extiende desde el monte de Sinaí hasta Asion-Gaber, en las fronteras de la Palestina. Para atravesarlo son menester once dias: en él hay espacios inmensos en donde la vista no halla un punto para descansar, y cuando mas, solo se ven musgos, un poco de yerba, y algunos débiles y menguados arbustos. La llanura no se halla interrumpida en el vasto horizonte que presenta á los ojos del viajero, sino por cerros ó montecillos de arena movediza que los huracanes forman y trasladan sin cesar á otra parte. A raras distancias algunos bosquecillos de espinosas acacias, de tamarindos y de cipreses, parece que quieren recordar que Dios ha dado fecundidad á la tierra, como la voz de un viviente que resonara en el silencio de un vasto cementerio. La religion, el comercio y el pillaje atraen con frecuencia á las orillas de esta soledad á los árabes que van á la Meca y á las cercanías del Mar Rojo, y que desde allá refluyen hácia el Golfo Pérsico, Bagdad, Jerusalem y la Syria. Este es aquel mismo desierto que tan célebre se hizo por las marchas y los campamentos de los israelitas, cuando, saliendo del Egipto, se dirigian á la conquista de la tierra prometida. Por espacio de treinta y ocho años pisaron estas arenas enemigas, que ningun arroyo baña ni cubre verdor alguno; y fueron allí vestidos por la mano del que dá á la débil caña su corteza, saturados y saciados en su sed por el que llena las espigas de jugos vivificantes y el grano del racimo de un licor dulce y generoso. Tal fué la mansion de Agar y de Ismaël, y tal fué la áspera cuna del pueblo árabe.

Cuando Ismaël hubo llegado á sus treinta años, Agar le dió por esposa una muger egipcia. Desde aquella época, Agar no aparece ya mas en la historia: el resto de su existencia nos es desconocido. Parécese á aquellos fuegos que en una noche de otoño se deslizan en el cielo, en donde se percibian inmóviles, y van á hundirse sobre una montaña, sin que pueda hallarse ya mas rastro de ellos. En cuanto á Ismaël, se sabe que asistió

á la muerte de Abraham, y se halló presente para darle sepultura. No tenia derecho para suceder, porque habia nacido de una esclava, y en los antiguos pueblos por lo general los hijos seguian la condicion de las madres. La posesion, pues, de la tierra de Canaan fué devuelta á Isaac. Ismaël y sus otros hermanos recibieron presentes. Ismaël tuvo doce hijos, que dieron su nombre á doce ciudades ó aldeas, por lo cual debe entenderse, no una reunion de casas edificadas de piedra ó de ladrillos, sino tiendas agrupadas en número suficiente para contener tantas personas como en aquel lugar podian mantenerse. Murió, pues, Ismaël, por decrepitud, á la edad de ciento treinta y siete años.

¿No se advierte en la vida de Agar una leccion saludable y viva para cuantos abandonan á Dios, que es su padre y su madre, para buscar, fiados en la palabra de sus deseos mal gobernados, una independencia estéril en gloria y en felicidad? Tránsfugas del Evangelio, bajo cuyo suave yugo deberian vivir y dar frutos de virtud, solo piden á la creacion todos los placeres que puede proporcionarles. Dios les deja andar algun tiempo por la senda de la duda y de sus extravíos, y los llama despues por la voz de los amargos desengaños. Retroceden, porque las grandes apostasías no se consuman sin terror y oscilacion; pero, vueltos á entrar en el hogar doméstico, la imágen del placer pasado les parece mas dulce que la fidelidad al deber presente: alimentan todavía en su alma el deseo de una nueva traicion, y forcejan para romper sus trabas. Entonces Dios los abandona; su alma queda como una tierra desierta y árida, en la cual el soplo abrasador de las pasiones seca la fuente de todo bien, y transporta sin cesar de un lugar á otro la arena movediza de sus deseos y de sus propensiones: en vano se buscara allí el rocío del cielo, que da los frutos de la vida; todo es esterilidad y muerte, su existencia es como una marcha errante al través de las regiones del mal, y mueren dejando en pos de sí una larga cadena de malas obras por triste y lamentable posteridad.

Notas.

(1) *Primum Graius homo mortales tollere contra*
Est oculos ausus;

dice Lucrecio. Hizo pasar el poder político á manos del pueblo, y abolió la unidad del poder á causa de las virtudes de Codro, en esto mucho menos cuerdo que los romanos, que tomaron á lo menos por pretexto los vicios de Tarquino. Por fin, con sus artes y con sus letras lo perdió todo en las costumbres y en las leyes, como se lo echaba en cara el viejo Caton: ***Gens ista quoties litteras suas dabit, omnia perdet.***

A medida que se va adelantando en la historia del mundo, se hallan á menudo juntos los mismos desórdenes domésticos, políticos y religiosos, pues en el hombre se desnaturaliza todo á la vez. Así en las democracias italianas de la edad media las costumbres infames de los griegos se dejan ver al lado de la turbulencia de sus instituciones políticas. Así, la filosofía no pudo sublevar los pueblos contra sus gefes, sin sublevar las mugeres y los hijos contra los maridos y contra los padres, los hombres contra Dios, y hasta sin autorizar los mas monstruosos desórdenes, y de ello puede verse la prueba en la obra pósthuma de Condorcet: «Entonces, dice el *Proyecto del Código civil*, se destruye el poder de los padres, porque los hijos se prestan mas á las novedades; la autoridad marital no es respetada porque por una mayor libertad dada á las mugeres, se llega á introducir nuevas formas y nuevo tono.»

Mas los hombres se desvian de la naturaleza sin poder destruirla; y hasta entre los griegos, los términos que expresaban el divorcio y las formas que debian seguirse para obtenerle, conservaron algunas trazas de la superioridad natural del marido y de la dependencia natural de la muger, del poder que tenia el uno de repudiarla, y del crímen que cometia la otra rompiendo con sus propias manos el nudo conyugal. El divorcio,

si lo pedia el marido, se llamaba *despido*; pedido por la muger, *abandono*; y la ley que sometia á la muger cuando provocaba el divorcio á la ceremonia humillante de presentar por sí misma el recurso al magistrado, no imponia al esposo la misma condicion. Lo que prueba la estrecha ligazon entre el divorcio mútuo y la democracia, es que el divorcio no estuvo en uso sino entre los atenienses, y que en Esparta, donde el pueblo no tenia parte en el poder, no era permitido á las mugeres el separarse de sus maridos. Ninguna ley en el código de Licurgo autoriza el divorcio mútuo: los griegos en los tiempos heróicos ó monárquicos, no le conocian. Asi lo induce Granovio con razon de un pasage de Eurípides, en su *Medea: Non enim honesta sunt divortia mulieribus, neque licet mulieri abdicare maritum.* v. 230. Es notable la expresion *abdicare*, como si una muger que divorcia abdicase realmente el poder sobre sí misma, haciéndose esclava de sus pasiones. Y la guerra de Troya hubiera carecido de objeto, si Elena hubiese podido al favor de un divorcio abandonar su primer esposo para unirse á su nuevo amante.

El poder paternal siguió entre los griegos, como en cualquier otra parte, la suerte del poder marital. Fué nulo en Atenas, y tanto mas fuerte en Esparta, en cuanto cada hijo contaba tantos padres como viejos. Así en una y otra ciudad, el poder doméstico, que se compone de la autoridad marital y de la autoridad paternal, fué constituido como el poder público; constituciones opuestas que produjeron respectivamente el mas turbulento, el mas frívolo, el mas débil, y á veces el mas cruel de los pueblos de la Grecia, y el mas grave, el mas sábio, y el mas fuerte.

En Roma empezó la familia por la repudiacion, como el Estado por el despotismo; pues como observa muy bien Montesquieu, los antiguos no conocieron Estados fundados *sobre ley fundamental alguna*. Mas despues que por la violencia de los últimos reyes, ó mas bien por la ambicion de algunos senadores, cayó el Estado en el gobierno de muchos, ó en la aristocracia, aguardando que cayese en el gobierno de todos ó en la democracia ó anarquía demagógica; la espada, atributo esencial del poder conservador de la sociedad, pasó ó quedó en la familia, y hasta una ley de Valerio Publícola quitó al magistrado el poder de condenar á muerte un ciudadano. El padre tuvo derecho de vida y de muerte sobre su hijo; el marido sobre su muger; el dueño sobre su esclavo, y hasta á veces en los momentos de disturbios civiles, el ciudadano sobre el ciudadano. El poder doméstico usó hasta en la familia del horrible derecho de quitar la vida al hijo; pues no bastaba á este que el padre le hubiese dado la vida, sino que el poder paternal le permitiese gozar de ella. El hijo al nacer, era puesto á los piés del déspota, el cual, levantándole de la tierra, le permitia vivir; y mientras que el padre condenaba á la muerte un hijo inocente, el magistrado no podia castigar sino por el destierro al súbdito delincuente.

La pobreza de los primitivos romanos, su vida de campo, y este terrible poder del padre de familias mantuvieron allí por algun tiempo las costumbres privadas contra leyes malas ó imperfectas. La repudiacion les fué hasta desconocida durante

muchos siglos; pues todos los pretextos, y aun todas las causas de despido son mas raras en un pueblo sencillo y agrícola. Mas, á medida que la nacion se fué engrandeciendo y formando, la insuficiencia de esta constitucion imperfecta del poder doméstico se dejó sentir, y casi en un mismo tiempo, en la familia y en el Estado. La misma revolucion secular (los siglos son los años de la sociedad) vió la disolucion del lazo conyugal por el ejemplo que de ello dió Carvilio Ruga repudiando á su muger, en el ano 523 de la fundacion de Roma; y la disolucion del Estado por el tránsito de la aristocracia á la demagogia, cuando los Gracos, hácia el año 620, ó tal vez antes por la institucion del poder de los decenviros y de los tribunos: *non populi sed plebis magistratus* dice Tito Livio. La degeneracion fué creciendo en una y en otra sociedad, pues en ninguna parte habia poder; y la corrupcion vino á ser tan monstruosa como excesiva habia sido la austeridad. El marido habia repudiado á la muger; la muger despidió á su marido, y contó el número de sus años, como dice Séneca, no por los nombres de los cónsules, sino por el número de sus maridos. El padre habia hecho morir á su hijo; el hijo á su turno, hizo morir á su padre, denunciándole á las proscripciones. Ya no cesó mas en Roma el desórden, y hasta los últimos dias del imperio la licencia estuvo en la familia, y la violencia en el Estado. Así Juvenal derrama la hiel de su sátira contra las señoras romanas que hallaban el secreto de cambiar de marido ocho veces en cinco años. Refiere S. Gerónimo haber visto enterrar en Roma una muger que habia tenido 22 maridos.

Inciertos están los antiguos autores para saber si el paso de la repudiacion al divorcio mútuo, del estado imperfecto al estado corrompido se hizo en Roma por las costumbres ó por las leyes. Por un pasaje de Plauto, en la comedia *el Traficante*, pudiera parecer que hácia el año 563 de Roma el derecho de repudiar no estaba aun concedido á la muger. Pretende Plutarco que Domiciano fué el primero que permitió el divorcio á las mugeres. Otros retraen esta ley hasta Juliano el apóstata ó el jurisconsulto, esto es, mucho despues que estaba en práctica el divorcio. Montesquieu, al contrario, piensa con Ciceron que la ley corrompió sin cesar las costumbres. Oigámosle en apoyo de cuanto queda dicho sobre la legislacion griega y romana, relativa al matrimonio, y tambien sobre la diferencia del divorcio á la repudiacion. «Rómulo, dice, permitió al marido repudiar la muger si habia cometido adulterio, preparado veneno ó falsificado las llaves, pero no da á las mugeres el derecho de repudiar á sus maridos. Plutarco llama á esta ley una ley muy dura.

«Como la ley de Atenas daba á la muger, así como al marido, la facultad de repudiar, y se ve que las mugeres obtuvieron este derecho sobre los primeros romanos, no obstante la ley de Rómulo; es claro que esta institucion fué una de las que los diputados de Roma llevaron de Atenas, y que fué puesta en las leyes de las Doce Tablas.

«Dice Ciceron que las causas de repudiacion venian de la ley de las Doce Tablas. La facultad del divorcio fué tambien una disposicion, ó á lo menos una consecuencia de la ley de las Doce Tablas, pues desde el mo-

mento en que la muger ó el marido tenian separadamente el derecho de repudiar, con mayor razon podian sapararse de concierto, y por una voluntad mútua. La ley no exigia que se alegasen causas para el divorcio; pues por la naturaleza misma de las cosas son menester causas para el repudio, y no lo son para el divorcio; porque allí donde la ley fija causas que pueden romper el matrimonio, la incompatibilidad mútua es la mas fuerte de todas.» Y hablando del hecho de Carvilio Ruga, que contesta, aunque aseverado por Dionisio de Halicarnaso, Valerio Máximo, y Aulo Gelio, que atribuyen á la religion de los arúspices el respeto de los romanos á los lazos del matrimonio durante los primeros siglos de la república; Montesquieu añade: «La ley de las Doce Tablas y las costumbres de los romanos extendieron mucho la ley de Rómulo... Mas si los ciudadanos tanto respeto tuvieron á los arúspices, ¿por qué los legisladores de Roma tuvieron menos? ¿Cómo la ley corrompia sin cesar las costumbres?»

Oigamos á Mma. Necker sobre lo mismo: «No se permitia en Roma el divorcio, sino solo la repudiacion. En los siglos cercanos al estado de naturaleza, *los sexos no eran iguales en derechos*, la fuerza tenia el imperio, y el divorcio hubiera sido mirado como una ley insensata. En todos los tiempos y en todos los paises han sido propuestas las mugeres para la guarda de las costumbres, pero cuanto mas sagrado se cree el depósito, mas se vigila ó se avasalla el depositario. El divorcio era entre los romanos un castigo y no una convencion: ellos se vengaban de sus mugeres culpables, de dos maneras igualmente temibles; ó por la muerte real, ó por el repudio, especie de muerte civil y de opinion... Sometidas las damas romanas á leyes tan severas, poco motivo de queja dieron á sus maridos, y no es de admirar trascurriesen cien años sin ofrecer un solo ejemplar de repudio. Mas ¿qué relacion puede encontrarse entre el divorcio admitido por los romanos y el que se adoptó en 1792 en Francia? El uno era una ley de modestia, el otro una ley de audacia. En Roma el divorcio era guarda de las costumbres; en Francia era el corruptor; y si en esta nacion se hubiese admitido el repudio como se hallaba autorizada entre los romanos, las mugeres hubieran sido de él siempre las víctimas. Sin embargo, y á pesar de la parcialidad de una ley que no dejase sino á los hombres la libertad del divorcio, esta forma *heriria menos las buenas costumbres*, las cuales, *de acuerdo con la naturaleza*, dan siempre á las mugeres el privilegio de una virtud de mas.»

Pero la naturaleza jamás pierde sus derechos, y se halla aun en el fondo de las opiniones, allí donde ya no existe ni en las costumbres ni en las leyes. El desarreglo de los matrimonios era mirado entre los romanos como una de las mas poderosas causas de desórden.

Fecunda culpæ secula nuptias
Primum inquinavêre, dice Horacio.

Sobre los monumentos fúnebres elevados á las esposas se lee, como el mas bello elogio que puede hacerse de sus virtudes, que no tuvieron mas de un esposo.

Conjugi piæ, inclitæ univiræ, etc.

El divorcio estaba prohibido á los flamines, segun algunos autores. Valerio Máximo dice que las segundas nupcias son un reconocimiento de intemperancia: las leyes romanas hablan de las segundas bodas en términos duros y odiosos: *Matre*, dicen, *jam secundis nuptiis funestatâ*.

La poligamia, ya actual, ya eventual, por el repudio y el divorcio, se practicaba, pues, por los orientales, por los indios, por los griegos, por los romanos, por todos los pueblos conocidos que habian pasado del estado doméstico á algun estado público de sociedad; y con ella reinaban en todo el universo idólatra la opresion de la edad, del sexo, de la condicion, la esclavitud, el infanticidio, la divinacion, las prostituciones religiosas, los espectáculos de sangre, las víctimas humanas, etc, etc., y hasta en los judíos una propension extrema á la supersticion y á la idolatría.

La ley de los judíos no era sino para cierto tiempo, como toda ley imperfecta, para el tiempo de la infancia del hombre social, y hasta que pareció el legislador de la edad viril, capaz de formar, como dice S. Pablo, *virum perfectum in mensuram œtatis plenitudinis Christi*. Porque, confiésese ó no la divinidad de la legislacion de Moisés, no puede prescindirse de ver en los libros de los judíos el anuncio de una mejor legislacion, y en el universo la existencia actual de mejores leyes; y los judíos mismos han siempre esperado otro legislador, pues que le aguardan todavía. Cumpliéronse los tiempos, y este legislador apareció á la sociedad.

(2) Viajes de Ali-bey, tom I. Estos viajes, escritos por D. Domingo Badia, natural de Barcelona, están traducidos en todos los idiomas de Europa.

(3) No parecerá fuera de propósito, y es hasta cierto punto análogo en una obra consagrada á describir el carácter y la condicion de las mugeres insignes, el dar una sucinta idea de la legislacion árabe por todo lo que respecta á la muger y á la constitucion interior de la familia, de la cual es la muger el corazon, así como el padre es la cabeza. Dejando, pues, á la historia sus tesoros, entremos á examinar en esta parte el carácter de aquella legislacion, que despues de once siglos de su aparicion, y despues de haber fomentado en la carrera de su primitiva pujanza los cimientos de una civilizacion brillante, que parece debia ser eterna, ha ido caducando como obra de las manos del hombre; y como cimentada en los goces de la materia y en las pasiones, ha acabado por detener en gran parte del globo el progreso civilizador del Cristianismo, embruteciendo á los pueblos bajo la doble opresion de la molicie y del despotismo.

Preciso seria ante todo examinar detenidamente el carácter del libro, muy nombrado, pero poco conocido entre nosotros; código á un tiempo dogmático, religioso, civil y moral, que abrazaba todos los elementos de un cambio social y de una revolucion repentina en las ideas del siglo en que apareció. Ante todo, el legislador de la Arabia debia dar á su *Koran* (a) el carácter de un libro divino,

(a) La voz *Alcoran* es derivada del verbo arábigo Kará, que significa *leer*; se compone del artículo *al*, que equivale á nuestro *el*, y del nombre *Koran*, que significa libro. En español deberia decirse *el Coran*, de la misma suerte que se dice *el libro*, pues diciendo el

ó inspirado, para lo cual se necesitaba un ingenio tan eminente como audaz. La religion cristiana, la judaica y las tradiciones de su pais debian entrar en esta confeccion asombrosa y extravagante; y para dar á sus ideas inconexas un aire sorprendente de novedad y valentía, no podia encontrar mejor auxilio que su lengua nativa, la mas rica y la mas armoniosa del mundo, llena de figuras y de magestad, que sabe imitar en sus sonoras modulaciones el grito de los animales, el murmullo de las aguas, el ruido del trueno y el silbido de los vientos. Sus preceptos, embellecidos con el encanto del metro, presentados de parte de un ángel, por un profeta guerrero, poeta, legislador, al pueblo mas ardiente del universo, al mas apasionado por lo maravilloso, por la voluptuosidad, por el valor, por la poesía, debia hallar infinidad de prosélitos, cuyo número se aumentó por la persecucion, pues cuando sus enemigos forzaron al fementido apóstol á huir de la Meca, su patria, y á refugiarse á Medina, dató de entonces la época de su gloria, y quedó aquella huida *(hegira)* por era de los musulmanes.

No hablaremos aquí del cúmulo de absurdos é imposturas de que entretegió su libro, bajo la máscara de un colorido brillánte y de un tono profético; siendo un triste y perenne monumento de la debilidad y de la miseria humana el que parto tan monstruoso de la imaginacion de un impostor haya podido fascinar y arrastrar tantos millones de hombres por espacio de tantos siglos (a). Las traducciones que se han dado de este famoso Código y de sus comentadores demuestran hasta qué punto puede dejarse seducir un pueblo ignorante y apasionado por la astucia de un impostor y por la magia del estilo (b).

Alcoran se repite un mismo artículo en dos diferentes lenguas, como si dijéramos el *El-Libro*. Nosotros hemos adoptado la palabra *Koran* como la mas genuina y sencilla.

(a) El Koran comprende 114 capítulos, divididos por versículos. Cada capítulo lleva por epígrafe estas palabras: *Besm ellah elrhman elrhaim* (en nombre de Dios, clemente y misericordioso) que los musulmanes pronuncian al principiar cualquier obra de importancia, como hacen con la señal de la cruz los cristianos. Este libro fué publicado en el transcurso de 23 años, parte en la Meca y parte en Medina, y segun las circunstancias en que el astuto legislador tenia necesidad de hablar con el cielo. Los versículos se iban escribiendo por sus secretarios en hojas de palmera ó en pergamino, porque este impostor, aunque habia aprendido á leer y escribir, siempre afectó ignorarlo para hacer mas portentosa su doctrina, y dar á sus ficciones el aire de inspiracion divina. Desde el momento que le eran revelados los versículos, sus discípulos los aprendian de memoria, y desde luego los depositaban en una arca donde quedaban todos revueltos, y de este desórden en una obra que es una coleccion de preceptos dados en distintos tiempos, donde los primeros son muchas veces derogados por los segundos, nace la mayor confusion. Así pues no hay que buscar en ella ni órden, ni enlace, ni consecuencia: no hay mas que una muestra del alto punto á donde puede llegar la astucia para fascinar á los hombres. Dividido en versículos, como los libros santos, é imitando el estilo de los profetas, se permite la valentía de imágenes y las expresiones figuradas de la poesía, y remeda el tono y la autoridad de la inspiracion. De este mismo ardid se valió recientemente otro sofista para dar á sus imposturas y falacias el aire de inspiradas. Pero por fortuna pasó ya el tiempo de fascinar á los hombres con el aparato de la diccion, y por mas que se haga, *las palabras de un Creyente* no hallarán sus Kaledes y sus Omares como el Koran de Mahoma.

(b) Varios han sido los traductores del Koran. El docto P. Maracsi empleó cuarenta años en traducirle al latin y refutarle. Bien que separó los versículos como estan en el texto original, vertió con demasiada escrupulosidad palabra por palabra, de lo que resultaron muchas voces aisladas, que ape-

A la primera ojeada sobre las leyes de Mahoma se echa de ver que, si bien las cimentó en parte sobre ciertos principios de justicia, de humanidad, y hasta de beneficencia, de que le prestaban modelos sublimes los libros de los hebreos y los preceptos evangélicos; con todo, dejó en cierto modo el ejercicio de estas virtudes bajo el imperio de las pasiones humanas. Despues de publicado en el mundo el Evangelio, era imposible dejar de proclamar algunas de sus máximas de santidad en un libro que se suponia del cielo, y en el cual Moisés y Jesús son proclamados por grandes profetas. Y aun cuando las leyes de Mahoma en su parte moral ostenten un lujo de santidad y de templanza, prescriban y amonesten la caridad y la limosna, recomienden la piedad filial y las virtudes conyugales, detesten algunos vicios por sí mismos odiosos, como la avaricia, la soberbia, la envidia, la venganza etc., aun cuando condenen la opresion y prescriban leyes para el pudor; con todo, si examinamos el espíritu de sus leyes civiles, que son las que mas de cerca tocan á la conducta del ciudadano, y las que arreglan sus costumbres exteriores, veremos sancionada la opresion doméstica, la disolucion, la poligamia y el repudio; veremos que todo este aparato de moralidad, así como el aparato dogmático, que habla de la Divinidad, del paraíso, del juicio final, del infierno, de los ángeles, y de los demonios, no eran mas que estratagemas para ocultar una corrupcion profunda y satisfacer pasiones ardientes y condenadas. La moral de Mahoma se parecia á la moral de nuestros escépticos, moral basada sobre la conveniencia y los goces de la personalidad, moral flexible y cómoda en sus aplicaciones, moral de lenguaje y de oropel, moral en la que ni aun se halla escrita la palabra *humildad*, que es la que aplaca la altivez del corazon, el celeste fundamento de los sacrificios heróicos y de las grandes virtudes; virtud divina, que solo un Dios podia prescribir á los hombres.

En el Koran la jurisprudencia que

nas forman sentido, y á fuerza de fidelidad literal desfiguró los pensamientos, vertiendo el original en palabras de un latin semi-bárbaro. Esta traduccion la enriqueció con notas muy eruditas y un gran número de pasages árabes, sacados de los autores musulmanes: mas como su fin principal era la refutacion, escogió cuidadosamente los que le dejaban mas campo para ser impugnados. Mr. Ryer hizo despues una traduccion en francés, bien que mejor debe llamarse una rapsodia insulsa y pesada por su modo de traducir. Con frias conjunciones y finales amanerados destruyó la nobleza y precision de los pensamientos, y la gracia de la diccion, dejando el original desfigurado. Y por el prurito de interponer pensamientos propios para juntar los conceptos que el autor dejó sueltos y separados, convirtió en un cuerpo informe é indigesto, y en una prosa fria é ingrata una obra escrita con calor y energia. Posteriormente Mr. Sale publicó una version del Koran en inglés, á que atribuyen bastante mérito las *Observaciones históricas y críticas sobre el Mahometismo*, que andan al frente de la última edicion de M Ryer. Despues M. de Savary, cónsul francés en el Cayro, trasladó á su lengua los pensamientos del autor del Koran con todo el colorido y la energia que le permitió la diversidad de ambos idiomas; traduciendo tambien versiculo por versiculo, y procurando conservar aquel aire misterioso y sombrio, en el cual se envuelve muy á menudo el falso profeta, y que constituye, por decirlo así, el mejor mérito artistico de su libro, y lo hace propio al fin para que se le destinaba, prefiriendo dejar oscuros algunos pensamientos antes que debilitarlos, queriéndolos aclarar. Los lugares mas dificiles van ilustrados con notas que esplican las opiniones de los comentadores, las costumbres de los árabes, y algunos hechos importantes. Confiesa el autor de esta ilustrada traduccion que no se hubiera atrevido á emprender la traduccion de un libro tan dificil, si su larga mansion entre los orientales no le hubiese proporcionado la inteligencia de un gran número de pasages.

pudiéramos en cierto modo llamar canónica, no difiere casi de la civil; y la union tan comun en los antiguos pueblos del magistrado con el sacerdote se encuentra tambien entre los musulmanes. Mahoma fué juntamente profeta y rey, y de ahí concluyeron algunos de sus discípulos en su extremado entusiasmo, que el gobierno civil pertenece de derecho á los ministros de los altares. Sin embargo, esta opinion no es general. La mayor parte de ellos y los mas doctos opinan, que si bien es Dios la fuente de toda potestad sobre la tierra, no la confió precisamente á los intérpretes de su voluntad soberana: que el príncipe es el verdadero representante del poder y de la magestad de Dios, y que la jurisdiccion religiosa, aun en las materias que le pertenecen, está subordinada á la autoridad real (a).

La jurisprudencia de los secuaces de Mahoma es uniforme en los puntos principales. Arregla la sociedad doméstica en su formacion y en su sucesion, los derechos recíprocos de sus individuos, las últimas voluntades, las tutelas, los actos civiles, los contratos entre particulares, y la administracion de justicia. Examinemos rápidamente el espíritu de esta legislacion.

(a) Véase á Chardin en su *Viage á Persia*, tomo VI, cap. 2 y 15.

Los primeros califas, sucesores de Mahoma, reunieron tambien estas dos autoridades. Véase á Prideaux, pág. 133. Posteriormente se dividió esta doble potestad, y verosimilmente en esta época fué cuando se empezó á conocer una gerarquia entre los sacerdotes musulmanes. Ademas de la cabeza suprema de la religion, hubo las de los templos reales, denominados *Sacerdotes majores*, *Principum seu Regum Antistites*, é inferiores á estos los Imanes, que ejercian los oficios curiales: *Sacerdotes minores*, *parochiales*. Hubo ademas de estos otras personas dedicadas al servicio divino: los unos para dirigir al pueblo en todos los movimientos del cuerpo que se usan en la oracion: los otros para cantar en dias y horas fijas himnos en honor de Mahoma; y otros para cuidar del alumbrado, etc. Véase á Bobóvio de *Turcarum liturgia*, pág. 265 y siguientes. y las notas de M. Hyde á este autor, Ibid.

Nadie duda que la sociedad doméstica es el orígen, el tipo, el fundamento de la sociedad civil; y que cuando en la familia se fomenta ó se tolera el desórden, la discordia ó la opresion, no hay órden razonable, no hay libertad pública en la sociedad, porque esta no es sino una gran familia, así como cada familia es un pequeño estado. El legislador de Oriente, apartándose en esta parte de la práctica y de la institucion cristiana, separó el matrimonio de toda forma religiosa, bastando para autorizarle el deseo de tomar esposa. Este deseo, ora se declare, ora se tenga secreto en el pecho, no puede, segun el supuesto profeta, hacer caer jamás al hombre en desgracia de Dios. Prohibe, sí, prometerse en secreto, á menos que la honestidad de las palabras no encubra el afecto que se siente (a). Toda union es legítima, siempre que la preceda un contrato. No se requiere la igualdad en la sangre, ni se exige el consentimiento de los padres.

Con esta última circunstancia quedó debilitado el poder paternal, considerándose como inútil el consentimiento de los padres; y se deja al capricho de niños inespertos el acto mas grave é importante, el que decide de la felicidad ó de la desgracia de la vida. A la edad de nueve años las muchachas, y trece y un dia los muchachos, quedan por este mero hecho emancipados y libres para contraer matrimonio (b). ¿Cómo abandonó así

(a) Koran, cap. 2, v. 334.
(b) Koran, ibid, v. 335.

el legislador la suerte de los hijos, con esta independencia, que tan fatal puede serles, desconociendo para regular ó dirigir sus enlaces la autoridad, y hasta el consejo paternal?

Recomienda Mahoma la eleccion de esposa á gusto del marido (a). ¡Inútil advertencia! Y declara, que si la compañía de dos seres corrompidos es natural, aun lo es mas que un hombre virtuoso se junte con una muger virtuosa (b). Consejo mas inútil todavía. ¿Cómo discernirán el vicio de la virtud un niño de trece años y una muchacha de nueve, sin otra guia ni regla, ni direccion, que su deseo y su capricho?

Mahoma admite la poligamia, y la poligamia no puede dejar de producir la discordia y la tiranía en el hogar doméstico. No hay duda que en esta parte atendió únicamente á satisfacer la caprichosa y versátil sensualidad de los orientales. Mas con esta sola disposicion desquició los cimientos del órden y de la libertad en el seno de las familias, y preparó el estado de muelle estupidez y de embrutecimiento en que han yacido por tantos siglos y yacen todavía los pueblos mahometanos. Con esta sola ley permisiva encadenó la mitad mas débil del género humano, la mitad mas bella, la mas sensible, la mas digna de un protector, y no de un tirano. Envileció la condicion de la muger, introdujo la opresion en las familias, la envidia, la rivalidad, el triple mónstruo de la brutalidad, de los zelos y de la tiranía. Aunque reduce á tres ó á cuatro las esposas de un mulsuman, y aconseja, si no las pueden mantener como corresponde, que no tomen mas que una, ó que se contenten con las esclavas (a); el voluptuoso legislador se atribuyó de parte del cielo una libertad ilimitada, llegando á contar hasta nueve á un tiempo. Y los poderosos musulmanes, mas imitadores de la conducta que puntuales observadores de la ley de su profeta, han reunido en sus vastos harems á centenares de mugeres, instrumentos miserables de su brutalidad, ó fastuoso alarde de su opulencia.

Al mismo tiempo exhorta á que el marido dé á las mugeres el mejor trato posible, que les suministre comida, vestido y asistencia, como conviene, y conforme á las facultades de cada uno; amonestando por otra parte á las mugeres que no se aparten de las reglas de la decencia, y que reconozcan en sus maridos una superioridad señalada por la naturaleza, y confirmada por todas las leyes (b).

Pero en otra parte del mismo código acrecienta la autoridad marital, y la convierte en un dominio mas absoluto. «Los hombres, dice, son superiores á las mugeres, porque Dios les dió la preeminencia sobre ellas, y porque las dotan de su caudal. Las mugeres deben ser obedientes y callar los secretos de sus maridos, pues que el cielo las encomendó á su guar-

(a) Koran, cap. 4. v. 3.
(b) Koran, cap. 24, v. 26.

(a) Capitulo 4 del Koran, v. 3. Tambien se puede casar con estas. El cap. 4, v. 29, dice: El que no fuero suficientemente rico para casarse con mugeres fieles libres, elegirá esposas de entre sus esclavas fieles. Entre vosotros lo unos viven con dependencia de los otros. No casareis con las esclavas sino con licencia de sus amos. De este modo el autor del Koran reune la esclavitud civil con la doméstica, y hace á la muger doble esclava de su esposo y señor.
(b) Koran, cap. 2, v. 222.

da. Los maridos que tienen que sufrir por su desobediencia, pueden castigarlas, dejarlas solas en su cama, y aun zurrarlas. Sola la sumision puede guardarlas de ser maltratadas.

Así se sanciona la esclavitud bajo la apariencia de la sumision, y se concede á los fuertes el absoluto dominio sobre los débiles. No es Mahoma el único entre los legisladores orientales que ha afectado ignorar que la muger ha nacido para compañera y no para esclava del hombre.

Al lado de esta escandalosa sancion del despotismo doméstico, no deja de prescribir Mahoma algunos preceptos naturales á la maternidad. Manda que los hijos sean criados por sus propias madres, precepto humano al que fácilmente se presta la natural ternura, pero precepto desconocido ó mal observado en las naciones afeminadas que prefieren al primero, al mas sagrado y natural de los deberes, y por consiguiente de los gustos, la libertad de una disipacion frívola de que se cansan ó se avergüenzan antes de haberla apurado. Fija á dos años cumplidos la crianza ordinaria al pecho, mas no permite á las mugeres el destetar su cria sino con consentimiento de los maridos (a).

A pesar del refinamiento de nuestra civilizacion, se halla entre nosotros muy desatendida esta obligacion sagrada, cuyo descuido ó inobservancia viene á formar en algunas familias uno de los puntos de gran tono, ó una costumbre de lujo. Parece que el oro dispensa á los poderosos de seguir y obedecer los sentimientos de la naturaleza, y que hay una especie de orgullo en la madre de abandonar á manos mercenarias al infante que salió de su seno, así como en el padre de fiar á estraños la educacion de sus hijos. El orgullo y el deleite se mancomunan para sofocar la ternura y la sensibilidad.

Admitida la poligamia, el cuidado de los hijos y de su educacion era esclusivo del padre, sea cual fuere la madre, aun cuando fuese esclava ó concubina, porque todos los hijos se tienen por legítimos; á mas de que, hablando en general, difícil fuera que hubiese bastardos en un pais donde son tan fáciles de contraer los matrimonios (a).

Sin embargo, está prohibido contraerlos con mugeres que no profesan el islanismo. «No os casareis, dice, con las idólatras, hasta que hayan recibido la fe. Una esclava fiel vale mas que una muger libre, pero infiel, aun cuando esta tuviese para vosotros mas atractivo. No dareis vuestras hijas á los idólatras hasta que estos hayan abrazado nuestra creencia. Un esclavo fiel vale mas que un incrédulo, aun cuando este fuese mas amable (b).» Tales son los mandatos de Mahoma. Y despues, á consecuencia de los mismos principios, esclama: «¡Oh creyentes! cuando algunas mugeres fieles vengan á ampararse de vosotros, esperimentadlas. Si profesan sinceramente el islanismo, no las restituireis á sus maridos incrédulos; porque el cielo prohibe semejante union. No tendreis trato alguno

(a) Koran, cap. 2, v. 32. No obstante, como algunas veces la salud de la madre se opone al cumplimiento de este deber, se puede llamar á una nodriza, con tal que se le satisfaga puntualmente el prometido salario.

(a) Koran, cap. 4, v. 4. Véase tambien á Chardin, tomo. VI. cap. 16.

(b) Koran, cap. 2, v. 219. No obstante, en el capítulo 5, versos 7 y 9, permite casar con hijas libres de judíos.

con los que traen sobre sí la cólera divina: ellos desesperan de la vida futura, como desesperaron los infieles que yacen en el sepulcro (a).» Por fin, prohibe el legislador á sus discípulos el casar con mugeres libres ya casadas, á menos que la suerte de las armas no las haya traido á sus manos (b). Exhórtales á casar los mas honrados de sus sirvientes y de sus esclavos, y aleja á los que la falta de medios les separa de esta union, á vivir en continencia hasta que el cielo les dé conveniencias (c).

El fundamento de este precepto se apoya en que en la legislacion mahometana, lejos de obligar á la muger á traer dote, el marido es quien la debe dotar. La intencion de Mahoma está claramente esplicada con el consejo de no tomar mas de una esposa, si el hombre tiene pocas facultades, bajo el pretesto de que con esta discreta conducta podrá mas fácilmente dotarla como conviene (d). La cantidad de la dote no tiene regla fija: basta que corresponda con las facultades del marido. Su riqueza ó su pobreza son las dos únicas medidas del don que en aquel momento se hace, á impulsos de la justicia ó de la beneficencia. Mas si por un acto de generosidad quiere la muger remitirle, le queda al marido facultad para emplearle en sus comodidades (e).

Tenemos, pues, en la legislacion musulmana que el hombre puede satisfacer mas ó menos sus apetitos ó sus caprichos, á medida que la fortuna le haya mas ó menos favorecido. Las mugeres son muebles de placer ó de lujo, de los que puede estar mas ó menos provisto, segun su riqueza. Mas como el dote no está determinado y la proporcion entre el número de mugeres y las facultades del marido no pasa de mero consejo, hay mucho riesgo que el hombre disoluto ó antojadizo prescinda de esta proporcion, y se aumente el número de los desgraciados.

Veamos ahora lo que prescribe sobre el repudio. Mahoma admite sin dificultad este medio de satisfacer el antojo ó de impedir el fastidio, y su admision era muy consecuente á la permision de la poligamia.

Cuando el nudo sagrado del matrimonio no enlaza mas que dos corazones, el del hombre y el de la muger; cuando entre los dos se establecen esclusivamente derechos mútuos y deberes recíprocos, es menos natural el repudio; y el divorcio, ó nunca debe permitirse, ó á lo menos en casos muy extremos. Porque entonces la fuerza del lazo íntimo que estrecha á los consortes depende en gran parte de su indisolubilidad; fíjase la suerte de entrambos de una manera solemne, y la mútua obligacion no se rompe hasta el sepulcro. Pero cuando la ley permite pluralidad de mugeres, el lazo no es ya tan íntimo, los deberes no tan sagrados, la union no es tan solemne; y como se abre la puerta á la inconstancia del corazon, tampoco es justo exigir de él firmeza invariable en sus inclinaciones y deberes. El repudio quedó, pues, permitido por Mahoma. La separacion se practica ante un juez ó un imán. Los consortes toman testimonio de su vo-

(a) Koran, cap. 60, versos 10 y 13.
(b) Koran, cap. 4, v. 28.
(c) Koran, cap. 24, versos 32 y 33. En el mismo versículo encarga la emancipacion. «Concedereis á vuestros esclavos el escrito que asegura su libertad cuando os lo pidieren.»
(d) Koran, cap. 4, v. 3.
(e) Koran, cap. 2, versos 136, y cap. 4, verso 3.

luntad, y desde aquel momento quedan libres sin otra ceremonia (a). La esposa no puede tomar segundo marido hasta despues de cumplidos tres meses. Si se hallase en cinta, lejos de ocultarlo, debe acelerarse á declararlo, porque el fruto que trae en su vientre podrá ser medio para una sincera reconciliacion (b). Los maridos que juran no tener mas cohabitacion con sus mugeres, tienen durante el término de cuatro meses, la facultad de reconciliarse con ellas. Si no lo hacen dentro este plazo, el divorcio queda firmemente establecido; y seria un delito el oponerse á que la esposa, despues de haber esperado todo el tiempo prescrito, contrajese legítimamente segundas nupcias (c). Si se arrepienten de haberlo hecho, vuelven á entrar en sus derechos, con tal que den antes libertad á un cautivo, ó si no le encuentran para redimirle, que ayunen dos meses seguidos, ó en fin, si hallan este ayuno demasiado penoso, que den de comer á sesenta pobres (d).

El objeto de Mahoma en conceder á uno de los consortes estos cuatro meses, es la esperanza de que la reflexion, el olvido de un enojo pasado, el arrepentimiento de la esposa, si está culpada, y otras mil circunstancias, restituyan la paz y el amor entre los dos. ¡Vana esperanza de la inconstancia del hombre, cautivado por otros atractivos! Así lo conoce el legislador, cuando en muchos lugares compadece el infortunio de aquellas á quienes semejante licencia pueda hacer víctimas del orgullo, de los

(a) Véase á Chardin, tomo II, pág. 271.
(b) Koran, cap. 2, v. 227.
(c) Koran, cap. 2, versos 225, 226 y 230.
(d) Koran, cap. 58, v. 4.

caprichos y del poco sufrimiento de un marido (a).

A este fin prescribe que la dote, por considerable que sea, pertenece sin reserva á la esposa que el marido repudia para tomar otra. Si el divorcio se verifica sin haber cohabitado con ella, esta no tiene derecho sino á la mitad de la dote, pero puede recibirla por entero, mediante el consentimiento de ambos consortes, ó del marido solo. Si este no le señaló ninguna al tiempo del acto del casamiento, ó despues se portare mal con ella, no queda sujeto á pena alguna (b). En cuanto á viudedad, se debe tambien estipular, porque la ley no la señala. Entonces, si el marido repudia á la muger, debe hacérsela efectiva; mas no si es ella la que

(a) Ved ahí varios pasages que lo confirman. No repudiareis vuestras mugeres hasta el término señalado: contareis los dias puntualmente. Antes de este tiempo no podreis echarlas de vuestra casa, ni dejar que ellas se salgan, á menos que hubiesen cometido un adulterio probado (cap. 65, v. 1.) Dejad á las mugeres que habeis de repudiar un asilo en vuestras casas. No les hagais violencia alguna para estrecharles el alojamiento (ibid., v. 6). ¡Oh creyentes! si repudiais una muger fiel antes de haber cohabitado con ella, no la retengais mas allá del término prescrito. Dadle lo que la ley ordena, y despedidla con honor (cap. 33, v. 48). Los maridos guardarán á sus mugeres con humanidad, ó las despedirán con justicia (cap. 2, v. 228). Despues de haber repudiado una muger, si llegare el tiempo de despedirla, guardadla con humanidad, ó despedidla con benignidad. No la tengais por fuerza por temor de ser prevaricadores: esta conducta fuera injusta. No hagais un juguete de las leyes divinas. Acordaos de las mercedes de que el cielo os ha colmado (ibid., v. 230). No impidireis á vuestras mugeres el que se casen cuando las habreis repudiado, con el fin de quitarles una parte de lo que les habiais dado, á menos que fuesen reas de un delito manifiesto. Ganadles la voluntad con beneficios. Si las tratais con rigor, tal vez aborrecereis las que Dios habia criado para haceros felices (cap. 4, v. 23).
(b) Koran, cap. 2, versos 236 y 237, y capitulo 4, versos 24 y 25.

pide la separacion, porque hay casos en que tiene derecho á solicitar: y estos casos, sumamente notables, los marca la ley expresamente (a).

El repudio no se puede practicar mas que dos veces. El que quisiese ejecutarlo la tercera no tiene derecho á volver á tomar su muger repudiada, hasta que esta haya pasado al tálamo de otro esposo, y entonces es permitido á los dos esposos el componerse (b). No contento, pues, el legislador de la Meca de que tan fácilmente se burle la santidad de la union conyugal, no exigiendo otro requisito que la sola voluntad del marido para repudiar una esposa hasta tres veces; sujeta solo al que la volviese á tomar despues del tercer repudio, á la infame necesidad de permitir un delito de infidelidad. ¿Qué influencia han de ejercer semejantes leyes sobre las costumbres públicas y privadas? ¿Servirán de algo para atajar el desenfreno que ellas permiten y llevan consigo, las ceremonias de la ablucion, y las purificaciones del cuerpo, nuevo objeto de lujo y de deleite para los orientales (c)?

La esposa tiene derechos á la herencia de su marido. El que dejare esposas al tiempo de morir, les señalará un legado, los alimentos para un año, y habitacion en su casa. Por otra parte, la ley señala á las viudas la cuarta parte de los bienes del marido muerto sin hijos, y muriendo con ellos, solo la octava parte, rebajando antes los legados y las deudas. Pero mas ventajosa es en esta parte la condicion de los hombres, pues la ley les concede la mitad de los bienes de la muger muerta sin sucesion, y la cuarta parte si deja hijos, deduciendo siempre antes los legados y las deudas de la herencia (a).

(a) Véase á Chardin, tomo II, pág 272, y á Tournefort, carta 14, pág. 363.

(b) Koran, cap. 2, v. 240.

(c) Sabidas son las muchas abluciones prescritas por Mahoma. Las hay parciales, para antes de la oracion, generales á todas las partes del cuerpo, en ciertos casos en que este se considera contaminado, así en hombres como en mugeres.

(a) Koran, cap. 2, v. 240. *Si ellas se salen por si mismas* (añade el versículo) *los herederos no serán responsables de lo que hicieren con decencia. Dios es poderoso y justo.*

(4) Genes. XXII. 14.

(5) Agar era esclava de Abraham, y servia á su esposa Sara. Siendo esta la primera vez que figura en los sagrados libros la esclavitud como parte de la constitucion de la antigua familia; y como sea este un hecho de la mayor importancia para estudiar el orígen de las primeras sociedades; nos parece que seria tan oportuno como curioso el bosquejar rápidamente el *orígen de la esclavitud*, tal como la publicamos en 1839, estractada de la *Revista Europea*, en cuyas preciosas páginas campea el mas profundo raciocinio, la mas delicada filosofía, y el mas rico acopio de erudicion escogida; desenvolviéndose de una manera brillante y sólidamente analítica el verdadero principio de la esclavitud y de la autoridad paterna. Estas noticias ó investigaciones, que á primera vista parece no tener mas objeto que satisfacer agradablemente la curiosidad, guardarian la mas íntima relacion con el estado actual de las sociedades modernas, y hasta con los destinos futuros á que, segun todas las apariencias, va marchando la humanidad; pero la demasiada extension nos priva del gusto de dar por extenso aquellas noticias, debiéndonos limitar únicamente con transcribir los primeros párrafos:

« Preséntase ante todas cosas como un hecho universal la division de los hombres en dos clases, la de señores y la de esclavos, la primera poseedora, la segunda poseida. Encontramos señores y esclavos en la Judea, en Grecia, en Roma, en Germania, en las Galias, en Francia, durante el siglo XII; en Prusia en 1750, y actualmente en ambas Américas, en los paises mahometanos, y en los principados, reinos é imperios de la India.

»La antigüedad de este hecho se presenta tal, que en ninguna parte se encuentra su orígen. Es anterior á las instituciones de los pueblos, de que hay memoria. La esclavitud es ya reconocida en los libros de Moises, en los poemas de Homero, muy anterior á los tiempos heróicos de la Grecia. Rómulo, muchos siglos antes de las leyes de las Doce Tablas, ofreció un asilo á los esclavos fugitivos del Lacio. La esclavitud se halla consignada en los códigos sálicos, sajones, turingianos, alemanes, ingleses, y demas pueblos invasores, siendo de notar que en aquellos no se instituye, sino que se regulariza como un hecho ya conocido, aceptado y preexistente.

»No se ha, pues, nunca fundado ni creado la esclavitud, ni es de derecho positivo, considerado como á ley meditada y discutida, el cual se apoderó de la esclavitud, al arreglar la sociedad, como de los otros hechos sociales, la tomó bajo su imperio, la formuló y definió, y se la apropió enteramente; de manera que tenia ya existencia propia antes de someterse á la accion de las leyes civiles.

»Así que ni en el Levítico, ni en la Iliada, ni en las leyes de las Doce Tablas, ni en los códigos de la invasion aparece la esclavitud como un hecho coetáneo ó reciente, sino vieja, decrépita, disgustada, y en decadencia, cercana ya á la grande metamórfosis social, y por consiguiente á su sepulcro.

»Siendo la esclavitud la negacion de la libertad y de la propiedad, y como tal no existiendo por sí misma, no admite inauguracion directa su historia. Volvamos, pues, la vista hácia la propiedad y la libertad, cuya ausencia constituye la esclavitud; así como la ausencia de la luz constituye la sombra, obscuridad; y conociendo al señor, conoceremos al esclavo. ¿Cuál es, pues, el orígen de los señores?

»En la cuna de las sociedades, la idea de padre y de señor se confundian totalmente; y por lo general al formarse los pueblos, el que era padre, era señor y dueño absoluto. Pero no bastaba por sí la paternidad natural; era tambien preciso que la acompañasen ciertas condiciones de tradicion, antigüedad, familia y ascendencia. En Homero los padres que son señores son llamados divinos, y de progenie celeste; y las grandes familias gozan de gerarquías análogas á las de las deidades generadoras. Así se ve en Eneas, hijo de Venus en la Iliada; en Rómulo, hijo de Marte, y demas héroes de las tradiciones latinas, á los que se les llamaba *pios*, hijos de un dios, y no piadosos, como erróneamente han dicho los traductores. Esta denominacion de *pio* se concedió á Tiberio, que tenia ya la de Augusto; y Virgilio la dá con frecuencia á Eneas, *de raza divina*. «El poder paterno, se lee en el Digesto romano, consiste en la piedad.» *Patria potestas in pietate consistit*.

»Parece evidente que la mayor parte de los hechos relativos á las antiguas familias se regulaban por medio del dogma religioso, como lo comprueba el derecho de primogenitura que existia ya en tiempo de Homero entre las grandes familias de la Grecia. Iris dice á Neptuno en la Iliada: *Tú sabes que las furias son propicias á los primogénitos.*

»Asi como la familia antigua se apoyaba en las tradiciones místicas y en los dogmas religiosos, la moderna, es decir, la cristiana, tiene bases análogas en otro órden de ideas. Cuando Jesucristo pronunció entre la muchedumbre que le seguia, mas allá del Jordan, la abolicion de la esclavitud; dió por única razon la voluntad divina: y San Pablo, escribiendo á las iglesias del Asia menor las modificaciones de las relaciones domésticas, que la muger y el hijo no estaban ya absolutamente sometidos al padre; dijo: *Todos sois unos para con Jesucristo.*

»Es, pues, innegable, que en ciertas familias de la antigüedad, los padres ejercian un poder absoluto en calidad de tales. Esta cuestion entra ya en los tiempos históricos, apoyada en los mas claros y precisos testimonios.»





REBECA.

Que sea discreta como Rebeca.

(Súplica de la Iglesia para las esposas en la ceremonia del matrimonio.)

Abraham, al dejar la Caldea para refugiarse sobre la fé de la palabra divina, hácia aquellos países, que despues tomaron el nombre de Judea, y en donde su linaje debia multiplicarse como las estrellas del firmamento y las arenas del mar, llevó consigo sus mas próximos parientes. Tharé su viejo padre, su mujer Saraï, su hermano Nachor, y Loth sobrino suyo, le sobrevivieron. Despues, por algun motivo que se ignora, permanecieron por largo tiempo en la ciudad de Haran en la Mesopotamia, en donde murió Tharé, y Nachor fijó su domicilio. Abraham continuó su ruta, llegó en el valle que lamen las aguas del Jordan, entre el lago de Tiberiades y la Mar Muerta; y mas tarde adelantóse hácia la parte del mediodía; como si hubiese querido pasar á Egipto. Y todas aquellas regiones estaban habitadas por los cananeos, pueblos idólatras y corrompidos.

La numerosa posteridad de Nachor, fué perpetuándose en medio de aquellas razas turbulentas y aguerridas que, expulsadas la una por la otra, pero coronadas siempre de la gloria de los combates, pasaron sucesivamente en las llanuras de la Caldea, y que por largo tiempo dieron las leyes al Asia entera. Los rastros de su existencia y de su nombre hubieran desaparecido sepultados bajo las huellas de tantos hombres y el polvo de tantos siglos; si la Escritura, consagrándoles un recuerdo en sus páginas inmortales, no los hubiese escudado, como á tantos otros, contra el tiempo y el olvido. Nachor tuvo pues muchos hijos: uno de ellos fué padre de Rebeca saludado con el nombre de su abuela por todos los judíos; raiz ilustre y fecunda, cuyos multiplicados vástagos se hallan esparcidos en el dia por toda la faz de la tierra y ocupan su lugar bajo el cielo de todas las naciones.

Nada de preciso se sabe acerca la primera juventud de Rebeca. La vida pastoral era tenida en grande estima y honor en su familia como en la familia de todos los patriarcas bajo el terso y brillante cielo de las regiones orientales. Todas las condiciones indistintamente eran entónces laboriosas; y si los criados servian á sus amos era para ayudarles en el trabajo, no para dispensarles de trabajar. El pasto y la agricultura fué la sencilla é inocente ocupacion de aquellas nobles familias que vemos ya establecidas en el orígen de todos los pueblos, así como la caza era mas propia de pueblos mas ligeros y errantes. Los frutos de la tierra y las reses de ganado formaban la riqueza de aquellos respetables hacendados, gefes de numerosas familias, que como reyes pacíficos gobernaban su tribu con el cetro suave de la paternidad. En las grandes revueltas que ha sufrido el mundo, apenas ha quedado entre nosotros vestigio de estos respetables y virtuosos propietarios que vivian felices, y hacian dichosos á cuantos habitaban á su derredor esparciendo en torno de sí como astros benéficos rayos apacibles de abundancia y de paz. A esta vida afortunada sucedió tras largos siglos en nuestros países de Europa el sombrío y opresor feudalismo, en que el señor hacia sentir á sus vasallos pegados á la tierra todo el peso de su poder, y posteriormente los grandes potentados, huyendo del hogar nativo como de un punto de inaccion, han ido por lo comun á sepultar en las cortes y en las grandes ciudades una existencia

desastrosa, á saciar sus pasiones ardientes, á sufrir humillaciones vergonzosas y á devorar con sus vicios fortunas inmensas. Rebeca, pues, debió participar sin duda de las ocupaciones propias de su edad y de su sexo en la familia á que pertenecia. Veinte años contaba á corta diferencia cuando fué pedida en matrimonio para Isaac su pariente, y ved ahí como le trazó el cielo la senda de su destino.

Abraham iba creciendo en años y tocaba ya á la vejez. Cierto dia llamó á Eliezer, el mas antiguo de sus servidores, y le confió la mision de buscar una esposa para su hijo Isaac. Heredero de una promesa que la humanidad habia recibido ya desde su cuna, y depositario de la verdadera fé, no quiso alterar por medio de una alianza con las cananeas, la pureza de su sangre y de su doctrina. El pueblo de Canaan llevaba sobre sí, como un peso que le oprimia, la maldicion de Dios: era de perversas costumbres y estaba entregado á la supersticion y á la idolatría. Por esto hizo prometer á su criado Eliezer que iria á escoger la esposa de Isaac en su familia de Caldea, en donde Dios tenia aun adoradores. Temió Eliezer que no podria tal vez determinar á la jóven á que viniese con él hasta la tierra de Canaan, y preguntó si podria en tal caso llevarse con él á Isaac al pais de sus abuelos. «Guárdate bien, respondió el creyente Abraham, de llevar mi hijo allá. El Señor Dios del cielo que me sacó de la casa de mi padre y del lugar de mi nacimiento, y que me dió su palabra y me dijo: *Yo daré esta tierra á tu linage*, enviará él mismo su ángel delante de tí, y tomarás de allí muger para mi hijo. Y si la muger no quisiese seguirte, no estarás obligado al juramento, solamente no vuelvas á llevar allá á mi hijo.» El negocio era de tal importancia, que Abraham exigió de su servidor el juramento de cumplir con toda exactitud lo que le tenia encargado; y Eliezer lo prestó realmente de no separarse en un ápice de las órdenes de su señor. Nótase tambien en este lugar cuán antigua es la tradicion del ángel tutelar ó custodio que cada uno de los hombres tiene para su guarda, pues la vemos ya autorizada entre los hebreos por estos primitivos patriarcas.

El buen servidor se puso en camino, llevando consigo diez camellos, cargados de riquezas y de presentes, destinados á la esposa de su

jóven señor. En este equipaje magnífico, que contenia lo mas precioso que poseia Abraham, para que sirviera de dote á la esposa, se echa de ver en primer lugar la opulencia de aquel patriarca que sabia desplegar oportunamente á pesar de la simplicidad de sus costumbres; y el uso de aquellos tiempos, en que el esposo debia hacer el dote á la esposa. Habia doce jornadas cumplidas desde Bersabé, en donde se encontraba entonces Abraham, hasta la ciudad de Haran, en la Mesopotamia, donde habia dejado su familia; porque muchos geógrafos ponen Bersabé á poca distancia de Gaza, y Haran es aquella ciudad, conocida en la historia profana con el nombre de Charres, y cerca de la cual el ejército de los Parthos hizo cara á las legiones romanas, y mató á Craso, su general.

Llega por fin Eliezer, y hace descansar los camellos fuera de la ciudad, junto á un pozo de agua. Era precisamente al caer la tarde, hora en que las jóvenes doncellas solian salir á sacar agua de la fuente; porque en aquelos tiempos de la juventud del mundo, la sencillez de los gustos hacia gratas y honoríficas aquellas ocupaciones que los pueblos modernos han rebajado en su estimacion, sin hacerlas por esto menos necesarias; y ni la hermosura ni la delicadeza, ni la opulencia dispensaban á las mugeres de la mayor parte de los trabajos domésticos. Aun muchos siglos despues de la era de los patriarcas, la Syria, la Grecia y la Sicilia se gozaban en la paz y en la candidez de estas costumbres, que casi ya no encontramos hoy sino en la historia. El orgullo y el desden ha penetrado en el seno de las familias, que yacen indolentes y corrompidas entre la molicie y el regalo; no dignándose practicar, y confiando á una servidumbre asalariada aquellas inocentes labores que antes ejercian sin mengua de su dignidad las hijas de los reyes.

Entre tanto Eliezer se hallaba vivamente ocupado, pensando en el objeto de su mision, como todos los hombres esforzados cuando han contraido un compromiso. Determinó desde luego consultar con Dios aquel negocio; púsose en oracion, y con aquella confianza que frecuentes prodigios autorizaban entonces en las almas puras y sinceramente creyentes, se atrevió á fijar por sí mismo el señal que tomaria por expresion de la voluntad divina, y que determinaria su eleccion. Debia, pues, reconocer la esposa de Isaac por su benevolencia y por sus maneras de hospitalidad: debia

pedir de beber; y de entre todas las jóvenes doncellas de la ciudad que salian á sacar agua de la fuente, aquella que le respondiese: «Bebed, y tambien daré agua á vuestros camellos,» seria la esposa destinada para Isaac.

Dios tuvo por agradable aquella confianza que él mismo le habia sin duda inspirado, y así prestó oidos á su súplica. Pues si bien no debemos prescribir á la Providencia divina el medio de manifestarnos si se digna secundar ó no nuestros designios; con todo, Dios usó de esta paternal condescendencia, atendida la extremada sencillez y confianza de aquellos tiempos primitivos, pues la fe en el Señor es la que ha obrado siempre los mayores prodigios. El feliz éxito que en toda su comision obtuvo el buen siervo de Abraham, demuestra que en todo se dejó gobernar por una direccion particular del Espíritu de Dios; y que fué tanta su confianza en él, y la seguridad que tenia de la proteccion del cielo, como su amo le habia indicado, que inclinó al Señor á condescender con sus ruegos, haciendo eficaces unos medios que de suyo parecian poco proporcionados al fin que se deseaba.

En aquel instante vió el viagero una bella y graciosa doncella que regresaba á la ciudad con un cántaro lleno de agua sobre su hombro. Esta era Rebeca. Corrió el criado hácia ella, y le pidió de beber. «Bebed, señor mio,» respondió ella, y en seguida bajó el cántaro sobre su brazo, sosteniéndole para que pudiese beber el extranjero. Y añadió en seguida: «Tambien voy á buscar agua para que beban todos vuestros camellos.» Y derramando su cántaro en los canales ó pilas que servian para abrevarse los ganados, corrió á llenarle otra vez á la fuente. Él entretanto la contemplaba en silencio, dudando aun del feliz éxito de su viaje.

Luego que acabaron de beber los camellos, ofreció á Rebeca pendientes y brazaletes de oro (1), y le preguntó de quién era hija, y si podria encontrar hospedaje en la casa de su padre. Ya hemos dicho en otra parte que la hospitalidad entre los orientales era considerada como de derecho comun, y que tanto gusto se hallaba en darla como en recibirla. Contextó Rebeca, que ella era hija de Bathuel, hijo de Nachor, y que habia en la casa de su padre provision bastante y lugar espacioso para hospedar á los forasteros. Así todo iba sucediendo á gusto de Eliezer, el cual, transpor-

tado de júbilo por tanta felicidad, se prosternó en tierra para dar gracias á Dios, que tan bien habia dirigido sus pasos. «¡Bendito sea el Señor Dios de mi amo Abraham, esclamó, que no apartó de él su misericordia, y me ha conducido por camino recto á la casa de su hermano!» ¡Qué noble expansion de un corazon agradecido y lleno de Dios! ¡Y cómo no habia este de derramar profusamente sus bendiciones sobre unas almas tan confiadas y fervorosas! Rebeca por su parte corrió á referir á su madre cuanto acababa de suceder.

Tenia Rebeca un hermano, llamado Laban, el cual, oido el relato de su hermana, y en vista de los pendientes y brazaletes, corrió al encuentro de Eliezer, que estaba aun junto á la fuente, le ofreció con afectuosa expresion la hospitalidad, y le condujo á su casa. Descargáronse los camellos, se lavaron los pies á Eliezer y á los hombres de su comitiva, y se le sirvió la comida con la frugalidad que entonces se acostumbraba. Mas el fiel enviado se expresó en estos términos: «No comeré antes de haber explicado el objeto de mi viaje.» Y le respondieron: «Explicaos.» Entonces Eliezer, con el lenguaje verídico de la mas simple ingenuidad, dió á conocer los motivos y las circunstancias de su viaje, su promesa de no ir á buscar la esposa de Isaac fuera de la parentela de Abraham, la señal que habia tenido la inspiracion de escoger para conocer la voluntad de Dios, señal que se habia manifestado precisamente en Rebeca. Y añadió despues: «Si os es agradable la propuesta de mi señor, decídmelo; pero si otra cosa deseais, decídmelo tambien para tomar mi resolucion.»

Laban y Bathuel respondieron: «Dios ha hablado por vuestra boca, y nada podemos deciros que se oponga á su voluntad. Delante de vos está Rebeca, tomadla é idos con ella, y sea ella la esposa del hijo de vuestro amo, como así lo ha dispuesto el Señor.» A estas palabras, que sin duda ratificaria llena de pudor la jóven doncella, el feliz mensagero volvió á postrarse en tierra para dar al Señor nuevas acciones de gracias. En seguida sacó vasos de oro y de plata, y ricos vestidos que habia traido, y los presentó á Rebeca para que le sirviesen, bien sea de prendas por el futuro matrimonio, bien sea de dote, que, segun la usanza de aquellos tiempos y paises, la esposa recibia del marido. Ni se olvidó Eliezer de hacer tambien sus regalos á los hermanos y á la madre de la prometida

esposa. Esta oportuna profusion de riquezas nos da una idea del poder y opulencia de Abraham, de la generosidad con que se portaba con sus parientes, y sobre todo con la futura esposa de su hijo, hermanándose así bellamente la candidez y simplicidad de costumbres con el aparato de la magnificencia oriental.

Por su parte los parientes de Abraham correspondieron á esta magnificencia y á las muestras de júbilo y de generosidad manifestadas por el enviado del padre del futuro esposo de Rebeca. Para celebrar, pues, sus esponsales se hizo un solemne festin con su banquete, en el cual competia la frugalidad con la abundancia. No se observan en estos festines los báquicos excesos ni la crápula de los convites paganos, y de muchos banquetes de nuestros dias. La mútua confianza, la viva y natural expansion del sentimiento, las muestras recíprocas de afecto presidian aquellas mesas, sobre las que derramaba Dios sus bendiciones, y en las que reinaban el inocente júbilo y la decorosa sobriedad; y eran ya una imágen de las mesas cristianas. Comieron y bebieron, pues, juntos, y celebraron durante todo el dia aquel fausto acontecimiento, como una nueva bendicion que derramaba Dios sobre entrambas familias. Al dia siguiente Eliezer pensó ya en despedirse de sus huéspedes, pues la diligencia y la fidelidad son la doble divisa de todo buen servidor. «Dejadme, dijo, que vuelva á mi amo.» Pero le respondieron la madre y los hermanos de Rebeca: «Estése la muchacha con nosotros á lo menos diez dias, y partirá despues.» Mas como Eliezer insistiese en su propósito, convinieron en descubrir el ánimo de Rebeca, y como la hubiesen llamado sus padres, le preguntaron: «¿Quieres ir con este hombre?» Y respondió ella afirmativamente. Explorada ya su voluntad, no se resistieron mas, y partió ella con Eliezer y la comitiva, y con su propia nodriza Débora. Al momento de despedirse, la llenaron todos de bendiciones y le desearon toda prosperidad. «Hermana nuestra eres, crece, pues, en mil y mil generaciones, y que tu posteridad posea las tierras de sus enemigos.» Así, sin conocerlo, pronunciaban sus parientes, movidos por el espíritu de Dios, lo que en realidad debia suceder á la posteridad de Rebeca, en cumplimiento de las promesas que habia hecho Dios al padre de su esposo. Rebeca, pues, y sus criadas subieron en los camellos y siguieron á Eliezer, que apresuraba su regreso.

Llegó el momento en que toda la comitiva se acercaba á Bersabé. Y en aquel mismo dia, al caer la tarde, Isaac habia salido á pasear por el campo. Levantó los ojos, y vió desde lejos venir á Eliezer con todo su séquito. Rebeca, al mismo tiempo, luego que descubrió á Isaac, bajó de su camello, y preguntó al criado: «¿Quién es aquel hombre que viene á encontrarnos?» Y el servidor le respondió: «Aquel es mi amo.» Al momento mismo cubrióse ella con su velo; alma ingenua y pura, que pertenecia ya anticipadamente á la púdica y modesta escuela del cristianismo. Eliezer dió noticias á Isaac del resultado de su viaje, y las maravillas que en él habia obrado el Señor. Isaac tomó por la mano á Rebeca, y la hizo entrar en la tierra habitada antes por Sara, su madre, que habia muerto tres años antes, para manifestar sin duda que esperaba encontrar en la que recibia por esposa el amor de su madre que la muerte le habia arrebatado. Solo el amor de una esposa como Rebeca templar podia en el jóven esposo el dolor profundo en que le habia dejado la pérdida de una madre como Sara. Para aliviar el dolor causado por un amor que se ha perdido, el medio mas poderoso es otro amor, dulce como el primero, pero que no sea del mismo género, porque entonces este nuevo amor no hace olvidar, sino que dulcifica la amargura del amor que se perdió. Así un padre tempera en un hijo el pesar de haber perdido una esposa querida, así como un hijo mitiga en brazos de una esposa el dolor de haber perdido á una madre. Tambien los hijos ó los hermanos que sobreviven alivian la pena de los que han premuerto. Tambien una esposa nueva disminuye, ó quizás borra el sentimiento de la muerte de la primera; pero este alivio es ya de otro género. Cuando el nuevo amor es de eleccion, no sucede lo mismo que en las afecciones producidas por los lazos de la sangre y por los vínculos de la naturaleza. El padre mira siempre en sus hijos la imágen de una esposa que adoraba, y no pierde en sus hermanos la memoria del hermano á quien llora. Pero el nuevo esposo no alivia su pesar, sino que lo destruye, entregando de nuevo su corazon: el recuerdo de lo pasado es molesto para el nuevo objeto que se ama, y cuyos encantos han podido triunfar en su alma de aquella fidelidad solitaria, único tributo que podia consagrar á su memoria, y que le arrebata quemando incienso á un nuevo ídolo.

Así se terminó la mision del buen Eliezer. ¿A quién no encanta la amis-

tosa confianza que los amos depositaban entonces en sus servidores, y la afectuosa fidelidad de los servidores para con sus amos? Y á pesar de la extrema diferencia de nuestros hábitos y de los refinamientos de nuestra civilizacion, que ha llegado al exceso de la desconfianza, de la cautela, y del aislado egoismo, ¿pueden dejar de sernos muy amables aquellos caracteres antiguos, cuya embelesante ingenuidad va siempre acompañada del poco fausto en la nobleza y en las virtudes?

Y si por un momento nos es lícito indicar de paso el símbolo misterioso que contemplan los sagrados intérpretes en la vocacion de Rebeca por la relacion íntima entre la ley antigua y la nueva, diremos que Rebeca, á quien Abraham hizo desposar con Isaac, su hijo, es mirada como figura del pueblo gentil, al cual escogió Dios para formar su Iglesia. Y así como Isaac no fué á buscar por sí mismo á su esposa, tampoco el hijo de Dios fué por sí mismo á predicar á los gentiles, sino que envió á sus fieles servidores y discípulos los apóstoles, despues de haber dado sus instrucciones, enriquecido de sus dones, y armado de su poder sobre la naturaleza para obrar prodigios.

No se sabe fijamente si Abraham habia muerto cuando el hambre vino á afligir como un azote desastroso la region en que habitaban. Isaac creyó deber retirarse con su muger á Gerara, al lado de Abimelech, rey de los palestinos, como habia hecho su padre en igual calamidad. Allí fué protegido de Dios; acrecentóse mucho el número de sus servidores; multiplicáronse sus rebaños, y sus riquezas llegaron á ser considerables. Esta prosperidad excitó la envidia de Abimelech, é Isaac se vió obligado á retirarse. La hermosura de Rebeca corrió en este pais los mismos peligros que habia corrido la esposa de Abraham Sara, é Isaac tuvo que valerse de la misma estratagema de decir que era hermana suya. Conoció el rey que la franqueza entre los dos esposos era mayor que la de hermanos, y le reconvino por el engaño, y respondió Isaac: «Temí el morir por causa de ella.» É hizo intimar á todo el pueblo esta órden: «El que tocare á la muger de este hombre, morirá.»

Los palestinos, lo mismo que su rey, miraban con envidia la abundancia y la prosperidad con que bendecia el Señor la familia de Isaac; y los pastores de uno y otro tenian frecuentes contiendas: los de Abimelech llena-

ron de tierra los pozos cavados por los siervos de Abraham, y de los cuales se habia emposesionado Isaac para el uso de sus rebaños. Este era un verdadero motivo de guerra en unos tiempos en que los reyes eran á la vez pastores y labradores, y en un pais en donde llovia muy rara vez, y que no tenia casi mas rio que el Jordan. El encono llegó á tal punto, que el mismo Abimelech dijo á Isaac: «Retírate de nuestro pais, porque te has hecho mas poderoso que nosotros.» Isaac plegó su tienda, y se dirigió á levantarla en otra parte tantas veces como le perseguian sus envidiosos vecinos con sus pretensiones injustas. Al paso que le tenian envidia, deseaban abrigarse bajo la sombra de su poder, y tenerle por amigo: solicitaron su alianza, y al cabo de algunos años, cuando Isaac habia regresado á la tierra de Canaan, restablecióse la armonía entre los dos príncipes, fué visitado por el rey palestino, y por los suyos, les dió un banquete, y recibió definitivamente de ellos el juramento de amistad.

Con todo, faltaba á Isaac una bendicion, porque todavía no tenia ningun hijo. Acudió, pues, al Señor, suplicándole en favor de su muger, que era estéril; y el Señor, que derrama á su voluntad sobre toda vida humana la tribulacion y la alegría, concedió la fecundidad á Rebeca, pues esta llevaba dos niños en su seno, y estos niños, divididos antes de nacer, se hacian una especie de guerra que le desgarraba las entrañas. La triste y atribulada madre lamentaba este conflicto en sí misma; y temiendo morir, esclamaba: «Si esto me habia de suceder, ¿qué necesidad tenia de concebir?» Y en la amargura de su alma no encontró mas consuelo que consultar al Señor, el cual le respondió: «Dos razas poderosas están en tu seno, y dos pueblos saldrán desde él divididos, y el un pueblo sojuzgará al otro pueblo, y el mayor ha de servir al menor, ó mas jóven.»

Estas palabras deben entenderse, segun los sagrados intérpretes, como si Dios le hubiese dicho: «Los dos hijos que llevas en tu seno serán padres y cabezas de dos pueblos numerosos, esto es, de los idumeos y de los judíos, pueblos contrarios entre sí, y muy diversos en costumbres, leyes, religion y pais. El mayor estará sujeto y servirá al menor, esto es, la posteridad de Esaü á la posteridad de Jacob. Porque los judíos descendientes de Jacob, como únicos herederos de Abraham, entraron solos en la pose-

sion de la tierra de Canaan, y les estuvieron sujetos los idumeos descendientes de Esaü.

En efecto, á su tiempo Rebeca dió á luz dos hijos. El que salió primero al mundo era rojizo y velloso, como si hubiera llegado á la edad viril, y por esto fue llamado Esaü, que significa hombre ya formado, y llamóse tambien Sehir, que quiere decir velloso, ó cubierto de vello. Siguió luego el segundo, teniendo asido con la manecita el pie de su hermano, como si quisiera disputarle el derecho de ser el mayor, y continuar la rivalidad que habia precedido á su nacimiento. Y se le llamó Jacob, para manifestar que habia querido en cierto modo derribar á su hermano.

A medida que iban creciendo en edad, desplegaron gustos muy opuestos. Esaü preferia los trabajos del campo y el ejercicio violento de la caza: Jacob, de costumbres mas suaves y de apacibles inclinaciones, preferia quedarse en la tienda al lado de su madre. Segun esto, les cupo una parte diferente en la afeccion de sus padres. Isaac amaba mas á Esaü, que le hacia comer de su caza, y Jacob era mas querido de Rebeca. No por esto Isaac dejaba de amar á Jacob, que se atraia la voluntad por sus bellos sentimientos y por la mansedumbre de su carácter. Tal vez conociendo el padre el genio altivo de Esaü le queria cautivar, mostrándole una predileccion y ternura, de que no necesitaba tanto el hijo amado de Rebeca.

Aconteció que cierto dia Esaü venia del campo en extremo fatigado, y estenuado de hambre y de sed. Vió un plato de lentejas que su hermano se habia preparado, y se lo pidió. Jacob creyó no deber despreciar esta coyuntura, y respondió: «Véndeme tu derecho de primogenitura.» Pues este derecho valia al primogénito de la familia una cierta primacía de honor y de autoridad, una porcion doble en la herencia comun, y una bendicion especial del padre antes de morir. Como todos los hombres apasionados, Esaü quiso mirar las cosas por la parte que favorecian su deseo, y dijo: «¿Ves que me estoy muriendo? ¿De qué me servirá la primogenitura?» Y se la vendió (2). Sacióse despues de comida y de bebida, y se fué, sin pensar siquiera en lo que acababa de perder. Tal vez pensó que algun dia pudiera recobrar su derecho por la fuerza, pero no fué así.

Isaac se hallaba ya en edad muy avanzada, y sus ojos se debilitaban. Llamó un dia á Esaü, y le dijo: «Ya ves que he envejecido, y que no sé

el dia de mi muerte. Toma tus armas, tu aljaba y el arco, y sal fuera, y cuando hayas hecho alguna presa en la caza me harás de ella un guisado como sabes que es de mi gusto, y me lo traerás para que lo coma, y te bendeciré antes de morir.»

Oyó Rebeca estas palabras, y cuando Esaü hubo partido al campo, lo contó todo á Jacob, y le dijo: «Ahora, hijo mio, sigue mi consejo. Corre al redil, y trae á dos de los mejores cabritos para que yo guise de ellos á tu padre aquellos platos de que come con gusto, y sirviéndoselos tú, despues que hubiere comido, te dé la bendicion antes de morir.» Pero Jacob, acordándose que era muy diferente de Esaü, cuyos miembros estaban todos cubiertos de pelo, manifestó el temor de que su padre le conociese, y de atraer por este motivo sobre su cabeza la maldicion, en vez de la bendicion. Pero le respondió la madre: «Sobre mí caiga esta maldicion, hijo mio; tú haz solamente lo que te aconsejo, y date prisa á traer lo que te tengo dicho.» Ejecutó Jacob las órdenes de su madre, la cual preparó la comida para Isaac. Tomó en seguida los vestidos de Esaü, que eran ricos, y despedian el grato olor de los perfumes, en medio de los cuales se guardaban; cubrió sus manos y su cuello con las delicadas pieles de los cabritos, y le dió los platos y los panes destinados á Isaac.

Preguntado por su padre, Jacob creyó poder responder: «Yo soy Esaü, vuestro primogénito: he practicado lo que me mandasteis; levantaos, incorporaos sobre la cama; comed de mi caza, y dadme vuestra bendicion.» Admirado quedó Isaac de verse tan prontamente servido. «¿Cómo tan pronto has podido encontrarla, le dijo, hijo mio?» Y Jacob respondió muy oportunamente: «Dispuso Dios que luego se me pusiese delante lo que deseaba.» Quiso con todo Isaac enterarse bien si era realmente su primer nacido Esaü el que tenia á su presencia, y mandó á su interlocutor que se acercase. Le tocó, pues, y creyendo reconocerle, le dijo: «Por cierto que la voz es de Jacob, pero las manos son de Esaü.» Y vacilando en su interior, antes de bendecirle, volvió á decirle: «¿Eres tú en realidad Esaü, mi hijo?» Y respondió Jacob: «Yo soy.»—«Pues tráeme, hijo mio, dijo el anciano, el plato de tu caza, para que te bendiga.» Y habiéndoselo presentado, y despues de haber comido y bebido á su sabor, le dijo: «Acércate, y dame un beso, hijo mio.» Y se acercó Jacob é imprimió un ósculo

en su frente. Respiró el anciano el bálsamo de los perfumes que despedian los vestidos de su hijo, y al bendecirle, esclamó: «Este aroma es como el de un campo cubierto de flores, al cual ha dado el Señor su bendicion. Concédate Dios, con el rocío del cielo y la fecundidad de la tierra, abundancia de trigo y de vino, y sírvante los pueblos, y adórente las tribus; seas señor de tus hermanos, é inclínense profundamente delante de tí los hijos de tu madre. Quien te maldijere, sea él maldito, y el que te bendijere sea colmado de bendiciones!»

Apenas el venerable viejo habia acabado de pronunciar estas palabras, y se habia retirado Jacob, cuando llegó Esaü, y presentando á su padre las viandas de la caza que habia guisado, le pidió la bendicion paternal. Y le preguntó Isaac: «¿Pues quién eres tú?» Y respondió este: «Yo soy tu hijo primogénito Esaü.» Atónito, y como extático quedó Isaac con semejante respuesta: su pasmo era imponderable. «¿Y quién es, pues, preguntó, el que poco hace ha traido la caza que cogió, y cuyas viandas he comido antes que tú vinieras?» Pero lejos de retirar la bendicion ya dada, Isaac la ratificó. «Yo le bendije, y bendito será.» Quizás el error contra el cual se habia en vano prevenido, le pareció una revelacion de los consejos divinos; pues en aquellos tiempos tan cercanos al origen del mundo, la Providencia estaba de contínuo inclinada, por decirlo así, como una madre sobre la cuna de la jóven humanidad, y nuestros progenitores, llenos de fé y de esperanza, y acostumbrados á este delicioso comercio, sabian leer con mas seguridad y con mas prontitud que nosotros la voluntad del cielo en los sucesos de cada dia. Y puede ser tambien que Isaac recordase los grandes destinos prometidos á Jacob antes de su nacimiento, ó la cesion voluntaria que habia hecho Esaü de su derecho de primogenitura.

Esaü, entregado á toda la violencia de la desesperacion, quejábase de su hermano, arrojando amargos y furiosos gritos, como los bramidos de un toro. «Dame tambien á mí la bendicion, ¡oh padre mio!» le dijo. A lo cual le contestó el padre: «Vino tu hermano con astucia, y se llevó la bendicion.»—«Esta es la segunda vez que me ha suplantado, exclamó el indignado Esaü: antes se alzó ya con mi primogenitura, y ahora de nuevo me ha robado la bendicion.» Y vuelto á su padre, en tono del mas amargo desconsuelo, «¿pues que, le dijo, no has reservado bendicion para mí?»

Respondióle Isaac: «Yo le he constituido señor tuyo, y he sometido todos sus hermanos á su servicio: le aseguré las cosechas de granos y de vino. Despues de esto, ¿qué puedo yo hacer por tí, hijo mio?» Al cual replicó Esaü: «Por ventura, ¿no tienes, padre mio, sino una sola bendicion? Ruégote que tambien me bendigas á mí.»

La desesperacion de Esaü llegaba ya á su colmo, y su llanto iba mezclado con alaridos de fiera. Las pasiones mas violentas rugian y luchaban en su pecho. El pesar, la envidia, el odio, el desespero se disputaban su presa. Conmoviéronse las entrañas del anciano padre, y no pudiendo resistir á tantos gritos y lágrimas, y á tan repetidas y urgentes instancias del que de nuevo solicitaba la bendicion paternal, lo dirigió estas palabras: «En la grosura ó sustancia de la tierra, y en el rocío del cielo será tu bendicion. Vivirás de tu espada, y servirás á tu hermano; pero tiempo llegará en que sacudirás su yugo, y librarás de él tu cerviz.»

Sin embargo, Esaü alimentaba en su alma indignada el recuerdo de la bendicion obtenida por Jacob, y solo le consolaba el esperar la venganza. Dijo, pues, en su interior: Dia vendrá en que lloraremos la muerte de nuestro padre: entonces yo mataré á mi hermano Jacob. Rebeca, que tuvo algun conocimiento de estas amenazas, resolvió enviar á su jóven hijo á Mesopotamia, á la casa de donde ella habia salido, en la ciudad de Haran, y al lado de Laban su tio materno. El objeto de Rebeca en alejar al hijo que mas queria era para separarle de su hermano, librarle de su venganza, y ver si con el tiempo se ablandaria ó calmaria el rencor de Esaü. Comunicó á Isaac este proyecto, y logró que mereciese su beneplácito, haciéndole presente lo mucho que tenian que sufrir de las dos mugeres de Esaü, que eran cananeas, hijas de Heth, y que importaba mucho escoger la esposa de Jacob en un pais diverso de las tribus que les rodeaban, dominadas por la corrupcion y por la idolatría. Este era realmente otro motivo que tenia Rebeca para apresurar la partida de Jacob. Disimuló á Isaac, por no afligirle, la causa principal que la movia para acelerar la marcha de su hijo, pero al mismo tiempo le dió una causa bastante poderosa para que desde luego lo consintiese. Sus nueras, que eran hethêas, la tenian apesadumbrada en extremo; y para librarse del riesgo de que lo mismo succediese con Jacob, propuso á Isaac cuánto convenia que pasase Jacob á

Mesopotamia para que allí tomase muger de la familia y religion de sus mayores. Y hasta le dijo á Isaac que por causa de las hijas de Heth tanto tenia que sufrir, que estaba fastidiada de la vida, y que si Jacob llegase á tomar muger del linage de las de aquel pais, preferiria la muerte.

Movido, pues, Isaac por las vivas instancias de Rebeca, llamó á Jacob, le bendijo de nuevo, y le impuso este precepto: «No tomes muger de la raza de Canaan: parte á Mesopotamia de Siria, en la casa de Bathuel, padre de tu madre, y allí toma por esposa á una de las hijas de Laban, tu tio materno. Y el Dios omnipotente te bendiga y te haga crecer, y te multiplique en tu posteridad, de suerte que vengas á ser padre de numerosos pueblos, y te conceda las bendiciones de Abraham, tanto á tí como á tu descendencia, para que poseas como propia la tierra que habitas ahora como peregrino, la cual tiene prometida á tu pueblo.»

Esaü, por su parte, al ver la bendicion que su padre habia dado á Jacob y el precepto que le habia impuesto de no tomar muger entre las hijas de Canaan, á las cuales ni su padre ni su madre miraban con agrado; despues de haber partido Jacob, pasó á la Arabia, y se enlazó con la familia de Ismaël, tomando por esposa, á mas de las dos que tenia, á Maheleth, que era de su misma familia, y nieta, como él, de Abraham. Quizás intentó con este paso atraer sobre sí las bendiciones de Abraham sobre Ismaël, su tio paterno. Mas no logró con esto cambiar los designios del Señor, ni el destino de Jacob. Ismaël era hijo de la extrangera; y su sangre, si bien podia dar al pueblo de Dios enemigos ó vasallos, pero no padres ni patriarcas, ni caudillos. Esaü, como dominado de una ambicion puramente terrena, no aspiraba sino al engrandecimiento material, y á bendiciones temporales, figura viva de los hombres obcecados, que pegados á la tierra, en la que arrastran por rápidos momentos, limitan sus locos deseos á la falaz y caduca prosperidad que brilla un instante, como un engañoso metéoro, para hundirse luego en la noche del sepulcro.

Partió, pues, Jacob, llevando consigo las bendiciones y los mas sinceros votos de Isaac y de Rebeca. Dirigióse, en efecto, á la casa de su tio Laban, en donde pasó largos dias y sufrió multiplicadas pruebas. No todo le sucedió desde luego conforme á sus deseos; con todo, la bendicion de su viejo padre, ratificada por el cielo, pudo mas que la ingratitud de los

hombres y de las circunstancias; y adquirió, por medio de un trabajo de veinte años, numerosos rebaños y grandes riquezas. Quiso por fin volver al pais de su nacimiento, y tembló por de pronto al recuerdo del impetuoso carácter y del rencor sombrío de Esaü. Pero veinte años transcurridos son un poderoso calmante en la corta vida del hombre. A mas de que Jacob apeló, como hombre sensato y recto, á las medidas de la prudencia y al poder de la oracion: envió mensageros y presentes á Esaü, y se entregó con la mayor confianza en las manos de Dios. La entrevista de los dos hermanos fué pacífica. Esaü abrazó á Jacob, derramando lágrimas, y despues se separaron en aquel mismo dia; el uno para retirarse á la montaña de Seir, de donde habia venido, y el otro para ir á restablecerse mas por la parte del Norte, no lejos de la ciudad de Siquem.

Isaac vivia aun, pero tocaba ya á la decrepitud y á la muerte: y sus dos hijos se reunieron para tributarle los últimos deberes. Rebeca, empero, no existia ya cuando Jacob regresó de la Mesopotamia. Las Escrituras no señalan la época de su muerte: insinúan tan solo que fué depositada en la cueva en donde descansaban Abraham y Sara, y á donde fué despues á unirse con ella su esposo Isaac: cenizas ilustres, que aguardan juntas, bajo la proteccion de una vida llena de fe y de virtudes, la hora de la gloriosa resurreccion.

Nada mas suave y mas puro que esta página deliciosa de los Libros Santos que acabamos de reproducir. Su sola narracion encanta y arrebata. ¡Cuánta candidez y embeleso en el encuentro de Eliezer y de Rebeca! Imágen es esta de un mundo desaparecido: pero jamás se dispertará su memoria sin excitar al propio tiempo las simpatías mas vivas y los mas delicados sentimientos. Porque los hombres conservan siempre secretas inteligencias con los objetos y acciones nobles y generosas; y por mas que se haya trabajado en estragarlos y corromperlos, se dejan siempre mover é interesar con el espectáculo de estas costumbres sencillas, que son el principio de la virtud, cuando no sean el afortunado fruto que de ella se recoge.

Así, pues, estas graciosas escenas han merecido la predileccion de los pintores de las diversas escuelas. El monge Gozzoli ha adornado con ellas los frescos del campo santo. Este asunto inspiró á Tintoret un cuadro

hecho por el grandioso estilo de los venecianos. Nicolás Poussin lo ha tomado por objeto de sus pinturas favoritas; los adornos, el sitio, la gracia de las figuras, y los caracteres de las testas, todo es admirable en este bellísimo cuadro. El grande pintor de nuestro tiempo, Horacio Vernet, encontró tambien en esta escena la materia de una bella composicion, y escogió el momento en que Rebeca sostiene su cántaro inclinado sobre el brazo para dar de beber á Eliezer.

Notas.

(1) Para formar alguna idea de estas joyas que ofreció á Rebeca el servidor de Abraham, nos dice la Escritura que los pendientes ó zarzillos de oro pesaban dos siclos, y los brazaletes tenian el peso de diez siclos. Estos adornos, segun refiere S. Gerónimo, estaban muy en uso entre las mugeres de la Palestina, y se conserva todavía este uso en la Syria y en otras regiones de Oriente. Los dos siclos de oro corresponden al peso de uno de plata, y cada siclo de oro á dos dracmas; y por tanto el siclo de oro vale cincuenta y seis reales de vellon, siendo la proporcion de la plata al oro como de 1 á 14.

(2) Esaü cedió á Jacob su derecho de primogenitura ó mayoría por un plato de lentejas. ¿Quién no calificará de locura semejante accion, aunque solo considere que por ella renunciaba á los derechos que ordinariamente acompañaban á los primogénitos? Estos eran una doble parte en la sucesion del padre, y una autoridad casi paternal entre sus hermanos, el cargo de sacrificar, que lo fué despues de la ley, y la bendicion paternal que se daba al mayor, dirigida á que el Mesías naciese de su linaje. ¿Y qué diremos si consideramos el poco aprecio que hizo Esaü de sus derechos, sabiendo que á la familia de Abraham estaba vinculada una bendicion particular, que se creia pertenecer al primogénito de los hijos de Isaac? Esta bendicion tenia por objeto principal el nacimiento del Mesías. Y así renunciando Esaü á su derecho, renunció á las promesas, al Mesías y á la única esperanza del Universo. Por esto San Pablo en su carta á los hebreos, le llama un *profano*, un *sacrílego*, un *simoniaco* por haber puesto en precio y vendido tan vilmente un derecho tan santo que le pertenecia á él y á su descendencia como á primogénito de la familia.

De este suceso nacen dos dificultades, una por lo que respeta á la persona de Jacob, y otra á la de Esaü. Es la primera, que si Esaü fué culpable por haber hecho esta venta tan

sacrílega; no parece que Jacob pudo ser inocente, por ser el primero que la propuso y le obligó á jurar. A esto se responde que en aquello que es visiblemente misterioso, y que bajo velos y sombras oculta grandes misterios, ó grandes verdades, no tanto debemos atender á lo que aparece en lo exterior, como á lo que quiso Dios ocultar debajo de aquellas apariencias. Y asi, aplicándonos únicamente á entender el misterio, que Dios nos descubre, y á aprovecharnos de la instruccion, que nos presenta debajo de estas imágenes; asi como no nos es permitido tomar semejantes acciones para que nos sirvan de modelo y regla de nuestra conducta, ni tampoco podemos condenar á los que las hicieron por una órden ó inspiracion particular de Dios. Fuera de esto, Jacob, instruido por su madre, pudo saber que Dios por una eleccion del todo gratuita, habia trasladado á él el derecho de primogenitura que pertenecia á Esaü; y en este caso no pedia ni solicitaba otra cosa, sino entrar en posesion de lo que ya era suyo, y le pertenecia por el derecho que Dios le habia dado. La segunda dificultad que se presenta por lo que mira á Esaü es, ¿cómo este, por muy hambriento que se suponga, no pudo hallar á mano algo con que templar el hambre en una casa tan rica y tan bien provista como la de Isaac? ¿Y cómo, olvidando todo lo demás, mostró una pasion tan ciega por un plato de lentejas, sacrificando á un gusto tan pasagero las grandes y crecidas ventajas, inseparables del derecho que vendia? Pero por poco que nos paremos en reflexionar aquí, vemos consignado en este hecho un ejemplo terrible por el que podremos conocer, que cuando no tenemos á raya nuestras pasiones, no hay cosa, por despreciable que parezca, que no pueda excitarlas con violencia, y que no habrá extremo á que no nos arroje nuestra ceguera para contentarlas y satisfacerlas. Esaü, violento en sus apetitos, vió preparado un plato de lentejas. Este objeto excitó su deseo y gula, lo solicitó con ansia, y quiso tenerle á costa y precio de todo lo que le pidieran. La condicion que se le ponia era muy dura; pero su respuesta dió á entender que de todo se cuidaba muy poco, á trueque de llegar al logro de lo que deseaba. *He aquí* dijo, *que me estoy muriendo, ¿de qué me servirá mi derecho de primogenitura? Y comió y bebió*, añade la Escritura, *y fuése no haciendo aprecio de haber perdido los derechos de mayorazgo:* Asi pensaba entonces; pero la bendicion que Isaac dió á Jacob le abrió luego los ojos, reconoció y lloró su falta, aunque inútilmente; pues ni su arrepentimiento, ni sus ruegos, ni sus lágrimas pudieron hacer que Isaac revocase la bendicion que habia dado á Jacob. Lo que pasó entre Jacob y Esaü es una viva imágen de la prudencia de los escogidos y de la locura de los réprobos, como se halla enérgicamente pintado en el capítulo XI del libro de la *Sabiduría* á donde remitimos al lector; porque aquellos lugares son una admirable ilustracion del presente, y ofrecen una doctrina muy saludable para el arreglo de nuestra vida (*Nota del P. Scio á este pasage*).





RAQUEL.

En ella se confía el corazon de su marido
(Proverb. XXXI. 11



L respeto que se tiene á la antigüedad no debe considerarse como una enfermedad del espíritu humano, ni como una flaqueza, de la cual deba ruborizarse. Lo mas antiguo no siempre es lo mas imperfecto: al lado de la lentitud posee el viejo la prudencia; y al mismo tiempo no falta nobleza y atractivo en la simplicidad de los antiguos dias. A mas de que, mirada la cosa bajo otro aspecto, las edades jóvenes son las que nosotros tenemos por antiguas: aquella era la bella infancia del mundo, la aurora brillante del dia de la humanidad: nuestra generacion es la que ha envejecido con el mundo: la inteligencia y el sentimiento en sus relaciones con la felicidad, parece que han degenerado con los siglos; y tal es el estravío de la razon humana, que hasta cierto punto parece que chochea de decrépita, y tal vez no está muy lejano el momento en que haya de tropezar con su sepulcro. Nada pueden

ganar los siglos presentes en decir mal de los siglos anteriores; ni las faltas cometidas por los hombres de otro tiempo garantizan la impecabilidad de los hombres de hoy. Dejemos á los muertos en la pacífica posesion de sus virtudes; esta es una justicia que se les debe, y ni aun humillemos su memoria con la vanidosa comparacion de lo que les faltaba con lo que hemos adquirido: esta generosidad nos honrará. De otra parte, aquello mismo que particularmente vituperamos en lo pasado entraba tal vez necesariamente en un sistema general lleno de inmensas ventajas; así como lo que mas se alaba en lo presente entra quizás en un sistema general lleno de los mas graves inconvenientes. Nuestra civilizacion, no hay duda, tiene sus maravillas que amamos y que admiramos, porque son hijas de este mismo siglo, del cual somos hijos nosotros; y el tiempo á que se une nuestra existencia es para nosotros una segunda patria que nos atrae. Admiramos, pues, estas maravillas, por mas que se diga que el pauperismo, siguiendo á la opulenta industria en sus caminos de fuego, amenaza á los que tienen con la indignacion de los que nada tienen. Las costumbres de las primeras edades tienen su gracia y su candidez, y podemos lamentarnos que hayan totalmente desaparecido ante las maneras refinadas de la vida moderna, por mas que haya en la rusticidad de las naciones incultas alguna cosa por la cual no sentimos la menor simpatía.

Sea como fuere, es muy de notar que aun los mismos que no quisieran para sí la vida sencilla y apacible del mundo primitivo, gózanse á lo menos en la pintura que de ella se les hace; y perciben un sentimiento involuntario de tristeza y de dolor, al ver que ha pasado ya para no volver la inocencia pobre y la calmada felicidad de los antiguos dias. Lo que de ella han cantado los poetas ha quedado vivamente impreso en nuestra memoria; y estos cuadros no dejan de tener para nosotros un atractivo irresistible, aun al lado del ardiente tumulto y de la febril agitacion de nuestra época. Mas cuando estos recuerdos se toman de la fuente purísima de la religion, y se refieren á nombres consagrados por ella, revístense de un embeleso mas puro, mas dulce todavía. Los que han visitado la Palestina, como peregrinos, llevando consigo una inteligencia elevada y un corazon noble y generoso, no han podido librarse al poner su planta sobre esta tierra de poesía y de prodigios, de una especie de temor respetuoso con que no

habia afectado su alma la vista de Roma y de Atenas; porque la voz que sale del sepulcro de los pueblos ilustres y la huella gigantesca que han dejado sobre este suelo no tocan al alma de la misma manera que la voz y los monumentos de la religion. Lo mismo sucede á los que hacen su peregrinacion sobre los libros; sienten emociones mas profundas y de un órden mas elevado, visitando con el pensamiento el teatro de los sucesos religiosos que han cambiado la faz del mundo, que cuando recorren en espíritu los lugares en donde vivieron los grandes hombres, los cuales, cuando mas, no han representado ni defendido sino ideas humanas é intereses subalternos. Y de ahí proviene tambien que tan armoniosos suenan á los oidos cristianos los nombres de Jacob y de Raquel; y que se hallan en los relatos bíblicos atractivos de una tal suavidad, que hacen amar las costumbres de la edad patriarcal, no solo porque son sencillas y candorosas, sino porque fueron practicadas por nuestros abuelos en la fe.

Jacob, salido de la casa de sus padres, partia á la Mesopotamia, tanto para evitar el rencor de su hermano Esaü como para tomar allí por esposa á una muger de su linage y de sus creencias. Despues de haber caminado todo el dia, se detuvo para descansar, inclinó su cabeza sobre una piedra, y se durmió. Hallábase ya distante sobre diez jornadas de Bersabé, de donde habia salido para dirigirse á Haran, y el sitio en donde se hallaba era cerca de Luza, que despues se llamó Bethel. Y durante su sueño, vió una escalera que por un extremo tocaba la tierra, y por el otro los cielos, y el Señor se hallaba apoyado sobre la parte superior de la escalera, por la cual subian y bajaban los ángeles. ¿Figuraba esta vision la partida y futuro regreso de Jacob, ó bien era símbolo de algun otro grande suceso? Los sagrados expositores contemplan varias figuras en esta misteriosa escala, marcadas todas con el carácter de la verdad y de una aplicacion real y positiva. Despues de convenir todos en que con aquella vision quiso el Señor manifestar á Jacob la particular proteccion y cuidado, bajo el cual le tomaba la Providencia en la soledad, afliccion y abandono en que se encontraba; admiran unos la imágen de esta misma Providencia, que vela en la conservacion de los escogidos, valiéndose, como de ministros y ejecutores de sus designios soberanos, de aquellos celestes espíritus, que suben y bajan de contínuo, ya para acudir á nuestro socorro, ya para

presentar al Altísimo nuestras lágrimas y nuestros suspiros. Otros contemplan en la escala una figura del misterio adorable de la Encarnacion del Verbo, que juntó el cielo con la tierra, el tiempo con la eternidad, mediante esta cadena mística de patriarcas y de santos, cuyos eslabones forman una série no interrumpida de fe y de esperanza, desde la cuna del mundo hasta la plenitud de los tiempos, y que se perpetuará por medio de los justos hasta que espiren los siglos. Sea como fuere, el pesaroso y fugitivo Jacob sintió su alma bañada de suavísimo consuelo viendo en sombras al que, segun los divinos oráculos, debia nacer de su sangre, y en quien debian cumplirse tantas esperanzas; pues díjole el Señor: «Yo soy el Señor Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes te la daré á tí y á tu descendencia. Y será tu posteridad tan numerosa como los granitos del polvo de la tierra: extenderte has al Occidente y al Oriente, al Septentrion y al Mediodía, y serán benditas en tí y en el que saldrá de tí todas las tribus de la tierra. Yo seré tu guarda do quiera que fueres, y te restituiré á esta tierra, y no te dejaré de mi mano hasta que todas mis palabras queden cumplidas.» Jacob, al dispertar, se sintió sobrecogido de un terror religioso, y alentado al propio tiempo por las promesas de lo alto: «¡Cuán terrible es este lugar, exclamó; aquí hay en realidad la casa de Dios y la puerta del cielo!» Levantándose, pues, de mañana, tomó la piedra que se habia puesto por cabecera, y derramando aceite sobre ella, la erigió en testimonio ó monumento de aquel lugar en donde habia tenido la vision santa. Y le puso por nombre Bethel, ó sea casa de Dios; é hizo este solemne voto: «Si el Señor estuviere conmigo ó me amparare en el viaje y dándome lo necesario para mi alimento y vestido, volviere yo felizmente á la casa de mi padre, el Señor será mi Dios... y le ofreceré la décima parte de cuanto me diere.» Concluida esta escena, llena de profundos misterios, continuó su camino hácia el Oriente.

Este dulce y paternal comercio de la Divinidad con los hombres no ha cesado, bien que se presente en el dia bajo diferente forma. Seis mil años de una experiencia contínua, la duracion milagrosa de la Iglesia despues de diez y ocho siglos, todas las naciones caminando á los rayos del sol del Evangelio, y fijando á su sabor el destino político de los pueblos que no han recibido el Cristo, la luz, el calor y la vida que se manifiestan en la

doctrina católica; el conjunto de todas estas grandiosas escenas forma una vision asaz magnífica, y presenta una série de escalones brillantes que pueden conducir al hombre de la tierra hasta las alturas del cielo, y desde las tinieblas de una opinion falaz hasta el seno espléndido de la verdad. Desde lo alto de este pedestal habla Dios por la voz clara y distinta de la Iglesia; y sobre la fé de su sagrada doctrina, la humanidad, esta augusta viajera, continúa con valor y seguridad su camino hácia las regiones del porvenir.

Entre tanto llegó Jacob en un campo en donde tres hatos de ovejas descansaban junto á un pozo, esperando que se les diese de beber; pues la boca ó entrada del pozo estaba cerrada por una piedra para que se conservase mejor el agua en aquellas llanuras, abrasadas por los rayos del sol. Cuando estaban reunidos todos los rebaños, se levantaba la piedra, y despues de haberlos abrevado, volvíase á colocar sobre el pozo. Dijo, pues, Jacob á los pastores: «Hermanos, ¿de dónde sois?» —«De Haran» respondieron ellos. Y añadió Jacob: «¿Conoceis á Laban, hijo de Nachor?» —«Le conocemos.» —«¿Está bueno?» —«Sí, respondieron al viajero desconocido, y hé aquí á Raquel, su hija, que viene con su rebaño.» Y dijo Jacob: «Mucho queda aun de dia, y todavía no es tiempo de recoger el ganado á los apriscos: dad antes de beber á las ovejas, y volvedlas despues á sus pastos.» Y contestaron ellos: «No podemos verificarlo hasta que se junten todos los ganados y quitemos la piedra del pozo para darles de beber.»

Hablando estaban todavía cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues ella misma pastoreaba el rebaño. Aquellas ilustres familias, que podian contar toda la larga série de sus progenitores, vivian noblemente en el seno de la mayor abundancia, pero sencillamente y de una manera laboriosa. Gozando de una perfecta libertad, provistos de todo lo necesario para la vida, y moderados en sus deseos, formaban como unos pequeños estados que el padre gobernaba como rey; verdadera monarquía, en efecto, pues nada faltaba á su poder real sino vanos títulos y ceremonias incómodas. No se necesitaba rodear entonces la persona del monarca con el prestigio del aparato, porque su autoridad estaba en el corazon de sus súbditos. Su principal riqueza consistia en ganados: cambiaba de

domicilio cuando faltaban los pastos, y se detenia donde los pastos se encontraban mejores y mas abundantes. Su imperio le seguia donde quiera, y con su imperio su felicidad. No se encerraba dentro de murallas al modo de aquellos que buscan como evitar el castigo de crímenes consumados, y como asegurarse el medio de cometer impunemente de nuevos: acampaba bajo tiendas, y á cielo abierto, no teniendo que temer nada de Dios ni de los hombres. Sus mugeres y sus hijos llevaban, como él, el peso del dia y del camino, y pasaban igualmente su vida en la sencillez y en el trabajo. Tales fueron Sara, muger de Abraham, y Rebeca, madre de Jacob; y tal era tambien Raquel.

Jacob, al ver á su parienta, y sabiendo que el ganado era de Laban, su tio, quitó la piedra que cubria el pozo, y el ganado se saturó de agua. En seguida el extranjero se dió á conocer, nombró á su madre, y levantando la voz, derramó lágrimas de ternura y de afeccion hácia su prima, y le dió un beso, segun la costumbre de saludarse que tenian los parientes mas cercanos. Hay en el amor entre primos un embeleso secreto que participa de los dulces vínculos de la sangre y de las simpatías delicadas de la sensibilidad. Jacob vió ya en Raquel su prima y su esposa, y un doble lazo de familia hizo saltar ya de gozo su corazon.

Raquel corrió á toda prisa para avisar á su padre. Laban vino en seguida al encuentro del hijo de su hermana, le estrechó en sus brazos, y colmándole de besos, le condujo á su casa. Y luego que hubo oido de su boca los motivos de su viaje, le dijo con el vivo interés de la amistad: «Hueso mio eres y carne mia,» recordando así su parentesco, y prometiendo á su sobrino socorro y proteccion. Entonces hablaba por sí sola, sin mezcla de lisonja ni de afectacion, la voz de los sentimientos naturales.

Entre tanto Jacob cuidaba de los ganados de su tio, y pasado un mes, le dijo este: «¿Acaso porque eres hijo de mi hermana me has de servir de valde? Dime la recompensa que quieres.» Laban tenia dos hijas, la mayor se llamaba Lia, y la mas jóven era Raquel; pero Lia tenia los ojos legañosos, y Raquel era de una extremada belleza, sin imperfeccion alguna. Respondió, pues, Jacob: «Te serviré siete años para Raquel, tu segunda hija.» En la mayor parte de los antiguos pueblos, el hombre debia comprar la muger que tomaba por esposa, ó á lo menos constituirle un dote

Jacob, salido de la casa paterna como fugitivo, no podia llenar las condiciones de costumbre, sino ofreciendo sus servicios en lugar de riquezas. Laban aceptó gustoso la propuesta de su sobrino, y díjole, hablando de Raquel: «Mejor es dártela á tí que á otro alguno: quédate en mi casa.» Jacob, pues, por espacio de siete años, para obtener á Raquel, se sujetó á todos los trabajos y fatigas del servicio. Y estos siete años le parecieron siete dias. Tanto era el afecto que á Raquel profesaba. Cosas hay que nunca nos parecen caras en demasía cuando con mucho ardor las deseamos; y aunque las afecciones vehementes se afligen con los largos retardos, con todo, saben maravillosamente extender sobre sus angustias los encantos del objeto amado, y engañar así la lentitud del tiempo. La esperanza consuela los sinsabores de la privacion, y las hermosas ilusiones que brotan del deseo comprimido, como las bambollas brillantes que nacen de la espuma, embellecen como goces fantásticos los momentos de la tardanza. Nada hay tan delicioso ni duradero como las fruiciones que crea nuestra fantasía en el horizonte encantado de su actividad, antes que la fria y rápida realidad venga á disipar nuestros sueños de oro. El alma encuentra en lo que espera algo de aquella felicidad vaga é indefinida, que solo puede llenar su inmenso vacío; pero cuando la verdad de su dicha se le ha presentado con todos sus límites, y no puede alcanzar mas allá, entonces cae desmayada como avergonzada de su propia impotencia y engaño, tocando tristemente que todos los placeres de la vida no son mas que la sombra de sus propios devaneos. La vejez es árida y sombría, porque carece de deseos y de esperanzas; así como la aurora de la vida es hermosa, porque aparece teñida con los dorados tintes de la ilusion, que van desapareciendo como el humo.

Cumplidos los siete años de penoso trabajo y de continuos cuidados, pidió Jacob su recompensa. Laban dió muestras de acceder á su ruego; reunió á sus amigos, y celebró el festin nupcial. Era costumbre de aquellos tiempos introducir á las recien casadas en el aposento del esposo, que se acostaba el primero, cuando era ya de noche, y cubiertas de rostro con un velo, cuando se acercaban al lecho del esposo. La palabra latina *nubere*, que ha quedado para significar el acto de casarse la muger, significaba antiguamente el velarse ó cubrirse con un velo. Laban, pues, haciendo

una sustitucion que no puede de modo alguno justificarse, introdujo á Lia en lugar de Raquel en el aposento de Jacob, despues de haberle dado una sierva, llamada Zelfa. Este, cuyo corazon recto y sencillo estaba muy distante de presumir semejante perfidia, apasionado por Raquel, y viendo en todo al objeto de su amor, deslumbrado por todas las apariencias y por el disimulo, silencio y artificio de Lia, que sin duda estaria muy bien prevenida por su padre, no conoció verosímilmente el engaño hasta la mañana. Laban y Lia eran altamente culpables. El carácter del primero es de un hombre duro, artificioso, falaz, idólatra exclusivo de sus intereses, buscando tan solo sacar con el engaño todo el partido posible del ciego, pero sincero amor que Jacob á Raquel profesaba. Lia fué tambien delincuente, porque usurpó los derechos de su hermana, y burló las esperanzas del inocente Jacob. Penetrado este de aquel dolor profundo y amargo que sentimos cuando, burlados mañosamente en nuestra buena fe, se cortan de repente nuestras mas dulces esperanzas, reconviniendo á su suegro, le dijo: «¿Qué has hecho? ¿No te he servido yo por Raquel? ¿Por qué así me has engañado?» A estas naturales y apasionadas preguntas contestó Laban con aquella calma cruel y pérfida con que el sórdido interés cree satisfacer con fútiles pretextos á las justas inculpaciones que le dirige la justicia ofendida ó la burlada inocencia: «No es costumbre de este pais el casar las hijas mas jóvenes antes de las mayores.» Si el pretexto era verdadero, alegarlo debia antes de toda promesa dada á Jacob; pero el pretexto era falso, porque el celebrar públicamente las bodas, asaz manifestaba que en la opinion y en las costumbres del pais Raquel podia muy bien desposarse sin que Lia lo fuese. Pero lo que importa á los hombres codiciosos no es el portarse con lealtad y franqueza, sino el llegar á su fin por cualquier medio que sea. Laban tuvo aun el atrevimiento de proponer á Jacob que tomase tambien á Raquel por esposa, sirviéndole á él otros siete años, y el bandadoso Jacob tuvo la condescendencia de consentir en ello, á pesar de la burla que acababa de recibir. Llegó por fin el suspirado momento. Laban dió á Bela por sierva á Raquel. Jacob la tomó por esposa pasados siete dias de haber tomado la primera, y continuó en servir á su tio por el término convenido (1).

No hay duda que la poligamia es opuesta á la primera institucion del

matrimonio, y nunca ha podido introducirse lícitamente en el mundo sino á beneficio de una derogacion positiva de la ley fundamental. Creemos, pues, que Dios, que por necesidad habia permitido á los hijos del primer hombre el matrimonio entre hermanos y hermanas; permitió igualmente despues del diluvio la pluralidad de mugeres, derogando así en ambos casos preceptos que el Evangelio vino despues á recordar, mantener y sancionar, y que los pueblos civilizados han respetado y seguido en sus códigos y en sus costumbres. En todas aquellas cuestiones, en las cuales se hallan complicados los derechos y los deberes respectivos de los hombres, la voluntad de su comun autor es una valla que no se puede traspasar impunemente. Y á la verdad, los principios son y quedan siempre inmutables; pero de otra parte las condiciones, á las cuales se refiere el bien y el mal, pueden ser alguna vez dislocadas; y el mismo acto exterior se reviste entonces de una moralidad enteramente distinta. Así, lo que los patriarcas hicieron sin ser criminales, tomando simultáneamente muchas mugeres á título de esposas de primero ó de segundo órden, no se practicara en el dia sin grande escándalo, y sin atraer sobre sí el anatema de toda la cristiandad. Y sin duda que estas vergonzosas utopias que buscan un apoyo entre el fango vil de algunos malos instintos, no pervertirán el corazon de la Europa bautizada. El último esfuerzo de las pasiones humanas es insultar el dique que Dios les opone, pero no destruirle. Dios hace lo que quiere, y lo que él hace no muere jamás.

Raquel tenia una parte mucho mayor que su hermana en la afeccion de Jacob. Pero Dios que dispensa á su arbitrio toda riqueza, y que se place muchas veces, ya desde este mundo á sublimar en gloria á los que nosotros abajamos con el menosprecio, dió numerosos hijos á Lia, menos amada, y dejó á Raquel por largo tiempo estéril. En aquel tiempo de virtuosa sencillez, en que las leyes providenciales que dirigen el desarrollo del género humano no estaban obstruidas ó embarazadas por los cálculos del egoismo; los hijos eran mirados como la gloria y la bendicion de los matrimonios, y teníanse por dichosos los padres que veian á la risueña turba de sus hijos florecer á su alrededor como un plantel de tiernos olivos. Raquel, viéndose estéril, aunque de santas y puras costumbres, no supo resistir á la debilidad propia de su sexo, y cedió al sentimiento poco

noble que la envidia á su hermana hizo nacer en su corazon. «Dame hijos, dijo á su marido, y si no me verás morir.» A tan indiscreta reconvencion, no pudo Jacob quedar indiferente, y la respondió, no sin algun enfado: «¿Por ventura, estoy yo en lugar de Dios, que te ha privado de tu fecundidad?» Sábia y oportuna respuesta que increpaba á Raquel, enseñándole, no solo que no debia dirigir á él sus quejas ni sus súplicas, y sí al Señor, de quien viene toda fecundidad, sino que, en vez de tener envidia á su hermana, debia humillarse delante del Señor para conseguir de su bondad el bien que deseaba.

Vuelta en sí Raquel, y reconociendo su desvío por la reprension de Jacob, adoptó con su marido el mismo medio que Sara habia tomado con Abraham, dándole á Agar su esclava. Este medio era lícito entonces; ya atendidos, como hemos dicho, los designios de Dios sobre la naciente humanidad, ya atendido el noble objeto que se proponian los patriarcas en la multiplicacion de sus familias, muy distinto del voluptuoso placer que suele autorizar la poligamia en las muelles legislaciones de Oriente.

Dióle, pues, Raquel á Bala por esposa de segundo órden, de la cual tuvo Jacob un hijo, al que puso su madre el nombre de Dan, y al otro Nephtali, nombres significativos, que, como todos los demas puestos á los hijos de Jacob, indicaban las circuntancias particulares en que cada uno habia nacido. Lo propio practicó Lia, viendo que habia cesado de parir, con su sierva Zelfa.

Lia y las dos esclavas habian dado á Jacob diez hijos y una hija, llamada Dina, cuando escuchó el Señor los ardientes votos de Raquel, y la hizo fecunda. Logró, pues, el hijo que tanto deseaba, y le puso por nombre José, nombre de doble alusion en el dialecto hebreo; pues de una parte aquel hijo le quitaba el oprobio de su esterilidad y por otra le añadia un nuevo título al afecto de su esposo; quedando aun ella con deseos de que se le añadiese otro hijo; expresando de este modo que esperaba de la generosa proteccion del cielo otro favor y otro júbilo, semejantes á los que hacian latir entonces su corazon maternal (2).

Cuando nació José, catorce años habia que Jacob estaba en la Mesopotamia. Libre ya de compromiso alguno con su suegro, pensó en retirarse á la tierra de Canaan, de donde habia venido. Dijo entonces á Laban: «Dé-

jame volver á mi pais, y al lugar de mi nacimiento. Dame mis mugeres y mis hijos, por los cuales te he servido, pues quiero ya irme, y tú sabes bien cuáles han sido mis servicios para contigo.» Y respondióle Laban: « Halle yo gracia en tus ojos: tengo conocido por experiencia que Dios me ha bendecido por tu causa; señala tú la recompensa que debo darte.» A semejante propuesta, llena de sagacidad y de artificio, contestó el yerno: « Sabes bien de qué manera te he servido, y cuánto ha aumentado en mis manos tu hacienda. Poco tenias antes que yo viniese á tí, y ahora estás rico, porque el Señor te bendijo con mi venida. Razon es por lo tanto que algun dia mire yo tambien por mi casa.» Con todo, á vivas instancias de Laban consintió Jacob en quedarse, haciendo entre los dos un trato para arreglar los provechos que á cada cual pudieran pervenir. Y quiso el cielo que, sin separarse de aquel trato, la mayor parte de las ganancias quedasen á favor de Jacob, bendiciendo de este modo sus trabajos y su industria; por lo cual Jacob, sin faltar un ápice á su fidelidad ni al cumplimiento de lo prometido, adquirió riquezas considerables. Porque la virtud, fuente de goces interiores y garantía de futura felicidad, es tambien una condicion y un principio de dicha material, pues introduce la moderacion en nuestros deseos, y el órden en nuestros actos, y fecunda y asegura la obra del hombre, atrayendo sobre él el rocío de las celestes bendiciones.

Seis años habian transcurrido desde el nuevo pacto, y la prosperidad siempre creciente de Jacob despertó la envidia de los hijos de Laban, á quienes oyó un dia Jacob que entre sí decian: «Háse apoderado Jacob de todos los bienes que eran de nuestro padre, y enriquecido con su hacienda, se ha hecho un señor poderoso.» Descubrió asimismo en las maneras y en el semblante de Laban señales inequívocas de frialdad y de desagrado. Confirmóle Dios en la resolucion de volverse al pais de sus abuelos, prometiéndole toda proteccion y socorro. Envió, pues, á buscar á Raquel y á Lia, y las hizo venir al campo, en donde apacentaba sus ganados. Allí las recordó el cambio que observaba en Laban con respecto á él, y que habia por diez veces trocado la paga ó remuneracion á sus servicios, y modificado las cláusulas del pacto primitivo. « Así, añadió, Dios ha quitado sus bienes á vuestro padre para dármelos á mí.... Y me ha dicho: Levántate, sal de esta tierra, y apresúrate á volver á la tierra en donde naciste.» Raquel

y Lia no tenian mucho que agradecer á las atenciones que con ellas habia usado su padre, y no les quedaban para el porvenir esperanzas mas lisongeras de lo que habia sido lo pasado, y así dijeron á una voz: «¿Tenemos acaso algo que esperar en los bienes y herencia de la casa de nuestro padre? ¿Por ventura, no nos ha mirado él como extrañas, y no nos ha vendido, y no se ha comido el precio de nuestra venta? Pero Dios ha tomado las riquezas de nuestro padre, y nos las ha dado á nosotras y á nuestros hijos, y así, haz todo lo que Dios te ha ordenado.» Estos motivos de queja son ingenuamente deducidos; pero lo que mas los ensalza es el sentimiento religioso de estas dos mugeres, y su confianza en la decision de Jacob. Hay en el corazon de la muger cierto instinto noble y providencial de acogerse bajo la proteccion de la fortaleza y del consejo; y ya sea que ella encuentre en su natural debilidad un cierto aviso de desconfiar de sí misma, ó sea mas bien que vea reflejar con viveza en el puro cristal de su corazon la imágen de cuanto es justo, delicado y verdadero; la muger, por lo general, se ampara pronto y voluntariamente bajo las alas de Dios, y busca instintivamente en el querer de su esposo el eco de la voluntad divina. Y este abandono y esta dependencia le son dulces y fáciles, no solo porque de este modo se libra de la incertidumbre y de la ansiedad, lo cual no pasaria de un calculado egoismo; sino tambien porque toda su vida está puesta en el espíritu de sacrificio, y porque su generosidad no es menor que su vocacion. Dios, por fin, que cubre de flores el yugo que impone, inclina los corazones por su gracia, así como dobla los destinos por su fuerza; y dando al hombre una personalidad ardiente, celosa de la iniciativa, y fiera por la libertad de sus movimientos, inspira á la muger la inteligencia y el amor de los sacrificios, y parece quedarse mas cerca de ella para aconsejarla y sostenerla.

Jacob, pues, hizo subir sus mugeres y sus hijos sobre camellos, y llevó consigo todos los ganados y riquezas que habia acumulado en la Mesopotamia. Raquel por su parte se llevó los ídolos que habia hurtado á su padre, aprovechando su ausencia, pues éste habia ido al esquileo de sus ganados. La partida se preparó y se verificó sin saberlo Laban, que se hallaba ausente, pues no quiso Jacob declarar á su suegro que se marchaba; pero como no era fácil que comitiva tan numerosa pudiese par-

tir en secreto, Laban, que estaba distante tres jornadas, tuvo noticia despues de tres dias de la partida de su yerno, cuando la caravana habia pasado ya el Éufrates, y se adelantaba en la direccion de Occidente. Indignóse Laban luego que supo la salida de Jacob; y reuniendo su familia y sus servidores, se puso en marcha para darle alcanco, y despues de siete dias de camino bastante precipitado, logró alcanzarle realmente junto á una montaña que tomó despues el nombre de Galaad, por lo que luego se dirá, que se extiende desde el Líbano al norte, hasta el término que poseia Sehon rey de los Amorrheos y que fué cedido posteriormente á la tribu de Ruben. Jacob habia levantado allí su tienda, y Laban levantó tambien la suya á corta distancia, con la idea sin duda de vengarse el dia siguiente. Pero durante la noche, se le apareció Dios en sueños, y por sus amenazas le desvió de todo proyecto de venganza. «Guárdate lo dijo, de hablar con aspereza á Jacob.» Dios, al modo de una madre que con solicita ternura observa y protege el sueño de su hijo, vela por la inocencia dormida, y cubre de un terror sombrío la conciencia del hombre injusto.

Laban, calmado, fuése pacíficamente al fugitivo, y le dijo: «¿Porqué te has portado de esa manera, arrebatándome mis hijas, sin darme parte, como si fuesen prisioneras de guerra? ¿Porqué has querido huir, sin yo saberlo, y sin darme el menor aviso? Yo te hubiera acompañado con regocijos y cantares al son de panderos y de vihuelas. Ni siquiera me has permitido el dar un beso de despedida á mis hijos é hijas. Neciamente has obrado. Bien es verdad que ahora está en mi mano darte el castigo que mereces; pero el Dios de vuestro padre me dijo ayer: « *Guárdate de proferir palabra alguna que pueda ofender á Jacob*. No te echo en cara el deseo de volver á los tuyos y de regresar á la casa de tus padres, mas ¿á qué propósito robarme mis ídolos?» Respondió Jacob: «El haberme marchado sin darte ántes aviso ha sido porque temí que me quitases por fuerza tus hijas. En cuanto al robo de que me reconvienes, cualquiera en cuyo poder hallares tus dioses, sea muerto á presencia de nuestros hermanos. Haz tus pesquisas, y todo lo que hallares de tus cosas en poder mio, llévatelo.» Cuando así hablaba Jacob ignoraba que Raquel, no se sabe porqué, hubiese hurtado de la casa paterna algunos ídolos, especie de simulacros que figuraban los antepasados ó tal vez algunas falsas divinidades, lo cual

ha dado márgen á muchos intérpretes para creer que Laban mezclaba la idolatría con el culto del verdadero Dios. Es muy posible que Raquel se llevase aquellas imágenes hechas tal vez de metal precioso para indemnizarse así de las injusticias de su padre: ó ¿hubiera querido quizás por mas noble motivo quitarle los objetos de sus prácticas profanas y supersticiosas?

Sea de esto lo que fuere, tomó ella tales medidas, que inutilizó todas las investigaciones de Laban: sentóse sobre los ídolos, cuando su padre, despues de haber registrado en vano las tiendas de Jacob y de Lia y de las dos esclavas, entró á buscarlas en la tienda que ella habitaba, y se excusó de no poder levantarse á su presencia, so pretexto de alguna indisposicion mugeril. Enojado entonces Jacob del ultraje que con tales sospechas acababa de recibir de su suegro, le dijo con acrimonia: «¿Porqué culpa mia, ó porqué pecado mio te has enardecido tanto en perseguirme, hasta escudriñar todo mi equipage? ¿Y qué es lo que has hallado de todos los haberes de tu casa? Ponlo aquí á la vista de mis hermanos y de los tuyos, y sean ellos jueces entre nosotros dos. ¿Es esta la recompensa de veinte años pasados contigo? Tus ovejas y tus cabras no fueron estériles; no me he alimentado de los carneros de tu grey, ni jamás te mostré lo que las fieras habian arrebatado; yo resarcia todo el daño, y todo lo que faltaba por algun hurto, tú me lo exigias con rigor. Dia y noche andaba quemado por el calor y aterido por el hielo: el sueño huía de mis ojos. De esta suerte por espacio de veinte años te he servido en tu casa, catorce por tus hijas y seis por tus rebaños: despues de esto, tú por diez veces me mudaste mi paga. Y si el Dios de mi padre Abraham, si aquel Dios á quien teme y adora Isaac no me hubiese asistido, tu quizá ahora me hubieras despachado desnudo. Dios ha mirado mi tribulacion y el trabajo de mis manos, y por esto ayer te reprehendió.»

Nada habia que replicar á semejantes razones. Ablandóse Laban, y sintiéndose conmovidas las entrañas dijo: «Mis hijas y mis nietos y todo cuanto ves en poder tuyo es cosa mia.» Como si dijera: me es tan caro como mis propios bienes. «¿Qué mal puedo yo hacer á mis hijas y á los hijos de estas? Ea pues, hagamos una alianza que sirva de testimonio de la armonía entre nosotros dos.» Jacob quedó muy satisfecho de este desenlace: él pues y los suyos reunieron una porcion de piedras, y formaron un

majano ó monton grande que termina en un plano, y comieron encima de él. Este majano, que venia á ser un pequeño cerro á montecillo, estaba destinado á servir de límite entre las posesiones de ambos parientes, y nadie podia traspasarlo con miras de hostilidad. Era costumbre en los antiguos pueblos de levantar esta especie de monumentos para transmitir á la posteridad la memoria de hechos considerables: los viajeros ilustres y los guerreros dejaban estas trazas ó vestigios de su paso ó de sus hazañas. Á estos montones de piedras mas ó menos informes, se daba un nombre que recordaba su naturaleza y su orígen. Así Laban y Jacob llamaron á su monumento, majano ó cerro del testimonio, porque debia quedar como un mudo testigo de la fé jurada, y por esto fué llamado Galaad por los hebreos que significa: Monton testigo. El contrato fué puesto bajo la garantía sagrada del Dios que temia Isaac, del Dios de Abraham y de Nachor. Porque Isaac vivia aun, y por eso no se llamaba el Dios de Isaac, sino el temor de Isaac: *Menoch*. Las dos familias se reunieron para inmolar víctimas y comer juntas en señal de alianza y amistad. A la mañana siguiente Laban se levantó antes de despuntar el dia, abrazó á sus hijos é hijas, los bendijo, y regresó á su lugar.

La avaricia y el interés son viejas é incurables dolencias: en el dia, así como en el tiempo de Laban, el hombre no tanto es rico por lo que posee, como pobre por lo que le falta. Fragil y caduco, suplica y busca donde quiera un punto de apoyo y una proteccion: parece devorarlo todo en la avidez de sus deseos, á pesar de lo poco que en realidad necesita. Desconoce las afecciones de famila, ahoga la voz de la sangre para añadir algunas leguas mas á su imperio de un dia y aumentar el número de sus vasallos, aun cuando éstos no sean mas que rebaños de ovejas. Tal es el ansia natural de dominar, raiz funesta del primitivo orgullo! Feliz aun, cuando su espíritu atormentado un momento por la sed de adquirir, se aplaca por fin en nombre de la razon y de la religion, y aprende á sacrificar á la justicia y á la concordia envidiosas pretensiones é ilegítimas riquezas! Mas ¿que será cuando desconozca enteramente estos nombres sagrados, y sediento de gozar, y creyéndose con derecho sobre todo, se abalance como un buitre sobre su presa? ¿Qué será de la sociedad cuando rotos todos los lazos que la conservan en armonía, se desborden sin dique algu-

no todas las pasiones de la ambicion para devorarse unos á otros como un enjambre de insectos?

Despues de haberse retirado Laban, continuó Jacob su camino. Y despues de haber tenido algunas visiones misteriosas que le anunciaban la defensa y la proteccion de Dios bajo cuyo poder caminaba seguro, envió mensageros para que noticiasen su regreso á su hermano Esaü, tan irritado en otro tiempo contra él, el cual habitaba en Seir en la tierra de Edom. Estos enviados trajeron la noticia que Esaü venia presuroso al encuentro de Jacob á la frente de cuatrocientos hombres. Sobrecogido Jacob de temor y aterrado, sin dejar de confiar en Dios, tomó las precauciones que su posicion le permitia; como así debe obrar el justo, que no por lo que espera de la Providencia ha de descuidar las medidas que en el órden puramente humano le aconseja la prudencia; lo contrario seria presuntuosa temeridad, y esta indolencia fuera criminal. Dividió en dos bandas la gente que consigo tenia, junto con los ganados de ovejas, de bueyes y de camellos, para que si caía la una en manos de Esaü, ó fuese por él destrozada, pudiese alomenos escapar la otra. Buscó despues en el cielo un socorro mas eficaz que todas estas medidas, é hizo esta oracion: «O Dios de mi padre Abraham y Dios de Isaac mi padre; tú, Señor, que me dijiste: *Vuélvete á tu país y al lugar de tu nacimiento y yo te colmaré de beneficios*, indigno soy de todas tus misericordias y de la fidelidad con que has cumplido á tu siervo las promesas que le hiciste. Solo con mi cayado pasé este Jordan, y ahora vuelvo con dos cuadrillas de gentes y ganados. Líbrame te ruego, de las manos de mi hermano Esaü, porque le temo mucho; no sea que arremetiendo acabe con madres é hijos. Tú me prometiste colmarme de bienes, y multiplicar mi descendencia como las arenas del mar, cuyos granos son inumerables.....» Cuando se desea para sí la fortuna, debe recorrerse á Dios que la tiene en su mano. No hay duda que la marcha de los acontecimientos fué decretada ya desde un principio en los consejos eternos; pero desde entonces tambien nuestra oracion ejerció su influencia sobre los divinos decretos. De este modo nuestra alma no yace abatida bajo el peso de la fatalidad, pues que se tuvieron ya en cuenta sus libres actos; y si no le es permitido penetrar en lo futuro, es para que conserve siempre en sus resoluciones una libertad perfecta. Tal es la bella y honorífica doctrina

del Cristianismo que eleva y glorifica al hombre, asociándole á las obras de la Providencia.

Jacob separó de sus rebaños lo que tenia voluntad de ofrecer á su hermano que no dejaba de ser de alguna consideracion. Doscientas cabras, veinte machos de cabrio, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta camellas paridas que daban regalada leche á sus crias, muy estimada de los antiguos, cuarenta vacas, veinte toros, veinte asnos y diez de sus pollinos. Estos presentes que manifiestan la rica abundancia y la generosidad de su dueño, fueron enviados por Jacob á Esaü bajo la direccion de varios servidores ó dependientes que debian dejar entre sí algun intérvalo ó trecho. Y dió órdenes á todos los conductores de aquellas manadas, que informasen á su hermano ser aquello un regalo de su siervo Jacob, el cual venia detrás en persona, esperando que su generosa amistad, dando así á la cólera de Esaü asaltos sucesivos, acabaria por vencerla completamente. Remitiendo pues los dones por delante, y precedido de aquella especie de vanguardia, pasó aquella noche en su campamento, y el dia siguiente partió muy de mañana con sus mugeres, sus servidores y sus once hijos, y pasó el vado de Jaboc. Apartóse un poco de su comitiva, se le apareció de repente un ángel en figura de hombre, que comenzó á luchar con él hasta la mañana. El valor de Jacob fué mayor que el peligro, porque el espíritu celeste templó su fuerza y se dejó vencer por su rival. Esta victoria alentó al abatido Jacob, dándole á conocer que su valor superaria al de los demás hombres, y le valió el mudar su nombre con el de *Israël*, que significa poderoso contra Dios, porque habia sostenido gloriosamente el ataque contra el enviado divino. Esta lucha es la imágen de las angustias de que se mira cercada nuestra alma en circunstancias difíciles y extremas: una fuerza superior nos acomete y se echa sobre nosotros como un águila que cae sobre su presa: la inteligencia, el valor y la virtud debaten entre sí en el doloroso recinto del alma: el éxito queda suspenso por largo tiempo, hasta el momento en que, coronando Dios una magnanimidad que él mismo ha inspirado, sale el hombre de la lucha rendido de fatiga, pero recompensado por una victoria. Jacob llamó aquel lugar *Fanuel*, esto es, vista ó rostro de Dios, y exclamó: Yo he visto á Dios cara á cara y mi vida ha quedado en salvo.

Entretanto Esaü se adelantaba con sus cuatrocientos hombres. Levantó Jacob los ojos y le vió venir con toda su comitiva, y dividió su familia en tres grupos. A la frente iban las dos siervas y sus hijas: Lia y su hija venian en segundo lugar, y seguian por fin Raquel y José, dos personas queridas que alejaba cuanto podia de todo peligro. El mismo Jacob se adelantó para ir al encuentro de Esaü: los dos hermanos profundamente conmovidos, se estrecharon en sus brazos, con la mayor ternura, derramando lágrimas, y levantando Esaü los ojos, vió las mugeres y los niños, y dijo: «¿Quiénes son estos? te pertenecen á tí?» Y respondió Jacob: «Son los hijos que Dios ha dado á tu servidor.» Y acercándose las siervas con sus hijos, se postraron á los piés de Esaü. Lia le saludó despues: Raquel se adelantó la última, al modo que se corona un ramillete de flores arregladas con arte, colocando sobre todas las demás la de mas ricos colores y mas esquisitos perfumes.

Jacob habia procurado manifestar á su hermano todas las señales de sumision y de respeto, haciéndole siete veces y á diferentes trechos los saludos que eran costumbre de aquel país para honrar á los grandes personages. Cuando le preguntó Esaü, que significaban aquellas cuadrillas que él habia encontrado, respondióle Jacob: «El deseo de hallar gracia en presencia de mi señor.» «Poseo grandes bienes, hermano mio, replicó Esaü, guarda para tí lo tuyo.» Pero Jacob insistiendo en su generoso afecto, le dijo: «No hagas tal, te suplico; antes bien, si es que yo he hallado gracia á tus ojos, recibe de mis manos este pequeño regalo, ya que al ver tu semblante me ha parecido ver el rostro de Dios.» Estas palabras proferidas por Jacob con toda la sinceridad de su alma, triunfaron de la resistencia de Esaü, el cual se dejó vencer por las instancias de su hermano; aceptó los presentes, y se ofreció á acompañarle en su camino. Jacob le manifestó su reconocimiento, pero le hizo advertir que él á causa de sus mugeres y sus hijos y de sus ganados no podia andar sino muy despacio y á cortos trechos. «Vaya, añadió, mi señor delante de su siervo: yo seguiré poco á poco sus pisadas, segun viere que pueden aguantar mis niños, hasta tanto que llegue á verme con mi señor en Seir.» Pero replicó Esaü: «Ruégote que tomes á lo menos parte de la gente que viene conmigo para acompañarte en tu viaje.» No es menester, contestó Jacob, lo que

solamente necesito es, señor mio, que me conserves en tu gracia.» Y asi se separaron reconciliados. Volvióse Esaü aquel mismo dia á Seir por el camino que habia traido, y en donde habia fijado su domicilio. Esta region que tiene tambien el nombre de Idumea, se extendia entre la Arabia Petrea, el Egipto y la Palestina. Jacob fué á plantar sus tiendas sobre la orilla oriental del Jordan, frente del lugar en donde fué edificada un poco mas tarde la ciudad de Scythopolis; y se adelantó hasta las cercanías de Siquem á fin de procurar abundancia de pastos á sus rebaños. En el dia aun las faldas de las colinas que rodean á Siquem están cubiertas de verdor, y los pastores árabes guardan allí sus cabras, haciendo salir de una especie de flauta con dos tubos algunos sonidos salvages.

Cuando Jacob pasó á habitar cerca de Salem, ciudad de los Siquemitas en la tierra de Canaan, despues de algun tiempo de haber vuelto de Mesopotamia de Syria, compró la parte del campo en que habia fijado sus tiendas de campaña á los hijos de Hemor, padre de Siquem, por cien corderos; y como habia escogido aquel lugar para su permanencia, erigió un altar al Dios verdadero, al Dios de los fuertes, para vivir él y toda su numerosa familia bajo la proteccion del Señor.

Jacob tenia once hijos y una hija llamada Dina, hija de Lia su primera esposa. Rico con los bienes de la tierra, y mas rico aun con sus creencias, llevaba una vida apacible, que nada parecia deber alterar. Pero sobrevino una catástrofe terrible, y no muy generalmente conocida. Las sagradas páginas presentan aquí una mancha de sangre de la que se apartan los ojos con horror. Sin embargo, para dar alguna amenidad á nuestra lectura, transcribiremos algunos fracmentos de una leyenda sagrada que habíamos bosquejado en los ocios de nuestra juventud, cuando las escenas encantadoras de la Biblia daban pábulo al fuego de nuestra fantasía y hacian latir por primera vez el corazon. He aquí algunos fragmentos del *Rapto de Dina.*

Despues de la reconciliacion de Esaü con su hermano, se establecieron los hijos de este en el delicioso pais de Salem. Isaac, padre venerable de aquella tribu, veia con placer aseguradas sus esperanzas en tantas generaciones que vivian felizmente á la sombra de la paz y del amor, y gustaba sostener sobre sus trémulas rodillas á los hijos de sus nietos.

No es facil formarse una idea de aquella sociedad naciente, sin otra ley que la de la naturaleza, descansando bajo el suave abrigo del gobierno patriarcal. Los antiguos Griegos nos figuraron en algun modo esta sociedad en los felices habitantes de la Arcadia. ¿Que puede bosquejar el pincel de la poesía de aquel pais encantador? La familia de Israël, antes de ser esclava de los Egipcios, disfrutó por algunos años aquella vida deliciosa, imágen bien que imperfecta del Edén cantado por Milton, y de la felicidad que probó el hombre en los cortos dias de su inocencia. . . . .

. . . .

La tradicion del diluvio era todavía reciente, y sin embargo la idea del verdadero Dios se hallaba reducida al corto recinto de aquel pueblo. El hombre se habia olvidado de su Criador. O se creia capaz de formar un Dios con sus propias manos, ó hacia de sí mismo su ídolo. Esparcidas se veian por toda la tierra semillas de aquella supersticion que debian producir monstruos y hacer adorar á los hombres sus propios delitos. ¡Triste herencia de la muerte justamente merecida por la desobediencia del primer hombre!

Pero presto debia acabar la paz de esta sociedad que consevaba algunos vestigios de la dicha primitiva, y se mantenia como un albergue sagrado en que Dios conservaba como en depósito la cuna de la Religion. El mismo Dios les habia inspirado el sencillo culto de los sacrificios, que consistian en inmolar la res mas preciosa de sus rebaños, con alguna súplica ó deprecacion. Muerto Isaac, Jacob quedó gefe y sacerdote de aquella numerosa familia; caracter sagrado que despues debia perpetuarse en los descendientes de la tribu de Leví.

Hemor, príncipe y dueño de la comarca, habia vendido á Jacob una gran parte de territorio para que se estableciese allí con todo su pueblo. En medio de una llanura inmensa se levantaban algunos pequeños collados cubiertos de verdor. Se veian de trecho en trecho grupos de álamos y palmeros que habian dado su sombra á los primeros patriarcas. A lo lejos se descubria una selva de plátanos y cedros cuyas altas copas sacudidas por el viento parecian confundirse con las nubes en la region de las tempestades, y trasplantados despues en el monte Líbano

merecieron ser cantados por el harpa de David. Cuando el sol del mediodía abrasaba el aire y la tierra con sus rayos de fuego, el interior de esta selva era apacible. Ni el viento ni el sol podian penetrar la densidad de aquel asilo regalado que la naturaleza habia dispuesto en medio de vastas llanuras y de arenales inmensos. El viento se convertia en un ambiente suave y aromático, y la luz solar perdiendo su intensidad venia á ser como el crepúsculo deleitoso de la mañana.

La mano del hombre se reparaba apenas en aquellos campos incultos. No habia propiedad señalada para cada uno de los miembros de la familia: todos poseian en comun aquella region agradable. La tierra vírgen abandonada á su propia fecundidad, se cubria de flores y legumbres silvestres sin que hubiese de regarla el sudor del hombre, pues aun sobraban para su sustento y para el pasto de sus numerosos rebaños. Raquel, Lia y las hijas de Jacob cuidaban en un corto recinto algunas flores queridas, la rosa, el clavel, el lirio, y el jacinto. Los hombres se ocupaban en pasturar los ganados, vagando libremente por las campiñas. Tal era la felicidad de aquellos pueblos pastores.

Dina, la mas bella entre las hijas de Israël, era el ídolo de sus hermanos y el embeleso de sus padres. Nacida de Lia, otra de las esposas de Jacob, crecia como uno de aquellos lirios tiernos que cuidaba su madre. Cuando alzaba tímidamente sus negros y rasgados ojos que brillaban sobre un cutis finísimo, hacia recordar la modesta vivacidad de Rebeca, y en todo su cuerpo se veian delineadas las bellas formas de Raquel. Rayaba á los quince años, y sus labios tan puros como su alma solamente sonreian al beso paternal. Cuando Jacob contaba las maravillas del Dios de sus padres, quedaba absorta al escucharle: sus inocentes miradas se dirigian al cielo, y como si hubiese leido en las facciones de su padre algun secreto, se notaba en su semblante un no se qué de celestial.

En una de aquellas noches apacibles en que el cielo sembrado de estrellas aparece sobre la vasta naturaleza como un campo resplandeciente y solitario, estaba reunida en un pequeño bosque la familia de Jacob, el cual se hallaba sumido en un profundo sueño. Despiértase de repente como inspirado y esclama: ¡ Hijos mios! El Dios que salvó á

Isaac mi padre reclama de nosotros un sacrificio. Levantad vuestros ojos á estas inmensas alturas. El Señor tiene allí su trono de magestad. Cuantos astros publican su gloria! Sí, me parece verle todavía en los campos de Betel. Yo le ví: yo le ví: una ráfaga de luz bajaba del cielo y por ella descendian los espíritus del Señor... Dios piadoso! Acuérdate de las promesas que hiciste á tu siervo. En él serán benditas todas las generaciones.

Las hijas de Jacob lo preparan todo para el sacrificio. Neftalí y Ruben llevan dos corderos sin mancha, y Dina apareja el aceite sagrado. Jacob postrado á la presencia del Señor derrama el oleo sobre la piedra del sacrificio, como lo hizo en el lugar de la vision misteriosa, y ántes de inmolar las víctimas dirige una oracion al Señor. «¡O Dios de mis padres! recibe con agrado este holocausto. Suba nuestra débil voz hasta tu sólio eterno. Ten compasion del hombre desgraciado! pueda algun dia ser feliz, y recobrar la vida inmortal que perdió por el delito!»

Estas palabras pronunciadas con un acento profético en medio del silencio y á la luz de los astros de la noche, enternecieron el corazon de Dina como si estuviera iniciada en los misterios mas profundos. Jacob toma un ancho cuchillo é inmola la víctima. Dos de sus hijos acercan el vaso de bronce para recoger la sangre, y algunos esclavos preparan la leña para consumar el sacrificio.

Aser hijo de Zelfa esclava de Lia y hermano de Dina por parte de su padre Jacob, llegaba apenas á los veinte años. Amado de Lia como hijo suyo por serlo de su esclava, habia crecido junto con la niña Dina, y las madres de entrambos se complacian en confundirles en su cariño. Sus corazones cándidos se amaban tiernamente, el uno formaba las delicias del otro, pero con aquel amor inocente y fraternal que participa de todas las dulzuras sin temer sus peligros. . . . .
. . . .

En este momento contemplaba Aser las lágrimas que brotaban de los ojos de su hermana y brillaban con el fuego del sacrificio. Dina miraba tambien á su hermano, se conmovia agitada por aquella vaga inquietud que siente el corazon cuando se abre por primera vez á las bellas ilusiones de la vida. Habia rogado á su padre que les contase la historia de los hombres, y una mirada suya anunció al anciano patriarca los

deseos de su hija. Dina corrió al lado de su madre; Aser no se atrevió á seguirla, y se sentó con los demás hermanos que formaban como un semicírculo al rededor de Jacob. Los esclavos en pié y á cierta distancia guardaban silencio, y las sombras de algunos camellos inmóbiles se dibujaban débilmente en el suelo, oscilando como las llamas ya moribundas del fuego del sacrificio.

Voy á contaros, dijo el patriarca acabada ya la ceremonia, la historia de nuestros padres, y las misericordias que el Señor ha derramado sobre nosotros. Aquí pintó las delicias del Edén y los venturosos dias de la inocencia, la astucia maliciosa de la serpiente, la debilidad de la primera muger y el funesto efecto de sus ruegos; el rubor hijo del delito, las amenazas del Señor y el castigo de Adan y de su esposa. Cuando referia el destierro de los dos desventurados al dejar aquella mansion de placeres y de felicidad, los sollozos interrumpian sus palabras, y las lágrimas de todos corrian con abundancia.

En seguida presentó á la muerte introducida en el mundo por la envidia fraternal. La dulzura y el candor de Abel interesaron á la jóven hebrea, y el ódio mortal de Cain á su inocente hermano cubrió de una especie de rubor la frente de algunos hijos de Jacob.

Este se paró un instante para hablar de las maldades de aquellos primeros habitantes que tan rápidamente se habian multiplicado. La tierna edad de Dina en quien fijó los ojos y su modestia angelical ponia algun estorbo á sus labios. ¿Como hubiera podido pintar con todos sus colores á los ojos de la inocencia aquellas iniquidades nefandas que estremecen á la naturaleza é hicieron arrepentir á Dios de haber criado el hombre? El amor impuro, dijo, fué despues del ódio la pasion mas funesta de la criatura corrompida. Un apetito brutal sofocó en el hombre el soplo divino de la razon que el Señor habia infundido á su alma y amó igualarse con los irracionales. Corramos un velo á tantos horrores, hijos mios; la iniquidad habia inundado la tierra, y era preciso renovar enteramente su faz. Noé, el justo Noé fué elegido para conservar despues del diluvio la especie humana.

«Figuraos, hijos mios, á la tierra sumergida en las aguas, y al sol abismado y sin brillo en medio de los cielos. El mar salió de su centro

como un monstruo para devorar á los vivientes de la tierra; abriéronse las cataratas del cielo, y el mundo quedó desolado. El arca entretanto nadaba sobre la vasta inmensidad de un mar sin orillas; y mientras un abismo de agua iba sepultando las generaciones hasta en la última cima de los montes, solo el arca llevaba en su corto recinto los recogidos restos de las especies vivientes.» ¡Con que viveza les presentó la tierra nuevamente desierta en su desolacion, el olivo de la paloma, el hermoso iris naciendo despues del diluvio como un símbulo brillante de alianza y de amor!

Aunque todos estaban embebidos con las palabras del patriarca, conoció este que sus ojos necesitaban el sueño. Dejó para otra noche el seguir su historia, y los hijos de Jacob, despues de haberle dado el ósculo filial, se retiraron á sus albergues.

Estos eran unas tiendas cuadradas que cubrian exteriormente de pieles de animales diversos, sostenidas y trabadas por largas bien que delgadas maderas formando una especie de techo. Interiormente estaban cubiertas de telas de diferentes colores clavadas con pequeñas puntas en el suelo. La tienda de Jacob y sus esposas era espaciosa bien que sencilla, y se distinguia de las demás por su mayor elevacion. Otra estaba destinada para sus hijas y demás mugeres de la familia. Los demás hermanos habitaban en otra, construida mas groseramente, y habia algunas como chozas para los esclavos (3).

Dina pasó la noche sin dormir, y como embelesada en su propio pensamiento. La edad feliz del hombre y de su inocencia llenaba su alma de ideas deliciosas, pero se horrorizaba de que la culpa hubiese nacido en el seno mismo de la felicidad. Atormentado su corazon virginal por los primeros impulsos de la sensibilidad, envidiaba su ventura á la madre de los hombres. Ah! esclamaba en secreto, como pudo la dichosa Eva renunciar por una sola curiosidad á los placeres juntos de la inocencia y del amor! Cuan funestas fueron desde luego las gracias de la muger! Ah! yo debia nacer en aquel paraiso! Cuan facil es ser culpable á los ojos del Señor! La idea ligera que habia dado su padre de las iniquidades de los hombres ántes del diluvio le llenaba de un oculto pavor. A pesar de la pureza de su alma, habia sospechado confusamente el nefando

origen de las maldades que vengó el Señor sobre la faz de la tierra, al modo que un infante concibe la idea confusa de la muerte; y al sentirse agitada por unos impulsos que apenas conocia, vacilaba en una amarga duda acerca la inocencia de sus sentimientos.

Hay en el alma de una joven vírgen un estado de agitacion que dura poco, y es el prenuncio de la edad de las pasiones. Cuando la inocencia no se ve sorprendida por una malicia prematura, las primeras chispas del amor se insinuan por una inquietud sin objeto, deseos vagos, una secreta melancolía y un ardiente anelo de felicidad. El corazon late por un no se qué desconocido é indefinible. Tal vez sospecha que no nació para si solo. La naturaleza anuncia ya en nosotros el desarrollo de la sensibilidad, la imaginacion se fatiga, buscamos el mobil de una secreta simpatía, y nace aquella pasion aun no sentida, germen despues de tormentos y deleites inesplicables. Este sentimiento misterioso alterado ó prevenido á veces por una civilizacion adelantada, agitaba con toda su fuerza á la inocente hija de Jacob.

Al dia siguiente esperaba esta con ansia la hora en que su padre debia continuar la historia del mundo.

En efecto continuó Jacob por la noche su narracion. Les habló de los hijos de Noé y del vano orgullo del hombre en querer escalar el cielo por medio de una torre, proyecto insensato que burló el Señor, confundiendo á los operarios con la diversidad de los idiomas. Desde entonces se diseminaron por toda la tierra los hijos de los hombres. Al bablar de Abrahan y de su vocacion misteriosa, al recordar aquellas promesas hechas por el Señor, que abrazaban todos los siglos y todas las generaciones, se inflamó su semblante, dobló la rodilla por un momento y calló ante el Dios de la magestad. Parecia que un poder sobrenatural le agitaba, y que se abria entonces á sus ojos un mundo nuevo. Sara, y Agar su esclava, y aquel hijo nacido como un prodigio para ser el padre de un pueblo escogido, llamaron la atencion del patriarca. Pintó con bellos colores la vida apacible de aquellos dos esposos, el amor y la fidelidad. Las llamas que llueve el cielo sobre los dos pueblos abominables anuncian la ira del Señor, y los estragos de la carne corrompida; pero tres ángeles cuya faz era de luz avisan el peligro al hermano de Abrahan. Dios salva al justo de entre las

ruinas, y castiga á la inobediente curiosidad. Jacob no habló de las hijas de Loth, ni de aquel doble incesto de que nacieron dos pueblos, porque temió ofender el pudor celestial de su hija. El Señor, dijo tan solamente, es impenetrable en sus designios, y no es dado al debil mortal descorrer el velo que le oculta.

El alma sublime de Abrahan obedece la órden de su Dios y se prepara para un sacrificio que hará eterna entre los ángeles y los hombres la memoria de su fé. Todos derraman lágrimas al contemplar al hijo obediente llevando la leña sobre sus hombros, y al padre enternecido fijando sus ojos en él y en el cielo. La cuchilla pende de su cintura. Suben silenciosos por el monte solitario y el hijo interrumpe el silencio con estas palabras: Padre mio, donde está la víctima? Jacob conmovido interrumpe tambien su relacion. Levanta sus manos al cielo, y esclama: «Misterio augusto! Víctima divina! cuya sangre ha de espiar los delitos del hombre. ¿No habrá para tí un angel que detenga la espada decidida?» Calla, y los circunstantes atónitos ignoran el sentido de aquellas palabras.

Jacob presenta ya escenas mas deliciosas. Describe como Abrahan quiso dar una esposa á su hijo, la mision del criado fiel, el encuentro de éste con Rebeca en los campos de Nachor: hablando de su madre prescindió de todas las gracias de la hermosura, y solo les pintó su sencillez, y aquella modestia don el mas precioso de las vírgenes. La hija de Jacob escuchaba como embelesada á su anciano padre, de cuyos trémulos labios salian palabras de amor. La sorpresa de la hija de Batuel al oir el nombre de su esposo, las rosas de pudor que cubrieron su frente, y que al verle procuró ocultar, nada escapó al patriarca, quien al contarlo sentia revivir en su corazon aquel puro y ardiente fuego de que se sintió animado en otro tiempo por los encantos de Raquel.

Jacob no sabe como hablar de sí mismo. Mil recuerdos deliciosos se agolpan á su pensamiento, y sobre todo el tierno amor que le tuvo su madre desde su nacimiento ocupa su corazon. Teme descubrir misterios que el Señor le ha revelado en sueños, y una turbacion desconocida le impide el hablar. «Hijos mios, les dice, Dios ha depositado en nosotros grandes esperanzas, y nuestra familia lleva la bendicion del género humano.»

El patriarca dá la suya á sus hijos. Se postran todos ante el altar, y despues de algunos momentos se retiran á sus tiendas. La noche era deliciosa. Humeaban todavía las últimas pavesas del sagrado fuego. La luna no habia salido, pero una claridad que esparcia por el horizonte tranquilo la brillantez de los astros hacia dulces las horas del silencio. El sueño estaba lejos de los ojos de Dina, y su pensamiento embelesado con imágenes lisongeras se complacia por la primera vez en aquella soledad apacible, sin que pudiese asaltarla el mas mínimo temor á la vista de las tiendas de sus padres. Un pequeño arroyo sin nombre, único en aquel pais, corria no lejos del vallado que iba á perderse en la selva de los cedros, y dejaba sentir su murmullo á alguna distancia como un ser animado en medio de la muda naturaleza. La hija de Lia habia quedado sola bajo del álamo, sin que nadie lo advirtiese.

Su objeto era lavarse los piés en el arroyo, y llenar los cántaros que habian de servir el dia siguiente para descansar á su madre, la cual no confiaba á las esclavas este cuidado. Sabia que durante la noche solian algunas hijas de Salem llenar en el arroyo sus cántaros, y tal vez se detenia allí con la esperanza de encontrar entre ellas alguna vírgen con quien partir los secretos de su corazon.

Dina dormia unas veces en la tienda de su padre Jacob que la amaba tiernamente: otras veces con sus hermanas. Asi es que á nadie sobresaltó su ausencia. Lia y Raquel la amaban con igual ternura, y ella gustaba confundir entre las dos el dulce nombre de madre.

Se dirige con lentos pasos hácia el arroyo. Se detiene á contemplar el agua pura é inquieta que brillaba apenas entre la yerba, reflejando los débiles y azulados rayos de la luna que acababa de salir. Inclínase sobre el muzgo y se lava el rostro y los piés. Todo es silencio en la selva vecina, las flores tienen cerrado su capullo, y las aves duermen profundamente inmóviles sobre las ramas de los árboles. La hija de Jacob desea internarse en el espesor de la selva, y en una muger jóven un deseo es una necesidad. Camina y tiembla; siente el temor natural de la soledad y de la noche, pero le agrada vencerle; detiénese á cada paso, escucha como si temiese ser descubierta, suspira con pena, se ve libre, y se embelesa de su misma libertad. Tal es el primer vuelo de la inocente tortolilla cuando ha salido del

nido maternal y se ve reina de los bosques sin conocer ni pensar en las garras del alcon ni en la fiereza del hombre.

¿Cuál es la causa de aquel placer misterioso que sentimos al contemplar el astro de la noche? Fijos en él sus ojos la niña Dina, sentia impresiones desconocidas, como si la luna revelase secretos á su corazon. «Adonde voy, desdichada de mí! quise probar las delicias de la noche para hallar un consuelo! ¡Ah! ¿no es un dolor alejarse de la tienda paterna? Qué le falta á mi corazon? ¿No soy feliz al lado de mis padres? ¿Pues qué busco aquí? ¡Aser, hermano querido! tú estás triste, tú no me sonries como antes, no te complaces ya en la caricias de tu hermana. ¿Padece tambien tu alma como la mia? ¿No te sientes feliz? ¿qué otro amor hallarás como el mio? los lirios mas blancos, las rosas mas bellas son para tí: tu paces mi primer corderito y me gusta que le llames tuyo. Te amo, pero no me hallo bien todavía. ¿Sé tal vez lo que deseo? las hijas de Salem salen juntas á llenar sus cántaros y llegan tal vez hasta aquí. Una amiga.... ¿no seria un placer amar una amiga?»

Siquem, hijo de Hemor, perseguia de noche por aquellas llanuras los lobos silvestres, y sorprendia los osos y javalíes en sus mismas guaridas. Habia oido celebrar la belleza de la hija de Jacob, y como su corazon era vírgen sentia ya una cierta inclinacion hácia la hermosa desconocida. Atravesando los campos de Salem habia divisado á lo lejos el fuego del sacrificio, y al acercarse le habia parecido ver á la hija de Lia á la escasa luz de algunas llamas que se levantaban á intérvalos de las ascuas ya consumidas. ¡Que misterioso es el amor! en este momento no se atrevió á pasar adelante. Disfrutó de esta bella ilusion como de un encanto, y el candor de la edad y de la belleza hicieron concebir al jóven idólatra un rayo vago de esperanza, y habia dirigido sus pasos al país de Siquem.

Dina probó despues de haberse lavado pasearse sola por los campos silenciosos. Conmovida en extremo por la historia de Rebeca, envidiaba en secreto su felicidad y hubiera deseado hallar junto á una fuente al criado de otro Isaac. Ella tambien suspiraba por un esposo, pero ¡para quién le habrá destinado el cielo! En su alma se formaba la idea seductora de un objeto: el astro de la noche fomentaba sus ilusiones. ¡Cuán fácil le es al alma sensible buscarse un ser adorable en el país de las quimeras! A

este ser desconocido dirigia ella sus primeros suspiros. Inquieta sentia un vacío en sí misma que no podia llenar. ¡ Nadie habrá en el mundo que pueda hacerla feliz ! Cualquiera hubiera creido por sus gemidos que lloraba la ausencia de su amado.

En medio de tan bellas ilusiones asalta á la incauta hija de Jacob un pensamiento terrible. Abismada en sus gratos ensueños ha perdido la senda que le guiaba á la casa de sus padres. Sola, en medio de un desierto desconocido, la infeliz no sabe á donde dirigir su incierta planta. La luna habia recojido sus rayos en una blanca nube como en un manto diáfano, y dejaba á la triste hebrea entre los sombríos fantasmas de la soledad. Viéndose perdida, caminaba temblando y llena de pavor. Vagaba silenciosa por entre los arbustos, como si temiera ser descubierta, á cada murmullo le daba un salto el corazon. El Siquemita la descubre como una airosa sombra errante por los campos sombríos. Sus ojos se ceban ya en aquella niña sin amparo y siente su pecho devorado por una llama impura. Desea y teme sorprenderla. Va siguiendo sus pasos á cierta distancia, embelesado, absorto y como dudando de la realidad de aquella vision encantadora. En la turbacion de su entusiasmo silencioso, escápase un suspiro al hijo de Hemor. Vuélvese súbitamente la niña Dina, arroja un grito agudo de espanto, y huyendo precipitada y sin concierto, tropieza y cae á los piés de una palmera, sobre cuyos retoños no advertidos habia resbalado el delicado pié de la fugitiva. El jóven cazador corre á calmar el angustioso sobresalto de la sorprendida. Al chillido de la sorpresa ha sucedido la languidez del desmayo. No temas hija de Jacob, le dice el Siquemita. ¿Como andas así extraviada de la casa de tus padres? No temes las fantasmas de la noche ni las garras de las fieras que cruzan por las sombras del desierto? — ¡ Ah ! si tienes hermanas que amas, seas quien fueres, compadece mi desamparo, vuélveme á la casa paterna, enjuga el llanto de mi madre y templa la pesadumbre de mi padre por haberme apartado de su hogar. El hijo de Hemor miraba mudo y enternecido aquella belleza sentada sobre el muzgo, en cuya frente pálida y humedecida daba un rayo de luna, haciendo brillar con su luz misteriosa su tímida pero penetrante mirada. Levantóse Dina, calmada ya de su primer espanto. Su túnica azul agitada por la brisa de la noche sujeta por un ceñidor de púrpura,

su leve manto prendido de un anillo sobre el hombro, las trenzas caidas sobre la espalda y la cabeza ceñida con un ligero gorro de varios colores realzaban su noble y esbelto talle: mas bella que Diana cazadora figurada por los Griegos cuando perseguia las fieras y se aparecia como un encanto en los sombríos bosques del Cintio.

El Dios de mis padres, exclamó la vírgen, os habrá sin duda traido aquí para salvarme. Guiadme á la tienda de mi padre y yo le diré llena de gozo: este cazador me ha conducido á vuestros brazos: y os mostraré á mis hermanos, y estareis con nosotros y dareis un dia de gozo á la familia de Jacob.

El pecho de Dina se abrió como una flor á los halagos del céfiro. El Siquemita, jóven y gallardo como el hijo de Latona, depuso por algunos momentos su fiereza de guerrero, y se tansformó en un seductor. La incauta hebrea, sola, desprevenida, palpitante, se sentia abrasada por las palabras de fuego que salian de los labios del príncipe, hijo tambien de otro patriarca idólatra, y que le juró allí mismo la fidelidad de esposo. Cuando el alma se halla respirando subitamente en una region desconocida, sin preparativo, sin transicion, recorriendo en cortos instantes el círculo de años enteros de ilusiones y de esperanzas, privada casi del libre uso de sus facultades, inundada de placer y de sorpresa ¿en dónde está la fuerza para resistir á ménos que Dios obre en ella un prodigio? El Dios que habia dado fuerzas á Jacob para luchar contra un espíritu superior y no dejarse abatir por él, quiso castigar la indiscreta curiosidad de su hija que abandonó la casa paterna para ir en busca de nuevas amistades. Las hijas de Hemor dormian tranquilas bajo sus tiendas, y la infeliz israelita luchaba con su lánguida resistencia contra los hechizos de una pasion mas terrible que las fieras del desierto y luchaba tambien contra su propia debilidad.

Las doncellas, dijo Dina, separadas de sus padres, son como las ramas cortadas del árbol que las sostenia. Llevadme pues á mis padres, restituidme á la vida. Ellos os abrazarán como hijo, y.... yo seré feliz.

O hija del sol por tu hermosura, repuso el idólatra, eres para mí mas suave que ese rayo dulcísimo de luna que baña tu rostro: no temas. El Dios que tú adoras será tambien el Dios de mi padre y el mio. Juntos le adoraremos bajo las tiendas de Hemor.

La luna ocultó otra vez su argentada frente, y negó á los dos jóvenes el pálido resplandor de sus rayos, última defensa quizás de la tímida doncella.... Cuando volvió á bañar con su luz el desierto, ya no pudo alumbrar la frente de una vírgen de Israël.

Dina no tenia ya resistencia ni voluntad. Cuando el alma ha perdido el dominio que sobre sí tenia, queda encadenada á los piés del tirano que le arrebató el cetro. ¡Hija desgraciada de Jacob! Esas palmeras solitarias que vieron el inocente júbilo y los castos amores de tu padre con la esposa que cautivó primero su corazon, cubren ahora el naufragio de tu inocencia!

Un amor criminal ha soplado sobre tu frente, y ha agostado las rosas del primer pudor! ¡Ese rojo que tiñe tu semblante no es el del candor que teme, sino el del remordimiento que sufre! El ultraje de la vírgen de Israel será la destruccion de un pueblo.

¡Príncipe ciego y audaz! ¡en mal hora estrechas entre tus brazos á la fugitiva de Salem! Cual otro pastor troyano en los brazos de la robada griega, cual otro monarca en el seno de una beldad fatal, cuyas caricias han de encender la hoguera de la venganza, hay una voz profética que te clama:

« ¡Ay! esa tu alegría
Que llantos acarrea, y esa hermosa
Qué vió el sol en mal dia!....
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales!
. . . .
¡Ay triste! y aun te tiene
El mal dulce regazo! ni llamado,
Al mal que sobreviene
¿No corres?
. . . .

El sol teñia ya los espacios con los torrentes de luz que brillan encendidos y cargados con los vapores de la mañana. Los dos culpables atravesaban los campos de Siquem inclinada su cabeza hácia la tierra, como los dos primeros esposos despues de su destierro. Dina seguia maquinalmente á su raptor, fijando en él sus ojos lánguidos y tristes, sin que sus labios antes tan candorosos, se abriesen al sonris del consuelo ni de la esperanza. En vano el Siquemita le promete su mano y sus riquezas: en vano le brinda el amor de una nueva familia. La hija de Jacob siente revivir á intervalos en su pecho agitado los recuerdos de sus padres y del hermano querido: y estos recuerdos turban su agitado espíritu como imágenes gratas pero dolorosas de una felicidad que ya pasó. Momentos aun mas terribles vienen á envenenar los goces presentes: la idea de la venganza de sus hermanos la hace temblar en medio de sus raptos de placer, al modo que bajo un hermoso cielo se oyen los sordos rugidos de una tempestad lejana.

En aquel mismo momento y respirando el aire embalsamado por los primeros albores del dia, Aser divagaba por los campos de su padre. Bajada la cabeza y sin senda determinada, aguardaba á su hermana querida que saliese de la tienda de su madre, para dar juntos el paseo de la mañana. Las flores doblaban su húmedo capullo bajo la punta de su aljava. Mas ¡ cual fué la sorpresa de Aser cuando vió á Lia salir de su tienda desmelenada, llorosa, enagenada, buscando con afan de madre quien la diese noticias de la hija que habia desaparecido!

Aser devora en secreto aquel pesar terrible: consuela á Lia y le impone silencio, no sea que Jacob perciba aquella funesta desgracia. ¿Donde estará la hija de Israël? ¿quién la habrá arrebatado del techo paternal? Aser se encarga de saber donde respira la fugitiva; y Lia, ocultando el pesar que la oprime, se dirige á la tienda de su esposo.

Llega á la tienda de Jacob en el momento mismo en que el religioso patriarca en medio de su numerosa familia saludaba al Omnipotente con el himno matutinal. Postrados todos sobre la yerba que brillaba aun con el rocío del cielo, seguian con profunda y fervorosa emocion las palabras de su padre: « ¡ Oh Dios de Abraham y de Noë! Tú que formaste el universo con un soplo, y cuya voz hizo salir del abismo los inmensos torrentes de luz

que nos alumbran, acuérdate de aquella señal de tu alianza que brilló sobre las nubes, despues que el mundo nació otra vez del seno de las aguas! ¡Concédenos la serenidad en el cielo y en el espíritu, para que podamos en este dia ser justos en tu presencia, y bendecir tu santo nombre!»

¡O tiempos dichosos en que sobre la tierra se adoraba al Dios de los mundos y al Dios de los siglos como al Dios de la familia! ¡Parecia que el Señor dejaba la inmensidad de los espacios que llena con su poder, para morar en aquellas tiendas afortunadas, y recoger por sí mismo la súplica salida de los labios del hombre!

Lia esperaba quedar sola con Jacob para comunicarle la fatal nueva. El dolor profundo de su alma salia á raudales por sus ojos. Esposo mio, le dijo, has visto huir á nuestra hija? Dina no ha dormido en su lecho, ni sé donde respira, ni donde para. He recorrido los bosques en que te vi la primera vez; ni rastro he hallado de ella. Hija mia ¿porque huiste de los brazos de tu madre, y del techo de quien te dió el ser? ¿Quién te protejerá, desventurada, contra los insultos de los hombres?

Jacob levanta los ojos al cielo y calla. Aquel silencio del dolor paternal estremece, pero, fuerte con la confianza en Dios, todavía halla palabras de consuelo para su desolada esposa: «No temas: los espíritus del cielo que se aparecieron á Abraham mi padre, la conducirán sin duda por el desierto. Ella se extravió de su casa. ¡Dios mio! ¡es la hija de vuestro siervo: volvedla á mis brazos, no le negueis la bendicion! ¡sea como los demás hijos la alegría de sus padres! ¡Tened piedad de ella! Dina os conoce, ella os adora sobre la tierra!

Los hermanos de Dina habian salido al campo á sus faenas ordinarias, Jacob guardaba en su pecho el peso de este secreto; infeliz en tener que devorarlo solo con Lia, pero mas infeliz aun si lo revelaba, pues conocia la índole y el carácter de algunos de sus hijos. Los dos esposos salen de la tienda preguntando por su hija á los pastores y cazadores de Salem.

Reúnense con sus hijos, los cuales no se atreven á preguntar por la causa del profundo dolor del padre. Pero Aser se descubre á lo lejos. Viene precipitado y pálido: á pocos pasos se detiene y llora. Lia se arroja á sus brazos. «¿Vive mi hija Dina? ¿ó he de bajar con ella al se-

pulcro?» — «Mas feliz hubiera sido en morir, responde Aser, con un plañido estrepitoso. Un incircunciso la ha violado. El cazador de Siquem ha estrechado en sus brazos impuros á la hija de Jacob. ¡O Dios de Abraham! ¡lanzad el rayo que abrasó á los Sodomitas sobre su frente criminal!»

Simeon y Leví escuchaban á su hermano, murmurando imprecaciones horribles: el fuego del furor chispeaba en sus ojos: no se atrevian á levantar la voz delante de su padre, pero en su seno se fraguaba un proyecto de exterminio. Tal es el ruido subterráneo que se percibe junto á un volcan, cuando en sus hirvientes entrañas fermenta el fuego que va á vomitar y que devorará pueblos enteros.

El venerable patriarca, al escuchar delante de sus hijos la nueva fatal, rasga su manto de púrpura y pone ceniza sobre su blanca cabeza. Ahoga dentro su pecho los suspiros que son la voz del dolor y vuelve el rostro para ocultar á su esposa las lágrimas que por él corrian. El llanto en los ancianos tiene un no sé qué de imponente que no es fácil esplicar. Cuando la fuerza del sentimiento ha llegado á ablandar un pecho endurecido ya por los años, y sale por el raudal de los ojos, muy terrible ha de haber sido la lucha entre el poder del dolor y la firme severidad del corazon. Un silencio sombrío reinaba en toda la familia. Los bueyes y camellos que marchaban para el campo, quedaron tambien inmóviles al lado de sus guias detenidos, como si hubiesen todos oido de improviso el trueno de la tempestad.

Entretanto el raptor habia llegado con su víctima al país de los Siquemitas que habitaban en tiendas de madera. La de Hemor príncipe de aquella tribu era circular, sobre cuya puerta se veian clavadas pieles de varias fieras que el príncipe habia rendido en sus nocturnas incursiones. Los Siquemitas eran idólatras y adoraban principalmente al sol, cuya imágen se veía pintada sobre el asiento del rey, figurando el astro divino cuando se levanta de su cuna para dar vida al universo. Hemor y su numerosa familia postrados ante el astro rey, entonaban el himno de la mañana que Jacob dirigia á su autor supremo.

O padre de la luz! derrama sobre nosotros tus rayos benéficos, fecunda las entrañas de la tierra que nos sostiene y nutre, esparce la

vida y la abundancia sobre nuestros campos, y aleja las sombras de la muerte!

Al momento en que la hija de Jacob acompañada del jóven príncipe entraba en la tienda de Hemor, la jóven israelita invocó al Dios de sus padres; y Hemor, cubierto de toda la magestad de los años y respirando en su noble fisonomía la amabilidad y el sosiego, saludó á la estrangera y le ofreció hospitalidad. El hijo expresó á su padre que la habia encontrado perdida por el desierto y que era hija del príncipe de Salem. Las ardientes miradas de Siquem, la turbacion de Dina, y aquel rubor involuntario que descorre el velo á los arcanos del corazon, hicieron presentir al anciano que los dos jóvenes se amaban. « Vos os pareceis á mi padre Jacob, esclamó Dina. Dichoso de vos si no teneis ninguna hija desgraciada que ande perdida lejos de vuestro hogar! Volvedme á mi padre.— No temais, hija de Jacob, replicó Hemor con dulzura, conozco á vuestro padre, y mas de una vez nos hemos encontrado en el desierto.—Padre mio, dijo entonces el jóven príncipe, echándose á los piés de su padre y abrazando sus rodillas, vos conoceis ya de quien es la estrangera que os presento. La amo mas que á la luz de mis ojos. Dadnos vuestra bendicion, y la tomaré por esposa ante ese Dios radiante cuyo puro reflejo guió nuestros pasos en la soledad. » A estas palabras la jóven de Israël se postró ante el Dios de sus padres. «Vos no adorais al Dios de Abraham, dijo al Siquemita, al Dios del mundo, al protector de mi familia. Mi padre me negará la bendicion, si me entrego á un incircunciso. Vuelva yo á mi padre, y me dé el ósculo de paz antes que yo muera en los brazos de mi madre.»

El rayo del dolor penetró súbitamente el corazon del jóven príncipe, que no era ya por cierto un seductor. No podia consentir en que Dina fuese su víctima y la amaba con ternura porque la veía desgraciada. ¡Dina hablaba de morir! ¡Ya no amaba la vida si no podia ser suya! La última mirada de Dina le revela este secreto. ¡Cuán irresistible es el encanto de la desgracia para una alma noble y generosa! La sencillez de aquellas costumbres no consentia la perfidia que tan á menudo vemos reproducida en el seno de nuestra civilizacion orgullosa. No se veian en medio de aquellas respetables familias víctimas infelices abandonadas

por el autor mismo de su infortunio. Hemor era además un verdadero padre; habia amado en su infancia al Dios de Jacob; pero los magos de Caldea habian cuidado de su educacion y le habian iniciado en el sabeismo, ó sea el culto de los astros. Fatigado de la vana ciencia de los hombres, no le era difícil abrazar un culto que habia amado. Conocia que la naturaleza entera era un símbolo de la Divinidad, pero no la Divinidad misma. Tenia una idea confusa del orígen del universo; y su alma recta y elevada necesitaba de una luz que le descubriese su principio y su destino, y en medio de la soledad se dejaba inspirar por este ser desconocido cuya voz oia Platon en el silencio de la noche.

Este enlace le ofrecia oportunidad para estrechar sus relaciones con la familia de Jacob, y para adorar al Dios que tan visiblemente le protegia. Resuelve Hemor hablar al hijo de Isaac; y los pechos de los dos jóvenes se abren á la esperanza como el tallo agostado de una flor se abre y recobra su frescura y vigor con el agua que el cielo le envia. ¡Oh que placer para el corazon de Dina! ¡ella recibirá la bendicion de su padre y los dos esposos adorarán al Dios del universo, al Dios de su familia!

Los esclavos de Hemor preparan algunos presentes para el padre de Dina. Blancas ovejas, corderillos tiernos con sus madres, algunas palomas y dos ricas pieles de tigre con manchas negras son las ofrendas de la íntima alianza que va á trabarse entre las dos familias. Siquem parte con su padre á las tiendas de Jacob: los esclavos les siguen con los regalos, y Dina dando una mirada de esperanza al que ha de ser su esposo, queda con las hermanas de estos que le prodigan caricias y consuelos.

Los hijos de Jacob se preparaban para partir, pero descubren á lo lejos la comitiva de Siquem. Resuelven entonces ocultar en su interior su atróz proyecto de venganza, como el que esconde un veneno delante la persona que lo ha de apurar. Jacob se adelanta para recibirle. Los dos ancianos se abrazan. El jóven príncipe reboza de contento: mira con ansia y con placer aquellos semblantes que le recuerdan las facciones de la que ama, y se contempla ya como en medio de una nueva familia de hermanos. El acento, los modales, los vestidos, todo le representa al dulce objeto,

porque cuando se ama, todo lo que le recuerda es grato al corazon. «El alma de mi hijo, se ha embelesado de vuestra hija, dijo Hemor profundamente conmovido, y está unida con la suya; dádsela pues, os ruego, por esposa, y enlazemos mutuamente nuestras familias, dándonos vuestras hijas y tomando vosotros las nuestras. Habitad con nosotros; la tierra está á vuestra disposicion; cultivadla, negociad con ella y poseedla: formemos una sola familia y estrechemos nuestros vínculos en íntima y perpétua alianza »

Así habló el anciano con la noble franqueza de un rey y con la efusion de un padre y de un amigo. Siquem, transportado de júbilo y de amor, se dirige con respetuoso afecto al padre y á los hermanos de Dina. «Halle yo gracia delante de vosotros, y daré cuanto determinareis. Aumentad el dote, que yo os entregaré gustoso cuanto pidiereis con tal que me deis á la jóven por esposa.»

Los hijos de Jacob, cerrando su pecho á todo sentimiento de conciliacion, no veian mas que el ultraje cometido contra su hermana. Y disimulando la venganza que respiraban, respondieron con doloso amago á Siquem, y á su padre: «No podemos hacer lo que pedís, ni dar nuestra hermana á hombre no circuncidado, porque seria entre nosotros un acto ilícito y abominable. Mas si convinieréis en circuncidar vuestros varones y asemejaros á nosotros, con esta condicion podremos enlazarnos con mutuos lazos de parentesco, dando y recibiendo recíprocamente vuestras hijas y las nuestras, y habitar en vuestra compañía formando un solo pueblo. Pero si no quereis circuncidaros, tomaremos á nuestra hija y nos retiraremos.»

La mas solapada perfidia se encubria debajo de estas lisonjeras palabras que llenaron de gozo el corazon de los dos Siquemitas. No tenian aun los hijos de Israël ley expresa que les prohibiese enlazar con las hijas de los que no estaban circuncidados. ¿Lo estaba por ventura Laban cuando Jacob casó con sus hijas? ¿Judas y Simeon no enlazaron despues con dos Cananeas? Buscaban pues los hermanos de Dina como cohonestar su atroz designio; pero ni aun este pretexto les dejó la generosidad de los dos estrangeros. Hemor que no sentia repugnancia en adorar al Dios de Jacob y que anhelaba la alianza de su familia, y su hijo impulsado ade-

más por la pasion que rompe todos los obstáculos, consintieron en complacer á los hermanos de Dina. Regresaron rebozando de júbilo á sus tiendas, y encontraron á Dina cuyo pecho palpitaba ya por su vuelta entre el temor y la esperanza. «Ya eres mi esposa, prorrumpió sin poder contenerse el hijo de Hemor: recibirás la bendicion de tus padres: habitaremos juntos una misma tienda, y adoraremos un solo Dios. Yo voy á prepararme y viviremos colmados de felicidad.»

Fuerza era sin embargo preparar al pueblo para aquel acto de dolor y presentarle ventajas é intereses puramente materiales y de conveniencia pública, pues solo por este medio se logra persuadir á la multitud. La puerta de la ciudad era donde se reunia el pueblo para deliberar sobre negocios de religion y de política, tal como la conocian aquellas tribus pastores. Hemor y Siquem pues arengaron al pueblo, presentándole cuanto les convenia trabar alianza con una gente recta, activa y laboriosa, que podia con su trabajo é industria fomentar y utilizar la fecundidad de sus campos, cuya extencion necesitaba de mayor número de brazos; presentando por último el atractivo de sus mugeres, y los dulces vínculos de amor que con ellas podian estrecharles. «Un solo obstáculo hay que vencer, añadieron, para el logro de un bien tan considerable, y es el seguir su rito, circuncidando nuestros varones. A esta sola condicion su hacienda, sus ganados, todos cuantos bienes poseen serán nuestros: viviremos juntos, y formaremos un solo pueblo.»

El pueblo á quien muy facilmente se fascina con las promesas de riqueza y de prosperidad, se dejó persuadir sin esfuerzo, y consintieron en la dolorosa operacion, circuncidando á todos los varones (4). Dina entretanto, llena de placer, esperaba con ansia la venida de su padre, su bendicion á ella y al nuevo esposo y el abrazo de sus hermanos. Aquel dia será el mas bello de su vida. La paz de dos pueblos vecinos asegurará la felicidad y la abundancia de su familia, y calmará los sobresaltos de su corazon inquieto aun por los remordimientos. Un jóven príncipe que la amaba como á la luz de sus ojos será su esposo que aguarda por momentos poder llamarse hijo de Jacob y doblar la rodilla ante el Dios verdadero. Con tan hermosas ilusiones un sueño dulcísimo cerró los ojos de Dina y le representó el embeleso de la felicidad.

Aquellos primeros hombres conocian ya por desgracia el arte fatal de destruirse. Los campos de Seïr y de Pharam habian visto los combates de nueve diversos pueblos enemigos. Los reyes de Sodoma y de Gomorra fueron vencidos en tiempo de Abraham por los terribles Elamitas y por los habitantes de Sanaar; y el mismo patriarca se vió obligado á perseguir con los suyos á los vencedores para libertar á Loth y á su familia del poder de sus manos.

Simeon y Leví se cubren con pieles de tigre y de leon, toman flechas empapadas en jugo venenoso, y el primero se arma con el terrible cuchillo que se levantó sobre el cuello de Isahac. Ellos dos solos, seguidos de sus domésticos, quieren internarse en las tiendas de Hemor. Los demás siguen á alguna distancia. La luna y el silencio favorecen su partida. Simeon, ardiendo en la sed de la venganza, se atreve á dirigir al Señor una súplica antes de partir. « Dios de Abraham! Tu que abrasaste á las ciudades nefandas con un soplo de tu furor, venga el ultraje cometido con la inocente hija de Jacob! Sea este cuchillo que detuvo tu angel sobre la cervíz de mi abuelo el instrumento de tu justicia, y recibe en holocausto la sangre de los incircuncisos.

Los dos hermanos se dirigen los primeros al pais de Siquem envueltos en las sombras de la noche, y llegan á las tiendas en la hora en que hombres y animales yacen entregados al sueño. Sin ser advertidos de nadie, penetran en la cabaña del príncipe y se disputan el bárbaro placer de matar á Siquem. Simeon se adelanta y encuentra al jóven medio dormido sobre su lecho. «Muere infame, le dice, no volverás á robar á la hija de Jacob.» Y la cuchilla se clava en su blanco pecho y vuelve á salir humeando. El infeliz abre sus ojos cubiertos con el velo de la muerte, murmura algunas palabras, y no pudiendo mirar al asesino, inclina su frente y pasa del sueño á la muerte sin casi exalar un suspiro. Dina, que no se hallaba distante, dispierta al ruido de los guerreros, y pasa en un momento de los encantos de un sueño deleitoso á la mas horrible de las escenas. Azorada, sin aliento, arroja un grito de horror y es detenida por su hermano antes de arrojarse sobre el cuerpo ensangrentado del príncipe. Simeon empero como un buitre hambriento sobre un campo de cadáveres, busca como saciar su sed de sangre y se separa de su hermana. El viejo Hemor se habia levantado de su lecho adozado por los alaridos de Dina: toma con mano trému-

la su lanza inútil y la arroja al pecho de Simeon que le sale al encuentro. Simeon coge al anciano por los cabellos, le arrastra hasta el pié de su propio lecho y le pasa tres veces el corazon. ¿Pero Dina dónde está? Ha desaparecido. Simeon la busca por todas partes como un leon que ha logrado romper sus hierros y busca con ojos sangrientos los cachorros que le habian arrebatado. Leví hacia inútiles esfuerzos para desprender á su hermana de los brazos de Siquem que yacia sin vida sobre su lecho. La desdichada, desgarrado el pecho de dolor y de desespero, creia poder comunicar vida con su aliento al inanimado príncipe porque el amor cree poderlo todo. «Bárbaros, exclama, hermanos sin piedad, ¿es ésta la alianza prometida? ¿así tratais á los que os esperaban como hermanos? ¿Es éste vuestro ósculo de paz?» Y sus palabras se perdian como los gritos del náufrago entre el torbellino de la tormenta.

Simeon y Leví hacen entretanto un horroroso estrago entre los siquemitas desprevenidos é indefensos. En vano corren á tomar sus armas. Assor de la raza de los cananeos tuvo tiempo para tomar su maza forrada de acero que manejaba como un débil junco, y que deja caer sobre el hijo de Jacob y le derriba en tierra. Pero Leví corre en su ayuda, y ciego de furor le hace saltar con la espada la mano con que blandía la maza formidable. Las esposas é hijos sorprendidos en sus propios lechos levantaban en vano sus manos inocentes para implorar la vida de sus padres y esposos: mas aquellos gritos eran sofocados y aquellas manos atadas con cuerdas, y llevadas sin piedad cautivas á Salem. La esposa de un Siquemita se arroja sobre su esposo al tiempo que Leví iba á descargar el golpe. Hiérenos juntos, esclama: déjame morir con él, por piedad, y juntos quedaron atravesados por un mismo cuchillo. Niños débiles y desnudos buscaban sus padres, y besaban llorando las manos homicidas teñidas con su sangre.

Los dos implacables guerreros se cansaban de matar; cuando entraron los otros hermanos para consumar la venganza hasta con los restos inanimados de aquella escena de herror. Robaron los ganados de aquellos habitantes é hicieron botin de cuanto encontraron en sus casas y campos; llevándose cautivos las mugeres y niños que despedian amargos gritos de viudez y de horfandad. Aser, hollando cadáveres y destrozo, corre en busca de su hermana querida, y Lia desgreñada y sin aliento habia seguido á los

hijos de Jacob para estrechar mas pronto entre sus brazos á su amada Dina. No le detiene el horrible estrago para entrar en las tiendas de Siquem desiertas y asoladas: sus entrañas se estremecen con los lamentos de las madres cautivas á quienes se arranca á viva fuerza de los restos sin vida de sus hijos y esposos.

Asoma por fin el sol para alegrar el mundo y poner de manifiesto todo el horror de aquella catástrofe. Algunos no bien muertos aun piden como por compasion con sus gestos convulsivos quien les libre de aquel tormento, la sangre chorrea á otros de sus heridas..... Se oyen en la cabaña ahullidos de dolor. El inexorable Simeon entra en en ella, y cree ver á Lia llorando sobre dos cadáveres. Siquem y Dina se hallaban estrechamente abrazados. Pero Dina respira aun. Aser aplica temblando su mano en el corazon de Dina y le siente latir. ¡Vive! Vive aun la hija de Jacob. ¡Dina! Algun impío te ha herido en su desesperacion! Dina se levanta con pena pero no puede hablar. Sus labios cárdenos, ni aun suspiros despiden. Aser espera con ansia una mirada para penetrar su corazon. Pero es en vano, su mirar es vago, y sus ojos sin brillo se fijan un momento en la espada cubierta de sangre, que Simeon deja caer, y ni aun fuerza tienen para levantarse al cielo. Rodea la estancia un silencio como de sepulcro en donde ni aun el llanto se oye. Simeon sospechando la causa del dolor de su hermana, siente impulsos de furor y de compasion y no se atreve á hablarle de sus victorias. Lia interrumpe el silencio. «¡Hija de mis entrañas! ¡Cuánto tiempo hace te buscaba sin consuelo, preguntaba á los estrangeros si habian visto las huellas de tus piés! ¡El sueño huia de mis ojos, el alimento de mis labios, el llanto era el único solaz de mi dolor! ¡presto hubiera bajado al sepulcro, porque era madre, y no te veia junto á mí! ¡Mas ahora! ¡Hija mia! ¡como te halla mi corazon! en medio de tanta sangre derramada, tú triste y silenciosa sobre este cadáver, sobre el cadáver tal vez del que te arrebató de mis ojos.... ¡Oh! la hija de Jacob se olvidó ya de sus padres y entregó su amor á un estrangero impío, y gime y suspira, y llora aun sobre su raptor inanimado! Ya no podrás entre las vírgenes hijas de Jacob sostener los trémnlos pasos de tu anciano padre, y servirle en el sacrificio! Qué! crees que en la casa de tu padre no te aguardaba un amor.» Aser á estas palabras se cubre

de rubor, y levanta con timidez hasta sus labios la mano caida de su hermana. Dina quiere abrir los suyos y esclama con una voz lánguida: « Madre mia! hermanos queridos que tanto amé en otro tiempo, y amo aun..... dejadme morir..... Porque os acordais de mí? Yo fuí arrebatada es verdad, pero un pastor de Siquem me libró de los monstruos de la noche, y me fué dulce deberle la vida, he aquí mi delito, pero podia esperar mayor castigo? El que esperaba ser mi esposo... Ah! yo soy delincuente..... dejadme morir..... ¡ay! ¡ que contra vosotros clama tanta sangre derramada! ¡ O Dios mio! No soy inocente á vuestros ojos, pero aceptad el sacrificio de mi vida, recibid las lágrimas de mi dolor, y reservad á mis padres y hermanos unos dias puros y felices que ya no lucirán para mí! El nombre de Dina será borrado de entre las vírgenes de Israël, ¡ ay! y tal vez odiado de sus padres...» «No hija mia... ¡ tan débil crees nuestro amor! ¡ Vuelve llena de vida y de placer á la casa de tu madre, y dá un dia de consuelo á tu viejo padre! ¡ Vuelve á nuestros brazos, niña desgraciada! ¡ Ay cuánto te perdono los estravíos del corazon! ¡ tu alma sensible te ha perdido! yo tambien he amado.... olvidemos hija mia nuestras pasadas flaquezas, y brille aun para nosotros un dia de placer.»

La desventurada Dina mirando otra vez el cadáver sangriento de Siquem, cayó desmayada sobre los brazos de su madre. Los demás hermanos la colocaron sobre un camello, y todos abandonaron en silencio aquel país de horror. Lia no se apartó mas de su hija que murió dentro pocos dias despues de haber recibido la bendicion paternal. . . . . .

. . . .

Grande habia sido sin duda el crímen del jóven príncipe, pero el castigo fué atroz. Leccion harto severa por cierto, pero leccion memorable para aquellos hombres, que abusan de la magestad del poder para insultar audazmente á la flaqueza. Los nombres de Lucrecia y de Virginia en la historia profana, recuerdan asimismo unas lecciones semejantes. Hay ciertos goces odiosos que los pueblos no perdonan á las personas que pueden procurarse facilmente otros de honrados y lícitos; y hasta el mismo Dios en su inalterable reposo y en su profunda equidad ratifica algunas veces en este mundo el juicio de los pueblos, y se han

visto tronos abismarse y desaparecer en sangrientos precipicios labrados por la voluptuosa desenvoltura de los que los ocupaban.

Despues de la horrorosa carnicería de Siquem, dijo Jacob á Simeon y á Leví: «Me habeis puesto en un conflicto y habeis llamado contra mí el odio de los Cananeos y Tereceos, moradores de este pais. Nosotros, siendo pocos como somos, no podremos resistir á todos ellos reunidos cuando carguen sobre mí, y quedaré exterminado con toda la familia.» Tan sentidas palabras y tan fundados temores no hicieron impresion alguna en aquellos pechos duros é inflexibles, que se acababan de hartar de venganza y de carnaje, y solo le respondieron: «Pues que, ¿debieron ellos abusar de nuestra hermana como de una muger abandonada?» Es de creer que la rectitud de Jacob no consentiria en que los suyos detuvieran mas en su poder lo que habian robado á las víctimas, inocentes en su mayor parte, de aquel despiadado furor; y que á la perfidia é injusticia de aquellos bárbaros homicidas no añadiria la perpetuacion del robo y del cautiverio, y que mandaria restituir desde luego todo lo robado, y poner en libertad á los infelices cautivos (5).

Jacob conservó hasta la muerte un amargo recuerdo de aquel feroz é injusto atentado que mancha como un lunar sangriento la historia de su familia. Cuando tendido sobre el lecho del dolor, rodeado de sus hijos é inspirado de lo alto, vió descorrerse el velo de lo futuro y articuló aquellas palabras proféticas, que anunciaban de lejos la época en que seria enviado el que habia de ser la esperanza de los pueblos; recordó con dolor el crímen cometido por sus dos hijos Simeon y Leví, llamándoles instrumentos belicosos de iniquidad. «No permita Dios, dijo, que yo tome parte en sus designios, ni empañe mi gloria uniéndome con ellos, porque en los homicidios demostraron su furor, y en la destruccion de un pueblo su venganza. Maldito sea su furor porque es pertinaz, y su saña porque es inflexible. Yo los dividiré en Jacob, y los esparciré por las tribus de Israël. ¡O Judá! á tí te alabarán tus hermanos: tu mano pondrá bajo el yugo á tus enemigos: adorarte han los hijos de tu padre.» Es de creer pues que Judá, de cuya tribu nacieron David, Salomon, Zorobabel y toda la estirpe hasta Jesucristo, no manchó sus manos con la sangre de los Siquemitas, ni tuvo parte en su exterminio.

El anciano patiarca, avisado por Dios que le habia dicho: «Levántate y sube á Bethel, y fija allí tu asiento, y erige un altar al Señor que se te apareció cuando ibas huyendo de tu hermano Esaü; se retiró á Luza ciudad de los almendros, en donde habia visto realmente á Dios en sueños, cuando escapaba del furor de su hermano, y á la que, con este motivo, habia puesto el nombre de Bethel. Y bien fuese que los suyos hubiesen traido de la Mesopotamia algunos hábitos supersticiosos, ó bien que hubiesen adoptado algunos ritos cananeos, abolió en su casa todo cuanto pudiese tener resabio de idolatría; prescribió á su familia purificaciones exteriores en señal de la pureza interior que debia recobrar, y erigió por fin un altar al verdadero Dios, que le habia oido benignamente en el dia de su tribulacion. Diéronle pues todos los dioses agenos que tenian, y los zarcillos que estos llevaban pendientes de las orejas; y Jacob los soterró al pié de un terebinto ó encina que está á la otra parte de la ciudad de Siquem. Porque sabido es que entre los patriarcas, y aun entre las naciones paganas, el padre de familia era á la vez sacerdote y rey; como si la antigua sabiduría hubiese querido con esto manifestar que si bien los intereses espirituales y temporales del hombre son distintos, no por esto pueden estar divididos; y que las dos potestades que gobiernan su naturaleza complexa, en vez de separarse y de excluirse mutuamente, deben pacíficamente hermanarse y darse la mano para conducir con feliz éxito la humanidad por la senda de sus destinos. Proponer y realizar quizás la division entre el sacerdocio y el imperio es obra de una facil audacia; pero crear y aplicarles un sistema completo de fraternal concordia seria la obra de una inteligencia fuerte y de una virtud sublime. Por lo menos, si estamos condenados á engañarnos con mucha frecuencia sobre esta materia, es mas perdonable y digno de que se le suponga rectitud de intenciones el que pronuncia palabras de conciliacion que aquel que declama ciegamente por la guerra.

Reconocido el Señor á la religiosidad de Jacob y á la fidelidad y vigilancia con que le procuraba en su familia un culto puro sin mezcla alguna de supersticion, luego que hubo partido de Salem infundió una especie de terror á todas las ciudades circunvecinas, que no se atrevieron á perseguirle en su retirada. Mas como llevaba la vida nómada de los pasto-

res, dejó á Bethel en la estacion de primavera, y se dirigió hácia los lugares en que fué despues Efrata, llamada aun en el dia Bethleem. Durante el camino, sorprendieron á Raquel los dolores del parto, y no tardó en hallarse su vida en peligro. Decíanle: No temas, pues darás á luz otro hijo. Pero exhalando su alma á fuerza del dolor, y estando para morir, llamó á su hijo Benoni, esto es, hijo de mi dolor. Pero el padre prefirió llamarle Benjamin, esto es, hijo de mi derecha, como para indicar la resignacion llena de fortaleza con que sobrellevó su pesadumbre, pues Raquel su esposa querida murió en aquella circunstancia. Fué enterrada junto al camino que va á Efrata, y Jacob erigió sobre su sepulcro un monumento que se conservó hasta despues de muchos siglos. Aun en el dia, en el lugar mismo en donde la tradicion y la Escritura ponen este sepulcro, hay un edificio cuadrado que corona una pequeña cúpula y que se llama la tumba de Raquel. Este reducido edificio goza de los privilegios de una mezquita, porque los Árabes, así como los Judíos y los Cristianos, honran la memoria de los patriarcas. Desde aquel punto se descubre sobre la colina opuesta la poblacion de Rama que se presenta en anfiteatro y de que habla Jeremías cuando, pintando con un lenguaje figurado la desolacion de los Judíos reunidos en aquel lugar y prontos á partir de él para ser llevados cautivos á Babilonia, dice: «Oyóse una voz en Rama, un plañido, y un alarido inmenso de dolor; Raquel llorando sus hijos, y no queriendo admitir consuelo porque ya no son.» Tambien recuerda el Evangelio estos acentos de elocuente tristura cuando describe la horrorosa mortandad con que el rey Herodes ensangrentó las cercanías de Bethleem: los plañidos de todas las madres resonaron como un eco de la dulce y querida voz de Raquel. Y cuando el peregrino contempla en el dia á la viuda y estéril Judea cubierta con la divina maldicion como con un manto de muerte, sentada al umbral de la puerta de un pachá turco y siguiendo con sombría y larga mirada á sus hijos que se dispersan por todos los puntos del globo, ¿no cree escuchar á Raquel derramando aun sobre estas campiñas solitarias el horror de un luto mas grande por el ruído de una lamentacion inconsolable?

Duras tribulaciones afligieron los últimos años de Jacob. El hambre le obligó á pasar á Egipto á la edad de ciento y trienta años. Breve llamó

esta vida, que nosotros llamaríamos hoy larga, porque los dias de su peregrinacion cortos y malos, como dice él mismo, no igualaron los años de sus padres: palabras llenas de melancolía, repetidas por todas las razas humanas que marchan inclinadas hácia el sepulcro, lamentándose que su existencia sufre una disminucion progresiva en su duracion, ¡ay! sin por esto ser mejor. José y Benjamin, los solos hijos de Raquel, habian sido siempre el objeto de las ternuras privilegiadas de Jacob, el cual pareció amarles aun mas despues de la muerte de su madre, y sobre todo amaba á José. Verdad es que la envidia de sus demas hijos le hizo espiar cruelmente esta predileccion; mas cuando estuvo cercano al sepulcro, conservó las habituales disposiciones de toda su vida; y, en memoria de Raquel, decretó, que despues de la conquista de la tierra prometida, la posteridad de José formaria dos tribus, mientras que la posteridad de sus hermanos no formaria mas que una sola. Por fin, aun cuando esta distincion no hubiese sido un recuerdo consagrado á Raquel, era muy debida á José, á quien la Providencia honró sobre la tierra de una manera la mas brillante, y que socorrió y cubrió de gloria la vejez de Jacob.

El pincel de los artistas cristianos ha muchas veces reproducido las graciosas escenas de la vida de Raquel. Sabido es que el célebre cementerio de Pisa está rodeado de galerías que contienen muchos cuadros pintados al fresco por diversos maestros de los siglos XIV y XV. Allí está representada toda la serie de la Historia santa en sus principales sucesos: allí figuran todos los grandes nombres del Antiguo Testamento, alomenos desde la creacion por Buffalmaco, hasta la historia de Job por Gozzoli. Entre los muchos asuntos tratados por este último, son de notar las bodas de Jacob y de Raquel, obra que reboza en gracia y delicadeza; la vision de la escalera misteriosa, que hemos referido, y el juramento hecho en Galaad por Jacob y Laban. En el siglo XVI Esteban de Laulne dió muchos episodios de la vida de Raquel, cuya serie termina por el trabajoso parto del cual murió dando á luz á Benjamin. Rafael representó en las salas del Vaticano á Raquel haciendo beber á sus ganados despues que Jacob hubo sacado ó removido la piedra que cubria la embocadura del pozo. El mismo Rafael y Nicolás Poussin, que

pinta los asuntos bíblicos como Racine los escribe, reprodujeron, cada cual á su manera, la escena en que Jacob echa en cara á Laban el haberle engañado, dándole á Lia en lugar de Raquel. Existen finalmente bellísimos cuadros de Pietro de Cortona, de Poussin, de La Hire y de Bertin, en que se vé á Raquel sentada sobre los ídolos de su padre, cuando éste les buscaba, y excusándose de no poder levantarse.



Notas.

(1) En esta historia de las dos hermanas reconocen los padres aquel grande misterio de la reprobacion de la sinagoga y de la eleccion de la Iglesia, tomada y compuesta de los gentiles. Lia, siendo desposada la primera, obtuvo el grado de verdadera esposa; pero solamente logró el segundo lugar en el amor del esposo. Raquel llegó la segunda, pero fué preferida en el amor á la primera. Lia es figura de la Sinagoga, Raquel de la Iglesia, y Jacob de Jesucristo. Se hace siervo para llegar á ser esposo: Jacob compra á muy subido precio una esposa, que hubiera podido tener desde luego, al modo que Eliezer logró á Rebeca para esposa de Isaac: á Jacob le parecieron muy corto espacio de tiempo tantos años de servicio por el intenso amor que á Raquel profesaba. Échase de ver sin esfuerzo, que cuanto hizo Jacob con Raquel es una viva imágen de lo que ejecutó Jesucristo con su Iglesia. (*Nota del Padre Scio.*).

(2) Para que se tenga una idea de los doce hijos de Jacob y del órden y circunstancias de su nacimiento, pondremos á continuacion el sagrado texto, segun la version del señor Torres Amat.

«Parió (Lia) un hijo y púsole por nombre *Ruben* (que significa *Hijo de la Vision* ó de la Providencia), diciendo: el Señor amó mi humillacion: ahora me amará mi marido. Segunda vez concibió y parió un hijo, y dijo: Por cuanto el Señor entendió que yo era tenida en menos, me ha dado tambien este hijo, y por esto le llamó Simeon (esto es: *He sido oida*). Tercera vez concibió, y dió á luz otro hijo, y dijo: Ahora se unirá y estrechará mas conmigo mi marido, pues le he parido tres hijos, y por tanto dióle el nombre de *Levi* (que quiere decir *Vínculo*). Cuarta vez concibió y parió un hijo, y dijo: Ahora si que alabaré al Señor, y aludiendo á esto le llamó *Judá* (que equivale á *Alabanza*) y cesó de parir por algun tiempo.

Dióle (Raquel á Jacob) á Bala por muger, la cual, admitida al tálamo, concibió y parió un hijo. Dijo entónces Raquel: el Señor me ha hecho justicia y ha oido mi voz dándome un hijo, y por eso llamó su nombre *Dan* (que en hebreo significa *juzgar*). Y concibiendo Bala segunda vez, vino á parir otro; por quien dijo Raquel: Dios me ha hecho disputar con mi hermana, y la victoria ha quedado por mí; y así le llamó *Neftali*, (que significa: *He combatido*, ó *mi combate*).

Viendo Lia que habia dejado de parir, dió á su marido por muger á Zelfa, tambien esclava suya; la cual despues de haber concebido, dando á luz un hijo, dijo Lia: ¡O que ventura! y por eso le puso por nombre *Gad*. Parió todavía Zelfa otro; y dijo Lia, este ha nacido para dicha mia; porque ya las mugeres me llamarán dichosa: por esta razon le dió el nombre de *Aser*.

Oyó Dios las oraciones de Lia y concibió y parió al quinto hijo, y dijo: Dios me ha remunerado el haber dado la esclava mia á mi marido; y púsole por nombre *Isacar* (que quiere decir: *Hombre de la recompensa*). De nuevo concibiendo Lia parió al sexto hijo, y dijo: Dios me ha dotado un excelente dote..... y le dió el nombre de *Zabulon* (ó sea *Cohabitacion*).

Asimismo acordándose el Señor de Raquel oyó sus ruegos y la hizo fecunda. La cual concibió y parió un hijo, y dijo: Quitó Dios mi oprobio. Y púsole por nombre Josef: diciendo: Añádame el Señor otro hijo.

Partiendo (Jacob) de aquí (de Bethel en la tierra de Canaan) llegó por la primavera á un sitio que está en el camino de Efrata, en donde, sobreviniendo á Raquel los dolores del parto, y haciéndose este difícil, empezó á peligrar. Y díjole la partera. No temas porque aun tendrás este hijo. Pero exalando el alma á la fuerza del dolor, y estando ya á punto de morir, puso á su hijo el nombre de Benoni, que quiere decir Hijo de mi dolor: Mas el padre le llamó *Benjamin*, esto es: Hijo de la diestra.

(3) Los antiguos Israelitas moraban por lo comun en el campo, cambiando con frecuencia de vivienda, y de consiguiente casi siempre se ocupaban en acampar y levantar el campo, pues no podian hacer largas jornadas por el obstáculo de sus numerosos rebaños. Así es que cuasi no conocieron otra habitacion que las tiendas, pues como sus bienes consistian en ganados, se veian obligados á buscar y detenerse en lugares abundantes de pasto. Estas tiendas ó pavellones eran circulares, cuadradas, cuadrilongas, altas, bajas, etc. á voluntad de cada uno. Rodeábanse ordinariamente con una especie de trincheras ó estacadas groseramente puestas para defenderse de las fieras. Tales eran las que habitaban Abrahan y los suyos cuando se le apareció el Angel del Señor para prometerle de nuevo de parte de Dios que su posteridad seria tan numerosa como las estrellas. El patriarca habia entónces construido sus tiendas en el Valle de Mambré, en donde erigió un altar para ofrecer al Señr continuos sacrificios. En tiempo de Moisés tampoco conoció otra morada que las tiendas el pueblo de Dios, y en memoria de estas habitaciones fué instituida la fiesta de los tabernáculos, solemnidad celebrada por

los Israelitas, durante la cual se acampaban en pavellones formados de hojas de árboles, ofreciendo innumerables sacrificios de víctimas en holocausto con muchas fiestas y regocijos á que admitian á mas de sus familias, los levitas, los estrangeros, las viudas y los huérfanos. En el dia siguiente á la fiesta que duraba siete dias todos los varones se dirigian al tabernáculo y despues al templo, en donde cada uno segun podia llevaba ofrendas al Señor. Esta solemnidad interrumpida durante los setenta años del cautiverio, fué restablecida por Nehemias despues del restablecimiento de Jerusalen. Desde entonces el pueblo en el último dia de la fiesta iba procesionalmente á sacar agua de la fuente de Siloé, entonando cánticos, y esta agua mezclada con vino era esparcida por los sacrificadores al pié del altar.

(4) Dios prescribió á Abraham el rito de la circuncision, queriendo que fuese como un sello de la alianza ó de las promesas que hizo á este patriarca y á sus descendientes, de los cuales formó el pueblo especialmente querido, de que debia nacer Jesucristo, el cual tambien se sujetó á la circuncision. Los Arabes, que eran descendientes de Abraham por Ismaël, conservaron esta ceremonia de la circuncision que ejecutaban cuando el niño tenia trece años de edad, tiempo en que fué circuncidado Ismaël. De los Arabes tomarian este rito los Egipcios y algunas otras naciones dominadas por ellos. La circuncision de la carne era, segun advirtió ya Moysés, una señal ó símbolo de la del corazon ó de sus malas inclinaciones. El circuncidado, bien fuese judío ó idólatra convertido, estaba obligado á observar la ley de Moysés: no así los que adoraban á Dios entre las demás naciones, como Job en la Idumea etc. Tácito dijo ya que la circuncision distinguia á los Judíos de todas las demás naciones del mundo (*Hist. lib. V. c. 5*). Los gentiles son llamados incircuncisos: y esta ceremonia fué figura de la del bautismo. Cuando Dios prescribió á Abraham este acto de religion fué en el año 2107 del mundo: pero por el capítulo V del libro de Josué vemos que el Señor mandó restablecer la circuncision entre los hijos de Israël, y que el caudillo de este pueblo lo verificó en el collado llamado por este motivo *de la circuncision*, con todos los niños que habian nacido despues de la salida del Egipto, con los cuales no se habia practicado esta operacion por temor de ocasionarles la muerte durante el viaje.

(5) ¿Quién, al ver salir á Dina de su casa para ir á Siquem, diria que su curiosidad habia de producir tan fatales consecuencias? Estos dos hermanos se portaron en este lance con imprudencia, temeridad, injusticia, perfidia, engaño, crueldad y tiranía: mostraron su dureza é impenitencia, cuando fueron reprendidos por su padre de una accion tan cruel y detestable. En el libro de *Judith* cap. IX vers. 2. parece que se justifica y aun se alaba esta accion tan injusta y tan inhumana. Pero Judith en aquellas palabras solo alaba el órden de la justicia de Dios, que se habia servido de la espada de Simeon y de Leví para castigar la insolencia de aquellos hombres lascivos, y la infamia ejecutada con aquella doncella. Todo es justo, ya se atienda á Dios que lo ordena ya á los hombres, sobre quienes se ejecutan

sus órdenes. Mas los ministros de esta voluntad pueden ser injustos, y su injusticia no estorba que sea justo lo que hacen, respecto de aquellos que lo sufren y padecen. De lo contrario seria necesario justificar á Pilatos, á Herodes, á los judíos, y á todos los otros que persiguieron, condenaron y crucificaron á Jesucristo. (*Nota del P. Scio.*)





LA MUGER DE PUTIFAR.

En el delirio de un amor burlado
Lo que puede muger enfurecida
Quién ignora ?....
(Virg. Eneid. V.)

La muger así como tiene vicios, tiene tambien virtudes que le son peculiares. Su organizacion es viva y delicada, su sensibilidad es profunda, sus pasiones son ardientes y tumultuosas. Poderosa por la debilidad y no por la fuerza, ataca por debajo tierra ó por el flanco; apela á la astucia para conjurar la tempestad: huye, vuelve, desaparece para volver todavía y luchar siempre, hasta que triunfa por la importunidad que es un remedo de la constancia. Su fin siempre es el mismo, pero cambia de medios, y sabe engañar sobre la fijeza de sus deseos por la multiplicidad de sus evoluciones. Encubre y protege sus mas hábiles estratagemas con un aire de apacible y sosegada indiferencia, y disfraza con una calma aparente y con estudiada ignorancia aquellos artificios en que cifra sus mas gratas esperanzas. Su imaginacion sutil, á manera de prisma, descompone el pensamiento en tintes tan numerosos como delicados,

para que no llegue sino hasta el grado y bajo el colorido que ella quiere, y en efecto estos visos de que se vale para deslumbrar vienen al instante y como por un encanto á confundirse en la rápida afluencia de sus palabras y sobre su móvil fisonomía hasta el punto de que nadie sospechará el menor estudio donde hay tanta espontaneidad, ni la menor reserva donde se ve toda la desenvoltura de la franqueza. Lo bueno, al pasar por ella, parece tomar ciertas proporciones angélicas; pero en el mal, parece obedecer á satánicas inspiraciones: nacida para compadecer, se dá entonces á sí misma un corazon sin piedad; dulce y tímida por carácter, se transforma en arrebatada y furibunda. Dios la habia revestido del pudor, y ella hace ruborizar la frente del hombre. En sus grandes odios, que son sordos y pérfidos, dijerais que siembra escollos por vuestro camino, y su lengua os despedaza con mordeduras secretas y envenenadas. Si quiere vengarse de vosotros, no podreis romper la red de mañosas imposturas en que os habrá envuelto: su venganza toma mil formas, su furor se multiplica: no, no vencereis, porque aun cuando salierais de la lucha con la virtud de un ángel, vuestros destinos no obstante quedan los de un hombre, y serán perseguidos y fatigados sin fin por las cobardes y negras fechorías de un demonio.

La muger pues que es el ornamento de la humanidad por la delicadeza de sus formas que revelan un alma aun mas delicada, por la viveza de sus sensaciones, por la frescura de su fantasía, por el esmalte de sus virtudes apacibles, por la ternura inagotable y por la constancia de su corazon que la lleva á veces hasta al heroísmo; cuando deja hollar su noble índole y degradar su dignidad por un desnivelado orgullo ó por una pasion indomable, es el ser mas repugnante y monstruoso, y por el abuso criminal de sus bellas y seductoras calidades se transforma en un tipo de deformidad moral que nos hace recordar alguna idea del infierno, como las furias del antiguo tártaro (1).

Tal aparece la muger de Putifar: sigue con un vergonzoso frenesí los malos instintos que la asaltan: su propia dignidad, sus deberes de esposa, la condicion de un esclavo, la natural y atractiva belleza de la virtud, nada llama ni reanima el honor que sucumbe en este corazon, atacado como pueden serlo todos los corazones, pero vencido como lo son

todos los flacos de espíritu. Toda pasion, á menos de ser brutal, debia extinguir sus fuegos al sosegado menosprecio y á las púdicas resistencias de José: toda alma elevada hubiera concedido, ya que no una estimacion generosa, alomenos el beneficio del perdon á las graves lecciones de aquel jóven, y á la pureza de sus nobles sentimientos. Mas la odiosa muger se indigna y se irrita: cubre su crímen con el manto de la fidelidad conyugal; la calumnia arma sus labios; en sus manos hipócritas los testimonios de inocencia dejados por la víctima se convierten en pruebas de culpabilidad; hasta su venganza trae la marca de cobardía y de degradacion: la orgullosa señora, libre, poderosa y respetada no halla en su corazon burlado para castigar un esclavo virtuoso otros recursos que la infamia de la mentira y el desquite de la crueldad, las solas cosas sin duda que se hallan en los ángeles destronados y en el pecho de una muger envilecida.

De todos los hijos de Jacob era José el mas virtuoso y el mas amable. No siempre la belleza del alma se trasluce en lo exterior por la pureza y gracia de las formas; porque desde que el hombre, por un acto libre de su voluntad, turbó la primitiva armonía de los mundos, la parte que se vé ha quedado como el signo y la cubierta pero no el fiel espejo de la parte invisible; y la naturaleza moral, lastimada y empobrecida al caer de su elevacion original, perdió el poder de prevenir ó de reparar completamente las deformidades ó las falacias de la naturaleza física. Sin embargo hombres hay privilegiados, en quienes se encuentran todavía, por decirlo así, vestigios del órden desvanecido: dijérase que su alma, al entrar en la mansion del cuerpo, quiso pagar la hospitalidad que en él recibia, cubriéndole con un reflejo de su propia dignidad, y de la magnificencia de sus virtudes: ¡ tan profundo es el sello que sobre los sentidos dejó el espíritu! Y lo que mas admiramos en tales hombres, no tanto es la elegancia ó la suavidad de sus perfiles y la delicadeza de sus contornos, como aquel inexplicable encanto que sale de lo interior, aquella feliz armonía entre las maneras, la actitud y los movimientos con la inteligencia, el sentimiento y la belleza moral que aquellos expresan. Lo que mas embelesa en ellos es la transparencia de la fisonomía y la revelacion de una alma bella en una pura y brillante mirada y en una frente noble y majestuosa. Tal pa-

reció José, y si llegó á ser el objeto de la particular ternura de Jacob, fué tanto por el conjunto de sus eminentes calidades, como por su título de hijo de Raquel, la esposa querida.

Aunque legítima en sí misma la predileccion del viejo patriarca, no dejaba de tener sus inconvenientes. No podia disimular del todo su preferencia, y los hermanos de José podian aun menos no advertirla; pues por una parte las afecciones de los viejos son ya de propósito indiscretas, y por otra la mutua envidia de los hermanos es suspicaz é intratable. A mas de otras muchas muestras de exclusiva benevolencia, dió Jacob á su hijo querido una túnica de lino de diversos colores, y desde aquel entónces José solo advirtió en sus hermanos sentimientos de odio y aspereza de palabras; pues basta un ligero soplo para levantar en el corazon del hombre la tormenta de las mas violentas pasiones. El sencillo y virtuoso José aumentó aun sin quererlo este odio, participándoles los sueños gloriosos que habia tenido. «Parecíame, dijo, que estábamos atando gavillas en el campo, y como que mi gavilla se alzaba y se tenia derecha, y que vuestras gavillas puestas al rededor adoraban la mia.» Y dijo otra vez: «He visto entre sueños como que el sol y la luna y once estrellas me adoraban.» Y exclamaron sus hermanos: «¿Es decir que tú has de ser nuestro rey, y nosotros estaremos sujetos á tu imperio?» Hasta su padre le reprehendió, tal vez con el fin de calmar la irritacion de sus demás hijos, pues en su pensamiento pesaba las misteriosas palabras de José procurando penetrar el sentido de ellas. Porque en efecto, lo mas bello que hay en el mundo, un jóven dotado de un corazon puro y de una noble inteligencia, ¿no pudiera ser el órgano de la verdad, y alguna vez la luz del viejo? ¿Y no puede Dios excitar en nosotros el presentimiento de nuestros destinos, y mostrarnos vagamente las realidades del porvenir al través del simbolismo de un sueño?

Cierto dia en que los hermanos de José habian conducido sus ganados hácia la parte de Siquem, Jacob le envió á donde estaban. Partió José, y encontró á sus hermanos en los campos de Dothaïn. Cuando de lejos le descubrieron, dijeron entre sí: «Ved ahí al soñador que viene: vamos, matémosle, y echémosle en esta vieja cisterna: diremos que una fiera le ha devorado, y así se verá de que le aprovechan sus sueños.» Ruben,

el mayor de ellos, se horrorizó de semejante crímen, y propuso bajar á José á la cisterna, con secreta intencion de salvarle la vida y volverlo á su padre. Al momento en que llegó José, fué despojado de su túnica, objeto fatal de envidia, y le echaron en la cisterna que estaba seca. Poco despues algunos Ismaelitas y Madianitas pasaron por aquel lugar con direccion á Galaad en Egipto, conduciendo camellos cargados de perfumes de resina y de mirra. Entonces Judas, uno de los cómplices, tomó la palabra. «¿De que nos servirá el matar á nuestro hermano y ocultar su muerte? Mejor es venderlo á estos Ismaelitas, y no manchar nuestras manos, pues es nuestro hermano y nuestra sangre.» Prevaleció esta opinion. José fué sacado de la cisterna, y vendido por veinte piezas de plata. ¡Vender con dinero la sangre de un hermano!

Los culpables hermanos empaparon la túnica de José en la sangre de un cabrito, y la enviaron á Jacob diciendo: «Ved ahí una túnica que hemos encontrado, ved si es la de vuestro hijo.» Y habiéndola Jacob reconocido, exclamó: «¡Es la túnica de mi hijo! ¡una bestia cruel le ha devorado! ¿una fiera ha devorado á José?» Rasgó sus vestidos, cubrióse con un cilicio y lloró por largo tiempo á su hijo. Reuniéronse sus hijos para ver si podrian aliviar su dolor, pero quedó inconsolable y les dijo: «Lloraré hasta que la muerte me una otra vez con mi hijo.» Y continuó derramando amargas lágrimas, porque José acababa de serle arrebatado, y Benjamin era la única prenda que le quedaba de la afeccion de Raquel.

Entretanto José fué conducido á Egipto, y vendido por los Madianitas á Putifar, uno de los primeros oficiales del rey. El jóven esclavo habia encontrado gracia delante de Dios, que si envia á los hombres la prueba de una tribulacion pasagera es para darles una ocasion de virtud y un manantial de gloria. Sus bellas cualidades le hicieron tan apreciable á su dueño, que este le confió la administracion de su casa, depositando sobre él el cuidado de sus negocios. No quedó engañado el egipcio en esta confianza, pues Dios le bendijo á causa de José; sus bienes se aumentaron sensiblemente y la prosperidad coronaba todas sus empresas. Indudablemente la riqueza estará siempre repartida con desigualdad en el mundo á causa de los privilegios naturales y de las incorregibles diferencias de

genio, de fuerza y de moralidad: la absoluta comunidad de bienes y hasta el equilibrio entre las aptitudes y las atribuciones son sueños y quimeras de todo punto irrealizables. Si la prosperidad debiese andar unida á alguna cosa como un salario á un mérito, vendria á ser esclusivamente el estipendio de la virtud, que es el solo mérito del hombre. Y de hecho permite Dios alguna vez que esta ley tenga su cumplimiento, y hasta creando entre los hombres un mérito personal muy á propósito para nutrir en ellos los sentimientos de una dulce y estrecha fraternidad, extiende en torno de nosotros y á gran distancia el beneficio de los dones generosos que nos aplica. Así es como José atrajo el mas próspero y apetecible éxito sobre todas sus obras personales, y por consecuencia un acrecentamiento considerable de fortuna sobre su amo, hasta verse éste elevado á los honores, despues de haber sufrido nuevas y dolorosas persecuciones. Mas estas recompensas y estos castigos á las buenas y á las malas acciones, ni se disciernen tan rara vez que estemos dispensados de temer la justicia divina en el tiempo, ni con tanta frecuencia que podamos prescindir de aguardar de la justicia de Dios un fallo ulterior y definitivo.

Habia ya algunos años que José desplegaba y hacia brillar en la obscuridad de un servicio ingrato una inteligencia y una virtud superiores, cuando la muger de su amo fijó en él una mirada culpable y le solicitó para el crimen. El noble cautivo permaneció fiel á Dios y á su honor, y respondió con tanta moderacion como firmeza. Porque la verdad y la virtud, á pesar de su caracter indepediente, no borran las distinciones sociales, y la correccion que va de inferior á superior no debe asemejarse en su forma á la correccion que desciende de superior á inferior. De otra parte, es quizás la señal mas preciosa de una conviccion profunda y de una virtud bien comprendida el enlazar la dulzura con el celo y la mansedumbre hácia las personas con el respeto por los principios; pues nada hay tan sosegado como las conciencias fuertes, y nada tan generoso y fecundo como la misericordia. Si sois mejor que vuestro hermano, no os desembarazeis del cuidado de su alma por medio de inculpaciones amargas y de cómodos anatemas; cubridla mas bien con dulce y afanosa solicitud, y envolvedla con la ternura de vuestras afecciones, á fin de que Dios la

perdone por causa vuestra. Pensad que el hombre, aun cuando se engaña ó se corrompe, queda un ser digno de toda consideracion, pues fué rescatado al precio de una sangre divina, y puede en uso de su libertad volver al estado que por el abuso de su misma libertad ha perdido.

Dijo pues José: «Ya veis que mi amo me ha confiado todo lo suyo, hasta el punto de ignorar él mismo lo que tiene: nada hay que no esté en mi poder y que no lo haya puesto en mis manos, reservándose solo á vos que sois su muger. ¿Y podria yo cometer una tal iniquidad, y pecar contra mi Dios?» Semejante respuesta, lejos de desalentar la pasion, pareció animarla y darle mayores creces de despecho. La graciosa gallardía del jóven esclavo, su noble y hermosa fisonomía embellecida con el colorido de la sorpresa y del pudor, enardeció mas el voluptuoso instinto de la muger burlada y la altivez del amor propio se mancomunó con la violencia del deseo. El hombre, bien sea por arrogancia varonil, bien sea que su caracter firme y juicioso avanza casi siempre con seguridad ó retrocede oportunamente, por lo general parece mas circunspecto ante los obstáculos: la muger al contrario, parece mas ardiente para vencerlos, como si quisiese suplir la fuerza por la pertinacia, ó tal vez como si se abrigase en ella alguna cosa que se parece al espíritu de contradiccion. De otra parte, el esclavo, recordando á la soberbia egipcia la idea del deber, ganaba en valor moral mucho mas de lo que perdia por su despreciada condicion: él no podia vencer sino con gloria, y ella no podia sucumbir sino con un cruel oprobio. Por mucho tiempo le importunó con sus palabras; pero como él se habia mostrado ya mas grande que la desgracia, mostróse mas fuerte que el placer, triunfando así de las mas graves pruebas á que puede verse expuesta la juventud; la cual en sus dorados sueños se erige palacios encantados de felicidad, y en su ardiente necesidad de vivir para gozar, inclina tan gustosamente el oido á la voz seductora del placer.

Hallándose un dia José solo en un aposento de la casa, la muger de su amo tanteó el último esfuerzo, y le cogió por la capa. Cuando una muger pierde todo el respeto que á sí misma se debe, y ha merecido perder la estimacion de otro, ya no atiende mas que á sofocar á fuerza de goces

sensuales la memoria de su perdida dignidad, y á todo se atreve para humillar en la complicidad del mismo crímen al que, desde la eminencia de su virtud amenaza quedar siempre su acusador y su juez. No, no es posible pintar el borrascoso despecho y la enfurecida confusion con que la mirada de un hombre puro hiere, llena y aterra el alma de una muger sin honor. Porque Dios ha armado el corazon de la muger de un sentimiento profundo y delicado de virtud para protegerla contra su propia flaqueza y le ha marcado sobre la frente el pudor como un señal de consagracion augusta y un título de parentesco con los ángeles, á fin de protegerla contra la temeridad y tiranía del hombre. Cuando pues, en desprecio de estas salvaguardias, hace ella una declaracion de guerra á la virtud, y provoca la malicia de otro, lejos de poder invocarla por escusa, no es raro que Dios la castigue con ese furor contra naturaleza entregándola á una despechada vergüenza, de la que se venga obedeciendo á toda la fogosidad de sus malos instintos, como si se sintiese impelida por algun aguijon del infierno.

José poseia juntamente la inteligencia y el valor del deber. Dejó su capa en manos de la impúdica muger, y huyó, único modo de vencer en tal peligro, pues aunque el espíritu tenga sus convicciones y su pronta decision, los sentidos tienen sus momentos de oscilacion y de desfallecimiento. Figúrese cualquiera los transportes de la tentadora despreciada, pues por bellos que sean los nombres con que las pasiones sensuales pretendan decorar sus victorias de ignominia, saben tambien avergonzarse de sus insolencias frustradas, porque entonces no pueden sofocar el sentimiento de la afrenta debajo de sus repugnantes fruiciones. Con su pasion burlada, con su imperio desconocido, la muger de Putifar tenia que temer; pero sobre todo tenia que vengarse. Fuerza le era prevenir las quejas posibles de José; pero mas que todo le era preciso hacer pagar á un esclavo la pena de su virtud. Llamó á gritos á sus domésticos para que le diesen socorro, y se lamentó con un aire de púdica altivez, de que aquel extrangero hubiese osado llevar hasta su persona su temeridad delincuente. Sus gritos la habian salvado, y habia podido arrancar aquel vestido como cuerpo de delito contra José. Y cuando estuvo de vuelta su marido, hizo subir hasta él el orígen de toda aquella des-

gracia, y le envolvió mañosamente en el acto de acusacion, á fin de que, teniendo él mismo que justificarse de sospechas de imprudencia, pensase menos en acusarla á ella de infidelidad. «Este esclavo que tu trajiste aquí, dijo, ha venido para insultarme, y cuando ha oido mis clamores, me ha dejado esta capa entre mis manos y se ha escapado.»

La calumnia le salió muy bien. Putifar no se mostró asaz hábil para escapar de los artificios de su muger, y sorprender la verdad bajo las estudiadas apariencias con que se cubria la impostura. Sin reflexionar que mal se prepara un hombre para grandes crímenes por medio de diez años de virtud y de solícitos servicios, y que la violencia podia venir tanto de la que habia arrebatado la capa como del que la habia dejado, se indignó hasta el último punto contra su mayordomo, y le hizo encerrar en una cárcel. Mas el Señor estuvo con José; pues al imponer un trabajo, Dios dá la fuerza necesaria para sostenerle, y mediante su gracia, no hay pruebas tan duras que no pueda superar un generoso esfuezo. Aun en el seno de aquellos reveses cuya aparicion en esta vida maldicen las almas débiles y cuyas angostas sendas no impiden sus maravillosas relaciones con el porvenir, manifiesta y despliega el hombre grande todo el poder de que está dotado, y segun la idea de un antiguo, ofrece al espíritu del mal el mas bello y precioso espectáculo para confundirle, un justo luchando á brazo partido con la adversidad. Así consuela Dios á aquellos que de este modo soportan el peso de unos castigos que no merecen; y mientras se aguarda la hora de su justicia pública, hace bajar en la sosegada serenidad de su conciencia alguno de aquellos goces y dulzuras de su cielo (2).

Permitió además el Señor que José se captase la benevolencia del alcaide, el cual, compadecido del jóven cautivo, y no reparando en él cosa que dejase traslucir una alma abyecta y criminal, depositó en él su confianza y le encargó en gran parte el cuidado de los demás presos. Una mañana reparó José á dos de sus compañeros mas abatidos de lo que solian, y la causa de su abatimiento eran los sueños que habian tenido. Se hizo esplicar aquellos sueños, y predijo al uno de los condenados que seria crucificado dentro de tres dias, y al otro, que dentro de tres dias tambien recobraria su libertad y seria repuesto en el cargo que

antes tenia, suplicando en seguida á este último que no le olvidase en el tiempo de su prosperidad. El suceso justificó esta interpretacion: al cabo de tres dias el uno de los dos proscritos fué crucificado, y el otro puesto en libertad y restablecido en su antiguo cargo, que era el de copero mayor de Faraon; pero olvidó á José, pues la felicidad suele borrar la memoria de los beneficios recibidos. Dios lo permitió así en aquella coyuntura, á fin de que su elegido contase en el socorro del cielo y no en el de la tierra, y que destinado como estaba á mandar á los hombres, aprendiese antes á conocerlos.

Como nos hallamos ya en nuestros cuadros biográficos á punto de abandonar las tiendas de los patriarcas para pasar á los palacios de los reyes, observemos de paso los adelantos que habia hecho la civilizacion en el Egipto desde los tiempos de Abraham. Entonces los Faraones tenian ya corte, pero mucho mas sencilla y con menos aparato. En tiempo de José vemos en la corte de Egipto grandes dignidades, camareros, superintendentes, coperos mayores, panaderos, un gran visir, policía, cárcel del Estado, médicos de los grandes, y un ceremonial de mucha pompa. El escritor moderno que hubiese inventado la historia del Pentateuco usurpando el nombre de Moisés, hubiera hecho probablemente progresar de nuevo la civilizacion por medio de Jacob; y hubiera faltado sin querer, á la verdad. Pero el historiador del Pentateuco es mas fiel en realidad á la verosimilitud de la historia, como hace observar muy oportunamente un crítico reciente. Vuelve atrás la civilizacion, cuando Jacob, dejando la Palestina pasa veinte años en Mesopotamia, en la vida errante y en las costumbres pastoriles. Avanza emperó con Esaü, porque se queda en Palestina y se hace aliado de los Cananeos. El comercio multiplica poco á poco las relaciones entre los diversos pueblos. En tiempo de Abraham no se ve cambiar el trigo entre Egipto y Canaan, y el patriarca para librarse del hambre se vé precisado á trasladarse con todos los suyos á las orillas del Nilo. En tiempo de Jacob principia este comercio, construyendo en el camino, consultando á la mayor comodidad grandes paradores públicos para las caravanas. Las de los Ismaelitas desde Arabia llevan á los Egipcios, como hemos visto ya, especias, resinas y bálsamo, compran y venden los esclavos en ciertas ocasiones. Pero el Egipto, constituido des-

de mucho antes que las naciones vecinas, se lleva, como es justo, la preferencia en civilizacion y lujo. Abimelec, rey de una colonia egipcia entre los Filisteos, imita en pequeño á los reyes de la metrópoli, teniendo, como ellos, criados y cortesanos. En Palestina, por el contrario, el rey Salem vive como un simple particular. En el corto tiempo que media entre Abraham y Jacob, vemos los progresos que hace el lujo en el Egipto, y lo veremos aun mas en el engrandecimiento de José.

Dos años á corta diferencia habian transcurrido desde que este interpretó los sueños de los dos presos, cuando el rey de Egipto tuvo otros dos sueños que le llenaron de terror. Era otra de las supersticiones del paganismo antiguo el buscar siempre algun misterio en los sueños; y Dios, que en el gobierno de los hombres toma por su misericordia en cuenta hasta sus errores y sus debilidades, daba algunas veces una significacion profunda á lo que por lo comun no pasa de un juego del organismo ó de un capricho de la imaginacion. Estos sueños del rey de Egipto entraban en el plan de la sabiduría divina, y por esto eran como un símbolo del porvenir; y como debian preparar el triunfo de José, por esto su esplicacion fué á él solo reservada. En vano se acudió á todos los intérpretes vulgares: el rey estaba desconfiado de la ignorancia de sus adivinos. Entonces la tristeza del monarca reprodujo el nombre de José en los labios del cortesano que le habia aprendido en la desgracia y que no se habia acordado mas de él en la prosperidad. El copero mayor de Faraon habló al monarca del que le habia tan perfecta como proféticamente interpretado su sueño tres dias antes de salir de la cárcel. José fué llamado desde ella á la presencia del rey, el cual le contó sus dos sueños, y José esplicó los dos en el mismo sentido, anunciando que siete años de abundancia serian seguidos de otros siete de esterilidad. Propúsole pues nombrar para todo el Egipto un hombre de acreditada prudencia y destreza que en los tiempos de fertilidad reservase una parte de los granos para que al venir la carestía no quedase el pueblo sin recursos.

Creyó el rey y con razon, que nadie podria remediar mejor los males del porvenir que el hombre á quien Dios tan clara y anticipadamente los revelaba. Sometió pues todo el Egipto á José no reservando mas para sí sobre el jóven favorito que la magestad del trono. Hizo pues vestir á

José con un trage magnífico, con un manto de finísimo lienzo, le dió un collar de oro en señal de su nueva dignidad, y le puso en el dedo un anillo real. Le hizo subir en un carro de triunfo, mandando á un heraldo que anunciase al pueblo el roconocer la autoridad de José y doblar la rodilla cuando pasase. Y cambiando despues su nombre de José le llamó con otro nombre egipcio que significa salvador del mundo. Y para coronamiento de tan honoríficas distinciones, le dió por esposa á la hija de un sacerdote de Heliópolis para enlazarle de este modo con la clase mas ilustre y poderosa de sus estados.

Así acabaron los infortunios de José, que fueron como el germen fecundo de las prosperidades y de la gloria que llenaron el resto de sus dias. Pudieron haberle oprimido sus contrarios, porque la fuerza no siempre va aliada con el derecho; pero no le habian envilecido, pues que la tiranía no tiene poder sobre la dignidad humana, que escapa de todos los ultrajes por la libertad, y que no sucumbe sino por una abdicacion voluntaria. Víctima de la envidia de sus hermanos, y de la asquerosa hipocresía de una muger, salió por fin vencedor de esta doble prueba: los hombres y las cosas le fueron hostiles por un momento, pero los hombres y las cosas se trasformaron en favor suyo, doblados y modificados por Dios que le fué siempre propicio; y por otra parte la posteridad le ha vengado de algunos años de persecucion y de oprobio por medio de un tributo de alabanza y de admiracion.

Sus envidiosos hermanos y su impura enemiga debieron por el contrario expiar muy presto su ciega y cruel injusticia, y fulminados con la execracion de la posteridad, su castigo continua todos los dias; y esta es una especie de penitencia pública que Dios suele imponer á los grandes crímenes. Los poderosos serian demasiado atrevidos si pudiesen lisonjearse con la seguridad de que su vida y su memoria pasarian impunes, y los débiles serian inclinados en demasía á rebelarse si alguna vez no se interesase el cielo en sus quejas y sufrimientos. Para la conservacion del órden, preciso es que sepa el universo que la causa de los oprimidos es la causa de Dios.

No se sabe si las calumnias de la muger de Putifar quedaron desde entonces patentes: ignórase asimismo lo que fue de ella despues de

aquella época. Se diria que se disipó y desapareció como una debil sombra al resplandor de la súbita y gloriosa elevacion de José. La historia no la hace figurar sino en el oprobio de su burlada pasion y de su cobarde venganza; y despues de haberla presentado como el tipo de una muger mas malvada aun que debil, la cubre con el olvido; semejante á la mar que arroja de vez en cuando algun monstruo desconocido sobre sus orillas, y un momento despues lo arrastra huyendo hácia sus abismos de donde no volverá á salir jamás.

Por su lado los hermanos de José iban á ser conducidos á sus piés para prestarle homenage. Sus proféticas palabras tuvieron su cumplimiento: siete años de abundancia fueron seguidos de siete años de esterilidad. El azote habia alcanzado tambien á los paises vecinos, y Jacob, acosado por la carestía, envió sus hijos al Egipto de cuyos recursos tenia alguna noticia, dejando solo á su lado á Benjamin. No se vendia el trigo sino por órden de José; sus hermanos le fueron pues presentados, y le adoraron postrándose delante de él al uso de los orientales. Reconociólos él sin dificultad, pero ellos no le conocieron, porque la edad viril y tal vez la desgracia habian cambiado el aspecto que tenia en su adolescencia.

A la vista de sus hermanos inclinados delante de él José se acordó de los sueños de otro tiempo. Usó de un lenguaje severo, y manifestó creer que aquellos estrangeros habian venido como enemigos. Los tuvo detenidos por tres dias, y despues, sabiendo que tenian otro hermano, les despachó con órden de traérselo, quedándose á uno de ellos como en rehenes. Creyéndose ellos no ser entendidos del ministro egipcio, que les habia hablabo hasta entonces por medio de intérprete, se arrostraron mutuamente su antiguo fratricidio. Entonces José, no pudiendo resistir á la ternura, se retiró para llorar; y volvió despues á salir, manifestando su voluntad de quedarse por garantía á Simeon, otro de los estrangeros; y los demás se volvieron tristes al pais de Canaan. Su padre cayó en una afliccion profunda, cuando se le dió noticia de la cautividad de Simeon, y de la órden formal de llevar á Benjamin á Egipto, y estuvo largo tiempo antes de consentir en exponer tambien á este hijo, querido y último fruto de su vejez.

Entretanto el hambre continuaba en sembrar sus estragos, y Jacob se vió precisado á ceder al imperio de las circunstancias; volvió á enviar sus hijos al Egipto, confiándoles con dolor de su alma á Benjamin de quien respondió Judá con su cabeza. Viéndoles José llegar con su jóven hermano, mandó introducirlos en su palacio y prepararles un banquete. Esperaban ellos en la sala del convite, cuando en fin pareció José. Inclináronse todos á su presencia. Él los acogió con bondad, y les hizo preguntas acerca su anciano padre. Levantando despues los ojos, reparó á Benjamin y dijo: «¿Es este vuestro jóven hermano de quien me hablasteis? Hijo mio, añadió, séate Dios propicio!» Y se dió prisa á salir, pues á vista de su hermano conmoviéronse sus entrañas, y no podia contener las lágrimas. Cuando hubo dado libre curso á su llanto, volvió, y haciendo un esfuerzo para dominar su emocion, tomó la comida en compañía de sus hermanos, pero en otra mesa, pues los Egipcios miraban á los estrangeros como profanos. Sirviólcs él mismo distinguiendo á Benjamin, que fué tratado con mas miramiento que los otros, lo cual no dejó de causarles alguna sorpresa, y todo el festin se pasó con regocijo.

A la mañana siguiente los hermanos debian partir. José hizo ocultar su copa de plata en el costal de provisiones de Benjamin, y apenas habian vuelto á emprender su camino, cuando él envió á sus criados en su alcance. Alcanzáronles en efecto y les acusaron de haber cometido un robo. Defendiéronse ellos de esta acusacion, pero la copa fue hallada entre las provisiones de Benjamin. José hizo la amenaza de quedárselo como esclavo, y entónces Judá expuso toda la repugnancia que habia mostrado Jacob en dejar partir á Benjamin, y el golpe terrible que el cautiverio de este hijo tan tiernamente querido iba á descargar al padre en su ancianidad. Al nombre de su padre, José no pudo ya contenerse por mas tiempo, mandó salir á todos los Egipcios que le rodeaban, y exclamó derramando lágrimas: «Yo soy José. ¿Vive aun mi padre?» Pero sus hermanos despavoridos no pudieron responderle. «Acercaos á mí, les dijo con dulzura, yo soy José vuestro hermano, á quien vendisteis....» Consolóles diciendo que Dios habia permitido todo aquello para mayor bien; les ordenó que informasen á su padre de todo cuanto veian

y que le trajesen consigo á Egipto en donde serian todos alimentados durante los cinco años que habia de durar el hambre todavía. Y echándose al cuello de Benjamin para abrazarle, lloró, y Benjamin lloró tambien al recibirle en sus brazos. José dió despues á todos sus hermanos las mismas demostraciones de ternura, y volviendo en sí del mudo espanto que les habia sobrecogido, osaron por fin hablarle.

A tan feliz nueva que le llevaron sus hijos, Jacob pareció despertar de un profundo sueño, y rehusó por algun tiempo creer en su palabra. Pero al fin, recobrado de su estupor é inundado de alegría esclamó: « Si mi hijo José vive aun, ya no quiero mas: iré y le veré antes de morir. » En efecto, partió para el Egipto con todas sus gentes y sus bienes. José salió á su encuentro, y al verle corrió á él y le abrazó estrechamente derramando copioso llanto. « Ahora sí que moriré alegre, le dijo su padre, pues que he visto tu rostro, y te dejo despues de mí. » Jacob fué tambien presentado al rey, y obtuvo el permiso de establecerse con sus hijos en el país de Gessen, el mas fértil del Egipto, y el que mas convenia á un pueblo pastor. Diez y siete años despues murió profetizando los magníficos destinos de su privilegiado linage, adoptó en el número de sus hijos á Manasés y á Efraim, hijos de José, y pidió que sus cenizas fuesen un dia reunidas con las cenizas de sus padres.

Volvamos á notar de paso en la tierna narracion de esta historia interesante el grado de civilizacion á que habia llegado ya el Egipto antes de la muerte de Jacob. José en su entrada al empleo recibe en su traje y en sus adornos una magnificencia propia de un gran visir ó de un allegado al monarca; come aparte y se le sirve en otra mesa, y los Egipcios que comen en su casa se sientan en la de su camarero. Faraon no quiere admitir á Jacob en conversacion familiar, como habia hecho uno de sus antecesores con Abraham, sino en una audiencia formal, con tanta vanidad y afabilidad mezclada de orgullo, como lo manifiesta el estilo mismo del relato; y son varias las solemnidades para la instalacion de los funcionarios reales.

José vió los hijos de sus nietos. Cercano á morir pidió que sus huesos fuesen trasladados á la tierra de promision, y espiró despues á la edad de ciento y diez años. Su cuerpo fué embalsamado y puesto en

un ataud que los Israelitas, en su salida de Egipto, llevaron al país de Canaan.

Tal fué José, ejemplo célebre de las dificultades que aguardan á la virtud, del valor que debe esta desplegar, y del triunfo que puede obtener. Los tiempos antiguos no vieron una imágen mas perfecta de aquel justo que vendido traidoramente por sus hermanos y desconocido en sus obras fué condenado como un criminal y salió del cautiverio del sepulcro para alimentar toda la tierra con el pan de la verdad evangélica, y conquistar por todos los dones de su caridad divina el glorioso título de Salvador del mundo. Así el nombre de José ha quedado grande en la memoria de los pueblos cristianos. Los siglos de fé pintaron y gravaron su historia sobre la vitela de las Biblias manuscritas, sobre las telas de los mas ricos museos y en las vidrieras de las góticas catedrales, en la piedra y en el acero, en San Marcos de Venecia, en el baptisterio de Florencia, en Roma, en Pisa, en Rouen, en Bourges en mil otros lugares, como si hubiesen querido repetirnos sin cesar y hacernos leer en todas partes la máxima de que lo inminente del peligro no justifica nuestras caídas, que Dios ha puesto mas recursos en la libertad humana que fuerza en los atractivos y en las tentaciones del mal, permitiendo que el sentimiento de los placeres ilícitos quede como sofocado y muerto con el grave y santo pensamiento del deber. Y esta leccion conviene tanto á los tiempos modernos como á la edad media, y nos hemos decidido á escribir estas líneas para recordar en especial á aquellos de nuestros jóvenes contemporáneos, para quienes el mundo actual á causa de la venalidad y de la corrupcion se parece con frecuencia á los campos de Dothaïn y á la casa de Putifar.

Notas.

(1) Con el objeto de completar esta viva y verídica descripcion de la muger, que por cierto lejos de degradarla la enaltece, pues se apoya en el principio de que la corrupcion de lo bueno es lo peor, *corruptio optimi pessima*, añadiremos algunos rasgos de la pintura que hace de la misma muger un filósofo del siglo pasado. En este contraste se verá que, á pesar de la exquisita finura y aun de la verdad de algunas de sus máximas, la filosofía de un siglo atrás no tenia la mirada tan segura y perspicaz como la del presente, cuando examina las cuestiones del órden moral bajo el punto de vista de una razon cristiana.

« El destino especial de la muger es agradar al hombre. Si debe este agradar á ella es necesidad menos directa. El mérito del varon consiste en su poder, y por lo mismo que es fuerte agrada. Esto no es amor, sino una ley de la naturaleza mas antigua que el amor.

La muger se debe hacer agradable al hombre, en vez de incitarle: en sus atractivos consiste su fuerza.... De aquí nacen el acometimiento y la defensa, la modestia y el pudor con que armó la naturaleza al ser débil para que triunfara del fuerte.... En cualquier parte del mundo que se alterase esta ley natural, y en que fuese igual la libertad de los hombres y de las mugeres, tiranizados los hombres por ellas, al fin serian sus víctimas.... El sexo mas fuerte es en la apariencia el árbitro, y en realidad depende del mas flaco..... La muger lejos de sonrojarse de su debilidad, hace gala de ella, afecta no poder levantar del suelo la mas ligera carga, y se avergonzaria de ser fuerte. Su astucia consiste en buscar muy lejos disculpas y derecho para ser débil cuando le conviene.

No es pues de las mugeres el imperio porque así lo han querido los hombres sino porque así lo quiere la naturaleza. La muger no solo debe ser fiel, sino que ha de procurar que por tal la tengan. Debe ser

madre, y el darle tareas de hombre es un delirio. Platon dá á las mugeres los oficios de hombres, y en su república, con la comunidad de mugeres socava los mas suaves afectos, el amor conyugal, el de padres, el de la patria. Las mugeres nos acusan que las educamos con fruslerías para quedar los amos. ¿Pero quien las educa ó las extravia sino las madres? La muger en sus derechos ó calidades nos es superior, así como nosotros lo somos en los nuestros, pero al imitar los nuestros se desnivela de nosotros con inferioridad. Cultívense en ellas sus dotes; no los de hombres. Pero ellas procuran usurpar nuestras ventajas sin descuidar las suyas. Mas en este caso ni de unas ni de otras sacan todo el partido.

Una muger de bien es un tesoro mayor que una muger hombre. No debe ser educada con ignorancia de todo, pues no nació para sierva sino para compañera del hombre: debe conocer, juzgar y amar, cultivar su mente como su figura, saber mucho, pero lo que le conviene.

La muger y el hombre están formados uno para otro, pero no es igual su mútua dependencia. Los hombres dependen de las mugeres por sus deseos: estas de aquellos por sus deseos y necesidades. No les basta ser estimables sino estimadas: no les basta ser hermosas, sino agradar: no basta que obren bien, sino que por tal se les tenga.

La muger debe agradar al hombre de mérito, no á esos petimetrillos afeminados que afrentan ambos sexos. Por la extremada molicie de las mugeres empieza la de los hombres. Tienen las mugeres flexible la lengua y hablan mas pronto y con mas facilidad y agrado que los hombres. El hablar mas no es un defecto y puede llegar á ser un elogio. El hombre dice lo que sabe, la muger lo que agrada. El uno necesita conocimientos, la otra gusto. Son ellas corteses y alagüeñas por natural, pero entre ellas son casi siempre desabridas; no obstante alguna vez se dan pruebas de amistad.... De la sociedad de hombre y muger resulta una persona moral cuyos ojos son ella y cuyos brazos son él.... La muger en todo dá, en todo repara: disimula y lo vé todo, fingiendo que á un solo objeto atiende. El hombre sabe loque vé y oye: la muger interpreta las acciones y alusiones. Las zalameras con mas maña aun emboban á sus cortejantes, hacen cara á todos, son falsas con todos y de todos se burlan. El hombre no es así.

La muger usa siempre astutos modos
Por prender en sus redes nuevo amante,
Ni el mismo rostro nunca muestra á todos
Que á tiempo de ademan muda y semblante.

Las mugeres muchas veces aun cuando mienten no son falsas. ¿Porqué consultais solo su boca, y no sus ojos, su color, su respiracion, su ademan medroso? No siempre están acordes la boca y el acento, y este acento no sabe mentir. Tiene la muger un lenguaje equivalente á aquel que no se atreve á hablar, y de otra manera su condicion la haria desdichada: necesita de un arte para comunicar sus inclinaciones sin descubrirlas. Mucho le importa aprender á agitar el corazon del hombre sin que al parecer de él se cure.....

¿Porqué decís que el pudor hace falsas á las mugeres? ¿Son acaso mas ingénuas las que lo han perdido que las otras? Lejos de eso son

mil veces mas falsas. Ninguna llega á ese cúmulo de depravacion como á poder de vicios no sea, y todos los conserva, y los hace reinar á costa de maraña y de mentira. Por el contrario, las que aun no han perdido el pudor, las que no hacen gala de sus flaquezas, las que saben ocultar sus deseos á aquellos mismos que se los inspiran, las que se mantienen mas inflexibles, son las mas verídicas, las mas sinceras, las mas constantes en guardar sus promesas, y aquellas con cuya fé se puede generalmente contar.

La moderna filosofía se dirige á quitar de las mugeres el resto de pudor que les ha quedado.... La muger tiene mas agudeza, el hombre mas ingenio: observa la muger, el hombre discurre. El mundo es el libro de las mugeres: cuando le leen mal, culpa es de ellas, ó alguna pasion las ciega....

Las mugeres son los jueces naturales del mérito de los hombres. ¿Quién quiere ser menospreciado de ellas? Nadie ni aun el que no quiere amarlas. ¡ Desgraciado el siglo en que pierdan las mugeres su ascendiente y en que nada valen para los hombres sus juicios ! Este es el último grado de depravacion. Todos cuantos pueblos han tenido buenas costumbres han respetado las mugeres; Esparta, Germania, Roma. Roma, en que las mugeres honraban las proezas, lloraban á los padres de la patria: allí eran consagrados sus votos ó sus lutos como el juicio mas solemne de la república. Allí todas las grandes revoluciones procedieron de las mugeres: por una muger se deshizo Roma de los reyes; por una muger alcanzaron el consulado los plebeyos; por las mugeres fué libertada Roma de manos de un proscrito. Lindos del dia, ¿que hubierais dicho?

No es menos propicia la virtud al amor que á los demás derechos de la naturaleza. No hay verdadero amor sin entusiasmo; ni este, sin un objeto de perfeccion real ó fantástica, empero existente en la imaginacion. ¿Se inflamarán los amantes sin ver esta perfeccion y cuando en lo que aman solo ven el objeto de la sensualidad? No: no se enciende así el alma, ni se entrega á aquellos sublimes raptos que son á la vez el delirio de los amantes y el hechizo de su pasion. Todo es mera ilusion en el amor, lo confieso, empero lo que es real son los afectos en que nos anima de la hermosura verdadera que amar nos hace. No está esta hermosura en el objeto amado, que es obra de nuestro error. ¿Y que importa? Dejamos por esto de sacrificar todos nuestros villanos sentimientos á este imaginario modelo? ¿Dejamos por eso de embeber nuestro corazon en las virtudes que á lo que queremos atribuimos? ¿No nos desprendemos de la bajeza del yo humano? ¿Cual es el verdadero amante que á dar su vida por su dama no está dispuesto? ¿y cual es la torpe y sensual pasion del hombre que morir quiere?

Siempre será bella y grande hazaña reinar en sí propio, aunque sea para obedecer á fantásticas opiniones, y siempre resonarán los verdaderos motivos de honor en el corazon de toda muger de juicio que en su estado sepa buscar la felicidad real de su vida. La castidad debe ser especialmente una deliciosa virtud para la muger hermosa que tuviere alguna elevacion de alma. Mientras que mira á toda la tierra á sus plan-

tas, de todo triunfa y de sí misma: en su propio corazon se erige un trono á que todo tributa homenage, todos aprecian, todos respetan: la universal estimacion y la suya propia, sin cesar le pagan un tributo de gloria por momentáneas lides. ¡Que gozo para un ánimo noble! ¿Quereis inspirar á las jóvenes aficion á las buenas costumbres? A mas de decirles sin cesar, sé recatada, hacedlas interesar á que lo sean y amen la virtud, por lo que les conviene; vean en práctica que sin ella no pueden ser felices, sin ella no podrán reinar sobre los corazones de los hombres de bien, que es el mayor triunfo que puede conseguir una muger; con la amable modestia y recato, tendrá la muger virtuosa un dominio sobre el hombre; con una palabra ó seña le enviará al cabo del mundo, á la lid, á la gloria, á la muerte. Hermoso es este imperio, y me parece que vale la pena de ser comprado.»

(2) Admírase en José la circunstancia de que, no pudiendo justificar su inocencia delante de los hombres, no abrió sus labios para defenderse: sufrió con paciencia y resignacion aquella afrenta, contentándose de tener á Dios por testigo de la pureza de su corazon, y esperando de su bondad y misericordia que haria patente su inocencia, y premiaria su recto proceder por aquellos medios que menos podian esperarse, como sucedió así en efecto.





LA HIJA DE FARAON.

. . . .
Es quizás este un niño de Israël.
Mi padre los proscribe. Y es mi padre
Por cierto muy cruel
En proscribir la cándida inocencia.

(*Moisés sobre el Nilo.*)

A MENUDO las grandes cosas se ocultan debajo frágiles y humildes principios, y un orígen obscuro sirve de velo á un brillante porvenir. En esto mismo se descubre y se ostenta de una manera mas sensible la accion de la Providencia, que conduciendo algun dia á resultados muy superiores á la causa aparente que los produce, nos fuerza á buscar en lo que no se vé el verdadero orígen de los acontecimientos que llenan á todos de estupor y de admiracion. Por este medio, además, asegura Dios contra las tentativas de la libertad humana el curso de sus secretos designios, fijando los destinos del mundo sobre una cabeza sin gloria y sin fuerza en la que nadie piensa siquiera ni como sofocarlos ni como vencerlos. De este modo, por fin, se cumple aquella

ley establecida desde un principio que promete el buen éxito y la felicidad á las tribulaciones, é impone el sufrimiento á cualquiera que quiera aparecer grande delante de Dios y delante de los hombres, pues los sudores, las lágrimas y la sangre son los únicos á quienes está reservado el privilegio de la fecundidad.

Ved sino esta frágil cuna que flota como el nido del alcion sobre el largo rio del Egipto. La profundidad de las aguas vá á sumergir este ligero cesto de juncos, ó estrellarle contra el tronco de algun viejo sicomoro. Y aun cuando no le tragasen las ondas, ¿que puede llegar á ser ese proscrito, hijo y hermano de esclavos que amasan barro y preparan el marmol para los palacios de sus tiranos? Mas aquel Dios que ha dado un lugar al insecto que revolotea por los aires, y que cubre de hermoso verdor el humilde tallo de la yerba del campo, sabrá muy bien proteger una criatura hecha á su imagen y vigilar con solícito cuidado sobre el futuro libertador de un grande pueblo. La hija de Faraon será conducida como casualmente hácia el punto en donde flota el pequeño esquife amenazado á cada momento de hundirse y desaparecer para siempre; ella salvará al niño de la muerte, y preparará los caminos al elegido de la Providencia de la cual será ella el instrumento y la viva y grata imagen. Así cada uno de nosotros fué puesto bajo la guarda de un angel aun mejor y mas agraciado: forma invisible que desvía nuestros pasos del peligro, hace brillar en el fondo de nuestro espíritu una luz tomada del cielo, y depone en el oido de nuestro corazon palabras de sabiduría y de consuelo.

Jacob habia bajado á Egipto con sus hijos, sus mugeres y sus nietos. Esta familia, numerosa ya desde un principio, se multiplicó como una planta fecunda, y al cabo de ciento y treinta años, formaba ya un pequeño pueblo. Encontraba proteccion y garantía de independencia en el buen nombre y en la memoria de José, que habia prestado grandes servicios al Estado. En aquel tiempo y en aquel pais el trono no siempre era hereditario: el pueblo escogia su gefe en algunas ocasiones, bien sea que los libros religiosos lo tuviesen asi arreglado, bien sea que así se practicase por miras de comun utilidad. Fué elegido pues un nuevo rey que no habia conocido á José, y que no manifestó ninguna espe-

cie de consideracion ó reconocimiento con los hermanos del antiguo ministro. Los viejos beneficios quedan como dormidos, dice un sabio, y se les olvida como á los muertos.

Por lo demás, preciso es confesar que los Hebreos que habian venido á pedir hospitalidad al Egipto no entendieron practicar allí la servidumbre, antes bien alimentaban la esperanza de volver á entrar un dia en la region en otro tiempo habitada por su padre. Vivian pues separados, ocupando la parte oriental del bajo Egipto, y conservando sus costumbres particulares, raza perdurable que treinta siglos no han podido gastar y que ha salvado su código y su constitucion del naufragio de todas las constituciones y de todos los imperios.

Amenofis (tal era el nombre del nuevo Faraon) ni queria despedir á los hijos de Israël por temor de desmembrar su reino, ni dejarles á sus libres medios de acrecentamiento y de prosperidad por miedo de tener un vecino peligroso. Resolvió pues oprimirlos con discrecion, como suele decirse, esto es, con astucia é insensiblemente. La política, que deberia ser el respeto de los derechos y la práctica de los deberes, vino á ser ya muy temprano el secreto de gobernar arbitraria y despóticamente. Los hebreos fueron desde luego empleados en los trabajos mas duros, se les agoviaba con pesos insoportables y con los mas ásperos tratamientos: se les obligaba á trabajar en la construccion de plazas fuertes, y se les hacia tan odiosa la vida, que mas tarde, al acordarse de aquel cautiverio llamaban al Egipto un grande horno de hierro (1).

Mas Dios dice á la prudencia humana como al Océano: «Hasta aquí llegarás, sin pasar mas allá.» Aun bajo el peso de la mas dura opresion, crecian de un modo asombroso, á la manera que el árbol desgarrado por el acero, se cubre no obstante de ramas y de nuevas y mas numerosas flores. Desconcertada la política y temiendo en su atroz suspicacia la pujanza del pueblo oprimido, apela á la crueldad, sofocando los mas puros y tiernos sentimientos de la naturaleza. Esa política inhumana muchas veces en sus medios, dió la órden de hacer perecer luego de nacidos á todos los niños varones, y de perdonar á las niñas. Esta órden era secreta, como lo son las obras del crimen, porque las costumbres públicas detienen alguna vez el exceso de la

tiranía é imponen á la misma crueldad una especie de vergüenza. Pero las parteras no obedecieron, contenidas por el temor de Dios, y sin duda por aquella natural compasion que inspira la inocencia perseguida (2). Entonces el rey rompiendo ya los diques de todo pudor, recurrió á la fuerza abierta, y mandó que todos los hijos varones que naciesen de los Hebreos fuesen arrojados al Nilo (3). El hombre justo marcha bajo el puro testimonio de su conciencia, hácia un fin del cual nadie puede retraerle verdaderamente: el hombre injusto multiplica los fraudes y las violencias para llegar á unos fines que una mano invisible le impide muchas veces alcanzar.

Cierto dia, la hija de Faraon, llamada Thermutis segun algunos, y Mœris, segun otros, bajó hácia el Nilo para bañarse en sus aguas, acompañada de sus mugeres y siguiendo las orillas del rio. De repente descubrió un canastillo flotante en medio de las cañas, y le mandó coger por una de sus compañeras, la cual encontró dentro un tierno niño que lloraba, y movida de piedad dijo: «Es un niño de los Hebreos.» Y realmente los padres del niño eran Amram y Jocabed, de la tribu de Leví. Era el infante lindo en extremo, y bien sea que esta hermosura se añadiese al amor natural de los padres, ó bien que les pareciese un signo providencial del porvenir, su madre le tuvo oculto por tres meses, á pesar de todas las órdenes conocidas. Y viendo despues que no podia tenerlo por mas tiempo oculto, creyó mas prudente sujetarle al peligro de una muerte incierta que atraer sobre él y sobre toda la familia tal vez el irritado furor de los tiranos. Formose pues un canastillo de juncos untado con betun, y allí se colocó el niño, y la frágil barquilla quedó expuesta entre las cañas que coronaban las riberas del rio, en cuyo estado le encontró Thermutis.

La madre habia mandado á María, hermana del niño, que permaneciese algo separada para ver lo que sucederia. Su amor no se atrevia á presenciar la trágica escena que iba á sobrevenir, y quiso por lo tanto que un ojo amigo siguiese y protegiese, por decirlo asi, los destinos de la triste cuna; porque parece al hombre que sus miradas alientan y sostienen lo que abrazan con afeccion. Retiróse pues ella, dejando por única defensa al tierno proscrito la inocencia y la debilidad de una niña, como si se quisiera oponer una paloma á la rapacidad de los buitres. Estas pobres

madres saben esperar hasta en la desesperacion misma, y en verdad Dios acá bajo no condena sin apelacion lo que ellas recomiendan y consagran cubriéndolo con la ternura de su alma.

Viendo la niña María que la suerte de su hermano inspiraba piedad, se acercó y dijo á la hija de Faraon: «¿Quereis que vaya á buscar una muger de la nacion de los hebreos que pueda criar este niño?» Una boca de diez ó doce años dice estas cosas con tal candor, que quita á los que la oyen hasta el pensamiento de hacer la menor objecion. De otra parte, Dios que dirigia los acontecimientos inclinó como quiso el corazon de la princesa, que accedió al ruego de la niña, la cual fué corriendo á llamar á su madre. Vino esta, y Thermutis le dijo: «Toma este niño y críalo, yo te recompensaré.» Así una sabiduría superior burló los cálculos de la prudencia humana, y la vara que debia castigar á los hombres injustos creció á sus propios ojos. Mas tarde otra cuna escapará del puñal de otro perseguidor; y algunos millares de inocentes degollados en Betlehem no impedirán al fugitivo infante el establecer su reino en vano amenazado sobre las ruinas del trono de Herodes. Dios nos deja nuestras intenciones, pero se reserva el fin, y se vale de nuestras voluntades para hacer la suya.

Este episodio de la Historia santa que nos muestra á la hija de Faraon salvando de las aguas del Nilo al libertador de los Hebreos, ha inspirado con frecuencia al genio de la pintura cristiana. Francisco Mazzuoli, dicho el Parmesano, y Pablo Veronese lo han tratado con admirable felicidad. Rafael tomó de este asunto una de sus mas bellas composiciones, que el viajero va á contemplar con grato asombro en las galerías del Vaticano; y el célebre Poussin, que es por excelencia el pintor de la Biblia, ha representado este mismo pasage en cuatro diferentes cuadros, haciéndose otras tantas veces admirar por la riqueza del paisage, por la nobleza de las figuras y por la poesía de la composicion.

Cuando hubo crecido el infante, su madre debió volverle á Thermutis. Refieren antiguas tradiciones, recojidas por el historiador Josefo, que la princesa era casada, pero que no tenia hijos. Cobró pues un afecto especial al que acababa de arrancar de la muerte, y le adoptó dándole el nombre de Moisés, que significa salvado de las aguas. Fué educado pues en la

corte de Faraon, é iniciado en todas las ciencias del tiempo y del pais en que vivia. Era entonces célebre el Egipto: las naciones estrangeras venian á él para admirar la sabiduría de sus ancianos y los prodigios de su industria y de su civilizacion. En aquel pais realmente todo merecia ser estudiado: un resto de las primitivas tradiciones vivia en el santuario de los templos y conservaba allí alomenos un recuerdo de las cosas del cielo; la filosofía y las artes, frutos de la experiencia y de la reflexion embellecian la vida del hombre, y daban pávulo á sus mas nobles instintos. Las relaciones entre el poder y los súbditos eran arregladas por instituciones fijas; los reyes se conservaban en el órden por el principio de libre eleccion que contra ellos podia invocarse, al paso que la nacion estaba protegida contra las revoluciones harto frecuentes por el principio de la corona hereditaria que podia hacerse prevalecer. Tierra fecunda, cubierta á lo largo de ricas mieses y de ciudades numerosas, el Egipto cortaba en sus canteras esos poderosos obeliscos aguzados en forma de espada, como para armar la mano de un pueblo de gigantes, y edificaba las pirámides, testimonio á la vez de poder y de flaqueza, especie de desafío que el hombre, ese ser tan frágil, arrojó muriendo á los huracanes del desierto que no las han abatido, y al tiempo que no las ha arruinado todavía.

Entre los prodigios pues de esta dorada civilizacion, y bajo la direccion de hábiles preceptores pasó Moisés la primera parte de su vida. No puede decirse seguramente que hubiese aprendido en los santuarios de Egipto los hechos del mundo primitivo y las doctrinas religiosas que consignó despues en la Biblia, y las leyes que dió al pueblo hebreo. Estos secretos le vinieron de un orígen superior, y recibió de lo alto la mision de manifestarlos al mundo. Con todo, debe observarse que la Providencia empleó medios naturales para prepararle á la ejecucion de la grande obra que queria confiarle, y solo despues de haberse sometido á las condiciones ordinarias del desarrollo intelectual y moral, llegó á ser el azote formidable de una tiranía opresora, el creador de un pueblo que dura todavía, y el órgano declarado de la Divinidad. Y así debia suceder, primero, porque el trabajo y el estudio, sino son el principio eficaz, son en general la condicion indispensable de los acontecimientos, hasta de los religiosos: y despues, porque es necesario conocer los hombres y las co-

sas del tiempo en que se vive para hacerse accesible á los unos y á las otras, ó para convencerles cuando ménos, de que nos asiste un derecho para combatirlos. De otra parte, como el hombre fué criado á la imágen de Dios, la ciencia humana es un reflejo de la ciencia divina; y por consecuencia, las almas laboriosas, elevadas y sinceras adquieren naturalmente mayor aptitud para convertirse en instrumentos de la verdad; porque la luz que es el alimento de los espíritus, no se nos concede, como el pan material que nutre el cuerpo, sino con el sudor de nuestra frente, es decir, á costa de esfuerzos llenos de generosidad y de valor. La experiencia en los negocios, y la discreta sabiduría que de ella resulta, la cultura del espíritu y la elevacion de ideas y de sentimientos que determina, el prestigio y los frutos de una educacion regia, todo preparó al jóven Moysés á escuchar la voz de Dios, y á merecer la confianza, el respeto y el amor de sus hermanos.

Refiere el historiador Josefo un rasgo maravilloso por el que Moysés hubiera señalado su entrada en la corte de Faraon. Thermutis presentó al rey el niño que acababa de adoptar; y pidió que á falta de herederos directos y reconocidos por las leyes, fuese considerado como heredero de la corona. Faraon acogió benignamente los deseos de su hija, y como por juego puso la diadema sobre la frente de Moysés. Mas tomando este la diadema, la dejó caer en tierra y la pisoteó, lo cual hizo augurar á uno de los adivinos del pais que este precoz insultador de la magestad real llegaria á ser algun dia terrible al Egipto. Faraon no leyó de tan lejos en el libro del porvenir; Thermutis no pensó tan mal de su protegido, y Moysés escapó de la muerte que el adivino queria hacerle imponer. Sea lo que fuere de este hecho, de que la Biblia no hace mencion alguna, él prestó materia á Benozzo Gozzoli para uno de los mas hermosos frescos que se admiran en el Campo Santo, é inspiró á Poussin uno de los mas brillantes cuadros que se vé en el Museo Real.

Moysés entretanto encerraba primero en su pensamiento y despues en su corazon las creencias religiosas de su linage en un grado mucho mas sublime y verdadero que todos los tesoros de la ciencia puramente humana que habia adquirido en los santuarios de los templos y en las escuelas de los sabios. Las divinas promesas cuya herencia Abraham, Isaac y Jacob

habian legado á sus descendientes vivian en su memoria y consolaban su permanencia en Egipto, como la imágen querida de los progenitores que guarda el huérfano con dulce y triste afeccion para consolarse en su abandono. Se le recordó sin duda que Jacob y José habian fijado sus últimas miradas en la Tierra prometida, y mas de una vez debian haber resonado sobre su cuna las palabras proféticas de los patriarcas repetidas por sus nietos. Así pues, recibió con la leche las primeras lecciones de la verdadera religion, lecciones casi siempre durables y fructuosas cuando así se reciben, pues las miradas y los besos de una madre, las revisten de fuerza y de suavidad, y caen y se imprimen en el corazon de los niños con caracteres indelebles. Moysés por fin estaba sostenido en su fidelidad y secretamente guiado hácia su porvenir por aquellos vagos instintos y preparados acontecimientos que revelan á los hombres providenciales su propio destino, y que le presentaban de contínuo como fin especial la libertad de Israël.

Pero no debia llegar muy presto tan deseado dia, pues Moisés le vió venir por espacio de cuarenta años. ¡Cuarenta años! Poco es para Dios que obra lentamente porque se halla en posesion de la eternidad; pero mucho es para el hombre que se apresura sin cesar porque el tiempo le devora. Así que, no deja de ser una rara y suma prudencia el saber esperar y conservarse á vista de las personas y de las cosas en una actitud sosegada, llena de moderacion y de seguridad. Y se necesita mas que valor, virtud es menester para poner en práctica estos principios; y así como los egoistas hallan que nunca marcha con bastante rapidez el triunfo de sus intereses; los bienhechores de sus semejantes, hallan por el contrario que la hora determinada por la Providencia vale siempre mucho mas que la nuestra.

Moysés pasó pues cuarenta años en la corte de los reyes de Egipto; y si hemos de dar crédito á los autores mas antiguos, desplegó sobre este teatro una fuerza extraordinaria de actividad y de inteligencia. Él hubiera sido el maestro y el iniciador de Orfeo, hubiera inventado algunas máquinas de guerra en una circunstancia de la cual vamos á hablar; hubiera descubierto el arte de la navegacion, creado la filosofía, y adquirido una grande popularidad por medio de útiles reformas en el gobier-

no del Estado. La Biblia no es tan esplícita en este punto como los escritores del paganismo; pero lo que parece incontestable es que la mayor parte de los descubrimientos hechos primitivamente en las ciencias y en las artes deben ser atribuidas á Egipto, y referirse á corta diferencia al tiempo en que vivió Moysés. Esta es la razon por la cual han creido algunos eruditos que los relatos por los que celebra la antigüedad el genio y las invenciones de personages maravillosos como Hermes, Mycerino y Mercurio Trismegisto, se aplican realmente al hijo adoptivo de Thermutis: y han creido tambien que su nombre fué disfrazado y desfigurado, pero que su gloria, vivamente gravada en la memoria de los contemporáneos, pasó en seguida por medio de tradiciones que se alteraron con el decurso de los siglos. Sin dar empero á esta opinion mas valor de lo que merece, puede decirse en verdad que el primer período de la vida de Moysés se ilustró sin duda con el reflejo del resplandor que derramó sobre la segunda, cuando, saliendo del Egipto despues de haberle castigado con las terribles plagas, viósele gefe de un grande pueblo que no pudo ser ahogado á fuerza de opresion, y admirósele vencedor de los elementos que venian á tomar sus órdenes para adormecerse ó para irritarse, para servirle ó para defenderle. Y de este modo se esplica como los terribles prodigios que al retirarse de Egipto derramaba en su tránsito le hicieron mirar por los pueblos idólatras como un ser sobrehumano, y el motivo por el cual la asorada imaginacion de los Egipcios exageró los servicios que habia prestado al país durante su permanencia en la corte de los Faraones. Así se halla explicado tambien y reducido á su verdadera significacion lo que refiere la mitología egipcia de algunos de sus héroes ó semidioses.

Segun relatan los historiadores que ya hemos mencionado, una guerra que estalló entre los Egipcios y los pueblos de la Etiopia proporcionó oportunidad á Moysés para desplegar sus talentos militares. Los sagrados custodios de la ciencia tenian envidia del prodigioso adelantamiento y profundo saber de su antiguo discípulo, y su influencia política le excitaba muy particularmente el odio de Chenefres, señor poderoso que habia enlazado con Thermutis. Cuando los hombres que están al frente del gobierno no son tan grandes por su ánimo como por su dignidad, lo que menos perdonan á un subalterno es la superioridad del genio. Resol-

vióse hacer perder á Moysés, y se le hizo salir con débiles fuerzas para oponerse á los Etiopes que habian venido á insultar el Egipto hasta las puertas de Memfis. Felizmente al comprometido general le quedaba todavía la amistad y la proteccion de su madre adoptiva, la cual se empeñó con el rey para persuadirle á que se pusiese al frente de las tropas, y aunque no pudo conseguirlo tomó prudentes medidas para impedir que su protegido fuese víctima de alguna cobarde perfidia. Escapó libre en efecto de todas las emboscadas puestas por sus rivales, y venció á los Etiopes, tanto por su habilidad como por su intrepidez. Y como esta expedicion durase algun tiempo, en aquel intervalo murió Thermutis. Penetrado Moysés de dolor y de reconocimiento, mandó edificar en honor de la princesa una ciudad á que puso el nombre de Mœris, el mismo que tenia Thermutis, como indicamos ya en otra parte. Tal es substancialmente sobre la vida pública de Moysés en Egipto la narracion de la Crónica de Alejandría, del historiador Josefo y de un escritor anterior citado por Eusebio de Cesarea, narracion adoptada por San Gerónimo y San Agustin, y por los analistas Zonaro y Cedrenus.

Inútil es el decir que las proezas militares de Moysés le sirvieron de un nuevo título para ser odiado y perseguido, y sin duda que debió mas fácilmente conocerlo, desde que su regia protectora cesó de vivir y de defenderle. Así es que, como observa Josefo, la esclavitud de los Israelitas se hizo desde entonces intolerable. A ella pues se encargó Dios de poner un término; pues cuando la virtud desconocida y proscrita ha apurado hasta las heces la copa de la amargura y del dolor de que la saturan los hombres injustos, Dios mismo es el que toma á su cuenta el vengarla, y la venganza es solemne, estrepitosa.

Mas no es este todavía el lugar de escribir la sombría tragedia de que fué entonces teatro el Egipto. Este drama tan animado y sorprendente como instructivo, en que las fuerzas de la naturaleza mezcladas con los actos y las palabras del hombre cubren á la vez y revelan la intervencion de Dios, refiérese á una época en que la hija de Faraon ya no existia y por ahora no nos tocaba mas que señalar los puntos de contacto que existen entre la historia de Moysés y la de Thermutis, su madre adoptiva, y los hemos cosignado, llamando á nuestro ausilio la

Biblia y fundándonos en conjeturas autorizadas por graves testimonios. En otra parte recordaremos los trabajos del libertador de Israël, las ondas del mar endurecidas ó derramándose al poder de su palabra, los desiertos y peñascos dando á toda una nacion alimentos y bebida, y Dios por fin descendiendo en persona hácia el profeta sobre un carro de relámpagos en la cima ardiente del Sinaï. Bastaba por ahora presentar la cuna del hombre extraordinario amenazada por los hombres y tan bien protegida por la Providencia, como un símbolo de todos aquellos á quienes el genio ó la virtud llama á crudas fatigas ó entrega al viento de la contradiccion. La borrasca misma que los bate, los conduce, semejantes á aquel osado navegante que cien veces al borde del precipicio y cien veces salvado, fué divagando largos dias sobre un océano sin orillas conocidas, y volvió de sus fatigosas correrías despues de haber engrandecido el mundo.



Notas.

(1) Los epitetos dados al rey que oprimió á los Israelitas indican asáz claramente que no era egipcio, sino algun estrangero que habia conquistado tal vez el Egipto por la fuerza de las armas. Moysés dice que era un nuevo rey y que no habia conocido á José, dos circunstancias que inducen á creer que era estrangero, pues la palabra *nuevo* equivale muchas veces en la Escritura á estrangero, como por ejemplo cuando en el Deuteronomio se dice *dioses nuevos*, son dioses estrangeros (Cap. XXXII v. 16). Si este príncipe hubiese sido egipcio ¿como hubiera podido no tener conocimiento alguno de José, mayormente cuando su reinado no era muy posterior á la muerte de aquel ministro, de sus hermanos y de toda aquella generacion?

Débese además tener en cuenta que los reyes de Egipto, segun Diodoro de Sicilia, eran entonces electivos, y que todos sus súbditos eran tenidos como esclavos. Userio pone siete reyes entre José y este nuevo monarca, es decir en el espacio de cerca sesenta años, tiempo mas que suficiente para borrar el recuerdo de todos los servicios que José habia prestado. Mas, aun cuando el mérito de José no hubiese sido del todo desconocido por este nuevo rey, ¿no es verosimil que la conducta por él guardada le fué sugerida por una política sombría y suspicaz? Ella le inspiró sin duda la idea de valerse de medios bárbaros é injustos para enervar el poder de un pueblo que empezaba á hacerse temible. Habia aumentado tan prodigiosamente este pueblo tanto en número como en fuerza durante los doscientos quince años que permaneció en Egipto, que alarmados los Egipcios creyeron deber tomar sus precauciones contra estos estrangeros formidables. El mismo Moysés habla con asombro de su prodigioso aumento y para explicarlo se vale de los símiles mas espresivos que hay en la lengua hebrea, diciendo que se mul-

tiplicaron como los frutos de los árboles y como los peces del mar. Y aunque algunos autores han creido milagrosa aquella multiplicacion, pero bien calculada, no pasa los límites de la posibilidad; y si algo se presenta de prodigioso es el haberse verificado á pesar de una servidumbre tan dura como la que sobre su serviz pesaba, pero es preciso no olvidar que Dios les habia hecho en este punto una promesa especial.

Temibles por su número los descendientes de Jacob, no lo eran menos por su fuerza y por su valor. Los hijos de Efraim habian dado de ello una prueba á los Egipcios, cuando arriesgaron una empresa tan atrevida como desgraciada en las tierras de los hijos de Geth, en uno de los cantones del país de Canaan. Este suceso de que no habla Moysés, nos lo ha conservado el autor del primer libro de los Paralipomenos, y esto mismo manifestaba á los Egipcios lo que hubieran podido hacer despues las tribus reunidas. Ignórase la época en que comenzó su esclavitud, y cuantos años habia durado cuando nació Moysés. Lo cierto es que poco tiempo antes del nacimiento de este legislador, los Egipcios empezaron á agoviarlos bajo el peso de la opresion. Su odio con respeto á este pueblo pudo haber tenido tambien otros motivos además del terror que les inspiraban, como son su alto menosprecio por las demás naciones, la costumbre que tenian los Hebreos de matar y comer los animales que para el Egipto eran objeto de adoracion, la diferencia de su religion, su vida pastoral, la envidia excitada por su prosperidad primera, todo esto, unido al recelo de que, altivos por su fuerza no se juntasen con los enemigos para apoderarse del reino, inspiró el designio de debilitarlos á fuerza de penosos trabajos, de tributos y de todo género de opresion.

El medio sin duda mas obvio y el camino mas corto para deshacerse de los Hebreos hubiera sido el facilitarles como establecerse en otra parte; pero á ello se oponia la avaricia de sus tiranos. Los productos inmensos de la vida pastoral y del comercio de ganados habia enriquecido extraordinariamente á los Israelitas, y la quinta parte de este producto, que pertenecia al rey, aumentaba las rentas del Estado. El designio pues de conservarlos en el país, poniéndolos al mismo tiempo en situacion de no poder dañar era muy conforme á los planes de la política que habia anunciado el discurso del rey á su pueblo: «Vamos pues á oprimir con arte á este pueblo numeroso y mas fuerte ya que nosotros, no sea caso que multiplicándose aun mas, y sobreviniendo alguna guerra contra nosotros, se agregue á nuestros enemigos, y despues de habernos vencido y despojado se vaya de este país.»

(2) Faraon, rey de Egipto, viendo por una experiencia de muchos años que los fuertes tributos impuestos por él á los Israelitas y la dureza con que por sus oficiales ó subalternos eran tratados no impedia el que se multiplicasen mas que nunca, hizo venir á Séfora y á Phua dos principales comadronas de los Hebreos, y les mandó expresamente que cuando ejerciesen su profesion con las mugeres israelitas, conservasen todas las niñas pero hiciesen perecer á todos los niños. Estas mugeres, temerosas de Dios, y horrorizadas de una accion tan bárbara, no tuvieron

temor alguno de desobedecer al rey, pues aunque debemos toda obediencia y sumision á las potestades de la tierra, no debemos obedecerlas en lo que se opone á la ley de Dios, que es el legislador supremo. Indignado el monarca les preguntó en tono amenazador lo que podia inspirarles la audacia de despreciar sus órdenes. Mas ellas respondieron que las mugeres de los Hebreos no tenian necesidad como las Egipcias de socorros estraños para sus alumbramientos, pues la fuerza de su temperamento les daba medios para dar á luz á sus hijos con la misma facilidad que las hembras de los animales, por manera que sus hijos habian nacido antes que llegasen las comadronas.

Aunque Moysés no haga mencion sino de dos parteras, no debemos creer que no hubiese mas, antes bien hemos de presumir que estas dos eran las mas distinguidas en su profesion y que ejercian una especie de inspeccion sobre las otras, como así sucedia entre los Griegos segun el testimonio de Plutarco, pues habia escuelas en donde se enseñaba el arte de obstetricia, y eran presididas por las mismas parteras.

Ni es de creer que estas mintiesen del todo, cuando movidas de su caritativa humanidad dieron esta contestacion á las increpaciones del monarca Egipcio, pues es muy de creer que instruidas las hebreas de esta órden cruel é inhumana, de hacer perecer á sus hijos varones, procurarian no necesitar de ausilio ageno, y se guardarian bien de hacer llamar á las comadronas.

(3) Aun cuando en tiempo del rey de Egipto en la época del nacimiento de Moysés, la civilizacion habia hecho en aquel país adelantos considerables, como hemos advertido ya; con todo, nada tiene de estraño ni de contrario al decoro ni á la etiqueta que la hija de Faraon fuese á bañarse en el Nilo, y mas si se advierte que iba acompañada de sus damas de honor y de sus servidoras. De otra parte segun el literal del texto hebreo la princesa vino al rio *para lavar*, y no para bañarse. Este uso está muy conforme con las costumbres antiguas y con lo que leemos en Homero.

Tampoco debia arredrar á la princesa el temor de los cocodrilos, pues en el Bajo Egipto son muy raros, y mas aun en los canales que desde la parte inferior del Delta riegan aquel pais, y que empezaron á construirse desde el tiempo de Sesostris. Y segun observa Thevenet en su *Viage de Levante* y otros viajeros instruidos, los cocodrilos se alejan ordinariamente de las orillas del mar.





SÉFORA.

La muger dotada de bellas prendas
adquirirá gloria....
(*Prov. cap. XI. v. 16*)

SEGUN todas las probabilidades, desde las fértiles llanuras de la Armenia, en donde las diversas tradiciones colocan la cuna de las sociedades, los primeros hombres se esparramaron á lo largo de los grandes rios y de las costas del Mediterráneo hasta al Océano indio y al pié de la Himalaya, y hasta el centro del África por el istmo de Suez; llevando consigo en su emigracion los gérmenes de las ciencias y de las artes, y fijándose desde luego en un suelo rico y abundante por naturaleza, se hallaron en las mas felices disposiciones para llegar facilmente á un grado de civilizacion á que solo á duras penas podian alcanzar las colonias arrojadas á tierras lejanas é ingratas. El patrimonio de los primitivos conocimientos fué cultivado y fué creciendo bajo las

influencias del clima y segun su adelanto político y social que determinaron las diversas aptitudes y la fuerza intelectual de los pueblos. Los unos, entregándose á la caza para vivir, se hicieron guerreros; los otros, recibiendo su alimento de la leche y de la carne de sus ganados, fueron llevados por la holganza á la observacion de la naturaleza y al ejercicio sosegado de la reflexion. Estos, sacando de la tierra sus alimentos, estudiaron el curso de las estaciones, abrieron canales para mejorar el terreno, emprisionaron los rios en poderosos diques: aquellos, haciendo flotar sobre todos los mares su industrioso pavellon, sirvieron de lazo y de intérprete comun á todas las familias dispersas desde un extremo al otro del Asia. Así pues, sin dejar de conservar su carácter propio las naciones del Oriente, y sobre todo la Persia, la India y el Egipto estuvieron unidos por estrechas y frecuentes relaciones que tenian por objeto la religion, las ciencias, el comercio y el gobierno; así tambien la sabiduría de Memfis se ilustró con todos los rayos que le venian de las orillas del Eufratres y del Ganges.

Aun cuando no quiera de buen grado convenirse en los elogios prodigados en todo tiempo al antiguo Egipto, fuerza seria reconocer que esta nacion ocupa un encumbrado lugar en la historia del ingenio humano. A buen seguro que los generosos principios que respiran las costumbres y las leyes modernas no presidieron á la organizacion política del reino de los Faraones, pero la parte siniestra de aquella organizacion era el resultado del espíritu universal de los antiguos pueblos, y la parte de grandeza se convertia bajo la direccion de los sabios en un manantial enérgico y fecundo de gloria y de prosperidad nacional. Castas fuertemente constituidas impedian la igualdad de producirse; y la libertad individual quedaba como ahogada bajo la presion terrible de esta autoridad á que se llama el Estado, cuya fuerza y prerrogativas habian tan prodigiosamente exaltado las sociedades paganas. Pero el Egipto por lo menos, habia consumado hechos dignos de una memoria inmortal, algunos de sus reyes hacian temblar bajo sus plantas una parte del Oriente, y monumentos indestructibles son perennes testimonios de las conquistas que aquellos adquirieron sobre

la naturaleza. Del Egipto tomaron las antiguas naciones de Europa los primeros elementos de su legislacion, y aquel pais guarda en su sepulcro la reputacion del más sabio de todos los imperios que duermen bajo las ruinas de lo pasado.

En medio de este desarrollo intelectual y entre las maravillas de esta civilizacion brillante pasó Moysés todos los años de su juventud, siendo iniciado profundamente en los secretos de la ciencia egipcia. Viviendo en la corte, pudo estudiar el mecanismo de la administracion y el hábil manejo de aquellos ocultos resortes que mueve la mano del poder para defenderse en lo interior y gobernar por defuera, y para establecer y conservar la unidad y la grandeza de un pueblo. Posteriormente la inspiracion vino á depurar aquellos elementos de política puramente humana, darles el carácter de una certidumbre superior é imprimirles finalmente el sello de una sabiduría sobrenatural, colocando así á Moysés sobre todos los gefes de nacion, sobre todos los legisladores y sobre todos los filósofos que han guiado la marcha difícil de la humanidad al través de los siglos. No hay planta de hombre que haya dejado mas hondos vestigios sobre la tierra.

Entretanto Moysés presenciaba un espectáculo triste y desolador, que no tardó en ser para su noble y poderoso genio como una revelacion de sus destinos. Los Hebreos, sus hermanos, gemian en la esclavitud. Dos cosas habian llamado sobre sí el odio y la dureza de los Egipcios, su número siempre en aumento, y la diferencia de su religion. Con el fin de reprimir esa raza que les causaba ya alguna inquietud, y de quitarles al mismo tiempo la idea y la posibilidad de una revuelta, derramaron el duelo y la opresion sobre su existencia: inmoláronse bárbaramente sus hijos al nacer, y toda ella fué sobrecargada de tributos insoportables, sujeta á privaciones crueles, y condenada al mas duro trabajo. Los Hebreos se vieron empleados, como se empleaba entre los antiguos á los extrangeros, á los vencidos y á los cautivos, á construir con afan edificios gigantescos, en los cuales el natural del país tenia por gloria no haber puesto su mano: ellos edificaron, entre otros monumentos las ciudades de Rameses y de Pithom, bajo el látigo y los insultos de sus opresores. La abyeccion de la servidumbre no dejaba de producir entre ellos su efecto; y aunque no disminuia su propagacion y aumento, enervaba su alma, apa-

gando en ella bajo el peso de la miseria el instinto natural de la independencia; por manera que en la noche de aquel sombrío cautiverio ni el menor vislumbre aparecia de emancipacion ni de libertad (1).

Cierto dia Moysés, saliendo del palacio de los Faraones, fué á visitar á sus hermanos, y pudo convencerse por sus propios ojos del exceso de sus sufrimientos y de los indignos tratamientos que se les daban. A su presencia un Egipcio apaleó sin piedad á un Hebreo. Indignado Moysés por accion tan infame, arrojóse como un leon sobre el vil representante de la tiranía, y habiéndose asegurado de que de nadie era visto, le mató, y ocultó el cadáver en la arena. El dia siguiente un nuevo espectáculo le llenó de amarga tristeza; los hombres de su raza no se entendian entre sí, agravando con sus intestinas divisiones la suerte ya tan dura á que les condenaba, la tiranía de sus opresores. Dos Hebreos se llenaban de injurias, llegando á las manos. Moysés se empeñó en reconciliarlos, haciéndoles presente cuan grave mal era su desunion delante del enemigo comun; é informado de parte de quien estaba la sinrazon, « ¿Porqué hieres á tu hermano? » le dijo. — « ¿Qué te importa, respondió el agresor, ¿quién te ha constituido príncipe y juez entre nosotros? ¿Quieres acaso matarme como hiciste ayer con aquel Egipcio? » Esta dura respuesta inspiró algun recelo á Moysés, el cual no creia que el suceso de la víspera se hubiese hecho público y conoció que en adelante no estaria su vida en seguridad. Y realmente informado el rey de la muerte violenta del Egipcio, determinó vengarla en la persona del matador y habia ya dado la órden de buscarle para darle la muerte.

Huyó pues Moysés de la tierra de Egipto y se retiró á la region de Madian al Oriente del Mar Rojo, y no lejos del monte Sinaï. Estaba sentado junto á un pozo descansando y tomando el fresco. Algunas muchachas llevaban allá sus rebaños para abrevarlos, cuando llegaron muchos pastores, y se propusieron echarlas de allí cobardemente. Sin temer el número de sus adversarios y aunque extrangero, el fugitivo protegió generosamente á las jóvenes, é hizo beber á sus ganados. Al volver ellas á la casa de su padre llamado Jethro, sacerdote del pais, preguntóles éste, como venian mas presto de lo acostumbrado. Y res-

pondieron ellas: « Es porque un Egipcio, despues de habernos defendido contra la injusticia de algunos pastores, nos ha ayudado en nuestro trabajo. » « ¿En donde está este hombre? repuso Jethro, movido por semejante fineza ¿porque le habeis dejado partir? Llamadle, y que nos acompañe en nuestra comida.» Moysés recibió gozoso aquella hospitalidad; no tardó en captarse la benevolencia del sacerdote Madianita, que le dió por esposa á Séfora, una de sus siete hijas. Dos hijos le nacieron de este enlace, al primero llamó Gersan en memoria de su peregrinacion sobre una tierra estraña, y llamó al segundo Eliezer para expresar que Dios le habia protegido, librándole de la venganza de Faraon.

La fresca y risueña imaginacion de una muger trazó de esta *juventud de Moysés* un cuadro bello y animado á que dió el nombre de las *Pastoras de Madian.* La célebre escritora abre la escena en el momento en que Moysés, despues de haber herido de muerte al Egipcio, se vé en la precision de huir de Menfis, y refugiarse en el pais de los Madianitas. Para dar mas interés al cuadro, considera al jóven héroe extraviado en el desierto de Sinaï, pues nada tan propio como el desierto para comunicar en cierto modo su inmensidad á los vastos proyectos de una alma grande y entregada á sus propias meditaciones. Rendido del cansancio, se duerme al pié del monte, desde cuya cima habia de ver despues la fulgurante magestad del Señor, y en cuyo lugar le hace tener muy á propósito un sueño profético. Prosigue su camino, y llega al pais de Madian.

Descansa Moysés junto á un pozo, al cual Séfora y sus seis hermanas, hijas de Jethro, gran sacerdote del verdadero Dios, se acercan para abrevar sus rebaños. Esta escena vuelve á conducirnos naturalmente á las nobles y puras costumbres de los antiguos patriarcas. Séfora recuerda aquí á Rebeca y á Raquel. Pone Moysés en vergonzosa fuga á los insolentes pastores, que, conducidos por Ithamar, pretendian robar á aquellas jóvenes, y Jethro, lleno de gratitud, recibe en su casa á Moysés, y le suplica que refiera sus aventuras.

Nada mas natural y oportuno que poner aquí en boca de Moysés la historia actual de su pueblo, las crueldades de Faraon, la opresion de sus hermanos, el prodigio obrado en el rio, á donde fué echado él mismo des-

pues de nacido, y su abandono y casi infalible muerte á no haber intermediado la compasion de Thermutis, la hija del rey, la cual, prendada de sus gracias, le adoptó por hijo, y tomó el cuidado de su educacion en su propio palacio.

Descúbrense ya los destinos del futuro legislador. Moysés marcha con los Israëlitas á sacrificar en el desierto, y allí reconoce á sus verdaderos padres. Vuelve á Thermutis, y declara á la princesa su resolucion de vivir con ellos. Aquí la piadosa escritora, para dar mas interés al jóven hebreo y á la poderosa influencia de su palabra, forma de la princesa una conquista para el verdadero Dios, circunstancia que no se halla en el texto sagrado, pero que puede suponerse sin contrariarlo. La princesa manifiesta su dolor en tener que separarse de Moysés, pero éste permanece inflexible en su resolucion. Empieza ya la envidia y la murmuracion de los Hebreos contra su bienhechor, pasiones mezquinas de un pueblo degradado, que tanto dieron que sufrir á Moysés durante su penosa peregrinacion por el desierto, al cual tiene que refugiarse por haber asesinado á un Egipcio para librar de su tiranía á un hijo de Israël.

Para realzar mas el caracter del héroe con la risueña pintura de los castos é inocentes amores de Moysés y de Séfora, mezcla la poetisa un nuevo y doble triunfo de éste sobre un tumulto del pueblo Madianita amotinado contra él, y apaciguado con una arenga de Jethro. Y este mismo pueblo que excitado por Ithamar, atentaba contra la vida del extrangero, le lleva despues en triunfo por haber muerto á un leon. Ved ahí una doble victoria de Moysés sobre una fiera y sobre la fiereza, mas indómita y temible casi siempre, de una muchedumbre amotinada.

Con la descripcion de esta aventura forma contraste despues la fiesta religiosa de la garba sagrada, fiesta tomada de las costumbres agrícolas de aquellos pueblos que habian adelantado ya un grado mas sobre los pueblos puramente pastores. A esta risueña perspectiva se añade la llegada de Memfis del mensagero que trae el permiso de los padres de Moysés para enlazarse con Séfora, y además regalos á ésta de parte de la princesa. Ithamar sin embargo, tenaz en su odio contra Moysés, consulta al adivino Balaam como perderle. Pero la última conjuracion tramada contra el jóven hebreo, es tambien otro triunfo de este, pues los conjurados

caen sin aliento á sus piés, triunfo que prepara el bello instante de la felicidad de Moysés, enlazándose con la tierna y graciosa Madianita á la que habia elegido su corazon; dichoso en escoger á la que le habia escogido á él por suyo. Tal es el sucinto plan de la *Juventud de Moysés*, de cuya preciosa produccion omitimos transcribir algunos fracmentos en gracia de la brevedad.

Por largo tiempo la vida de Moysés discurrió sencilla y apacible. Cuidaba de los ganados de su suegro, conduciéndoles hasta las orillas del Mar Rojo y á lo largo de los vallados del Horeb y del Sinaï. El Horeb y el Sinaï, dos cimas de la misma montaña, descollando sobre las otras montañas que cubrian la Arabia, como enormes tiendas levantadas por un ejército de gigantes; vastas llanuras de áridos arenales que el viento del sudoeste arroja delante de sí por masas formidables, como ondas de un océano sin orilla; entre estas montañas y aquellas llanuras líneas de verdor, tamarindos, espinosas acacias, y mas allá caminos escarpados y angostos desfiladeros; por de sobre un cielo de fuego, profundo y sin nubes; al rededor lejanos horizontes, caprichosos y severos, las imponentes escenas de la soledad, un silencio nunca interrumpido; en el seno de esta grandiosa naturaleza paseaba Moysés su ciencia egipcia y las meditaciones de su genio: allí tomaba colorido la imaginacion del escritor, y se formaba el varonil carácter del futuro libertador de los Hebreos. Porque hasta cierto punto el alma humana toma el tinte de los lugares que habita, y hay en nuestras facultades mas independientes cierta parte impresionable en la cual resuenan armónicamente todas las impresiones recibidas por los órganos, y en donde se deja vivamente sentir la influencia simpática del dia que nos alumbra, del suelo que nos sostiene, de las diversas condiciones entre las cuales se desliza nuestra existencia. No es esto decir que Moysés encontrase en la sola contemplacion de la naturaleza y en sus solitarias meditaciones todo el secreto de su mision y de su poder extraordinario; no, esto le vino de lo alto. Queremos significar tan solo que allí, en aquel desierto magnífico é inspirador halló aquellos elementos de feliz acierto que la Providencia en realidad no siempre exige de los hombres que para sus designios ha escogido, pues que para nada los necesita; pero de los cuales se digna servirse de ordinario á fin de honrar en cierto

modo el trabajo y el valor de sus criaturas inteligentes y libres, dejándoles que pesen algun tanto en la balanza de sus eternos consejos. Acostumbra, por fin, abrirse al través de las cosas de la tierra sendas asaz imprevistas y sorprendentes para que las almas sinceras y rectas no confundan el resplandor incomparable de sus obras con los tímidos destellos del genio del hombre.

Muchos años habian ya transcurrido que Moysés vivia en aquel obscuro aislamiento donde las almas varoniles adquieren una concentrada energía que las hace imperiosas y soberanas, dándoles seguridad de sí mismas, y de consiguiente un dominio irresistible sobre las demás. Cierto dia habia conducido los rebaños de su suegro hasta las faldas de Horeb. De repente una viva y suave llama salió de en medio de una zarza que permanecia ardiente é incombustible. Sorprendido de vision tan inesperada, « Voy á ver, dijo, de mas cerca esta maravilla y como no se consume la zarza. » Y al acercarse, salió de en medio de la llama una voz que llamaba á Moysés. «Aquí me tienes» respondió él, y se le dijo entonces: «No te acerques mas: Quítate el calzado, porque la tierra que pisas es santa. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. » Cubrióse Moysés el rostro, temblando de respeto y sobrecogido de un religioso terror no osaba levantar los ojos hácia el punto donde se dejaba percibir la voz de Jehová. « He visto la tribulacion de mi pueblo en Egipto, dijo la voz, yo he oido sus clamores á causa de la dureza de los que vigilan en sus trabajos. Y conociendo todo el fondo de su afliccion he descendido para libertarle de las manos de los Egipcios, y hacerle pasar de aquella tierra á otra region fértil y espaciosa, de la que mana leche y miel, al país de Canaan..... He visto como los hijos de Israël son oprimidos de los Egipcios; ven pues tú: yo te enviaré á Faraon, á fin de que hagas salir del Egipto á mi pueblo, los hijos de Israël. » Esta llama y estos acentos, misterioso y formal indicio de la vocacion de Moysés, ¿no son la imágen de la luz regularmente repartida á cada uno de nosotros para guiarle en el camino de la vida, y el símbolo expresivo de esta voz fatídica que resuena en el fondo de la conciencia de los hombres superiores, los llama á las grandes empresas, y los precipita en la senda de su fatigoso porvenir?

Con todo, Moysés tiembla desde luego de acceptar sobre sí el cargo que se le acaba de imponer. Las dificultades se presentan á tropel á su pensamiento y exclama: «¿Quién soy yo para ir á Faraon y sacar del Egipto á los hijos de Israël?» — «Yo estaré contigo, dice el poderoso interlocutor, y esta será la señal de tu mision: cuando habrás sacado á mi pueblo de Egipto, ofrecerás sobre este monte un sacrificio á Dios.» — «Yo iré pues á encontrar á los hijos de Israël, respondió Moysés, y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros. Pero si me preguntaren cual es su nombre, que les diré?» — «Yo SOY EL QUE SOY; contestó el Señor á Moysés, y les dirás pues: EL QUE ES me ha enviado á vosotros. Este nombre tengo yo en mi eternidad, y con éste se hará memoria de mí en toda la serie de las generaciones.» Moysés dió á conocer sus temores de que sus hermanos los Israëlitas no le creerian sobre su palabra, y que no podria captarse su confianza. Cuando la voz le hubo confortado, mandando á la naturaleza y obrando delante de él prodigios manifiestos, insistió todavía, objetando en especial su pronunciacion naturalmente lenta y embarazosa que le favorecia muy poco para mover y arrastrar la multitud. «¿Quién pues ha formado la boca del hombre? repuso Jehová, ¿quién ha formado al mudo y al sordo, al que es ciego y al que no lo es? No soy yo? Anda pues, que yo estaré sobre tus labios y te enseñaré lo que debes decir.» Moysés tenia un hermano mayor llamado Aaron que se expresaba con soltura: y que le fué prometido como auxiliar. Desde entonces desapareció su timidez, cesaron sus dudas, y entró con firme resolucion en la carrera que se abria delante de él.

Pero ¡cuantos obstáculos le quedaban que vencer aun! Los hombres aletargados en la servidumbre no gustan de grito alguno que les dispierte de su letargo; y si á la voz de algun libertador generoso se levantan para volver á echarse sobre sus soporíferas cadenas, es para volver á entregarse á los piés de la tiranía en brazos de un sueño del cual les es penoso salir. Tales eran los Hebreos, enervados por la esclavitud y embrutecidos por las groseras supersticiones del Egipto, cuyo escándalo permanente tenian siempre á la vista. Además, al lado de la muelle indolencia y tal vez prevenciones de sus hermanos, debia encontrar Moysés el poder y la hostilidad de sus señores: solo, sin recursos de

ningun género, sin poder echar mano ni aun de los primeros elementos de accion que proporciona siempre un pueblo que tiene una patria, una organizacion, una vida propias, ¿que podia él contra todo un imperio apoyado en la fuerza, en el vigor de sus instituciones y en todos los medios materiales de buen éxito.

Luego despues de la vision de Horeb, fuése Moysés á encontrar á su suegro y sin confiarle su secreto, manifestó únicamente el deseo de visitar á los Hebreos en su lastimosa servidumbre. Consintió Jethro en esta demanda, y Moysés tomando á Séfora su muger y á sus hijos, les hizo subir sobre un jumento y se dirigió hácia el Egipto. Pero á poco trecho, debió Séfora regresar á Madian, ya sea porque la debil muger no se sintiera con fuerzas bastantes para emprender tan largo viaje al través de la soledad con sus dos hijos, ya sea porque Moysés creyó deber sacrificar las muelles dulzuras y los embarazos de la familia para reservarse toda la independencia que consigo lleva el aislamiento, y toda la plenitud de accion que su grande ministerio reclamaba; pues cuando el hombre se halla empeñado en estos proyectos heróicos y en esas luchas fecundas, cuyo buen éxito pertenece en definitiva al que posee la comprension tan firme como la voluntad, no le queda ya otra vida que la de su cabeza; hasta sus mismas afecciones aparecen como actos de inteligencia y no como movimientos del corazon; tomando las proporciones y el caracter de sus pensamientos, y se observa cual van debilitándose en él y extinguiéndose gradualmente aquellos dulces é íntimos sentimientos que son el rico tesoro de mas modestas existencias y el inexplicable embeleso del hogar doméstico.

Moysés volvió á ver á su hermano Aaron y le informó acerca de sus proyectos: despues los dos penetraron en Egipto, y se descubrieron á los ancianos de Israël. Los viejos gozaban entre el pueblo de una elevada reputacion, se les tenia una absoluta confianza, y en cuanto lo permitian las circunstancias, nada se hacia sin su consejo. Además, algunos de ellos vigilaban en los trabajos de sus hermanos, pues existia una cierta gerarquía en la servidumbre. Los Egipcios, representantes del poder y ejerciendo una vigilancia general, escogian entre los Hebreos comisarios responsables de todos los delitos prevenidos por el código de la tira-

nía, y que se cometiesen en los grupos que estaban bajo sus órdenes respectivas; y estos privilegiados de la esclavitud eran generalmente ancianos y gefes de familia. A estos pues se dirigió ante todo Moysés, y les convenció de su mision, haciendo inclinar las leyes de la naturaleza al mágico imperio de su palabra. Acogieron ellos favorablemente esas promesas de libertad como el navegante hundido en las sombras de la noche y de la tempestad concentra toda su esperanza en algun resplandor lejano de serenidad que le viene del fondo del horizonte.

Los dos hermanos fueron pues á encontrar al príncipe que reinaba entonces en el Egipto y que se cree ser el Ramsés V de los monumentos y el Amenofis III de los cronologistas, y le invitaron á que dejase salir pacíficamente de su reino á los Hebreos. Pero Faraon los volvió á enviar con dureza á los trabajos de la servidumbre, y les increpó el esparcir por entre el pueblo ideas subversivas. «La raza de los Hebreos se multiplica prodigiosamente, dijo á sus oficiales, y ya veis como ha crecido: ¿qué será pues si se la deja en reposo?.... Poco trabajo se les ha impuesto aun, y por esto murmuran. Agráveseles pues el yugo, y que lo sufran, y así no darán oidos á embustes.» En efecto tan pesada fué la carga que se impuso á los oprimidos, que se vieron luego materialmente imposibilitados de soportarla. Los capataces de ellos encargados de vigilar en los varios destacamentos, y á quienes se imputaba el no cumplir con las órdenes del gobierno, fueron el blanco de las injurias y de la crueldad de sus gefes egipcios. En vano dirigieron á Faraon las mas justas y sentidas quejas: la tiranía nada cede de su cruda barbaridad. Y se volvieron contra Moysés deplorando su desgraciada intervencion que solo habia conseguido hacer mas pesadas sus cadenas. Probó el libertador reanimar todos estos ánimos abatidos; prometióles de parte de Jehová que saldrian por fin de la prision del Egipto, arrancados de la servidumbre por la fuerza del brazo divino y por los golpes terribles de la celeste justicia. Mas sus corazones amargados por la angustia, se cerraban tristemente á toda esperanza.

Moysés pareció de nuevo delante de Faraon para desplegar aquella vez el milagroso poder de que su mision le habia revestido. La dócil naturaleza obedecia á un gesto de su mano, los elementos se trastornaban á una palabra emitida de sus labios, los prodigios brotaban debajo de sus piés:

desencadenó sobre el Egipto los mas formidables azotes: diez plagas sucesivas sumieron á sus habitantes en el terror y en la consternacion. Azorado y vencido el rey dió palabra de dejar partir á los Hebreos; pero despues, suspendida la cólera del cielo, retractaba las concesiones que le habia arrancado el miedo. Por largo tiempo hizo á los oprimidos el juguete de su doblez y de sus contradicciones; pero todo se preparaba para un próximo desenlace. Las justas reclamaciones, las súplicas y las amenazas eran igualmente desatendidas. Moysés recibió la órden de aterrar al enemigo con un golpe postrero y decisivo. Prescribióse á todos los Hebreos que inmolasen un cordero en cada familia el dia catorce del décimo mes, y la sangre de la víctima debia salpicar la puerta de todas las casas en donde se hubiese celebrado este sacrificio. Debia celebrarse la comida ceñidos los lomos, puesto el calzado en los piés y un báculo en la mano, á guisa de viajeros prontos á ponerse en camino: éste venia á ser como el festin de partida. Moysés invitó asimismo á todos los Hebreos á que pidiesen á sus señores vestidos, vasos de oro y de plata y otros objetos preciosos, como exigiendo cada cual una contribucion de su vecino: este era el salario de los largos trabajos que los hijos de Israël habian prestado á viva fuerza, y que la iniquidad de sus tiranos habia dejado sin recompensa.

Terrible fué la noche en que se celebró este misterioso banquete. En medio del silencio y de las tinieblas, el angel del exterminio recurrió el Egipto descargando un golpe de muerte sobre cada familia, sin perdonar sino las casas señaladas con la sangre preservadora. Desde el hijo de Faraon colocado en las gradas del trono, hasta el hijo de la esclava que gemia en su prision, todos los primogénitos perecieron á la vez. El pais entero se conmovió profundamente y exhaló un gemido inmenso de dolor. «Idos, dejad á mi pueblo» exclamó el monarca despavorido. Y los Egipcios clamaron con él: Que partan, ó sino, moriremos todos... Los preparativos estaban ya hechos: los Hebreos se pusieron en camino con las armas en la mano, llevando sobre sus hombros vestidos y víveres, conduciendo numerosos rebaños y ricos bagajes Esta multitud se componia de seiscientos mil hombres, sin contar las mugeres, los niños y los indígenas que les siguieron, y fueron despues incorporados á la na-

cion. Tan grandioso acontecimiento no podia escapar á la historia: hállase, aunque alterado, en los viejos relatos de autores profanos, y está largamente descrito en los libros sagrados del pueblo Judío que recuerda anualmente su imperecedera memoria por medio de una fiesta instituida treinta y tres siglos hace.

Habíase fijado á Ramasés en la region de Gessen, sobre el brazo oriental del Nilo por punto de reunion general. De allí debia partir la expedicion en los primeros dias de primavera. Caminaba en muy buen órden, dividida por tribus y por familias: llevaba consigo los huesos del gran patriarca José, el cual al morir habia pedido que no dejasen sus cenizas en tierra estraña, sino que fuesen trasladadas á la tierra que estaba prometida á su descendencia.

Moysés no se dirigió á la tierra de Canaan por el istmo de Suez que era el camino mas corto, por temor de no verse colocado entre dos enemigos formidables, los Filisteos y el Egipto. De otra parte, era tal vez necesario borrar y destruir en el pueblo hebreo la memoria y el gusto de los objetos depravados en medio de los cuales habia vivido: disciplinarle y formarle un espíritu nuevo lejos de todo comercio con los Estados ya constituidos, á fin de nohacerle tomar sosegado asiento en su futura patria hasta el momento en que su fuerza de accion y de resistencia quedase completamente organizada, ó que se hallaria él mismo constituido y robusto por las formas políticas que debian proteger su religion y su nacionalidad. Por esto aquel ejército en vez de avanzar en la direccion del oriente y del norte, descendió hácia el sud, acampando primero en Soccoth, despues en Etham, y acercándose al Mar Rojo. Una especie de densa nube en forma de columna guiaba á los viajeros durante el dia, y tornaba luminosa durante la noche. Sus movimientos eran la señal de partida y marcaban el término del viaje, pues con ella paraban. Siguiendo estas indicaciones Moysés volvió por medio de una marcha circular por el ladode sus perseguidores, como si no hubiese querido dejar el Egipto, y se internó entre la orilla occidental del Mar Rojo y una cadena de montañas que se extendian paralelamente. Esta ruta estaba en oposicion con toda apariencia de habil direccion; pero Moysés no hacia mas que obedecer al invisible caudillo que desde lo alto de los cielos dirigia la for-

tuna de Israël. Habia sonado á sus oidos este oráculo: «Faraon va á decir de los hijos de Israël: estrechados están del terreno, y como aprisionados en el desierto. Y endurecido de corazon, los perseguirá: yo seré glorificado en él y en todo su ejército, y conocerán los Egipcios que yo soy el Señor.» En efecto el monarca y sus consejeros vueltos en sí de la primera sorpresa, dijeron: «¿Que hemos hecho, dejando partir á Israël esclavo nuestro?» Faraon reunió pues á toda prisa su ejército, sus carros de guerra y sus mas hábiles gefes, y se puso en marcha rápidamente siguiendo las trazas de los fugitivos, alcanzándolos cerca la orilla del mar, y en verdad, á causa de la posicion que habian tomado pudo creer que les quitaba toda retirada, y los tenia como cogidos con su mano.

Cuando descubrieron los Hebreos la caballería, los carros y todo el ejército de Faraon, quedaron aterrados, pues tenian mas costumbre de obedecer como esclavos que de defenderse como soldados. Su misma pusilanimidad les hizo ingratos, pues dirigieron insensatas reconvenciones á su generoso libertador: «¿Acaso no habia sepulcros en Egipto? ¿Preciso era conducirnos aquí para morir? ¿Qué os propusisteis en sacarnos de allí? No os decíamos entonces por ventura: dejadnos servir á nuestros amos? ¿No valia mucho mas vivir esclavos suyos que perecer en el desierto?» Moysés le contextó con calma, asegurándoles una pronta y brillante victoria.

En efecto, despues de un íntimo coloquio con Jehová, ál movimiento de la nube que se colocó entre los dos campamentos, Moysés extendió sus manos sobre las ondas. Abriéronse al instante, y replegándose por sus dos lados á la vez, abrieron á los piés de los Hebreos una nueva senda. Un viento abrasador y violento secó y endureció el fondo de aquel abismo inesperado, en el cual se precipitaron hombres, mugeres y niños y se verificó el paso durante toda aquella noche. Al despuntar el dia los Egipcios, viendo que se les escapaba el enemigo, lanzáronse furiosos sobre sus huellas, y tomaron el mismo camino. Mas muy pronto cundió el desorden por todas sus filas, y se levantó un grito de espanto. Desde la orilla oriental del golfo, en donde su pueblo se hallaba ya en completa seguridad, Moysés levantó por segunda vez la mano sobre las aguas; y aquellas líquidas y enormes montañas, que detenidas por una fuerza invisible, habian vis-

lo pasar á los Hebreos sin devorarlos, desplomáronse por sí mismas para tomar su nivel. Atacados de improviso, fuera de sí de terror, perdidos en una confusion inesplicable, los Egipcios perecieron miserablemente, y sus cadáveres fueron arrojados sobre las orillas del mar, como ruinas que Dios habia hecho para castigar el orgullo de un despotismo brutal, y vengar las lágrimas de los oprimidos.

Este singular é interesante pasage del libro del Exodo merece ser rápidamente presentado con las galas de la poesía; y para ello nos ofrece bella oportunidad el fragmento de una magnífica composicion poética que bajo el título de DIOS se publicó años pasados en uno de los números de la *Revista de Madrid.*

I.

Siguiendo la nube tristísima, oscura
Dó marcha entre sombras envuelto Jehová,
Sus pasos el pueblo de Dios apresura;
Su planta al cansancio cediendo va yá.
Los rayos primeros del alba naciente
A Ethám, entre arena, le vieron dejar;
El rayo postrero del sol de Occidente
Lo mira en Magdalo, y al frente del mar.

II.

Terrible cual banda de hambrientos milanos
Se mira á lo lejos la egipcia legion;
Y el pueblo murmura.... cruzadas las manos,
La frente en el polvo, sin fé el corazon.
Moysés lo escuchaba, callado, afligido,
Buscando consuelos á tanto dolor;
Va á hablar... mas silencio! que lenta en su oido
La voz tremebunda sonó del Señor.

III.

Escucha estasiado... sus ojos, su frente

Brillaron de nuevo con rayos de fé;
Y en tanto la noche con paso inclemente
Tendiendo sus sombras pacíficas fué.
Moysés la partida con voz poderosa
Ordena á su pueblo cansado, mas fiel,
Y en medio el desierto, su marcha penosa
Prosiguen los hijos del Dios de Israël.

IV.

Espíritu puro del coro divino,
Cual rayo olvidado del fúlgido sol,
Un ángel del cielo mostraba el camino,
Tiñendo las sombras del blanco arrebol.
La turba israelita callada marchaba:
Lanzando á lo lejos terrible esplendor,
Flamígera, ardiente la marcha cerraba
La inmensa columna dó habita el Señor.

V.

Y marcha! el mar Rojo sus olas estiende,
Que mugen cual lava de ardiente volcan;
La vara sagrada la admósfera hiende,
Y dócil acude soberbio uracan.
Luchando terrible con aguas de fuego,
Las lanza en montañas su furia á la par,
Y siguen las tribus, y bajan.... y luego
Recorren las sendas del cóncavo mar.

VI.

Cubriendo los flancos, formado en dos muros
El piélago inmenso tranquilo se vé;
Del alta ribera los lindes oscuros
Ya tocan las tribus con rápido pié.
La egipcia falange se acerca... el rey mismo

Corriendo la senda que hollaba Israël
Vacila aterrado... mas sigue: el abismo
Retiembla á los pasos del regio corcel.

VII.

En pos los bridones tascando su freno,
Los carros pesados, los ídolos van;
El rayo en las alas desciende del trueno;
La mar es ya un negro terrible volcan.
Inundan la senda las olas que caen,
Cual montes, al soplo de ardiente huracan:
Horribles gemidos los ecos me traen;
Corceles y carros y gefes, dó están?

Dó están, cielos! mi vista no advierte
Sino luto en la tierra y horror;
Solo truenos y rayos y muerte
Junto al trono de luz del Señor.

Los libertados ya de sus cadenas se pusieron en marcha, pero la soledad extendia delante de ellos sus espacios, y lo que mas les atormentaba era la sed. Por fin al tercer dia llegaron á un lugar que tomó el nombre de *Mara*, es decir, amargura, porque solo encontraron allí una mala agua. Sin embargo Moysés la convirtió en dulce y agradable, arrojando en ella un madero que le fué indicado por el Señor. En Elim, algo mas lejos, acamparon al rededor de doce cristalinos manantiales, que brotaban á la sombra regalada de setenta palmeras. Y no dejando nunca la costa del mar, llegaron al desierto de Sin. Faltaban los víveres á los viajeros, pero les fué dado por el cielo un nuevo alimento: tal era el maná, que era blanco, del tamaño de la simienta del cilantro, y su sabor como torta de flor de harina amasada con miel. Caía de noche, y cubria la tierra como una capa de nieve. Debia recogerse temprano y todas las mañanas, pues se derretia al sol y se alteraba pasado un dia, á excepcion de la víspera del sábado, en la cual estaba ordenado recoger una doble racion que se con-

servaba incorruptible hasta la tarde del dia siguiente. Alimento lleno de dulzura y de misterio, símbolo expresivo de este otro pan venido de los cielos para reanimar las fuerzas y la esperanza en las almas fatigadas de este viaje que se llama la vida, y sostener la naturaleza humana en esta marcha militante hácia la tierra prometida de la Eternidad!

Tomaron el camino de Sinaï, es decir, que se hundieron mas y mas en las vastas soledades de la Arabia, desviándose del camino que conduce de Ramasés al pais de Canaan; pero fuerza era seguir la columna que regulaba todos los movimientos del ejército. En Rafidim, no lejos de Horeb, se hizo sentir la falta de agua. Moysés, agoviado de increpaciones y hasta de amenazas, invocó á Dios, su único y poderoso recurso, é hirió con la varilla que en la mano llevaba un peñasco árido, de donde chorreó un manantial abundante. Muéstrase aun en el dia á los que visitan aquellas regiones la piedra pue se entreabrió docilmente á las órdenes de Moysés para apagar la sed de todo un pueblo.

Este flujo de hombres que inundaban el desierto no dejaba de ser para las tribus vecinas un motivo de inquietud, las cuales temian verles fijar su domicilio muy cerca de ellas, ó tal vez en su propio suelo. Una considerable partida de Amalecitas hostilizaban á los Hebreos, los que sufrieron crudos y repetidos ataques. Diose una seria batalla cerca de Rafidim, encargándose el mando del ejército á Josué, jóven y valiente caudillo, que debia suceder á Moysés y que reportó una victoria por largo tiempo disputada: y si bien la intrepidez de Josué obró prodigios, el buen éxito se debió á las súplicas de Moysés, que durante la lucha, tenia las manos sin cesar levantadas hácia el cielo. Pues aunque sea evidente para toda alma recta la intervencion de Dios en las cosas humanas, con todo jamás tan vivamente resplandece como en los percances de la guerra, en donde la victoria ha mas de una vez resistido al genio, y hecho traicion á la fuerza y al número de los batallones. Asi Dios se ha dado á sí mismo el nombre de Dios de los ejércitos, y todos los pueblos le han en alguna manera saludado con este título de gloria, colgando de las bóvedas de los templos los estandartes conquistados, y esplicando las vicisitudes de su fortuna militar por lo que llaman el azar de los combates.

Jethro, el suegro de Moysés, habia sabido desde su morada de Madian

la marcha victoriosa de los Hebreos. Queriendo visitar á su yerno, se puso en camino, siguiéndole Séfora y sus dos hijos. Llegado cerca de Horeb, envió á decir al Libertador: «Jethro, tu pariente, viene á visitarte, con tu muger y tus hijos.» Moysés fué á recibirlos: inclinóse profundamente delante del sacerdote Madianita, y abrazándose con efusion, se manifestaron tiernamente mutuos deseos de prosperidad. Cuando Jethro supo el pormenor de los prodigios que habian acompañado la liberacion de los Hebreos, quedó transportado de admiracion y ofreció un sacrificio al Eterno en accion de gracias, reuniéndose toda la familia en un religioso festin. Por los consejos de su suegro, Moysés se desprendió de algunas de las laboriosas funciones que ejercia; nombrando jueces para conocer de las diferencias y administrar justicia reservándose únicamente la direccion general de los negocios. Tranquilo ya en adelante acerca la suerte de los Hebreos, ocupóse en constituirlos en cuerpo de nacion, y en crear asimismo en la parte que á su inspeccion le habia dejado la Providencia, una obra, que ninguna revolucion ha podido hasta ahora aniquilar.

Tres meses habian transcurrido desde la salida de Egipto, y un dia de marcha llevó á los viajeros á los valles que se extienden al pié del Sinaï. Estableciése entre Dios y Moysés un íntimo comercio. El Señor se dignaba hablarle boca á boca como un amigo habla á otro amigo. Llegado era el momento de reanimar la llama casi extinta de la revelacion primitiva, de alentar y restablecer la conciencia humana desconcertada y perdida en la noche de la idolatría, y de consolidar firmemente en medio de los siglos el punto de apoyo sobre el cual debia levantarse mas tarde el edificio inmortal que tiene por nombre la Iglesia.

Despues de haber reunido á los ancianos, les comunicó Moysés el plan divino, y despues dijo á los Hebreos de parte de Jehováh: «Ya sabeis lo que he obrado en el Egipto, de que manera os he traido cual águila sobre mis alas, y os he tomado por mi cuenta. Ahora bien, si escuchareis mi voz y observareis mi pacto de alianza, sereis para mí entre todos los pueblos la porcion escogida, ya que mia es toda la tierra. Y sereis vosotros para mí un reino sacerdotal, una nacion santa.» Y todo Israël consintió en lo que se le proponia. Verificáronse entonces los preparativos

del contrato solemne que iba á intervenir entre Dios y la criatura. Moysés transmitió al pueblo la órden de purificarse y de estar aparejado para el tercer dia. Al pié de la montaña se marcaron los límites que debian guardar el terror y el respeto y se reservaba la muerte al que los hubiera traspasado.

Por la mañana del tercer dia el sordo estallido del trueno retumbó sobre Sinaï el cual quedó envuelto en una densísima nube: los rayos rasgaban aquellas tinieblas palpables, y un sonido atronador como de una bocina se mezclaba con los bramidos del trueno. El pueblo, aterrado, salió de su acampamento. Toda la montaña humeaba como una inmensa hoguera, cual si el Eterno hubiese descendido en un trono de fuego. Y en medio de este formidable concierto, entre aquellas cumbres que retemblaban oprimidas por la magestad de Jehováh, cuya faz ardiente fulguraba rayos de gloria, dejóse oir una voz que proclamaba el poder y la voluntad de Dios, los deberes de los hombres y sus derechos recíprocos: en una palabra, las leyes protectoras del órden y de la civilizacion.

«Yo, Jehováh, soy tu Dios, que te he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí. No labrarás para tí imagen alguna, ni simulacro de lo que hay en el cielo, ni sobre la tierra, ni en las aguas de bajo la tierra, para encorvarte delante de él y adorarlo. Yo soy el Señor, Dios tuyo, el fuerte, el celoso, que castigo la maldad, y uso de misericordia con los que me aman, hasta largas generaciones... No tomarás en vano el nombre de Jehováh, tu Dios... Acuérdate de santificar el dia del descanso.... Honra á tus padres, á fin de que vivas largo tiempo sobre la tierra.... No matarás.... No cometerás adulterio. No hurtarás. No levantarás falso testimonio.... No codiciarás la casa de tu próximo, ni desearás su muger, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen.» Tal es el Decálogo.

A vista de tan imponente escena, al estruendo de los turbados elementos, el pueblo permanecia apartado del Sinaï, en un estremecimiemto mezclado de respeto y de terror. «Háblanos tú, decia á su gefe y te escucharemos; pero que no nos hable el Eterno pues tememos morir.» Moysés, despues de haber calmado el sobresalto del pueblo, acercóse á la montaña, penetró en la terrible obscuridad que cubria su cumbre, en donde estaba

Dios. Ordenes mas precisas, reglamentos mas extensos le fueron comunicados para fundar la constitucion política de los Hebreos, y ponerla en armonía con los principios de libertad, de igualdad y de fraternidad en la medida con que estos principios, que bien entendidos son los elementos de toda buena institucion humana, podian entonces admitir aplicacion. Todos los Israëlitas debian ser libres; pues el mismo Dios los habia emancipado rompiendo las cadenas que habia remachado en sus brazos el cruel Egipto; y de otra parte estaban todos igualmente protegidos por la ley en su actividad personal, en su reposo y en su propiedad. Ninguna distincion arbitraria, ningun odioso privilegio debia poner una parte de la nacion bajo el duro mando ó el menosprecio de la otra; y todo conducia á establecer la igualdad natural que, sin perjuicio del órden gerárquico, indispensable en toda sociedad bien constituida, debe reinar en un pueblo mas ó menos directamente gobernado por la voluntad soberana de Dios. La pena del talion debia amenazar anticipadamente todas las injusticias, á fin de garantir eficazmente todos los derechos; pero el gran precepto de la fraternidad no era desconocido, alomenos fuera de la guerra, que era siempre cruel, y con respeto á los ciudadanos y á los extrangeros que pusieran su planta pacífica sobre el suelo de aquella nacion.

« Cuando llegue el año séptimo dejarás holgar la tierra para que tengan que comer los pobres de tu pueblo, y lo que sobrare, sirva de pasto á las bestias del campo: lo mismo harás con tu viña y tu olivar..... No molestarás al extrangero, pues ya sabes sus angustias, tú que fuiste esclavo en Egipto.... No harás daño á la viuda y al huérfano.... Si prestaras dinero al necesitado, que mora contigo, no le has de apremiar como un exactor, ni oprimir con usuras. Y si recibieres de tu próximo un vestido en prenda, se lo devolverás antes de ponerse el sol; puesto que no tiene otro con que cubrirse ni abrigarse, ni con que dormir.... No hablarás mal de los jueces, ni maldecirás al príncipe del pueblo. No serás perezoso en pagar tus diezmos y tus primicias.... No guardarás hasta el dia de mañana el salario del jornalero.... No hablarás mal del sordo, ni harás tropezar al ciego.... No obrarás la iniquidad, ni juzgarás injustamente ni por piedad para con el pobre, ni por consideracion para con el rico.... No serás calumniador, ni maldiciente. No seas vengativo ni con-

serves el recuerdo de las injurias.... Levántate de respeto ante las canas, y honra al viejo.... No tuerzas la justicia, huye de la mentira....» Moysés transmitió todas estas palabras al pueblo, el cual respondió á una voz: «Cumpliremos lo que dice el Señor.»

Pero volviendo á subir Moysés en seguida sobre la montaña, en donde pasó cuarenta dias; el pueblo, siempre ligero y voluble, se cansó de aguardar, y se quejó en términos, que denotaban lo que el sagrado historiador llama una dura cerviz y un corazon grosero. Levántate, dijo la turba á Aaron, haznos dioses que vayan delante de nosotros, pues no sabemos lo que se ha hecho de Moysés, el hombre que nos sacó de Egipto.» Aaron se creyó casi compelido por tan vivas instancias, y temió no obedecer. «Quitad, dijo, los anillos de oro que llevan en sus orejas vuestras mugeres, vuestros hijos y vuestras hijas, y traédmelos.» Y de ellos se formó un ídolo sobre el molde del buey Apis, adorado de los Egipcios. El becerro de oro fue colocado en un altar: inmoláronse víctimas en honor suyo, y las danzas y festines terminaron la sacrílega ceremonia. Entretanto bajaba del Sinaï Moysés, llevando dos tablas de piedra en las que estaba gravado el Decálogo. Al acercarse al campo, percibió el tumulto y los clamores, vió el ídolo y las danzas del pueblo. En su indignacion hizo pedazos las tablas de la ley, redujo á polvo el vano simulacro del dios que Israël se habia forjado, y exclamó: «Quién está por el Señor! quien se junta á mí!» Al momento se vió rodeado por los hijos de Leví, hombres de su tribu, los cuales, espada en mano, castigaron de muerte á muchos millares de sus hermanos. En aquellos tiempos de costumbres nuevas, y entre aquellos pueblos rudos é incultos todavía, el derecho tenia necesidad de llamar en su socorro á la fuerza para que desplegare enérgicamente toda su actividad y aparato á fin de intimidar á la injusticia poco sensible á la santidad del deber y á la autoridad moral de la ley. Menester eran largos siglos, una religion que respirase toda mansedumbre, muchos sufrimientos y esfuerzos para desplegar en las masas habitudes intelectuales y sentimientos superiores, que diesen por resultado el descrédito de la fuerza brutal y el respeto y la conciencia de la vida humana. Esto es lo que explica el caracter violento de las sociedades paganas, los duros trabajos del Evangelio en su infancia, las guerras religio-

sas de la edad media, la severidad de las medidas que se desplegaron hasta en apoyo del Cristianismo, y esta tolerancia sistemática que distingue en general las sociedades modernas, y que á pesar de ser producida en gran parte por un espíritu de tibieza y de indiferencia, cubrirá sin duda á los ojos de la posteridad una parte de las faltas y de las desgracias de nuestra época.

Además, prescindiendo aun de las observaciones indicadas y que nacen de la enorme diferencia de época y de circunstancias, fuerza es convenir que en aquella ejecucion terrible no hubo ni injustia ni crueldad. Dios por su ley habia prohibido la idolatría bajo pena de muerte: los Israëlitas se habian sometido á ella y Dios podia hacer que pereciesen todos los culpables. Con todo, el castigo no cayó sino sobre unos tres mil apóstatas, segun afirman los mas graves expositores (2), los mas pertinaces en su rebeldía, que ébrios en su disolucion y desenfreno, perpetuaban, aun despues de haber vuelto Moysés, el escándalo en el campamento. Arrojóse sobre ellos un numeroso cuerpo de Levitas armados, mientras que lo restante del pueblo, reconociendo su falta, volvió á entrar en la senda del deber. El escarmiento pues se limitó á un reducido número con respeto á mas de un millon de culpables que quedaron perdonados. Por este golpe de rigor y de autoridad Moysés restableció el órden y la religion en su campo, y una multitud indocil se mantuvo sometida á su gefe y adherida á su culto.

Despues de aquella sangrienta ejecucion, Moysés se retiró de nuevo sobre el Sinaï por espacio de cuarenta dias, á fin de recibir allí nuevas tablas de la ley. Al bajar del monte su rostro estaba radiante de gloria, y salian de su frente dos rayos de luz, por manera que se vió precisado á cubrir su cabeza con un velo para hablar con los Hebreos asustados por tan inusitado resplandor. Símbolo era este, aunque bajo formas mas sensibles y en mas vastas proporciones, de la transformacion que se verifica en los hombres de genio ó de fé, cuando salen de comunicarse íntimamente con una grande idea de patriotismo ó de religion, y hacen resplandecer ante la multitud atónita todo el encanto de una palabra que reboza luz y amor, y que agita los pechos palpitantes de terror y de admiracion, de entusiasmo ó de sacrificio.

Al promulgar su ley desde la cumbre del Sinaï la rebusteció Dios con

una sancion que Moysés no dejó ignorar por cierto á los Hebreos. Permaneciendo fieles, los ciudadanos y la nacion entera debian descansar en el seno de la mas hermosa y envidiable prosperidad. Estaciones favorables, un suelo siempre fecundo, frutos abundantes, la seguridad en la paz, la gloria en la guerra, dias prolongados y bellos, las bendiciones de Dios pasando de la cabeza de los padres á la de los hijos, tal era el precio prometido á la observancia de los divinos preceptos. Al contrario, extraviándose del sendero trazadopor la ley, los individuos, las familias y el pueblo incurrian en todo género de calamidades, las pesadumbres domésticas, los reveses de fortuna, las agitaciones del alma, los estragos causados por el trastorno de los elementos, las discordias civiles, la guerra con el extrangero, el oprobio de las derrotas y la servidumbre. Y sobre todo, el hombre injusto se veia amenazado en el mas invencible de los sentimientos, el de la ternura paternal: la tempestad de las celestes venganzas, despues de haber descargado sobre él y abreviado sus dias, debia extenderse tambien á las generaciones que de él saliesen. Las recompensas y las penas, las leyes religiosas, morales y políticas que las sancionaban, todo fué impuesto á los Hebreos, como las condiciones de un pacto que no podian contractar sin conocerle, respetando así Dios en el hombre la libertad con que le dotó, y teniendo por indigno de su grandeza todo homenage falto de inteligencia y de voluntad. Concluyóse la alianza; y asi empezó este pueblo que, poniéndose de un modo especial bajo la dependencia del Eterno, fué por él protegido con especialidad, tomando en la historia del mundo un lugar tan admirable, y el título reservado de pueblo de Dios (3).

Por lo demás, los preceptos morales, y hasta las disposiciones políticas y civiles se referian inmediatamente al dogma y al culto religioso. Todo se enlazaba estrechamente en el código dado á los Israëlitas: todo estaba conservado y garantido por el libro de la ley, cuyas letras de bronce nadie podrá borrar ni alterar, por las prácticas y ceremonias del culto público y privado, por un sacerdocio perpétuo, encargado de interpretar y de defender contra cualquier ataque las instituciones nacionales. Por disposicion de lo alto, fué establecido el sacerdocio con condiciones de perpetuidad, hecho hereditario, y exclusivamente reservado á una de las doce tribus que era la tribu de Leví. A mas en esta tribu, la eleccion divina

designó para sumo sacrificador á Aaron, mas digno por otra parte de estas importantes funciones que los demás levitas, por su talento, por su elocuencia y por los interesantes servicios que habia prestado.

Un año transcurria ya desde que el ejército habia salido del Egipto y contaba siempre unos seiscientos mil combatientes. Toda esta muchedumbre considerable celebró la Pascua ó el aniversario de su libertad al pié del Sinaï; despues se retiró en buen órden del acampamento, adelantándose por la direccion del Norte hácia la soledad de Pharan. Hobab, hermano de Séfora, no habia vuelto á Madian con Jethro, por lo que le dijo Moysés: «Vamos á partir hácia la region que Dios nos destina. Ven con nosotros, y tendrás parte en las riquezas prometidas á Israël.» Hobab se resistió á dejar su pais y seguir á su pariente. «Yo te lo ruego, dijo Moysés, no nos dejes; tu conoces los lugares á donde nosotros iremos á acampar en el desierto, y nos servirás de guia; y al llegar, te daremos los mejores bienes que habremos alcanzado.» Mucho importaba á los Hebreos el conocer los lugares; porque los movimientos de la columna trazaban únicamente la ruta que debia seguirse, pero sin dar la menor indicacion acerca los recursos y los peligros que podian presentar el terreno y las tribus limítrofes.

Es indudable que Moysés, absorvido por tantas y tan graves atenciones, no podia contar un gran número de personas que pudiesen secundar sus planes: los obstáculos, apenas vencidos, renacian indefinidamente bajo formas diversas: los Hebreos se lamentaban de la fatiga, del hambre, de la sed; empezaban á disgustarse del maná, veníanles á la memoria los pescados y las legumbres de Egipto, y echaban menos cobardemente las viandas sazonadas de esclavitud. Murmuraban á menudo contra Moysés, y aun se rebelaron abiertamente contra él, quien encontró contradictores en su propia familia. Y realmente Dios, al declararse á favor suyo, descargaba sobre sus antagonistas castigos ejemplares y terribles. Sin embargo, el valor del caudillo hebreo desfallecia alguna vez, no pudiendo resistir al enorme peso de una empresa puesta ó tan duras y prolongadas pruebas, hasta llegar un dia á desear la muerte. Y á la verdad ¿que fuerza sobrehumana de voluntad no era necesaria para permanecer solo, durante cuarenta años, para servir de animada energía y de freno á

una multitud pusilánime é indisciplinada, y de resorte siempre vibrante para impelirle el movimiento? ¡Que fuerza para hacerle atravesar el abismo que separa su ignorancia y su debilidad del fin sublime que percibe en lontananza la mirada inspirada del creyente!

La nube que dirigia la marcha toca por fin la llanura solitaria de Pharan. Entonces, á súplicas del pueblo, envia Moysés doce guerreros para reconocer el pais que se trata de conquistar. «Salid, les dice, por la parte del mediodía, y en llegando á los montes, reconoced el terreno y su calidad; si el pueblo que habita aquellos lugares es fuerte ó flaco; si son pocos en número, ó muchos, si tienen las ciudades con muros ó indefensas, si el suelo es fértil ó estéril, y si hay arbolados ó si está sin árboles, traednos algunos frutos de la tierra.» Los guerreros emplearon cuarenta dias en hacer su exploracion, desde el desierto de Sin hasta Rohob á la entrada de Emáth; y saliendo por la parte meridional subieron á Hebron, en donde siete años antes fué fundada Tanais, ciudad y corte de los reyes de Egipto, antiguo teatro de los prodigios de Moysés. Y prosiguiendo el viaje, cortaron un sarmiento con un enorme racimo, el cual trajeron junto con granados é higos de aquel sitio. Y si bien ponderaron la fertilidad y abundancia de aquel pais, hicieron una pintura tal de la fuerza y valor de aquellos naturales y de los peligros de la empresa, que infundieron temor y desaliento. Entonces la multitud asustada prorrumpió en sentidas quejas contra Moysés y Aaron. «Ojalá, decian, que hubiéramos muerto en Egipto, y plegue á Dios que perezcamos en estas inmensas soledades, antes que entrar en ese pais, donde muramos al filo de la espada, y sean llevados cautivos nuestras mugeres é hijos. ¿No seria mejor nombrarnos un caudillo y regresar á Egipto?» De los doce emisarios, solo dos, Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefoné procuraron con palabras de valor alentar los ánimos abatidos y sosegar la tormenta de aquellos espíritus inquietos. Mas no lograron otra respuesta que gritos de sedicion, y se vieron á punto de ser apedreados. En tan apurado extremo, intervino la voz de Jehováh: «Hasta cuando ha de blasfemar de mí este pueblo? ¿hasta cuando no ha de creerme, despues de tantos prodigios obrados á su vista?.... Juro por mi mismo que os trataré segun vuestros deseos. Tendidos quedarán sobre este desierto vuestros cadáveres. Todos los que pasan de veinte años y

han murmurado contra mí no pondrán su pié en esa tierra que yo os prometí daros por morada, escepto Caleb, hijo de Jefoné y Josué hijo de Nun. Allí haré entrar á vuestros pequeñuelos, de quienes dijisteis que serian la presa de vuestros enemigos. Por espacio de cuarenta años vagarán vuestros hijos por el desierto pagando la pena de vuestra apostasía, hasta que sean consumidos en el mismo desierto los cadáveres de sus padres.» Estas palabras amenazadoras convirtieron la cólera del pueblo en un luto y llanto universal, y como la multitud suele siempre pasar de un extremo á otro extremo, pasó de la confianza á la presuncion, y quiso forzar con las armas en la mano la entrada del pais de Canaan. Mas el itinerario estaba irrevocablemente trazado, y los que se obstinaron en presentar batalla al enemigo fueron vencidos y muertos en número considerable.

El decreto del destierro pronunciado contra los Hebreos tuvo su puntual cumplimiento, conservándolos Dios aun treinta y ocho años alejados de la tierra prometida. Los vallados incultos de la Arabia devoraron toda la generacion maldita. Acamparon por largo tiempo al rededor de las montañas de Seir, ó de la Idumea, volviendo lentamente y por marchas irregulares hasta el pié del Sinaï, hácia el brazo oriental del Mar Rojo, para volver á ganar despues el pais de Moab, al oriente del lago Asfaltite. En medio de tantas fatigas, levantóse mas de una vez el grito de la sedicion, y estalló por fin una conspiracion que tenia por gefe á Coré de la tribu de Leví, sostenido por Dathan y por Abiron. Doscientos y cincuenta de los magnates de Israël siguieron el partido de los revoltosos. Moysés, sin desconcertarse, aplazó á los conjurados para el dia siguiente á la puerta de sus tiendas. Allí, advirtió á la multitud que se alejase de ellos y de sus familias, anunciando con una voz solemne, que iban á perecer con un género de muerte hasta entonces inaudito. Al instante se abrió la tierra bajo sus plantas y fueron devorados, y una llama vengadora alcanzó é hizo perecer á sus partidarios.

A pesar de tantos prodigios obrados en su favor la incertidumbre entró un dia en el alma de Moysés, cansado ya de la ingratitud y de las inculpaciones de los Hebreos. Llególes á faltar el agua cerca de Cadés: «Habla á la piedra delante de ellos, dijo la voz de Jehováh, y ella brotará agua viva.» En vez de mandar al peñasco segun la órden terminante del

cielo, Moysés la hirió por dos veces con su varilla con una especie de inquietud y de desconfianza, y Aaron participó tambien de aquella debilidad. Y el anatema fulminado contra el pueblo extendióse entonces á los dos caudillos, los cuales quedaron asimismo condenados á terminar sus dias en el desierto junto al umbral vedado de aquella tierra tan vivamente y por tanto tiempo suspirada. Efectivamente, á poco tiempo recibió Moysés la órden de pasar con Aaron y Eleazar hijo de Aaron á la montaña de Hor. Allá partieron juntos: Aaron fué despojado de las insignias sacerdotales, que pasaron á su hijo, y despues espiró sobre la cumbre de la montaña. La nacion consagró á esta muerte un sincero llanto, pues aunque este pueblo versatil murmurase á menudo contra sus gefes en circunstancias difíciles, no dejaba por esto de apreciar sus eminentes calidades, y de pagarles de vez en cuando un justo tributo de respetuosa admiracion y de un amor acendrado.

Tocaba por fin á su término la prueba á que el Señor habia destinado á los Hebreos, que iban á entrar en el goce del descanso, pero no sin aquel postrero y penoso esfuerzo que determina los grandes resultados. Cuanto mas se acerca el término final, mas terribles se presentan las dificultades: las naciones, sentadas á las puertas de Canaan, se levantaron armadas para cerrar el paso. Despues de un ligero contratiempo, Israël, hollando victorioso muchos pueblos, pasó á levantar sus tiendas en las llanuras de Moab, no lejos de la ribera oriental del Jordan. El rey de Moab se puso de acuerdo con el rey de Madian, vecino suyo, para organizar la resistencia, y mandaron un célebre adivino de aquella comarca llamado Balaam, á fin de detener á los invasores con el poder de sus maldiciones. Llegó Balaam al campo de los Moabitas, pero sus palabras se convirtieron contra la mision que le habia sido confiada. Tres veces salieron de sus labios en lugar de imprecaciones funestas, acentos de admiracion y profecías gloriosas para los Hebreos. Descubriendo desde lo alto de una montaña las ordenadas falanges y la militar actitud de las tribus, y obedeciendo á un impulso irresistible, anunció que este nuevo pueblo se extenderia como un torrente; que saldria de Jacob una estrella rutilante, y que un vástago de Israël heriria los gefes de Moab, someteria la posteridad de Seth, y tendria la Idumea bajo su imperio. «O cuan bellos son

tus tabernáculos, Jacob, y tus pavellones, ó Israël! Aparecen como vallados de árboles frondosos, huertas regaladas con el riego fecundo de los rios, tiendas que el mismo Señor ha fijado, cedros plantados junto á las corrientes puras. Fluirá perene el agua de su arcaduz, y su descendencia caerá como las corrientes copiosas... Devorará Israël á los pueblos sus enemigos, les desmenuzará los huesos y los atravesará con sus flechas. Su sueño será como el del leon, á quien nadie osara despertar. El que te bendijere será bendito, y maldito el que te echare su maldicion.» Sin embargo de todo esto, Balaam propuso el luchar contra los Israëlitas, pero no abiertamente sino con astucia, comunicando con ellos á título de amigos, atrayéndolos á fiestas licenciosas, y enervándolos y domándolos con el aliciente del placer. Siguióse realmente tan infame política, que en verdad no hubiera tardado en hacer á los Hebreos presa vergonzosa de sus enemigos, á no mediar la severidad de Moysés, el cual mandó matar á los que cayesen en la disolucion, atacar al ejército Madianita, y despues de la victoria hacer perecer sin piedad á las mugeres que tan eficazmente habian coadyuvado á los perversos designios de sus compatriotas. Los cinco gefes principales de la nacion, y Balaam su consejero, fueron pasados al filo de la espada. En aquellos momentos críticos y de inflexible severidad, pasaron escenas lamentables. Acampado el pueblo en Settim, prevaricó con las hijas de Moab, las cuales les convidaron á sus sacrificios. El amor á los placeres introdujo la idolatría entre los Hebreos. Beelfegor fué adorado de los hijos de Israël, sobre aras infames. Pero tronó la ira del Señor. Moysés levantó patíbulos á la luz del sol, de donde colgaban los culpables: el hierro de la venganza divina perseguia y sacrificaba los abrazos impuros. Finées, nieto de Aaron, sepulta el puñal en el pecho de dos víctimas sorprendidas en el crímen. Y esta terrible vindicta detuvo el brazo del Señor. ¡Tanta sangre fue menester se derramase para aterrar á los indígenas y desalentar la resistencia!

El último dia de Moysés se aproximaba. «Tu vas á subir á la montaña de Nebo, le dijo Jehováh, y desde allí echarás una ojeada sobre el pais que destino á los hijos de Israël, y despues volverás á juntarte con tu pueblo para morir, como hizo Aaron, porque vosotros me ofendisteis junto á Cadés en el desierto de Sin.» Suplicaba Moysés para que se alzase tan sen-

sible prohibicion: deseaba ardientemente el ver las aguas del Jordan, las ricas colinas y los fértiles valles de Canaan, y el gracioso Líbano, siempre verde y ameno bajo un cielo de perpétua primavera; pero Dios permaneció inflexible, y le designó un sucesor en la persona de Josué. « Toma al hijo de Nun, este guerrero lleno de discrecion y de sabiduría, é impónele las manos delante del gran Sacerdote Eleazar y delante de todo el pueblo, márcale la senda que debe seguir, y revístele con todas las insignias del poder y que toda la asamblea se ponga á sus órdenes.....» Moysés manifestó á los Hebreos estas palabras, les presentó públicamente á Josué como á su futuro gefe, invistiéndole ya desde aquel momento de una parte de la autoridad suprema. Y es su honor inmortal el haber concluido su carrera tal como la habia recorrido, con el mas completo desinterés. Fiel en todo á la ley, nunca se le vió ni faltar al espíritu de las instituciones para aumentar su propio poder, ni sacrificar los intereses de la nacion á cálculos de interés doméstico. La eleccion de Dios fué su regla invariable de la cual nada pudo desviarle. Tan raro y tan puro sentimiento le guiaba cuando, sintiendo su próximo fin, en lugar de establecer en favor de su familia y de su tribu la herencia del poder, indicó para sucederle á Josué, de la tribu de Efraïm, que no le era ni pariente ni allegado, y le concilió la confianza y el respeto del pueblo, haciéndole admitir como al elegido de Jehováh.

A tan delicado sentimiento debe atribuirse tambien la obscuridad política en que Moysés, gefe poderoso y obedecido, dejó á sus dos hijos; y el silencio casi completo en que Moysés, historiador y poeta, ha dejado la vida de Séfora. Prescindiendo de las circunstacias que hemos ya referido, la modesta muger cuya gloria está toda en el nombre de su esposo, desaparece enteramente de la tan detallada relacion de la expedicion de los Hebreos, y de su largo viaje. Déjase bien conocer que el pensamiento del grande hombre ha traspasado el círculo demasiado estrecho de las íntimas afecciones, y que si prescinde de un objeto legítimamente querido, pero circunscrito é individual, es para alcanzar y abarcar todo un pueblo que lleva en sí propio los destinos de todo el linage humano, y cuya indestructible existencia y estraño caracter deben permanecer á la faz de los siglos como un testimonio de la veracidad de Dios. Así la mano labo—

riosa que á la vista y por órden de la Providencia alzaba el edificio de este pueblo monumental, no se ha tomado un momento para erigir á Séfora el mas humilde mausoleo, diciéndonos alomenos que murió. El conjunto de la historia da margen á conceptuar que Séfora se estinguió en medio de los desiertos de la Arabia, con aquella generacion condenada que por sus ingratas murmuraciones quedó excluida de la tierra prometida.

Entretanto el anciano profeta reunió todas sus fuerzas para terminar utilmente sus trabajos de cuarenta años, y poner su obra ya tan poderosa por sí misma, bajo la guarda de las ideas y de los sentimientos mas capaces de dominar el alma de un pueblo, y de prepararle grandes destinos. A presencia de la multitud, evocó los recuerdos de lo pasado, extendió su mirada profunda sobre los tiempos futuros, y pronunció con voz elocuente y terrible, promesas y amenazas que despues en otras épocas fueron reconocidas como decretos que Dios mismo habia puesto en los labios de su confidente. « Si permaneces docil á los preceptos de la ley, dijo á Israël, serás colmado de bendiciones..... Los enemigos que contra tí se levantaren, caerán delante de tus ojos; vendrán á atacarte por un camino, y huirán por siete.... Todos los pueblos de la tierra te temerán : Dios derramará sobre tí la abundancia... Abrirá el cielo sus ricos tesoros para dejar caer á su tiempo la lluvia fecundante sobre tus campos... Mas si no sigues la voz de Dios, cargarán sobre tí las maldiciones.... marcando en tu frente, como en la de toda tu posteridad, con el signo de la indignacion divina. Por arriba, el cielo será de bronce, y por abajo el suelo de hierro... Dios te echará por tierra delante de tus agresores, y serás tú entonces el que irás á ellos por un camino, y huirás por siete... Él te enviará un enemigo para reducirte al hambre, á la sed, á la desnudez, á la última miseria, y para humillar tu cabeza bajo un yugo que te aplastará. De una region lejana, del extremo de la tierra se desplomará sobre tí como un águila en raudo vuelo una nacion cuya lengua no conoces, nacion altanera y dura que no guardará respeto al anciano, ni tendrá piedad á tus hijuelos. Ella devorará el fruto de tus afanes.... ella reducirá á pavesas tus ciudades, y hará desplomar estas murallas elevadas y fuertes donde yacia tu confianza.... Tu serás dispersado sobre toda la faz de la tierra, cautivo

y postrado ante dioses desconocidos, dioses de madera y de piedra, que no vïeron tus antepasados. No hallarás reposo en parte alguna, ni aun encontrarás en donde poner la planta de tus piés. Bajo la mano de Dios tu corazon palpitará de espanto enjutos tus ojos, desgarrada tu alma de angustias, tu vida como en suspenso. Temblando noche y dia, incierto de tu existencia, dirás á la mañana: ¿veré yo la tarde? y á la tarde: ¿veré acaso la mañana? tanto terror oprimirá tu alma, tantos horrores contemplarás al rededor de tí! »

En este solemne momento Moysés hizo renovar á los Hebreos el juramento de fidelidad hecho al Eterno; prescribió á los sacerdotes el leer públicamente la ley cada siete años en la fiesta de los tabernáculos, y pronunció aquel célebre cántico que todo Israël debia retener en su memoria, y repetir como un compendiado relato de los beneficios de la Providencia.

Cielos, oidme: ó tierra, escucha atenta
Mis últimos acentos. Oh! si fuese
Cual rocío mi voz, que sosegado
Humedece la tierra ya sedienta;
Ó como blanda lluvia, que cayese
De las nubes, despues del abrasado
Estío, sobre campo bien labrado!
¡Si pudiese mi canto por dó quiera,
Cual turbion, penetrar, que cubre el suelo,
Y desecho el terron y roto el hielo,
Fecundiza y alegra la pradera!
Ó cual gota que cae sobre el grano,
Reblandecer el corazon humano!
Tu nombre, ó Dios, invoco: el estro inspira
Al pecho mio, que á cantar ya empieza:
Atiende, ó pueblo, y su grandeza admira.
Admira de las obras de sus manos
La perfeccion; la rectitud sincera
De su conducta fiel; el cumplimiento

De sus promesas; justo en sus arcanos,
Sin malicia ni dolo. ¿Y quien pudiera
Creer, que de pecar atrevimiento
Sus hijos, de tan alto nacimiento
Indignos ya, tuviesen y manchasen
Su nobleza con manchas tan oscuras;
Raza fatal, ingratas criaturas,
Que de un origen tal degenerasen?
¿De esta manera pagas, pueblo necio,
A tu Dios y Señor con tal desprecio?
¿No sabes que es tu padre, y que comprada
Fué tu nacion por él, y que él te hizo
Y creó, porque quiso, de la nada?
De los dias antiguos haz memoria:
Cada generacion, una por una,
Observa atento, ó á tu padre mismo
Pregunta; él te dirá tu triste historia.
Pregunta á tus mayores; que ninguna
Cosa te ocultarán. En el abismo
Y ciega confusion, que el barbarismo
Soberbio de los hombres altaneros
Trajo á la comun lengua, y en naciones
Los dividió el Señor; sus posesiones
De tal modo arregló, que los primeros
Fueron los hijos de Israël contados,
Para ser á su tiempo colocados;
Pues Jehováh, separó su pertenencia,
Y la familia de Jacob querida
Fué la medida de su propia herencia.

En espantoso y hórrido desierto
De vasta soledad al pueblo amado
Encuentra; y por larguísimo rodeo
Conduciéndolo va, porque inesperto,
Sea á nuevas costumbres enseñado,

Y á nuevo bien levante su deseo.
Él en toda la marcha al pueblo Hebreo
Guarda como á las niñas de sus ojos.
Cual águila caudal que de la altura
Rápida baja, y atraer procura
Con blando vuelo, sin les dar enojos,
A sus polluelos, que del aire vano
A fiarse no osan; él humano
Siempre y dulce sus alas estendiendo,
Valor les dando, y despreciando asombros,
Los va sobre sus hombros conduciendo.
Solo Jehováh por sí les conducia,
Sin que agena deidad lo acompañara.
En elevada tierra establecidos
Por él son, donde mas produce y cria
Frutos natura con largueza rara,
Y bienes por el hombre apetecidos;
Donde en hueco peñasco construidos,
Dulces panales la oficiosa abeja
Le presenta, y aceite delicado
El verde olivo en pedregal plantado.
La fuerte vaca y la lanuda oveja
Con tierno queso y leche regalada
Enriquecen su mesa, y la cebada
Carne que cria el pasto basaneo;
Pan de flor, vino puro y esquisito
Su apetito contentan á deseo.
Harto y cebado así, de bienes lleno,
Recalcitró este pueblo tan querido:
Abandonó á su Dios, y, mal pecado,
Cual indómito bruto tascó el freno.
Del Dios que lo ha criado y redimido,
Se ha desleal é ingrato separado:
¿Y que esperar de un pueblo tan malvado?

Ponen en su lugar ajenos dioses;
Con sacrílegos zelos lo provocan;
Abominables ídolos invocan,
Irritándolo osados y feroces.
No á Dios, á los demonios adoraron;
Sacrificios humildes dedicaron
A númenes que nunca conocieran:
Nuevos dioses, que allí recien traidos,
Desconocidos á sus padres fueran.
  Tú al Dios que te dió el ser, cuando no eras,
Vuelves la espalda: tu te has olvidado
Del Señor que te hizo de la nada.
Pues Jehováh que vé, de mil maneras
Como lo han á ira provocado
Sus hijos y sus hijas con malvada
Rebelion; su ira ya colmada,
  Dice así: «Ya no mas mi rostro vean:
«Yo se lo esconderé, mientras atento
«De un principio tan áspero y violento
«Observaré los fines, cuales sean.
«Generacion perversa! hijos infieles!
«Hanme querido dar zelos crueles
«Con un dios nuevo y vanas necedades:
«Pues yo daré, vengando mi desprecio,
«A un pueblo nuevo y necio sus ciudades.
  «Mi furor, ya encendido en vivo fuego,
«Arderá del infierno en las entrañas;
«Devorará la tierra, y cuanta cria
«Planta feraz; y propagado luego,
«Prenderá en la raiz de las montañas.
«Plagas en ellos lloveré á porfía
«Hasta que apure de la aljaba mia
«Las agudas saetas. Hambre dura
«Haré que los consuma, y á bocados

« Por carnívoras aves devorados
« Serán con dolorosa mordedura.
« Conjuraré los dientes de las fieras
« A que los esterminen. De rastreras
« Sierpes y basiliscos, de tal suerte
« Ese suelo infeliz estará lleno,
« Que respire veneno, estrago y muerte.
« Muerte y estrago encontrarán do quiera
« Niños, doncellas, jóvenes y ancianos:
« El espanto en su casa y la pavura,
« Y el sangriento cuchillo por afuera.
« ¿Y donde están ahora esos insanos,
« Diré yo; en que ha parado su locura?
« Yo haré que de ellos ni aun memoria oscura
« Entre los hombres quede. Pero luego
« La soberbia feroz de sus contrarios
« Me detiene; pues sé que temerarios,
« En vez de atribuirme á mí la gloria,
« Cantando como suya la victoria,
« Dirán: Ilustre ha sido y claro hecho:
« Pero no es Jehováh quien ha triunfado;
« Ha triunfado el valor de nuestro pecho. »
Gente insensata, sin prudencia alguna!
Ojalá que con mas sabiduría
Precaviesen y viesen el funesto
Término que amenaza su fortuna.
Digan sino, ¿como ahuyentar podria,
Y arrojar mil soldados de su puesto,
De un atrevido el temerario arresto?
¿Como dos solos hombres persiguieran
A diez mil, que les huyen espantados,
Sino porqué se ven abandonados
De su Dios y Señor, que á la extrangera
Fuerza los vende, sin hallar huida,

Porque les ha cerrado la salida?
Que no es como sus dioses el Dios nuestro;
Y nuestros enemigos sean jueces,
A quienes tantas veces fué siniestro.
« De Sodoma y Gomorra viña ingrata!
«Uvas agrias, racimos de amargura!
«Hiel de fieros dragones es su vino
«Y veneno de áspides que mata,
«Al que ningun medicamento cura.
«Y que? pensais tal vez, que en mi divino
«Registro no estoy viendo de contino
«Vuestra maldad escrita y consignada?
«Pues entended que la venganza es mia,
«Y de tomarla llegará algun dia.
«El tiempo y coyuntura señalada
«Llegará en fin, vacilará el pié instable,
«Y será la ruina inevitable.
«El dia de afliccion y de premura,
«Dia de perdicion, viene ya cerca
«Por momentos se acerca y apresura.
«El Señor en su pueblo hará justicia,
«Segun merece (aunque sus fieles siervos
«Piadoso mirará) cuando ya vea
«Debil y acobardada su malicia,
«Y que aun de los tenaces y protervos
«En los castillos el valor flaquea,
«Sin que del resto miserable sea
«Posible ya escapar reliquia alguna.
«Y donde aquellos dioses que invocaban,
«Están, dirá, en que tanto confiaban?
«¿Donde sus libaciones? No hay ninguna
«Grasa ya de las reses que ofrecian
«En sus aras, y ansiosos consumian?
«Vengan en vuestro ausilio: ¿como os dejan?

«Vengan ahora pues esas deidades,
«Y en las necesidades os protejan.
«No hay mas deidad que yo: ya lo estais viendo:
«Fuera de mi no hay otro Dios alguno
«Yo doy muerte y doy vida, hiero y sano;
«No hay quien esté de mi poder tremendo
«A cubierto jamás. En oportuno
«Tiempo alzaré á los cielos esta mano,
«Y diré: Si yo vivo eternamente,
«Cuando aguzare como rayo ardiente
«Mi espada, y á juzgarlos me sentare,
«Yo entonces impondré á mis enemigos,
«Y á los que me aborrecen los castigos
«Que merecen; ni habrá quien los ampare.
«Yo hartaré allí de sangre mis saetas:
«Allí serán las víctimas completas
«De mi furor: se embotará mi espada;
«Y gemirán los que quedaron vivos,
«Cautivos, y la frente destocada.»
Al pueblo del Señor, las extrangeras
Naciones, alabad. Si se ha vertido
De sus siervos la sangre, y consentido
Hasta ahora lo veis, ya de las fieras
Manos venganza tomará cumplida.
Tendrá de los contrarios su debida
Pena la crueldad; y en esta guerra,
A su pueblo propicio, de mil dones
Y bendiciones colmará su tierra (1).

Despues de tan pomposo himno, bendijo Moysés todas las tribus reunidas y les prodigó afectuosas muestras de eterna despedida. Las tribus conmovidas, respondieron con sentidas lágrimas y tiernos suspiros al adios supremo de su caudillo y libertador, el cual pasó luego á ganar la montaña de Nebo, no muy distante del Jordan, atravesando antes la llanura

de Moab; y desde la cumbre de Fasga, dilató su mirada por la vasta extension del pais en que su nacion iba por fin á establecerse, desde Jericó, la ciudad de las palmeras, hasta el mar occidental que se perdia en lejanos horizontes, y desde la cordillera de los montes de Idumea, hasta las cimas entrecortadas del Líbano que desaparecian en las profundidades del cielo. Allí se apagó la llama de su vida, á la edad de ciento veinte años, en tierra de Moab. Dióscle sepultura en frente de Fogor, y ningun hombre hasta hoy ha sabido su sepulcro. Lloráronle por espacio de treinta dias los hijos de Israël en las llanuras de Moab. Y aunque se ha ignorado siempre el lugar en donde descansan sus cenizas, el mundo entero y todos los siglos conocen su nombre.

Ni se vió jamás despues en Israël, dice el historiador sagrado, un profeta como Moysés, que conversase con Dios cara á cara, ni que haya obrado con tan poderoso brazo tantos y tan asombrosos prodigios. ¿Qué hombre, en efecto llegó á la altura de Moysés, poeta, gefe de ejército, moralista, legislador, historiador y profeta? La antigüedad profana tuvo personages que fueron algo de todo esto; mas ¿cual de ellos reunió estas diversas calidades, ni aun presentó una sola de ellas con tal eminencia y esplendor? Los poetas de la profana antigüedad no escribieron sino ficciones: los pasos de sus conquistadores desaparecieron bajo el polvo de los imperios derribados por el suelo: su moral hace salir muchas veces los colores al rostro; su historia se ha retardado; sus oráculos eran cálculos de intereses mezquinos ó de una política rastrera. Sus legisladores, elevados al poder por el curso de los acontecimientos, y dictando su código á hombres ya reunidos en cuerpo de nacion, á conciudadanos benévolos y sometidos, á guerreros cuyos belicosos instintos alagaban, esos legisladores nada pudieron crear que se mantuviese en pié bajo el peso de algunos siglos: el tiempo al pasar lo ha devorado todo.

Moysés al contrario, debió arrancar desde un principio á los Hebreos de sí mismos, por decirlo así, y conquistarlos hombre por hombre, antes de hacer de ellos un pueblo y darles leyes; comprendió y dominó su genio particular, y por medio de una disciplina tutelar y enérgica le hizo servir á sus grandiosos planes, sin jamás gastarle ni alterarle. Y su obra, turbada por todas las vicisitudes que fatigan las cosas humanas, diez

veces atacada, vencida en apariencia y pisoteada, pero siempre mas fuerte que sus vencedores, y sobreviviendo á sus triunfos, hecha pedazos por la dispersion de Israël, y arrojada como polvo por todas las sendas del mundo, pero resistiendo siempre en tal estado de debilidad á la accion de los siglos destructores, al furor de las revoluciones, á la influencia de los sistemas políticos, de las filosofías y de las religiones en que está repartido el globo; su obra ha visto nacer y caer las gigantescas monarquías del alto Oriente y las repúblicas de la Grecia y de Roma; ella ha podido respirar y vivir hasta bajo esas inundaciones de bárbaros que ahogaron el imperio romano: la edad media se estableció sin absorverla, y se ha desplomado sin destruirla, y en el dia está representada en todas las capitales de Europa por los hijos de aquellos que la representaban tres mil años hace sobre las orillas del Jordan. Y esta obra ha quedado por lo ménos en lo que tiene de esencial y de posible todavía, tal como la hizo Moysés. El pueblo de Israël, largo tiempo hace sin patria, sin gobierno, sin magistratura, sin pontificado pero fiel á sus leyes y á sus dogmas religiosos, reverencia á Moysés, adora á Jehováh, y espera el Mesías anunciado en los libros escritos por su fundador. Diríase un pueblo de piedra de granito esculpido por una mano sin igual y colocado por ella á la entrada de las edades, como estos esfinges del viejo Egipto que duermen sobre el umbral de los desiertos. Inmovil en medio de las generaciones que la vida hace rodar en torno de él como oleadas de arena arrojadas por el viento, les presenta los libros sagrados que guarda en custodia, y en los que se halla la explicacion de los destinos de la humanidad. Pero ha cesado de comprender el misterio que les enseña: y mientras que las generaciones viadoras van marchando con el ojo ávidamente fijo en el porvenir, él permanece inmovil, replegados los piés sobre su pecho, con el semblante enigmático y cubiertos los ojos de una venda misteriosa.

Tal es la obra de Moysés: lo que tuvo de imperfecto es el resultado ya de las condiciones naturales de todo lo que ocupa un lugar en el tiempo, ya de los extravíos á donde se deja llevar con frecuencia la libertad humana que el legislador debe dirigir y sostener, pero no encadenar ni comprometer. La parte perfecta emperó que dejó Moysés en su obra viene del genio ó de la inspiracion sobrenatural; por manera que seria el mas des-

collante de todos los grandes hombres, si no fuese al mismo tiempo uno de los mas ilustres profetas cuya alma palpitó bajo el soplo de la increada sabiduría.

Así que, su colosal figura al paso que domina la historia religiosa del viejo mundo, arroja hasta las edades cristianas una sombra tan poderosa como admirada. Cuando la cima del Tabor se inundó de luz en la gloria de la transfiguracion, Moysés apareció con Elías junto al Hijo del Hombre glorificado como para reconocer y saludar la continuacion de su obra engrandecida, y tender la mano en señal de parentesco á la doctrina evangélica, y á las almas que ella iba á conquistar. Pues esta genealogía es realmente establecida y proclamada por la religion como un punto fundamental, y todos los fieles han dado á Moysés un lugar eminente en su memoria y en su respeto. El arte cristiano se ha apoderado de toda la historia de su vida para pintarla, esculpirla, gravarla en indelebles carácteres: se la encuentra en los bajos relieves de las Catacumbas (5) y del baptisterio de Florencia; las relucientes vidrieras y las Biblias en miniatura de la edad media presentan sus mas bellos episodios; léese en los frescos del Vaticano y del Campo Santo que la trazan en páginas magníficas. Pero la obra mas célebre que ha inspirado el nombre de Moysés es la estatua destinada por Miguel Angel al sepulcro de Julio II: nada comparable nos legó el cincel de los antiguos; nada superior ha salido todavía del cincel de los modernos. Es una verdadera creacion de aquel genio altivo y arrojado que atacando al mármol con despótica fogosidad hacia brotar de él bajo líneas audazmente atormentadas, el movimiento, la vida, la respiracion, un mundo entero de ideas y de sentimientos llenos de elevacion y de energía. Aquel ojo vaciado y como recogido en el fondo de una órbita, en una actitud meditativa; aquellos pliegues regulares que, sin turbar la serenidad de la frente, se inclinan hácia las cejas, y dándole mayor realce, como si el pensamiento quisiese ensanchar allí el pedestal donde descansa y la voluntad echar mano de todo su poder, que parece condensar como por un último esfuerzo: sus sienes libres y elevadas, como para dilatar la carrera en que se mueve el espíritu, y alejar los límites puestos á su actividad: aquella boca de suaves pero firmes contornos que no acostumbra pronunciar sino mandatos dignos de respeto,

aquel vigor de fisonomía que resplandece con sobrehumana magestad ofrece el verdadero tipo de Moysés, poeta y profeta á un tiempo fundador de un pueblo, dirigiendo como árbitro su voz á la naturaleza sometida y descendiendo del Sinaï, llena la mirada de los secretos del cielo, herido el rostro por un rayo divino y cubierto todo de esplendor.

Notas.

(1) Tenemos á la vista en una coleccion de Arqueología bíblica el facsímile de una pintura egipcia que representa á los hebreos fabricando ladrillos. Sabido es que el Sr. Rosellini que acompañó al Señor de Champollion en su viaje á Egipto, publicó muchos años despues el resultado de este viaje y de sus estudios en Pisa en donde es profesor de literatura, de historia y de antigüedades orientales; y entre los varios monumentos históricos que presenta como otras tantas pruebas numerosas de la verdad de nuestros libros santos, produce una pintura de un sepulcro tebano que representa la *fabricacion de ladrillos*. Unos operarios se ocupan en transportar la tierra en vasos, otros la preparan con azadones, otros sacan los ladrillos de sus moldes, y los arreglan en filas, como se hace aun en el dia; otros por fin transportan los ladrillos ya cocidos y secos formando de sus hombros una especie de balanzas por medio de cuerdas fijas en las extremidades de un palo encorvado por sus extremos.

Figuran en este cuadro muy distintamente de los Egipcios los Hebreos á quienes no puede dejar de reconocerse por su tinte, su fisonomía y su barba, y que reducidos á esclavitud por los reyes de la 18.ª dinastía, fueron forzados á fabricar ladrillos. Sus gorros difieren tambien de los de los Egipcios mas bien por su color que por su forma, y tienen además los piés sucios del barro que preparan.

Vense tambien cuatro Egipcios, muy fáciles de distinguir por su continente, sus maneras y su tez: dos de ellos con palo en la mano. El uno está sentado, y el otro indica la intencion de herir á dos Egipcios que se hallan en el mismo caso de los Hebreos, uno de estos últimos lleva sobre sus hombros un vaso lleno de barro; el otro viene de transpor-

tar ladrillos, y en ademan de recibir nueva carga: de lo cual resulta que se sujetaba á los mismos trabajos de los Israëlitas á algunos Egipcios condenados tal vez á ellos en pena de algun delito. En los Egipcios armados con un palo se reconocen sin dificultad aquellos gefes de esclavitud, *schrim*, y exactores, *nugschim*, que Faraon puso á los hijos de Israël para atormentarlos en sus trabajos, y la sinceridad del artista Egipcio acaba de confirmar por el gesto amenazador del Egipcio cuyo semblante manifiesta la intencion de descargar el golpe, el relato de Moysés cuando dice: *Y fueron azotados los maestros de obras* ó sobrestantes *de los hijos de Israël por los exactores de Faraon*. En efecto, habia éste ordenado que de los Hebreos mismos, vigilasen algunos el trabajo de sus hermanos, y estos *prepósitos*, si hemos de seguir literalmente la palabra hebrea, esto es, los que reciben las órdenes de un oficial superior, y las hacen ejecutar fueron los que elevaron sus quejas al rey á fin de que suavizase la dureza siempre en aumento de los trabajos y la crueldad de los castigos, pero no consiguieron otra cosa sino órdenes mas rigurosas acompañadas de palabras de menosprecio. Así es como se ejerce en el dia el gobierno de los Turcos sobre los Árabes. En cada pueblo hay un comisionado de estos últimos para servir de intermediario entre los ministros del gobierno y el pueblo, y con el título de *Sceich-ebbeled* (gefe ó señor del pais) se halla encargado de conducir los hombres á los trabajos que están mandados, y percibir de ellos las tasas ó tributos que place al gobierno imponerles.

Las sospechas y el rigor del rey de Egipto contra el pueblo hebreo se aumentaron, cuando por órden de Dios, Moysés y Aaron le pidieron el permiso para ir á sacrificar en el desierto: entonces se les mandó procurarse ellos mismos la paja que antes se les traia, sin que por esto se disminuyese el número de ladrillos que diariamente se les exigian.....

El nombre, los títulos, y hasta la figura del rey Thoutmes IV (*Mœris*) que se hallan en este sepulcro tebano, nos indican que este calificado personage vivia y ejercia sus funciones bajo el quinto rey de la 18.ª dinastía, que empezó á reinar el 5.° mes del año 241 antes del fin del reinado de Rhamsés III, época en la cual fijan los críticos el término de la servidumbre de los Hebreos. De lo cual resulta que la época en que Mœris subió al trono, que en la cronología establecida por el autor, corresponde al año 1740 antes de Jesucristo, los Hebreos estaban sujetos á la fabricacion de ladrillos. Y esto se concilia perfectamente con la historia de Moysés; pues en efecto la opresion de los hijos de Israël empezó el dia en que subió al trono de Egipto *un nuevo rey* que no era amigo de José, y este nuevo rey fué *Amenof I*, hijo de *Misphrathoutmosis*, y gefe de la 18.ª dinastía. La permanencia de los Hebreos en Egipto pacífica y bajo la proteccion de los reyes, no duró mas allá de 106 años, es decir, desde el año 54 de *Apophis*, rey pastor, hasta el fin de esta dinastía y vuelta de los reyes legítimos, durante cuyo lapso de tiempo pudieron multiplicarse lo bastante para hacer sombra á los nuevos reyes, enemigos de sus amigos. Al datar pues del principio de la 18.ª dinastía empezó la opresion del pueblo de Israël, que duró hasta la salida de Egipto el último año de Rham-

sés II, es decir, durante 324 años, y las dos épocas unidas forman exactamente los 430 años que la historia sagrada asigna positivamente y de una manera precisa á la mansion de los hijos de Israël en Egipto. (*Exodo* XII. v. 40. 41). Y con este cálculo es fácil conciliar algunas diferencias que se encuentran en la Biblia sobre esta cuestion.

En cuanto al otro reparo sobre el porque los Hebreos están figurados en Thebas, es de observar primero que esto no implica absolutamente su presencia en Thebas porque el personage del sepulcro era igualmente gefe ó inspector de todos los trabajos que se ejecutaban en todos los puntos del país, y teniendo su sepulcro en Thebas, podia muy bien figurarse allí todo lo que era de su inspeccion, aunque los trabajos se practicasen en otras partes del país. Pero es asimismo probable, que, siguiendo las circunstancias, una parte de los Hebreos fuese trasladada á Thebas, punto sometido á Egipto, conforme á lo que se dice en el Exodo (cap. V. v. 12.) que se hallaron una vez en la necesidad de divagar *por toda la tierra de Egipto*, para procurarse paja que no se les proporcionaba. Esto no sucedió hasta en los últimos tiempos, cuando Moysés y Aaron hubieron pedido al rey de Egipto que permitiese al pueblo pasar al desierto para sacrificar al señor Dios de Israël.

El que desease mas detenidamente consultar esta erudita disertacion acerca estas antigüedades egipcias, monumentos de la verdad de lo que refieren nuestros libros santos, puede verla por estenso en los *Anales de filosofía cristiana*. Serie III. tom. V. nº. 30. Junio 1842.

(2) Verdad es que la Vulgata lleva *veinte y tres mil hombres*, pero es evidente que esta version es defectuosa (dice Duclot en su *Biblia vindicada*, en su nota á este versículo, que es el 28 del capítulo XXXII. del libro del Exodo) pues que el texto Hebreo y el Samaritano, los Setenta, la Paráfrasis Caldaica, las traducciones de Aquila, de Simmaca y de Theodosion, las versiones Siríaca y Arabe, el Persa, los Rabinos, Philon, Tertuliano, san Ambrosio, san Isidoro de Sevilla, Raban Maur, las Poliglotas Complutenses de Amberes y de París, la última edicion de san Gerónimo, no hablan sino del número aproximado de tres mil hombres muertos, como se leia en la antigua Vulgata latina. El P. Scio hace notar que el literal del texto hebreo es *como tres mil varones*. Los que sientan, añade este traductor, haber sido tres mil los que fueron pasados á cuchillo en esta ocasion, se fundan en las versiones griega, caldea, árabe y samaritana, y en la autoridad de muchos Padres, como san Gerónimo y san Isidoro, y tambien en algunos manuscritos antiguos de nuestra vulgata, y sobre todo en el texto hebreo. Y aunque los que defienden la leccion actual de la vulgata, apoyándose tambien en la autoridad de muchos Padres y de otros manuscritos é impresos, traen para confirmarla el testimonio de san Pablo que refiriendo esta historia en su Carta 1.ª á los Corintios cap. X. v. 8. dice que fueron muertos veinte y tres mil; á ello responden los de la opinion contraria que la mortandad de que habla san Pablo no es esta de que ahora tratamos, sino otra que se lee en el libro de los *Números* cap. XXV. v. 9. y que ejecutó el Señor para castigar á los Israëlitas, que

habian tenido comercio ilícito con las Moabitas. Bien se puede decir que san Pablo tuvo presentes estos dos escarmientos, respecto de que su ánimo era apartar con él á los Corintios de la fornicacion y de la idolatría. Últimamente el Sr. D. Felix Torres Amat en su nota á este pasage confirma que el texto hebreo, el samaritano y el de los Setenta y todas las versiones orientales leen *tres mil*, y así muchos Padres latinos y varios códices manuscritos antiguos de la Vulgata, y concluye: Algunos creen que la equivocacion viene del hebreo donde la misma letra (*caph*) que quiere decir *casi*, se ha tomado por el número *veinte*, significado por dicha letra como nota numeral.

(3) « La existencia de Moysés, su influencia, el tiempo en que la ejerció, son cosas determinadas de una manera mucho mas segura que ninguna de las que se refieren á otros legisladores, Confucio, Zoroastro, Bouddha, Licurgo, Charondas, Pythagoras. » Así habla un libro racionalista, que se nos da como la expresion del último estado de la ciencia histórica en Alemania, la *Historia universal de la antigüedad* de Schlosser. Y esta confesion en nada sospechosa, nos dispensa de largas discusiones no menos fastidiosas que superfluas.

Resuelta así la cuestion histórica, trátase de apreciar la obra de Moisés no bajo el punto de vista circunscrito por el cual le miran Pithon en su *Collatio legum mosaïcarum et romanarum*. Sigonius en su *De antiquo jure civium romanorum*... quibus adjecti sunt de Republ. Hebr. lib. VII. y Selden en su Uxor Hebraica libri III; sino de apreciarla en sí misma, en su concepcion original, en su sentido íntimo y en su virtud propia.

Esta obra ha sido venerada por el siglo XVII, pero la edad siguiente la desconoció. Moysés revelador y profeta brillaba en el ánimo de muchos á expensas de Moysés legislador. Nuestro siglo la ha rehabilitado, pero en algunos desfigurada, pues poco falta para que M. Salvador no haga del pastor de Horeb un comentador de J. J. Rousseau ó de Adam Smith. ¿No es tiempo ya de volver á entrar en la senda de lo verdadero, y de restituir á la pirámide del desierto la magestad de su carácter primitivo, y de soplar sobre ese polvo moderno con el cual se ha tenido la audacia de cubrirla y polillarla?

¿A quien se dirigia la ley promulgada desde la cumbre del Sinaï? « La imposibilidad de suponer, por poco tiempo que sea una poblacion de 600000 hombres sin religion y sin leyes, nos precisa á admitir que Israël tenia ya su culto y sus magistrados en Egipto y aun es creible que la familia de Leví disfrutaba entonces de alguna distincion. Así viene á suponerlo el mandato de Dios á Moysés cuando desde la zarza ardiente le ordena que reuna á los ancianos de Israël. La condicion de este pueblo en tiempo de Moysés era la de una poblacion reducida á servidumbre, pero una y compacta, habiendo guardado su lengua, sus genealogías, su régimen doméstico, gobernado por sus ancianos, siguiendo un resto de tradiciones patriarcales, y segun todas las apariencias, reconocia á estos mismos ancianos por jueces y por sacerdotes. Siguiendo la tradicion judaica, este pueblo embrutecido por la opresion, se habia dejado llevar á las supersticiones del Egipto, á excepcion de algunas almas fuertes y

de la familia de Leví, confirmada por tantas apostasías de todo Israël, en especial por la prontitud con que apenas transcurridos tres meses de su libertad llena de milagros, con menosprecio de la ley promulgada en la víspera, y de los truenos del Sinaï que retumbaban aun, el pueblo invoca el ídolo de Apis. Esta tradicion ayuda á formar mejor juicio de la Ley de Moysés, de la minuciosidad de ciertos preceptos, y de algunos rasgos por lo comun mal comprendidos de la vida del legislador, la efusion de sangre, por ejemplo, que dió por tierra con la insurreccion del becerro de oro.

En efecto, el objeto principal de la ley, su punto de partida y su fin todo junto es obrar una reaccion contra la idolatría, inaugurar de nuevo entre los hijos de Jacob la pura nocion de la unidad de Dios, que no puede ser por forma alguna representado. «Yo soy Jehováh, etc. No tendrás otros dioses, etc. No te harás imágen alguna, etc.» Tal es el principio del Decálogo y el fundamento de toda la ley.

Dejamos transcrito ya en el texto este resumen popular de toda moral y de toda legislacion, los hombres de genio, los legisladores, los filósofos que vinieron despues no pudieron añadir un átomo á la semilla que contiene tan fecundo germen. «No tomarás en vano el nombre de Jehováh. Acuérdate de santificar el dia del sábado, etc. etc.»

No hay duda que en nuestras legislaciones puramente humanas seria estraño semejante principio. En nuestros dias, y miserables de nosotros, nos gloriamos de ello con una brutal insensatez, el legislador no enseña la moral. Ah! conócese incompetente para proclamar la ley de los deberes, pues ha cesado de hablar en nombre de Dios. Cuando sale de ciertos reglamentos materiales no puede tocar ni aun á reminiscencias de moral sin rayar á lo ridículo. Moysés al contrario, tenia autoridad porque tenia un carácter porque tenia una mision. Y si el bello ideal de una legislacion es el arrastrar el asentimiento por el solo hecho de mandar *(jubeat lex et suadeat)* ninguna poseyó esta suprema condicion en tan alto grado como aquella que no solamente habla en nombre de Dios, sino que deja hablar á Dios mismo: *Yo soy Jehováh, etc.*

Debemos notar este carácter capital de la ley de Moysés, por cuanto le encontramos mas ó menos en todas las legislaciones primitivas. Creíase en otro tiempo, y esta creencia no carece de dignidad, que el hombre no puede imponer su voluntad al hombre sino que solo debe obedecer á una inteligencia y á una voluntad superior. No queremos decir que sea indispensable ser inspirado de lo alto para moralizar por las leyes pero lo necesario es creer en Dios, apoyarse en una religion, como nuestras antiguas leyes. Reducido al contrario bajo este respeto el legislador moderno á un papel puramente negativo, es impotente en la esfera moral de la que se ha desterrado voluntariamente. Con todo, presupone una moral, porque promulga el derecho, y ¿que es el derecho sin la nocion del deber? Él cree en Dios, le invoca implícitamente en la solemnidad del juramento juicial pero sin atreverse á pronunciar su nombre, pero tambien con que flaqueza de formas! con que ineficacia radical! ¿Que es en efecto esta mano que se levanta en el vacío

con una seca degeneracion, comparada con el simbolismo elocuente del juramento de nuestros padres, y con la mano extendida sobre el Evangelio y aquellas fórmulas terribles que ponia la religion sobre sus labios?

Por esto la legislacion de Moysés ha atravesado treinta y tres siglos, no en estado de momia sellada en su sepulcro, como los libros Zend y los Vedas, sino expuesta al aire libre, en pleno contacto con el género humano, pues que sus preceptos, y bajo muchos respetos su espíritu constituyen todavía el fondo de toda nuestra civilizacion cristiana. Sin duda las constituciones sociales del Oriente, están todas mas ó menos fundadas sobre tradiciones patriarcales fijadas por la Escritura, y sobre el cumplimiento de las promesas divinas; pero existe entre estas constituciones y la que descendió de las alturas del Sinaï la diferencia esencial, que en todo el resto de Oriente el dogma primitivo se hallaba alterado ó desfigurado, y el culto reposaba sobre una realidad material y absoluta, en tanto que el culto de Israël es el culto de lo invisible y de lo ideal, y que, bajo la precision de ritos exteriores y la rigidez de observancias positivas, vivia un espíritu interior, un espíritu de llama y de luz que brilla sobre todo en los cantos de Job, de David, de Isaías, de Jeremías, y de Ezequiel.

¿Porque pues habia en la ley mosaica toda una legislacion? Precisamente porque el dogma, la moral y el culto están en ella identificados con el derecho, de suerte que no se les puede separar. Los Hebreos existian en un estado puramente doméstico, y Moysés hizo de ellos una nacion. No conocian como sus patriarcas, sino la vida pastoral y nómada. Moysés les dejará sus rebaños; pero arraigará su pueblo en el suelo, le iniciará en la vida propiamente agrícola, constituirá la preeminencia de la agricultura promulgando desde entónces una nueva nocion de la propiedad y modificando en este sentido el derecho de la sucesion.

(4) No hemos querido desaprovechar la oportunidad de rendir un recuerdo honorífico y un tributo de admiracion al eminente literato español D. Tomás José Gonzales Carvajal, traductor en verso de los *Libros poéticos de la Santa Biblia*, tomando de él la version de este segundo cántico de Moysés, así como mas adelante tomaremos tambien la del primero. La pura y castiza diccion, la copia y rotundidad de lenguaje, y la índole noble, rica y magestuosa y del habla castellana brillan á porfía en las hermosas páginas de la troduccion esmerada de toda la parte poética de nuestros libros santos, de cuya gala literaria dificilmente podrá gloriarse cualquiera otra nacion de Europa.

(5) Un cyclo histórico de pinturas y de bajos relieves que puede referirse á siete principales representaciones, desenvuelve la mision de Moysés. Vésele por dos veces en la Catacumba de San Calixto, puesto el pié sobre una piedra y quitándose el calzado; y en otro lugar, los piés desnudos delante la zarza ardiente, adora á Dios volviendo atrás el rostro por temor de ver su faz y morir. (Bottari tom. II. lám. 44, 84, y dos pinturas, lám. 73 y 83.) «Quítate tus sandalias, le habia dicho Jehováh, porque la tierra que pisas es santa.» «Estad con los piés desnudos para orar y sacrificar» decia la

ley de Pytágoras (Münter *Sinubild*). Bottari nos presenta asimismo al libertador de los Hebreos en figura de viejo, teniendo en su mano izquierda un rollo, y alargando con su derecha su portentosa vara sobre el Mar Rojo en donde se anegaban los Egipcios, de los cuales se ven sobrenadar dos cabezas, y brazos levantados para pedir socorro, mientras que lanza en mano, Faraon, sobre su cuadriga, arrastrado por cuatro caballos, procura en vano escapar, pues uno de sus corceles está medio sumergido. Un jóven y un niño están en pié detrás de Moysés sobre la orilla. En Aringhi otro bajo relieve representa una variante sobre el mismo asunto. El rey vá seguido de toda su caballería á la romana: por detrás una torre indica el campo que se acaba de abandonar, por este lado empieza la accion, y algunos hombres desaparecen ya entre las ondas; en la orilla opuesta está ya terminada la accion: los Israëlitas han ya marchado y solo se descubre la retaguardia y Moysés que contempla en pié la escena, apoyado en su vara. Era propio del genio antiguo el representar así la accion, ó en su principio ó en su fin. El dios del Mar Rojo, tendido sobre la costa, con su cuerno de abundancia, no lejos de dos arcos, que parece representan una ciudad, advierte á Faraon que no se arriesgue en sus aguas.

El mismo Bottari en sus bajos relieves nos presenta á Moysés tan presto jóven como viejo y barbudo, segun se le considera como discípulo ó como maestro, hiriendo el peñasco de donde brota el agua milagrosa. Alguna vez está solo, pero lo mas comun es presentar á los Israëlitas precipitándose para apagar su sed. Despues, en la parte inferior del Sinaï recibe las tablas de la ley de una mano que sale de una nube. Esta mano del *padre invisible* se vé en otras partes arrojando un granizo de piedras sobre los Amorreos, mientras que á su lado el buen pastor guarda en paz sus ovejas. Mas en lugar del buen pastor, es por lo comun su emblema histórico Moysés, que puesto de rodillas sobre la montaña, cruzadas las manos entre Aaron y Hur, ruega por su pueblo durante la batalla contra los Amalecitas. (Ciampini, *Mosaicos de Santa María la Mayor*.) En fin, en una pintura de la lámina 67. de Bottari, Moysés con el rollo de las leyes en la mano, arenga al pueblo con una fisonomía llena de movimiento, dejando ver la letra mística *Thau*, escrita en un pliegue de su vestido.





MARÍA HERMANA DE MOYSÉS.

Tympana tenta tonant palmis et cymbala circum.
Concava......

(Lucret. lib. 2.)

A MEDIADOS del décimo sexto siglo que precedió la Era cristiana, cerca de cuatrocientos años despues de la llegada de Jacob á Egipto, Jocabed, muger de un Hebreo llamado Amram, de la tribu de Leví, dió á luz una hija que se llamó María. Ramessés IV empuñaba entonces el cetro de los Faraones, y le hacia pesar como de hierro sobre la cabeza de los sucesores de Israël. El que le sucedió en el trono adoptó una política mas dura todavía: abusando de la fuerza, tuvo á los Hebreos por esclavos suyos, é hizo precipitar en el Nilo todos los hijos varones que les nacian, á fin de impedir el aumento de esta colonia que daba ya alguna inquietud á sus opresores. Así que, el

pais de Gessen, donde habia ella fijado su domicilio, á motivo de tan bárbaras medidas, cubrióse de un luto sombrío y de un amargo desconsuelo.

La niña María tuvo dos hermanos: Aaron y Moysés. Este último nació en la época misma en que su raza tenia fulminadas sobre sí las órdenes mas inexorables, logróse ocultar por algun tiempo su nacimiento, mas en fin, por temor de no ver extendido sobre su tierna frente el brazo de los verdugos, su madre tomó la resolucion de confiarlo á las olas del Nilo, exponiéndole en una cestilla de juncos cubierta de betun. María, muy jóven aun, quedó con el encargo de vigilar el precioso depósito, y nada pudo tanto para desarmar la crueldad del edicto, como la inocencia y la debilidad en la víctima, y en la que se le daba por defensa. Por último, la hija del rey fué la primera que descubrió la cesta cerca las riberas del rio, á donde, seguida de sus camaristas, iba á tomar un baño. Movida á compasion en vista de aquel desgraciado infante, le salvó de la muerte, y á invitacion de la tierna María, tuvo á bien confiarle á Jocabed, sin saber que Jocabed fuese la madre. Así es como María se halló puesta como un angel tutelar sobre la fragil cuna en donde reposaba, con la vida de Moysés, el destino de todo un pueblo. ¡Fortuna singular de los grandes hombres que Dios une solamente con un hilo á sus mas estupendos designios, como para poner en descubierto la vanidad del orgullo, y prevenir el desaliento del libre alvedrío, mostrando á los ojos de todos de donde procede la verdadera fuerza, y que apoyo queda aun á los que todo persigue y abandona!

Moysés fué educado en la corte, y colmado primero de honores y de estimacion; despues se hizo odioso y se vió obligado á huir de Egipto. Cuando volvió á él, fué con el objeto de libertar á sus hermanos. Despues de largos esfuerzos para inspirarles confianza, despues de golpes terribles, en los que Dios le sostuvo con su brazo, para intimidar y vencer la pertinacia de los tiranos, le fué por fin permitido el salir del reino á la frente del pueblo hebreo, que no contaba menos de seiscientos mil hombres armados. Debia alcanzar la region que recibió algo despues el nombre de Palestina; mas en lugar de dirigirse á ella inmediatamente, tomó una ruta de rodeo y antes de abandonar el continente africano, se internó en

las gargantas y desfiladeros entre el Mar Rojo, y las montañas que le dominan por la parte de occidente.

El Mar Rojo es un golfo del océano indio que se estiende desde el mediodía al norte sobre un trecho de mas de cuatrocientas leguas, y que separa el Asia del África. Este nombre le viene de las canteras de mármol rojo abiertas sobre una de sus orillas. En su lecho crecen altas hierbas, plantas y arbustos, lo cual ha hecho que se llamase tambien mar de Suph, ó mar de los Juncos. Á su extremo se divide en dos golfos, en medio de los cuales se adelantan como un cabo vastos arenales y montañas pertenecientes á la Arabia Petrea. Despues de treinta siglos, estos lugares habrán sin duda sufrido algun cambio, pero subsiste todavía allí lo que se halla fuera del alcance de toda revolucion, y que por lo presente deja juzgar de lo pasado. El golfo occidental que tenia Moysés dalante de sí, presenta en el dia una longitud de cerca cinco mil pasos. Las mareas son allí ordinariamente de dos metros, y se levantan hasta tres ó cuatro metros cuando el viento del sud las arroja con violencia. Por lo demás, están sujetas á este movimiento de flujo y reflujo que balancea las aguas del Océano, pero que no deja por largo tiempo seca la playa, y que, sobre todo, no suspende jamás las ondas á derecha y á izquierda para abrir camino á un pueblo inumerable.

Hubo allí un momento solemne y terrible para los Hebreos luego de llegados junto al Mar Rojo. Al este un golfo inaccesible; al oeste una cordillera de montañas que no podia de otra parte abajarse bajo la planta de los peregrinos, sin ponerlos en manos del Egipto enemigo; al mediodía un valle que se iba hundiendo hácia regiones desconocidas: tal era el horizonte cuando de repente se apareció en el norte un ejército numeroso que corria con sus carros y sus caballeros. Era Faraon al frente de sus tropas. Sabido es ya el asombroso prodigio que allí se verificó: á la órden de Moysés, abrióse el mar, alzando de una parte y de otra sus aguas sólidas como una muralla, y dejando á los Hebreos un largo sendero, los cuales pasaron durante la noche. Á otra nueva órden el mar descendió como una casa que se desploma, sepultando en sus ondas las tropas Egipcias á quienes el ardor de la venganza impelia á seguir las huellas de sus antiguos esclavos. Arrojaron un grito de espanto á la vista y al fragor de las

ondas que se desplomaban sobre sus cabezas. « Huyamos de Israël, porque su Dios combate contra nosotros. » Pero las ondas marchaban debajo la mano de Jehováh, como un caballo cuya fogosidad es impulsada por un arrojado ginete; llenaron el abismo de una á otra orilla, y no se oyó un grito mas.

Los viejos monumentos del Egipto atestiguan en efecto que en esta misma época un Faraon con el nombre de Amenofis III desapareció de repente, y fué reemplazado por un rey célebre, Sesostris el Grande. En cuanto á los Hebreos, sus libros sagrados están llenos del recuerdo de tan alto acontecimiento; ellos hablan incesantemente de la mar replegándose con espanto sobre sí misma, del brazo de Dios, trazando un camino sólido al través de las aguas, y ahogando un ejército, como se extingue una mecha humeante. A la misma hora, y sobre el teatro de una victoria tan inopinadamente conseguida, un himno magnífico celebró la libertad de Israël. María, hermana de Moysés, conducia el coro de las mugeres, y todas juntas repetian el estribillo de este canto sublime.

Cantemos este dia
De Jehováh el poder y la grandeza,
Que arrojó al mar caballo y caballero.
Mi lauro y gloria mia
Es Jehováh, y es tambien mi fortaleza
Y mi salud en el peligro fiero:
Este es mi Dios y el Dios de mis mayores;
Resuenen en mi canto sus loores.
Él solo en la pelea
Es Jehováh; su nombre omnipotente
De Faraon el carro, el numeroso
Ejército que manda, los que emplea
Gefes y capitanes, con la gente
Mas escogida, arroja en el undoso
Piélago: allí les deja abandonados,
Todos en el Mar Rojo sepultados.
Cubrióles el abismo:

Cual enorme peñon, del peso grave
Tirados caen al profundo seno
En mortal parasismo.
Tu diestra, Jehováh, de la alta clave
Quiso su fuerza y su poder de lleno
Mostrar; tu diestra, Jehováh, condena
Al enemigo á irremisible pena.
  Con gloria has abatido
Inmortal esta vez á tus contrarios:
Prendió en ellos el fuego de tu enojo,
Y los has consumido.
Espumas forma y remolinos varios,
Agitando sus aguas, el Mar Rojo;
Mas detenidas por tu soplo ardiente,
En medio el mar suspenden su corriente.
  Creia el enemigo
Darnos alcance, hacernos prisioneros;
De despojos hartarse presumia.
Decia ya consigo:
Al filo morirán de mis aceros.—
Sopla tu viento al despuntar el dia,
Trágaselos el mar, y cual pesado
Plomo, les hunde el piélago salado.
  ¿Quien á tí semejante
Será, Jehováh, en poder y fortaleza?
¿Quien á tí, que tan grande y santo brillas,
Se te pondrá delante?
Terrible, y en tu misma terribleza
Loable, y hacedor de maravillas.
Tú estendiste tu brazo poderoso,
Y los devoró el lecho cavernoso.
  Tú guiarás ahora
En tu misericordia al pueblo amado,
Que con tanto portento has redimido.

Tu siempre vencedora
Fuerza lo llevará al lugar sagrado,
Donde tu mansion has establecido;
Y vengan pueblos mil contra el Hebreo,
Y arda en envidia el duro Filisteo.
Al Cananeo altivo,
Al Idumeo, al fiero Moabita
Empieza ya á turbar nuestra llegada,
Que ven con ceño esquivo.
Pues en su pavor sientan la infinita
Fuerza de tu poder, tan señalada,
Que inmobles como piedra estén mirando
A tu pueblo pasar, siempre temblando.
A tu pueblo, adquirido
Por tí, que sin temer su resistencia,
Pasa; y en la mansion que le has mandado,
Vá á ser introducido,
Y plantado en el monte de tu herencia:
Firmísima mansion que has fabricado
Por tus manos, Señor, como quisiste,
Y allí tu santuario estableciste.
Reinará eternamente
Jehováh, y mas que eterno su reinado
Será, y mas que los siglos la memoria
Durará permanente
De Faraon, y el carro en que sentado
Marcha con tanta magestad y gloria,
Y la insolencia y temerario arrojo
Con que se atreve á entrar en el Mar Rojo.
De mil carros seguido
Viene, y de su veloz caballería,
Cuando Jehováh, soltando las corrientes
Que habia detenido,
Sepulta en el abismo su osadía:

Mientras los hijos de Israël valientes
Del mar entre las ondas se pasean
Sin temor, y á pié enjuto lo vadean.

Y María y las mugeres Israëlitas, repetian con panderos y danzas:

Cantemos este dia
De Jehováh el poder y la grandeza
Y arrojó al mar caballo y caballero (1).

¡Que brillante y magnífico espectáculo un pueblo inmenso iluminado por los primeros rayos del sol, dando gracias postrado delante de Dios con himnos y cánticos de haberle salvado de sus opresores que con sus carros y armas y caballos y monarca yacian sepultados allí mismo debajo de las ondas dóciles á la voz del Señor! ¿Puede acaso presentar la historia de los pueblos hecho tan singular y por tantos títulos asombroso?

En la marcha al través de las soledades de la Arabia, y entre los afanes que le imponia la creacion de todo un pueblo, Moysés, agoviado de fatigas, y á menudo de ingratas recriminaciones, se habia descargado de una parte de su inmensa responsabilidad. Por consejo de su suegro, anciano lleno de esperiencia, y por órden despues del mismo Dios, escojió entre los ancianos de Israël una especie de senado que pudo compartir con él el peso del gobierno. No obstante, no pudo lograr ponerse al abrigo de estas críticas envidiosas que suscita en todos tiempos el ejercicio del poder; hasta llegó á murmurar su propia familia. María, desde un principio supo ganar el ánimo de Aaron, y uno y otro creyeron deber quejarse de Séfora, muger del legislador, la cual se mostraba quizás demasiado severa y exigente á causa del grandioso ministerio de que se hallaba revestido Moysés. Su calidad de extranjera hacia tambien mas susceptible de irritarse la recelosa envidia de sus parientes Hebreos. ¿Y quien ignora, por fin, que una sensibilidad naturalmente propensa á conmoverse, ardiente para reaccionar, era mas que suficiente, para turbar desde luego dos mu-

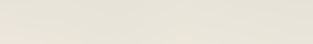
geres, sentadas en un mismo hogar, presentándoles como un objeto insoportable sus opuestos caracteres, y aquellas disensiones domésticas que se embotan de ordinario en la fuerte organizacion del hombre?

Sea de esto lo que fuere, María y su hermano Aaron elevaron sus quejas á mayor altura que Séfora. « Es tal vez Moysés, dijeron, el único á quien ha hablado Dios? Este Dios no se nos ha dado tambien á entender á nosotros? » Y de otra parte no habia hombre mas manso y bondadoso que el tan injustamente acusado, ni que fuese mas digno de ser obedecido sin réplica ni murmuracion. Pero Jehováh se declaró solemnemente en su favor. Su formidable palabra resonó en los oidos de los dos culpables. « Si hay entre vosotros algun profeta, yo me le apareceré en vision, ó le hablaré en sueño. Mas no así con mi siervo Moysés, que descuella en fidelidad á todo mi pueblo. Pues á este le hablo boca á boca, me vé cara á cara y no con enigmas y figuras. ¿Como pues no habeis temido levantaros contra él?»

Al punto vióse María atacada de la lepra, enfermedad frecuente en aquellos siglos y países, y de un carácter horrible y peligroso. Espantado Aaron corrió á decir á Moysés: «Suplícote perdones esta falta en la que tan locamente hemos caido...» Moysés en efecto consiguió de Dios por sus súplicas la curacion de su imprudente hermana, mas no por esto dejó ella de estar separada del campamento por espacio de siete dias, tiempo prefijado por la ley tanto para certificarse de la existencia de la lepra, cuando los síntomas eran dudosos, como para asegurarse de que habia desaparecido despues de las apariencias de una curacion. La naturaleza de aquella calamitosa dolencia exigia esta separacion; pues comunicaba su germen voraz á todos los objetos tocados por el leproso, de manera que nadie podia acercarse á ellos sin quedar lesiado. En aquellas edades remotas, las dolencias contagiosas y pestilentes, ya retenidas en el suelo que las producia, ya diseminadas ó llevadas á grandes distancias, devoraban á veces la mitad de una nacion con una rapidez desesperada. Ya porque entónces la poblacion constreñida en demasía, se veia forzada á abandonar vastas extensiones de tierra á su estado salvaje é insalubre; ya porque el hombre, falto de experiencia, no sabia combatir tan enérgicamente como ahora las influencias

deletéreas del clima y de las estaciones. Tales eran la malignidad de la lepra y el motivo de las privaciones impuestas á los atacados de ella.

María pertenecia por la edad á aquella generacion nutrida en la servidumbre, y que se espantaba del trabajo de la libertad, y condenada á causa de sus murmuraciones contra Dios, á perecer fuera de la tierra prometida. El anatema alcanzó á todos y á cada uno de los que contaban la edad de veinte años, cuando los exploradores enviados por Moysés al país de Canaan hicieron la cobarde relacion de lo que habian visto, provocando de este modo las quejas sediciosas de la multitud. María pagó su tributo á la muerte pocos meses antes de sus dos hermanos. El largo y penoso destierro de los Hebreos iba á tocar á su término, y ya la imágen de la patria y del reposo aparecia en algun modo en su horizonte. Hallábase entónces el ejército en Cades, sobre la frontera meridional de la Idumea, y allí encontró María su sepulcro.



[illegible]

Notas.

(1) Así como el cisne de Leon habia imitado el lírico de Venusa en su célebre *Profecia del Tajo* D. Fernando Herrera, poeta, español del siglo XVI tan célebre en sus vigorosas producciones como ignorado en las circunstancias de su orígen y de su vida, imitó no menos félizmente ese cántico sublime de Moysés, en su segunda cancion *á la Batalla de Lepanto*. La coincidencia histórica no podia ser mas acertada: el soberbio agareno que enrojeció con su sangre las aguas de Lepanto cuando intentaba con su escuadra terrible sojuzgar el nuevo pueblo de Dios, era imágen muy parecida al tirano de Egipto que al correr tras la turba de Israël para volver á encadenarla, quedó surmegido con sus escuadrones en las ondas del mar Bermejo. Este ingenio que enriqueció la poesía castellana con la bella imitacion de los grandes modelos antiguos, supo hermanar la pompa y magnificencia del estilo con la robustez elegante del idioma y con la armonía de la diccion. Tal vez el mas sublime de los clásicos castellanos, marca sus versos con el sello especial de su genio, de tal suerte, que tres de ellos nunca pudieron confundirse con los de otros poetas. En su cancion de Lepanto respira por todas partes aquel fogoso entusiasmo y reboza en aquella riqueza de imágenes y audacia de frases que caracteriza la poesía hebrea. Sirvan de muestra las siguientes estrofas.

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al trace fiero;
Tu Dios de las batallas, tu eres diestra
Salud y gloria nuestra.
Tu rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escogidos principes cubrieron
Las espumas del mar, y descendieron
Cual piedra en el profundo, y tu ira
Los trajo como arista seca al fuego
El soberbio tirano confiado
En el grande aparato de sus naves
Que de los nuestros la cerviz cautiva
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado.
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas exelsos de la cima,
Y el árbol que mas yerto se sublima
Bebiendo agenas aguas y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido

Temblaron los pequeños confundidos
Del impio furor suyo, alzó la frente
Contra ti, Señor Dios, y con semblaute
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos estendidoa,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña;
Porque en ti confiados, le resisten
Y de armas de tu fé y amor ae visten.
. . . .
Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene en nueatro estrago,
Juntó el consejo: y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron:
Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos un gran lago,
Destruyamos á estos de la gente
Y en nombre de su Cristo juntamente
Y dividiendo de ellos los despojos
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
. . . .
Ocuparon del piélago loa senos
Pueata en silencio y en terror la tierra,
Y cesaron los nuestroa valeroaoa
Y callaron dudosoa,
Hasta quo al fioro ardor de sarracenos
El Señor eligiendo nueva guerra
Se opuso el jóven de Austria generoso
Con el claro español y belicoso,
Que Dios no sufre ya, en Babel cautiva
Que su Sion querida aiempre viva.
Cual leon á la presa apercibido
Sin recelo los impios esperaban
A loa que tu, Señor, eras escudo,
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fé y amor vestido
En celestial aliento confiaban:
Sus manos á la guerra compusiste
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando y desmayaron:
Y tu entregaste Dios como la rueda
Como la arista queda
Al ímpetu del viento á estoa injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron:
Cual fuego abrasa aelvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama.
Tal en tu ira, y tempestad aeguiste
Y su faz de ignominia convertiste.

(2) Están discordes los Sagrados Intérpretes acerca si María hermana de Moysés murió vírgen, ó si casó con Hur. Por lo primero están S. Gregorio Nazianceno, S. Ambrosio y algunos otros, pero esto es poco conforme con las costumbres de la nacion Judía, y no puede apoyarse en la autoridad de los antiguos. Refiérese que murió en edad muy avanzada, pues tenia cerca 126 años en el 2583 del mundo, ó sea 1452 ántes de Jesucristo.





RAHAB.

Y luego que los hubo despedido (á sus dos huéspedes) colgó la cinta colorada en la ventana.

(Josué II. v. 21)

Hombres y leyes, hé aquí lo que Moysés al morir dejaba á Josué su sucesor. Las leyes eran sabias y armónicamente combinadas, una vida llena de fatigas y de privaciones, un destierro de cuarenta años entre los arenales y las montañas del desierto, luchas á mano armada contra las tribus limítrofes todos estos esfuerzos reunidos habian disciplinado y aguerrido á aquellos hombres. Pero faltábales el suelo donde fijarse, aquel suelo que es para los pueblos lo que el hogar doméstico para los individuos el querido y sagrado asilo de las mas preciosas riquezas y de los mas suaves goces, el punto en donde se concentra la fuerza del ataque y de la resistencia, el manantial fecundo en que se alimenta la vida. Las razas nómadas no pasan de un pueblo comenzado: las

razas separadas de su tronco viviente y arrojadas sin raices sobre tierra estraña por la espada del conquistador, no son mas que un desecho de pueblo, restos, ruínas de una nacion: las unas y las otras semějantes á unas sombras fugitivas, pasan sin hacer ruído en la historia de la humanidad, hasta el dia en que se fijan en regiones invadidas, ó vuelven á empezar sobre la tumba de sus antepasados una nueva existencia. Las leyes, las costumbres, la civilizacion en general parece que surgen de la tierra como el verdor y las plantas. Verdad es que los pueblos vencidos pueden llevar consigo en su dispersion el idioma nacional para cantar la patria, y su corazon para amarla; pero no pueden devolverle su nombre ni su prosperidad sino dejándola sentar sobre un suelo defendido por su espada, cultivado por sus manos y marcado con el sello de su genio y de su libertad.

El que debia constituir definitivamente los Hebreos dándoles una patria, era Josué. Valiente en la guerra, perspicaz y sabio en el consejo, hábil y recto en dirigir los ánimos, y fuerte con el poder de su elocuencia, habia fijado la atencion y el aprecio de Moysés; fué elegido de lo alto para continuar la obra de aquel grande hombre, y le cupo el honor de corresponder á tal eleccion por la firmeza de su carácter y por el heroismo de su espíritu de sacrificio. Emancipados del yugo del Egipto, escapados de las soledades devoradoras de la Arabia, los Hebreos estaban acampados en las llanuras de Moab, no léjos del Mar Muerto. Moisés acababa de fallecer sobre la cumbre del monte Nebo, despues de haber paseado su vista sobre el país de Canaan, larga y simpática mirada por aquel suelo objeto de tantos votos y esperanzas con tanto ardor y por tan largo tiempo alimentadas. Entónces Jehováh dijo á Josué: «Mi siervo Moysés ha muerto: anda y pasa ese Jordan al frente de todo tu pueblo, y entra en la tierra que tengo destinada á los hijos de Israël: toda la estension de ella que pisarán vuestras plantas os la daré, segun las promesas que hice á Moysés. El país de los Heteos os pertenece desde el desierto del Egipto y el Líbano, hasta el rio Eufrates y el mar grande, que os sirven de confines. Nadie, durante tu vida, podrá resistir á Israël: como estuve con Moysés, así estaré contigo, sin dejarte jamás. Sé firme y esforzado, pues tu has de repartir por suerte la tierra que prometí á sus padres que le daria.... »

Esta tierra prometida á los patriarcas y en la que sus descendientes iban

á habitar como señores, era entónces de una maravillosa fecundidad. Situada bajo una latitud mas meridional aun que la parte en el dia colonial del África, presenta sus vallados y sus colinas á los fuegos de un sol siempre ardiente, mientras que el Mediterráneo envia allí desde el Occidente sus frescas y regaladas brisas. El Líbano con sus copudos cedros la protege contra los frios vientos del Norte, y una cordillera de montañas que le sirve de límite por la parte del Mediodía, y corre despues hácia el Este, mas allá del Jordan, detiene en su marcha aquellas oleadas de aire sofocante y abrasador que se exhala de los arenales de la Arabia. Raras son allí las lluvias, á menos que sea en otoño ó primavera, pues en la estacion estival no hay mas que abundantes rocíos. Pero brotan de los flancos de las montañas abundantes chorros de agua, y las concavidades de los valles conservan su capa de verdor á beneficio de esta humedad que mantiene sin interrupcion la misma naturaleza. El suelo presenta diversos aspectos que admiran por su oportuna variedad: llanuras propias para el cultivo, colinas pedragosas, donde pueden medrar las viñas y los árboles frutales, y cuyas faldas cubiertas de espesa hierba prestaban facil alimento á numerosos rebaños. El país daba en abundancia aceite y miel, cebada y trigo, y todas las sabrosas y delicadas producciones de los terrenos meridionales. Así es como aquella inundacion de gentío pudo muy facilmente entrar y apiñarse entre sus mas estrechos lindes, sin tener que sufrir los rigores de la miseria ni del hambre.

No seria razonable el tomar el estado presente de la Palestina para juzgar de su primitiva fertilidad. El hierro y la llama han pasado veinte veces sobre la faz de aquella tierra desdichada: el hombre no derrama ya en ella sus fecundos sudores, ni su mano viene á detener los bruscos ataques de una naturaleza selvática, ni á corregir los deterioros é injurias que el tiempo deja en pos de sí. La guerra estuvo allí de asiento por largo tiempo, y lo dejó todo agostado bajo su planta abrasadora; sentose despues de ella la barbarie, y todo ha quedado en su derredor triste, sombrío, taciturno, y caido en una languidez siempre mas decadente. A vista de aquellos campos estériles en donde duermen tantas ruínas, parécenos ver levantarse las sombras de los antiguos profetas de la Judea, y señalar con el dedo el terrible cumplimiento de sus

amenazas contra la infidelidad de Israël. Una tierra á medio cultivar, una vegetacion endeble y enfermiza, aldeas miserables esparcidas sobre desnudos collados, rebaños demacrados de cabras y de carneros, conducidos por un escuálido pastor á quien se tomaria por el espectro del hambre; una especie de velo sombrío y sin esperanza como tendido sobre aquellas regiones que llevan el luto de una eterna viudez, y la marca de fuego del cautiverio. Todas estas desolaciones juntas hacen respirar allí como un ambiente de indignacion divina, y paréccnos sentir pasar sobre nuestra cabeza estremecida el soplo de Jehováh, que arroja á gran distancia la aridez y la melancolía.

Y sin embargo, esta tierra, apesar del anatema contra ella fulminado, conserva todavía señales de grandeza y de fecundidad que dejan entrever lo que fué, y lo que podria ser aun. ¡Que país del antiguo continente ofrece en su conjunto perspectivas mas grandiosas, en que la gracia y la magestad resalten en proporciones mas felizmente combinadas! Colinas y montañas, agrupadas en cadena continua, ó dispuestas en anfiteatro abren por entre sus dentelladas cumbres y sobre sus torneados flancos horizontes bañados de purísima lumbre y huyendo por entre las honduras de un argentado cielo. Los vapores transparentes y las sombras estables, cual se observan siempre en los climas cálidos, el verdor y el sol, la tierra y el firmamento, todo está enlazado y combinado con una inimitable armonía de líneas y de colores, con un concierto maravilloso de fuerza y de suavidad. En ninguna parte quizás trazó la mano del supremo Artífice tan primorosos dibujos, ni derramó con tan larga mano los tesoros de su pincel, ni multiplicó con mayor profusion los mágicos y variados efectos, ni lo dispuso todo con mas embelesante simetría. Bajo esta admósfera ardiente y serena crecen de trecho en trecho algunos grupos de arbustos siempre verdes, pero tambien siempre menguados y sin medrar, porque les falta el cultivo, y porque el Árabe deja comer las tiernas ramas á sus rebaños. Mas allá se descubren árboles nudosos y corpulentos, cuyas densas y pobladas copas dan un poco de sombra á los viajeros. Brotan del lecho de un seco arroyo penachos de rosas y laureles forman-

do matizadas praderas: sicómoros, plátanos y granados silvestres se arraigan por sí mismos en las pendientes de las montañas cuyos contornos visten como de graciosas guirnaldas; y bosquecillos de higueras negras, de nopales y de naranjos cubren de frescura y de verdor algunos valles privilegiados. En las llanuras una capa profunda de tierra negruzca y ligera produce altas yerbas, densos zarzales, cardos enormes, y toda especie de plantas y de flores. Estas riquezas naturales, muestras de espontánea fecundidad, resaltan entre mil señales de ruina y desolacion como una sonrisa irónica que Dios deja caer sobre un pueblo ingrato para quien habia preparado tan espléndida morada, sobre un país que la impostura y el despotismo del Koran han vuelto tan miserable, y que recobrará su ornamento y su prosperidad cuando manos libres abrirán sus entrañas al sol vivificante de la civilizacion cristiana (1).

Madama Cottin bajo el título de *La toma de Jericó ó la pecadora convertida* describió con fresco é interesante colorido la parte mas importante de la historia de Rahab dorándola con los rasgos de una imaginacion viva y risueña. No siendo posible trasladar aquí por entero sus graciosas páginas, tomaremos una que otra de sus escenas cuando lo permita la oportunidad, para no separarnos demasiado del texto histórico.

Véase la descripcion, del campo de Israël luego despues que Josuë habia bajado del monte y habia escuchado la voz del Señor.

«Al llegar á su tienda manda sonar la sagrada trompeta para convocar junto á sí todas las tribus. Estiéndese el estrepitoso sonido por la inmensa llanura, semejante al bronco fragor de las bocinas invisibles que resonaban entre las nubes del Sinaï. Esta señal es un anuncio de que el cielo acaba de hablar: toda aquella muchedumbre de pueblo en masa se pone en movimiento, y aparece en aquellos vastos desiertos como las olas de un mar agitado. Cada uno corre precipitadamente en varias direcciones, y pregunta con afanosa impaciencia cual sea la revelacion divina, de la que depende la suerte general. Cada tribu se vá acercando con lentitud á la tienda de Josué. Avánzase á la frente de todas la soberbia y numerosa Judá, que obtuvo siempre el primer rango desde que le fueron prometidos por Jacob el cetro y la gloria sin igual de dar un Salvador al mundo. Síguela inmediatamente la orgullosa Efraïm, que se

gloría de descender de José, de formar una raza patriarcal, y sobre todo de ver en el venerable gefe de Israël un miembro elejido de su seno. Aparece Leví por su orden: aunque excluida de la reparticion de las tierras, cree que el derecho esclusivo á ella sola de dar sacerdotes al Señor, compensa y aun aventaja toda otra prerrogativa. Tú seguias despues, infortunada Benjamin, tú que pones tu gloria en ser hija del predilecto de Jacob: ah! no preveías entónces las abominaciones que debian abortar en tu seno, y que el odio contra tí uniria á tus propios hermanos para destruirte. Cada tribu ocupa en fin su lugar. La última que llega es la de Dan, aunque su nacimiento le dá un derecho de primacia sobre Neftalí; pero destinada sin duda para dar á las otras el ejemplo sacrílego de la idolatría, quiso Dios castigarla de antemano, porque habia de ser la primera en abandonar su culto.

« Josué estiende sus miradas paternales sobre esta numerosa descendencia de Jacob, que fijando todos en él la vista, é inclinado el cuerpo en señal de respeto, esperaban con sumision que se les revelase la voluntad del Señor. El inspirado caudillo levanta al cielo sus ojos resplandecientes, y parece por algunos instantes como en misteriosa comunicacion con la divinidad. La inumerable multitud de oyentes, diseminada á largos trechos y en distintas direcciones, guarda un silencio respetuoso y sublime; porque nada mas imponente que cuando calla la voz de un gran pueblo y solo se percibe el ruido del viento que hace sonar las ramas de los árboles. Cada Israëlita dirige al cielo ocultamente sus votos. mil recuerdos se agolpan en aquel momento en su imaginacion, el alma sufoca todos los afectos y solo le queda la esperanza, y si algun ligero movimiento puede interrumpir la quietud universal á lo largo de las filas es algun mal comprimido suspiro.

. . . .

« Josué vuelve á fijar sus ojos sobre la tierra, se enternece, estiende con gravedad sus brazos y dá la fervorosa bendicion á su pueblo sumiso. En medio del religioso silencio empieza á resonar su voz sin obstáculo por las vastas llanuras y todos la perciben á gran distancia. « Hijos de Israël esclama: el Dios de los ejércitos acaba de hablarme, y nos manda emprender la conquista de la herencia que despues de

tanto tiempo destina á la posteridad de Abraham. Si es sincera nuestra fé, y ciega nuestra obediencia, él mismo nos promete la victoria. » Calla aquí la voz de Josué, los ecos la llevan tal vez mas allá del campamento y se pierde por el espacio inmensurable. Un grito de júbilo iba á escapar de la multitud, pero Josué estiende sobre su pueblo la vara misteriosa y vuelve á imponer silencio. Alza otra vez los ojos al cielo, para saber sin duda si ha de revelar mas. Inflámase su semblante, estiende á lo alto sus manos, lágrimas brotan de sus ojos, todo el pueblo atento á sus acciones cree que Jehováh desciende otra vez sobre la tierra: todos bajan la frente hasta tocarla y quisieran aun humillarse mas. Apesar de las bondades que acaban de oir, todos temen haber ofendido al Señor, y vacilantes entre el temor y la esperanza, cae de sus ojos en abundancia aquel dulcísimo llanto que purifica el corazon y le prepara para la felicidad.

. . . .

«El silencio universal se interrumpe ya por sollozos prolongados que se perciben de todos puntos. Unos golpean sus pechos, otros quisieran ocultar su rostro entre la tierra. Auméntase el confuso ruído de la consternacion general. ¿Porque no habla Josué? Oyese repentinamente su voz: «No temais» y vuelve la multitud á quedar muda é inmoble: vais á ver renovados todos los prodigios que asombraron á vuestros padres en el desierto. El Señor mismo en persona marchará al frente de su pueblo: el grande, el fuerte, el inmortal: á su voz poderosa, á la voz que dividió las ondas del Eritreo los montes tan antiguos como el mundo caerán; los peñascos respetados por los siglos se estrellarán, los rios le abrirán senda entre sus ondas, porque el Señor es grande, manda á los elementos, y sostiene entre sus manos los cimientos de la tierra. Indignado entonces, hollará bajo sus plantas á los impíos que temblando invocarán á la nada para que los devore, pero la nada no responderá á su clamor, y nosotros los veremos desaparecer á nuestros ojos, como la hoja seca que se lleva el viento. Apresurémonos pues á cumplir lo que Dios manda, él nos sostendrá en tan santa empresa. Mas antes de dejar las llanuras de Moab, para acercarnos á las orillas del Jordan, mientras ofrezcamos sacrificios al

Señor y todos los hijos de Israël guardando rigurosa abstinencia evitarán por tres dias los abrazos de sus esposas, voy á enviar á Jericó dos de los mas valientes, para que nos informen de las fuerzas de la ciudad, y de la disposicion de sus habitantes.

. . . .

«Calla Josué y la muchedumbre agitada como un espeso bosque sacudido por el ábrego impetuoso aplaude con aclamaciones confusas las palabras de su digno gefe, arde ya en el deseo de vencer bajo sus órdenes, y manifiesta su gratitud al Señor con gran número de holocaustos. Los gefes de cada tribu se reunen tumultuosamente para descubrir quien será el escogido: huyen los débiles asustados por el peligro de la empresa y los intrépidos se acercan ansiosos de obtenerla. Josué entretanto se retira de entre el pueblo, quizás para buscar en el silencio la voluntad del Señor en la eleccion de los dos esploradores.»

La autora de *La toma de Jericó* introduce dos personages designados con los nombres de Horam y de Isachar, pero el texto sagrado se limita á indicar que Josué para rendir mas facilmente bajo el imperio de sus armas las fronteras de aquella hermosa region, envió delante de sí á dos intrépidos guerreros, encargados de reconocer el punto en el cual debia operarse la invasion. Hallábase Josué entónces en Setim, dos leguas mas allá del Jordan, al norte y no lejos del Mar muerto. Casi enfrente, y tambien dos leguas mas acá del rio se hallaba situada Jericó, la primera ciudad que era preciso tomar, y allí se dirigieron los dos enviados con riesgo inminente de su vida.

La fantasia de Madama Cottin intercala con oportunidad un diálogo entre los dos guerreros durante el camino.

«No bien los primeros rayos del dia habian bañado de luz pura las tortuosas cimas del Garizim, cuando el bravo Horam y el jóven Isachar se dirijieron hácia el Jordan: fieros entrambos por la confianza de su gefe y sumisos á las órdenes de su Dios, despreciaban intrépidos el peligro, y solo pensaban en la gloria. Horam cargado de dias y de esperiencia, testigo por espacio de cuarenta años que divagaba con sus hermanos por el desierto, de todos los milagros que Dios habia obrado á su favor y de las terribles venganzas con que habia castigado sus iniquidades, instruia

con gusto al jóven héroe de lo que habia visto. Este vasto y fértil país que atravesamos, le decia, perteneció un tiempo al infiel Amorreo, pero despues vino á ser patrimonio de nuestros hermanos. Ruben, Gad y Manases se han establecido en la orilla oriental del rio, allí siegan pacíficamente sus mieses y ven espumar en sus anchas cubas el generoso vino, llenando otras de claro aceite. Divisais aquellas vastas llanuras que se estienden á la otra parte del Jordan cubiertas de lino, aromáticos bálsamos, y abundosos pastos, sombríos por la espesura de los olivos y cedros, allí se levanta la ciudad de las palmas, la sosoberbia Jericó, cuyas altivas torres parecen tocar el cielo que ultrajan; mas allá recorreis de una ojeada todo este inmenso país desde Segor en las fronteras de la Idumea, hasta la cuna del Jordan al pié de las montañas del Líbano. Esta es la herencia prometida á nuestros padres y que el Señor pondrá en nuestras manos, si con una fé ardiente y sincera nos presentamos á nuestros enemigos. ¿Que importa que inunden la llanura con sus inumerables escuadrones, si el Dios fuerte está de nuestra parte? ¿Quién es el indigno Israëlita que acordándose del paso del Mar Rojo de la agua que brotó de la peña de Oreb y de la ley dada por Dios mismo en el monte Sinaï, ose dudar aun del éxito de una empresa que nos manda el mismo Dios? No olvideis jamás Isachar que Moysés, el profeta mas grande que ha admirado Israël, por un solo momento de vacilar en su fé fué condenado á no entrar á la tierra de Canaan. Tened siempre á la vista este ejemplo y si no os sentis con bastante esfuerzo para superar los riesgos que sin duda nos esperan en Jericó, volved los ojos á la montaña de Nebo y considerad que por expiar una sola flaqueza, espiró allí nuestro santo legislador despues de ochenta años de fatigas por la gloria del Señor.

« Sé que tanto los males como los bienes, respondió Isachar, nos vienen por disposicion del Altísimo, sometido siempre á sus leyes y reconocido á sus beneficios, no vacilaria mi fé ni aun á la vista de la mas espantosa muerte. Así Dios me habia prometido por boca de Moysés que ántes de acabarse el año me haria conocer la esposa que me destina, la que llevara en su seno la gloriosa estirpe de que debe nacer el Salvador del mundo: estamos ya en el último dia del año; hoy me separo de las jóve-

nes doncellas de Judá y parto á un país de idólatras. ¿ Y entre su sangre impía habrá Dios escogido la que quiere elevar sobre todas las mugeres de Israël? No pretendamos sondear, replica Horam, lo que no podemos conocer: los pensamientos de Dios distan mucho de los nuestros y sus caminos son inescrutables; lo que ha prometido lo cumplirá. A vos solo os toca ejecutar sus mandatos: conservad recto vuestro corazon y puras vuestras manos; someteos sin reserva á su voluntad y dejad para el Señor el medio de cumplir sus promesas.

«Así hablaban los dos viajeros cuando llegaron á la orilla del grande rio, cuyas aguas salidas de madre inundaban los campos. Ora se acercasen al torrente de Jaser, ora bajasen al lago Asfaltite, no pudieron hallar paso alguno. Nos habrá abandonado el Señor? esclamó Horam levantando sus manos al cielo. Vos sois el que dudais? clamó Isachar con sorpresa, ¿y habré yo de enseñaros como una fé sincera sabe triunfar de este obstáculo? dice y precipitándose al rio, lucha contra las ondas que le rechazan á la orilla, y venciendo al fin el furor de la corriente, toca á la orilla contraria, afirma su planta sobre la tierra de Canaan y dá gracias al Eterno.

«Viéndole sobre la ribera opuesta Horam se esfuerza en imitarle, lucha con fatiga contra la corriente que le arrastra y llega en fin á su compañero y se confunde de que un antiguo amigo de Moysés se haya dejado pasar adelante por un hijo del desierto. Su corazon está para tocar á la envidia; pero sofoca luego tan bajo sentimiento al acordarse que Isachar está destinado para ser la cabeza de la real estirpe de Judá, y se complace en verle sobrepujar á todos los demás mortales en belleza é intrepidéz.»

Los dos enviados se detuvieron en una casa que daba á los muros ó baluartes de la ciudad, en la cual vivia Rahab, muger de costumbres equívocas, cuya descripcion hace la pintora de *La toma de Jericó*.

«La noche empezaba á cubrir con su negro manto toda la tierra, cuando los dos Israëlitas entraron en Jericó: turbados por hallarse solos lejos de los suyos en medio de una nacion idólatra, no sabian lo que debian hacer ni á quién pedir la hospitalidad. En esta incertidumbre permanecian separados no lejos de la puerta de la ciudad, cuando vieron pasar cerca de ellos una joven que iba por agua á la fuente.

Un largo velo ocultaba una parte de su blonda cabellera y la otra se dejaba caer sobre un cuello mas blanco que el marfil: era bella, pero sus mejillas húmedas de llanto parecian empañar algun tanto el brillo de su hermosura. Caminaba pálida y abatida semejante al jazmin que dobla dulcemente su capullo cargado con el rocío de la mañana. Al reparar en los dos viajeros se cubre de rubor, se para un momento como incierta, pero se acerca luego, y levantando sus ojos tímidos les dice: « Extrangeros, no sé el objeto que os conduce á nuestros muros, pero cualquiera que sea, la casa de Rahab está abierta para vosotros; no temais en descansar en ella y creo no os pesará de haber entrado.» Los dos Israëlitas sorprendidos gustosamente de su proposicion no vacilan en aceptarla. Isachar movido por la belleza y el pudor de la joven desconocida, se siente impelido por un poder invisible que obra en él sin saberlo. ¿Quién sois vos, le pregunta, virgen encantadora, vos que no desdeñais á los infelices viageros? ¡Ah! yo no soy una vírgen, respondió con un amargo suspiro; los odiosos ministros de Baal abusaron de mi juventud y de mi inocencia, no puedo recordar aquellos dias de mi estravío, dias amargos para mí! sin que sienta mi espíritu abatido y como si me abandonase! ¡Oh! si el Dios de Israël se dignase compadecer el dolor de mi corazon, y purificarme de mi oprobio, yo le dirijiria mis suspiros desde las cimas de los montes y á mí misma le ofreciera en holocausto para aplacar su furor. ¡Ah! le interrumpió Isachar con emocion, ya que vuestra alma se ha conservado pura y teneis dolor de vuestras culpas, yo os lo premeto, hallareis gracia delante del Señor. Si, añadió Horam, en voz baja, si salvais á los hijos de Israël y les ayudais en su empresa, se os perdonarán vuestros pecados, y el Señor os dará su gracia. A estas palabras cobró aliento la joven de Jericó, sus ojos brillaron con una dulzura celestial, y se obligó á conducir los viageros á su casa. Isachar le tomó la mano, marchaban ambos con lentos pasos delante de Horam, y se escapaban de sus labios suspiros involuntarios. La noche era bella y regalada: un vientecillo ligero agitaba blandamente las ojas de las palmeras, las flores espontáneas que crecian en torno de la ciudad llenaban el ayre de suaves perfumes, oíanse los gemidos

de la amorosa paloma, y el impetuoso Jordan hacia resonar á lo lejos el ruido de sus aguas. Isachar contemplaba silencioso la seductora timidez y la graciosa modestia de la joven Cananea; su corazon sentia por grados una especie de encanto al modo que el dulce vapor de un sueño se va insinuando en los ojos fatigados, y decia consigo mismo, hoy es el dia en que Dios me prometió enseñarme la esposa que me destina. Pero, ¿como podrá admitir por sierva suya la que fue profanada por el impío? ¡Ah! ojalá la perdone como yo la perdono! Dios de Israël, decia en su corazon la jóven turbada, ¿será ilusion que hayas destinado uno de tus hijos para salvar mi alma, y á mí para salvar su vida? Oh! sea este joven guerrero, y no en vano habré implorado tu santo nombre.

En esto llegaron á la habitacion de Rahab. Sencilla y cómoda no brillaba con el mármol el oro y la seda: una vid de pocos años cubria como un tapiz su techo y sus paredes, y al entrar se pasaba por una umbrosa bóveda formada por plátanos y limones: situada sobre un terraplen del muro, se levanta sobre las otras, y domina toda la campiña. Apenas han entrado en el umbral los viajeros, la hermosa Cananea les prodiga solicita todos los deberes de la hospitalidad: ya llena una gran vasija de bronce y les lava por sí misma los cansados piés con agua tibia y olorosa; ya cubre una mesa con tortas de trigo candeal, dátiles, olivos, y un panal de dorada miel, y echa en copas coronadas de flores leche pura y dulcísimo vino. En todos sus cuidados, en todos sus movimientos respira la jóven pecadora una sencillez, un abandono, el sentimiento de sus propias faltas imprime un cierto aire tan seductor en su fisonomía, que Isachar siente crecer en su interior una oculta llama: su corazon le ha dado ya el nombre de su amada, pero la voluntad del cielo le detiene, y espera que el Señor haya hablado antes de atreverse á descubrir sus deseos.

«Antes que los ojos de los viageros se cierren al delicioso sueño, Rahab, que solo busca como complacerles, toma un sistro de oro, y mezclando con el instrumento la melodía de su voz, entona un cántico sagrado. Horam é Isachar han oido varias veces los coros de las hijas de Israël, pero no, nunca hirió sus oidos tan deliciosa melodía, jamás el labio pia-

doso del hombre honró mas dignamente el nombre del Señor. ¡O hija de Canaan, esclama Horam admirado, por cual prodigio en la flor de vuestros años seducida por los placeres, rodeada del amor voluptuoso en el seno de una nacion idólatra teneis conocimiento del verdadero Dios! ¿como babeis aprendido á cantar sus alabanzas en medio de los gritos y blasfemias de los infieles? Ah, respondió humildemente Rahab, el Omnipotente viendo que yo pecaba por ignorancia no ha consentido en abandonarme para siempre á las tinieblas del error. Me acuerdo de un dia en que ceñida de rosas mi cabeza formaba con mis compañeras danzas voluptuosas en torno de los ídolos de Baal, y de repente me sentí cubierta de un helado sudor, y se estremeció todo mi cuerpo. Desde entonces miré al templo con horror, y me alejé á toda prisa de sus impuros umbrales. Salí de Jericó, y me puse á correr por el campo como una insensata, sin querer descansar por la noche, ni buscar de dia sino el agua de algunas fuentes que no bastaba para calmar la sed ardiente y la fiebre que devoraba mi corazon. Horrorizada de mi infeliz situacion, esclamaba, con los ojos henchidos de lágrimas: Ah! De donde han venido sobre mí tantas desdichas sino porque el Dios fuerte se ha alejado de mí! Cansada un dia de divagar por entre las selvas, me senté bajo los frondosos sicómoros que cubren con su sombra la orilla del rio, y descubriendo desde allí la punta de Phasga sentí una turbacion hasta entonces no conocida, se redoblaron mis sollozos y el Señor habló á mi corazon. Allá, me decia yo misma, allá está el pueblo de Israël, el pueblo querido del único Dios verdadero y destinado á reinar sobre la herencia de mis padres: allá reside el rey inmortal de los siglos, y el origen de toda luz. Oh si allá habitara Rahab! no para seducir los siervos del Dios vivo como lo hicieron las hijas de Madian, sino para convertirse á su palabra, y volver á encontrar el reposo que huye de su corazon! Con estas ideas me tomó un sueño apacible, durante el cual me pareció ver un ángel que me hablaba. «Rahab, me decia, el Todopoderoso ha oido tus clamores desde su alto trono; te ha mirado compasivo, no solo te separa de la reprobacion que ha jurado fulminar contra todos tus hermanos, aun mas es su voluntad que venga á nacer de tu linage el

Mesías, el cual enseñará al mundo que mas alegría produce en el cielo un pecador convertido que diez justos cuya inocencia no se haya jamás alterado. Purifica tus pasados desvíos con una vida pura y mortificada, y confia en la divina misericordia. Algun dia el mas bello entre los hijos de Jacob te nombrará su esposa.....» Al pronunciar estas palabras Rahab levanta sin advertirlo los ojos á Isachar, los baja al momento, y se cubre de rosas su semblante, como la nube diáfana que sirve de velo al sol cuando deja el horizonte. Su voz trémula espira en sus labios entreabiertos y no tiene aliento de acabar lo que contaba. Óyese en la puerta un ruido de tumulto. Son sin duda los ministros del rey, esclama Rahab, tiempo ha que se teme aquí la irrupcion de vuestros hermanos: se redobla la vigilancia, se reparten espías, la vista de dos extrangeros habrá producido sospechas, pero no temais, yo os salvaré aun á costa de mi vida. Dice, y haciéndoles subir precipitadamente á lo mas alto de la casa, les cubre con paja de lino, y corriendo abre las puertas á las tropas del rey. Esta noche, dijo el gefe, se han visto entrar en nuestros muros dos Israëlitas, sabemos que se albergaron en vuestra casa, y nos los habeis de entregar inmediatamente. Verdad es, dijo ella, que al caer el dia han venido á pedirme asilo dos extrangeros, pero creyéndose sin duda poco seguros, se han dado priesa de marchar un poco antes de cerrar las puertas. Rahab, replica el gefe en tono de amenaza, todos tienen fija en vos la vista, se os acusa ya de adorar en secreto al Dios de Israël, temblad si llega á descubrirse que ocultais estos pérfidos extrangeros. — Os he dicho que no se hallan en mi casa, responde ella con sosiego. Habrán sin duda tomado la direccion hácia el gran rio para volver á su campo. — Vuelo á su alcance, añadió el guerrero, pero si nos escapan, temblad os repito, responsable nos es vuestra cabeza, y si huyendo os libraseis de nuestra venganza, toda vuestra familia arrastrada al suplicio espiaria vuestra traicion. Cruzando ella sus dos manos sobre su pecho é inclinando su frente con rendimiento le responde: Estad seguro que no lo olvidaré.

«Apenas Rahab ve alejarse al gefe con sus guerreros, corre presurosa para librar á sus dos cautivos El rey sabe vuestra llegada, les dice,

estais en peligro, huid, tomad esta cuerda, y á lo largo del muro bajad con ella al campo. Mientras os busquen por la orilla del rio, ganad el valle de Janoe, atravesad el torrente de Carith, internaos en las cavernas de Salim. Dentro tres dias os llevaré algun alimento fresco y todas las noticias que vuestro gefe os encargó recoger. No, bella y generosa Rahab, responde Isachar con ternura, no partiremos sin vos. Seguidnos hasta las llanuras de Moab donde nuestros hermanos os colmarán de bendiciones, y las hijas de Israël sabrán la esposa que el Señor tiene destinada al venturoso Isachar. ¿Cómo puedo creer, replicó ella, bajando sus ojos por un encanto de pudor, que semejante gloria esté jamás reservada á una miserable pecadora como yo? Lo juró el Eterno, interrumpió Isachar, la que salvará á Israël verá su posteridad reinar en toda la Palestina y subirá al tálamo de Isachar: venid, pues, venid con nosotros Rahab, no os amedrente la fatiga del camino, ni el paso del impetuoso rio. No os canseis, replica la jóven resuelta, yo no abandonaré á la cólera del rey á mis ancianos padres y hermanas y aun exijo de vosotros que me prometais respetar sus vidas cuando Jericó caiga en poder de vuestros hermanos. Así lo juramos, muger generosa, esclamó Horam. Cuando veais los ejércitos triunfantes de Israël, no os olvideis de colgar de esta misma ventana un cordon purpurado: reunid luego en vuestra casa á toda vuestra familia: si algun Israëlita osare derramar la sangre de cualquiera de los que aquí se albergaren, se la haremos espiar con su propia sangre, pero el que se atreviere á salir de vuestra casa lo pagará con su vida, de la cual salimos garantes. Sea así segun decís, respondió Rahab; pero partid al punto, hijos de Jacob: aprovechad estos preciosos instantes en que la luna ocultándose tras de las nubes os roba á la vigilancia de los espías que nos rodean. Y quien sabe, dice Isachar, si los impíos de Jericó viéndonos escapar de sus garras, desahogarán contra vos sola todo su furor? Y que! yo abandonaros á su rabia, ilustre libertadora de Israël, elegida por el Señor, amada de Isachar! no, la mas bella entre las bellas, no lo consentiré, ven con nosotros, ven á sentarte bajo mi pavellon, allí encontrarás la felicidad. No puedo ofrecerte la púrpura, los tapices de oro y los esquisitos manjares de que se envanece la orgullosa Jericó, sí solo flores tan frescas y

vivas como tu rostro, y una leche tan pura como tu corazon. Ningun adorno necesitas para dar brillo á tu hermosura, síguenos. El Señor dijo: no es bueno que el hombre esté solo. Consiente pues en darme la mano de esposa. ¡O hijo de Israël, responde Rahab enternecida, no es tan grata al oido del sediento caminante el inesperado murmullo de una fuente, como tus palabras á mi corazon: ¡ah! tiempo hace que suspiraba yo por tí como el infante recien nacido por el seno de su madre, pero ya te lo he dicho otra vez, por tu amor, no abandonaré á los que me dieron la vida. Parte sin temor, confia en el Omnipotente que velará sobre nosotros, y me librará del furor de los impíos. No, no hay que dudarlo, esclamó Horam, el Eterno no desampara un corazon cuya fé es tan viva y sincera. Isachar! partamos sin perder momento, nuestra detencion redobla los peligros de nuestra libertadora. Si como ella nos dejamos á la bondadosa mano del Señor, mereceremos quedar salvos como ella.»

«Asi habló Horam y escurriéndose por la cuerda baja al campo. Isachar le imita con dolor. «A Dios Rahab, esclama, solo el temor de aumentar tu riesgo me puede obligar á dejarte. De aquí á tres dias vendrás á volverme la vida en el valle de Janoe. Yo te saldré al encuentro, escucharé tus pisadas, tu presencia será para mí como la yerba tierna al hambriento cordero. No tardes en reunirte con nosotros. Si por desgracia no te viese venir, creería que los infieles han atentado á tu vida, y luego me tuvieras aquí para morir contigo.» Entónces Rahab, le abre dulcemente sus brazos y le dice: Generoso Isachar! ¿quien soy yo para merecer tan alto sacrificio? No, querido de mi corazon, sea cual fuere mi suerte yo te ordeno volver á tus hermanos y respetar tu vida que solo pertenece al Señor. — Adios, adios, esclama á lo lejos el apasionado Israëlita doblando la rodilla ante Rahab, adios amada mia, no te abandona mi alma, junto á tí vive sin separarse del lugar que tu habitas, y si el Señor ha de acceder á mis votos, mas velará sobre tu salud que sobre la mia. Rahab hubiera querido responder, pero su voz sufocada por el dolor, espira en sus labios y se pierde luego por los aires; pues que Isachar impelido por Horam, á cuyos pies dá alas el temor, estaba ya á una gran distancia. Aun le

distingue la afligida Cananea confusamente, pero la oscuridad le hace desaparecer á su vista, y sus inquietas miradas se pierden en las inmensas sombras. Procura retener su aliento y escuchar atentamente las pisadas de los dos fugitivos que resuenan apenas en medio del silencio; disminuyen lentamente, se confunden ya con el ruido del viento, y al fin se acaban de perder. Nada oye ya, y escucha todavía; si el viento agita á lo lejos las ondas del Jordan, se sorprende creyendo reconocer los gemidos de su amado alcanzado y preso por las tropas del rey. O Eterno, esclama inclinando su frente hasta el suelo, y oprimido su pecho por los sollozos, salva al amado de Rahab: nada importa que el hierro del infiel despedaze mis miembros ensangrentados, con tal que Isachar quede salvo. Ah! él se aleja, y huye con él mi felicidad. Desde que no le veo mis ojos no cesan de derramar amargas lágrimas y mi alma se halla en continua agitacion. Ojalá las sendas por donde pase le ofrezcan sabrosos frutos para alimentarle, una fuente para saciar su sed: denle los cedros bajo sus sombrías ramas un lecho de céspedes para conciliar el sueño! Poderoso Dios de Israël, derrama sobre él solo todos los beneficios, guarda para mí todas sus penas, y dale todos mis placeres, pues yo le amo mas que la paloma campecina á su jóven pichuelo que calienta con sus alas y con el aliento de su amor.

«Tan ardientes eran los votos y sentimientos de la jóven Cananea que dominada tan solo por deseos terrenos ni aun piensa en reprimirlos. No sabe todavía que el Señor exije un corazon mas puro que no vacile entre el amor de la criatura y el del Criador. ¿Y no era mucho en el seno de un pueblo idólatra haberse elevado su epíritu al conocimiento del Dios verdadero, consagrarse alegre y resignada á la salud de Israël, y sacrificar una pasion naciente á la seguridad y á la vida de sus padres? Por esto se complacia el Eterno en contemplarla desde su altísimo trono donde reside en medio de un océano de luz, del que es una debil chispa el sol alumbrador del universo, y dijo á los Arcángeles que le rodeaban enmudecidos de respeto cubriéndose con sus alas resplandecientes. En verdad os digo, esta es la que sublimaré sobre todas las hijas de Israël, ya que me ha conocido é invocado en su tri-

bulacion. Yo la he tomado á mi cargo, bendeciré su himeneo y los frutos de su tálamo que darán reyes á mi pueblo, y un Salvador al mundo.»

Por el fragmento que acabamos de transcribir se echa de ver que la autora de esta leyenda sagrada creyó dar mayor interés á Rahab, suponiéndola en amorosa intimidad con uno de los dos exploradores enviados por Josué. Prescindiremos pero de este ingenioso episodio del que no hemos dado mas que la idea, y nos concretaremos al texto del historiador sagrado.

No hay duda que informado desde luego el príncipe de Jericó de la entrada de los dos espías en su ciudad, hizo intimar á Rahab que los echase fuera, pero instruida ésta de la secreta mision de sus huéspedes, y convertida á su creencia, los hizo subir á lo alto de la azotea de su casa, y los ocultó entre haces de lino, diciendo á los enviados del rey que habian salido ya aquella noche antes de cerrarse las puertas de la ciudad. Sabido es que en las regiones cálidas y serenas en que no son frecuentes las lluvias ni las nevadas considerables, las casas terminan en una plataforma ó terrado que sirve de lugar de recreo ó de útilidad. Aun en el dia, podrá observar el viajero en la moderna Jericó defendida solo por ásperos zarzales, como se solazan las mugeres, y los niños, y limpian su grano en el terrado que suele ser lo mejor y mas cómodo de su habitacion, y el lugar en donde pasan así la noche como el dia.

Los soldados del rey siguieron el simulado consejo de Rahab de correr en seguimiento de los extranjeros; corrieron en efecto á su alcance por el camino que conduce al vado del Jordan, y tras ellos se cerraron las puertas de la ciudad. Preciso es confesar que Rahab no usó el lenguaje de la verdad en este lance, y no se portó con patriotismo. Nada puede justificarla enteramente de lo primero; pero Dios pudo perdonárselo por la fe que manifestó tener en el Dios de los Hebreos, cuyos asombrosos prodigios tenian consternada aquella comarca y por el deseo que la animaba de salvar la vida de los dos enviados, esponiendo la suya propia. En cuanto al amor á la patria, los intereses de Dios son superiores á todos los demás intereses. Rahab inspirada por el Señor que destinaba aquella region para su pueblo, debió adorar sus insondables decretos, y procurar la evasion y

salvamento de aquellos exploradores que debian salvarla despues á ella y á toda su familia de la catástrofe general. «Yo sé que el Señor, les dijo ella, os ha entregado el dominio de esta tierra, porque el terror y la consternacion se ha apoderado de todos los moradores de este país. Sabemos que el Mar Rojo abrió sus aguas en vuestra salida de Egipto, y la mortandad que causasteis á los príncipes de Sehon y de Og. Nuestro corazon ha desmayado; hemos quedado sin aliento, porque el Señor Dios vuestro es el mismo Dios que reina en las alturas de los cielos y acá bajo en la tierra. Juradme pues en su nombre portaros con la casa de mi padre con la misma compasion de que yo he usado con vosotros; dadme una señal segura con que salvar á mis padres y hermanos y todos sus bienes, librando nuestras vidas.» Verificábase ya el cumplimiento de las palabras de Moysés, el cual habia prometido á los hijos de Israël que Jehováh haria precederles el espanto, y entregaria á sus armas victoriosas el enemigo helado por un terror inesplicable.

Los dos enviados se empeñaron en lo que se les exigia, y juraron por su vida que no se haria el menor daño á Rahab ni á los suyos, con tal que ella permaneciese fiel á su juramento. Entonces ella los descolgó con una cuerda desde su ventana, que daba al muro, diciéndoles: «Marchaos hácia el monte! no sea que á la vuelta dén con vosotros vuestros perseguidores, y estad allí escondidos por tres dias, hasta que éstos hayan vuelto, y seguid despues vuestro camino»

Agradecidos los dos Hebreos á este consejo, ratificaron en la promesa de su proteccion. «Cumpliremos fielmente con el juramento que nos has exijido, si al entrar aquí estuviere por contraseña la cinta purpurada atada á la ventana por donde nos has descolgado, y hubieres cuidado de reunir en tu casa á tus padres, hermanos y parientes. Si alguno de estos se hallare fuera de tu casa, á él, no á nosotros, deberás imputar su muerte; pero de los que contigo tuvieres, te salimos responsables de su vida con nuestra cabeza. Mas si nos hicieres traicion ó divulgares nuestro convenio, entónces ya no quedaremos obligados al juramento que nos has exijido.» No podian ser mas terminantes y precisas las mutuas convenciones. Rahab pues hizo bajar á

sus huéspedes al pié de las murallas de Jericó, los cuales fueron á refugiarse á las montañas vecinas, aguardando los tres dias para que los emisarios estuviesen ya de regreso en la ciudad cansados ya de pesquisas inútiles. Espirado este término, regresaron ellos al campo de los Hebreos, dando cuenta á Josué de su expedicion, añadiéndole estas palabras: « El Señor ha puesto todo este país en nuestras manos, y todos sus habitantes están temblando al terror de nuestro nombre. »

Josué entretanto tenia hechos todos los preparativos de la invasion. Las tribus de Ruben y de Gad y la media tribu de Manasés habian obtenido de Moysés los paises de Jaser y de Galaad, habitados antes por los Amorreos, á lo largo de la ribera oriental del Jordan, pero á condicion de ayudar á sus hermanos en los trabajos de la conquista, y hasta de marchar los primeros al enemigo. Fueron pues invitados á dejar sus familias y sus rebaños bajo una numerosa guardia, y á engrosar con sus mas valientes soldados el ejército espedicionario. Debian suportar todos los peligros reservados á las demás tribus, y no sentarse en la paz del hogar doméstico hasta despues de sometido el pais, y hecha la difinitiva reparticion de las tierras. Respondieron todos á una voz: «Haremos todo cuanto nos has prescrito, é iremos á donde tú nos envies. Así como en todo obedecimos á Moysés, tambien te obedeceremos, con tal que Dios esté contigo como estuvo con Moysés! Muera el que te resista, ó quiera oponerse á tus mandatos! Ten firmeza y obra con un valor varonil.» Animadas se hallaban las tropas, y la union doblaba sus fuerzas al sentir que se acercaba la hora solemne y suprema de la marcha, antes de la cual Josué dijo al pueblo: «Venid y escuchad la palabra de Jehováh vuestro Dios. A esta señal conocereis que Jehováh, el Dios viviente, está con vosotros, y que exterminará á vuestros ojos los Cananeos vuestros enemigos: á vuestra frente pasará el Jordan el arca de la alianza del Señor del universo. Cuando los sacerdotes que lleven el arca tocarán con el pié las aguas del rio, las aguas inferiores correrán dejando el lecho enjuto, y las que vendrán de arriba se detendrán como una masa sólida.» Los heraldos habian transmitido las órdenes del gefe á las tribus para prescribir á cada cual su lugar, y anun-

ciarles que se preparasen como aquel habia ordenado para la ceremonia del paso del rio, á fin de que ya el dia de tan grande acontecimiento fuese acompañado de toda la solemnidad y magnificencia posibles.

Empieza pues á desfilar la muchedumbre. Abren la marcha los Levitas, encargados de llevar sobre sus hombros el Arca santa, con largos vestidos de lino, caminando á su frente el santo pontífice Eléazar. Coros de muchachos y doncellas cantan himnos sagrados al rededor del arca. Inumerable multitud de guerreros formados en largas columnas á una y otra parte del Santo de los Santos ocupan un espacio de cuatro mil codos; y en este órden admirable llega el pueblo de Israël á las orillas del Jordan.

Era la primavera en el primer mes del año hebreo. El rio se habia engrosado considerablemente por las lluvias propias de la estacion, y por los torrentes de nieve deshelada que descendian de las montañas. Pero lejos de asustarse los levitas por la rapidez y abundancia de las aguas se adelantaron sin temor con la preciosa carga que llevaban, y pusieron y afirmaron su planta sobre las ondas. Al momento todas las que descendian, se detuvieron y acumularon, remontándose de muchas leguas hácia su origen, y formando un monte elevado que se divisaba desde la ciudad de Adom, y las inferiores, siguiendo su natural declive dejaron un largo espacio vacío, corriendo hácia el lago Asfaltite. El Arca hizo alto en medio del rio, libre de las ondas, para dar á la multitud el tiempo necesario de atravesarlo. En efecto, la multitud sin el menor obstáculo pasa de una á otra ribera del Jordán: el mismo brazo que le tenia detenido en su curso natural, tenia tambien como inaccionado el valor de los pueblos indígenas, desconcertando toda resistencia. Todo esto se verificaba á la vista de Jericó: delante de los hijos de Moab, de Ammon y de Cam, sin que nadie se atreviese á perturbar aquella marcha sagrada. Que espectáculo! los Israëlitas, rodeados de naciones belicosas y rivales, que los contemplaban llenos de pavor, obraban con la misma seguridad que si se ocupasen en los preparativos de un triunfo ó en una fiesta religiosa! El furor de las aguas y el furor de los espíritus estaban detenidos por una misma mano, mientras el pueblo de Dios entraba en los confines de su futura patria donde debian consumarse las grandes escenas de misericordia y de amor para la regeneracion del mundo!

Josué habia recibido la órden de transmitir á la posteridad la memoria de aquel hecho portentoso por medio de un monumento sencillo pero significativo: debia formar en la llanura un grupo de doce piedras sacadas del lecho del Jordan. Israël no debia pasar adelante, sin erigir un monumento en señal de gratitud al prodigio que Dios acababa de obrar en su favor. Escogió pues doce hombres, uno de cada tribu, y mientras el Arca permanecia fija en medio del rio, les mandó traer á cada uno una enorme piedra para hacer de ellas un monton destinado á recordar tan memorable dia á las generaciones futuras. Y cuando todo el ejército hubo terminado su maravillosa travesía ante la corriente detenida y túmida sobre sus cabezas, retiráronse los sacerdotes, llevando sobre sus hombros el Arca preservadora. Al momento en que estos tocaron la ribera occidental, las aguas libres ya del poder que las contenia, obedecieron á su peso natural, y desplomándose con estrépito, volvieron á tomar su curso ordinario.

Entre el rio y Jericó, extiéndese una llanura de cerca dos leguas, la cual se eleva desde el Jordan por grados muy perceptibles que separan los campos unidos el uno del otro. En el dia este terreno está cubierto de una triste aridez, como un blanquizco arenal, cuya superficie parece impregnada de las sales que derraman por aquellos contornos las evaporaciones del Mar Muerto. Avanzaron los Hebreos hasta á media legua de Jericó, sobre las alturas que dominan la ciudad, en el lugar mismo en donde fué despues edificado un pueblo llamado Galgala. Josué mandó reunir en aquel punto las piedras monumentales que se habian extraido del Jordan, y dijo al pueblo: «Cuando algun dia preguntaren vuestros hijos á sus padres: ¿Qué significan estas piedras? los instruireis y direis, que á pié enjuto pasó Israël ese Jordan, secando vuestro Señor Dios sus aguas á vuestra vista, hasta que hubisteis pasado; á la manera que primero lo habia hecho en el Mar Rojo, al cual secó hasta que nosotros pasamos: para que reconozcan todos los pueblos de la tierra la diestra omnipotente del Señor, y vosotros temais en todo tiempo al Señor vuestro Dios.» Y en efecto, al recuerdo inmortal de esta maravilla, preguntaba el gran poeta de la nacion Hebrea á las ondas del Jordan y del Mar Rojo si habian visto la faz ó sentido la mano de Jehováh, cuando el espanto les hacia retroceder su camino, y si el

Dios de Israël habia lo bastante distinguido su causa de la de los vanos ídolos suspendiendo el curso de la naturaleza con estos rasgos inimitables de su supremo poder.

Cuando Israël ya libre
Salió de Egipto, y de Jacob la casa,
De aquel pueblo tirano
Que tanto le oprimió con dura mano,
Quiso el Arbitro Sumo
Que el pueblo de Judá se consagrase
A servirle rendido,
Reinando él solo en su Israël querido.
Vióle el mar en sus playas
Y huyó al momento. Vióle en sus orillas
El Jordan, y obediente
Atrás volvió la túmida corriente.
A vista de este pueblo
De júbilo saltaron las montañas
Al modo de carneros,
Brincaron los collados cual corderos.
Dinos mar ¿porque huiste
Tus espumantes ondas retirando,
Y tú, Jordan henchido
Porque retrocediste estremecido?
Y vosotros ó montes
Y collados, decidnos
Porque con tal porfía
Cual corderos saltasteis de alegría?
Al frente de su pueblo
El Dios potente de Jacob marchaba,
Y su faz encendida
Estremeció la tierra conmovida.
El árido peñasco
Abriendo, el seco y cavernoso seno

Manó á tu voz divina
Puro raudal de fuente cristalina.
No Señor, á nosotros,
Que somos ante tí cual leve arista
No, á nosotros, no al hombre,
Sino gloria, ó mi Dios, sea á tu nombre.
Hazlo para que brillen
Tu verdad y clemencia juntamente,
Y á los pueblos acalla
Si dijeren: ¿Su Dios en donde se halla?
Nuestro Dios en el cielo
Tiene su trono, y á su voz potente
De los senos profundos
Del oscuro no ser sacó los mundos.
Los viles simulacros
Del iluso gentil son metal mudo
Vanos como sus nombres
Y hechuras de las manos de los hombres.
Tienen bocas y no hablan
Tienen ojos sin ver, ni oye su oido,
Con manos piés y boca
Insensibles están como una roca.
Los que númenes tales
Con sacrílega mano fabricaran
Y en ellos confiaron,
Estúpidos cual ellos se mostraron.
No así vana confia
La casa de Israël, que en Dios espera,
Y en su potente diestra,
Y Dios su ausilio y protector se muestra.

El paso del Jordan verificado de un modo tan inaudito tuvo dos grandes resultados á cual mas importante: fijó sobre Josué la entera confianza de los Hebreos, que veian revivir en manos de su nuevo gefe los

prodigios cumplidos en otro tiempo por su libertador Moysés, y además esparció la irresolucion y el terror en medio de aquellos pueblos indígenas que no se sentian ya con fuerza de sostener una causa por la cual combatia el cielo. Por esta doble razon se hizo rápida y fácil la conquista, cuando hubiera podido costar muy cara á los invasores, y tenerlos por largo tiempo detenidos. Pues los Cananeos estaban muy ejercitados en la guerra, defendian sus dioses y sus hogares, habitaban ciudades fortificadas; superaban en número á sus enemigos, los cuales de otra parte llevaban tras de sí viejos, mugeres, niños y rebaños, y que sin duda no hubiera tan fácilmente vencido una liga formada de repente entre las pequeñas monarquías de aquel país. Pero no puede negarse que Josué tenia en la especial proteccion de Dios un poderoso elemento de victoria que faltaba á los Cananeos.

Los Israëlitas hicieron alto en Galgala por algun tiempo. Cierto dia, hallándose Josué en el campo, advirtió de repente delante de sí un varon que estaba en pié y con la espada en la mano. Y encaminándose á él le dijo: «Eres tú de los nuestros ó de los enemigos?» — No soy lo que piensas, respondió el interlocutor sino que soy el príncipe del ejército de Jehovah, que vengo aquí á tu socorro.» Postrose Josué en tierra, y adorando á Dios dijo: ¿Que es lo que ordena mi Señor á tu siervo? — Quítate le dijo, el calzado de tus piés, pues el lugar que pisas es santo.» Obedeció Josué, lleno de respeto. Y prosiguiendo la vision, mientras Jericó estaba cerrada y bien pertrechada por temor de los hijos de Israël, dijo el Señor á Josué: «Atiende, yo he puesto en tus manos á Jericó, á su rey y á todos sus valientes. Que todo tu ejército dé la vuelta á la ciudad al son de trompetas una vez al dia durante seis dias consecutivos; en el dia séptimo, dareis siete veces la vuelta á la ciudad, tocando tambien las trompetas los sacerdotes que precederán al Arca de la alianza. Y cuando la voz de los instrumentos habrá sonado mas ruidosa á vuestros oidos, entónces toda la muchedumbre arrojará un clamor fuerte y general; las murallas de la ciudad caerán por sí mismas hasta los cimientos, y cada cual entrará por la brecha que tuviere delante de sí.» Cuando la Providencia en el mundo asocia á sus proyectos la accion

del hombre, no le deja ver de ordinario sino una parte de sus proyectos, ocultándole el reverso de la medalla: y solo en circunstancias muy raras deja lucir á sus ojos la antorcha de su sabiduría, haciendo que penetren algunos de sus rayos en ciertas almas privilegiadas á quienes encarga inaugurar los grandes acontecimientos ó preparar los caminos del porvenir.

Josué transmitió á los sacerdotes y á los soldados las órdenes que acababa de recibir. La marcha del pueblo al rededor de Jericó debia ser constantemente silenciosa hasta la última hora en que todos los labios debian dar el grito de triunfo. Y añadióles el caudillo: «Que la ciudad sea anathema, y todo ouanto encierra consagrado al Señor. Solo Rahab, la muger pública, sea salva, con todos los que se hallen en su casa, por cuanto ella ocultó á los exploradores que enviamos. Guardaos empero vosotros de retener cosa alguna por pequeña que sea de la ciudad maldita, contraviniendo á las órdenes dadas, para no haceros reos de prevaricacion, y no envolver en la turbacion y en la culpa á todo el campamento de Israël. Mas todo cuanto se hallare de oro y plata y de utensilios de cobre é hierro, será consagrado á Jehováh, y guardado en sus tesoros.» Era el anathema una escomunion que se aplicaba segun los diversos grados de rigor, y que podia fulminarse así contra los individuos como contra ciudades y naciones enteras. Penas análogas, ó tal vez idénticas á este anathema de los Hebreos han existido siempre en el mundo, y no es posible hacerlas desaparecer jamás. Así las legislaciones modernas decretan la muerte natural y la muerte civil, la interdiccion y el secuestro contra las personas, anatema judicial, que tiene su origen en la voluntad de Dios, fuente eterna de toda justicia, y no en la voluntad del hombre, como ha querido suponerse; derecho inherente á toda sociedad bien constituida, en la cual el castigo es una espiacion, y la impunidad seria una injusticia. Solo las sociedades ateas pueden ver en el derecho de castigar la tiranía del hombre sobre el hombre. Para infligir penas no basta la voluntad ni la conveniencia del hombre: esta razon caducaria por su base; preciso es reconocer la voluntad de un Ordenador y Legislador supremo. El derecho de la guerra, por otra parte, ha sua-

vizado pero nó suprimido las venganzas que arman la espada de un caudillo afortunado contra los impíos vencidos. Bajo cualquiera forma que quiera dársele se hallará el anathema donde quiera haya una libertad que se desvia y un derecho que tiene fé en sí mismo; el código penal es tan eterno como la justicia de Dios.

Emprendióse el sitio de Jericó, pero segun el plan que habia trazado á Josué el misterioso guerrero. Duró siete dias: por la mañana empezaban las operaciones: iban al frente los guerreros; seguia el Arca llevada por los sacerdotes mientras otros sacerdotes tocaban la trompeta, y seguia por fin la multitud con órden y en silencio. Dada la vuelta á la ciudad, volvíase al campamento. Esta nueva estrategia debió parecer muy inofensiva á los sitiados. Sin embargo, el séptimo dia se multiplicaron las operaciones, hízose percibir el fuerte y prolongado sonido de las trompetas, levantóse del seno del ejército un clamor formidable, y los muros cayeron desplomándose por sí mismos. Subieron los Hebreos al asalto, cada cual por la brecha que delante de sí tenia, y de este modo el soplo de Dios derribó todas aquellas piedras en que la orgullosa Jericó fundaba toda su esperanza; para que conociesen todos los siglos que la verdadera fuerza de los pueblos no consiste en las murallas y torres de que están erizadas las ciudades, ni en el hierro que arma los brazos, sino en la fé que llena y agita los espíritus; y que no hay acero enrojecido en el fuego de Damasco que no se doble y haga pedazos delante de una idea.

Dueños ya de Jericó los Hebreos la trataron con un extremado rigor. No solo los hombres aptos para las armas, sino los viejos, los niños y las mugeres, todo pereció al filo de la espada: hasta los animales entraron en el general degüello, y lo que no pudo alcanzar la espada, lo devoró el fuego. La desdichada ciudad tuvo que sufrir todas las consecuencias de un absoluto anathema. El oro, la plata, el hierro y el acero se reservaron únicamente para servir despues á las pompas del culto religioso. Y tal era la severidad de las órdenes dadas por el gefe, que se apedreó á un guerrero por haber retirado del incendio y ocultado en su tienda objetos preciosos de metal y un manto de escarlata. Pronunció luego despues Josué imprecaciones so-

bre las ruinas de Jericó. De esta manera los antiguos pueblos condenaban á eterna muerte las ciudades que les habian resistido con alguna gloria, ó que no hubieran podido renacer de sus escombros sin causarles alguna inquietud. «Maldito sea del Señor, esclamó el caudillo Hebreo, maldito sea el que levantare ó reedificare la ciudad de Jericó, ¡muera su primogénito cuando eche los cimientos de ella, y perezca el postrero de sus hijos, asi que asiente las puertas!» No fué vana por cierto esta imprecacion. Mucho tiempo despues, bajo el reinado de Achab, un Israëlita de Bethel probó reedificar la ciudad maldita: al empezar los trabajos murió su hijo mayor, y al terminarse le fué arrebatado por la muerte su postrer hijo. Con todo los habitantes volvieron allá llenos de confianza, tan bella era la perspectiva de los campos que la rodeaban y tan fértil su terreno, por el cual las aguas corrientes derramaban el grato verdor y la frescura regalada. Allí crecen en número considerable palmeras que rinden un cuantioso producto, y el árbol que dá el tan celebrado bálsamo de Judea, y aquellas rosas tan ponderadas que prestan á toda la llanura un aire de fiesta perpetua y de juventud inmortal.

En medio de la carniceria y del incendio no quedó olvidado el juramento que garantizaba la vida de Rahab, la cual por sí misma habia enarbolado la convenida contraseña. Envióle Josué los dos guerreros que ella conocia para protegerla y hacerla salir de la ciudad con todos sus parientes. Esta familia quedó despues incorporada á la nacion, porque la ley de Moysés no era tan exclusiva como se cree comunmente: semejante á las legislaciones modernas que no revisten á los extrangeros del título y de los derechos de ciudadano sino bajo condiciones cumplidas con todo rigor, la ley mosaica no pretendia imponerse á todos los pueblos del universo, sino mantenerse inviolable, y no conferir privilegio sino á sus secuaces, judíos ya por nacimiento ya por adopcion. Estos últimos llamados tambien prosélitos se hallan repartidos y clasificados en las diversas tribus por el mero hecho de sus alianzas matrimoniales. Así Rahab casó con Salmon de la tribu de Judá, y hasta su nombre se halla en la genealogía de Jesucristo. Doblemente feliz, pudo escapar de los desastres de la conquista en que perecieron sus compa-

triotas, y sobre todo, del error y del vicio, principios funestos de la muerte del alma; y despues, á pesar de su calidad de extrangera, y de las faltas de su vida primera, fué providencialmente colocada entre los progenitores del Redentor, á fin sin duda de manifestar, que no hay extrangero delante del Padre comun del linage humano, el cual vino á extender sobre todos los extravíos de sus criaturas el manto de la misericordia y del perdon.

La circunstancia histórica de haberse incorporado despues Rahab y su familia al pueblo de Israël y el enlace de esta hija de Canaan con un Hebreo inspiró á Madama Cottin la idea de darle por esposo á uno de los exploradores enviados por Josué con el nombre de Isachar, sacando de este hecho varios episodios que, sin faltar escencialmente al espíritu del texto bíblico, amenizan la narracion. Tal es, entre otros, el suponer á Rahab arrancada á viva fuerza de su casa para ser inmolada al ídolo Baal, y librada de las manos de los sacrificadores por el valor de Isachar en la entrada de los Israëlitas en la ciudad, siendo la mano de Rahab el premio del esfuerzo y de la fidelidad del jóven guerrero. Ved ahí algunos de los rasgos de este episodio interesante.

« El fogoso Isachar se lanzó uno de los primeros en medio de los escombros y piedras que aun iban rodando, atravesó las calles de Jericó clamando á alta voz: Rahab! Rahab! Vuela á la casa de su amada, allí estaban todos los suyos, pero ella no estaba. Su venerable padre cubierto de un saco, con ceniza en la cabeza, y derramando gruesas lágrimas, le dice: « Los malvados me han robado mi hija para inmolarla á su dios. Dos dias hace con sus noches que invoco al vuestro para que la salve; si llegare á oir mi ruego, me someteré para siempre á su ley.» Estas palabras agitaron el corazon de Isachar como un recio viento azota los árboles de los bosques: fuera de sí vuela al templo de Baal. Halla las puertas derribadas, echados por tierra los ornamentos: ruedan hasta sus piés las colunas de jaspe, los vasos de oro y de plata engastados de topacios, crisólitos, zafiros, y otras piedras preciosas y llenos de los mas delicados aromas: pasa por sobre vestidos de lino finísimo de Egipto bordados con todo el primor y tapices de púrpura de Tiro. Aparta con sus piés tantos tesoros, los

desdeña, ó mas bien no los ve: solo su amada llena todo su pensamiento. Llama á Rahab, y Rahab no responde. Oprimido de dolor hiere su pecho, se arroja sobre la tierra, derramando amargas lágrimas que le arrancan á un tiempo la rabia y el amor. De repente Isachar cree percibir unos gemidos sufocados, corre á la parte de donde salen y llega hasta el fondo del templo en donde el ídolo Baal oculto á todos estaba escondido en un santuario cerrado. El Israëlita reconoce la voz de Rahab que sale de este recinto: el desespero le da fuerzas, rompe las puertas de un solo golpe; arroja todos los obstáculos, y repara á su tierna amada á los piés del ídolo, desgreñado el cabello, descubierto su seno, á las plantas de seis ministros de Baal que levantan sus cuchillos para inmolarla. Lanza Isachar un grito terrible que resuena por todo el templo y deja turbados y despavoridos á los sacrificadores. Se detienen primero suspensos: pero corridos de dejarse sorprender por un hombre solo, quieren consumar su sacrificio, mas lo intentan en vano: el hierro se ablanda en el seno de Rahab, y los brazos de los bárbaros se entorpecen como encadenados por un poder sobrenatural. Este prodigio acaba de abatirlos, pierden el valor y caen sin fuerza. Levanta Isachar su espada para inmolarlos, pero le detiene la dulcísima Rahab diciéndole: « Amado mio! si el Eterno ha ordenado que estos hombres sufran la muerte, deja para tus hermanos este deber fatal; no manches tú tus generosas manos con la sangre de un enemigo vencido, sé clemente despues de la victoria como eres terrible en el combate. Ven conmigo Isachar, alejémonos de esta mortandad: jamás se diga que el esposo de Rahab es insensible á los clamores de los desgraciados. » Aunque Isachar sabe la órden dada por Dios á los Israëlitas de exterminar á todos los infieles, y que el perdonarles la vida seria desobedecerle; sin embargo cede á las instancias de su amada, y arroja el acero lejos de sí. «Cuantas gracias tienen tus palabras, le dice, hija de Canaan, tus labios destilan miel. Vamos, amor mio, fuera de Jericó, subamos á la colina, sentémonos sobre la viña que empieza á despuntar su flor, allá daremos gracias al Dios de Jacob. » Dice, y en tanto que los Hebreos persiguen y destruyen á los infelices moradores de Jericó, Rahab apoyada en su amante, se aleja de esta escena

de sangre y de desolacion. Ve á lo lejos los horrorosos torrentes de humo y llamas que se levantan de la incendiada Jericó, y llora por sus hermanos. «Ay! esclama, yo tambien fuí culpable como ellos, ¿porque no se han arrepentido como yo? O gran Dios! porque sobre mí sola has derramado tu gracia? que! acaso no formaste su corazon dispuesto á escuchar tu voz? Gozarian aun de la vida, y engrandecerian tu santo nombre. —¿A que te atreves, hija de Canaan, esclama Isachar, tú murmuras contra el Señor? —No, responde, me someto á sus terribles decretos pero penetran mi corazon los gritos de estos desventurados: si hubiese querido rescatarlos de la culpa, le hubieran ellos adorado. — Cuidado Rahab, no nos toca juzgar las operaciones del Eterno, toda vez que ha condenado á la muerte á todos los hijos de Canaan, salvarles seria un delito. — Ah! bien ves que no les he salvado, replica llorando la jóven Cananea, pero Dios no prohibe compadecerlos. No te admire que su suerte me conmueva mas que á tí: el pecador debe compadecer las faltas de que fue cómplice, con mayor razon que el justo jamás coinquinadó con ellas. — Sígueme pues, bien mio, dijo Isachar, y á la mirada de éste secábase el llanto que bañaba las mejillas de Rahab, como chupan los rayos del sol al rocío trémulo sobre la flor que nace. Cuanto mas bello me parece el dia á tu lado, ó Rahab! á tu voz se agita dulcemente mi corazon, porque tu mirar es suave como la paloma y perfumado como el bálsamo de Segor. Ah! si viniera el grande Faraon y pusiese á mis piés todos sus tesoros en cambio de tu amor, llévate tus tesoros, le diria, poderoso monarca, no valen todos juntos el corazon de Rahab. — Amado mio, responde deteniéndole con dulzura, mira cuan terribles son las venganzas del Señor! temblemos de provocarlas sobre nosotros. Déjame purificar toda en su santo tabernáculo de las inmundicias de la idolatría. Mañana seré tu esposa, ahora no soy mas que tu hermana. Este dia, querido mio, no debe ser un dia de júbilo: ah! pueda ser dia de misericordia; puedan todos nuestros ruegos reunidos obtener del Todopoderoso la gracia para un solo pecador! En la hora de la muerte, ¿no será mas consolador este recuerdo á nuestras almas oprimidas que el de los mas gratos placeres?» Conmovido Isachar por las palabras de Rahab, triunfa sobre sus mismos deseos.

y se postra con ella ante el Eterno. Pasan la noche juntos en súplicas é invocaciones, y Dios, satisfecho de ver estos jóvenes en la aurora de su vida y unidos por el amor consagrar instantes tan preciosos á la caridad y á la religion, escuchó propicio sus votos. Por ellos dijo el Señor, salvaré una parte de Canaan. Caphira y Beroth hallarán gracia en mi presencia, y los Gabaonitas serán llamados felices y sabios por todas las naciones de la tierra. Dijo Dios, y su espíritu descendió sobre Gabaon, y Gabaon quedó salvo.

«El dia siguiente Josué mandó preparar la fiesta del himeneo sobre los escombros humeantes de Jericó. Isachar, teniendo de la mano á su amada Rahab vestida con un manto de lana blanca y coronada de rosas, la mostró á todo Israël, y el pueblo la llenó de aplausos y de bendiciones. Bajó ella sus modestos ojos, su corazon es la misma humildad y su postura la misma inocencia. Entretanto millares de operarios se apresuran en levantar columnas de cedro, de los que se cuelgan ropajes de color de grana bordados de azuladas turquesas; se queman perfumes esquisitos en vasos ricamente esculpidos, y en medio de una nube de incienso que se levanta sobre el altar construido en pocos momentos por la piedad del pueblo, Josué coloca el arca de la alianza y bendice la union de Isachar y de Rahab. El aceite, la miel y la leche llenan en abundancia anchas copas de marfil y de oro. Bebe el pueblo, y en transportes de júbilo alaba al Señor. Dos coros cantan alternativamente. El uno de guerreros de Israël armados de centelleantes picas, y de sus formidables espadas. El otro es de vírgenes vestidas de finísimo lino, y coronadas con flores del campo. «O Eterno! cuan terrible es tu poder, cantaban los primeros, das la victoria á tu pueblo, y á tu solo nombre desaparecen los infieles como la ligera sombra se disipa al acercarse el dia. ¡Cuan grande es tu misericordia, respondia el coro de vírgenes, tú sacaste del pecado á la hija de Canaan y la has elevado sobre todas nosotras, para enseñar á los impíos que un arrepentimiento sincero halla siempre gracia delante de tí. O Dios fuerte prosiguen á su turno los guerreros, testigos nosotros de tu omnipotencia, tendremos siempre presente el temor de tu santo nombre. Testigos de tu bondad, responde el coro de las vírgenes, tu amor vivirá eterno en nuestros corazones.» Estos cantos religiosos acompañados por la melodia

del órgano el estruendo del címbalo y los suspiros divinos del harpa resuenan en el vallado de Harcor y son repetidos por los ecos del monte Efrem. Se prolongan hasta caer el dia, pero cuando la noche viene á tender su velo de ébano sobre la creacion, Israël guarda silencio: las vírgenes se retiran á la tienda de sus madres, el sueño desciende á los lechos de los hijos de Jacob para hacerles descansar de sus crudas fatigas, y Rahab, la venturosa Rahab, sobre un lecho regalado de muzgos, de violas y de lirios, sin otro adorno que su belleza, sin otro velo que su pudor, sin otro pavellon que el cielo, prueba que los verdaderos placeres son solo los que embellece la inocencia, ó el arrepentimiento, los que permite el deber, y quedan consagrados para siempre por juramentos pronunciados al pié de los altares del Señor.»

La toma de Jericó habia rodeado de terror el nombre de Josué, pero no obstante las ciudades circunvecinas se prepararon para la resistencia. Siete naciones ó pueblos se hallaban esparcidas en lo que se llamaba el país de Canaan. Pero todos ellos debian desaparecer como Madian y Amalec ya vencidos y destruidos; porque Moysés habia dicho á los Israëlitas: « Cuando, despues de haber pasado el Jordan, habreis entrado en la tierra prometida, exterminad á todos los habitantes de aquella region.... no contrateis con ellos alianza ni matrimonio.... Si no les dais la muerte á todos, se os presentarán como puntas aceradas, brillarán á vuestro lado como lanzas agudas, os atacarán sin fin en vuestra misma morada. » El motivo de tan inexorables preceptos es la grosera idolatría que tenia embrutecidas aquellas naciones. « Destruid sus altares, habia añadido el legislador, derribad sus estatuas, echad por tierra sus bosques sagrados, á fin de purificar la tierra en que habitareis.... Guardaos de imitarles, de informaros de sus ritos sacrílegos diciendo, voy á seguir el culto que rindieron á sus dioses... Pues aniquiladas serán estas naciones á causa de sus impiedades. » Así pues, Moysés tenia un doble objeto y Josué una doble mision; conquistar la tierra prometida, y hacer que desapareciesen de ella casi enteramente todos sus antiguos habitantes.

Muchos escritores no han querido ver otra cosa en este episodio memorable de la historia judía sino el cumplimiento de un acto injusto

y bárbaro. Pero esto merece una esplicacion. Si se coloca la cuestion bajo un punto de vista puramente humano, desde luego Moysés y Josué deben ser juzgados conforme al derecho público de su época, y puestos en paralelo con los demas capitanes y legisladores de la antigüedad. Pues ó bien no debe perdonarse ni tolerarse conquista alguna, ó bien el principio que permite absolver una es igualmente aplicable á todas. En uno y otro caso exige la imparcialidad que los Hebreos no sufran solos el peso de una inculpacion que no se hace jamas recaer sobre las otras naciones. ¿Hay por ventura un pueblo ora sea de los tiempos pasados, ora del siglo presente, que pueda decir con verdad: «Yo no debo á la espada ni mi principio ni mis progresos?» Pero no; entre Moysés y todos los demás invasores de territorio existe una notable diferencia, y esta redunda en honor de Moysés. Previniendo este caudillo la fusion de las razas, salvó la nacionalidad y la religion de sus hermanos; bien sea porque los extrangeros y los indígenas no pueden quedar juntos en un mismo suelo sin que la viva enemistad de los unos no prepare pesadumbres y reveses á la dominacion de los otros; bien sea, sobre todo, porque las ideas y las costumbres de los vencidos acaban por entrar en las creencias y en las habitudes de los vencedores, y algunas veces por destruir la obra de la espada. El decreto de exterminio pronunciado por el legislador Hebreo no deja de ser duro; pero revela una poderosa prevision del porvenir y una sabiduría profunda, en tanto que los demás legisladores se han mostrado mucho ménos hábiles, sin dejar por esto de ser tan rígidos y severos en sus medidas políticas.

Escoja pues el historiador filósofo, y tome su partido. Si Moysés y Josué se apoderaron del poder por medio de una audacia favorecida por las circunstancias, practicaron igualmente la justicia, y superaron en genio á sus contemporáneos. Si nos colocamos, al contrario, en un punto de vista religioso, y si, conforme á la verdad, miramos á Moysés y á Josué como á investidos de un ministerio emanado del cielo, desde entónces deben ser juzgados segun el título excepcional de su mision, y sus actos quedan revestidos de toda la magestad de un derecho divino. ¿No es bien raro que se niegue á Dios el derecho de repartir la tierra

entre los pueblos ó de quitarles la vida, cuando los hombres alimentan la pretension de matarse lícitamente sobre un cadalso ó en un campo de batalla, y de poseer legítimamente el suelo sobre el cual han puesto el pié? Mas si Dios posee este derecho, y de ello no hay que dudar, á él toca el ejercerlo en su tiempo y segun su medida. Y únicamente porque una sabiduría infinita preside al gobierno del mundo, este tiempo y esta medida guardan siempre relacion con el grado preciso en que se hallan las fuerzas intelectuales y morales de la humanidad. Así el derecho de Dios se ejerció bajo formas mas severas en el orígen de las sociedades; desde luego el desarrollo natural de la razon y la influencia progresiva del Evangelio hicieron entrar las costumbres públicas en una larga senda de blandura; y en el dia bien sea que Dios oculte su mano bajo las leyes generales del universo ó que la estienda descargando golpes terribles y estrepitosos, sus decretos se manifiestan mitigados en la ejecucion, y su cólera se reviste de mansedumbre. Ved ahí como la inteligencia se ha ido gradualmente asegurando en los negocios humanos un predominio que perteneció por largo tiempo á la fuerza, y como las órdenes transmitidas de lo alto á Moysés y á Josué, llevan un carácter de rigor que nos admira, pero que nada tiene de injusto. La verdadera injusticia estaria en juzgar á estos dos grandes hombres, sin tener en cuenta las pruebas que tan solemnemente dieron de su mision extraordinaria, y aplicar á su conducta el valor de una idea que no reinaba en su tiempo.

Y además parece que el decreto de exterminio no fué ejecutado en toda su extension. Pretenden los doctores judíos que Josué llevaba escrito en sus banderas ese lema: «Huye el que quiera, ríndase el que quiera, luche el que quiera.» Alomenos es muy cierto que los indígenas se dividieron entre estos tres partidos. Los unos tomaron la huida, sin que pueda saberse ahora á que region les arrastró su miedo. Otros, como los habitantes de Gabaon, hicieron alianza con el conquistador bajo las condiciones que tuvo éste á bien imponerles. Pero la mayor parte probaron la suerte de las armas. Dios tenia ya anunciada una lenta desaparicion de los Cananeos, diciendo á su pueblo por boca de Moysés: «Yo te daré el terror por mensagero: exterminaré las razas que hallarás en tu tránsito y pondré á todos tus enemigos en fuga delante de tí.... No los

echaré del pais en un solo año, para que la tierra no se convierta en una soledad abandonada á los animales dañinos; sino que los iré arrojando gradualmente hasta que hayas crecido lo bastante para ocupar toda la region entera. » Y en realidad con estas reservas fue ejecutada la sentencia de muerte proferida contra los Cananeos. Por de pronto desaparecieron como cuerpo de nacion, y la historia no conserva ya mas su vestigio; pero muchas familias quedaron entre los Israëlitas perpetuándose por espacio de siglos con diversidad de fortuna: unas guardaron su independencia, otras quedaron sujetas á un tributo permanente: algunas, como la familia de Rahab, sometiéndose á los hábitos del vencedor, pasaron á las filas de los Hebreos por medio de enlaces, y no tardaron en perder todos los señales de su nacionalidad primitiva.

Josué se apresuró en aprovecharse del increible terror que inspiraba á largo trecho la rápida ruina de Jericó; y mucho le favoreció en sus designios el aislamiento en que se constituyeron despues sus enemigos para resistirle. No solamente los siete pueblos ó naciones que ocupaban el país dejaron de oponerse á los invasores con fuerzas coligadas y con un impulso simultáneo, pero ni siquiera cada una de por sí supo luchar unida, alomenos desde el principio de la conquista, pues cuantas plazas importantes habia formaban otros tantos grupos políticos, cuyo gefe tomaba el título de rey y se mantenia en una total independencia con respeto á sus vecinos. Con todo organizóse una liga, pero era demasiado tarde para salvar los intereses amenazados. Marchó Josué contra la ciudad de Haï á algunas leguas de Galgala en donde habia establecido su cuartel general. Despues de un ligero descalabro, se hizo dueño de ella, y le hizo sufrir la misma suerte de Jericó; fué entregada á las llamas y su poblacion pasada á cuchillo, reservando únicamente las riquezas y los ganados. Despues por medio de una ceremonia religiosa puso á los vencedores bajo la proteccion de Dios confirmándoles en el respeto de la ley. Erigióse un altar sobre el monte Hebal, segun el rito ordenado; sobre el cual se inmolaron víctimas. Los sacerdotes, los jueces, los gefes del ejército, los ancianos del pueblo, toda la multitud estaban colocados al rededor del arca de la alianza. Josué bendijo aquella turba inumerable, y refirió las palabras de glo-

ria y de desdicha pronunciadas por Moysés sobre los ejecutores fieles y los violadores del pacto solemnemente concluido con Dios, recordando al mismo tiempo las condiciones á las cuales estaba vinculada la prosperidad nacional.

Los terribles golpes que acababan de destruir á Haï y á Jericó, llenaron de espanto á los habitantes de Gabaon, metrópoli de algunas aldeas, y entónces la mas cercana de las poblaciones amenazadas por la tormenta de la invasion. Apelaron estos al artificio, pues algunos de ellos vinieron al campamento de los Israelitas con calzados y vestidos viejos y cubiertos de polvo, llevando entre sus provisiones panes durísimos y secos. Presentáronse como mensageros ó embajadores de un país lejano, y merced á este ardid, pudieron hacer alianza con los Hebreos, poco dispuestos al parecer á usar de clemencia con los naturales del país. Así, cuando fué descubierta la artimaña, el ejército queria tratar con toda severidad y sobre todo saquear el reducido reino de Gabaon; pero los gefes hicieron respetar su palabra dada, aunque arrancada por sorpresa. Los Gabaonitas pudieron salvar su ciudad, pero bajo condicion de subministrar en adelante hombres para los trabajos mas humildes y para el ínfimo servicio del templo. Por lo demás esta fraccion de pueblo perdida en medio de los conquistadores no era mas que una excepcion insignificante del sistema general de ocupacion, y no podia comprometer seriamente ni el plan adoptado para la conquista ni los resultados que se esperaban en el porvenir.

Mas no por esto Gabaon se hallaba libre de todos los peligros. Entrando en pactos con el extrangero, acababa de dar un funesto ejemplo, y de abrir el camino de Jerusalen, cuyo príncipe se propuso remediar este doble mal, castigando desde luego á los que le habian ocasionado. No se atrevia á atacar á los Hebreos, porque las fuerzas de la liga nacional no se hallaban reunidas todavía, pero sostenido por algunos principes comarcanos, puso el sitio delante de Gabaon. Recibió Josué una diputacion de sus nuevos aliados que le pedian pronto socorro. Partió en efecto á la cabeza de sus mejores tropas; y despues de una marcha forzada, cayó de improviso y con vigor sobre los sitiadores. Desconcertados estos por tan súbito ataque, no pensaron sino en huir, y

diezmados por la espada, el cielo mismo se declaró contra ellos y una gran parte murieron aplastados por una lluvia de piedras. Entónces fué cuando en el entusiasmo de la victoria, y transportado por aquel poder de sentimiento religioso que eleva al hombre á una altura inusitada, y le hace entrar en la familiaridad de Dios, Josué solicitó el tiempo para acabar en aquel dia la derrota de sus enemigos, y dió órdenes á la naturaleza. «Sol, detente sobre Gabaon, esclamó, y tú luna, no adelantes sobre el valle de Aïalon.» Oyó la naturaleza esta palabra pronunciada por una fé enérgica, dignándose Jehováh obedecer la voz de un hombre, y combatir por Israël. Porque el mundo de los espíritus es el eje á cuyo rededor gira el mundo de los cuerpos. Si esta ley no se aplica en el dia de un modo mas patente y mas completo, es sin duda en razon de medidas tomadas contra los desvíos posibles de la libertad humana; mas cuando esta libertad será purificada y afirmada por la prueba y pertenecerá definitivamente á un órden de cosas mas perfecto, los espíritus ejercerán plenamente sobre los cuerpos su natural imperio. Este dominio supremo del pensamiento y esta subordinacion de la materia es lo que hace Dios resplandecer á los ojos de todos, cuando movido por una palabra de fé ó por un inspirado ruego, suspende de repente el juego regular de las fuerzas que mueven el mundo visible.

La victoria alcanzada por Josué bajo los muros de Gabaon arrastró consigo otros muchos resultados. Toda la parte meridional de Canaan fue atacada y quedó sometida en aquella primera campaña. A la verdad el caudillo Hebreo no seguia un plan propio para dar estabilidad á sus conquistas: en vez de ocupar desde luego y emposesionarse de las ciudades vencidas, las abandonaba, despues de haber exterminado ó puesto en fuga á sus habitantes, ya porque temiese disminuir sus fuerzas y exponer á los ataques del enemigo guarniciones diseminadas, ya porque no pudiendo satisfacer á un mismo tiempo todas sus tropas, difíciles por otra parte de conducir, temiese el dispertar émulos y murmuraciones si concedia por de pronto á los unos el reposo y el solar que faltaba á los otros. Era pues indispensable pasear ante todo las armas triunfadoras por toda la comarca en donde pensaba establecerse: dis-

persar las poblaciones indígenas esparciendo sobre ellas el terror, y despues de esta toma de posesion en globo, proceder al repartimiento general del país, y sentarse en él definitivamente, salvo el sostener aun algunas refriegas, y comenzar tal vez de nuevo la conquista en algunos puntos. Aun cuando el resultado de estas medidas hubiese sido simplemente el poner á las dos razas un pié de equilibrio, esto era lo suficiente para asegurar el porvenir á los Israëlitas, cuya nacionalidad poderosamente constituida debia poco á poco destruir ó absorver los elementos puestos en contacto con ella. Y esto es lo que en realidad se vió algo mas tarde para gloria del legislador de los Hebreos, pues es propio solo del genio el concluir y asegurar por medio de las instituciones la obra por sí misma efímera de la espada. La espada por sí sola no es ni razon ni derecho: pero la razon funda el derecho, y el derecho llama á sí la fuerza, y la disciplina y la fija bajo de su imperio.

Solo un año habia empleado Josué en recorrer como vencedor el sud de la Palestina, pero hubo menester no menos que cinco años para sojuzgar el norte. La liga de los príncipes amenazados reunió numerosas tropas cerca las aguas de Merom, entre el lago de Tiberiades y el nacimiento del Jordan; liga que contaba mucho sobre su caballería y sus carros de guerra. Los Hebreos no tenian caballos, é ignoraban el arte de la defensa contra aquellos carros armados de hierro cortante á los que se arrojaba en medio de los batallones para despedazarlos ó romperlos. Josué suplió por la actividad las fuerzas que le faltaban; y despues de haberse religiosamente asegurado del socorro de Dios, cayó sobre los confederados con tal violencia y tan de improviso, que no tuvieron tiempo de reunirse para presentar una seria resistencia. Pereció gran número de ellos; los demas huyendo el furor de los vencedores se dispersaron refugiándose en las plazas fuertes que conservaban todavía.

Concluidos los trabajos de la conquista, ocupóse Josué en el repartimiento definitivo de las tierras. Algunas tribus tenian ya su lote sobre la ribera oriental del Jordan. Hombres hábiles y experimentados recibieron la órden de recorrer el país, levantar su plano, y dividirle en porciones de tal modo que la menor extension fuese suplida por la mayor fertilidad; y la suerte decidió en seguida de la posicion respectiva de los doce hijos

de Israël. Simeon y Judá ocuparon el sud, teniendo á sus fronteras la Idumea y la Arabia Petrea. Al norte Asser y Neftalí tuvieron por confines la Fenicia y la Syria. Los demas hijos del Patriarca encontraron su lugar entre estos puntos extremos y entre el Jordan y el Mediterráneo. José figuró en la particion como gefe de sus dos hijos Efraïm y Manasés. No cupo á Leví un lote separado, como á los demás, pero se le reservaron algunos pueblos en diversos puntos de la Palestina. Cada tribu debia repetir en sí misma lo que se habia hecho para todo el pueblo, dividir sus tierras en tantos cantones principales como familias contaba en su seno, y subdividirlas despues en porciones aplicables á los ciudadanos. Por medio de esta operacion primitiva y por los reglamentos que conservaron su resultado, este reducido pueblo hebreo resolvió al nacer y cuarenta siglos atrás un problema que hace vacilar y fatiga y amedrenta el genio de las naciónes modernas: favorecer la agricultura y suprimir el proletariado dividiendo la propiedad.

Gastado ya por las fatigas, mas aun que por los años, si bien era de otra parte de una edad muy avanzada, Josué murió, recomendando á sus hermanos la exacta observancia de la ley.

Sus últimas miradas pudieron, no sin satisfaccion y gozo, fijarse sobre el destino providencial que acababa de llenar: los Cananeos estaban vencidos para siempre: los Israelitas se habian formado ya una patria; la religion veia observadas sus ceremonias; el gobierno civil y político, trazado anticipadamente por Moysés, estaba en su vigor, y la nacion quedaba fundada en los elementos de una vida duradera. Y realmente la nacion, sentada ya sobre sus bases para en adelante, pudo conducir gradualmente sus fuerzas hácia un centro de unidad, de resistencia y de accion tanto en lo interior como en lo exterior, y afirmarse y robustecerse hasta el punto de luchar no sin gloria contra el Egipto y la Syria. Y ella vivió de una vida propia á pesar de las mas duras pruebas hasta el momento en que las águilas romanas la apretaron entre sus sangrientas garras, y la arrojaron desgarrada y á pedazos á todos los mercados de esclavos que poseia el imperio.



Notas.

(1) La Judea, pais nativo de los Judíos, llamada tambien Canaan, Palestina y Tierra Santa, cuya capital era Jerusalen, fue tan excesivamente fértil, que (como dice Volnei, escritor bien conocido entre los incrédulos de estos tiempos, de quien citaremos luego á la letra varios pasages en prueba de su actual desolacion) la contaban los griegos y los romanos entre sus mejores provincias. Varios historiadores célebres de la antigüedad dan expresamente testimonio de su grande poblacion, magnificencia de algunas de sus ciudades, excelencia de su clima y fertilidad de su suelo; tanto que competia con la Italia en la abundancia de sus frutos, y en el exquisito esmero y perfeccion de su agricultura: y así la Syria, inclusos los paises de Amon, Moab y la Filistia, como tambien la Judea, era proverbialmente llamada por los griegos el jardin. En tanto grado de estimacion fué tenida la amenidad y fertilidad de la Judea, muchos siglos despues que las profecías anunciaron su futura y por tanto tiempo continuada desolacion.

La tierra es del Señor: y así como fue objeto de maldicion por causa del hombre cuando éste cometió su primer pecado contra Dios, asi igualmente la gloriosa tierra de Judea fué maldecida y entregada á «desolacion de muchas generaciones» que habian de pasar sobre ella, por causa de los pecados del pueblo á quien Dios la habia dado, y para el cual está aun reservada para que la posea perpetuamente, cuando llegue el tiempo en que se convierta y vuelva al Señor Dios de sus padres.

Las calamidades de los Israelitas habian de levantarse progresivamente al compas de sus iniquidades: la desolacion de su país, y el ser desterrados de él, se cuentan entre los castigos que se les habian

de imponer. Muchas profecías relativas á esto, en que cabe una literal interpretacion, y que han tenido un exacto cumplimiento, son en gran copia, claras y expresivas.

«Reduciré á desierto vuestras ciudades, y haré yermos vuestros santuarios... y destruiré vuestra tierra, y se pasmarán vuestros enemigos sobre ella... quedará yerma vuestra tierra y vuestras ciudades arruinadas: entónces gozará la tierra sus sábados... mientras que dure la desolacion reposará» (Levit. xxvi, 31--35, 43).

Los principales rasgos de la desolacion de la Judea se presentan por menor en otras profecias (Isa. i, 7; xxiv, 1--13; xxxii, 9--15; xxvii, 10: Jerem. iv, 20--26, 28; xii, 7--14; Ezeq. xii, 19, 20); y exactamente convíenen con las descripciones de los viageros modernos. La vision de los profetas fué tan clara como la vista de ojos del que lea ahora la historia de la Judea, ó recorra y vea aquel pais: al paso que los muchos vestigios de su antiguo cultivo, las ruinas que abundan por todas partes, los restos de los edificios romanos y de sus caminos, y la natural riqueza del suelo, que en muchos terrenos ha quedado inalterada, conviene con la voz universal de la historia en dar testimonio indudable de que por muchas edades, despues de la era en que vivieron los profetas, la Judea fué del todo un país diferente de lo que es ahora, ó cual ningun mortal pudiera concebir que vendria á ser despues de tan largo espacio de tiempo.

«La tierra debia ser destruida por extrangeros: desgracia habia de sobrevenir sobre desgracia y destruccion sobre destruccion; la tierra habia de quedar desolada: las desolaciones habian de durar por muchas generaciones.» Despues de una larga y no interrumpida posesion de la Judea por los Israelitas, los Caldeos, Siros, Egipcios, y Romanos sucesivamente fueron los extrangeros que llevaron la destruccion sobre destruccion y prepararon el camino para otros mas bárbaros desoladores. Volnei nos da una cabal y exacta historia de la Judea en los doce últimos siglos. «En el año 622 (636) las tribus Arabes bajo las banderas de Mahoma, se apoderaron de ella, ó mas bien la devastaron. Desde aquella época, destrozada por las guerras civiles de los Fatimitas y de los Ommiadas, separada del imperio de los califas por sus rebeldes gobernadores, quitada á estos por la soldadesca turca, invadida por las cruzadas de Europa, vuelta á ocupar por los Mamelucos de Egipto, devastada por Tamerlan y sus Tártaros, cayó por ultimo en poder de los Turcos Otomanos.» Ha sido hollada y ajada por gentiles—arruinada por los extrangeros --ha sufrido desolacion sobre desolacion.

«Las ciudades debian quedar devastadas,» segun el uniforme testimonio de todos los viageros, la Judea solo presenta ahora un campo de ruinas: estas, aunque en general no habitadas, conservan los nombres de sus antiguas ciudades. Montones de escombros y de ruínas son los restos de Cesarea, Zabulon, Cafarnaum, Betsaida, Gadara, Tariquea y Corazim. Los desoladores desempeñaron cumplidamente la obra para que fueron destinados en aquellas ciudades donde vivieron y

predicaron Cristo y sus discípulos. Columnas cubiertas de escombros, é informes y algunas veces extensos montones de ruinas se hallan esparcidos por todo el país. Los restos de Arimatea, muestran, segun dice Volnei, que debió haber tenido como cinco millas de circunferencia. Las ruinas de Gerasa (Djerash), segun las describen varios viageros, son aun mas suntuosas que las de Palmira. Pero de otras muchas ciudades en otro tiempo ilustres de la Palestina, apenas hay vestigio; estas quedaron del todo devastadas.

« La tierra debia quedar desolada — descansar y gozar sus sábados: y mientras que los hijos de Israël permaneciesen en la tierra de sus enemigos, otro tanto habia de durar la desolacion de la suya. » Ya hace cerca de diez y ocho siglos que están en la tierra de sus enemigos; y su propia tierra subsiste aun desolada. La espada se desenvainó contra ellos y el arado se quedó en la Judea. Los campos mas fértiles están incultos: tribus rebeldes hacen contínuas correrías por el país: los Arabes entran libremente en él a pastar sus ganados: « la agricultura, dice Volnei, se halla en el mas deplorable estado, y el paisano se ve precisado á labrar la tierra con el fusil en la mano: » los valles mas fértiles y amenos, están cubiertos de cardos de varias especies; algunas de las montañas son casi inaccesibles por su maleza y fragosidad: las plantas silvestres y la hierba en las llanuras detienen no pocas veces al viagero, pues crecen y se ensanchan tan lozanamente que con dificultad pueden dar un paso los caballos: y como dice Burckardo célebre viagero, todo el distrito de Tiberías está cubierto de arbustos espinosos. « La tierra está enlutada y devastada, y ha sido reducida á una desolada soledad: sobre la tierra de mi pueblo crecerá la mala hierba y las espinas. »

« Vuestros caminos quedaron destruidos y desiertos » (Levit. XXVI, 22; Isa. XXXIII, 8.) Los caminos están destruidos, el viagero ha desaparecido. La Judea estaba cruzada de caminos en todas direcciones; y la comunicacion entre sus muchas y populosas ciudades era continua y sin interrupcion. Todavía están á la vista los vestigios de los caminos antiguos, ahora inutilizados é intransitables. « En lo interior del país, dice Volnei, ni hay caminos, ni canales, ni aun puentes sobre los rios y arroyos, aunque son muy necesarios en el invierno. Los caminos en las serranías son malos en extremo: en ninguna parte se hallan posadas, ni postas ni conductores públicos: no se encuentra un carro ó carreta en toda la Syria. » Estos mismos notables hechos se refieren por otros viageros. En un pais donde se carece absolutamente de toda especie de carruages, precisamente han de haber sido del todo abandonados los caminos, aunque fuesen en otro tiempo numerosos y excelentes: y estos desiertos donde á cada paso están los viageros en peligro de ser asaltados por bandas de Arabes que les saquean y roban sin piedad, precisamente han de ser poco frecuentados. Digan pues ahora los discípulos de Volnei, si esta tan extensa y circunstanciada descripcion del estado de este pais, no es lo que contiene en dos palabras aquella breve y profética

sentencia de Moysés é Isaías, pronunciada por el primero treinta y tres y por el segundo veinte y cinco siglos hace.

Tambien las profecías expresan y repiten mas de una vez así la condicion de los habitantes de la Judea como la de la tierra misma, cuando la casa del Señor fuese dejada, y su herencia abandonada y entregada en manos de sus enemigos. «Muchos pastores habian de destruir su viña, rehollar su parte: hacer de su porcion amena y codiciable un desierto de soledad: por todos los caminos del desierto vendrian destruidores, el cuchillo lo devoraria todo, no habria paz para ninguna carne.-- Sembrarian trigo y cogerian espinas; sus afanes no les servirian y quedarian avergonzados de sus frutos» (Jerem. XII, 10 — 13). Tambien en otra profecía se dice que cuando fuesen los Israelitas dispersados entre las naciones y esparcidos por varios países, los habitantes de Jerusalen y de la tierra de Israël, «comerian su pan y con afan beberian su agua con desolacion; porque desolada seria la tierra de su muchedumbre por las maldades de los que la habitan» (Ezeq. XII, 19, 20). Mientras que los antiguos poseedores de la tierra habian de ser dispersados fuera de ella; por los que en ella morasen habia de ser manchada: sus habitantes serian desolados y quedarian pocos. Su estado de tristeza se describe así: «Lloró la vendimia, enfermó la vid, gimieron todos los que se alegraban de corazon: cesó el gozo de los panderos, se acabó la algazara de gente alegre, calló la melodía de la cítara. No beberán vino con cantares. Toda alegría quedó desierta, desterrado fue todo el gozo de la tierra» (Isa. XXIV, 7 — 11). Este es por todos sus aspectos el fiel retrato de los moradores actuales de la Judea, mientras que el Señor ha abandonado su herencia y la ha dejado en manos de sus enemigos, y mientras que sus antiguos poseedores están fuera de ella esparcidos por las naciones. Y aunque son muchos los testimonios que pudiéramos citar aquí en comprobacion de cada uno de estos hechos, Volnei solo, como testigo sin excepcion y nada sospechoso, bastara por todos.

Con todo cuidado anota el importe de lo que producen al gobierno turco las diversas provincias en que está dividida la Syria con sus bajaes á la cabeza, es á saber: —

La de Alepo......	800	bolsas.
Tripoli....	750	
Damasco..	45	
Acre.......	750	
Palestina	—	
Total.....	2,345	bolsas

(698,000 pesos.) La renta de la Palestina (en que se incluye la Filistia y parte de Judea) se concedió por el gobierno turco ó dos individuos. Y junto con la de Damasco, que es mucho ménos que la de las demás provincias, formaba casi todo el producto de la tierra santa. «Ellos se avergonzarán de sus frutos.» El gobierno de los turcos en la Syria es enteramente despotismo militar: esto es, todos sus moradores están sujetos á los caprichos de una faccion de hombres armados que disponen de todo segun lo exige su interés, ó su antojo. En cada gobierno el bajá es un déspota absoluto. Limitados los habitantes de los pueblos á lo puramente necesario para la vida, no tienen mas artes que las indispensables para su

subsistencia. Fuera de poblado están en continuo riesgo, y dentro no tienen seguridad alguna. La barbarie es completa en la Syria. Todos viven en un estado de continua alarma. El paisano teme excitar la envidia de sus iguales y la avaricia del Agá y de sus soldados. El súbdito que vive en un país donde está perpetuamente espiado por un gobierdo despojador, preciso es que se revista de un aspecto serio y melancólico por la misma razon que le obliga á ir vestido de andrajos, ó en otras palabras, « por las maldades y la violencia de los que moran en ella.» Tal es el testimonio de Volnei: «sus habitantes son desolados: ellos comen su pan con afan y beben su agua con desolacion: sus afanes no les aprovechan: no hay allí paz para ninguna carne: la tierra está desolada por las maldades de los que moran en ella.»

Pocos habian de quedar. « Tan corta poblacion en tan excelente país deja atónito al viajero, y mucho mas si compara el presente número de habitantes con los que tenia en los tiempos antiguos. El sabio geógrafo Estrabon nos informa que solo los territorios de Yamnia y Jope en la Palestina eran tan populosos, que ponian en campaña cuarenta mil caballos ahora escasamente podrán presentar tres mil. «El estrangero que venga desde lejos se quedará atónito al ver la tierra:» y esto es lo que le sucedió al viajero Volnei, segun su misma expresion. « Ellos no tienen mas música que la vocal, porque no conocen ni estiman la instrumental y en esto hacen bien porque los instrumentos que tienen, sin exceptuar sus flautas, son detestables.» — « Cesó el gozo de los panderos, se acabó la melodía de la cítara.» Su canto va siempre acompañado de suspiros y gesticulaciones: puede decirse de ellos que sobresalen en el género melancólico. Al ver á un árabe con sú cabeza inclinada, la mano puesta en el oido, las cejas arrugadas y juntas, los ojos lánguidos: al oir sus tonos melancólicos, sus gemidos y sollozos, es casi imposible contener las lágrimas.» Su verdadero placer es la melancolía, sus diversiones ó pasatiempos, en todo se resienten de su tristeza; « gimen todos los que tenian el corazon alegre, calló la algazara de gente alegre.» « Sus modales son serios, austeros y melancólicos: rara vez se rien: y la alegría de los europeos para ellos es un golpe de delirio: su continente es serio ó mas bien triste y melancólico.» «Toda alegría quedó desierta, desterrado ha sido el gozo de la tierra.» Volnei cita á los mismos judíos como ejemplo para manifestar que se ha mudado enteramente el carácter de aquel pueblo, respecto de lo que era en los antiguos tiempos. « Una de las principales ocasiones, continua el mismo, de alegría entre nosotros, es el intercurso social de la mesa y el uso del vino. Para los orientales (Siros) son desconocidas estas dos fuentes de placer. La buena mesa les expondria infaliblemente á una extorsion, y el vino á un castigo personal, por el celo con que la policía cuida de la observancia de los preceptos del Koran. Con la mayor repugnancia toleran los musulmanes á los cristianos el uso de un licor que les envidian.» Los vinos de Jerusalen (porque la Judea era país de mucho viñedo) como dice otro viagero, son los mas detestables: y otro tambien

añade que probablemente son los mas malos que puedan hallarse en ningun pais. « Lloró la vendimia: enfermó la vid: no beberán vino con cantares. »

La excepcion de esta general desolacion es uno de los mas notables y distintivos rasgos de la Judea, y al mismo tiempo una de las mas maravillosas profecías que hablan de ella, y como la última pincelada del pintor para completar y perfeccionar su cuadro. « Estas cosas serán en medio de la tierra... como si algunas pocas aceitunas que quedaron se sacudiesen de la oliva, y algunos rebuscos despues de acabada la vendimia... En aquel dia se marchitará la gloria de Jacob... y será como el que vá á espigar lo que quedó despues de la siega, que coge las espigas con su mano... y quedará en él como racimo de rebusca, y como cuando vareada la oliva quedan dos ó tres aceitunas en la punta de una rama, ó cuatro ó cinco de sus frutos en lo alto del árbol, (Isa. XXIV, 13; XVII, 4--6). Esta metáfora significa lo mismo que se dice claramente y sin rodeos en otras partes, es a saber, que aunque la Judea quedaria pobre como un campo segado ó como una viña despues de la vendimia; no seria su desolacion tan completa que no quedase allí algun vestigio ó resto de su pasada abundancia, y como algun rebusco de su antigua gloria. Y así es á la verdad. Cualquiera sitio que se fije para residencia, ó se asigne como propiedad de un agá turco, ó de un jeque árabe, á poco que se cultive, y proteja, pronto vuelve á manifestar la fertilidad, amenidad y hermosura de la tierra de Canaan. El jardin de Gedin con muchos olivos, almendros, melocotones, albaricoques é higueras: Napolosa, la antigua Sichem, en el seno sombreado y delicioso de fragantes arboledas y entretejidas enramadas, y como escondida entre jardines y árboles frondosos y corpulentos: el valle de Zabulon: ricos arbolados en los montes de Gilead, aunque sus faldas están solo cubiertas de cardos; el valle de San Juan, junto á Jerusalen, coronado de olivos y viñedos, con exquisitas higueras y almendros en su hondonada: todo esto se ve en medio de terrenos incultos y abandonados, como otros tantos jardines de Eden en medio de un desierto: y exactamente se puede decir que son como los rebuscos despues de acabada la ciega, ó como las pocas aceitunas que quedan en el olivo despues de vareado. Mas ¿quien pudiera imaginar que una misma causa habia de producir tan opuestos resultados: ó que la misma mano que vareó el olivo habia de dejar salvas é intactas unas pocas aceitunas en lo mas elevado de las ramas?

De Samaria capital de las diez tribus de Israël estaba profetizado: « Pondré á Samaria como monton de piedras en el campo, cuando se planta una viña: y arrojaré sus piedras en el valle y sus enemigos descubriré » (Miqueas I, 6). Herodes el grande extendió y hermoseo á Samaria. Por espacio de varios siglos de la era cristiana hubo en ella silla episcopal: y todavía existen muchas de sus antiguas monedas y medallas. Estas son las únicas memorias que quedan de una ciudad, que ya hace largo tiempo ha dejado de existir. Sus piedras han sido arrojadas al valle. Uno de los primeros viajeros modernos que la visitaron, dice que su

area estaba toda cubierta de jardines: y otros, que la han visto recientemente, hablan de la misma manera « de la montaña donde en otro tiempo estaba situada Samaria, » añadiendo que su total aspecto en el dia es el que se expresa en la amenaza del profeta Miqueas.

« Jerusalen habia de ser hollada por los gentiles hasta que los tiempos de los gentiles quedasen cumplidos. » Mil y ochocientos años despues pronunció esta profecía el autor de la fe cristiana, podemos decir que aun no se han cumplido estos tiempos y que Jerusalen hasta el dia presente subsiste hollada por los gentiles. En vano fueron en las primeras edades de la dispersion de los judíos, todos cuantos esfuerzos y tentativas hicieron los mismos para recobrar su posesion. El poder de Roma que les arrancó de su propia tierra, les impidió arraigarse en ella de nuevo. Y cuando Juliano emperador de Roma osó poner en duda la verdad de la palabra, algunos siglos antes pronunciada por el Crucificado; y uniendo su poder al de los judíos, sin que nadie se le opusiese, trató de re-edificar su ciudad y templo y restablecerles en la posesion de la Judea; quedó frustrada esta tentativa: porque, como un historiador gentil y otros escritores refieren, del terreno donde se abrian los cimientos salian globos de fuego que abrasaban á los trabajadores, y no pudiendo contrarestar la fuerza de aquel elemento, tuvieron que abandonar la obra. Lo cierto es, y esto solo Dios pudo prever y conocer, que los Judíos nunca habian de ser como no han sido despues restablecidos en la Judea, y que Jerusalen habia de ser, como ha sido desde entónces hollada por las naciones. Romanos, Griegos, Persas, Sarracenos, Tártaros, Mamelucos, Turcos y Egipcios, Arabes y otra vez los Turcos, siglo tras siglo, la han hollado sucesivamente. Los judíos que aprecian tanto hasta el polvo de ella, son los unicos que jamas han podido volver á su posesion. Y sola la verdad de esta palabra pronunciada por Jesus á quien sus padres crucificaron, es infinitamente mas fuerte prueba de que él fué verdadero Dios, que cuantas hayan inventado y producido los autores de toda falsa religion.





DÉBORA.

Ellos fian en sus carros y en sus caballos; pero nosotros invocaremos el nombre del Señor nuestro Dios.

(*Salmo XIX*.)

HASTA ahora no hemos visto en la muger bíblica sino la muger sentada en el hogar doméstico ó bajo la tienda patriarcal, modelo de virtudes apacibles, preparando en su fecundidad bendita la serie de generaciones que debian con el tiempo formar un grande pueblo, ó ausiliando los esfuerzos del hombre para que tuviesen su cumplimiento los sublimes designios de Dios. La grandeza de la muger no ha sido mas, por decirlo asi, que el reflejo de la grandeza del hombre. Vamos ahora á verla brillar por sí propia, elevarse como un astro sobre el horizonte de los grandes hechos, recibir y desempeñar por sus propias fuerzas una mision sublime, hallarse al frente de los destinos de toda una nacion y ostentar en su faz resplandeciente la inspiracion divina.

Desde la muerte de Josué, sucesor de Moysés, hasta el advenimiento de Saul, primer rey de los Israelitas, transcurrieron trescientos y cincuenta años. Durante este intervalo, la nacion fué gobernada por Jueces, especie de magistrados y dictadores que administraban justicia y declaraban la paz y la guerra. La dignidad de estos gefes era vitalicia; pero su sucesion no fué continua: hombres de circunstancias aparecian en el momento del peligro, bien fuese que Dios los suscitase de un modo milagroso y extraordinario, bien fuese que el pueblo les designara por eleccion á causa de su valor, ó por el conjunto de sus bellas cualidades. En tiempos bonancibles, cada cual no tenia que reconocer otra ley sino la de Dios, la cual arreglaba hasta lo mas minucioso de la vida pública y privada, religiosa y civil: la nacion no tenia príncipe ni gobernante cuya voluntad pudiese imponer á nadie nuevos deberes. Suave era á la verdad esta constitucion política, porque dejaba muy ancha la libertad individual; pero era tambien peligrosa, porque, humanamente hablando, abria la puerta á la anarquía, y provocaba al enemigo exterior. Así es que los Israelitas en el decurso de tres siglos y medio fueron seis veces oprimidos por sus vecinos, y que la servidumbre pesó sobre diversas partes de la nacion durante largos períodos. Verdad es que, conservándose fieles á Dios, hubieran podido evitar todos estos males que no descargaron sobre ellos sino á título de castigo y como consecuencia de la idolatría.

Despues de haber sufrido momentáneamente el yugo de un rey de Mesopotamia, despues de los Moabitas, viéronse sujetos á los Cananeos, indígenas escapados al cuchillo de Josué y refugiados en las montañas ó á lo largo de las costas del Mediterráneo. El gefe de sus opresores en esta tercera prueba, se llamaba Jabin, el cual habitaba una pequeña ciudad de la baja Galilea, al Oeste y no muy lejos del lago de Tiberiades. Sus hostilidades fatigaban las tribus de Neftalí, de Zabulon y de Isacar. Tenia por general de ejército á Sísara, y podía poner en campaña, á mas de sus aguerridos soldados, nuevecientos carros armados de puntas de hierro, instrumentos famosos en las batallas de otro tiempo, y que lanzados rápidamente contra las filas enemigas, pasaban haciendo horribles destrozos. El temor de estas fuer–

zas retuvo veinte años los Israelitas bajo la dominacion de Jebin; pero entretanto rogaban con lágrimas de arrepentimiento á fin de que Dios se dignase por último romperles las cadenas de aquella tiranía

En aquel tiempo una profetiza llamada Débora, esposa de Lapidoth, juzgaba al pueblo de Israël. Este título de profetiza discernido á Débora no debe en manera alguna sorprendernos. No con la supremacia de fuerzas físicas, y morales, ni con el carácter ni con el genio, sino con la pureza de corazon mide el Señor sus privilegiados dones. Naturalmente aproximada á Dios la muger, por el solo hecho de ser débil, halla con frecuencia tal vez en su interior un reflejo de la voluntad divina, semejante á la tersa y cristalina superficie de un lago no turbada por soplo alguno, en que el sol se retrata con deslumbrante lucidez. Además, ¿acaso no es toda alma humana en las manos de Dios una especie de lira, cuyas cuerdas vibradas por un soplo superior nombran los secretos de lo futuro, como hablamos nosotros de las cosas presentes? De otra parte, es de suponer que Débora no ejerció su magistratura de un modo tan extenso como lo hicieron los demás jueces de Israël. Sus funciones eran las de conciliar los ánimos divididos por el interés, dar consejos, y recordar la práctica de las leyes religiosas y civiles. Su esperiencia y discrecion le conciliaron el aprecio y la confianza pública, y de este modo dió ella sin duda pruebas especiales de sumision. Con todo la principal fuerza de sus juicios venia de la aceptacion y de la buena voluntad del pueblo: sus resoluciones no podian pasar por reglamentos difinitivos, porque es una máxima recibida por todos los intérpretes del derecho hebreo que las mugeres no juzgan y no reinan en Israël. El gobierno de Atalia posteriormente fué considerado como una opresion y una tiranía, y no como una soberanía legítima.

Habitaba la profetiza entre Rama y Bethel, casi en los confines de Efraïm y de Benjamin, y allí daba sus fallos sentada debajo de una palmera. Cierto dia hizo venir á Barac, de la tribu de Neftalí, y le dirigió estas palabras: «El Señor Dios de Israël te da esta órden: marcha y conduce el ejército sobre el monte Thabor. Tomarás contigo diez mil combatientes de los hijos de Neftalí y de los hijos de Zabulon. Yo te

traeré hasta el torrente de Cison á Sísara, general del ejército de Jabin, y sus carros y todas sus tropas, y yo los pondré en tus manos.» Ya se tendrá presente que, segun una antigua tradicion, en el Thabor fué donde el Hombre Dios hizo brillar en la transfiguracion un rayo de su gloria celeste al traves de los velos de su humanidad. Elévase aislada la montaña en medio de una vasta llanura, y en su cima hay un llano ó terraplen de mas de tres mil pasos en donde los reyes de Syria los Romanos y los Turcos levantaron ó reconstruyeron una pequeña aldea y algunas fortificaciones. Desde allí se dominan las vastas campiñas del rededor, y por esto la profetiza, en nombre de la prudencia humana de la cual no nos dispensa la religion, aconsejaba á Barac apoderase del Thabor. En la llanura que toca á las faldas de la montaña cruza de oriente á occidente el torrente Cison entre espesos grupos y penachos de verdor, encinas de hojas redondeadas y como de terciopelo finísimo, algarrobos, algunos plátanos y sicóromos.

Barac, conociendo sin duda que la profetiza enviada para prenunciar el suceso debia al mismo tiempo dirigir y sostener el valor de los combatientes, respondió á Débora: « Si vienes tu conmigo, iré, pero si no quieres venir conmigo tampoco iré yo. » Tal vez inspiró todavía estas palabras un leve sentimiento de desconfianza; pero Débora, sin retractarse, pareció sin embargo atenuar sus gloriosas promesas. « Yo te acompañaré, le dijo, pero entonces no se atribuirá á tí la victoria, porque Sísara será entregado á manos de una muger.» Partió pues Débora con Barac: reunióse á los esforzados guerreros de las tribus de Zabulon y de Neftalí, y se emprendió la marcha con direccion al Thabor.

Noticioso el rey Jabin de estos movimientos, envió contra los Israelitas á Sísara, el cual por un lado hizo guardar los pasos del Cison, y por otro presentó todo su ejército desde Haroseth hasta el mismo torrente en órden de batalla. Numerosos cuerpos de infantería y caballería, y novecientos carros falcados ocupaban las vastas llanuras é infundian terror. Entónces dijo Débora al general Israelita: « Ánimo, este es el dia en que el Señor ha puesto en tus manos á Sísara, mira que el mismo Señor es tu caudillo. » Barac descendió del Thabor con sus doce mil combatientes. El Señor aterró á Sísara y á los guerreros de Canaan; los carros otras veces

tan formidables fueron impotentes: las falanges retrocedieron de espanto: todo cedió ante Israël: una multitud innumerable fue pasada á cuchillo: ó en el combate ó en la huida el ejército de Jabin desapareció como el humo (1).

Sísara se vió obligado á saltar de su carro y á salvarse á pié, mientras Barac iba persiguiendo á los carros fugitivos y al ejército en desórden hasta Haroseth. Sísara vino á parar en la tienda de Jahel muger de Haber, cineo, gefe de una antigua familia de indígenas, expulsada en otro tiempo del canton de Engaddí, hácia el Mar Muerto, y refugiada entretanto en un valle de la tribu de Neftalí. Haber habíase manifestado neutral hasta aquel entonces en la contienda de Jabin y de los Israelitas, y sin declararse por estos, no habia renunciado á la alianza de aquel. Viviendo á la manera de los antiguos patriarcas, habitaba en el campo y bajo tiendas; y siendo pastor rico, pero pacífico, no inspiraba celos ni inquietud. Sísara creyó poder contar con la amistad de Haber, y entró en la tienda. O porque Haber estuviese ausente, pues no se hace mencion de él en este episodio, ó porque Sísara en su veloz y desesperada fuga hubiese dado primero con las habitaciones de las mugeres, separadas en Oriente de las de los hombres, el fugitivo fué recibido por Jahel, esposa de Haber, la cual saliendo á su encuentro, le dijo: «Entrad, señor mio, entrad en mi casa, y no temais.» Entró pues en la tienda, y ella le cubrió con una larga alfombra ó manto. El general fatigado y jadeando por su larga y precipitada huida, le dijo: «Ruégote me des un poco de agua, porque la sed me abrasa.» Jahel trajo un odre lleno de leche. Los Arabes se sirven todavía de vasos hechos de pieles de bestias para conservar los licores en sus marchas al través de los arenales y de los desiertos. Dió pues á Sísara leche en lugar de agua á fin de manifestarle mas respeto, é inspirarle una confianza mas completa con aquella muestra de benevolencia. Cuando Sísara hubo bebido, Jahel le cubrió de nuevo con su ancho ropage; y le dijo el guerrero: «Ponte á la puerta del pabellon, y si viniere alguien á preguntarte: ¿hay aqui alguno? responde que no hay nadie.»

Muy luego despues, Jahel, considerando tal vez que los Cananeos parientes suyos habian entrado en los intereses y derechos de

Israël, y que á Sísara podia considerársele como enemigo público y declarado, resolvió hacerle perecer. Tomó uno de estos grandes clavos que se empleaban para fijar en tierra las pieles de que estaban hechas las tiendas; entró pasito á donde se hallaba el general profundamente dormido, y poniéndole la punta del clavo sobre las sienes dió el golpe sin vacilar. Entró el hierro hasta tocar en el suelo, y Sísara, traspasada la cabeza, pasó del sueño á la muerte. Preciso es convenir en que este designio de Jahel fué tan rápidamente concebido como ejecutado, y que pudo muy bien haberse hecho ilusion acerca el verdadero carácter de su accion, creyendo obedecer á un sentimiento de patriotismo, ó tal vez á una inspiracion religiosa. Pues podia muy bien conocer la mision extraordinaria de Débora, y de consiguiente, tener por santa la guerra empezada bajo los auspicios de la profetiza; y desde entónces, Sísara era el enemigo de Dios como era el enemigo de los Israelitas, y de consiguiente era objeto de aversion para todos los verdaderos creyentes. La defensa de la causa de Dios, mas aun que las causas de la tierra, ha encontrado siempre vengadores ardientes y decididos; y pueden confirmarlo algunas expediciones de la edad media y ciertos hechos de los tiempos modernos. Y de otra parte no debe mirarse la indiferencia del presente siglo como la regla verdadera de la actividad humana en materias religiosas; ni apresurarse á proscribir á título de fanatismo aquellos generosos impulsos de que no serian capaces por cierto nuestras muelles convicciones. Con todo, al tributar elogios al valor y á las intenciones de Jahel, no podemos dejar de reconocer que hizo traicion á la palabra dada á Sísara, y á la hospitalidad que él habia invocado, y bajo cuya sombra se habia acogido. Verdad es que en los antiguos pueblos, la guerra tenia derechos mas latos y mas crueles que en el dia; pero nos parece que en todas las edades del mundo, nos hubiera sido mas caro y mas sagrado que la derrota de nuestros enemigos el respeto y la inviolabilidad de nuestra palabra.

Llegó en esto Barac persiguiendo á Sísara. Jahel salió á su encuentro y le dijo: «Ven, y te mostraré al hombre que buscas.» Entró, y vió á Sísara tendido y muerto, la cabeza traspasada con un enorme cla-

vo. El gefe enemigo estaba vencido y muerto, las tropas que mandaba él en persona dispersas y aniquiladas. Una parte del ejército Cananeo que ocupaba las pequeñas ciudades del contorno situadas á las orillas del Cison, fué igualmente atacada y puesta en derrota por los oficiales de Barac (2). Así Jabin cayó en una ruina completa; y los Israelitas, creciendo cada dia en vigor y ardimiento, libertaron de su yugo las ricas comarcas de Neftalí, de Isacar y de Zabulon. Aun en el dia, apesar de la indolencia otomana y de las devastaciones de los Arabes, esta parte de la Palestina parece sonreir todavía debajo del verdor y de las flores, tanta es su natural fertilidad. Llanuras inmensas se extienden entre colinas poco elevadas, cuyas faldas redondeadas están cubiertas de arbustos de formas y follages elegantes y variados. Granados silvestres y poblados zarzales crecen á tropel sobre un suelo en donde la mano inteligente y laboriosa del hombre cogeria trigo, cebada y maíz en abundancia, y que lleva á la vez las producciones de los países cálidos y de las zonas templadas. Las cimas dentelladas del Líbano, Jordan, el de las aguas consagradas, y los anfiteatros de colinas que sirven de límite á las vastísimas llanuras, el cielo azur límpido y profundo que los cubre, las líneas y tintes armónicas de las perspectivas, las ondas de aire y de luz que embalsaman una admósfera pura y diáfana, los amenos bosques de olivos y cipreses en cuyas honduras están como engastadas las aldeas turcas dominadas por su blanco minarete, aquellos aspectos pintorescos y aquella tierra fecunda, embelesan la vista del viajero, y le revelan bellezas desconocidas en nuestros climas. Region mas rica aun por sus bellos destinos que por su ardiente sol! Un Dios la pisó sembrando por ella prodigios bajo su planta; ella vió de uno de sus oscuros pueblos tomar su vuelo el cristianismo, y pasar despues sobre el mundo que tiene en su mano, como un águila que descendiese de las nubes para cubrir con sus alas el nido de algunos pajaritos! Ella oculta un sepulcro junto al cual fueron á hacer su guarda durante tres siglos las naciones del Occidente. Gofredo de Bullon le tocó con su espada ardiente: el valor y la gloria del mundo europeo corrieron para salvarlo, y en castigo de sus crímenes permitió Dios que la barba–

rie y el fanatismo extendiesen otra vez su mano de hierro sobre la tumba sagrada. Hondos y adorables designios de Dios! En el dia toda la Palestina, para volver á cobrar su posicion entre los países mas afortunados del mundo, no aguarda mas que un poco de este aire vital que reanima á los pueblos como á los individuos, un poco de aquella libertad que vino á traer al mundo la augusta Víctima inmolada sobre una de sus montañas.

En el jubiloso transporte de la victoria Débora compuso un cántico célebre á la gloria del Dios de Israël. Es sabido que estos himnos nacionales eran cantados en coro por hombres y mugeres, con una música sencilla y fácil que ayudaba á las palabras sin oscurecerlas. El inspirado númen de la profetiza, rebozando en entusiasmo y sentimiento del divino poder, convida todo Israël á alabar al Señor que vuelve á comenzar sobre las riberas del Cison las maravillas obradas otro tiempo en los desiertos de Idumea, cuando los Hebreos caminaban hácia la tierra prometida al través de las amenazas y de la resistencia de veinte pueblos.

Intrépidos varones
De Israël, que á la muerte
Os habeis voluntarios ofrecido,
Gracias y bendiciones
Al poderoso y fuerte
Jehováh le dan con el pecho agradecido.
Príncipes, grato oido
Prestadme: oidme, ó reyes,
Y atended á mi canto.
Yo soy la que levanto
La voz: yo soy, sin miedo á vuestras leyes,
La que en lira sonora
Al gran Dios de Israël celebro ahora.
Cuando saliste un dia
De Seïr, y pasaba
Tu magestad, Señor, por la Idumea,

La tierra que te via,
Temblando te miraba:
El orbe se estremece y titubea:
Del cielo se blandea,
Y en lluvia se liquida
Nebulosa la esfera.
Del Siná, como cera,
La montaña se extiende derretida,
Ardiendo en vivo fuego,
Y al gran Dios de Israël se rinde luego.

Pintando despues el terror que dominaba sobre las tribus expuestas á las incursiones de los Cananeos, y recordando que la espada de Samgar y de los valientes protegia mal á Israël, manifiesta el poeta como Dios salvó á su pueblo por medio de una muger, y excita al reconocimiento á sus conciudadanos, que debian á la proteccion celeste la conservacion de sus riquezas, y una seguridad por largo tiempo perdida:

Cuando Samgar vivia,
Hijo de Anat, y cuando
Dentro en su pabellon Jahél se estaba.
Por donde andar no habia
Sin ir siempre temblando;
Y la vereda oculta se buscaba,
Y esa sola trillaba
Tímido el caminante.
No habia ya guerreros
Denodados y fieros
En Israël; y paraque triunfante
Un dia apareciera
Fué menester que Débora naciera.
Nueva y no vista guerra
Jehováh al enemigo
Le hace, y le destruye enteramente;

Y en él solo se encierra
La fuerza que consigo
Tiene Israël. Ni habia en tanta gente
Y con tan inminente
Peligro, quien desnudo
De armas no se hallase:
Ni donde se encontrase
Por ventura una lanza ni un escudo;
Tener pudiendo armados
Para una accion cuarenta mil soldados.
Mi alma se recrea
Con vosotros ahora,
Príncipes de Israël, porque inminente
En dudosa pelea
La muerte no os azora,
Y á morir os prestais gloriosamente.
Al Dios omnipotente
Bendecid; y vosotros, caballeros,
Jueces y magistrados,
Que tan autorizados
Y seguros vais ya, sed los primeros
A acompañar mi canto,
Y alabad á Jehováh, que pudo tanto.
Allí donde el castigo
Su audaz caballería
Encontró, y fué deshecho y derrotado
El sediento enemigo;
Con voces de alegría
El triunfo allí cantado
Sea, y por su justicia celebrado
Jehováh; y la clemencia
Se cante, con que al frente
Se puso de la gente
De Israël esforzada; y su potencia

Recobró victorioso
Su pueblo, ya en las puertas numeroso
Canta, ó Débora, canta,
Eleva la canora
Voz, eleva tus tonos hasta el cielo.
Y tu, Barac, levanta
Tambien tu voz ahora,
Hijo de Abinoem, y ya sin duelo
Recoge tus cautivos.
Dí como se han salvado
Los que habian quedado,
Restos ya de su pueblo; y aun son vivos,
Porque al lado se hallaba
Jehováh, que por ellos peleaba.
De Efraim algun dia
Salió quien los venciera,
Y en el monte Amalec los derrotára.
Y Benjamin tenia
Tambien quien se atreviera
A seguirles, y al fin los alcanzára,
Y en tus pueblos entrara,
O Amalecita fiero.
De Maquir descendientes
Gefes hubo valientes,
De espíritu guerrero;
Mas Zabulon ahora
Fué el que guió la tropa vencedora.
Con Débora estuvieron
Los gefes principales
De Isacar: siempre unidos á su suerte,
Intrépidos siguieron
De Barac los reales
Que en el peligro valeroso y fuerte,
Desde la excelsa cima

Se precipita al valle
Sin que obstáculo halle
El generoso aliento que lo anima,
Mas Ruben dividido,
Todo en él es faccion, todo partido.
¿Como tan sosegado,
Y sin salir del tuyo,
Tu estás dentro dos términos ahora
Cuando mas ostigado
Se vé dentro del suyo
El pueblo fiel con guerra destructora?
¿Del pastor la sonora
Zampoña te detiene?
¿O la oveja que viene
Tras del cordero, que balando llora?
Ay Ruben dividido!
Qué todo en tí es faccion, todo partido.
Tranquilo y retirado
Galaad reposaba
A la otra banda del Jordan undoso;
El piélago salado
Solícito sulcaba
Dan desde el puerto Aser, menos ansioso
Inquieto y codicioso,
Contempla la ribera:
Mientras con pecho fuerte
Zabulon á la muerte
Y Neftalí se ofrecen en la fiera
Batalla que emprendian
En Merome, y el riesgo no temian.
A pelear vinieron
Los reyes: pelearon
Los reyes de Canaan en la ribera
De Magedo; y tuvieron,

Aunque no lo lograron,
En Tanac esperanza lisongera
De saqueo, que diera
Valor á su jornada.
Mas les declaró el cielo
La guerra en este suelo.
Fijas en su morada,
Dando sus luces bellas,
Contra Sísara pugnan las estrellas.
De Cison el torrente
Sus cadáveres frios,
De Cadumim y de Cison los lleva
La rápida corriente.
Recobra, alma, tus brios;
Animosa la noble planta eleva,
Y con victoria nueva
Conculca su osadía.
Mira ya desbocada,
Sangrienta y despalmada
Cual huye su veloz caballería:
Mira los mas osados
Cual se dejan caer precipitados.
Y tú, maldita seas,
Dijo el ángel bendito
Del Señor, tierra de Meroz infame;
Y maldita te veas
En todo tu distrito;
Y en anatema y maldicion te llame
Aquel que mas te ame
Entre tus moradores;
Ya que nunca veniste
Ni auxiliar quisiste
De Israël á los fuertes defensores,
Por mas que el pueblo clama,
Y á su defensa Jehováh te llama.

Por fin ensalza la profetiza el valor de Jahél que dió la muerte á Sísara. Este animado cuadro termina con un rasgo lleno de fuerza y de un gracioso sabor de antigüedad. Represéntase la madre y una de las mugeres del general Cananeo, la primera con la tierna inquietud de un corazon maternal, y la segunda con esperanzas que han de salir tan cruelmente fallidas. Estas dos figuras son á cual mas interesantes tanto por su verdad como por la viveza del contraste. Parécenos asistir á una de aquellas escenas tan frecuentes en Homero en que sobre el fondo de una magestuosa simplicidad resalta la noble y fuerte naturalidad del sentimiento.

. Mas entre las mugeres
Sea Jahel bendita
Muger insigne del Haber cíneo.
De bienes y placeres
Goce copia infinita,
Que su tienda le inunden á deseo:
Pues llegar á ella veo
A Sísara que pide
Agua que refrigere
Su ardor; y ella no quiere
Negársela, ni esquiva lo despide;
Y de bruñida plata
Le dá en copa á beber reciente nata.
En la siniestra mano,
Cuando le vió dormido,
Tomó un agudo clavo de su tienda;
Y de duro artesano
Un martillo fornido
En la siniestra; y sin que nadie entienda
Su osadia tremenda,
Despues de haber mirado
Donde el golpe daria,
Con firme valentia

Lo dejó por la sien atravesado;
Y allí á sus piés caido,
Rindió el alma, y dió el último gemido.
Entretanto asomada
La madre cuidadosa
Del cenador en el balcon, decia:
Su vuelta deseada
Me tiene pesarosa.
¿Cuando fué su carroza tan tardía?
El tiro que traía,
Nunca ha tardado tanto. —
Pero la mas prudente
Muger de aquel valiente
General entre todas; cese el llanto,
Madre mia, le dice,
Su vuelta será próspera y felice.
Quizás estará ahora
El botin repartiendo,
O entre tantas quizás elige alguna
Belleza encantadora
Para si; ó escogiendo
Estará las alhajas una á una,
Que aumenten su fortuna;
O de colores varios
Riquísimos vestidos,
Estraños y lucidos
Traerá que enriquezcan sus armarios,
Y lunas que en los cuellos
Ostenten sus altísimos camellos. —
Mueran todos así tus enemigos
Con iguales castigos,
Jehováh soberano;
Y brillen inmortales
Por siglos eternales,

El premio recibiendo de tu mano,
Tus fieles amadores,
Como el sol en nacientes resplandores.

Con tal pompa y energía de lenguaje celebraba Débora el triunfo del pueblo Hebreo. Al través de los sentimientos de un patriotismo erguido y satisfecho, se ve radiar la fé en la Providencia de la cual vienen definitivamente las dichas y las desgracias, y á la cual los hombres deben atribuir así sus agradecidos goces como sus resignadas pesadumbres. Aunque Dios interviene incesantemente tanto en la vida de los pueblos como en la de los particulares, con todo, parece manifestar y ostentar mas claramente su soberano dominio en medio de las batallas, mostrándose alguas veces la victoria rebelde al poder de las masas y al genio de los caudillos. Asi se vé á todas las naciones de la antigüedad invocar á la religion para que bendijera sus guerras y sus combates: antes de entrar las tropas en campaña se hacia la oracion pública y los sacrificios. La derrota parecia un castigo impuesto por el cielo, y despues de las luchas afortunadas, se dirigian á colgar solemnemente de las bóvedas del templo ó junto á las aras veneradas las banderas tomadas al enemigo. Instruidos por los libros santos, y mas explícitos en sus creencias mas verdaderas los Hebreos percibian puro y real este sentimiento que en otros pueblos no era mas que el instinto natural pero confuso del corazon humano, pues la religion formó aun entre los pueblos idólatras una parte de la naturaleza del hombre, y solo pudo contrariar este sentimiento innato en nosotros el cálculo refinado y pertinaz de una civilizacion tan orgullosa como corrompida. Los Hebreos pues por decirlo así, sentian á Dios presidir sobre sus batallones, así como nosotros sentimos su presencia en vista de todos los grandiosos espectáculos de la naturaleza, sobre las llanuras del profundo Océano y en la inmensidad de un puro y sosegado cielo. Dios solo en efecto puede dominar las fuerzas vivientes que el genio dirige y que arrastra el valor; su mano invisible siembra el vértigo sobre los unos, su soplo derrama el entusiasmo sobre los otros: su mirada fija la victoria: es el Dios de los ejércitos.

Barac despues de su triunfo vivió todavía veinte años; su nombre fué respetado de sus enemigos, y los pueblos que él habia salvado permanecieron bajo su gobierno, y todo el país estuvo en paz por espacio de cuarenta años, esto es, desde la muerte de Aod hasta la de Barac. Despues de él, como ántes, los crímenes públicos trajeron tras sí las calamidades sociales, y nuevos arrepentimientos no dejaron de encontrar nuevas misericordias.

Débora conservó hasta su muerte las funciones que habia ejercido otras veces, siendo siempre consultada como una profetiza. Su mision extraordinaria la habia designado á la confianza así como á la admiracion de sus conciudadanos. En ella resplandeció á todas luces aquella ley suprema que hallamos tan visiblemente marcada en todo el decurso de los acontecimientos humanos, esto es, que Dios escoge por lo comun instrumentos flacos para la ejecucion de sus mas poderosas obras. Y este órden fué establecido para que el hombre aprendiese á no poner toda su confianza en lo que llamamos riqueza, fuerza y talento, sino á buscar en el cielo las condiciones y el motivo del éxito feliz de sus empresas; porque el hombre no se pertenece á sí mismo con una independencia absoluta, sino que debe vivir y morir como brillan las estrellas y como gimen las ondas del Océano, á la voz y para la gloria del Eterno.



Notas.

(1) Como hayamos entrado ya en la narracion de los muchos combates que con diverso suceso tuvo que sostener el pueblo de Israël, no parecerá fuera de propósito una ligera idea del estado militar de aquel pueblo, que podrá tambien aplicarse á las sucesivas alusiones de este género que entrarán en nuestros cuadros.

Los primeros Israelitas no tuvieron otras armas en su principio que palos, hondas, arcos y flechas, pues su estado de pastores les dispensaba de tener otras: pero cuando pasaron á ser guerreros y tuvieron que combatir con enemigos, se sirvieron de espadas, puñales, dardos y armas arrojadizas. Como en todas las victorias que conseguian sobre los idólatras, se aprovechaban de sus armas y vestiduras militares, no tardaron mucho en tener escudos, cascos, corazas y borceguies para cubrir las piernas: hicieron de sus palos lanzas ó medias picas, pues no hemos de figurarnos las lanzas de los antiguos con empuñadura, como las de nuestros antiguos caballeros, y se hallaron con armas iguales con todos sus enemigos. Y llevaban sobre ellos la ventaja que los honderos Israëlitas tenian una habilidad inconcebible, ligeros en correr, como los mismos ciervos y ademas casi todos ambidiestros, arrojando con las dos manos piedras con la misma fuerza, el mismo acierto, la misma seguridad, como la manifestaron los habitadores de Gabaa en Benjamin, que acertarian á un cabello. Despues del paso del Mar Rojo se apoderaron, segun su costumbre, de todas las armas de los Egipcios que las olas arrojaron á la orilla, y viéronse entónces sus escudos y sus cascos adornados de geroglíficos y de animales que en aquellos pueblos se adoraban: la mayor parte de sus banderas y de sus corseletes estaban cubiertos de aquellas figuras idolátricas; pero no duraron por mucho tiempo estos emblemas de fanatismo, pues á ellos

substituyeron los signos consagrados á la nacion y las muestras distintivas que convenian al pueblo de Dios, sin mezcla alguna de atributo pagano. Los Israelitas iban siempre armados á la ligera, nunca se les vió adoptar las armaduras de pies á cabeza, ni aun en las guerras con los Filisteos, aunque estos tuviesen esta costumbre. Los gefes que guiaban las tropas de Israël, les inspiraban tanta confianza en el socorro que de Dios debian esperar por quien combatian, que casi para nada estimaban la fuerza de las armaduras. En general sus corazas eran de algodon batido á manera de fieltro ó borra, ora hechas con túnicas de malla, ora cubiertas de escamas de laton puestas las unas sobre las otras, y algunas veces de planchas ú hojas de hierro ó de acero. Esta especie de corseletes no cubrian á los soldados sino hasta la cintura, y solo en tiempo de los Griegos á corta diferencia se añadieron lambrequines ó cotas de malla para defensa de los muslos. Sus cascos eran de acero, con algunos penachos formados de colas de caballo ó de la crin ó cerda de bestias feroces, como llevaban los pueblos del Asia. Sus escudos eran de madera ó de mimbres cubiertos de cuero. Habia tambien de acero y de cobre; ó forrados con planchas de estos metales, bien que habia de mas ricos, hasta de planchas de oro, para personages de alta distincion ó categoría. Sus espadas eran anchas y cortas, y les caian sobre el muslo; llevaban además un puñal en la cintura. Sus instrumentos bélicos eran trompetas, de que se servian para reunirse, marchar y alzar el campamento, y para los demás signos de guerra solo tenian derecho de tocarlas los sacerdotes, y se parecian á la trompetas ordinarias de un solo tubo recto.

Las catapultas, las ballestas y las catapulto-ballestas eran para los antiguos los equivalentes de los varios proyectiles que la invencion de la pólvora ha esparcido por todos los pueblos del universo. Asi se defendian de sus enemigos que empleaban contra ellos ballestas, torres rodantes y carros armados de hoces.

Lo que tenian los Hebreos de mas peculiar suyo eran las banderas ó estandartes, con una enseña ó emblema diferente por cada tribu. La tribu de *Judá* que ocupó por largo tiempo el primer lugar entre las otras, estaba designada por un leon. La de *Zabulon*, que se ocupaba en el comercio, por un barco. Isachar, á quien predijo Moysés que se enriqueceria por medio del tráfico ó negocio, tenia por lema el sol, la luna y siete estrellas: la ropa de seda de sus estandartes era verde, con algunos matizados mas ó menos subidos. La tribu de *Efraim* que fué la dominante entre las que formaban el reino de Israël en el reinado de Jorobaam, tenia un toro: la de *Manasés* que estuvo dividida al entrar en la tierra de promision, enarbolaba un unicornio galopando. La de *Benjamin* que en la salida de Egipto contaba 36400 combatientes, llevaba una zorra sobre un fondo cortado, de color amarillo y de oro mas vivo en unos estandartes que en otros. *Ruben*, que nunca fué muy considerable en Israël, ostentaba una serpiente erizada delante de un gallo. *Simeon* que solo poseia un canton desmembrado de la tribu de Judá, mostraba por emblema un arbol copudo. *Gad*, que producia muy esforzados guerreros, se distinguia por un pavo. Estas

enseñas eran de varios rojos mas ó menos subidos. Mostrábase sobre la insignia de *Dan* tribu restaurada por 600 hombres que la habian sujetado á su dominio, un salvaje con un ramo en la mano. Sobre la de *Aser*, que ó por debilidad ó por indolencia nunca habia podido entrar en dominio de todo el terreno que se le habia designado, una ciudad llena de parapetos: por fin un escuadron erizado de lanzas estaba bordado en el pendon de *Neftalí*: que prefirió hacerse tributarios los habitantes de la alta y baja Galilea, á exterminarlos. El color de estos tres últimos era blanco y encarnado, lo cual producia una bella diversidad de matices.

Parece que en tiempo de los Jueces y aun en los primeros reinados habia pocas armas formales entre los Israelitas, y que no siempre las llevaban consigo; pues Saul quiso dar las suyas á David, y cuando este mandó á sus gentes que marchasen contra Nabal, les dijo que se ciñesen luego sus espadas por hallarse en un estado de continuo sobresalto. La costumbre de traer siempre la espada al lado era peculiar á los Galos y Germanos. Pero despues las armas se hicieron ya comunes, y Osías las tenia para armar todas sus tropas, que eran mas de trescientos mil hombres. Este mismo rey puso sobre las torres de Jerusalen máquinas para arrojar saetas y grandes piedras, y fortificó muchas ciudades, como hicieron la mayor parte de los otros reyes. Puede decirse que desde entónces la guerra se hacia del mismo modo que se hizo hasta los últimos tiempos antes de la invencion de las armas de fuego.

(2) En los primeros tiempos no tenian los Israelitas sino infantería, y esta fué la principal fuerza de los Griegos y Romanos. Los caballos no son necesarios en los países calurosos donde se camina siempre á pié enjuto, y son inútiles en las montañas; pero sirven mucho en las tierras frias, para librarse de los malos caminos y para hacer largas jornadas en los caminos estériles ó poco poblados, como en Polonia ó en Tartaria.

En tiempo de los reyes tuvieron caballería los Israelitas. La primera rebelion de Absalon fué levantar caballería y juntar carros; y no obstante haber perdido la batalla en que pereció, montó sobre un mulo para huir. Salomon, que podia proveerse con abundancia, hizo traer de Egipto gran número de caballos, y mantenia cuarenta mil de ellos con doce mil carros. Aquellos carros de guerra, al parecer, eran semejantes á los de los Griegos, esto es, pequeños, y de dos ruedas, y llevaban uno ó dos hombres en pie sostenidos sobre la delantera. Los reyes, sus sucesores, no pudieron soportar aquel crecido dispendio de Salomon, aunque de vez en cuando enviaban á pedir socorro á Egipto, y en estas demandas se hablaba siempre de caballos. No debian tener los Judíos caballería alguna en tiempo de Ezequías, pues Rabsaces les decia con desprecio: Pasad á servir á mi amo el rey de Asiria y os dará dos mil caballos. Ved si teneis quien sepa montarlos.

No nos enseña la Escritura cosa particular en cuanto á las evoluciones, á la forma de batallones y á la disposicion general de batallas, aunque habla muchas veces en globo de tropas arregladas: *castrorum acies ordinata*. Pero el viaje del desierto

en tiempo de Moysés puede servir de modelo en el arte de acamparse y de marchar en buen órden. Se sabia el número de aquel prodigioso ejército por listas exactísimas: cada uno seguia su tribu, y cada tribu tenia su cuartel bajo uno de los cuatro principales, segun el órden del nacimiento de los patriarcas y la calidad de sus madres. Marchaban al son de trompetas, guardando siempre el mismo órden; y se alojaban siempre en una misma posicion, cercando el tabernáculo de la Alianza, que era el centro del campo. Se habian dado providencias para la limpieza de los alojamientos tan necesaria en un país tan caluroso, como difícil entre tanta multitud. Y vemos que el órden de los acampamentos de los Griegos y de los Romanos, que con tanta razon admiramos, se tomó como todo lo demás, de los antiguos modelos de los pueblos orientales. Los Hebreos apreciaban mucho los despojos de sus enemigos, como todos los antiguos, porque eran trofeos de gloria.

Desde Josué hasta los reyes perteneció el mando de las tropas á los que escogia el pueblo ó a los que nombraba Dios extraordinariamente como Othoniel, Barac y Gedeon; pero no eran obedecidos sino por la parte del pueblo que los habia escogido, ó á quienes Dios los habia dado por libertadores. Lo demás del pueblo, abusando de su libertad, se exponia muchas veces á los insultos de sus enemigos. Y esto fue lo que les obligó á pedir un rey, no solo para que les administrase justicia, sino tambien para que tuviese el mando absoluto de sus ejércitos, e hiciese la guerra por ellos; y desde aquel tiempo no puede negarse que estuvieron con mayor seguridad.

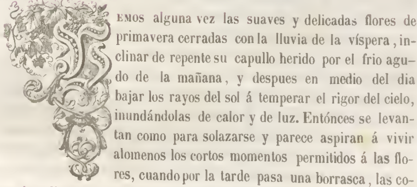
El rey juntaba el pueblo cuando le parecia conveniente, y conservaba siempre cierto número de tropas. Nótase que Saül al principio mantenia tres mil hombres. David tenia doce cuerpos de veinte y cuatro mil hombres cada uno, que servian por meses, segun su turno. Josafat no poseia la tercera parte del reyno de David, y con todo esto tenia hasta un millon ciento y sesenta mil hombres de buenas tropas bajo su mando, sin contar las guarniciones de sus plazas.



LA HIJA DE JEFTÉ.

Ella fué dulce hasta con la muerte.

(Bossuet. Oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra.)



EMOS alguna vez las suaves y delicadas flores de primavera cerradas con la lluvia de la víspera, inclinar de repente su capullo herido por el frio agudo de la mañana, y despues en medio del dia bajar los rayos del sol á temperar el rigor del cielo, inundándolas de calor y de luz. Entónces se levantan como para solazarse y parece aspiran á vivir alomenos los cortos momentos permitidos á las flores, cuando por la tarde pasa una borrasca, las coge y las dispersa: frágiles y melancólicos destinos que brillan y desaparecen como un sonrís en un semblante cubierto de lágrimas.

Tal apareció al mundo la hija de Jefté. Nacida de un padre que

por las mas ingratas circunstancias se habia visto reducido á gefe de una turba de errantes aventureros, su infancia fué dura sin duda, y llena de angustias. Posteriormente cuando Jefté, salvando á su país borró con el lustre de una verdadera gloria la parte de oprobio que pudieran tal vez presentar sus primeras hazañas; su hija debió creer por un momento que iba á encontrar un dulce reposo en la gloriosa celebridad de su padre; pero á ella sucumbió de una manera inesperada y quedó como sepultada en el seno de una trágica felicidad. Semejante á la mayor parte de nuestros goces que sentimos apenas en el fondo del alma rodeados y á veces empapados en amargas pesadumbres.

Las escenas de la hija de Jefté van á introducirnos en un nuevo teatro: percibiendo en ellas una especie de sabor parecido al que dominaba en la tragedia griega. Los libros santos nos ofrecen en esta virjen de Israël la lucha siempre tierna é imponente entre la virtud y el deber, los mas puros sentimientos de familia se mezclan con el amor á Dios y el amor á la patria: todos los resortes del corazon se hallan en juego en esta tragedia sublime: el heroismo triunfa de todas las debilidades humanas y queda en el alma aquella tristeza pastosa y embelesante de que se nutre el sentimiento despues de las grandes catástrofes; cuando perdidas ya en la tierra todas las esperanzas de felicidad, vuela el pensamiento á buscar en otra region mas bella el premio de los mas costosos sacrificios.

Los Israelitas tenian que sufrir frecuentes alternativas de prosperidades y de reveses, porque los actos de virtud y los vicios se sucedian incesantemente en su vida social; pues los pueblos así como los individuos, tienen una responsabilidad, y Dios les hace llevar el peso de sus obras. Cuando la nacion Judía observaba fielmente la ley, sus dias discurrian apacibles y respetados por el enemigo; mas cuando erigia altares á los ídolos, las calamidades públicas le llamaban luego al respeto del deber olvidado. La abundancia ó la carestía, la paz ó la guerra, la libertad ó la esclavitud seguian sus pasos, segun que ella entraba en la senda del bien ó del mal. Así es que, hácia el año del mundo 2820 los Hebreos se vieron oprimidos por los Ammonitas,

raza indómita que habitaba en la parte oriental del Jordan entre la Arabia y la Celesyria. Pero así como los Hebreos habian caido en el oprobio por la desobediencia, se volvieron á levantar con la gloria por medio del arrepentimiento: invocaron la clemencia del Señor sobre sus pasadas faltas, echaron del suelo patrio los simulacros de los falsos dioses, y volvieron al culto del verdadero Dios. El Señor se dejó conmover de la miseria de su pueblo, pues está dispuesto siempre á hacer ceder algo por decirlo asi de su inexorable justicia á su misericordia inagotable, y á permitir que el humilde ruego del arrepentido haga una especie de violencia á su poder sin límites. Es piadoso porque es omnipotente; y en el apurado conflicto de su pueblo reincidente pero humillado, le envió un libertador en la persona de Jefté.

Jefté era un valiente, y sus compatricios le tenian por hábil en el arte de la guerra. Debia su reputacion á su valor y su valor tal vez á la desgracia; porque si las almas débiles se exasperan ó se abaten en medio de las adversidades, los pechos firmes, al contrario encuentran en ellas su pasto, y despliegan allí el germen de los mas nobles sentimientos; así como en las pruebas de una educacion áspera y varonil se estrellan las flacas organizaciones mientras que los temperamentos robustos se sostienen y desenvuelven toda la fuerza de sus brios. La cuna de Jefté estaba oscurecida con algun lunar de familia: su madre era estraña, segun unos, ó esposa de segundo órden, segun otros, y muchos creen que ni aun este título tenia (1). Esta especie de uniones eran generalmente prohibidas entre los Judíos, y los hijos que de ellas procedian no heredaban como los hijos de la muger legítima. Los hermanos de Jefté le echaron de casa diciéndole: « tú no puedes entrar en la parte de la herencia paterna, porque has nacido de otra madre. » Sea que en realidad no le fuese permitido el invocar el beneficio de alguna ley contra esta dura exclusion, sea que no le fuese favorable el fallo reclamado, huyó Jefté á la parte septentrional del país de Galaad, en la tribu misma á que pertenecia. Buscó en la guerra medios con que subsistir: hombres pobres como él y errantes se le asociaron é hicieron comun con él su propio destino: á causa de su valor é intrepidéz le eligieron por gefe y á la frente de aquellas hor-

das hizo frecuentes excursiones á las tierras de los enemigos de Israël. Aun en medio de aquel estraño y azaroso método de vida supo mezclar algun sentimiento de pundonor y de patriotismo: tal es alomenos la fundada opinion de sabios intérpretes que no se atreven á hacerle un cargo ni infamar la memoria de Jefté, ni creen que las Escrituras le acusen de haber ejercido la rapiña y el pillage en pueblos enemigos del pueblo de Dios, ni de haber abusado de su fuerza para oprimir á los débiles.

No se puede saber exactamente por cuantas alarmas estaria agitada la infancia de la hija en medio de tantos riesgos y trabajos de su padre, pues toda aquella existencia queda enteramente cubierta con un velo, conociendo únicamente el fúnebre suceso que la manifiesta y la termina, y ni aun se sabe cual era el nombre de esta doncella y tan solo Filon bíblico nos asegura que se llamaba Sciola; pero de ello nada dicen los libros Santos. Así, en las profundidades del cielo hay estrellas á que la ciencia no ha puesto nombre aun, y que sirven de balanza al equilibrio general de los mundos, aunque solo parezcan tocar ligeramente la tierra con los rayos moribundos de su lejano resplandor. Y además, al referirnos un acto de sublime y heroico sacrificio ocultando el nombre propio de la víctima, ¿no parece que la Biblia haya querido dar una doble leccion á los hombres tan flojos para hacer el bien como ávidos de marcar sus obras con el sello de su personalidad?

Los Ammonitas, como dejamos ya insinuado, inquietaban á Israël, y precisamente recaian las hostilidades en el país de Galaad que tocaba con sus fronteras. Avanzaban aquellos por decirlo así, como un triunfo, dando fuertes alaridos, á guisa de guerreantes que nada temen y que se sienten fuertes y numerosos. Por su lado Israël vino á acampar no léjos de la ciudad de Masfa, pero ninguno de los dos ejércitos osaba presentar la batalla. Los magnates de Galaad convinieron en discernir el mando del pueblo al que primero entre ellos osaria atacar al enemigo; pero nadie se encontró asaz esforzado para dar el ataque ni bastante decidido para cargar con la responsabilidad del mando.

Acordáronse entonces de Jefté, y fueron á implorar su socorro.

«Ven, le dijeron, serás nuestro príncipe, y combatirás contra los hijos de Ammon.» Es de creer que entre los emisarios habria algunos hermanos de Jefté, ó quizás algunos de los magistrados cuyo fallo ó silencio le habia sido contrario, pues respondió de este manera. «¿No sois vosotros los que me aborrecisteis, ó echasteis de la casa de mi padre? Ahora venís á mí compelidos de la necesidad.» Pero ellos insistieron: la imagen de la patria amenazada ablandó sin duda el corazon de Jefté, y de otra parte el paso dado por sus compatricios era ya una reparacion. Con todo, creyó oportuno imponer algunas reservas y estipular garantias, «Si realmente habeis venido, les dijo, á buscarme para pelear por vosotros contra los hijos de Ammon ¿cuando el Señor los haya entregado en mis manos, he de ser yo vuestro príncipe?» Y ellos le prometieron con juramento que le elegirian por caudillo: partió pues Jefté con los embajadores: manifestó delante de la asamblea del pueblo las condiciones bajo las cuales habia venido, y se le entregó el mando en gefe.

El nuevo general dió tan bellas muestras de su moderacion como podia darlas de su valor, y sucede por lo comun que los hombres se manifiestan tanto mas conciliadores cuanto mas se sienten fuertes, y acontece tambien que el éxito no deja burlados en la lucha á los que saben diferir el desplegar su valor para pedir pacíficamente justicia. Tales fueron precisamente la conducta y la gloria de Jefté. Abrió desde luego negociaciones con los Ammonitas, invocó contra sus rapiñas y sus hostilidades el derecho de conquista y una posesion no interrumpida de tres siglos, y demostrando que este doble título estaba consagrado por el favor del cielo añadió: «¡No creeis vosotros tener derecho sobre los países que posee vuestro dios ó ídolo Camos! Es pues muy justo que ceda en posesion nuestra lo que Dios nuestro Señor se ha adquirido con la victoria.» Y finalmente declinando la responsabilidad de la sangre que iba á derramarse, exclamó: «El Señor, arbitro de lo tratado en este dia, juzgue entre Israël y los hijos de Ammon.» Semejante lenguaje era tan conforme á la humanidad como á la razon: aun aquel á quien protege el derecho delante de Dios, y cuyo brazo solo se arma para una legítima defensa, puede por cierto estremecerse acerca el curso terrible que su venganza vá á tomar en los combates, y es realmente la afrenta del linage humano

que sea necesario invocar la fuerza del cuchillo para reducir á la justicia criaturas nobles á quienes el privilegio de la inteligencia y de la libertad moral deberia mantener ó alomenos volver á llamar á la senda de lo justo. Dígase lo que se quiera, la guerra, bajo cualquier pretesto que sea, jamás nos parecerá una cosa santa, menos aun que cuando el verdugo levanta su cuchilla en nombre de la ley: bastante es que se hallen excusas para este duelo sangriento de los pueblos: nunca conviene hacer de ella un ejercicio de religion.

El rey de los Ammonitas no se dejó persuadir por las discretas observaciones de Jefté; fuerza fué el resolverse á dar la batalla. Animado y sostenido por el espíritu de Dios que le dió juntamente el buen consejo y el valor, el general Israelita recorrió á toda prisa el pais circunvecino á fin de reunir algunas tropas mas, y marchó despues contra el enemigo. Entónces fué cuando hizo al Señor aquel célebre voto: «Si entregares en mis manos á los hijos de Ammon, el primero, sea el que fuere, que saliere de los umbrales de mi casa, y se encontrare conmigo cuando yo vuelva victorioso de los Ammonitas, le ofreceré al Señor en holocausto.» En efecto los Ammonitas fueron entregados en sus manos: en la derrota perdieron gran número de hombres, y no pudieron proteger contra el pillage sus ciudades y sus campos: el vencedor les persiguió hasta á veinte leguas.

La guerra fue luego terminada. Todo cuanto se lee en las Escrituras prueba que en aquella época entre los Hebreos las expediciones militares no duraban largo tiempo, y los combates eran casi siempre decisivos. El género de armas, la falta de una complicada estrategia, el mayor entusiasmo y hasta el furor con que se combatia, las costumbres mas agrestes y menos refinadas, la casi imposibilidad de resistir á una superioridad decidida de valor y de intrepidéz, el mayor grado de confianza ó desconfianza en la proteccion del cielo, todo contribuia á que las batallas se asemejasen mas á luchas de fieras salvages, y á que el horror del destrozo y de la carniceria decidiese en pocos momentos la victoria. No hay duda que la civilizacion cristiana, creando un derecho público é inspirando un respeto á la dignidad humana, suavizó en gran parte los horrores de la guerra, quitó al vencedor el dominio sobre la

vida del vencido, y hasta sobre su libertad, no dándole otro derecho que el de tenerle detenido ó impedirle el hacer mal. La ley de la caridad que se extiende hasta á los enemigos presidió aun en medio de sus venganzas, y disminuyó notablemente los estragos de este derecho funesto que tienen los pueblos de fiar á la ciega fuerza brutal el triunfo de su causa.

Jefté, cubierto de gloria, volvia pues á Masfa, lugar de su residencia. Su hija, (pues no tenia otros hijos) su hija única vino á su encuentro al son de festivos instrumentos, y entre los alegres coros que formaban sus compañeras. Cuando una batalla feliz terminaba las contiendas de Israël con sus enemigos, las mugeres y las muchachas iban á recibir al general victorioso, con la música, y danzando en medio de cánticos de júbilo. Saül y David obtuvieron mas tarde el honor de semejante triunfo despues de la derrota de Goliath y de los Filisteos; y mucho tiempo antes el paso del Mar Rojo habia sido celebrado del mismo modo por María hermana de Moysés, y por todas las mugeres de Israël.

A menudo el albor de nuestros mas bellos dias se turba con sombrías y lúgubres tinieblas. En medio de los goces y de la plácida embriaguez de la ovacion que se le ofrecia, Jefté divisa de repente á su hija, y acordándose de su promesa, rasga sus vestidos, señal de profundo dolor y desesperacion terrible entre los antiguos, y esclama: «Ay de mí, hija mia! tu me has engañado, ó has burlado mi esperanza, y tú misma te has engañado, porque he hecho un voto al Señor, y no podré dejar de cumplirle.» Y respondió la dulce y noble doncella: «Padre mio, si has dado al Señor la palabra, haz de mí lo que prometiste, ya que te ha concedido la gracia de vengarte de tus enemigos y vencerlos.» Y dijo despues tambien á su padre: «Concédeme tan solo una cosa que te suplico, y es que me dejes ir dos meses por los montes á llorar mi virginidad con mis compañeras.»

No debe admirarnos el dolor de Jefté y de su hija, como si fuese muestra de un sentimiento culpable ó hasta un defecto de resignacion. Dios manda el valor, pero no prohibe las lágrimas; y los hombres están obligados á vencer, no á ignorar la fuerza del sentimiento. Si el voto de Jefté tenia por objeto ofrecer á Dios un holocausto sangriento, fácil es

el explicar y escusar el dolor de la niña: si se trataba solamente para ella de consagrarse al Señor por la profesion de una continencia perpetua, su fé religiosa debia hacerle costoso y amargo este deber, porque en ambos casos realmente iba á morir sin posteridad. Pues sabian los Judíos que de la muger naceria el Salvador prometido, y de ahí proviene que entre ellos el celibato pasaba por un oprobio, muy léjos de verse honrado, y que la esterilidad parecia una maldicion. Reservado estaba al Evangelio el crear en el mundo otro espíritu, y elevar la virginidad á la gloria de un triunfo, y de una virtud, encumbrando al mismo tiempo el matrimonio al valor y á la dignidad de un sacramento.

Ni mas debe admirarnos la manera con que se manifiesta el dolor de Jefté y de su hija. En general los antiguos y en particular los Israelitas no reparaban en desahogar su dolor con las demostraciones exteriores del sentimiento, á diferencia de los pueblos modernos, en quienes el refinamiento de la educacion convierte el luto en una especie de ceremonia que tempera los naturales impulsos de las mas reales y vivas pesadumbres y de las mas terribles aflicciones. En las desgracias y en los grandes desastres los Judíos se refugiaban á las montañas, quizás porque las almas profundamente heridas buscan el silencio y la soledad, y porque de otra parte los horizontes dilatados se presentan como una vaga aparicion de lo infinito que inspira, alimenta y encanta á la vez la tristeza del corazon.

Consintió Jefté en la demanda de su hija, y la dejó libre durante dos meses: retiróse pues ella con sus amigas sobre la montaña, en donde lloró su virginidad. Ignóranse los motivos de esta dilacion, pero su resultado debió ser el aumentar el dolor del sacrificio, lejos de suavizar su amargura. Fácil es al hombre electrizarse con el choque de los acontecimientos, y en la generosa fiebre del entusiasmo dar el ejemplo de un desprendimiento heróico pero instantáneo: mas difícil es y mas raro el atreverse á contemplar por largo tiempo el peligro cara á cara, y entrar en él, por decirlo asi, con aquella calma y profundo valor que es el distintivo de las almas grandes.

Parémonos algunos momentos en fijar los ojos sobre esta vírgen tierna y desgraciada, sobre esta víctima casi voluntaria, en la cual

admiran los Santos Padres y sabios intérpretes la religion, el amor á la patria y la obediencia. Podia muy bien haberse resistido á ser cortada tan temprana la flor de su vida: podia siquiera haberse quejado de la indiscrecion ó severidad de su padre. Pero no: aquella alma magnánima no veia mas que el triunfo de Dios y de su pueblo, la derrota y humillacion de los enemigos de Israël y las sienes de su padre coronadas con la victoria. Tan grandes ideas ocupaban aquel corazon varonil, que se olvidaba á sí mismo, y solo lloraba la esperanza perdida de una gloria mayor, cual era la de dar á luz el Libertador del mundo. Ved ahí un pecho de muger cuyo heroismo es superior al de los combates, porque es el heroismo de la resignacion y del sacrificio. Si la vida del amor habia dado á su alma algun soplo, para tener algun amor á la vida, ó si alguna pasion en flor le habia hecho latir el corazon con la perspectiva de bellas aunque lejanas esperanzas, nada se le hace costoso; su jóven pensamiento se remonta como el águila hasta la region mas sublime del sentimiento desde donde domina todas las afecciones, aun las mas dulces, para hacer triunfar aquellos elevados objetos que no siempre son los preferidos en el tierno corazon de una niña.

¿Como pide esta hija sin ventura á su padre el prolongar su sacrificio, llorando por dos meses seguidos su virginidad, que era entonces como el oprobio de su sexo? ¿tendrá bastante seguridad en sí misma para devorar con sosiego y sin arrepentirse tantos deseos burlados, tantas esperanzas perdidas, y ver siempre delante de sí sin estremecerse el momento terrible del holocausto? ¿Como intenta asociarse con sus amigas, mas felices que ella porque pueden esperar, para que la ayuden á llorar y le hagan sentir mas cruel el peso de su destino? ¿Como se atreve esta alma de delicado temple á lanzarse en brazos de la soledad, que multiplica siempre las penas del corazon, y á entregarse libre á los encantos de la naturaleza que la rodearán de recuerdos de vida y de juventud, de hermosura y de placer, redoblando así la negra y desesperada perspectiva del fin tan prematuro que amenaza aniquilarla? No contenta de condenarse á una esterilidad voluntaria por el voto de su padre, quiere beber á largos sorbos la

cicuta de su desgracia, y saborearse en la amargura de la copa de su dolor. Sus compañeras, las tiernas vírgenes de Judá, juntarán con ella sus lamentos: al mirarlas dichosas, sentirá mas y mas la felicidad que se ha escapado de su seno; llorará perdidas en cada momento las mas bellas ilusiones de la vida; los besos y las caricias de sus amigas serán las flores que presto se han de marchitar sobre sus labios, y con las cuales se adorna para el sacrificio. Su pecho jóven y generoso que podria inundar á tantos de felicidad, que reboza en gloria y lozanía, que arde en tan pura llama y que sabe amar tanto, ese pecho de fuego que cuenta por momentos sus latidos y que presto dejará de latir, se arroja como una saeta hácia el bello porvenir que se habia prometido, y que será muerto para ella: quizás en el sueño se mece con las esperanzas que se le desvanecen al despertar como los últimos crepúsculos del dia que se hunden en el seno de la obscuridad. Pocos horizontes verán sus ojos; pocas veces descenderá el perfumado ambiente sobre sus párpados fatigados, y la pura imagen del cielo, y el embeleso de la noche presto huirán para siempre de su corazon.

Filon Bíblico, en sus *Trenos de la hija de Jefté*, pone este plañido en boca de la hija de Israël que va á ser sacrificada:

«Oid, montes, mi lamento: escuchad, collados, las lágrimas de mis ojos y sed testigos, peñascos, de los suspiros de mi alma.

«Ved como me acuso á mí misma, pero no en vano gime mi corazon.

«Mis palabras subirán al cielo, y se escribirán mis lágrimas ante la faz del firmamento:

«Para que el padre no vacile en sacrificar á la hija cuya muerte ha votado, y para que el príncipe de las alturas oiga á una unigénita prometida en sacrificio.

«Yo no me he saturado en mi tálamo, ni he ceñido mis sienes con la corona nupcial......

«Inclinad árboles vuestras ramas y llorad mi juventud: venid fieras de los bosques y hollad mi virginidad:

«Porque se cortaron mis años como yerba en flor, y el tiempo de mi vida inveteró en las tinieblas.»

Despues de este sabor bíblico que se percibe en el espíritu de estos cantares, que respiran el sentimiento profundo de la melancolía parecido á los hondos gemidos de Job, veamos como hace suspirar á la nieta de Galaad el genio caprichosamente poético y arrebatado de Lord Byron, que en sus *Melodias hebreas* deja contraver el fondo de sentimental ternura que abrigaba aquella alma de fuego, hondamente agitada por la tormenta de pasiones desastrosas y desesperadas, por el aterrador vacío que las doctrinas de un siglo escéptico dejan en lo mas oculto del corazon. La situacion de la vírgen de Israël es diametralmente opuesta á la del autor inglés, y sin embargo supo este adivinarla. En la primera todo es abnegacion, todo es sacrificio: en el segundo todo desfogue, todo desenfreno: su alma agotada por el placer sufre el doble é insoportable martirio de la saciedad y de la sed de gozar: y no obstante el fondo de entrambos es el dolor, en la una de esperanzas perdidas, en el otro de esperanzas burladas: la una sufre por la privacion, el otro por el desengaño (2).

Lo que sigue es menos una traduccion que una imitacion del autor de los *Dos Fóscaros* y de *la Parisina*.

I.

O padre mio! Ya que nuestra patria
Y nuestro Dios demandan que yo espire,
Ya que feliz compraste tu victoria
Con ese voto que al Señor hiciste,
Descarga sin piedad el golpe fiero
Sobre este seno que desnudo y triste
Yo te presento! Hiere, padre! queden
Satisfecho Jehováh, la patria libre.

II.

Mis cantos de dolor han ya cesado:
Los bosques y montañas que mis quejas
Con sus ecos de luto acompañaron
No deben verme mas. Ay! que me resta?

Cuando sobre tu hija desgreñada
Sin vacilar levantarás tu diestra,
Por la mano inmolada que yo adoro
Sin dolor será el golpe que me espera.

III.

Ah! no lo dudes, no, padre querido,
Pura es la sangre de tu hija: pura
Como la bendicion que imploro al cielo
Que se derrame cual fecunda lluvia:
Pura como la imagen postrimera
Que llenará mi pecho de dulzura
En la hora postrera de mi vida
Sin zozobra cruel y sin angustia.

IV.

Deja, deja los débiles lamentos
Que las hijas de Sólyma despiden:
La firmeza del juez y la del héroe
Nada turbe: la mano no vacile!
Yo gané para tí la gran batalla,
Yo coroné tus sienes invencibles;
¿Quien mas feliz que yo bajó á la tumba
Cuando mi padre y mi país son libres?

V.

Cuando habrá chorreado aquesta sangre
Que recibí de tí, y esta voz que amas
Muda será, y el labio ya de yelo,
Y muerta esta mirada que te encanta,
Sea, ó padre tu orgullo mi memoria:
Y no olvides, que cuando descargabas
Sobre tu hija el golpe postrimero,
Yo sonreí al morir á tu mirada.

Durante el retiro de su hija Jefté tuvo que reprimir una sedicion excitada contra él por la tribu de Efraïm, separada únicamente por el Jordan del país de Galaad. Ufanos con sus fuerzas y envidiosos del vencedor de los Ammonitas los habitantes de Efraïm pretextaron que no se les habia llamado contra el enemigo comun y se adelantaron á amenazas de guerra. Parece que la acriminacion ó queja era infundada, por cuanto Jefté les dijo: «Mi pueblo é yo teníamos una gran contienda con los hijos de Ammon: os llamé para que vinieseis á mi socorro, y os denegasteis á hacerlo. Viendo esto me expuse al peligro, y con riesgo de mi vida salí contra los hijos de Ammon, y el Señor los entregó en mis manos: ¿por donde pues he merecido yo que os levanteis contra mí para hacerme la guerra?» Mas estas razones no fueron suficientes para restablecer la paz, y Jefté se vió precisado á apoyarse en la fuerza de las armas. Reunió desde luego sus compatriotas ya dispersados, y atacó á los Efraimitas que habian atravesado el Jordan, los cuales quedaron deshechos y rechazados contra el rio: probaron pasarlo, pero en vano; pues el vencedor tenia ocupada toda la orilla, y á todo fugitivo que pedia el pasarlo, los soldados de Jefté le decian: «¿Eres de Efraïm?» pues las tribus no se distinguian por el trage militar. El fugitivo para salvar su vida respondia que no lo era. Pronuncia pues la palabra *schiboleth*, replicaban los de Galaad, con uno de aquellos acentos ó sonidos particulares de pronunciacion tan difíciles de perderse, y que tan mal se imitan en una edad en que los órganos han perdido ya su primera flexibilidad, y quedan ya inclinados por la fuerza del hábito. Pero el Efraimita, conservando el acento de su tribu, decia: *sibboleth*, y al momento era pasado á cuchillo. Gran número pereció de esta manera, y la huida fué poco menos desastrosa que la misma batalla. El sagrado historiador hace subir á cuarenta y dos mil hombres la pérdida de Efraïm. Así el orgullo y la injusticia recibieron su castigo; y coronando la victoria el buen derecho, Jefté dejó asegurada la paz y la prosperidad de su país.

Espirados los dias de su duelo, la doncella volvió á encontrar á su padre, y el voto se cumplió: ¿En que consistia precisamente el holocausto prometido y ofrecido por Jefté? Las Escrituras no lo dicen de

un modo tan terminante y esplícito que no dejen lugar á alguna duda. M. Darvoy á quien seguimos expone con un claro é imparcial raciocinio lo que puede pensarse acerca una y otra opinion. Muchos son de parecer, dice, á causa de la energía de las expresiones, que Jefté se proponia hacer á Dios un sacrificio verdadero y cruento: otros, al contrario, piensan que queria consagrar al Señor de una manera especial la primera persona de su casa que viniese á celebrar su vuelta ó su triunfo. Este extremo queda bajo el dominio de la opinion, y no seremos nosotros los que tengamos la pretension de sacar la cuestion de este terreno. Haremos únicamente dos reflexiones: la primera, que los sacrificios humanos estaban formalmente prohibidos por la ley mosaica, y tenidos por abominables; y siendo así no era fácil que Jefté pudiese suponer hacerse digno de la victoria prometiendo á Dios una inmolacion en la cual la impiedad se encontrase unida con la barbarie. Y la segunda, que Dios supremo árbitro de nuestros destinos, tiene el derecho de exigir el sacrificio de nuestra vida á la hora y en el modo que quiere, y el poder de manifestar su voluntad ó bien directamente y por via de inspiracion, ó bien indirectamente y por el intermedio de los sucesos y de los hombres. Así que, Jefté no hallaba en la religion ni en las leyes de su país motivo alguno para pronunciar un voto homicida. Para suponer que fué impulsado é ello por una especie de movimiento interior y divino, desearíamos algo mas que una sospecha y una simple posibilidad: seria menester un texto preciso y terminante, y el formal anuncio de un hecho que en tal caso dejaria de ser un odioso crimen. Si nos limitamos á decir que Jefté cedió á los transportes de un ciego fervor, los doctores, los sacerdotes y el pueblo entero le hubieran impedido sin duda de añadir á la imprudencia de la promesa el horror de la ejecucion.

Así parece quieren suponerlo los Rabinos, los cuales refieren que, consultados los Escribas y sabios hebreos sobre este voto de Jefté, respondieron que la muerte natural prometida en voto podia conmutarse con una muerte civil, ó llámese moral, esto es, en un holocausto de virginidad en que la víctima se fuese consumiendo en la oracion y en el retiro, lejos de todo comercio humano, por lo cual, en vez de ser

muerta por el padre, se hizo nazarena ó solitaria. Este sacrificio lento y heroico, esa muerte anticipada á los placeres y á las esperanzas de la tierra la vemos renovada con frecuencia en la nueva ley de amor al pié de nuestros altares, cuando una vírgen, rodeada quizás de todos los halagos de la edad y de la fortuna, cerrando los ojos para siempre á todas las ilusiones de la vida, y pasando en cierto modo por los misterios del sepulcro, se consagra como una víctima voluntaria al Señor, sujetando su voluntad y su corazon al triple cuchillo de los votos monásticos que cortan de raiz sus inclinaciones al mundo y al placer, y la dejan muerta á sí propia: resolucion magnánima que el siglo mira con lástima ó menosprecio porque no sabe comprender (3).

Pero esta suposicion, aplicada á la vírgen que nos ocupa, parece falsa y repugnante al versículo: *Fecit ei sicut voverat*, y este es el comun sentir de los Santos Padres como Teodoreto, S. Agustin, Beda, Procopio, Ruperio, el Abulense, Victor de Hugon, Dionisio, Serarrio, Sariano, Tornielo, S. Ambrosio, Tertuliano, S. Gerónimo, San Crisóstomo, Origenes, S. Juan Nazianzeno, Sto. Tomas, Suarez, Lesio, Azor, y con otros muchos el célebre Cornelio Alapide: llegando á afirmar, que el haber votado su padre ofrecerla toda á Dios exijia no solo la inmolacion sino todo lo demás que se practicaba con las víctimas.

Por lo demás, cualquiera que sea la opinion preferida, no dejará Jefté de parecer digno de algun reproche á los ojos de la razon, de la humanidad y de la religion misma. Parece que Jefté prometió inmolar el primer viviente que se le presentase. Dicen algunos que fué impío, insensato y parricida. Pero hay doctores hebreos que afirman haber sido aquel voto por especial disposicion de Dios, para que el que votó, sin prevision ni tino, sintiese el error de su voto en la muerte de su hija, quedando así castigada la temeridad del votante. Diremos sin embargo, que si el hecho del general Israelita es en sí vituperable, su intencion le hace digno de honor y hasta tal vez inocente; y aun cuando queramos suponer que hubiese excedido los límites de la justicia y del deber, deberíamos pensar que corrigió la temeridad de su acto por medio

del arrepentimiento. ¿Y no diríamos que en virtud de los estrechos vínculos que unen los mienbros de la gran familia humana, y sobre todo los miembros de la sociedad doméstica, la obediencia generosa de la hija bastaba á cubrir ó suplir la parte de imperfeccion que podia haber en la conducta del padre? Pues de otra parte, no aparece Jefté reprendido por ningun pontífice ni profeta, y aun añade san Justino, que fué permision de Dios que saliese con la cítara á felicitarle por su victoria, quedando burlado el espíritu del mal, el cual no creia cumpliese su voto, en lo que logró Jefté un grande triunfo sobre sí mismo. Y por esto los Santos Padres en esta inmolacion votada por Jefté reconocen grandes misterios alusivos ya á la persona de Jesucristo, ya á los hijos de la Iglesia, ya al sacrificio de nuestras propias pasiones.

Otros tienen el voto de Jefté por pio y santo, como inspirado por el Espíritu del Señor; y añade san Gerónimo, que por haber ofrecido Jefté una hija vírgen, le coloca el apóstol en el ilustre catálogo de los santos. Disculpan otros el celo férvido y ciego de Jefté en creer que debia cumplir su voto, ya por la grosera ignorancia y rudas costumbres de los tiempos, ya por el pundonor militar en no faltar á los juramentos, ya por su fé en que este sacrificio seria grato á Dios, el cual, si no lo fuese, lo impediria por sí mismo, como hizo con Abraham. Pensaba al propio tiempo hacer á Dios un sacrificio de su propio corazon de padre; que el alma de una vírgen le seria muy acepta; que volaria al cielo como víctima obediente á su padre y ofrecida por la órden de Dios y por la salud de la patria; y sobre todo entusiasmado de gratitud por la conseguida victoria, podia esperar que con tan bella y acceptable espiacion, Dios no afligiria mas á su pueblo.

Por fin, ¿deberemos mostrarnos severos en nuestro juicio, y no compadecer á este padre infortunado, á quien alaban las Escrituras por su celo y su justicia, y á quien el deseo de salvar á su país arrastró quizás á una impremeditada promesa? á este padre, que por respeto á su voto se decidió á sacrificar la única y querida esperanza de su posteridad? De otra parte, ¿no hay un grande valor expiatorio en esta piedad filial, en el desprendimiento y constancia de esta jóven que doma su legítima afliccion por el sentimiento del deber, y se muestra verdade-

ramente dulce hasta con la muerte; ya sea que debiese en efecto perecer por el cuchillo, ya sea que fuese tan solo condenada á aquella especie de muerte civil que resulta del celibato? Porque la inocencia forma en torno del corazon una admósfera tranquila y pura con la que envuelve y protege á sus favoritos. ¿Y quien sabe si nuestra vida no ha escapado mas de una vez de la celeste idignacion, porque un angel, bajo los nombres de madre, hermana ó esposa, habia extendido sobre nosotros el albor de sus alas?

La Judea glorificó por medio de una pública solemnidad el sacrificio de la hija de Jefté. Todos los años las hijas de Israël se reunian para llorar durante cuatro dias aquella noble víctima del patriotismo y de la obediencia filial. Ignórase el tiempo que duró esta ceremonia en el pais de Galaad, mas allá del Jordan; pero mas acá del rio, el recuerdo de la joven vírgen fué engrandeciéndose, y su fiesta se desnaturalizó con el decurso del tiempo. En el cuarto siglo de nuestra era las ciudades, paganas aun, de Sebasto y de Naplusa, en otro tiempo Samaria y Siquem, le rendian honores idolátricos. La hija de Jefté, que por algunos es tenida por figura de Jesucristo, que tan mansa y voluntariamente ofreció á Dios el sacrificio de sí misma, gozó tambien por largos siglos de un privilegio ú honor reservado al hombre Dios, cuya muerte lloran los cristianos cada año en determinado tiempo, mezclando sus lágrimas y suspiros con los lamentos del profeta de los dolores, y con los tiernos plañidos del rey penitente.

Por lo que hace á Jefté, no solamente pasó á ser príncipe de Galaad, como habia solicitado, sino que todo Israël le reconoció por Juez. En la república de los Hebreos se nombraba tambien al que tenia el supremo poder tanto para la paz como para la guerra, y esta dignidad se parecia mucho á la de los arcontes de los Atenienses y á la de los dictadores de los Romanos. Despues de haber ejercitado por seis años las funciones de que le habian revestido el reconocimiento y la estimacion de sus compatriotas, murió Jefté, y fué sepultado en el pueblo de su nacimiento en el pais de Galaad.

Observan los escritores, que existen analogías, ó por mejor decir, singulares semejanzas entre el hecho que acaba de ocuparnos y lo que

la fábula nos cuenta de Ifigenia; y no pocos pretenden que la aventura de la princesa griega no es mas que un cuadro disfrazado de la historia santa. Lo cierto es, que en uno y otro caso, las épocas, los nombres, las principales circunstancias son á corta diferencia las mismas. Agamenon, padre de Ifigenia, era contemporáneo de Jefté; tal es por lo menos la opinion de los sabios cronologistas. El nombre griego de *Ifigenia* puede muy bien significar hija de Jéfi ó de Jefté: no se opondrán á ello los helenistas. Salida del príncipe de los ejércitos griegos que partian para el sitio de Troya, Ifigenia debió morir para hacer propicios los vientos que tenian detenidas en Aulida las tropas prontas á embarcarse, como la hija de Jefté para pagar la gloria de su padre, Ifigenia fué ofrecida, pero no inmolada; con todo quedó perdida para Agamenon victorioso, y pasó á ser en la Taurida sacerdotiza de un templo pagano. Estas aproximadas coincidencias parecerán aun mas notables, al recordar que los hechos primitivos y mas ruidosos cuya historia la Biblia nos ha trazado, se encuentran desfigurados pero no imposibles de conocer en las mitologías del antiguo mundo y en los relatos de las edades heróicas. ¿La poesía y los sueños de Grecia no serian pues otra cosa que el eco de una palabra lejana que se debilita por la distancia, y que no hiriendo el oido de los pueblos sino con sonidos entrecortados y mal comprendidos, fué transformada por el artificio de algunos hombres de genio en un conjunto de armoniosas mentiras?

Ni se limita á la antigua Grecia el ofrecer sacrificios semejantes á la Divinidad representada en diversos númenes ó simulacros. La historia describe con horror la crueldad inhumana de los Cartagineses que sacrificaban sus inocentes hijos á Saturno. Creonte fué vituperado por haber sacrificado su hijo Meneso á Tebes Ericteo y su hija Prexitia á Atenas. Los Cretenses expulsaron á Idomeneo, porque, vuelto de la guerra de Troya, quiso por razon de su voto inmolar en las aras de los dioses á su hijo que le salió al encuentro. Esta barbarie cubrió de infamia en otro tiempo á los Scytas, á los Tauros, á los del Ponto y de África; y sabido es que los Mesenios apurados y acosados por el ejército Espartano, creyeron calmar la indignacion del cielo obligando á Aristodemo el sacrificar á su propia hija.

Al concluir este interesante cuadro no podemos menos de transcribir la opinion del ilustrado autor de la *Biblia vindicada* acerca la suerte que cupo á la hija de Jefté, apoyada en datos y reflexiones dignas de toda atencion. Tal vez el parecer de este sensato crítico temperará algun tanto el dolor que habrá naturalmente dejado en las almas sensibles el sacrificio cruento de una virgen inocente, y solo nos hará llorar en ella con ménos acerbidad la lenta pero suave inmolacion de un pecho vírgen, que por la felicidad de su padre y de su país renuncia á todas las esperanzas de felicidad sobre la tierra.

« Por el modo con que el autor sagrado explica el voto de Jefté; por las leyes del Levítico y del Deuteronomio que citaremos luego; por la circunspeccion que guarda el historiador, el cual, en el relato tan sencillo como sucinto que hace de este suceso, no alaba ni vitupera la accion de Jefté; por el elogio que de este hace san Pablo en su Carta á los Hebreos, parece con toda evidencia que su hija fué consagrada al servicio del tabernáculo, como las treinta y dos personas reservadas del botin de los Madianitas, como los Gabaonitas que fueron destinados por Josué á cortar y traer madera para los sacrificios, como Samuel, á quien su madre ofreció en voto al servicio del Señor etc.

Si algunos comentadores, judíos ó cristianos, si algunos Padres de la Iglesia han sido de otro sentir, si Calmet, si el autor de la Biblia de Chais, y otros han sostenido la inmolacion real de la hija de Jefté, como todos estos autores no fueron testigos oculares del hecho, su autoridad no es de bastante peso para subyugarnos, y su opinion no tiene fuerza de ley. Nosotros diremos como el autor del Diccionario filosófico, pero con mucha mayor sinceridad: *Al texto me atengo*. Jefté no ofreció su hija en holocausto, y no la inmoló, porque el texto no lo dice. »

Y refutando despues á Voltaire, que falsificando un texto del Levítico, inducia que Dios recibió la sangre de la hija de Jefté, continua de este modo:

« Responderemos con el autor de las Cartas de los Judíos: Si el Dios de los Judíos hubiese gustado de semejante sacrificio, ¿hubiera acaso detenido la mano de Abraham? El no haber querido acceptar esta víc-

tima es una leccion evidente por la cual, al paso que ponia á prueba la fe de Abraham, queria manifestar á este varon justo, y á su posteridad el horror que tiene de tan bárbaras supersticiones. Hay en la ley una prohibicion expresa de ofrecer al Señor tales sacrificios: «Matarás reses de las vacadas y rebaños que tuvieres, como te lo he prevenido, y las comerás en tus pueblos á tu placer.» (Seria menester destruir esta respuesta antes de insistir en la objecion. . . . .

«En cuanto al texto del Levítico alterado, no habla sino de las cosas ó personas condenadas al anatema, y este ofrecimiento ó condenacion no se hacia sino en castigo de ciertos crímenes, y así era mas bien un castigo que un sacrificio. Tal fué el de los Cananeos, el de Jericó, el de Achan. Este texto pues no tiene aplicacion al hecho de Jefté: el libro de los Jueces dice por dos veces que hizo un voto, sin decir una palabra de ofrecimiento ó de anatema. La hija de aquel Juez no podia ser susceptible de tal pena pues que era inocente, y no habia crímen alguno que castigar. Contraría pues á la evidencia el crítico que pretende que la inmolacion de la hija de Jefté estaba autorizada por la ley del Levítico.

«Pero aun hay mas: no cabe duda en que el voto de Jefté no tuvo realmente otro objeto que el consagrar su hija al servicio del tabernáculo. Nunca se hubiera dudado de esto si se hubiera puesto atencion en una de las significaciones de la particula *vau* que es la de *quamobrem*, *quapropter* en latin, y *por esto es* en nuestro idioma. Y traduciendo el último *vau* de esta manera, es evidente que Jefté quiso solamente consagrar su hija al culto del Señor, y no puede pensarse lo contrario. De ello se convencerá cualquiera por la lectura del texto traducido sobre el original.

Jefté hizo este *voto* al Señor: «Si vos entregais á mis manos los hijos de Ammon, *lo que saldrá* de la puerta de mi casa delante de mí cuando yo vuelva en paz, victorioso de los hijos de Ammon, *será consagrado al Señor*, ó yo le ofreceré en holocausto.» Jefté volvió á Masfa en su casa, y hé aquí á su hija viniendo delante de él etc...... Desde que Jefté la vió rasgó sus vestidos y exclamó: Ah! hija mia, tú me llenas de la mayor afliccion...... porque he pronunciado con mi propia

boca un *voto* al Señor, y no podré cambiarlo. Ella le dijo: padre mio ya que vos habeis hecho un voto al Señor, cumplid en mí lo que habeis prometido...... Y ella dijo á su padre: dadme una dilacion de dos meses, y yo iré á las montañas, y lloraré con mis amigas mi virginidad. Su padre le dijo: id, etc. y al cabo de dos meses volvió á encontrar á su padre, el cual cumplió el voto que habia hecho, y por esto es que ella no tenia comercio con ningun hombre.»

«Si la hija de Jefté hubiese sido inmolada, ¿como hubiera podido el escritor sagrado añadir *y por esto es que no tenia comercio con ningun hombre?*

«Trátase pues solo de manifestar que la partícula *vau* se toma en el sentido que le hemos dado, y debemos á M. Bullet la explicacion que ha dado á la verdadera significacion de esta palabra hebrea.»

«Y cita en seguida el autor varios versículos del Génesis, del Levítico y del Deuteronomio en las cuales se echa de ver esta significacion.

«Por lo demás aun cuando el sacrificio de Jefté hubiese sido real y verdadero, jamás se seguiria que la ley judaica hubiese exigido ó prometido tales sacrificios, y sí solamente, que Jefté se habia dejado llevar mas allá de lo regular por un celo mas ardiente que ilustrado, por una mal entendida adhesion á un compromiso imprudente; en una palabra, la naturaleza, la razon y la ley de Dios hubieran condenado su accion, cuando muy al contrario, ha sido alabada por San Pablo.

«Los que creen que realmente inmoló á su hija, vierten mal las palabras del texto, pues leen: *La primera persona que saldrá de mi casa* y el texto, bien traducido, dice: *Lo primero que saldrá, todo lo que vendrá á mi encuentro, será sin falta consagrado al Señor*: esto podia ser un animal, y añaden: *yo le ofreceré en holocausto*, y el término hebreo significa solamente: *yo haré de él una ofrenda.*

«La hija de Jefté pide el poder ir á llorar no *su muerte*, sino su virginidad, ó la necesidad de quedar vírgen. Mas porqué se afligió tanto Jefté? Porque era muy sensible y doloroso para un padre vencedor que habia llegado á ser por sus virtudes y valor gefe de su nacion, el no colocar á su hija en matrimonio, y quitarse la esperanza de renacer en su pos-

teridad, y no poder aspirar al honor de ser uno de los progenitores del Mesías. El vocablo hebreo que significa *llorar*, quiere decir tambien *celebrar*, *exaltar*, y en este último sentido se halla esta palabra en el mismo libro cap. V. v. 11. en donde dice: *Ellos exaltarán la Justicia del Señor*. Asi las jóvenes israelitas pudieron, ó lamentar la desgracia de la hija de Jefté de verse obligada á quedar vírgen, ó exaltar su piedad y su constancia por haber ratificado el voto de su padre.

«Por fin, habia realmente entre los Hebreos mugeres destinadas al servicio del tabernáculo, pues que la historia santa, en el libro 1.° de los Reyes, cap. II. v. 22. increpa á los hijos de Helí de haber tenido con ellas relaciones culpables. Estas mugeres eran miradas como esclavas, pues tal era la suerte de los prisioneros de guerra, y Jefté no podia ver sin la mayor afliccion que su hija única fuese condenada á semejante suerte.



Notas.

(1) Téngase presente lo que dijimos al hablar de las mugeres ó esposas de segundo órden en tiempo de los patriarcas, cuando ofrecimos el cuadro de Agar, esposa secundaria de Abraham.

(2) Lord Byron, con todas sus riquezas orgullo aristocrático, no es mas que un héroe de disolucion y de libertinage; pero un héroe que inspira mas compasion que envidia; porque sin conocer el amor sino en la materia, y buscando los placeres muy al desnivel de su elevado espíritu, solo derrama el oro para comprar el fastidio, dejando donde quiera víctimas lamentables de su inconstancia y de su sed de gozar. De aquí nace aquella habitual inquietud de espíritu, agitado siempre con nuevos deseos, de aquel espíritu que en circunstancias apuradas descubre ráfagas de gloria, rasgos de generosidad y sentimientos elevados. Alma malograda por cierto, que encerraba la semilla de grandes virtudes, pero que aprisionada en los estrechos límites de los goces materiales, no podia esplayarse sino con dolor, y sus suspiros profundos y aterradores no eran mas que el violento desahogo de sus propios sentimientos. Por esto se ve marcado en las producciones del héroe poeta y del amigo generoso de los oprimidos griegos el sello indeleble de los tormentos del corazon. A pesar de todos los estravíos de su pecho convulsivo y de los estremecimientos de su genio, fuerza es amarle por el fondo inagotable de interés que inspira su alma tan agitada como magnánima. Fuerza es amarle como se ama irresistiblemente á aquellas bellezas caprichosas y arrebatadas, á quienes no es posible sujetar ni con el cariño ni con el sacrificio, y que nos arrastran tras sí á pesar nuestro en la senda rápida y tortuosa de sus gustos chocantes y de sus arrebatos violentos. Su vida fue tempestuosa como sus versos; cada uno de sus héroes sombríos y aventureros era su propio retrato en uno de los lances de su vida. Su mismo

chiste tenia un no sé qué de grave y de siniestro que no dilataba sino que comprimia el corazon. ¡Que diferencia entre Byron y Cervantes! La misma diferencia de su siglo respectivo. El autor inmortal del Quijote hace rebozar en el alma toda la alegría del gracejo, toda la sal del ridículo, sin mezcla de acibar, ignorando hasta el lenguage de estas pasiones desesperadas y frenéticas que nacen de la duda y de la vaguedad del corazon, de las que ni aun idea se tenia en aquella época. El autor inglés tan fecundo en el dolor como lo era Cervantes en la festiva gracia, en vez de locos parleros é ingeniosos, no pinta mas que seres abandonados á las tormentas del mundo y al frenesí de sus propios delirios. Los dos grandes ingenios presentan dos fases bien distintas. Y cada uno pinta con verdad, porque pinta su siglo.

(3) A propósito de esta vida de privacion y de voluntario sacrificio de las hijas del claustro, citaremos un pasaje de Pope en boca de Heloisa, que ha sido desfigurado por el espíritu irreligioso de sus traductores. Es notable por la apacible melancolía que respira, dulce como el silencio del claustro en medio de los bramidos de la tempestad.

«Dichosa la virgen sin mancilla que olvida el mundo y á quien el mundo olvida! La eterna alegría de su alma le anuncia que todas sus oraciones son oidas por Dios, y todos sus votos escuchados. El trabajo y el descanso dividen sus dias en partes iguales. Su sueño fácil cede sin mucha dificultad á los llantos y á las vigilias. Sus deseos son arreglados, sus gustos siempre los mismos, sus hechizos son sus lágrimas y sus suspiros son por el cielo. La gracia esparce al rededor de ella sus mas apacibles rayos. Los ángeles le infunden sin dolor los mas hermosos sueños. Para ella prepara el esposo divino el anillo nupcial: para ella entonan blancas vírgenes cánticos de himeneo: y para ella florece la rosa de Eden que jamás se marchita, y esparcen los Serafines los perfumes de sus alas. Muere por último al son de las celestes harpas, y desaparece entre las visiones de una eternidad!»

Ved ahí además algunas bellas palabras pronunciadas pocos años hace desde la cátedra santa, sobre la excelencia de la virginidad del sacerdocio católico.

«Decidme, Señores, que os parece, ¿ha realizado la doctrina católica su pretension de crear por toda la tierra, y en todos los pueblos una raza de sacerdotes castos, renunciando á lo que por espacio de cuatro mil años habia tenido la humanidad por el indispensable condimento de la vida? Lo ha verificado? Y notadlo bien, no son viejos reducidos por el yelo de los años á la impotencia del mal los que escoge la doctrina católica para sacerdotes suyos: no: son jóvenes, es el hombre en la lozanía y en la flor de su vida: es San Juan recostado sobre el pecho de su maestro: es San Pablo corriendo á rienda suelta hácia Damasco: es san Antonio llevando á sepultar en el desierto de Kolsim lo mas florido de sus años. Ved ahí al sacerdote católico, segun la regla general. La Iglesia toma por sus cabellos á la juventud llena de vida consagrada por su corazon, seducida por su fantasía: la

purifica en la oracion y en la penitencia, la eleva por la meditacion, la amolda por la obediencia, la transforma por la humildad, y llegado el dia, le echa por tierra en sus basílicas, derrama sobre ella una palabra y una gota de óleo, y vedla ahí casta! Estos jóvenes que veis irán por toda la tierra bajo la salvaguardia de su virtud: penetrarán en el santuario de los santuarios, el de las almas, escucharán confidencias terribles: lo verán todo, lo sabrán todo: mil tormentos pasarán sobre su corazon, y este corazon quedará de fuego por la caridad y de yelo por la castidad. Y á este señal reconocerán siempre los pueblos á su sacerdote. El sacerdote podrá ser avaro, orgulloso, farisaico; su carácter sufrirá mucho sin duda por estos vicios afrentosos; con todo en tanto que quedará gravada en su frente el señal de la castidad, Dios y los hombres le perdonarán mucho; y lo que estos últimos no le perdonarán jamás será una falta y, á veces, una sombra de falta de fragilidad: tan cierto es que á la vista de todos el sacerdocio y la castidad serán una sola y misma dignidad, una sola y misma expresion de Dios que salvó el mundo en la cruz.

«Gracias sean dadas á Dios que el sacerdocio católico ha pasado por esta prueba cerca veinte siglos hace. Sus enemigos le han estado sin cesar atisbando en lo presente y en la historia: han designado escándalos parciales, pero el cuerpo entero ha quedado salvo. Y no se engaña la fe de las generaciones atentas, pues cree en una virtud que ella misma ha probado; esta fé conduce á nuestros pies jóvenes de diez y seis años, corazones de diez y seis años, revelaciones de diez y seis años; y los conduce á la faz del universo y con asombro del impío: aquí conduce la madre con la hija, los pesares precoces con los pesares envejecidos, lo que no oye el oido del esposo, lo que no sabe el oido del hermano, lo que ni aun ha sospechado el oido del amigo. Por medio de esta confianza maravillosa proclama la humanidad la santidad del sacerdocio católico, y el furor de sus enemigos vendrá siempre á estrellarse contra esta arca que lleva con él. Ellos la perseguirán como el ejército de Faraon, hasta en la profundidad de las aguas; pero el muro, el cristal de la castidad se levantará siempre entre ellos y nosotros: ellos maldecirán este fruto divino que nace en nosotros y que nos protege: y le maldecirán en vano; porque la maldicion que cae sobre la virtud es como la que caia sobre la cruz de Jesucristo la víspera de la Resurreccion.»

La doctrina católica pues ha hecho un sacerdocio casto. Y aun no es este su mayor prodigio. Sea como fuere, el sacerdote es elegido, entra preparado y consagrado: pero el corazon menos pronto y menos preservado, el corazon de la muger, la doctrina católica le purifica tambien. Ella creará generaciones santas de cristianas viviendo libres en medio del mundo, confiadas á ellas mismas, guardando con sus costumbres las costumbres generales, tomando en la sociedad un imperio nuevo y haciendo que nazca del respeto un amor desconocido de la antigüedad.

. . . .

«Es evidente que aun considerados de una parte el crimen, y de otra la guerra, la servidumbre y to-

dos los azotes juntos, el género humano queda aun con una superabundancia de vida de que ni aun podemos hacernos idea, pues pierde en la disolucion una inmensa cantidad de esta misma vida que le embaraza todavía. ¿Será pues preciso que la economía social llame á su socorro al vicio y al crimen, y los declare protectores natos del género humano, su providencia necesaria, y el medio normal de reducir su sangre á los límites de lo posible y de lo justo? Cosa admirable! La vida nos embaraza, y si alguna pobre niña, cansada del mundo y por él despreciada, lleva su virginidad á un claustro; si por su eleccion, por su gusto, porque Dios le ha dado un corazon capaz de vivir de él solo, vá á ocultar en el trabajo y la obediencia voluntaria la flor de su juventud como la paloma toma sus polluelos bajo sus alas y vuela á los bosques, se hallará una opinion asaz desnaturalizada para tachar de heregía política, de confiscacion de una cabeza en detrimento de la sociedad esta huida de una pobre niña, que nada tiene, que nada pide á los hombres, sino conservarse casta y ganar su pan en una comunidad de corazones que se parecen al suyo. La vida nos embaraza, se deseara arreglar su vuelo, se tolera que se pierda en la disolucion, se la echa á rodar por el crimen: pero concentrarla por medio de la castidad, condensarla en la fuerza de la virtud para que fluya en el mundo por canales regulares llenos y mesurados, esta es la imperdonable pretension de una doctrina que lo invade todo. Se quiere el resultado material de la castidad porque es necesario á la rotacion de la máquina social, pero se la desecha como virtud, porque la virtud viene de Dios, porque es el señal de Dios, y porque el mundo mira como una de sus primeras necesidades que Dios no sea demasiado claro y esplícito en su voluntad soberana.

«La castidad es una virtud necesaria al movimiento general del mundo, que no puede reemplazar su efecto para la distribucion de la vida sino por la miseria, la servidumbre, el crimen y la inmoralidad. Quitad todas estas causas que mantienen bien ó mal un cierto nivel en el desarrollo de la poblacion; quitadlas con el pensamiento para establecer luego en su lugar un curso de cosas bueno y decoroso, y llegareis á la conclusion de que una tercera parte del mundo es llamada á la continencia absoluta, y las otras dos terceras partes á la continencia moderada. Esta es la ley, tarde ó temprano la continencia recobrará en medio del mundo el lugar que le corresponde, recuperará sus derechos, volveránse á erigir y á honrar sus altares, se reconocerá que no se puede vivir sin ella. Magistrados! legisladores! escritores, destinados á figurar algun dia en la escena desquiciada del mundo, ocasion se os presentará de servir á la causa del género humano, sirviendo á la causa de la castidad voluntaria y ofrecida en sacrificio. Sereis fieles á ella repudiando la herencia que os legaron el siglo XVI y el siglo XVIII: como Gelon, en un tratado famoso, estipulareis en pro de la humanidad no aboliendo sino restableciendo el libre sacrificio de la sangre.»

(1) *Deuteronomio*. cap. XII. v. 21.

13



DÁLILA.

Di á la sabiduria : tú eres mi hermana, y
nombra á la prudencia tu amiga á fin de
que te proteja contra la muger estrangera.

(Proverbios cap VII v. 4

Si el viajero que visita la Palestina quisiera pasar de Jafa á Egipto por tierra, le seria preciso atravesar un inmenso desierto que consiste en vastas llanuras de arena blanca cortadas por pequeñas montañas sin verdor y por valles en cuyo fondo solo despunta un poco de yerba amarillenta, ó mas bien agostada, y los torrentes aparecen casi siempre enjutos á lo largo de su cauce. Siguiendo mas de cerca las orillas del Mediterráneo, se hallan algunos villorríos árabes, las ruinas de Ascalon, Gaza, y avanzando siempre hácia el sud, la ciudad de El-Arich. Una parte de esta region, en el dia estéril y despoblada, pertenecia en otro tiempo á los Filisteos : estaba dividida en cinco

satrapías ó provincias que llevaban cada una el nombre de su capital respectiva, Geth al norte, Gaza al mediodia, Ascalon, Azoth y Accaron entre las dos. Toda la república ó territorio tenia apenas veinte leguas de longitud sobre algunas leguas de anchura.

En un principio los Filisteos se vieron poderosos: pero descendian de Cham, y por su origen llevaban el peso de la maldicion pronunciada contra su padre, y debian obedecer al pueblo judío salido de Sem, y heredero de la bendicion concedida á su abuelo. Fueron vencidos en efecto, como las demás naciones que los Hebreos exterminaron, al tomar posesion de la tierra prometida, pero nunca pudieron ser del todo arrojados ó destruidos. Debilitados por la lucha, salvaron con todo su independencia, y retirados á las costas del Mediterráneo, inquietaron por largo tiempo las tribus de Dan y de Simeon, que les eran limítrofes; semejantes á aquellos instintos rebeldes, mil veces comprimidos pero nunca aniquilados, que fatigan hasta la muerte la conciencia del hombre de bien, y le llevan la guerra para ejercitar su valor y su virtud. Es de creer que la existencia política de los Filisteos continuó hasta la época en que el pueblo romano puso su planta en el Oriente; y aun mas, que su existencia entonces no dejaria de ser con alguna gloria, por cuanto de su nombre todo el país fué llamado la Palestina.

Este pueblo pues y en este país de los Filisteos vivia Dálila, muger de costumbres mas que sospechosas, segun casi todos los autores que han interpretado las Escrituras. Era del valle de Sorec, célebre entonces por su viñedo, y en donde pasaba un torrente que lleva aun en el dia su antiguo nombre de Sorec, y desagua al mar no lejos de Ascalon. En su tiempo, hácia el año del mundo 1870, los Filisteos sus compatriotas estaban en abiertas hostilidades con los Israelitas, á quienes Dios castigaba por sus crímenes, como los habia castigado medio siglo antes entregándolos á las Ammonitas. Estos habian encontrado como delante de sí á Jefté que reprimió su audacia: los Filisteos hallaron á Sanson. Jefté habia visto su gloria personal contristada por el grande infortunio de su hija: Sanson, ejemplo memorable de una prodigiosa fuerza de cuerpo y de lastimosas flaquezas de corazon, inmoló á Dálila su propia gloria y el reposo de su país.

La ruina de Sanson es tanto mas memorable é instructiva en cuanto habia sido prevenida de bendiciones privilegiadas y en cuanto él se manifestó infiel á un mas grandioso destino. ¿Con que la gloria no será mas que un pedestal que eleva al hombre sin afirmarle, y que pierde en solidez lo que gana en elevacion? En el nacimiento y en la vida de Sanson hubo señales manifiestos de proteccion divina, para que conociese de donde le venia su vigor; y los actos de debilidad que se observan en su conducta se nos refieren á fin de que cada cual tome la leccion mas importante que puede serle dada, esto es, la del valor; porque la caida original nos dejó el corazon tal vez mas flaco que el entendimiento: águilas abatidas por una tempestad, réstanos todavía una chispa de fuego para mirar de cara á cara el espléndido sol de la verdad, pero nuestras alas chamuscadas por el rayo, mal pueden sostener nuestro vuelo hácia las regiones de la luz.

Dios señala anticipadamente el lugar que debemos ocupar en el mundo, y el medio dentro del cual ha de ejercitarse nuestra libre actividad; y asi es que determinó enviar á Sanson por libertador de su oprimido pueblo. Sanson tuvo por padre á Manué, de la tribu de Dan, y su madre fué por mucho tiempo estéril. Consolóla Dios en una vision en la cual oyó una voz que la prometia un hijo, pero que le exigia al mismo tiempo que le consagrase á Dios. «Guárdate pues, añadió el angel del Señor, de beber vino ni licor alguno que embriague, ni de comer cosa alguna impura, porque has de concebir y parir un hijo á cuya cabeza no tocará navaja pues ha de ser nazareo, ó consagrado á Dios desde su infancia y desde el seno de su madre, y él ha de comenzar á libertar á Israël del poder de los Filisteos.» La gloria del hombre es el ser llamado á las obras de la Providencia; pero esta gloria solo se concede bajo ciertas condiciones, y á Dios solo está reservado el fijar las señales solemnes que designan á la faz de las naciones quienes son los enviados que se ha dignado escoger. Asi quiso el Señor en esta eleccion que el niño milagroso se abstuviera, ya en el claustro materno, de todo lo que puede embriagar, y que su larga cabellera fuese como un símbolo de la fuerza de que estaria dotado.

La muger informó á su marido de la promesa que acababa de recibir. « Un varon de Dios vino á mí, le dijo, el cual tenia rostro de angel: su belleza infundia respeto: le pregunté quien era y como se llamaba, pero no quiso decírmelo. » Y en seguida le refirió las palabras del celeste mensagero. Absorto el marido, rogó al Señor que su enviado reiterase su aparicion para conocer mejor el modo como debian portarse con el niño. Y otorgó el Señor la súplica de Manué. Cierto dia, estando la muger en el campo, tuvo la misma vision, y corrió apresurada á advertirlo á su esposo, el cual vino con ella, y oyó de la boca del mensagero divino lo mismo que habia oido decir á su muger. El angel habia tomado una forma humana, y Manué pudo creer y creyó en efecto que era un profeta (1). Quiso pues prepararle una comida, pero respondió el ángel: « Por mas que me instes no probaré nada de lo tuyo: con todo, si quieres hacer un holocausto, ofréceselo al Señor. » Y como Manué quisiese saber su nombre para darle las gracias, repuso el angel: « ¿Para que me preguntas mi nombre, siendo como es admirable? » Conoció Manué que debia hacer subir su reconocimiento hasta el Señor, y tomando un cabrito con las correspondientes libaciones, lo colocó sobre un peñasco que servia de altar, y lo ofreció al Dios que obra maravillas. Y al salir la llama del altar del sacrificio hácia el Cielo, subióse tambien con ella el angel del Señor, y desapareció. A este espectáculo, el hombre y la muger postráronse de rostro contra la tierra, llenos de religion y estupor, conocieron entónces que Dios les habia visitado por el ministerio de un angel. Dijo entónces Manué: «Moriremos sin duda, pues que hemos visto á Dios.» Pero repuso la muger: «Si el Señor quisiera que muriésemos, no hubiera recibido de nuestras manos el holocausto y las libaciones, no nos hubiera manifestado todo esto, ni hecho saber lo que ha de venir.» Mostróse pues en esta ocasion mas confiada que su marido, y por esto manifestó mas cordura en sus palabras, pues para alentar á los que tienen una alma elevada y los sentimientos generosos permite Dios que se llegue á la verdad por conducto del corazon con tanta seguridad y aun mas presto que por el del entendimiento.

Cumplióse á su tiempo la promesa del cielo, y á Manué le nació un hijo, al cual su madre puso el nombre de Sanson, es decir, sol. En un país en que los nombres propios, en vez de ser una simple designacion de la persona, tenian una significacion radical y verdadera, era tan conveniente como ingenioso que fuesen impuestos por las madres; pues nadie podia expresar mejor que ellas todos los dolores, las previsiones y las esperanzas de su ternura. Sanson fué creciendo en años y en corpulencia, y la proteccion de Dios sobre él empezó á manifestarse cuando estaba en los campamentos de Dan entre Saraa y Esthaol; ya pudo entónces conocerse que llegaria á ser el libertador de sus hermanos.

Seria ya sobre el fin de su vida cuando concibió por Dálila aquella afeccion en la que halló una prueba y una ruina tan lamentables. Mas él habia podido aprender de antemano á temer su propia indiscrecion, y la perfidia de las mugeres á las cuales prodigó su confianza. La providencia habia permitido que ya desde su primera juventud fuese atacado y vencido por este flanco; á fin de ejercitarle sin duda á superar las tentaciones que le reservaba el porvenir. Porque Dios trata con bondad la debilidad humana: no tiende emboscadas á nuestra libertad para sorprenderla, sino que la escuda contra los grandes peligros, exponiéndola antes á peligros menores. De esta manera obró con respeto á Sanson.

Los Israelitas eran tributarios de los Filisteos: no habia entre ellos lucha; pero la paz en la servidumbre no podia durar. Sanson que tenia la conciencia de su destino no tardó en buscar ocasiones de guerra y estas ocasiones no le faltaron. Bajó cierto dia á Tamnatha pueblo conquistado y ocupado entónces por el enemigo, y vió allí á una muger de las hijas de los Filisteos que fué grata á sus ojos, y á la cual deseó tomar por esposa. Sus padres le hicieron la observacion que esta alianza era contraria á la ley. «Pues que, le dijeron, ¿no hay mugeres entre las hijas de tus hermanos y en todo nuestro pueblo, que quieras tomar esposa de la nacion Filistea, gente incircuncisa?» Pero Sanson insistió en su demanda. Prescindiremos en este caso de las disposiciones de lo alto que conducian á Sanson á este enlace para ruina de los Filisteos, dominadores entónces del pueblo de Israël: pero suele ser condicion de la flaqueza humana el que los deseos traspasen á menudo el círculo marcado

por el deber, y que la pasion indómita se lance á objetos que están muchas veces mas allá de la esfera de lo regular y de lo decoroso. Bajó pues Sanson con sus padres á Tamnatha, para celebrar los esponsales, y al llegar aquel, que iba solo á las viñas de la ciudad, arremetió contra él un leon cachorro feroz y rugiendo. Sintió entónces Sanson el espíritu del Señor que la daba un valor y una fuerza extraordinaria, y sin arma alguna y con solas sus manos, despedazó al leon como si hubiese sido un cabrito, sin decir á sus padres una palabra de este suceso. Habló pues con la muger cuyos atractivos habian cautivado su corazon, y al volver otra vez para la ceremonia de las bodas, Sanson se apartó del camino para ver el sitio de su pasada hazaña, y encontró en la boca del leon, ya disecada, un enjambre de abejas y un riquísimo panal de miel. Tomóle pues y comió de él por el camino, y dió á sus padres para que comieran, pero no quiso descubrirles de donde lo habia tomado.

En el festin que se celebró á causa de las bodas, propuso un enigma á los treinta jóvenes que, segun la costumbre del país, le habian dado por compañeros de boda y para que le obsequiasen: pues los jóvenes novios eran asistidos por algunos amigos y amigas para que fuese mas animada la alegría del banquete (2), y era tambien usanza entre los antiguos el ejercitar el discurso proponiendo por via de diversion la resolucion de cuestiones envueltas en la obscuridad de alguna sentencia enigmática. En el caso de que por el término de siete dias no pudiesen ellos descubrir el sentido de la parábola propuesta, los Filisteos debian dar á Sanson treinta vestidos y otras tantas túnicas y en caso contrario Sanson debia darles el mismo número de túnicas y vestidos. Tres dias habian pasado ya sin que los Filisteos hubiesen explicado el enigma concebido en estos términos: Del devorador salió el manjar, y del fuerte salió dulzura. Preciso es convenir en que el enigma era bastante obscuro para cualquiera que ignorase la historia del leon muerto y de la miel encontrada en sus fauces. Así pues, desesperados los Filisteos, se dirigieron á la muger de Sanson, pidiéndole que por medio de caricias arrancase de su marido el secreto, y la amenazaron quemarla á ella y á la casa de su padre si no lo alcanzaba, diciéndole: «¿ Por ventura nos habeis convidado á las bodas para dejar-

nos en cueros?» No cesaba pues ella de apurar con Sanson sus lágrimas y gemidos, apelando al recurso que tiene la muger cuando quiere obligar al que le adora. « Tú me aborreces, le dijo, tú no me amas: por esto no quieres declararme el enigma que propusiste á los jóvenes de mi pueblo. » A los primeros ataques de la seductora, resistió Sanson; todavía tuvo resolucion para responderle que la denegacion á su súplica no era señal ni efecto de desamor. «No quise declararlo á mi padre ni á mi madre y quieres que á tí te lo diga?» Tocaba ya al séptimo dia, y los compañeros y rivales de Sanson redoblaron sus instancias y sus amenazas á la jóven filistea; la cual renovó asimismo, y apuró los recursos de su gazmoñería y las tretas de la seduccion para vencer la varonil firmeza del fuerte Israël. Cuando la debilidad se bate contra la fuerza, pero está herido el corazon, entónces la muger recobra la supremacia de su flaqueza, y su aparente impotencia es el arma mas poderosa que juega para triunfar. Entonces es cuando hace sentir al hombre el rubor de prevalerse de su predominio; se entrega á la desesperacion, no siempre sincera, de prevalecer y finge resignarse con dolor al vencimiento para conseguir la victoria. Picada la generosidad del hombre, teme abusar de su poder, vacila en sus designios, las lágrimas y suspiros son otras tantas flechas aceradas que hieren la fibra mas delicada de la sensibilidad. El pensamiento se turba, la constancia vacila: la noble razon, como un rey vendido por los suyos, deja caer el cetro de su mano; la fuerza misma es un estorbo para el corazon, el cual renuncia á una victoria porque vé que se le escapa otra; y una mirada decide la lucha definitivamente. Tal es la estratégia del amor pasivo que obra con ojos de lince, cuando el amor activo con los ojos vendados se entrega á discrecion del vencedor.

Venció al fin la importunidad, ó mas bien, el ascendiente del amor armado con todas las astucias de la seduccion. Cuando el género humano habia antes quedado sacrificado á las gracias de un ruego, ¿que mucho que un secreto quedase divulgado á los encantos de una taimada súplica? Del fuerte nació pues la debilidad, y este enigma inesplicable, que tantas veces preside á las acciones humanas, parece marcado aquí por la historia para abatir el orgullo de los fuertes; así como mas tarde, la mas elevada sabiduría no quedó exenta del error para que el hombre

no se envaneciera con ella cuando deja de ser dócil y humilde el corazon. Sanson descubrió el enigma á su esposa, y esta lo descubrió inmediatamente á sus paisanos. Estos pues, antes de espirar el término prefijado que era á la puesta del sol del dia séptimo, vinieron á encontrar á Sanson y le dijeron: «¿Que cosa mas dulce que la miel, ni quien mas fuerte que el leon?» Conoció el hebreo que habia sido vendido por su muger, y les hizo esta ingeniosa respuesta: «Si no hubieseis arado con mi novilla, no descifrarais mi enigma,» aludiendo á la taimada debilidad de su esposa. Sintióse despues inspirado de ir á Ascalon, donde mató á treinta hombres, y dió los vestidos de estos á sus rivales que habian descifrado el enigna. Despues, vivamente irritado, volvióse á la casa de su padre; y su muger, creyéndose abandonada, tomó por marido á uno de los jóvenes que, en clase de compañeros, habian asistido á Sanson en las bodas.

Algun tiempo despues conoció Sanson esta resolucion, y meditó como vengarse de ella sobre la nacion entera de los Filisteos. Acercábase el tiempo de segar los trigos, y fué Sanson con deseo de visitar á su muger, y llevóle un cabrito de leche; pero al querer entrar en su aposento, como acostumbraba, el padre de ella se lo impidió diciendo: «Creí que la habias aborrecido, y por esto la dí á un amigo tuyo: pero tiene una hermana mas jóven y mas hermosa, tómala por muger en lugar de la otra.» Y respondió Sanson: «De hoy mas no tendrán motivo de quejarse de mí los Filisteos, si les pago todo el daño que me han hecho.» Sanson parecia tan fuerte como ingenioso, y el ardid doblaba los recursos de su robustez y valor, Marchóse pues, y cogió trescientas raposas de las que abundaba muchísimo la Palestina; y atolas apariadas cola con cola, ligando teas en medio. É inflamadas estas, soltó las raposas á fin de que corriesen por todas partes. Metiéronse luego por entre las mieses de los Filisteos, é incendiadas estas, se quemaron así las mieses ya acinadas como las que estaban por segar, extendiéndose tanto la llama, que abrasó hasta las viñas y los olivares. Y al preguntar los Filisteos: ¿Quién ha hecho esto? se les respondió: Sanson yerno del Tamnatheo es el que lo ha hecho porque su suegro le quitó su muger y se la dió á otro. Y queriendo los Filisteos vengar en esta muger el destrozo hecho en sus campos, la quemaron junto con su padre.

Algo despues tomó de ellos una nueva venganza: sus propias querellas le dieron ocasion de castigar á los opresores de su país: les batió, é hizo él solo un tal destrozo que los que pudieron escapar de sus manos quedaron llenos de estupor. Despues de lo cual, retirándose Sanson, habitó en la cueva de la peña de Etam.

Los Filisteos volvieron á tomar las armas, entrando por la tierra de Judá, y acamparon en un lugar que despues se llamó Lequi, esto es, Quijada, donde fué derrotado su ejército. Y preguntándoles los de la tribu de Judá porque motivo venian contra ellos, respondieron que para llevarse atado á Sanson y retornarle el mal que les habia hecho.

Los de la tribu de Judá quisieron vengar en Sanson las hostilidades con que los acosaban los Filisteos. Nada ménos que tres mil hombres pasaron á la cueva en donde aquel habitaba para decirle que querian entregarle atado en manos de los Filisteos. Rióse interiormente el guerrero de esta pretension, y despues de haberles hecho jurar que se limitarian á entregarle atado, se dejó atar con dos cuerdas nuevas y sacar de la peña en que estaba retirado. Los Filisteos salieron á su encuentro con bulliciosa algazara, creyendo tenerlo ya á su disposicion; mas cuando estuvo junto á ellos, rompió y deshizo en un momento sus ligaduras como un endeble lino, y con una quijada ó mandíbula de asno que encontró casualmente, ayudado de los suyos, hizo perecer tres mil hombres. Y tanto estuvo con él el espíritu del Señor, que devorado por una sed ardiente, con una muela de la misma quijada abrió una fuente copiosa, con la cual refrescó su ardor y recobró sus fuerzas, renovándose el prodigio de la peña de Horeb.

Pasando despues á Gaza, entró en casa de una muger llamada Dálila. Sabido por los Filisteos que Sanson habia entrado en la ciudad, colocaron centinelas á sus puertas, y pusiéronse de asecho toda la noche con el fin de matarle por la mañana al tiempo de salir. Durmió Sanson hasta la media noche y levantándose despues, arrancó las puertas de la ciudad, con sus pilares y cerrojos, y echándoselas á cuestas, las llevó á la cima de una vecina montaña que mira hácia Hebron, y que distaba sobre dos leguas.

Figuráronse sin duda los Filisteos que esta fuerza extraordinaria era

no mas que accidental, ó que Sanson de todos modos tenia alguna parte vulnerable, é imaginaron robarle su secreto por medio de Dálila, pues podian ya conocer que mal sabia defenderse su enemigo de los lazos tendidos por una muger. Los cinco sátrapas ó gefes de la nacion fueron á encontrar á Dálila y le dijeron: «Por medio de astucias engaña á Sanson, y averigua de él de donde le viene su fuerza extraordinaria, y como podremos vencerle, encadenarle y atormentarle, y si lo consiguieres, te daremos cada uno mil y cien siclos de plata (3). Hacer traicion á precio de dinero, y bajo señales de afecto es el último grado de vileza, abyeccion y cobardía á que un alma puede llegar. ¿Será que la molicie torpe aniquila en la conciencia todo sentimiento de honor, sujetándolo todo al grosero criterio de la sensualidad? ¿O permite Dios alguna vez que esta molicie llegue á disgustarse de los envilecidos instrumentos de sus goces, hasta al extremo de hacerles pedazos con la mas estúpida irrision ó indiferencia?

La pérfida Dálila dijo á Sanson: «Dime por tu vida, ¿en que consiste tu fuerza prodigiosa, y que lazos podrian impedirte de huir?» Arbitro todavía de sí mismo, pero harto menguado de valor sin duda para contristar á Dálila con una negativa, contestó valiéndose de una mentira: «Si me atasen con siete cuerdas de nervios recientes y todavía húmedos, quedaria sin fuerza, como los demás hombres.» Lleváronle pues los principes de los Filisteos á Dálila, segun esta se lo habia indicado, siete cordeles, con los cuales le ató ella, quedándose aquellos en asecho escondidos en la casa, esperando el resultado de aquella prueba, prontos á apoderarse de Sanson en caso de parecerles invenciblemente maniatado, y no debiendo parecer en caso contrario. Despues de haber envuelto á su cautivo con los lazos que allí habian traido, exclamó Dálila: «Sanson! los Filisteos se echan sobre tí.» Mas él rompió al momento las ataduras como rompiera cualquiera un hilo tenue así que le hiciera sentir el fuego. Quedó pues todavía para saber en qué consistia su fuerza.

La astuta Dálila no dejó traslucir aquel frio y siniestro furor que sigue á la ruina de nuestros mas serios y mas deseados proyectos. Limitóse sin duda á manifestar aquella especie de gracioso contento que

se pinta en el rostro cuando uno se ve amistosamente engañado en un juego sin importancia; y preparando el suspirado triunfo con una constancia tanto mas temible, en cuanto se disfrazaba bajo un aire de curiosidad pueril y de una gracia juguetona, añadió: «Tu te has burlado de mí y me has mentido: por lo menos descúbreme ahora, como debieras ser atado.» Y respondió Sanson: «Si me ataren con cuerdas nuevas y que no hayan servido, quedaré debil y semejante á los demás hombres.» Dálila echó mano de este nuevo medio y con las mismas precauciones que la primera vez, y esclamó: «Los Filisteos se echan sobre tí, Sanson.» Mas él rompió las ataduras como hilachas de tela.

La tentacion va á ser ya mas urgente. Dálila afecta aire de resentimiento y se expresa con un poco mas de imperio: «Hasta cuando me has de engañar y mentir? Declárame ya con que debes ser atado.» Sanson por su parte empieza ya á sentir como un peso el secreto de su fuerza; y sin indicarlo todavía, se prepara para revelarlo, semejante á aquellos pájaros que poco hace se cernian libremente por los aires, y que descendiendo por sobre las hojas, fascinados á menudo por la vista de una serpiente, bajan por grados hácia su ruina, espantados del peligro pero sin valor por sustraerse á él. «Si entretejes mis siete trenzas de cabello con los lizos de la tela, y revueltas á un clavo, hincas este en tierra, quedaré sin fuerzas.» Parece que Sanson veia al rededor de sí algun objeto que le inspiró la idea de esta fábula. Supónese que Sanson estaba sentado en tierra, y Dálila tejiendo su tela; pues antiguamente se tejia estando en pié, tendida la urdimbre de arriba abajo, y asi se entenderá como ella pudo entretejer ó enlazar en su tela los cabellos del guerrero. Dálila pues le fijó los cabellos en tierra mientras dormia, y esclamó como otras veces: «Sanson, los Filisteos se echan sobre tí.» Mas dispertándose él de repente arrancó sin esfuerzo el clavo junto con las trenzas de cabello y los lizos de la tela.

Dálila, tantas veces burlada, echó mano de sus últimas armas, y salieron de su boca las amorosas quejas, los dulces reproches, las muelles súplicas y los sentidos lamentos: «¿Como puedes decir que me amas, cuando tu corazon no hace confianza del mio? Por tres veces

me has mentido, no queriéndome declarar de donde viene tu fuerza extraordinaria.» Y se le mostró importuna, no dejándole en reposo ni en libertad durante muchos dias consecutivos. Una curiosidad irritada por tres decepciones, el atractivo inherente á las cosas que nos vemos privados, ó cuyo goce se nos ha negado, el premio que esperaba de su traicion, todo incitaba, apremiaba á Dálila para valerse de todos los recursos que ofrecen los ruegos y lágrimas: pedir y llorar con persistencia es el secreto del mayor poder de que Dios revistió á las mugeres así para el mal como para el bien. El valor de Sanson como un peñasco que cede por fin y se ahonda por el chorro que cae sobre él de continuo, llegó á gastarse á fuerza de tantos ataques: el alma robusta del prodigioso atleta llegó á faltarle, como si estuviese al borde del sepulcro; viva imagen de una conciencia vencida en su lucha contra un enemigo á quien ama y detesta á un mismo tiempo. El secreto por fin, salió de su corazon abatido, como el agua rompe por último el dique que sordamente ha estado infiltrando por largo tiempo; «la navaja le dijo, nunca ha pasado por mi cabeza, porque yo soy nazareo, esto es, consagrado á Dios desde el seno de mi madre: si fuese rapada mi cabeza, se retirara de mí la fuerza, y seria como los demás hombres.»

A menudo la pasion nos pone una espesa venda ante los ojos; los objetos parecen ocultar lo que nos disgusta, para mostrar solamente lo que en ellos amamos. Sanson creia en la curiosidad de Dálila, pero no quiso creer sin duda en su perfidia. Conociendo ella que al fin le habia sido revelado el secreto fatal, y que Sanson se habia abdicado de él, mandó llamar á los príncipes de los Filisteos, y decirles: «Venid aun por esta vez, porque ya me ha abierto su corazon.» Y fueron ellos llevando consigo la suma de dinero que habian estipulado. Y mientras dormia Sanson, le hizo cortar ella las siete guedijas de su cabello. Desde aquel momento la pérfida dejó ya el disfraz de sus caricias y se transformó en fiera, arrojando de sí con desprecio al que antes halagaba y cebándose en el vil fruto de su cobarde traicion. Y gritó en seguida: «Sanson, sobre tí tienes ya á los Filisteos.» Al momento de dispertar dijo Sanson para sí: «Saldré como hice antes y me desprenderé de ellos.» Mas el infeliz no conocia que el Señor se habia retirado de él. ¡ Dichoso

el hombre que aprovecha un momento para pensar, antes de revelar un secreto, de hacer una confianza! Cuantas Dálilas solo aguardan el momento de hacer burla y despreciar al débil que á ellas sin reserva se entrega! La fuerza habia huido de Sanson, como la sávia de un árbol se detiene agostada en el instante en que es herido por el rayo. ¡Que vivo emblema de la lúgubre desnudez en que queda el hombre despues de haber caido en un grande crímen! El placer, tan rico en promesas, tan seductor antes de nacer, no hace mas que tocar el alma con su vara májica y regocijarla al pasar; pero muere luego, y solo deja en la conciencia culpable el oprobio de una esperanza burlada y las ruínas de una virtud perdida: no, nada es comparable con las angustias de este horrible momento. Tal se halló Sanson al dispertar de su sueño.

Los Filisteos se apoderaron de él facilmente, le vaciaron los ojos, y le condujeron, cargado de cadenas, á Gaza. Allí fué metido en una cárcel, y le hicieron mover dando vueltas la rueda de una tahona. Tal era el castigo que se daba en los antiguos pueblos á los esclavos á quienes se queria salvar la vida, haciéndoles rodar como bestias de carga enormes muelas de piedra que servian para moler el trigo; y en medio de tan duro trabajo, se les desgarraba el cuerpo con crueles latigazos, y se les sujetaba á las mas terribles privaciones.

El infortunio hizo volver á Sanson al sentimiento del deber, y encontró su rehabilitacion en el arrepentimiento. Al paso que le crecian los cabellos volvíanle proporcionalmente las fuerzas, no porque su cabellera fuese la causa física de su vigor, sino porque, siendo su signo material, quiso Dios que este signo volviese á tomar su primitiva eficacia. Los príncipes de los Filisteos pues se reunieron para inmolar hostias solemnes á Dagon su dios, y para celebrar un alegre festin. «Nuestro dios, ha puesto en nuestras manos á Sanson nuestro enemigo.» El pueblo, uniéndose á sus gefes, iba tambien publicando las alabanzas de Dagon, diciendo como aquellos: «Nuestro dios ha puesto en nuestras manos á nuestro enemigo que ha desolado nuestras campos y hecho perecer á muchos de sus habitantes.» En el regocijo de la fiesta que siguió á los sacrificios pidió la multitud que fuese conducido allí Sanson para que le sirviese de juguete. Nada es comparable con la tumultuosa ferocidad

de un pueblo embriagado con el placer de la venganza, y que en medio de su algazara gusta pisotear aquellos á cuya presencia ántes temblaba. Esta algazara feroz, que es algunas veces un justo castigo de la opresion ó de la tiranía, no deja de ser muchas otras el premio con que un pueblo ciego y estraviado recompensa la integridad de la virtud, la constancia del deber, y hasta á veces, los sacrificios hechos á favor suyo; cuando hombres ávidos de oro ó de poder, le halagan para oprimirle, y le incitan á que recobre una soñada felicidad, rompiendo sus cadenas imaginarias.

El cautivo fué por fin sacado de su prision, y vino á servir de divertimiento al público. El templo en donde estaba reunida la asamblea era una sala inmensa, sostenida principalmente por dos columnas bastante cercanas una de otra: el techo, formado á modo de plata-forma, como se acostumbra en Oriente, sostenia una grande multitud de espectadores, que veian desde allí el interior del templo, en donde se hallaba apiñada una multitud no ménos considerable, pues habia allí cerca de tres mil personas. Sanson dijo al esclavo que le acompañaba: « déjame acercar á estas dos columnas que sostienen el templo, para que pueda apoyarme y tomar algun reposo. » En seguida recogió todas las fuerzas de su alma para lograr del Señor que le concediese las de su cuerpo. No cabe duda que reconociendo en aquel instante su culpable debilidad, se arrepintió de ella, y el Señor volvió á inspirarle sentimientos nobles y generosos, y la resolucion heroica de sacrificarse para acabar con sus enemigos. « Ó Señor Dios, dijo en su interior, invocando el origen de toda fuerza, acuérdate de mí y restitúyeme ahora, ó Dios mio, la fortaleza que tenia para vengarme de mis enemigos, y hacerles pagar de una vez el haberme privado de mis dos ojos. » É impulsado entónces por el espíritu del Señor, agarró las dos columnas en que estribaba el edificio, una con cada mano y exclamó: «Muera aquí Sanson con los Filisteos. » Sacudidas fuertemente las columnas, desplomóse el edificio con estruendo, levantando una humareda de polvo, y sepultando bajo sus inmensas ruinas á todos los príncipes y la gran multitud que allí estaba; por manera que mató Sanson muchos mas Flisteos en su muerte que antes habia matado en toda su vida (4).

Así pereció Sanson, y tal fué la victoria de Dálila. Sobre el paradero de esta muger despues de su cobarde traicion, nada dicen las Escrituras. El ejemplo de su perfidia ha quedado como una prueba de la trágica influencia que las astucias de la debilidad pueden ejercer sobre la fuerza del valor mas robusto y mas temido. No siempre somos dueños de romper las trabas que nos hemos voluntariamente impuesto; y es mas fácil guardar un silencio completo, que sabernos mantener en los límites de una prudente reserva. Cuando un secreto se ha escapado en parte de nuestros labios, sentimos vivamente luego la falta de nuestra indiscrecion; y unos ojos penetrantes y ávidos de conocer leen en nuestro semblante y levantan el velo que nos esforzamos en tener corrido. Cuando los espíritus y los corazones son inocentes y puros, los conceptos y los sentimientos pueden revelarse sin temor; pero desde la caida original y hasta que llegue el dia de una regeneracion difinitiva, toda alma tiene el derecho y el deber de velarse algunas veces porque no todo corazon es capaz ni digno de que todo se le comunique; y tanto importa evitar las temerarias confidencias, como la mentira y la doblez; y por esto la nueva ley, aunque basada en la gracia y en el amor, prescribe la cautela al lado de la sencillez de corazon, y manda conciliar la candidez de la paloma con la astucia de la serpiente. Asi como la desnudez de los cuerpos es un crimen que los cubre de confusion, la desnudez de las almas es tambien un desórden que les quita la consideracion y las deja sacrificadas. De un corazon que en demasia se dilata salen todos los secretos, y nada le entreabre ni le espia tanto como las afecciones muelles y sensuales. Por esto el secreto mas importante en el órden moral y religioso, cual es la revelacion de las propias miserias, está reservado para un corazon virgen, que no ha hecho dueño de sí á una muger; y por esto el sabio aconseja á los jóvenes en especial aquella máxima importante: Di á la sabiduría, tú eres mi hermana y nombra á la prudencia tu amiga, á fin de que te proteja contra la muger estraña.»



Notas.

(1) Téngase presente en lo que dijimos en la biografia de *Sara*, tratando de los tres ángeles que aparecieron á Abraham, el modo con que estos espíritus celestes se revisten de formas humanas.

(2) Los israelitas acompañaban sus casamientos con banquetes y grandes regocijos. Se adornaban tanto, que no encontró David mas digna comparacion que la de un esposo saliendo del tálamo nupcial, para esplicar la belleza espléndida del sol. El festejo duraba siete dias: se ven ejemplos desde el tiempo de los patriarcas, en el cual, como se quejase Jacob de que le hubiesen dado á Lia por Raquel, le dijo Laban: *Acabad la semana de este casamiento.* Habiéndose casado Sanson con una Filistea, duró siete dias el convite, y en el último se acabó el festejo. Queriéndose volver Tobías el mozo, le pidió encarecidamente su suegro que se detuviese dos semanas, doblando el tiempo ordinario, porque no se verian mas. Esta es la verdadera tradicion de los judios, y con ello concuerda su práctica. Si bien se observa, en el cántico de Salomon se encontrarán siete dias claramente designados para representar la primera semana de sus bodas.

Se ven en el mismo cántico los amigos del esposo y las compañeras de la esposa, que eran tambien parte integrante de la fiesta. El esposo tenia mancebos solteros, que se regocijasen con él, y á la esposa la acompañaban doncellas, y asi se dieron treinta compañeros á Sanson. En el Evangelio se habla de los amigos del esposo, y de las doncellas que van delante del esposo y de la esposa. El esposo llevaba una corona en señal de regocijo, y la tradicion de los Judíos se la dá tambien á la esposa. Los acompañaban al son de instrumentos músicos y los asistentes llevaban en las manos palmas y ramos de murta ó arrayan.

No se desprende que sus casamientos se celebrasen con ceremo-

nia alguna de religion, á menos que sea con las oraciones del padre de familias y de los asistentes para alcanzar la bendicion de Dios. De ello tenemos ejemplos en los desposorios de Rebeca con Isaac, de Ruth con Booz y de Sara con Tobías. Tampoco parece que ofreciesen sacrificios para este acto, ni que fuesen al templo ó llamasen á los sacerdotes, pues todo se hacia entre parientes y amigos por no ser considerado sino como un contrato civil.

(3) El siclo equivalia á siete reales treinta maravedises vellon de nuestra moneda, y asi segun esta cuenta, le prometió á Dálila cada uno de los príncipes Filisteos cerca de ocho mil seiscientos setenta reales vellon. Véase lo que sobre el siclo y demás monedas de los antiguos hebreos dejamos dicho en la nota última de la biografía de *Sara* pag. 185.

(4) La muerte de Sanson no es un suicidio, como han asegurado sin reflexion ni discernimiento algunos incrédulos, que de otra parte estarian prontos quizás para justificar el verdadero suicidio como un acto lícito, ó tal vez como un acto de valor para aquel á quien parece insoportable el peso de la vida. La intencion directa del Israelita no era la de destruirse, como es la de muchos de nuestros suicidas modernos que creen buscar en la nada en que piensan abismarse un término á sus dolores, sino que era la de vengarse de sus enemigos, haciéndoles perecer con él. Nunca jamás se ha considerado como suicidas á los guerreros que se han entregado á una muerte cierta con el designio de hacer pagar su vida con la sangre de un grande número de enemigos. Lo que mas afectan repugnar los incrédulos en la historia de Sanson es su fuerza mas que humana. Pero aun en la historia profana, ¿no se han visto otros hombres cuya fuerza excedia en mucho la medida ordinaria, y cuya existencia no se ha ni siquiera pensado en poner en duda? Un Atlante, un Hércules, un Milón de Crotona, tantos atletas que, si bien exagerados por la fábula, no dejan de ser considerados históricamente como hombres extraordinarios en fortaleza y en valor, no son otras tantas excepciones notables del comun de los hombres? Aun en nuestros dias vemos hombres dotados de fuerzas increibles si no las viéramos con nuestros propios ojos. La fuerza de Sanson empero era, como don especial de Dios, muy superior á todas estas fuerzas naturales, y este don Dios no se lo habia concedido para él, ni para recompensar su virtud, sino para la defensa de su pueblo, en cuyo favor habia obrado tan altas como evidentes maravillas.

Por fin, el templo de Dagon derribado por Sanson, tampoco es un sueño increible. Los Filisteos estaban verosimilmente colocados en una galería porticada entre dos columnas que Sanson hizo bambolear, haciendo desplomar la galería. Plinio nos suministra un ejemplo en el teatro de Curion sostenido por una sola columna, y en un anfiteatro en el cual, dice aquel escritor, todo el pueblo romano *se apoyaba sobre dos quicios*. Eusebio y Pausanias citan un hecho casi igual. Schaw, viajero muy instruido, ha visto de semejantes en Barbería. (Vease á Mignot, sexta memoria sobre los Fenicios, *Historia de la*

Academia de las Inscripciones tomo 34). No es pues estraño que la Palestina hubiese tenido en tiempo de Sanson edificios religiosos semejantes á los que se ven aun sobre la costa de África, que fué poblada por colonias salidas de la Palestina en tiempos cercanos á los de Sanson.



[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]



LA MUGER DEL LEVITA
DE EFRAHÏM.

. . . . Furor ingenti circumdata nocte,
Invalidasque tibi tendens, heu! non tua, palmas.

(VIRGIL. *Georg.* IV.)

SER relativo y limitado, alma y cuerpo á la vez, el hombre goza solo de una libertad inconstante y debilitada, ligada siempre con los lazos de los sentido y vencida á menudo por viles apetitos. Hijo empero de lo absoluto, y nacido para entrar en la senda de la felicidad por el mérito, acuérdase el hombre de vez en cuando de su orígen y camina recto hácia su fin desplegando una prodigiosa energía. Como el Océano, que á los impulsos de una tormenta abre sus minaces abismos ó levanta hasta el cielo sus ondas bramadoras, la conciencia humana agitada y desnuda por las pasiones, deja ver en sus profundidades algo de infernal, ó va á tocar con lo infinito por la repentina

impulsion de sus arranques sublimes. Considerando empero este espectáculo en actos colectivos y que pertenecen á naciones enteras, toma proporciones colosales que llenan de asombro y de estupor. ¿Qué hay, por ejemplo, mas sorprendente que al ver la antigua Roma jurar sobre el puñal de Lucrecia el odio y la extincion de la dignidad Real torpemente mancillada, arrastrar á todos sus hijos en una formidable protesta contra el insulto hecho por uno de ellos á la castidad conyugal, é inaugurar su grande república vindicando el honor de una muger? ¿No parece que en ciertos dias la humanidad quiere borrar los delitos de todo un siglo, despegar de la corrupcion de sus costumbres la pureza de sus creencias, y formarse un corazon nuevo pasando por un bautismo de sangre y de lágrimas?

Hay en la historia de los Hebreos un hecho semejante al que sublevó á Roma contra los Tarquinos. Este hecho fué seguido de una represion mas terrible, aunque no trajo consigo consecuencias tan graves en el órden político. Cierto Levita habitaba en el país de Efraïm. Investidos de una verdadera magistratura y juntamente de un ministerio sagrado, intérpretes y guardas de la ley que era política y religiosa, los Levitas debian hallarse en relacion permanente con todos sus conciudadanos. Por esto Moysés los habia excluido de la particion de las tierras y dispersado por toda la extension de la república y entre las diversas tribus en vez de señalarles un lote ó porcion separada. Por lo demás ellos entraban por todos lados en el derecho comun cuyas cargas debian sostener y cuyo beneficio podian invocar. Así que, el Levita de Efraïm, aprovechando la tolerancia del legislador, tenia dos mugeres, y la que tenia el título de esposa secundaria ó de segundo óiden, era de Bethlehem de la tribu de Judá.

Un dia esta muger dejó á su marido, no se sabe de fijo el motivo, y volvióse á Bethlehem en la casa paterna. Esta separacion podia muy bien ser producida por rencillas domésticas, ó por aquella especie de emulacion casi inevitable en el sistema de poligamia; al modo que Agar se vió por fin obligada á abandonar la casa de su esposo Abraham, por la rivalidad de Sara. Cuatro meses habian ya trascurrido, cuando el Levita tanteó una reconciliacion; bien sea que él re-

conociese haber faltado, y desease reparar sus faltas dando los primeros pasos; bien sea que la fuerza de la pasion, la debilidad del carácter, la fuerza sola de la virtud le impulsasen á mostrarse condescendiente. Partió pues, llevando consigo un servidor y dos bestias de carga, cargados de provisiones. ¿Deberemos creer que por su parte la muger, despues de haberlo reflexionado, no aguardaba mas que un pretexto plausible para entrar en negociaciones de paz, ó bien que su natural vivo, pero incapaz de guardar el rencor, se ablandó y desarmó á vista de una concesion? Sea como quiera, no afectó por cierto encastillarse en un desdeñoso orgullo, para imponer desde allí costosas exigencias y reducir á su humillado esposo á una especie de capitulacion: ántes al contrario, le recibió con una alegría expansiva, y se dió prisa á informar á su padre de tan inesperada como feliz visita, y este dió á su yerno una acogida de agrado y de benevolencia. La conciliacion entre los dos esposos terminó por festines domésticos que duraron tres dias consecutivos.

En la mañana del cuarto dia se preparaba el Levita á regresar á los montes de Efraïm; pero se interpuso el suegro, y no quiso que saliesen los viajeros ántes de haber tomado algun alimento; y aun mas, hizo tales instancias, durante la comida, que se le concedió toda la jornada entera, y que la marcha quedase diferida hasta el dia siguiente. Llegado este, se renovaron nuevas y encarecidas instancias. « Te ruego, decia el habitante de Bethlehem á su huesped, que tomes algun alimento y rehagas tus fuerzas para partir cuando haya calmado el calor. » No pudo resistir el Levita; con todo, como la comida y la conversacion se fuesen prolongando, levantóse, á pesar de los ruegos de su suegro que afectuosamente insistia. « Ya vés, le dijo, que el dia está muy adelantado y que se acerca la noche: quédate tambien hoy conmigo, y pasa el dia alegramente, que mañana partirás para regresar á tu casa. » El yerno se mostró por fin inflexible, pertináz, como sucede algunas veces cuando insistiendo tenazmente en resoluciones combatidas, marchamos por nosotros mismos ó arrastramos á otros á una catástrofe.

El Levita, su muger y su criado salieron de Bethlehem un poco tarde;

y despues á dos leguas de allí, cerca la ciudad ó castillo de Jebus, que fué posteriormente Jerusalen, y en donde los Cananeos idólatras permanecian todavía, propuso el criado detenerse para pasar la noche. Mas á ello se opuso el Levita. «No entraré yo, dijo, en poblacion de gente estraña, en que no habitan los hijos de Israël, sino que continuaré hasta Gabáa, y allí nos quedaremos, á menos de adelantar hasta Rama.» Dejaron pues los viajeros á Jebus á un lado, y siguiendo su camino, llegaron al ponerse el sol á Gabáa en la tribu de Benjamin. Sentáronse en medio de la plaza pública, aguardando á que, segun costumbre de su nacion, viniese alguno á ofrecerles hospitalidad. Las casas públicas del hospedaje no eran del todo desconocidas en aquel tiempo, pero se hallaban muy pocas, pues no habia prevalecido todavía la costumbre de vender el pan y el reposo al extrangero.

Ningun habitante de la ciudad tuvo compasion de los tres peregrinos. Con todo, al entrar la noche presentóse un anciano, que era tambien de la montaña de Efraïm, y desde algun tiempo habia fijado su domicilio en Gabáa. Y viendo al Levita sentado en medio de la plaza, al lado de su pequeño bagaje, le preguntó: «¿De dónde vienes, y á donde te diriges?» —«Hemos partido de Bethlehem en Judá, contextó el Levita, y regresamos á nuestra casa, que está al lado de la montaña de Efraïm, y nadie quiere darnos hospedage: tenemos paja y heno para las bestias, y pan y vino para mí y mi muger y el criado que me acompaña: no necesitamos sino posada.» — «La paz sea contigo, respondió el anciano, yo te daré todo lo que necesitas: ruégote tan solo que no permanezcas mas en esta plaza.» Hizo pues entrar á los viajeros en su casa, y les prodigó todos los cuidados de la hospitalidad; porque el corazon virtuoso de un viejo queda siempre jóven, y sabe dar á los servicios que presta y á los trabajos que completa bajo el peso de los años, un cierto aire de interés y de magestad que conmueve las entrañas: parece que su corazon reboza por sobre sus órganos debilitados, á la manera de un generoso licor que se escapa de un vaso demasiado estrecho.

Vamos á entrar otra vez en aquellas repugnantes escenas que parecia haber dejado ya sepultadas las llamas de Pentápolis: entreabrir

debemos otra vez aquellas llagas asquerosas que afrentan á la humanidad. Tras los horrores de la mas nefanda corrupcion siguen los horrores de la venganza y del carnaje. El pueblo escojido, el pueblo predilecto y amparado de Dios, y puesto bajo la custodia de su mano poderosa; aquel pueblo que solo tenia que observar la ley de los pueblos en prosperidad y en reposo, vuelve á parecer á nuestros ojos como una horda inmensa de salvajes poco menos que antropófagos, abandonados á todas las infamias de la carne y á todos los desfogues de la última barbaria. Bien se deja ver cuan necesaria era al mundo la presencia del Hombre-Dios, que hubiese estampado su huella divina sobre esta tierra de iniquidad, para restablecer en algun modo la dignidad humana, é infundir á las generaciones de la última época del mundo, cualesquiera que debiesen ser sus extravíos, un espíritu de racionalidad y de mansedumbre que era enteramente desconocido á las edades tenebrosas y embrutecidas de los siglos de espectacion.

Los viajeros estaban tomando en paz su alimento frugal, cuando oyeron llamar á la puerta con grande estrépito, y una confusa y tumultuosa gritería al rededor de la casa. Era una horda de hombres viles é inmundos que venian para llenar al Levita de horribles insultos y exijir que se les fuese entregado, como en otro tiempo los habitantes de Sodoma habian querido forzar á Loth á que les entregase los dos extrangeros que se habian acogido bajo su techo. Salió el anciano con la mayor ansiedad, haciendo presente á aquellos furibundos la enormidad de su comportamiento, recordándoles los derechos de la naturaleza y de la hospitalidad. Mas cuando el alma abyecta ha interpuesto entre ella y lo que es verdad y virtud toda la ceguera y frenesí de los sentidos, ¡ que palabra puede moverla, que luz ilustrarla, que sentimiento distraerla del fondo de este abismo y de bajo de este fango asqueroso y abominable !

En medio de aquella turbacion, y para cambiar el curso de los brutales pensamientos de la multitud, el viejo se olvidó hasta tal punto que habló de su hija y de la muger del Levita, sin que este osase oponerse á la propuesta que substituia un crimen por otro crimen, sino que azorado, intimidado por obstinadas amenazas, preveyendo que un atentado ú otro era

inevitable, y creyéndose quizá poder salvar la hija de su huésped, abandonó y entregó con indigna cobardía su muger en manos de aquella turba corrompida y feroz. Verdad es que los antiguos pueblos se habian unánimemente conjurado para humillar la muger: en unas partes era mirada como la propiedad del hombre: en otras, por un efecto de la poligamia legalmente autorizada ó permitida, no podia elevarse ni mantenerse en el lugar que naturalmente le corresponde y que le concilia el concepto y la veneracion pública; en todas se habia destruido aquel prestigio moral que la rodea como un cerco de honor, y que debe bastar á protejerla contra el insulto. Pero si bien este hecho general atenua en algo la culpabilidad del Levita, está lejos de destruirla. En este punto y en tales circunstancias, tiene el hombre deberes que puede no comprender en toda su latitud, pero que no le es permitido ignorar, de los cuales nada puede dispensarle mientras le quede un brazo que se mueve y un corazon que late.

Al despuntar el dia, la víctima, tristemente sacrificada, volvia á la habitacion en donde su marido se habia mantenido bajo tan trágicas condiciones. Vencida, agobiada de oprobio y de dolor, sacó de su desesperacion misma fuerza bastante para llegar al umbral de la casa. Pero allí se cayó muerta, retirándose su alma de un cuerpo al que no habia podido eficazmente proteger, á la manera que un guerrero, rendido por la victoria, deja el suelo de su patria cuando la fortuna de las armas parece haberlo puesto sin remision bajo una dominacion extrangera.

El Levita solo pensaba en salir lo mas presto posible de una ciudad en donde se gozaba de tan poca seguridad, y con esta idea, quiso abandonar la casa desde la mañana. Advierte empero de repente sobre el umbral de la puerta á su muger tendida en tierra, con las manos extendidas como para implorar venganza. Por de pronto la creyó dormida y le dijo: « Levántate y partamos. » Pero viendo que no tenia movimiento ni daba respuesta alguna, reparó con asombro que á su vista no tenia mas que un cadáver. Tomó pues aquellos restos inanimados, los puso sobre una de sus bestias de carga, y regresó á su morada de Efraïm. El exceso de su infortunio le dió en alguna manera una fria y bárbara energía; pues es propio solo de las débiles pesadumbres el hablar y el llorar.

Apenas llegado, armóse de un cuchillo, y dividió el cadáver en doce

partes, que envió á cada una de las doce tribus de Israël. Un dolor simpático respondió á este sangriento mensage, y levantóse un grito unánime de indignacion.» No, clamaban todos á una voz, nunca jamás se ha visto cosa semejante en Israël desde el dia en que salieron de Egipto nuestros padres hasta ahora: decid pues vuestro dictámen, y resolved en comun lo que debe hacerse en este caso.» Á los ancianos del pueblo correspondia tomar una resolucion, despues de haberse puesto de acuerdo, porque tanto los intereses de la ciudad como los de la tribu y de la nacion entera eran gobernados por ellos, en especial cuando el país no tenia ni rey ni juez ó dictador. Pues en aquel tiempo el país ni aun conocia los reyes; y plenamente tranquilo así en lo exterior como en lo interior, no estaba bajo la suprema autoridad de un juez, sino que cada cual usaba á su sabor de la plenitud de sus derechos.

Levantóse pues todo Israël para vengar la querella de un Levita, y desde el Líbano hasta los desiertos de la Idumea, desde las orillas del Mediterráneo hasta las montañas de Galaad, una justa indignacion reunió en pocos dias cuatrocientos mil hombres en Masfa en la tribu de Benjamin. El Levita fue interrogado sobre el fatal acontecimiento cuya reparacion con tal empeño se emprendia. «Llegué á Gabáa de Benjamin con mi muger, respondió el ofendido esposo, y allí me aposenté: cuando he aquí que algunos hombres de aquella ciudad cercaron la casa en donde posaba y quisieron matarme, y abusaron de mi muger con tan furiosa é increible brutalidad, que por último vino á morir. Tomándole luego yo, dividí en trozos el cadáver, y enviélos á todos los términos de vuestro territorio, atendido á que nunca jamás un crímen tan horrible fue cometido en Israël, ni tan abominable exceso. Presentes estais todos aquí, ó hijos de Israël: resolved pues lo que debeis hacer.» Á lo cual todo el pueblo que allí estaba respondió á una voz, como si hablase por boca de un solo hombre, que nadie volveria á entrar en su tienda ni se retiraria á su casa, hasta que fuesen exterminados los culpables, y que el ejemplar del castigo hubiese borrado la enormidad del crímen.

La tribu de Benjamin, á la cual pertenecia Gabáa, no habia enviado representante alguno á la asamblea general. No obstante, antes de proceder á su exterminio, se resolvió hacerle proposiciones, y exi-

jirle una satisfaccion. En esta parte no dejó de procederse con justicia, y esta consideracion atenua en gran manera la terrible venganza que despues tomó Israël de aquella tribu pertinaz y culpable. Enviaron á ella delegados para que les dijesen en nombre de toda la nacion ultrajada: « ¿Como se ha cometido entre vosotros tan detestable maldad? Entregad los hombres de Gabáa que perpetraron el crímen para que lo expien con su vida, y se quite de en medio de Israël ese escándalo. » Es ya sabido que los Hebreos habian sido constituidos por Moysés en una especie de república federativa, en la cual el interés particular de las tribus debia siempre ceder al interés general y al principio de unidad. Pero, ya sea que las relaciones de cada una de ellas con el resto de la nacion no estuviesen bien demarcadas, ya sea que para conservar estas relaciones se necesitasen un valor y una virtud difíciles y raros, mas de una vez estallaron sangrientas divisiones entre las tribus, y poco faltó para que las precipitaran en una total ruina. Así en aquellas circunstancias la tribu de Benjamin, queriendo conservar su libertad de accion, y el derecho de formarse su policía interior, no se prestó á unas invitaciones que apoyadas de otra parte en cuatrocientos mil combatientes, se parecian demasiado á un mandato. Atrevióse pues á correr el riesgo de una lucha prodigiosamente desigual, llamó á sus guerreros, y reunió veinte y cinco mil. Eran bravos y esforzados, y habia en particular sietecientos hombres de Gabáa, resueltos, intrépidos, y que manejaban la honda con asombrosa precision. Mas ¿qué podia en definitiva tan débil ejército contra tan formidables masas?

A la verdad el buen éxito no se declaró desde un principio ni por el número ni por la buena causa. La tribu insurreccionada habia reunido sus tropas en Gabáa; púsose el sitio á esta plaza, pero con tal presuncion y negligencia, que sufrieron los sitiadores pérdidas considerables en dos inesperadas y vigorosas salidas que hicieron sus habitantes. La desgracia suele ser una saludable disciplina: conocióse la necesidad de batirse en regla, y de no prescindir de las leyes de la prudencia. Merced á un empeño mal sostenido y á una calculada huida, se atrajo á los sitiados hácia la llanura, en donde fueron envueltos por un cuerpo de tropas puestas en emboscada. La valiente tribu perdió por fin el valor: el in-

cendio de su ciudad que divisaba á lo lejos, las fuerzas superiores que se desplegaban á su alrededor le mostraron que acababa de desvanecerse toda esperanza de vencer ó de escapar: pero no pudo resolverse á abandonar el campo de batalla sin dejar en él diez y ocho mil hombres: lo restante se dirigió al desierto para buscar allí un asilo. Esparcidos, aislados estos infelices, perecieron casi todos en la derrota, y solo seiscientos pudieron evadir el inexorable cuchillo de sus hermanos, ganando el peñasco de Remmon, en donde pasaron cuatro meses en medio de privaciones y de angustias.

Los vencedores llenos de furor y abrasados en la sed del camaje y de la matanza, destruyeron la ciudad criminal despues de haber pasado á cuchillo á sus habitantes sin distincion de edad ni de sexo. Y no pararon aquí, sino que extendiendo su venganza á toda la tribu de Benjamin, inmolaron, como en Gabáa, no solamente á los hombres de armas llevar sino hasta los viejos, las mugeres y los niños. Habian jurado dar la muerte á todos cuantos no habian acudido á la reunion de Masfa, y á los que tal vez quedasen en vida, no darles en matrimonio á las hijas de Israël. Tan duro juramento dictado por un celo irreflexivo y bárbaro fué puesto en ejecucion con una puntualidad aterradora; la tribu casi entera desapareció anegada en su propia sangre.

Aparte del horror natural con que el mundo moderno contempla al través de tantos siglos estas repugnantes escenas del antiguo mundo, y de los considerables pasos que ha dado la humanidad regenerada en el respeto y miramiento á la dignidad y á la vida del hombre, merced á la transformacion del mundo moral debida á la venida del Redentor; hay que hacer algunas consideraciones acerca estos acontecimientos remarcables y ruidosos mirándolos bajo el prisma de la época y circunstancias á que se refieren; en lo cual acostumbra ser bastante infiel la crítica de hoy dia, olvidándose á menudo del grande trecho que de aquellos nos separa, y apreciándolos como se pudieran apreciar ahora, sin hacerse cargo del estado en que se hallaban entonces las ideas y los sentimientos de los hombres.

Esta falta de criterio en apreciar los hechos, remontándonos al estado de los espíritus cuando aquellos sucedieron, se deja notar en casi todos nuestros escritores y autores de historia. Tuvimos ya ocasion de hacerlo

notar en la *Palabra* académica que tributamos á la memoria del ilustre Balmes. Genios vastos y fantasías brillantes han incurrido en el grosero error de desvirtuar el verdadero movil que impulsó el brazo español á principios de este siglo para luchar con denuedo y con un heroismo casi temerario contra el guerrero del siglo, el sojuzgador de la Europa. Este movil, se empeñan en que fuesen elementos políticos que la nacion apenas conocia; cuando el primer elemento fué el principio religioso y el segundo el principio patriótico, pero un patriotismo identificado con el amor al rey y á las arraigadas instituciones monárquicas. Esta es la verdad del hecho, prescindiendo por ahora de toda calificacion: lo que en contrario quiera suponerse es cuando menos un error histórico, imperdonable en escritores españoles que afectan desconocer la nacionalidad española. Y si tan reciente acontecimiento, que pasó á nuestros mismos ojos y del cual conserva vivos recuerdos una parte de la actual generacion, de tal modo se altera y desvirtua ya entre nosotros ¿que será de la edad media, de la dominacion de los bárbaros, de los imperios alzados sobre las ruinas del mundo romano, de las épocas anteriores al imperio de los Césares y de Rómulo? ¿que será de aquellos tiempos que reproducimos ahora, mas de doce siglos antes de la venida al mundo del gran Reparador? Los rigores que acaban de horrorizarnos en Israël traspasan sin duda la medida de un castigo legítimo: no es por cierto una represion que cae sobre los culpables no solo con firmeza sino tambien con discernimiento y aun sosegada gravedad; es la justicia llevada por un furor salvaje, haciendo una ciega aplicacion del principio de la culpabilidad en conjunto, é hiriendo con igual cuchilla la inocencia y el crímen porque habitan en el mismo suelo y respiran en la misma atmósfera; como si destruir y anivelar fuese lo mismo que reparar y poner el equilibrio. Tanto dista esta táctica feroz del principio que domina como un elemento de caridad en toda legislacion cristiana: mas vale dejar impunes mil culpados, que castigar un inocente! Sin embargo, y á pesar de todas estas reflexiones que gravitan con todo su peso en la balanza de nuestro juicio; se faltaria en admitir sobre este punto, como sobre muchos otros, el fallo de aquellos escritores sin pudor, que han procurado mancillar por su parte las páginas de la Biblia con el veneno de sus

odiosas declamaciones, y desfigurado cobardemente la historia del pueblo de Dios, creyendo haberlo dicho todo solo con haber pronunciado la palabra fanatismo. Porque no es difícil comprehender que una nacion nueva aun y áspera en sus costumbres, que pertenece á los siglos mas rudos de la antigüedad, haya apelado á rigores excesivos cuando se trataba no solo de vengar el honor y la muerte de una muger, sino tambien de sofocar la tentativa de una peligrosa separacion, y de prevenir con una ejemplar severidad los ulteriores conatos que tendiesen á destrozar la unidad del cuerpo político por la segregacion ó insurreccion de alguna de sus tribus. Si bien aquel acto nos parece hoy dia monstruoso é inexcusable, es á causa del respeto que se profesa generalmente á la vida humana, y de la tolerancia indefinida que caracteriza á los tiempos modernos. A buen seguro que seria indispensable aplaudir sin reserva semejante progreso, si las convicciones públicas no hubiesen perdido en energía mucho mas de lo que las leyes han ganado en suavidad; y sí, proclamando la inviolabilidad de la vida humana en beneficio de los malvados, quedasen garantizadas eficazmente la existencia y la seguridad de los que no lo son. De otra parte, la causa originaria de nuestra mansedumbre disminuye la gloria que ella podria cabernos; porque hay la misericordia de la fuerza y la misericordia de la debilidad, y nosotros practicamos especialmente la última. La duda, infiltrándose en las almas, las ha enervado interiormente, como aquellos poderosos reactivos que se emplean para segregar las moléculas de un cuerpo, y que le roban hasta su fuerza de inercia desnaturalizándole. No pudiendo los principios echar sólidas raices, ni elevarse á la altura de una conviccion en almas de tal modo desoladas, dóblanse y desaparecen bajo el uracan de las revoluciones que se precipitan sin que nada las contenga. Las revoluciones, arrastrándonos en su curso, han hasta tal punto disminuido, mezclado y confundido las ideas, los intereses y los caracteres, los derechos, los deberes y las leyes, que con razon ó sin ella, se pregunta en los dias de crisis, si lo que se mira atacado vale la sangre que se derramaria para defenderlo. En una palabra, el hombre hecho ya flexible y ductil como un metal á los golpes del martillo, léjos de dar su propia fuerza á los acontecimientos, se deja amoldar por ellos

y recibe su imagen; el culto del éxito ha reemplazado entre nosotros al culto de los principios, y así se explica en parte la tolerancia de nuestros contemporáneos. Y aun fuerza es convenir, que no siempre escapan á la necesidad de encarnizarse de una manera horrible; con sola la diferencia, que en este caso defienden intereses, mientras que en otro tiempo se defendian doctrinas. A los que son padres ó hijos de ciertas revoluciones modernas el rubor debiera aconsejar que se callasen acerca las crueldades políticas ó religiosas de los antiguos pueblos.

Del centro mismo de una desnivelada civilizacion ha fermentado y salido una nueva barbarie: la Europa á fines del siglo pasado y en el presente ha visto renovarse escenas de atrocidad y de horror desconocidas en los anales de los siglos: cada dia se invocan y cometen nuevos crímenes que no tienen nombre y por su enormidad estaban fuera de la prevision de la ley; y sin embargo se declara á esta ley por inhumana en sus castigos: existe en el seno de las sociedades cierto germen de destruccion y de muerte, que si llegase á desarrollarse en toda la extension y violencia de que es capaz, dejaria muy atrás la ferocidad de los siglos mas bárbaros y de las hordas mas embrutecidas, y se haria casi increible á las generaciones venideras.

Sea como fuere, los Israelitas, vueltos en sí mismos, contemplaron con espanto el horroroso vacío que sus propias armas habian dejado en la nacion. Reuniéronse en Silo al rededor del Arca santa, alzando un general plañido mezclado con lágrimas, y deplorando la extincion de la tribu de Benjamin, pues quedaba reducida en aquel entonces á seiscientos hombres refugiados debajo del peñasco de Remmon. Mandóse á estos desgraciados un mensaje con palabras de fraternal concordia, y restablecióse la paz. Pero la cuchilla habia hecho perecer á sus mugeres, y en Masfa se habia prestado el juramento de que los Benjaminitas no las encontrarian en las demás tribus que habian sido fieles; y es de advertir, que aquella nacion singular anteponia el juramento mas irreflexivo á los mas formales preceptos del derecho natural. Asi es que para proveer de mugeres á los hombres de Benjamin, les dieron las doncellas de Jabes de Galaad, que fué inexorablemente destruida por no haber enviado soldados á la expedicion general. Pero

estas no bastaron para todos: y en tal conflicto, temerosos los Ancianos de Israël de que no se acabase una tribu, casi del todo destruida, y habiendo dicho antes: Maldito sea el que diere alguna hija suya en matrimonio á los hijos de Benjamin, invitaron á estos á tomar un partido semejante al que siete siglos despues tomó Rómulo para dar mugeres á sus soldados y poblar el reciente imperio que habia fundado (1). «Ahora viene, dijeron, la solemnidad del Señor que se celebra todos los años en Silo, en la llanura situada al norte de la ciudad de Bethel, y al Oriente del camino que desde Bethel conduce á Siquem y al Mediodia de la ciudad de Lebona. Escondeos pues en las viñas; y cuando viereis venir á las doncellas de Silo, segun costumbre, á formar sus danzas en esta llanura, salid de repente de las viñas, y cojed cada cual una para muger, y marchaos á la tierra de Benjamin: porque cuando vengan sus padres y hermanos, y comenzaren á querellarse contra vosotros y acusaros de esta violencia, nosotros les diremos: Tened lástima de ellos, pues no las han tomado como los vencedores toman las cautivas por derecho de guerra, sino como esposos, que despues de haberlas pretendido con ruegos, no se las distéis, y asi la culpa de la violencia es vuestra.» Hiciéronlo así los hijos de Benjamin como se les habia mandado, y cogieron de las doncellas que danzaban cada cual una para esposa suya, y fuéronse á su tierra, y reedificaron las ciudades y las poblaron.

Esta fué una estratagema de los Ancianos de Israël para dar mugeres á los Benjaminitas sin romper el juramento que habian hecho todas las tribus de negarles sus hijas en matrimonio. No podia decirse que los padres de las hijas arrebatadas fuesen perjuros, porque no sabian el ardid, y no dieron sus hijas, sino que les fueron robadas, y antes se las habian negado. Asi pues se salvaba el perjurio y se proveia al bien comun.

Aquella tribu pues, compuesta de seiscientas familias, se multiplicó gradualmente y reedificó sus ciudades arruinadas; pero quedó siempre débil y poco numerosa; hasta que, á partir desde el reinado de Salomon, se eclipsó para la historia, incorporándose en la tribu de Judá, cuyo nombre no sufriendo rival y conservándose exclusivo, llenó con su sola celebridad los anales del reino.

Tal fué la trágica reparacion que los Israelitas ofrecieron á la muger del Levita de Efraïm: pocas víctimas inocentes llamaron sobre su tumba una hecatomba mas solemne y una mas lúgubre espiacion. Y aunque sean de lamentar los excesos á que se dejó llevar por el hecho una venganza legítima en su principio, hay en esta severidad misma y échase de ver en este inmenso trastorno de toda una nacion armada por el honor de una muger algo de imponente para el alma reflexiva. Sobre todo, no sin graves motivos envia la Providencia tan terribles lecciones á la insolencia y á la brutalidad de ciertos crímenes. La inmoralidad es para los imperios una de las causas mas activas de su ruina: ella socava un abismo bajo las dinastías reales y enerva el brazo de los pueblos: ella marcha dando la mano á la incredulidad que insulta todos los derechos y se desentiende de todos los deberes: ella corroe el seno de las sociedades hasta el dia en que, tocándolas el dedo de Dios, y soplando por defuera el viento de su indignacion, las derriba hundiéndolas y ahogándolas en el cieno.



Notas.

(1) Rómulo, despues de haber abierto en Roma un asilo á los que quisiesen venir á establecerse allí, de cualquier estado y condicion que fuesen, despues de haberlos puesto bajo la proteccion del dios *Azyleo,* divinidad de nueva especie, á la cual erigió un templo; despues de haber reunido en su ciudad una turba de esclavos fugitivos, de deudores insolventes, de criminales que buscaban como escapar de la persecucion de la justicia; con anuencia del senado, envió á los Sabinos y otros pueblos limítrofes embajadores encargados de pedir á las hijas de aquellos en matrimonio para los Romanos: pero vió rechazadas con menosprecio sus proposiciones. Picado pues de la negativa que se habia dado á sus mensajeros, tomó el partido de disimular por algun tiempo: publicó juegos solemnes en Roma en honor de *Neptuno equestre,* llamado tambien el dios *Conso* ó *de los Consejos.* Fueron invitados á asistir los habitantes de las ciudades vecinas: asistieron allí los Ceninianos, los Crustumianos y los Antemnates: los Sabinos sobre todo, como los mas vecinos de Roma fueron allí en grande número, acompañados de sus mugeres y de sus hijos. Todos fueron allí recibidos con las mayores demostraciones de amistad. Pero en el momento en que estaban todos mas ocupados en el espectáculo; los Romanos, á una señal convenida de su Rey, se arrojaron sobre la asamblea, con las armas en la mano, y se llevaron todas las muchachas que encontraron á su sabor, en numero de cerca sietecientas; y es de notar que en toda esta multitud no se halló mas que una sola muger casada. Los juegos *Consualios* se perpetuaron en Roma en memoria de este primer espectáculo que habia dado Rómulo; y se dice, que para conservar la memoria de este rapto de las Sabinas, se introdujo la costumbre de hacer entrar las nuevas desposadas como por fuerza en la casa de sus esposos.

Una accion que, al parecer, debia causar la ruina de Roma, fué la primera causa de su engrandecimiento. Los Ceninianos, los Antemnates, los Crustumianos vivamente resentidos, se pusieron sucesivamente en campaña; pero probaron los primeros esfuerzos del valor Romano, y fueron vencidos. Acron, gefe de los Ceninianos, fué muerto á manos de Rómulo, el cual entró en Roma cargado con un trofeo que habia adornado con los despojos de su enemigo, *despojos opimos*; tal es el nombre que se le dá para manifestar su grado de excelencia; y no se ven en toda la serie de la historia Romana sino dos generales Romanos, despues de Rómulo, que hubiesen tenido la fortuna de llevar á Roma semejantes despojos. Los que este Príncipe llevó allí fueron depositados en un templo que hizo edificar sobre el monte *Saturnio*, llamado despues el Capitolio, y que consagró á Júpiter *Feretrieno*, llamado así del nombre latino del trofeo *Feretrum*. Esta entrada solemne de Rómulo puede ser mirada como el orígen del triunfo entre los Romanos, que, con las demas distinciones militares, fué una de las principales causas de la grandeza á que llegaron. Cenina, Antemna y Crustuma fueron despues colonias Romanas. Hiciéronse venir á Roma un número considerable de habitantes de estas tres ciudades, y se enviaron otros tantos Romanos para poblarlas. Así lo hicieron siempre los Romanos con los demas pueblos conquistados, y con esto contribuyeron mucho al engrandecimiento de su imperio.

Los Sabinos habian tomado tiempo para prepararse á medir sus fuerzas con las de los Romanos, y estos lo aprovecharon por su parte para ir á buscar socorros, como realmente los obtuvieron de los Albanos y de los Etruscos, y se vieron en estado de oponer á los Sabinos un ejército casi tan fuerte como el suyo. Vinieron varias veces á las manos: combatióse por una parte y por otra con igual intrepidez: ora los Romanos, ora los Sabinos lograban alguna ventaja, pero la victoria quedaba siempre indecisa. En fin, amenazaba no verse terminada la guerra sino con la ruina de una de las dos naciones, cuando las Sabinas, que se interesaban igualmente por sus padres y por sus esposos, salieron de Roma, se arrojaron en medio de los combatientes, y los separaron con sus gritos y con sus lágrimas. Hízose una tregua y luego despues un tratado, por el cual se convino, que los Romanos y los Sabinos se reuniesen para no formar mas que un pueblo bajo el gobierno de sus dos reyes Rómulo y Tacio, los cuales disfrutarian de igual autoridad: fué tambien convenido que Roma conservaria el nombre de su fundador, que los Romanos tomarian el de *Quirites* que tenian los Sabinos, y se crearon cien nuevos Senadores sacados de estos últimos.

Este notable acontecimiento, tan análogo con el de los Benjaminitas, fué celebrado, como es muy digno de serlo, por la pluma de los antiguos poetas. El facundo Ovidio describe este sorprendente espectáculo, que transcribiremos aquí traducido por la analogía que guarda con el rapto de las Israelitas en las fiestas de Silo.

«Tu, ó Rómulo inmortal, fuiste el primero
En fundar espectáculos felices
Por la voz del amor interrumpidos,
Cuando fué la Sabina arrebatada

De sus huérfanos padres de improviso.
Entónces, no cual ora, en los teatros
El orgulloso mármol relucia,
Ni ricas colgaduras, ni colores
En la brillante escena deslumbraban.
No se mostraba el artificio: solo
Al frugal escenario decoraba
Simple enramada de hojarasca verde
Fruto del nemoroso Palatino.
Gradas de cesped ocupaba el pueblo,
Llevando con verdor de simples hojas
Sus desgreñadas trenzas coronadas.
Atentos contemplaban los Romanos
A las Sabinas, cada cual mirando
La que mas seductora le parece,
Revolviendo en su pecho silencioso
Mil deseos y mil. Cuando el Etrusco
Rudo son de su flauta despedia,
Y á su compás el Histrion bailaba,
En medio del aplauso (pues entónces
Sin límites ni órden se aplaudia)
Dá al pueblo el rey la suspirada seña.
Y salen de repente los Romanos
Y en altas voces su intencion publican,
Y en las tiernas doncellas sorprendidas
Ponen ansiosos ávidas sus manos.
No del ave de Júpiter huyendo
Volar se mira la medrosa banda
De palomas tan rápida, ni escapa
Tan velozmente del hambriento lobo
La corderilla tímida, cual temen
Ellas á los soldados, que sin órden
Arrójanse á tomarlas, y no hay una
Que su color en palidez no mudo,
Pues uno era el temor, pero no el mismo
Era el efecto del temor en ellas.
Ésta el cabello sin piedad se arranca,
Cae la otra en lánguido desmayo,
Quien calla triste, quien su madre invoca:
O se quejan, ó callan azoradas:
Aquellas permanecen, estas huyen.
Arrebatadas son para ser madres
Y sus semblantes el pudor velaba.
Si alguna se obstinaba en oponerse
Al raptor comedido, quizás esto
En sus ansiosos brazos la llevaba.
¿ Porque con vanas lágrimas, decia,
Empañas el lucir de tus ojuelos?
Bella! lo que tu padre es á tu madre
Seré yo para ti. Y asi vencia
El inútil afan. Rómulo insigne!
Tu solo el mas feliz, supiste el arte
De felices hacer a tus soldados.
¡ Quien bajo tus banderas militara!
Desde aquella sorpresa no esperada
Quedaron los espléndidos teatros
Como lazos de amor para las bellas.

. . . .

El caballero Florian describió tambien en su poemita del *Numa Pompilio* el doble acontecimiento de la sorpresa de las Sabinas y de la súbita interposicion de estas entre sus padres y sus esposos, dando fin á la guerra entre Sabinos y Romanos. La narracion del poeta francés dista mucho de aquel sabor antiguo que embellece los cuadros del siglo de oro de la poesía latina, y del que acabamos de dar un débil traslado en este fracmento del vate de Sulmona. Véase sin embargo, por conclusion, los rasgos con que describe Florian aquel interesante trozo de los anales de Roma.

«Rómulo hizo publicar en la Sabinia, (decia Tulio á Numa de la sangre de Pompilio), que para consagrar su ciudad de Roma, que entónces acababa de establecerse, queria celebrar unos juegos en honor del dios Conso. Ya sabes en cuanta veneracion lo tenemos los Sabinos. No dejó tu religiosa madre una ocasion de honrar á los inmortales: quiso ir á los juegos, y el demasiado complaciente Pompilio la llevó á Roma.

«La mayor parte de los Sabinos los acompañaron: nuestras mugeres é hijas corrieron á Roma engalanadas como á un festin. ¡Cuan lejos estaban nuestros valientes conciudadanos de sospechar la infame celada que les esperaba! todos como de paz, fueron sin armas. Entran sin recelo en el circo, en que presidia Rómulo sobre un trono magnífico. Los Sabinos, sus mugeres é hijas se sientan en las gradas: impacientes de ver el sacrificio, buscan con los ojos las víctimas, sin poder imaginar que ellas mismas debian serlo.

A una seña del Rey, los Romanos desnudan las espadas, y ocupan todas las puertas. Aterradas las Sabinas, se refugian en los brazos de sus padres, maridos ó deudos; pe-

ro los feroces soldados de Rómulo, vibrando los aceros, amenazan á los hombres, halagan á las mugeres, y las arrebatan como lobos hambrientos á temerosas ovejas. En vano las infelices piden la muerte á gritos, en vano nuestros ciudadanos enfurecidos, olvidando que están desarmados, se abalanzan á los ladrones, luchan, arrancan algunas espadas, y riegan el suelo con sangre romana: estos mas numerosos, pasan á cuchillo á cuantos resisten, ahuyentan á los demas, y llevan su presa en salvo á Roma; en tanto que los Sabinos desesperados, cubiertos de sangre y amancillados, vuelven á Cures, anunciando esta terrible noticia, y se preparan á la venganza.

« Desde el primer instante del tumulto, tu padre Pompilio, cargado de su esposa, habia procurado hacerse paso por en medio de los raptores. Casi llegaba á una puerta cuando una cohorte romana advierte su intento, le persigue, le cerca y se vé arrancar la esposa de los brazos. Pompilio, dando un espantoso grito de rabia y desesperacion, arrebata á un Romano la espada, y cerrando con cuantos le rodean, les da la muerte ó pone en fuga; mata, hiere es herido: pero alcanza al robador de Pompilio, y de un solo golpe queda vengado; carga nuevamente con su cara esposa, la estrecha entre sus brazos sangrientos, la consuela y tranquiliza, y á pesar de los feroces Romanos, sin curarse de las picas y dardos que le cercan, huye léjos del circo, abrazado de tu madre desmayada, y contento con salvarla al precio de su vida. Tal suele la leona de Numidia cuando de léjos vé al imprudente cazador que le roba sus hijos, rugir furiosa, y brotando por los ojos fuego y sangre, abalanzarse al infeliz, que en vano huye dejando la presa; le alcanza, le despedaza esparce al viento sus miembros palpitantes... pero cediendo el furor el puesto á la ternura, corre á sus cachorros, los acaricia, y echándose á su lado les ofrece el pecho, cuando todavía están sus músculos trémulos del furor de la venganza que acaba de saciar.

« Asi Pompilio, no obstante sus heridas, y la falta de la sangre que por ellas vierte en abundancia, llega por fin á este templo (de Ceres.) Deposita su dulce carga al pié del altar de la diosa, le suplica se digna amparar á la que pone bajo su custodia; y acabada su oracion, exhausto de sangre, oprimido de fatiga y de dolor, cae sobre el mármol y expira.

«Al instante hice llevar á tu madre á mi casa en donde recobró los sentidos. Su primera palabra fué el nombre de Pompilio; pregunta por su esposo, quiere verle, quiere ir á buscarle. Por mas que procuro sosegarla, ocultándole la muerte de tu padre, asegurándole que es prisionero de los Romanos, mi dolor mal disimulado, mis lágrimas y sus presentimientos, todo le dice que le engaño. Prorrumpe en dolorosos gemidos, desecha todo alivio, y deshaciéndose de nuestros brazos, quiere ir á espirar sobre el cuerpo de Pompilio.

« La agitacion, el sobresalto y dolor apresuran el instante en que debias nacer. La asaltan los dolores del parto, las crueles Ilithyas la oprimen con todos sus males: no pudo resistirlos, y el instante mismo en que recibiste la vida fué el de la muerte de tu madre.

. . . .

«No quedó sin venganza la muerte de Pompilio y de su esposa. Nuestros valientes Sabinos, indignados de la traicion y ultraje recibido, se encaminan, capitaneados por Tacio, á la ciudad perjura. No atreviéndose los cobardes ladrones á recibirlos en campo abierto, se recojen al amparo de sus muros. Tacio emprende el sitio y en breve se halla dueño de la ciudadela por medio de un feliz acaso. Precisado Rómulo á pelear ó á abandonar la ciudad, viene á presentar la batalla al pié de aquel Capitolio que dicen ha de mandar al universo entero. Tacio la admite, y los Sabinos, deseosos de bañarse en la sangre de aquellos pérfidos, acometen á los Romanos con todo el denuedo que produce el valor excitado con el deseo de la venganza. Desbaratan las huestes contrarias, pero Rómulo las vuelve á ordenar y solo resiste á los Sabinos: invoca á voces altas á Júpiter Estator: este nombre sagrado y su ejemplo detienen á sus guerreros ya puestos en fuga; vuelven los Romanos al combate; la vergüenza inflama su valor, se cruzan las picas, chocan los escudos unos con otros, crece por instantes el horror y la mortandad, y apiñados los combatientes, no pueden dar un paso sin pisar un pecho enemigo.

«Largo tiempo estuvo indecisa la victoria; pero al fin pareció que se inclinaba al partido de la justicia. Nuestro valiente Tacio y su intrépido general Mecio, penetran segunda vez el centro de los Romanos; la tierra está cubierta de cadáveres, los Sabinos van á destruir para siempre el nombre de Rómulo y Roma, cuando el mas imprevisto suceso nos quita la victoria de entre las manos.

«Las Sabinas, aquellas mismas mugeres que los Romanos habian robado en los juegos consuales, desgreñadas, vertiendo mares de lágrimas, abiertos los brazos y dando lamentables gemidos se precipitan en medio de los combatientes. No las atemorizan las picas y las espadas chorreando sangre, ni el estrago, la muerte, la confusion las detiene. Deteneos, gritan, deteneos, dejad una pelea mas impía que las guerras civiles. Peleais por nosotras, y cada uno de vuestros golpes nos dejan ó huérfanas ó viudas. Si nos amais, ó vosotros que nos disteis el ser, perdonad á nuestros esposos; y vosotros que nos habeis jurado un amor eterno, no ensangrenteis los crueles aceros en los padres de vuestras esposas. Considerad que tenemos en nuestros senos las dulces prendas de vuestra reunion. ¡Romanos! vuestras mugeres son Sabinas: ó Sabinos! vuestros nietos serán Romanos. Cesad pues de destruiros á porfía, vosotros que ya no sois dos naciones distintas, sino una sola familia; pero si la sed de la sangre os devora, empezad rompiendo los vínculos que deben uniros: inmolad vuestras hijas y esposas, y completad sobre sus cuerpos sangrientos vuestro total exterminio.

«Este espectáculo, las razones, los llantos y quejas de las Sabinas apagan el rencor de todos los pechos. Cesa el combate, se miran unos á otros, y se admiran conociendo que ya no se aborrecen. Queda el brazo levantado sobre el que amenazaba sin descargar el golpe; la flecha acestada contra el pecho enemigo, cae sin fuerza del arco. Las Sabinas despojan sin oposicion de las armas á sus padres y esposos;

les toman las manos, los cubren de besos y lágrimas, y cada una abrazando á un tiempo un Romano y á un Sabino, acercan de este modo dos rostros enemigos, y los fuerzan á que se abrazen ellos mismos.

« Desde aquel instante, cesa la guerra y se olvida la venganza. Los reyes se abocan y determinan que, unidos en adelante ambos pueblos, no formarán mas que uno solo, y que Rómulo y Tacio partirán entre sí el absoluto poder. Se jura la paz, se hacen sacrificios á Jove, al Sol, y á la tierra, y mezclados los ejércitos conducidos por las Sabinas, entran en Roma entre los aplausos y aclamaciones, manifestando mas gozo de haberse dejado vencer del amor y la ternura, que si hubieran triunfado por el furor. »



[illegible]

> [illegible]
>
> [illegible]

I

[illegible]



RUTH.

Ella es de mayor estima que todas las preciosidades raras y traidas de los últimos términos del mundo.

(Proverbios cap XXXI v. 10)

Merced al cielo, que podemos apartar los ojos de escenas de horror y de atrocidad para fijarlos en cuadros risueños de sentimientos dulces y afecciones apacibles; á manera del caminante, que despues de haber trepado por ásperos y cortados derrumbaderos y al lado de hondos precipicios, divisa de improviso una llanura que rie engalanada con lozano verdor, rica de bellos frutos y regalada con el murmullo y frescor de arroyos cristalinos. Despues del aspecto repugnante de la disolucion y de la crueldad, doble y asqueroso cancer que aqueja á la humanidad tendida en su lecho de dolor, el alma se embelesa con la perspectiva de la inocencia y de la virtud, res-

tos escasos pero preciosos que han quedado al hombre y que debe buscar con afan por entre las ruinas de la felicidad primitiva.

Cada cosa tiene su naturaleza y sus leyes; cada virtud su hermosura y su recompensa. En la familia es en donde se hallan las fuentes de la felicidad así de las naciones como de los individuos ; y como la familia no se sostendria sin la mutua afeccion é interés recíproco de sus miembros , dispuso Dios que nos fuese tan querido como sagrado el hogar doméstico ; y ha derramado en nuestros corazones , y mezclado por decirlo así, con nuestra sangre la piedad filial y la ternura de hermanos. La dulce imagen de un padre, las caricias y los besos de una madre, los largos dias de la infancia pasados à la vista querida de un hermano ó de una hermana , todos estos recuerdos siguen al hombre hasta el sepulcro , alimentan su genio , dominan sus pasiones , le llenan de júbilo en la prosperidad y le quedan en el infortunio como un soberano y último consuelo: sentimientos tranquilos , virtudes despojadas de todo oropel , que se encuentran con un caracter mas poético en los pueblos nacientes , pero que deben encontrarse tambien en los pueblos adultos, só pena de dejar la vida humana sin encanto, la familia sin lazo de unidad, la nacion sin fuerza real que la sostenga.

Estas doctrinas se nos presentan revestidas de un embeleso inexplicable en la sencilla y antigua historia de Ruth la Moabita; y es tanto mas importante ponerlas á la vista de nuestros contemporáneos, en cuanto entre nosotros las cosas tienden á desacreditar la vida de la familia, á desasir á los hombres del suelo y del hogar que dieron abrigo á su cuna y vieron los albores de su vida , y á restringir y á limitar las afecciones domésticas. La multitud y la facilidad de nuestros medios de transporte, la division del territorio en pequeñas propiedades, el desarrollo del comercio y de la industria que movilizan la fortuna, colocándola en el crédito y en los capitales, la subdivision general de clases y hasta la centralizacion de nuestra sociedad que atraen de todas partes y empujan en todo sentido las diversas ambiciones y aptitudes; todas estas causas y otras muchas propias de la época , determinan en diferentes grados la dispersion de los miembros de la familia; disminuyen y hacen escasear entre ellos las demostraciones de mutua amistad, así como borran in-

sensiblemente las diferencias originarias de raza, de costumbres y de carácteres. No hay seguramente para que decir mal de estas inovaciones resultado de largas desgracias y de fatigosos trabajos; ya porque tampoco retrocederian delante de un anatema; y ya porque abren una nueva senda á los destinos interiores y quizás á la mision é influencias exteriores de nuestras sociedades. Mejor es ocuparse en conocerlas y en sacar partido de ellas, tomando lo que tienen de útil, y neutralizando lo que tienen de funesto; pues que en definitiva hay en las cosas humanas un principio de prosperidad asi como un elemento de ruina. Mientras que el país gana en civilizacion y en recursos por la difusion y la mezcla de sus hijos en los diversos puntos de su superficie; preciso es vigilar para que no pierda al mismo tiempo de su nervio y de su fuerza íntima por el enflaquecimiento gradual y la ruína de las relaciones de parentesco y de las virtudes interiores. Ved ahí porque será bueno corregir algun tanto los gustos cosmopolitas y los instintos egoistas de nuestra época, pintándole las dulzuras de la familia y dándole el espectáculo de un desprendimiento inspirado por las afecciones domésticas. Esto es lo que se encuentra precisamente en la interesante y deliciosa historia de Ruth, tierno y generoso modelo de piedad filial que Dios coronó de gloria y de felicidad (1).

En el tiempo en que los Israelitas estaban gobernados por jueces, cerca de ciento veinte años despues de Josué, el hambre desoló el país de Bethlehem. Hay fundamento para creer que el azote fué general, pues que descargó hasta sobre esta ciudad que habia tomado su nombre de la fertilidad de su suelo, pues Bethlehem quiere decir *casa de pan*. Dios que se place en poner en las cosas materiales como un presagio de las cosas mas espirituales, habia permitido sin duda que así fuese llamada porque en ella debia nacer un dia, segun la carne, aquel cuya doctrina es el verdadero alimento del hombre, el pan de las inteligencias. Sea lo que fuere de estas misteriosas relaciones, Elimelech que habitaba en Bethlehem, vióse obligado á refugiarse en la tierra de Moab, en cuya emigracion le siguieron su muger Noëmi y sus dos hijos llamados Mahalon y Quelion. Murió Elimelech, despues de poco tiempo, quedando esta sola con sus dos hijos, los cuales se casaron con mugeres Moabitas, llamadas la una Ruth y la otra Orfa; pero los dos hijos no tardaron mucho á seguir á su padre en

el sepulcro. ¿Fué tal vez el pesar del destierro lo que precipitó sus vidas? porque, como decia un proscrito, duro es el comer el pan de otro, y subir la escalera de una casa estraña. ¿O bien su muerte prematura fué, como han creido algunos, el justo castigo de sus alianzas prohibidas? porque Moysés habia expresa y positivamente excluido los Moabitas de la sociedad de Israël, y tanto el espíritu como el litoral de la ley reprobaba estos enlaces peligrosos en los cuales era mucho mas frecuente pervertirse el fiel que reducir al idólatra.

Privada de su marido y de sus dos hijos la triste Noëmi, resolvió el regresar á su patria con Ruth y Orfa, por haber oido decir que el Señor habia vuelto sus ojos propicios hácia su pueblo, y cesado de afligirle con el hambre prestándole alimentos suficientes. Luego que hubo dejado la tierra extranjera, con ambas nueras, puesta en camino para volver á la tierra de Judá les dijo Noëmi: «Volveos á casa de vuestras madres. El Señor use de misericordia con vosotras, como la habeis usado vosotras con los difuntos y conmigo, y os conceda hallar descanso en las casas de los maridos que la buena suerte os deparare.» Besolas en seguida con la mayor ternura, y ellas prorrumpieron en lágrimas y sollozos, y respondieron: «Contigo iremos á tu pueblo.» Insistió Noëmi, manifestándoles cuan imposible le era el consolarlas, y empezó aquel tierno diálogo en cuyas palabras se pintaba el vivo sentimiento de sus desgracias, y una religiosa resignacion. «Volveos, dijo, hijas mias, ¿paraque venir conmigo? ¿Tengo yo por ventura mas hijos en mi seno, para que de mí podais esperar otros esposos? Idos, hijas mias, volveos, porque yo estoy ya consumida de la vejez, y no me es posible daros esposos, pues aun cuando pudiese yo tener hijos, si quisieseis esperarlos á que creciesen y llegasen á los años de la pubertad, seriais antes viejas que esposas. Os suplico, hijas mias, que no prosigais: mirad que vuestra afliccion no hace mas que aumentar la mia, porque la mano del Señor está levantada contra mí.» Que ingenuidad, quecandor se dejan traslucir en este lenguaje! Entónces de voz en grito echaron de nuevo á llorar: tenian que separarse de aquella nueva madre que las tenia como hijas queridas: no tenia medios para consolarlas, y se veia obligada á despedirlas de sícon todo el dolor de sus entrañas. Orfa cedió por fin á las tiernas instancias de la suegra, le dió el úl-

timo beso y tomó el camino de Moab; pero Ruth, dulce y afectuosa, no tuvo resolucion para abandonar á Noëmi, y se quedó con ella. Creyó esta deber insistir aun, y le dijo: «Ya vés que tu hermana política se ha vuelto á su pueblo y á sus dioses; anda, vete con ella.» Pero Ruth, con aquella resolucion magnánima que sin perder el respeto, se muestra ya tomada por última vez, le respondió conmovida: «No, no me instes mas para que te deje y me vaya, porque á do quiera que tu fueres, he de ir yo, y donde tu morares, he de morar yo igualmente. Tu pueblo es mi pueblo, y tu Dios es mi Dios. La tierra en que tu murieres me verá morir, y donde fueres sepultada, allí lo seré yo tambien. Tráteme el Señor con severidad si otra cosa que la muerte sola me separare de tí.» Así manifestaba Ruth toda la fuerza de su adhesion hácia aquella, cuyo hijo habia sido el embeleso de su vida. En las almas nobles y delicadas no rompe el infortuno los lazos formados por la naturaleza ó por la libre afeccion, antes bien los estrecha, los fortifica y los hace sagrados. El instinto de la piedad se reviste entónces del carácter de la ternura, y se transforma en aquel esquisito y profundo sentimiento que lo hace arrostrar y sufrir todo para con aquellos que se aman. Aun mas: los desgraciados parécennos mas grandes por la flaqueza misma de su infortunio, y adquieren á nuestros ojos un nuevo título á nuestra compasion por los sacrificios que nos han costado. Y gracias sean dadas á Dios por haber establecido esta ley, pues que la desgracia se adhiere tenazmente á los que ha herido una vez, y porque no conviene que el sacrificio de los unos se halle desigual con el sufrimiento de los otros.

Viendo pues Noëmi la firme resolucion de su nuera, cesó ya de probar por mas tiempo la fidelidad de su querida Ruth, y se dirigieron juntas hácia Bethlehem. Tenian que caminar cuatro dias alomenos por aquel dilatado valle en donde duerme el lago Asfaltite, entre dos cadenas de montañas que se extienden del septentrion al mediodía, y cuya cima se oculta en un cielo profundo y despejado; porque Ruth habitaba aquella parte del país de Moab que formaba parte de la Arabia Petrea. Cuando llegaron en Bethlehem las viajeras, voló luego la noticia por toda la ciudad, y decian las mugeres: «Esta es aquella Noëmi!» ¿Manifestaban estas palabras el gozo y la felicitacion que motiva é ins-

pira la larga ausencia de una persona conocida, ó mas bien la maligna satisfaccion y el menosprecio con que suele acogerse el éxito desgraciado de una tentativa? porque para las almas mezquinas y viles los desgraciados son siempre culpables de su desgracia. La triste viuda de Elimelech respondia pues con ingenuidad á las mugeres que la nombraban: « No me llameis Noëmi (esto es graciosa): llamadme ántes bien Mara (ó llena de amargura), porque el Todopoderoso me ha llenado de afliccion. Salí de aquí colmada de dicha y de júbilo, y el Señor me ha hecho volver vacía de todo consuelo. ¿Porque me llamais Noëmi habiéndome así humillado y afligido el Señor? » En aquellos siglos en que la inteligencia era grande porque la fé era viva, el nombre de Dios se mezclaba en todos los relatos así como su mano interviene realmente en todos los sucesos. La Iglesia aplica estas palabras de la viuda de Elimelech á la mas afligida de las mugeres, á la reyna soberana de todos los mártires, cuando al pié del madero santo y sobre el monte de los sepulcros, presentó á la faz de los cielos, del mundo y de los siglos el tipo mas sublime y desgarrador del corazon de una madre en el abandono, en la horfandad, en la amargura y en la desolacion.

Cuando Ruth y Noëmi regresaron á Bethlehem era el tiempo de la siega, y el país presentaba el risueño aspecto de los pueblos labradores, cuando las mieses azotadas por el viento se mecen como ondas de oro sobre las llanuras, ocultando en sus espigas aquel grano de vida que se convierte en alimento y en substancia del hombre. Ya no aparece la perspectiva selvática y agreste de los pueblos puramente pastores, como en tiempo de los Patriarcas: el pueblo de Israël tenia ya desde muchos años una patria, que le habia destinado el cielo, y su mano laboriosa habia podido forzar á su suelo á que le sustentase, volviéndole fecundo y feráz. Todos los pueblos han debido pasar por estas tres fases de la civilizacion primitiva: el pueblo cazador ha pasado á ser pastor para convertirse despues en pueblo agrícola, último término de la civilizacion pacífica y sosegada en donde el hombre, reducido á pocas necesidades, disfruta con calma de los embelesos de la virtud y de las afecciones dulces. La industria y el comercio son las

otras fases brillantes de la cultura introducida por el genio emprendedor del hombre que, condenado á vivir breves instantes sobre la tierra, pretende convertir á sí todos los goces de la transformada materia, y hacer suyos los frutos de todos los países, multiplicando de este modo los placeres de su existencia, pero no siempre logrando la paz del corazon.

La jóven viuda pues dijo á su suegra: « Si me das tu licencia iré al campo, y recogeré las espigas que se escapan de las manos de los segadores, donde quiere que hallare buena acogida en algun padre de familias que se muestre compasivo para conmigo. » Consintió en ello Noëmi, y la jóven viuda fué á recoger espigas detrás de unos segadores. Sabido es que el derecho de respigar, segun las leyes mosaicas, pertenecia esclusivamente á los pobres, bien fuesen indígenas ó extrangeros, y aun el dueño estaba obligado á dejarles de propósito alguna espiga y no debia volver á tomar la garba olvidada en su propio campo. Al partir pues Ruth, no hacia mas que seguir á unos segadores, recogiendo lo que caía de sus manos. Por una coincidencia feliz, ó mas bien por la providencia de Dios que escoge siempre medios convenientes para conducir sus criaturas á sus soberanos designios, acaeció que Ruth espigase en el campo de un hombre muy rico llamado Booz, y pariente de Elimelech.

Precisamente Booz venia de Bethlehem á su campo. La agricultura no se hallaba entónces rebajada en la estimacion pública: la sencillez y la moderacion de los gustos daba á las cosas mas necesarias un mas alto valor, y los hombres nobles y ricos no se desdeñaban de presidir la recoleccion de los bienes de la tierra. Despues de haber saludado á los segadores en nombre de Dios, y de haber recibido de ellos un saludo en los mismos términos, preguntó Booz al mancebo, mayoral de los segadores: « ¿ De quién es esta muchacha? » y respondióle éste: « Es la jóven que vino con Noëmi del país de Moab; y ha pedido permiso para ir tras de los segadores, y coger las espigas que quedan; y desde la mañana hasta ahora se está en el campo, sin haberse retirado ni por un momento á su casa. » Por lo que dejamos dicho, Ruth tenia el derecho de espigar en el campo de Booz, pero habia pedido ántes el permiso, sin duda por modestia de carácter,

y por aquella timidez tan conveniente como natural á todo extranjero.

Admirado por la graciosa modestia de Ruth, y conmovido de lo que sabia ya de su piedad filial, se dirigió Booz á ella y le dijo: «Oye, hija mia, no vayas á otro campo á respigar, ni te apartes de este sitio, sino júntate con mis muchachas, y síguelas donde estuviere la siega; porque he dado órden á mis criados para que nadie se meta contigo, y aun si tienes sed, vete al hato y bebe agua de la misma que beben tambien mis criados.» Este ofrecimiento, ligero en apariencia, era una muestra de particular benevolencia en un país en que abundan poco las aguas, y en que los calores son tan excesivos. Ella entónces, inclinando el rostro hasta la tierra, en señal de respeto y de gratitud, respondió á Booz: «¿De donde á mí tanta dicha, que haya encontrado gracia en vuestros ojos, y os digneis tratarme con tanta bondad, siendo yo muger extrangera?» A lo cual replicó Booz: «Me han referido todo lo que tú has hecho por tu suegra despues de la muerte de tu marido, y como has abandonado á tus padres y el país nativo por venir á un pueblo que te era antes desconocido. El Señor te premie tu buena accion; y recibas un cumplido galardon del Dios de Israël á quien has recurrido, y debajo de cuyas alas te has amparado.» — «O señor mio, le dijo Ruth, he hallado gracia á vuestros ojos, pues que así habreis consolado y hablado al corazon de esta esclava vuestra, que ni aun merece contarse en el número de vuestros criados.» Ruth quedó admirada y llena de júbilo por tanta benevolencia, é ignoraba que la uniesen con Booz los vínculos de un estrecho parentesco, é ignoraba sobre todo, que aquel encuentro debiese un dia valerle mucha mas felicidad y gloria de la que habia perdido.

Booz volvió á decir á Ruth que se juntase á los segadores á la hora de comer, y que comiera con ellos. Efectivamente, llegada la hora, Ruth se sentó al lado de los hombres de la siega, tomó con ellos alimento, guardando un poco para su suegra. Su comida fué la polenta, ó grano tostado y molido, como se insinua en el texto hebreo. Levantóse luego de allí para respigar como ántes, y entretanto Booz habia dado esta órden á sus criados: «Aunque quisiera segar con vosotros para sí, no se lo estorbeis.

ántes de propósito dejad caer de vuestros manojos algunas espigas, para que pueda cojerlas sin rubor, y que nadie la reprenda ni contriste.» Ruth pues estuvo respigando en el campo hasta la tarde, y vareando y sacudiendo las espigas recogidas, pudo ella sacar todo el grano, y se halló con cerca de un efi de cebada, ó sea, tres modios (3) ó fanegas. Volvió pues á la ciudad llevando el fruto de su trabajo, que enseñó á su suegra con la satisfaccion del que acaba de recibir un espontáneo beneficio, y dióle las sobras de la comida de que ella se habia antes saturado. Admirada Noëmi y gratamente sorprendida de la abundancia de la limosna, preguntó á su nuera querida con el gozo de la sorpresa: «Dónde has espigado hoy, y dónde has empleado tu trabajo? Bendito sea el que se ha apiadado de tí.» Declaróle Ruth en que campo habia espigado, y dijo que el amo de él se llamaba Booz. «Bendito sea el Señor, continuó Noëmi, pues la misma benignidad de que usó con los vivos, la conserva todavía á los difuntos. Booz es pariente nuestro.» — «Pues tambien me ha mandado, añadió Ruth, que me incorpore con sus segadores, hasta tanto que se acabe la siega de todas las mieses.» — «Mejor será, hija mia, repuso Noëmi, que vayas á respigar con sus criadas; no sea que en el rastrojo de otro se te opusiese alguno á que respigases.» Ruth pues, se unió á las criadas ó doncellas de Booz, y respigó entre ellas todo el tiempo restante, hasta que las cebadas y los trigos se recogieron en las trojes; pues la obediencia y el valor, unidos á la modestia y la dulzura eran las virtudes de la jóven Moabita.

Un dia Noëmi le dijo estas palabras: «Hija mia, voy á procurarte descanso, y á preparar tu bienestar. Ese Booz, con cuyas sirvientas tu te agregas en el campo, es pariente nuestro, y esta noche aventa cebada en su era. Lávate pues, y úngete con los perfumes, y ponte los mas ricos vestidos, y encamínate á la era: procura que no te vea, hasta que haya concluido la cena. Entónces cuando se fuere á dormir, nota bien el sitio en donde duerme, é irás y alzarás la capa por la parte con que se cubre los piés, y echaraste allí, y te pondrás á dormir. El mismo te dirá, como pariente mas cercano, lo que debes hacer (4).» De este modo le señaló Noëmi detalladamente todo lo que debia hacer, á fin de aplicarse el beneficio de la ley mosaica, que daba por esposo á una viuda

dejada sin hijos el mas cercano pariente del esposo difunto. Recordaremos aquí que uno de los objetos mas evidentes de Moysés era el de impedir la confusion y la abolicion de las familias y de las succesiones ó herencias, así como la mezcla del pueblo Israelita con los demás pueblos. Esta legislacion y esta política eran peculiares y exclusivas al pueblo Hebreo y á la época en que se dieron; pues no habia llegado aun el tiempo de preparar por medio de la fusion y de la concordia de las naciones entre sí la marcha rápida y el triunfo universal de la verdad entre los hombres.

Ruth obedeció con docilidad todo cuanto su suegra le habia ordenado. Fuése á la era; y cuando Booz, despues de haber comido alegremente, fué á dormir junto á un monton de gabillas, se llegó Ruth pausada y silenciosa, y, alzada la capa por los piés, se puso á dormir allí. Cuando he aquí que á media noche, despertó el hombre despavorido y turbado al ver una muger echada á sus piés, y le dijo: «¿Quién eres?» «Soy Ruth, esclava tuya, respondió ella: extiende tu manto sobre tu sierva, por cuanto eres el pariente mas cercano de mi marido.» Booz debia conocer con esta formalidad, que Ruth no renunciaba á sus derechos sobre el mas próximo pariente de Elimelech. Así lo comprendió Booz, y dirigiéndose á la extrangera: «Bendita seas del Señor, hija mia, le dijo, pues hoy superas aun en bondad á tus virtudes primeras, porque siendo jóven como eres, no has ido á buscar jóvenes, ni pobres, ni ricos, sino al que la ley dispone, aunque anciano. No temas pues, que yo haré contigo cuanto tú me dijeres, puesto que conocida eres de todo el pueblo por muger virtuosa. No niego ser yo pariente; pero hay otro mas cercano que yo: descansa esta noche, y mañana, si él quiere quedarse contigo por el derecho de proximidad, sea enhorabuena: pero si no quiere, te juro por el Señor que tú serás mi esposa.» ¿Por cual secreto encanto nos admira y embelesa á la vez la candorosa simplicidad de aquellas viejas edades? porque todas las cosas, al pasar por el corazon humano, toman el color, por decirlo así, de su propia inocencia ó de su perversidad; pues por lo comun solo se vé mal allí donde se tiene costumbre de hacerle. Ay! en el dia vemos el mal por todas partes; y como los pueblos parece que

se hayan empeñado en trasladar á las palabras lo que han cesado de tener en sus habitudes, la cándida é ingenua pintura de las costumbres antiguas fatiga el púdor artificial de las lenguas modernas. Y si alguno se atreve á mostrarnos de léjos alguna imágen de aquella ingenuidad desvanecida, nos asalta un dulce sentimiento de sorpresa y de placer, como cuando volvemos á ver un amigo despues de una larga ausencia, ó encontramos un tesoro que creíamos perdido.

Durmió Ruth á los piés de Booz hasta el fin de la noche, y levantóse antes que la luz pudiese dar á conocerse los hombres unos á otros; y le dijo Booz: «Procura que nadie sepa que has venido acá.» Y le hizo extender el manto ó velo grande con que las mugeres orientales se cubrian desde la cabeza hasta los piés, y tenerle bien asido con entrambas manos; y le midió seis modios de cebada, y se los cargó á cuestas. Y así cargada, entró Ruth en la ciudad y fuése á su suegra, la cual al verla la preguntó: «¿Qué has hecho, hija mia, acerca lo que te encargué?» Contóle Ruth todo cuanto habia hecho Booz por ella, y añadió: «Hé aquí seis modios de cebada que me ha dado, diciéndome: No quiero que vuelvas á tu suegra con las manos vacías.» «Hija mia, dijo Noëmi, espera hasta que veamos como acabará este negocio, pues Booz es hombre de recto proceder, y no dejará de cumplir su palabra.»

Fuése realmente Booz á las puertas de la ciudad, en dónde se trataban y ventilaban casi todos los negocios así públicos como particulares. Viendo pasar allí su pariente, y en presencia de diez Ancianos de la ciudad convocados al efecto, le dijo: «Noëmi, que ha vuelto del país de Moab, está para vender una parte de la heredad de nuestro hermano Elimelech, lo cual he querido que tú sepas, y decírtelo en presencia de todos los circunstantes y de los Ancianos del pueblo. Si tu quieres poseerla por el derecho de parentesco, cómprala y poséela, y si no quieres, declaralo para que yo sepa lo que debo hacer, puesto que no hay otro pariente sino tú, que eres el primero, y yo que soy el segundo.» Y consintió el pariente en comprar la heredad.

Añadió Booz: «Despues que hayas comprado el campo de Noëmi,

debes casarte con Ruth la Moabita, que era consorte del difunto para hacer revivir el nombre de tu pariente en su herencia.» — «Renuncio al derecho de parentesco, respondió el pariente, porque no es razon que yo arruine la posteridad de mi familia. Usa pues tú de mí privilegio, del que me abdico espontáneamente.» Échase de ver que este hombre tenia ya esposa, y que temia contraer un nuevo enlace, bien fuese para evitar los disturbios domésticos consiguientes á la poligamia, ó bien para impedir la confusion de las herencias ó succesiones, aumentando la division de bienes con los muchos hijos que podia dar Ruth, despues del primogénito.

Era costumbre antigua en Israël entre los parientes, que cuando uno cedia su derecho al otro, para que la cesion fuese válida, se quitaba aquel su calzado, y lo daba á su pariente: esta era la fórmula ó testimonio de la cesion. Dijo pues Booz á su pariente: «Quítate el calzado,» y al punto se lo quitó del pié. Y vuelto aquel á los Ancianos y al pueblo, los tomó como á testigos de que admitia la succesion de Elimelech y tomaba por esposa á su viuda, usando del derecho que le conferia la legislacion del país. «Vosotros sois testigos en este dia, les dijo, de que yo entro en posesion de todos los bienes que poseia Elimelech y Quelion y Mahalon, entregándomelos Noëmi, y recibo en matrimonio á Ruth la Moabita, muger que fué de Mahalon; para resucitar el nombre del difunto en su herencia, á fin de que no se borre su nombre de su familia, de entre sus hermanos y de su pueblo. Vosotros, repito, sois testigos de este acto.» Entónces todo el pueblo respondió con los Ancianos: «Nosotros somos testigos. Haga el Señor que esta muger que entra en tu casa sea como Raquel y Lia, que fundaron la casa de Israël: sea como ellas dechado de virtud en Efrata, y su nombre se haga célebre en Bethlehem. Y sea tu casa como la casa Fares — hijo de Thamar y de Judá — por la posteridad que el Señor te diere de esta jóven.» Tomó pues Booz á la viuda de Elimelech, y desposóse con ella, cumpliendo de este modo lo que debia á la ley, y sin ruborizarse de la pobreza de sus parientes.

Bendijo Dios esta union, y envió un hijo á Ruth. Y regocijadas las mugeres por este fruto de la bendicion del cielo, decian á Noëmí;

Bendito sea el Señor, que no ha permitido que faltase heredero en tu familia, y ha querido conservar el nombre de ella en Israël, para que tengas tu tambien quien consuele tu alma, y sea el sosten de tu vejez; pues que te ha nacido un niño de tu nuera, la cual te ama, y es para tí mucho mejor que si tuvieras siete hijos.» Noëmi recibió el recien nacido en su regazo, con el oficio de ama y de niñera, rebozando de gozo como si fuese un retoño de su posteridad, y considerando á la madre del niño como hija suya. Así, el amor de suegra, cuya armonía suele tan á menudo alterarse en las familias, equivalia en esta muger á un amor de madre, por el tierno cariño que á Ruth profesaba, y el hijo de esta nuera tan querida alegraba los viejos años de Noëmi como las caricias de un nieto que llena de consuelos la vejez de su abuelo.

El niño recibió el nombre de Obed, que significa *servidor*. ¿Querria por aquí manifestarse los cuidados que de él esperaba Noëmi, ó bien el deseo de verle algun dia sinceramente piadoso hácia Dios? Mas lo que constituye la gloria de Obed, y esplica al mismo tiempo el porque la historia de Ruth fué transmitida á la posteridad por las Escrituras, es que David, el gran Rey y el progenitor de Jesucristo, salió de esta estirpe, pues tuvo por padre á Isaï ó Jessé, hijo de Odeb, y esta es la posteridad desde Fares hijo de Thamar y de Judá, hasta el monarca de Israël.

Farès fué padre de Esron, Esron lo fué de Aram, Aram de Aminadab, Aminadab de Naason, Naason de Salmon, Salmon fué padre de Booz, Booz lo fué de Obed, Obed lo fué de Isaï, y este fué padre de David.

Así pues tanto Ruth la extranjera como Rahab y Thamar, las mugeres culpables, figuran entre los ascendientes del hombre al cual se unió personalmente el Verbo Dios. La Providencia estableció este órden para darnos á entender que convida á todas las naciones al banquete de la fé, así como promete el perdon á todos los sinceramente arrepentidos. El que vino del cielo para desposarse con la humanidad ha envuelto á todas las razas humanas en los resplandores de sus nupcias augustas; pues él es misericordia y verdad, es para con todos nuestro hermano, y sí cargó sobre si nuestras faltas fue para expiarlas, y nuestras flaquezas para curarlas.

Largo seria el comentar el hermoso juego de afecciones puras é inocentes que presenta la sencillez y sentimental historia de la afortunada hija de Moab, sin que ninguna de ellas ofrezca la violencia ni la ceguera que suele acompañar la mayor parte de las propensiones del alma. El afecto recíproco de madre y de hija brilla en las dos recien llegadas de Moab, que vienen á confundirse dulcemente en una misma existencia. Sigue luego la mas generosa hospitalidad seguida del mas puro y modesto agradecimiento, y termina el bello y apacible drama con un vínculo honesto y legítimo que vuelve á estrechar de nuevo los miembros de una familia dispersa, y perpetua las virtudes de una generacion afortunada. El amor, esa pasion tan funesta en sus inconstancias y caprichos, esa fiera indómita que suele burlar todos los frenos, se sujeta como un manso cordero á la voz de la ley; el tierno corazon de Ruth, de esa jóven matrona tan rica de gracias como de pudor, se deja conducir dócilmente y sin resistencia hacia el tálamo de un anciano pariente: el amor de la sangre sojuzga suavemente todas las afecciones, y la gratitud es la única pasion que hace latir el pecho de la nuera de Noëmi. Al contemplar el cuadro risueño de esta familia feliz, fuerza es convenir que no es en el seno de pasiones turbulentas y arrebatadas donde halla el alma el sabroso nutrimento de su propia actividad y el goce de los placeres reales y duraderos.

Los pintores han tratado dos circunstancias particulares de la historia de Ruth: la primera cuando la jóven Moabita respiga en el campo de Booz, y la segunda en que Booz, estando en su era, la halla acostada á sus piés. Poussin ha pintado el primer asunto en uno de sus cuadros de las Cuatro Estaciones, que representa el estío ó la siega. Todos saben que el ilustre profesor escogió para cada uno de sus cuadros una escena de la historia santa, y que el del invierno, en el cual figuró el diluvio, pasa por una de las obras maestras del arte.

Hay un pequeño poema de Florian que traza la historia de Ruth en sus mas puros y delicados rasgos: la tierna adhesion que halla Noëmi en su nuera, y la noble beneficencia de Booz, están realzadas con felicidad de expresion y de imágenes. Los pintores y los literatos

de todos los países y de todos los siglos, los artistas de todo género que toman por fondo de sus creaciones los tipos mas bellos de la naturaleza moral para presentarla entre los encantos de la naturaleza física, sentirán aquella suavidad y embeleso que respira la sencillez encantadora del libro de Ruth, asi como los moralistas y los que se ocupan de economía política, conocerán siempre lo grande y fecundo que hay en las virtudes domésticas de que la Biblia nos ofrece á la vez en este relato el precepto y el ejemplo.

Y en verdad que es preciso hacer abstraccion de las costumbres actuales y de esta atmósfera de vicio y de corrupcion que nos rodea, para figurarnos la sorpresa de Booz, cuando en medio de la noche, y sin otro testigo que el Señor á quien tiene siempre presente el corazon, percibe una jóven matrona tendida á sus piés y abrigada con su mismo manto, que llena de modestia y de tímido rubor, reclama con esta accion, simple en sí misma y destituida de toda pretension desordenada, el sencillo deseo de aspirar á un derecho de familia. Preciso es que así el pintor como el poeta entren en el fondo de aquellas almas, temerosas de Dios, para separar de aquella muda é interesante escena toda sombra de espresion atrevida que pueda mancillar la pureza de tan nobles como generosos sentimientos. Pues, fuerza es confesar y reconocer, que así como en aquellas edades lejanas la brutalidad y la torpeza aparecian con toda su repugnante y asquerosa desnudez; así tambien las virtudes dejaban entrever al través de un velo diáfano sus desnudas é inocentes gracias; y tanto como nos ofenden las pasiones abominables presentadas sin un velo que disminuya ú oculte su deformidad, tanto mas nos embelesa el poder contemplar tales como son en sí las sínceras é inocentes afecciones de un alma no contaminada, que obedece sin recelosa malicia los impulsos naturales del corazon, acercándose algun tanto á la primitiva y nuda simplicidad de nuestros primeros progenitores.



[illegible]

Notas.

(1) La familia; he aquí la única esperanza que queda para el sostenimiento del órden moral y de la sociedad: pero ha llegado á tal extremo el prurito de destruir y desquiciar lo presente para reorganizar un futuro quimérico é imposible, que esta especie de barbarie nacida de una civilizacion corrompida aspira nada ménos que á romper los dulces y naturales lazos de familia para hundir la humanidad en un abismo sin fondo. ¿Que asilo restaria á la virtud, á las blandas afecciones, á los placeres puros y duraderos, destruida la sociedad doméstica? Borron eterno será para el siglo XIX el que bajo el nombre de filosofía, de cultura, de adelanto de la humanidad se haya soñado siquiera en la destruccion de la sociedad doméstica. Ved como la describe un filósofo contemporáneo que reune á la solidez del raciocinio la rectitud de corazon.

El hombre no ha sido arrojado sobre la tierra, como lo han soñado ciertos filósofos, para vivir en el aislamiento á la manera de los animales. Demasiado débil, ó por decirlo mejor, demasiado nulo el hombre aislado no podria bastarse á sí mismo. En el órden actual de la Providencia la sociedad de sus semejantes es para él la condicion necesaria de existencia, de conservacion y de perfeccionamiento.

Y de todas las sociedades de que el hombre es miembro, la primera es la familia. En su seno recibe la doble vida del cuerpo y del alma; bajo sus alas va creciendo, y preparado por sus cuidados y solicitud pasa á la sociedad civil. Asi lo vemos establecido por el Criador mismo en el origen del mundo, recibiendo sobre su frente con la primera bendicion que descendió sobre la tierra el glorioso sello de su inmortalidad: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra.* Inmutable esta palabra como el Dios de quien procede, no pasará jamás. En vano la revuelta original romperá la so-

ciedad religiosa del hombre con Dios: en vano el diluvio absorberá en sus ondas vengadoras la sociedad política: la familia sobrevivirá como una mina siempre fecunda de donde manará al través de los siglos el rio de las generaciones hasta el momento en que la raza humana quedará completa.

La familia pues no solo es la mas antigua de las sociedades, sino tambien, en un sentido alomenos, la mas importante. Desde luego, ella es la base de todas las demas, la base del Estado y de la Iglesia. En efecto ¿que es el Estado, sino la reunion de un cierto número de familias bajo la autoridad de un gefe comun para la conservacion y el desarrollo de su existencia y de su bien estar? Y la Iglesia misma ¿que otra cosa es sino la reunion de todas las familias cristianas bajo la autoridad de un padre comun para la conservacion y desarrollo de su vida espiritual? Asi lo que la raiz es al arbol, el orígen al rio, la base al edificio, la familia es al Estado y á la Iglesia: de manos de la familia el primero recibe sus ciudadanos, la segunda sus hijos.

En un sentido mas íntimo todavia, y por una mas honda razon la familia debe ser llamada la mas importante de las sociedades. Hacer al hombre lo que es y lo que será, ¿no es preparar infaliblemente la gloria ó la afrenta, la dicha ó la desgracia del mundo? Tal es la solemne y terrible mision de la familia. ¿No es ella la que ejerce una mision exclusiva, y diaria sobre los primeros años de la infancia? Y la infancia ¿no es una cera blanda á la que pueden imprimirse todas las formas? Y estas formas buenas ó malas; recibidas en la infancia con tanta fácilidad, ¿no son, salvas algunas cortas excepciones, las únicas impresiones que no se borran jamás? Y de tal manera, que el hombre admirado, se vuelve á encontrar al declinar sus años y al borde mismo de la tumba, tal como se conoció en la flor de sus dias. Mas de treinta siglos hace este hecho era ya proverbial. *Proverbium est: Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit non recedet ab ea.* (Prov. IV.)

Pues que la familia es la base del Estado y de la Iglesia, su último fin debe ser el mismo que el de estas dos sociedades. Y si preguntando al que ha establecido los estados y fundado la Iglesia, queremos saber de él cual es su fin; su infalible oráculo nos dá esta luminosa respuesta: *La última palabra de todas las obras de Dios es la santificacion del hombre.* Término sublime, grandioso objeto sin duda, como el que mas! En esto se comprenden á la vez la dicha y los medios de obtenerla; en este mundo la vida física, la vida intelectual y la vida moral; en el otro la ausencia de toda especie de mal, el completo desarrollo de todas las facultades del hombre, la santificacion de todos sus deseos legítimos, y su reposo eterno en Dios.

So pena de caer en los mas peligrosos errores, la filosofía humana se ve obligada, despues de todas sus tentativas, á aceptar como un axioma esta conclusion final de la fé. Sí, por mas que disguste al ciego materialismo de nuestro siglo, la santificacion del hombre es la última palabra de todas las cosas; tal es la razon porque la que hay so-

ciedades, reinos y una Iglesia; por la que hay reyes, gobiernos y papas. Entretanto los reyes, los gobiernos y los papas, los Estados y la Iglesia concurren, cada cual á su manera, á la santificacion del género humano.

Depositario de la fuerza y de la espada el Estado protege la vida corporal y el bien estar material del hombre. Obispo de lo exterior, asegura el órden y la tranquilidad exterior, á fin de que, dice el grande Apóstol, podamos llevar una vida tranquila piadosa y casta: *Ut tranquillam vitam agamus in omni pietate et castitate.* (I *Tim.* II. 2.) Esta vida del tiempo nos es dada para trabajar en nuestra salud, y Dios no quiere que ningun poder humano venga á turbarla injustamente ó á quitárnosla ántes del término que él mismo le ha prefijado. El estado es de ella el custodio, he aquí su mision. De ahí viene esta definicion altamente filosófica del poder temporal: ministro de Dios para el bien del hombre: *Dei enim minister est tibi in bonum* (Rom. XIII. 4.) Pues, preguntamos nosotros, ¿ cuál es el bien del hombre sino su fin? ¿Y cual es su fin sino la salud, en el sentido ya explicado?

Mas noble es aun la mision de la Iglesia. Sociedad espiritual, su tarea es la de trabajar directamente en la conservacion y en el desarrollo de la vida de nuestra alma en sus relaciones con Dios. Estudiad en efecto su accion sobre el hombre desde la cuna hasta el sepulcro, y mas allá; y ved si todos los medios de que dispone, segun la edad y las necesidades de sus hijos, sus lecciones, sus sacramentos, sus preceptos, sus fiestas, sus espiaciones, no tienden á dar la vida religiosa, á desenvolverla, á restituírsela cuando la ha perdido, conduciéndole al término final de la santificacion y de la felicidad.

Sentado esto, ¿cómo podrá desecharse la siguiente conclusion que tanto hace brillar la dignidad y la importancia de la sociedad doméstica, á saber: que la familia, siendo la base del Estado y de la Iglesia, debe tener el doble fin del uno y de la otra?

Ante todo, la familia, asi como el Estado, fué establecida para custodiar y defender la vida corporal del hombre. ¿ No es en su seno en donde halla este el alimento que le nutre, la cuna en que duerme, los pañales que le envuelven, el techo que le abriga, la tierna solicitud que vela sobre sus necesidades, el brazo que sostiene sus pasos vacilantes, la palabra que abre su jóven inteligencia á la verdad y prepara su voluntad á la práctica de todas las virtudes sociales? No se limita aqui la mision de la familia: asociada á la paternidad misma del Criador, recibió el poder de producir seres á su semejanza, seres capaces de participar un dia de la naturaleza divina. O familia! sociedad misteriosa y sagrada! cuan grande eres á los ojos de la razon! cuan respetable á los ojos de la fe! comprende la sublimidad de tu glorioso destino ¡que santidad debe presidir á tus palabras y á tus acciones! de que solicitud religiosa debes rodear ese ser que te debe la existencia, ese ser á quien Dios llama hijo mio, y el ángel mi hermano!

Conservar como el Estado la vida corporal del hombre, abrirle una carrera útil proporcionándole los medios de recorrerla, y mas que el Estado dar la vida al hombre, tal es

pues el primer objeto de la familia, tal su primer título de gloria.

Otro hay mas noble todavía. Como la Iglesia, la familia fué establecida para vigilar la vida espiritual del recien nacido. En el hogar doméstico, sobre las rodillas de su madre, entre los brazos de su padre, el hijo de la eternidad debe recibir los primeros conocimientos de su origen, de sus grandes deberes y de su elevado destino. Allí en donde el jóven candidato del Cielo debe aprender que para ser elegido no ha de vivir sino para su Dios y para sus hermanos; allí, en fin, debe hacer aquel glorioso aprendizage de las virtudes cristianas, único camino de la bienaventurada eternidad. La noble y religiosa mision de la familia se halla pues admirablemente resumida en aquella espresion de los Santos Padres, que llaman á la sociedad doméstica: una *Iglesia privada cuyos sacerdotes son los padres, y los hijos son los fieles.* (San Agustin.)

En el plan primitivo y antes que el pecado hubiese turbado el orden del Criador, la familia estaba en relacion perfecta con su augusto destino. *La unidad, la indisolubilidad, la santidad,* tales eran sus carácteres, es decir, sus leyes y sus modos.

La unidad. La creacion de la muger sacada de la propia substancia del hombre, esperaba enérgicamente esta primera condicion de la sociedad domestica. De aquí debian nacer entre los esposos relaciones tan dulces como inviolables, cuya observancia era el garante mas seguro de la dicha y de la duracion de la familia. . . . .

La indisolubilidad, como consecuencia necesaria de la unidad primordial que habia dado por base á la familia, el Criador declaró indisoluble el lazo que unia á los padres de la gran familia humana. . . . .

La santidad. Destinado á reproducir seres, vivas imágenes de Dios, el primer matrimonio, modelo de todos los demás, era completamente santo en su autor, en sus miembros, en su objeto, y en sus medios. . . .

Tales son los caracteres de la familia primitiva, tal el estado glorioso en que fué criada. Despues de aquella epopeya de la sociedad doméstica, criada en toda su perfeccion, siguió su degradacion en los diferentes pueblos de la tierra, hasta su restauracion por el Cristianismo. Este pues que restauró la familia, es el único que puede salvarla. Desterrado de la sociedad política, halle á lo menos acogida y sálvese en la familia, y esta no perecerá!

El hombre y la muger dice el profundo Bonald, no son iguales, pero sí semejantes. La union de los sexos es la razon de su diferencia la produccion de un ser es el fin de su union. Por esto entre padre, madre é hijo hay relaciones indispensables. Puede haber muger sin hombre, pero no puede haber madre sin padre, ni hijo sin uno y otra. Sus maneras de ser son relativas; la reunion de los tres forma la familia, la union de los sexos que es el fundamento de todas estas relaciones, se llama *matrimonio.* La produccion del hombre es el fin de la relacion de las edades, es decir, que el hombre y la muger producen el hijo que el padre y la madre conservan. La produccion y la conservacion del hombre son pues el fin de la familia, y la razon de todas las relaciones de sexo y de edad que la constituyen.

No así los brutos que nacen con el instinto: el hombre nace ignorante y desarmado. El medio de esta instruccion es la palabra. Así en la conservacion ó instruccion del hombre como en su reproduccion el padre es activo ó fuerte, el hijo pasivo ó débil, la madre *medio término entre los dos extremos de esta proporcion continua*, pasiva para concebir, activa para producir, recibe para transmitir, aprende para transmitir, y obedece para mandar.

Así puede decirse que el padre tiene ó es el poder de cumplir por el medio ó el *ministerio* de la madre, la accion reproductora y conservatriz de la que el hijo es el término ó el *sujeto*.

Los modernos sofistas han materializado estas relaciones morales de familia, no considerando sino machos, hembras, pequeñuelos: y es necesario espiritualizar al hombre y sus relaciones cuantos mas esfuerzos se hacen para materializarle.

San Pablo dice *vir caput est mulieris*. La religion llama á la muger ayuda ó *ministro* del hombre. Hagamos al hombre una ayuda semejante á él. Y al niño le considera súbdito, pues le dice en mil parages que obedezca á sus padres.

El hombre tiende naturalmente por la caida original á exagerar su poder: la muger á usurparlo, el hijo á sustraerse de él, todo es obra del orgullo, propension original ó nativa á la dominacion. La sociedad pues es el freno que con sus instituciones conserva contra las pasiones humanas el poder legítimo conservador de los seres, y protege al mismo tiempo la debilidad contra el abuso de la fuerza. Y la filosofía moderna niega la verdad y la razon cuando nos dice por el órgano de J. J. Rousseau: «El hombre nació bueno y la sociedad le pervierte.»

La *fuerza física* del poder no puede contener esta inclinacion á la independencia en los otros miembros de la familia, pues muchos hijos son mas fuertes que un padre, y la vida misma del hombre está siempre á disposicion de su muger. Tampoco son las *afecciones naturales*, aunque los sofistas nos citan en prueba las afecciones de los brutos, pues no vemos mas que padres inquietos, hijos ingratos, mugeres infieles, hermanos enemigos. Y cuantos esfuerzos para que los esposos estén unidos y los hijos sumisos! Así todas estas afecciones se fundan en la razon, la razon en la palabra que los padres transmiten á sus hijos hasta llegar á Dios, razon primera y suprema de la creacion. El hombre no ha podido ser inventor del lenguaje por el que se transmite la razon. La familia pues fué creada con la religion, y no hay verdad histórica tan probada como la religion de las primeras familias y el sacerdocio de los primeros patriarcas.

En este culto doméstico de la Divinidad la madre ocupaba un lugar distinguido, ó tal vez alguna funcion particular relativa á su rango en la familia. De aquí las sacerdotizas de la religion pagana (las diaconisas de la primitiva Iglesia) y aquella disposicion ordinaria en los pueblos antiguos de que nos quedan aun vestigios, de atribuir á las mugeres algo de sobre humano y particularmente el conocimiento del porvenir. *Inesse quin etiam fœminis Sanctum aliquod et providum putant*, dice Tácito hablando de los Germanos.

La ley pues que arregla las relaciones de familia es la expresion de la

voluntad de Dios. Adora á Dios, honra á tus padres, fueron las primeras palabras dichas á la familia asi como fueron las primeras que se escribieron para un pueblo. Así fue creciendo el poder paternal en aquellas épocas patriarcales, y el terror de la maldicion paterna. La razon pues de las relaciones domésticas las halla la religion en el poder divino. Maridos, dice amad á vuestras mugeres como ama Cristo ama á su Iglesia hasta darse á la muerte por ellas. Mugeres, estad sumisas á vuestros maridos como al Señor. Hijos ¡obedeced á vuestros padres en el Señor. Asi el hombre nudo debe al hombre sino por Dios y en vista de Dios: he aquí la verdadera igualdad y la verdadera libertad de los *hijos de Dios* á que nos eleva el Cristianismo, y todo poder humano cae donde no se reconoce ya el poder divino.

(2) En este afectuoso diálogo entre Noëmi y sus dos nueras, se echa de ver sin celajes toda la expansion de unos corazones que se abren sin reserva, y que solo tienen por objeto su mutua felicidad. ¿Me hallo yo en edad, les dice Noëmi, de poder tener hijos que sean vuestros esposos, y puedan levantar la familia de los dos que han muerto? Admira en realidad como Noëmi, siendo una muger tan piadosa, hiciese tantas instancias á sus nueras para que se volviesen á una tierra de infieles, dejándolas en medio de la idolatría, ó exponiéndolas á un evidente peligro de que apostatasen; mayormente siendo propio de su prudencia y caridad aprovecharse de aquel deseo que mostraban de irse en su compañía á una tierra en que solo se conocia el verdadero Dios. A lo que se añade que, habiendo abrazado la verdadera religion, como es creible, en ninguna parte les era mas fácil perseverar en ella, que entre los del pueblo de Dios. Pero si se miran con particular atencion los secretos motivos que dirigian á Noëmi, se hallará lleno de sabiduría y de luz todo lo que practicó en esta ocasion. Lo que intentaban estas dos jóvenes mugeres era de la mayor consecuencia: dejar su patria y familia, pasar á una tierra desconocida, y permanecer en una religion tan severa como la de los Israelitas. Y asi Noëmi quiso hacer prueba de la verdadera disposicion de sus corazones, y examinar si sus miras eran puramente humanas y carnales. Les hace presente lo que dejan: les advierte que abandonan la casa de sus madres, y que renuncian al descanso y conveniencia que podian tener volviendo á contraer otras bodas; y por último las desengaña diciendo, que nada tienen que esperar de una viuda pobre y sin amparo, de la cual no les quedará otra herencia que la de su miseria y privaciones.

¿Quien lee este pasage y no se estremece, comparando la desgracia de Orfa y la suerte felicísima de Ruth? Ruth se queda con Noëmi, Orfa se vuelve. Noëmi hace igual proposicion á las dos; Orfa se enternece hasta derramar lágrimas como Ruth. Las dos protestan á un mismo tiempo que seguirán á su suegra. Noëmi les insta aun mas estrechamente á que se vuelvan las dos; lloran ambas amargamente de nuevo; pero despues de todo esto, se despide de ella Orfa, la abraza y se vuelve; y Ruth se queda para acompañarla y seguirla.

Véase al P. Scio y otros comen-

tadores en este lugar. E insistiendo el primero en la diversidad de resolucion y de destino de estas dos mugeres para aplicarle al órden espiritual ó de la gracia, concluye así.

«¡ Quién no temblará, ó Dios eterno, viendo el discernimiento que haceis vos entre dos mugeres, que en sus disposiciones parecen iguales? *De dos personas la una será tomada y la otra dejada*, dijo Jesucristo. Abandonais la una á su propia flaqueza, y todas sus relaciones se desvanecen: *Vuelve á su pueblo y á sus dioses* y se pierde. Dais á la otra un corazon superior á todas las pruebas y le inspirais una voluntad constante de seguiros, y se salva. La que se pierde no tiene de que quejarse, pues vuelve atrás por una eleccion enteramente libre de su voluntad; y la que persevera, venciendo todos los obstáculos que se le ponen delante, os debe dar por esto eternas gracias; porque sois, Señor, el que por misericordia la fortificais en vuestro amor, y le concedeis el precioso don de la perseverancia, al paso que por juicios ocultos, pero siempre juntos, negais esto mismo á la otra. Véase á San Pablo en su Carta á los Romanos, cap. IX.

(3) Esta era una medida que contenia cuanto podia gastar un hombre en diez dias para mantenerse. La décima parte de un efi ó Bathó era un celemin, el cual se llamaba tambien *Azaron*. Parece que esta medida era suficiente para que aun los mas robustos pudiesen comer hasta saciarse. Véase á Calmit y demás intérpretes.

(4) Para neutralizar en lo posible la mala inteligencia que pudiera darse á este pasage de la escritura, que hemos querido transcribir aquí con toda su encantadora sencillez, pondremos á continuacion las oportunas reflexiones que sobre el mismo aducen nuestros dos mas conocidos traductores de la Sagrada Biblia el P. Scio y el Sr. Don Felix Amat, y que son como el eco compendiado de los mas sabios comentadores de los sagrados libros.

«En este consejo que dió Noëmi á Ruth, dice el Ilmo. Scio, no tiene entrada el menor pensamiento que pueda ser contra la honestidad y modestia. Por lo que, ni cabe reprension en Noëmi por haberle dado, ni en Ruth por haberle seguido puntualmente: una y otra no tienen otra mira que un casto matrimonio con el hermano ó con el pariente mas cercano del difunto. Y la manera que Noëmi sugirió á Ruth para llegar á su logro, si se reflexiona bien, no puede dudarse que le fué inspirada de Dios, como se colige de la seguridad con que afirmó *que el le diria lo que deberia hacer*.

«Si este hecho se mira con ojos carnales, dice el Sr. Torres Amat, tiene ciertamente un aspecto poco decente, como notó San Ambrosio, mas no sucede así si se considera el fin, el motivo y el sentido misterioso que encierra Noëmi, sabia y prudente, conocia la sólida virtud de su nuera y la probidad y honradez de Booz. Creia que este era el pariente mas inmediato, á quien por lo mismo tocaba desposarse con la viuda de su hijo. Y recelando que un hombre como Booz, rico y de edad ya avanzada, no condescenderia fácilmente en recibir por esposa á una doncella pobre y extrangera de origen, excogitó un cierto modo de sorprenderle. Cuanto hizo Booz antes de efectuar el matrimo-

nio demuestra que solamente por amor á la justicia y para obedecer la ley de Dios, se desposó con Ruth, y asi que todo fué obra de Dios.»

Y pasando de la figura á la profecía, añade: « Acordémonos que *nosotros en otro tiempo éramos gentiles en cuanto al origen*, como dice el Apostol (Efes. II. v. 11.) estábamos en aquel tiempo sin Cristo, estraños de la sociedad de Israël, sin tener parte en el testamento, sin esperanza de la promesa y sin Dios en este mundo. A nosotros pues nos representaba aquella muger extrangera y gentil de origen, echada á los piés de Booz, y pidiendo con el hecho mismo que la reciba por esposa.»



EL AMOR DE SAMUEL.



ANA MADRE DE SAMUEL.

El desierto se alegrará, y saltará de gozo la soledad, y florecerá como lirio.

(Isaías XXXV.)

Es comun dicho que la mayor parte de los hombres ilustres deben mucho á sus madres; tal vez porque la ternura de las madres dispertó y nutrió en el alma de los hijos las primeras centellas del genio y las semillas de la virtud; porque tal es el ardor y la pureza de un corazon maternal, que hay en él mas que en ninguna otra parte una imagen viva de lo verdadero y de lo bello, y como una revelacion de las grandes cosas. O quizás tambien porque las madres, inspiradas por su amor, saben mejor que nadie interesar al cielo en el porvenir de sus hijos, porque Dios; que dió al mundo el precepto y el ejemplo del sacrificio, glorifica lo que

ellas han consagrado por sus angustias, sus esperanzas y su oracion; y árbitro supremo de todo, cubre á su placer nuestros destinos de obscuridad ó de resplandor. Efectivamente solo hay grande en la vida humana lo que Dios introduce en ella, y casi siempre lo mas grande que en ella pone Dios no llega á nosotros sino despues de haber pasado por el corazon de nuestras madres. Crisóstomo y Agustino, estas dos grandes lumbreras del mundo cristiano, debieron el origen de su grandeza á los afanes, á la piadosa solicitud, á las lágrimas de sus madres.

Nada mas propio para dar á conocer y amar estas doctrinas, que la historia de Ana, madre de Samuel. Muger verdaderamente piadosa, muestrase paciente y dulce en sus penas: pone una sincera confianza en Dios, el cual alienta su valor y escucha los ruegos de su sierva. ¡Cuan bella es la súplica de una alma ferviente y amorosa, que se abandona á los brazos de Dios; y aunque le expone su necesidad ó su deseo, solo le ruega lo que convenga mas á su felicidad y contribuya á la mayor gloria del Señor! Ese poder sin límites al que nos entregamos, guiado por una infinita bondad y por una inteligencia suprema, ¡con cuanta fe, con que dulcísima confianza no debe hacernos arrojar enteramente en manos de la Providencia, cuando postrados á su divino acatamiento, mudos, silenciosos, inundados de suave llanto, le pedimos del fondo de nuestro corazon amante y enternecido lo mejor, lo mas saludable, lo que sea de su adorable voluntad! ¡Ah! cuan dulce se hace el sacrificio de la nuestra, cuando unimos con él nuestros deseos, renunciamos á nuestra propia eleccion, y solo le pedimos un beneficio con la condicion de que parezca tal á sus divinos ojos!

Despues de obtenida por Ana la gracia que solicitaba, porque era para la gloria, que de ella Dios habia de reportar, continuó la piadosa madre en hacer la voluntad del Señor, la cual debemos buscar no solo en la concesion del beneficio, sino tambien en el uso que debemos hacer de él: vigiló sobre la infancia de su hijo con la mas atenta y delicada solicitud, tal como se guarda un tesoro precioso que un respetable Señor nos confiara, ó como se alimentan las mas puras y queridas afeccio-

nes del alma. Puesta bajo las alas del Señor, la juventud de Samuel escapa de los males que la circuyen y amenazan; florece en virtudes, y embalsama con su perfume la tierra de Israël; y en pos, con la madurez de los años, Samuël viene á ser gefe del pueblo, juez de Saül, protector de David, y uno de los mas grandes profetas. Asi es como los padres deberian preparar el porvenir de su posteridad, pues entre tantos objetos que poco mas ó ménos son de una igual importancia, la religion es el mas seguro camino de la felicidad y de la gloria. Las ideas religiosas, en efecto, por el mero hecho de elevar el espíritu y dilatar el corazon, ponen realmente al hombre en la natural condicion del mérito; pues inspiran la inteligencia y el valor de deber, aseguran la conservacion del órden, protegiendo el ejercicio de la autoridad, y escudando el honor de la obediencia. Bajo el punto de vista de los intereses eternos del individuo, el éxito de las empresas no es nada; la santidad de las obras lo es todo: bajo el aspecto de los intereses temporales de las naciones, ¿quien sabe si se podria á fuerza de virtudes contrabalanzar el genio y hasta vencerle; ó por decirlo mejor, quien sabe si la virtud seria una de las fuentes del genio?

Aun antes que la doctrina augusta revelada por el Hombre Dios desenvolviese de una manera precisa los lazos que unen al hombre con su Autor Supremo, la religion era ya el sentimiento mas noble y sublime que engrandecia los actos del hombre no extraviado por sus malos instintos, y su luz purisima el mas puro y brillante reflejo que ornaba y enaltecia las inteligencias. Degenerada con el olvido de su primitivo orígen, alterada en sus dogmas y preceptos por las bastardas inclinaciones del hombre y hasta prostituida por la impostura y por la barbarie en pueblos errantes ó embrutecidos, conservóse sin embargo como un sentimiento inseparable del corazon humano: ella fue apetecida con afan por las mas elevadas inteligencias, que por entre las fábulas absurdas de la multitud, vislumbraban su orígen divino: ella fue el blanco de las investigaciones de los filósofos cuyo pensamiento aunque con los ojos vendados, buscaba como á tientas la verdad de este fecundo é inagotable principio de toda virtud, de todo amor, de toda esperanza. Y en aquella parte del mundo en donde

la voz de Dios que resonó desde el principio de los tiempos renovaba á intérvalos sus ecos augustos anunciando al suspirado revelador de sus misterios, y al que debia poner el sello personalmente á la primitiva alianza del cielo con la tierra, alli principalmente aparece el elemento religioso como el único capaz de engrandecer y dar gloria á la personalidad humana, formando él solo las almas grandes en todos sentidos, y llamando á sí todas las acciones bellas, todos los actos generosos, todos los rasgos de heroismo, todos los partos inmortales de la inteligencia que nos asombran todavía, y que admiramos transportados de entusiasmo, brillando aquellos héroes como otros tantos soles al través del polvo de tantos siglos (1).

En el pais de Efraïm, en la ciudad de Ramatha, habia un hombre de la tribu sacerdotal que se llamaba Elcana. Esta ciudad de Ramatha es la misma que el Arimatea del Nuevo testamento, y que la Ramla de los tiempos modernos. Situada sobre el camino de Joppe á Jerusalen, vió pasar bajo sus muros los numerosos peregrinos de Occidente que iban á visitar el sepulcro de Jesucristo, y fué mas de una vez testigo de su valor Las iglesias que aquellos habian edificado en ella se han convertido en mezquitas; y los minarets dominan en lugar de la cruz los bosques de viejos olivos y las palmeras en medio de las cuales parece descollar Ramla como una flor.

Segun la comun costumbre de los Israelitas, costumbre fundada mas bien en el ejemplo de los patriarcas que en la ley mosaica, que no proibe ni permite expresamente la pluralidad de mugeres, Elcana tenia dos esposas: la de primer orden se llamaba Ana, es decir, *que posee la gracia*, y en verdad mereció este titulo por el espiritu de fé y de oracion de que estaba animada: y la de segundo órden se llamaba Fenenna. Ana era estéril como Sara; Fenenna era fecunda é insolente como Agar; y asi la casa de Elcana, como la de Abraham, fué turbada por las disenciones que nacen de la poligamia. Si aun bajo la condicion de la unidad el matrimonio no siempre obra entre dos almas una fusion completa de ideas y de sentimientos ¿que será cuando multiplicando las libres voluntades que deberian unirse, se muliplican los elementos de discordia y las ocasiones de mutua contrariedad y choque?

Todos los años en los dias de fiesta, que eran las tres solemnidades del año, de Pascua, de Pentecostés y de los tabernáculos, como estaba ordenado en la ley, Elcana pasaba á Silo ciudad no muy distante en donde desde el tiempo de Josué descansaba el Arca y el tabernáculo; y allí todo Israël venia á ofrecer sus sacrificios y su oracion antes de ser erigido el templo de Jerusalen. Las mugeres y los niños no estaban obligados á hacer esta peregrinacion, pero no solian dispensarse de ella en las familias piadosas. Ana, triste y humillada, y Fenenna rodeada de sus hijos, seguian á su marido en su viaje á Silo. Son ya conocidos los ritos de aquellos sacrificios particulares: la sangre de la víctima era derramada al pié del altar: sus carnes eran en parte consumidas por el fuego, y en parte distribuidas tanto á los sacerdotes como á la familia que la presentaba. Elcana daba pues á Fenenna lo que le quedaba del sacrificio para ella y sus hijos: Ana que era sola, únicamente tenia una pequeña parte, lo cual era para ella un doloroso recuerdo de su esterilidad. Además su rival le dirigia insultos, arrostrándole su esterilidad, sin acordarse que ella debia á esta falta de la esposa de primer órden su título de esposa secundaria, y que los afligidos hallan un consolador en el cielo cuando la tierra no les concede otra cosa que el desden ó la injuria.

Cada año traia consigo las mismas fiestas, y por consecuencia, la misma altivez por una parte y el mismo dolor por otra. En Ramatha las dos mugeres podian vivir separadas, cada cual en su habitacion, pero durante el viaje y su permanencia en Silo por precision debian hallarse juntas. El espectáculo de la felicidad es siempre amargo á los ojos del infortunio; y los dichosos no siempre son bastante discretos para velar ó disimular su alegría; y aun se sabe que hay de harto vanos para compadecer con una especie de orgullo cobarde, y de asaz crueles para insultar á la desgracia. Un dia Ana se puso á llorar, porque el llanto es un desahogo natural y á veces irresistible para un corazon oprimido: el dolor se exhala sin destruirse, como un fuego que se dilata por medio de la llama sin por eso perder su intensidad; y el alma que no puede ocultar ya á los ojos ajenos el cruel pesar que la atormenta, parece que busca instintivamente en ellos una participacion de su dolor. El llanto

es un consuelo para los grandes pesares; y cuando el dolor se ha explayado con las lágrimas, parece que el alma cobra un nuevo aliento para volver á cargar otra vez con las cadenas de su infortunio. Ana perdió tambien el apetito: el espíritu abatido comunica al cuerpo su laxitud y su desmayo; y como si le pesara la vida, llega á aborrecer el alimento que la sostiene. Elcana que amaba á su esposa con aquel amor intenso y puro con que un buen esposo sabe amar, viéndola así decaida, le dijo: «¿Y porque lloras, y porque no comes? y como se aflije así tu corazon? ¿Y no soy yo mejor para tí que si tuvieses diez hijos?» Esto era una verdad. Un esposo honrado y adherido á su esposa, ved ahí la gloria y la felicidad de una muger; la union comunicativa de pensamientos y sentimientos, la mutua armonía de corazones, derraman mas encantos sobre la vida de lo que regocija el doméstico hogar una tierna y bulliciosa turba de hijos. Y además, ¿no hay en el lenguaje de este hombre algo de parecido á las palabras consoladoras que Dios, verdadero esposo de las almas, nos dirige por entre los sufrimientos de la vida? Porque se halla en las cosas humanas una plenitud de dolor que ninguna lengua mortal puede expresar: nuestras mismas alegrías llevan en su fondo cierto sabor de amargura y tédio, y declinan en desaliento y en tristeza desde el momento que advertimos su término. Por esto Dios por la voz de su doctrina nos recuerda el vacío de los placeres presentes y la riqueza de las esperanzas eternas, y atrae hácia él nuestros deseos, muy á menudo extraviados, como si nos dijera: «Cesa de lamentarte: busca en mí tu reposo: ¿no soy yo mejor que todas las cosas creadas?»

Ana tomó algun alimento para complacer á su marido. Vino en seguida, lleno siempre de angustia el corazon, á rogar en la puerta del templo: allí derramó copiosas lágrimas, y en el fervor de su deseo, hizo este voto al Señor: «Señor Dios de los ejércitos, si os dignareis fijar una mirada sobre vuestra afligida sierva; si os acordareis de mí, dándome un hijo, os lo consagraré por todos los dias de su vida, y no pasará navaja por su cabeza.» Siendo Ana de la tribu sacerdotal, así como su marido, sabia muy bien, que el hijo, objeto de su plegaria, perteneceria á Dios por el título mismo de su nacimiento, y con independencia de toda disposicion maternal. Pero como la ley no precisaba á los levitas á

entrar en el servicio del templo sino de treinta á cincuenta años ,. y de otra parte, tampoco exigia de ellos un asíduo y contínuo servicio ! era añadir bastante á las funciones indispensables del futuro levita el ligarle á ellas por toda la vida. El señal exterior de esta consagracion especial, usada algunas veces entre los Hebreos, era la larga cabellera á que no llegaba jamás el hierro. Y no hay para que decir, que esta obligacion no debia alcanzar al niño sino durante los mismos años en que viviria bajo el poder de sus padres, y que solo una ratificacion personal podia hacerle durar ulteriormente.

Por aquel tiempo Helí ejercia en Israël el cargo de gran sacerdote, y su ministerio lo habia llamado al templo cuando Ana vino allí á hacer su oracion. Advirtióla, y observando el movimiento de sus labios, sin escuchar palabra alguna, pensó que estaba ébria por exceso en la bebida. Sin duda que el semblante de Ana contristado á lo sumo, sus movimientos bruscos y agitados como los que nos arrancan las grandes pasiones, el fervor mismo de su oracion, todo podia autorizar una falsa sospecha en el espíritu del pontífice; y reprendió á la pobre muger, que huyendo de la borrasca doméstica, huyendo de su propia afliccion, tormenta mucho mas cruda que las injurias de una rival, en lugar del refugio y del sosiego, hallaba en la casa santa el reproche y la indignacion. ¿No parece que los hombres y las cosas trabajan á veces de comun acuerdo y se conjuran juntas para atormentar á los que sufren?

Ana entónces, la misma, que angustiada doblemente por su esterilidad y por los insultos de Fenenna, no se lee que saliera de su boca una sola palabra ni de murmuracion contra Dios, ni de impaciencia contra la que le insultaba, ni de queja á su marido; la misma que deshaciéndose en lágrimas y en el silencio de su retiro triunfaba de la injusticia y de la malignidad de su émula, responde ahora al pontífice con la mas humilde sumision: «Perdonad, Señor, yo soy una muger muy desdichada: no he bebido vino ni cosa que pueda embriagar, sino que estaba derramando mi corazon en la presencia del Señor. No trateis á vuestra sierva como una muger impia y corrompida; no la tengais por alguna de las hijas licenciosas de Belial, porque solo la vehemencia de

mi dolor y de mi afliccion es lo que me ha hecho hablar así hasta ahora.» No se conmueve ella por una injusta y odiosa acusacion: perdona á la altiva Fenenna; y á pesar de la vivacidad de su pena, dá el espectáculo de una rara magnanimidad. Por el dolor de su respuesta cambia los sentimientos del gran sacerdote y de acusador le convierte en protector suyo: porque la persuasion es la mas mágica fuerza del mundo, y solo la bondad es lo que logra persuadir á los corazones rectos.» Vete en paz, repuso el venerable anciano, y el Dios de Israël te conceda la gracia que acabas de suplicarle.» Ana añadió: «Pueda vuestra sierva hallar gracia á vuestros ojos!» Fuése en seguida y tomó alimento, y llena de confianza en Dios, ya no se le notó triste y abatido el semblante.

Ana llena de amargura, la confió al Señor con fé viva y síncera, y le pidió un consuelo. Desde aquel instante la paz y la alegría volvieron á su corazon. ¡Cuan bella es esta confianza en aquel Dios tan infinito en su bondad como en su poder!

A la mañana siguiente del dia en que habia adorado al Señor, Elcana, sus mugeres y sus hijos se volvieron á su casa de Ramatha. Dios habia escuchado los votos de Ana: y ratificado la bendicion del grande sacerdote: porque él es quien del seno de su sabiduría y de su independencia ha dictado las leyes á la naturaleza, cuya ejecucion precipita ó suspende á su arbitrio: él es quien coloca los oasis ó trechos de fecundidad entre los arenales del desierto, y alegra algunas veces la soledad derramando en ella las mas raras y perfumadas flores. En el año que siguió á su oracion Ana puso en el mundo un hijo á quien llamó Samuel, para significar que lo habia recibido del Señor. Este nombre debia ser para los padres el recuerdo de una gracia por largo tiempo deseada, y para el jóven una perpetua leccion de bien vivir. ¿No habria mejor inteligencia, ó no seria mas bien entendido imponer á los hijos, ahora como entónces, un nombre que les hablase de Dios y de la virtud, que poner á sus personas nombres de románticos recuerdos, ó de una vana armonía? La Iglesia, señalando á todos los hombres que vienen al mundo un patron venerado, cuyo nombre deben invocar y cuyos ejemplos seguir, ha introducido una práctica pro-

fundamente moral, que tiende á hacer reverdecer en lo presente las bellas acciones de lo pasado, y que aproxima y reune todas las generaciones por el lazo de una dulce y fecunda fraternidad. Pero la moda y el capricho se han apoderado tambien de esta práctica religiosa, y la han desvirtuado: los héroes de la Religion, cuyas virtudes nos son conocidas ó por haber nacido en nuestro suelo, ó por haber brillado como altas lumbreras en el emisferio católico, apenas llaman la atencion de muchos padres: en los héroes mismos de la santidad lejanos ó no conocidos buscan no mas que un sonido, prefiriendo á veces nombres inusitados de quienes llega á dudarse si pertenecieron ó no á la sociedad cristiana, ó si, militando bajo las banderas de la Iglesia, los reconoce esta como una parte de sus triunfos.

Cuando hubo nacido Samuel, su padre pasó á Silo con toda su familia para ofrecer á Dios acciones de gracias, pero Ana no siguió por entónces en aquel viaje. «No iré al templo, dijo ella, hasta que el niño esté destetado, y que yo le lleve para consagrarle al Señor y dejarle allí para siempre en su presencia.» Esta piadosa muger queria dárselo al Señor entero y sin reserva: bella imágen de aquellos corazones generosos que á nombre del deber sacrifican las mas caras afecciones, y acaban sin mirar atrás lo que han empezado sin egoismo. Elcana consintió en la voluntad de su esposa. «Haz lo que te parezca bien, le dijo, y permanece aquí hasta que se destete el niño, mientras yo estoy rogando á Dios que cumpla en nosotros su palabra.» Ana quedó pues en su habitacion y alimentó á Samuel con su propia leche, como todas las madres fieles á las miras de la providencia y á los consejos de una verdadera ternura. Porque, ¿ es natural el no acceptar sino á medias las funciones de la maternidad? ¿Y no es muy duro el confiar el hijo á caricias mercenarias paraque la flor de su alma se abra á un sonris estraño? ¿Hay para las madres una mas dulce recompensa que las primeras miradas y los primeros besos de un hijo?

Por fin, llegado ya el tiempo, Ana condujo á Samuël á Silo y lo presentó al grande sacerdote Helí, diciéndole: «Oyeme, señor mio, por vida tuya: Yo soy aquella pobre muger que estuvo orando al Señor á tu presencia. Por este niño oré, y el Señor otorgóme la súplica que

le hice : por tanto, se lo tengo ofrecido, paraque le sirva mientras viva.» Ana habia traido consigo tres becerros, tres modios de harina y un cántaro de vino á la casa del Señor en Silo, y sacrificaron un becerro cuando ella presentó el hijo á Helí. Transportada entónces de agradecimiento y de un santo júbilo, é inspirada por un espíritu profético, prorumpió en este bellísimo cántico:

«Mi pecho está colmado
De gozo en el Señor, y de alegria,
Mi Dios ha ya ensalzado
La robustez y fortaleza mia.
Mi lengua se desata
Y hablo á mis enemigos ya sin miedo.
Mi alma se dilata
Porque ya al fin regocijarme puedo
En tu salud, Dios mio.
Santo como Jehováh no lo es ninguno;
Y es necio desvarío
Creer fuera de tí, que hay Dios alguno.
Nuestro Dios es el fuerte,
Y no hay ninguno que como él lo sea.
No de mi escasa suerte
Hableis tan alto con jactancia fea.
No hableis ya de este modo,
Pues el Dios de las ciencias soberano
Lo vé y conoce todo,
Y el secreto pensar del hombre vano
A su sabiduría
No se puede ocultar. La ponderada
Fuerza, que presumia
Tanto de su poder, ya está quebrada;
Y la que os pareciera
A vosotros tan débil, está ahora
Mas firme y duradera.

Cambiada de una en otra hora
  La suerte instable y vana,
El que ayer se vió lleno de riqueza,
  Empobrece mañana;
Y este trabaja y sirve, cuando empieza
  El pobre á enriquecerse,
Que ayer necesitado, hoy abundante
  Y rico llega á verse.
Asi la que era estéril, vé delante
  De si sus hijos bellos;
Y la que de fecunda presumia,
  Se vé luego sin ellos.
Mortifica el Señor, y luego envia
  Consuelo al desvalido:
Lo lleva hasta el sepulcro, y luego en gozo
  Convierte su gemido,
Y todo es ya contento y alborozo.
  El Señor hace al pobre,
Y hace al rico; lo humilla y lo levanta
  Donde todo le sobre.
Y su poder y su grandeza es tanta,
  Que al triste pordiosero
Del polvo de la tierra donde yace,
  Del vil estercolero,
En alto lo sublima, y alli hace
  Que entre príncipes sea
Respetado: y glorioso en alta silla
  Colocado se vea.
En esto del Señor la gloria brilla
  Que de uno al otro polo
Es el árbitro y dueño soberano;
  Pues en ellos él solo
Los firmísimos ejes por su mano
  Fijó del orbe un dia.

El de sus santos, porque no tropiezen
Los piés alumbra y guia;
Mas los que en las tinieblas se entorpecen
De la impiedad, temblando
Irán siempre y á oscuras, donde quiera
Peligros recelando,
Pues su propio valor no los pudiera
Salvar: y los castigos
Temerán de Jehováh, que con tonante
Trueno á sus enemigos
Amenaza, y con rayo fulminante
Jehováh omnipotente
Dará á su rey el soberano imperio,
En trono refulgente,
De uno y otro vastísimo emisferio
Del orbe; y de su Ungido
Ensalzará el poder esclarecido.

Así rogaba Ana consolada. Esta muger en la sencillez de su corazon chupó en las fuentes de la religion una verdad de pensamientos que no se halla igual en los filósofos paganos, y un ardor de sentimiento que supera de mucho sin duda el facticio entusiasmo de los poetas. ¿Y cuál de ellos en efecto pintó con tan enérgicos rasgos la esencia y la fuerza de Dios, las vanas esperanzas de los malvados y el triunfo asegurado al hombre justo? Desdeñando la armonía de acompasadas sílabas, abre su alma con sencillez; y el fecundo raudal de nobles y sublimes palabras manan de ella como naturalmente y sin esfuerzo. Indudablemente el Espíritu divino le inspiró este cántico: pero, aparte de la inspiracion, ¿no debemos decir que las palabras ilustres, asi como las obras grandes, vienen de un corazon colocado dentro del círculo de la verdad, y que asi el hombre del pueblo como la muger y el niño, desde que su pensamiento brilla alumbrado por la luz de la religion, pueden tener y expresar sentimientos magnánimos? Y como la verdad y la virtud, que es la verdad misma en accion, entran en el derecho y en el deber de todos los miembros

de la familia humana ha permitido Dios que los rayos del genio, no á todos concedidos, pudiesen ser cubiertos y hasta ofuscados por los ricos arranques del corazon, que todos pueden tener: es decir, que el alma, con su natural facultad de sentir, inspirada sin estudio por el amor, pudiese elevarse á una altura mayor que aquella á la cual pueden sublimar las alas de oro del ingenioso pensamiento.

Despues de todo esto volvióse Elcana á su casa en Ramatha. El niño Samuel se quedó en Silo para servir al Señor bajo las órdenes del grande sacerdote. Era para Ana un gran acto de valor el dejar así al hijo único que tantas súplicas y lágrimas le habia costado: á las angustias de la esperanza iban á suceder ahora las inquietudes que nacen de una dolorosa separacion. Verdad es que guardaba ella para Samuel aquel tierno amor que goza hasta en la ausencia y se aumenta por la misma distancia, como una viña fértil que cuanto mas dilata sus ramas, tanto mas extiende los jugos alimenticios á las ubas mas distantes de su raiz. Despues visitaba á su jóven hijo en los dias de fiesta, viniendo á Silo para ofrecer los acostumbrados sacrificios, y entonces le llevaba una túnica obra de sus propias manos. La maternal ternura de esta muger no quedó sin recompensa por parte del cielo: el gran sacerdote bendijo á Elcana y á Ana, dándoles una numerosa posteridad. En efecto les fueron concedidos tres hijos y dos hijas y su vejez se coronó de gloria, como la vieja palmera se mira rodeada y envuelta con los retoños que verdean á sus piés.

No hay duda que la historia de Ana ha de hallar poderosas simpatías en el corazon de toda muger, ese misterio lleno de encantos, de ilusiones, de angustias y de gozos inexplicables. Aprovechamos esta oportunidad para reproducir una de esas inspiraciones felices, que no merecen por cierto quedar consignadas en páginas fugitivas, y que son al propio tiempo la expresion sublime y síncera de un corazon de muger, impresionado por los deseos y por la felicidad de la madre dichosa de Samuël. Y con tanta mas razon la aprovechamos, en cuanto el fuego de la inspiracion brilla como un metéoro luminoso de aquellos puros y religiosos sentimientos que forman la mas bella aureola del genio (2).

ANA MADRE DE SAMUEL.

CANTOS BÍBLICOS.

Ana ruega al Señor le conceda un hijo.

CANTO I.

Ana con el corazon lleno de amargura oró al Señor derramando copiosas lágrimas.........

(Biblia lib 1.° de los Reyes, cap. 1. v. 10.)

Maldito fué mi seno de matrona,
Hembras felices de Judá y Sion,
Estéril es cual roca del desierto
Donde no arraiga el musgo vividor.
Burláisme y bien haceis, matar debiérais
A la que el cielo la matriz cerró,
Como arrancais la planta improductiva
Que nunca al hombre dá fruto ni flor.
Cual de leproso desviais mi encuentro,
La ignominia me sigue do quier voy,
Y el contacto evitais de mis ropages
Como objeto de horrible maldicion......
¡Matadme! si, matadme acá en la tierra,
Es perdido el lugar que ocupo yo,
Perdido el aire que mi boca aspira,
Perdido el eco de mi triste voz;
Porque del orbe la armonía eterna
A cada objeto señaló mision
Y es mas inútil la muger estéril,
Que el invisible y frágil arador.
Puedo morir ¡ay misera! ninguno
Desgarrará la veste en su aflixion
Ni de cenizas cubrirá su frente,

Ni mostrará con gritos su dolor.
Solo la yerba mi desnuda fosa
Cobijará en toda su estension,
Solo el rocío matinal del alba
Dará á mis restos llanto bienhechor,
Y asi olvidada la memoria mia
Será cual sombra que fugaz pasó.
¡Señor Dios de Israël! mira á tu sierva,
Basta de pruebas y tribulacion;
Sumida en amargura y desconsuelo
Abandonarme no querrás, mi Dios,
¿En qué falté á tu ley, en que pecado
Pude incurir que atraiga tal rigor
Y de mi aparte la clemencia estrema?
¿Delinquí como esposa acaso? nó:
Falté á mis padres ó á los padres de ellos?
No les amé cual ningun hijo amó?
No compartí mi pan y mi vivienda
Con el anciano y huérfano...., Señor?
No llevé al templo las mejores reses
De mi redil y el trigo de mi troj,
Y sacrificios de mis frutos no hice
Con voz humilde y síncera ovacion?
Pues siendo asi, mi Dios; si complacido
Grato te fué mi celo y mi fervor,
¿Porqué de mí tú espíritu separas
Sin terminar este suplicio atroz?
Si madre no he de ser ¿porqué de esposa
Me diste á conocer el casto ardor?
¿Porqué el lecho nupcial, centro de dichas,
Solo me ofrece á mí desolacion,
Y soledad la casa de mi esposo,
Oprobio el mundo, befa y deshonor?
Muy mas que yo dichosas son las fieras

Y las sencillas aves mas que yo,
Y las palmeras de dorados frutos,
Y los vetustos cedros del Hebrón;.....
Cuida amorosa el ave á sus polluelos,
A sus cachorros el leon feroz,
Su fresca sávia el cedro y la palmera
Dan el naciente fruto ó al raigón.
Yo planta inútil, sin retoño alguno,
Frondosa y jóven vanamente soy,
Y el esceso de vida que en mi siento
Encerrado en mi misma es destructor.
¡Oh! dadme un sér que el sér á mi me deba,
Que me deba el sentido y la razon,
Que sea carne de mi carne misma,
Luz de mis ojos, prenda de mi amor;
Quiero besar sus párparos rosados
Y sus cabellos rúbios como el Sol,
Toda mi sangre darle en alimento
Aun que me deje ecsausto el corazon!
¡O Dios de Dios! ¡Espiritu de vida!
Fecunda sea al soplo creador
De tu querer omnímodo y potente,
Madre yo sea, madre de varon,
O matadme, Señor, porque en la tierra,
es perdido el lugar que ocupo yo,
Perdido el aire que mi boca aspira,
Perdido el eco de mi triste voz.

PRIMERA ILUSION DE MADRE.

CANTO II.

Y acaeció que pasado el circulo de dias concibió Ana y parió un hijo, y llamóle Samuel: porque le habia pedido al Señor.

Biblia, lib. 1.° de los Reyes, cap. 1.° vers. 2.°

Rogué al Señor con fervoroso acento
Ante un altar doblando la cerviz,
Y el que al humilde ensalza y postra al fuerte,
Calmó por fin benigno mi sufrir.
Gózate *Elcan*, tu primitiva raza
No acabará conmigo ni por mí,
Ya del Señor la gracia me circunda,
De mi existencia pende otro existir:
Porque soy madre, madre, esposo mio,
¿ Comprendeis bien ? soy madre, soy feliz !
Grata la vida ahora se me ofrece
Llena de encantos y esperanzas mil,
Dan espansion al alma contristada
Divinos goces que jamás sentí;
Y el corazon que inerte agonizaba
A la ilusion y amor vuélvese á abrir;
Dulce es la vida ahora y muy mas dulce
El nuevo lazo que me liga á tí,
¿ Sientes cual yo lo inmenso de este afecto ?
¿ Aclararse no ves el porvenir
Que tenebroso solo nos mostraba
De la vejez abandonada el fin ?
Un noble orgullo y alegría internos
No te hace ahora la cabeza erguir

Y una ambicion insólita no asalta
Tu indiferente espíritu hasta aquí ?
¿ No ansiais cual yo que sea el hijo nuestro
El mas discreto, bravo y mas gentil
De nuestra tribu y de Judea entera,
El justo que mas honre á Adonaí ?
Sí, sí, mi bien , nuestro primer nacido
Cual tú modesto , fuerte y varonil
Será y perfecto porque es don del cielo
y consagrado al cielo ha de vivir.
Negros ó azules brillarán sus ojos,
Como el lucero que arden en el cenit
Su menudita y blanca dentadura
Como joyel de perlas y rubí
Cuando con pié tambaleante y débil
De mi regazo al tuyo emprenda el ir,
O cual boton de rosa abra su palma
Para llamarnos con afan pueril,
É incomprensibles frases balbucee
Con su melosa voz de querubin,
¿ Que haré gran Dios, si solo el meditarlo
Mi pecho embarga estraño frenesí
Y para verle abriera mis entrañas
Cuando en ellas le siento rebullir ?
Que haré , Señor , al ver del hijo mio
Los redonditos brazos de marfil
Vivo collar cercando mi garganta
Y al tierno pecho que le adora asir
Con el clavel de sus risueños labios....?
.... Dios de mis padres, Dios de Sinaí,
Yó besaré , yo morderé su rostro,
Yo frívola seré, loca, infantil,
Mecerle quiero en mis amantes brazos,
Por él solo alentar, por él vivir....

Gracia Jehová, templa mi gozo ahora
Como el dolor templaste que sufrí,
Tanto el placer me ciega y enloquece
Que en contra tuya temo delinquir.
Perdon, Señor, ingrata no te sea
Tuyo es el ser que yo idolatro así,
Y te amo en él porque es hechura tuya
Y siempre fiel te debe de servir.
Ya el *Ephaôd* del sacerdocio vista,
O diestro empuñe el arco de adalid,
O del umbral de su nativa choza,
Que el cinamomo entolda y el jazmin,
Mire pastar la flor de sus rebaños
Por las floridas vegas de Ephraim:
Ya favorezca al pobre, ó pobre sea,
Sabrá, mi Dios, tu nombre bendecir,
Y acrecerás mi raza por la tierra,
Como se estiende la ramosa vid,
Y donde un nieto de mis nietos more,
Será tu ley reverenciada allí.

LA MADRE DEL PROFETA.

CANTO III.

Y el Jóven Samuël ejercia su ministerio delante del Señor.....................................
Y el Señor dijo á Samuël: mira que yo voy á hacer una cosa en Israël que todo el que oyere le retiñirán ambas orejas.

Biblia lib. 1° de los reyes.

¿Quien mas feliz que yo? madres existen
Que mas ventura adunen en la tierra?

La dicha interna de que el alma goza
Sobre mi rostro anciano llevo impresa,
Y en paz terminan mis postreros dias
Entre el amor y afectos que me cercan.
¿Viste al hundirse el sol en el ocaso
Con su esplendente magestad escelsa,
Como agrupadas nubes le enguirnaldan
Y su espirante fulgurar reflejan?
Asi paso, traspaso, entre ternura
Y cuidados y amor, bajo á la huesa,
Y mientras Dios recobra el alma mia,
Entre mis hijos mi memoria queda.
Porque temí al Señor y á su justicia
Fié el remedio de mi ruda pena,
Y mas me dió que no mi afan pedia
Que pródiga es del bien su gracia eterna.
Mugeres de Siquem y de Ramata,
Las que bañais los piés en la ribera
Del limpido Jordan ¿vistes por suerte
Al hijo mio, gloria de Judea?
¿De Dan á Bersabé mortal alguno
Hubo jamás que tan perfecto fuera?
Noble es su andar, radiosa su mirada,
Y sobrehumano espíritu le alienta;
Orna su pecho el *racional* sagrado,
Sobre su frente la tiara ostenta,
Y el rico *ephód* de lino que le cubre
Cual la nieve del Líbano blanquea.
Moradores de Egipto, á Silo, á Silo
Allí Jehová su voluntad ordena
Por boca de Samuel, del hijo mio,
Del escogido desde que naciera.
¿Quién como yo, al verle ministrando
En la casa de Dios cuando su diestra

Las palpitantes víctimas inmola
Purificando la mundana ofrenda?
¿Quien cómo yo, cuando á sus plantas miro
Fluctuante mar de atónitas cabezas,
Pendiente de su voz, moverse en olas,
Como la mies que fresca brisa orea?
Habla y su acento, irresistible, pasa
El corazon como acerada flecha,
Y de Astarót los ídolos malditos,
Sobre las aras quiébranse en mil piezas,
De sus hermosos é inspirados labios
Como á raudal de miel la verdad cuela,
Cautivando los ánimos dudosos
Y á los mas firmes dando mas firmeza.
Oidle, justos, Dios por su *vidente*
El porvenir incógnito os revela.
¡Misera tu Israël! ¡ay de tus hijos
Si á sus palabras los oidos cierras!
Los philisteos romperán tus lanzas
Como las cañas rompe la tormenta,
Y arrasarán tus templos y ciudades,
Y talarán ejidos y dehesas.
Los cráneos de tus gefes mas temidos
Copas serán de sus inmundas mesas,
Amarrados á carros vencedores
Arrastrarán tus niños y doncellas
Y darán por pesebre á sus caballos
El arca santa do tu ley veneras.
¡Tiembla, Israel! la voz del hijo mio
Es signo de perdon ó de anatema,
Nuevo Moisés, él puede á su alvedrio
Que la natura aborte copia inmensa
De temibles insectos destructores
Con que los campos asolados sean.....

Poder bastante tiene el ruego suyo,
Para que el rayo destructor descienda
O en lago estenso de corrupta sangre
El claro Nilo su cristal convierta,
O con peste mortífera diezmarte,
Volver del sol las luces en tinieblas,
Y que el Simun ardiente te sepulte
Bajo sus alas de movible arena.
Moradores de Ejipto, á Silo, á Silo!
Allí Jehová su voluntad ordena;
Quien con mas fé sus holocaustos rinda
Mas ventajoso vivirá en la tierra.
¿No veis cual yo que fiel le adoré siempre
Como de dicha perenal me cerca?
Amad al Dios de Sabahot nacidos,
Temed al Dios que en lo infinito impera.
Oid su voz con reverencia muda
Que habla el Señor por boca del profeta.

Samuel vestido con el trage de los Levitas, se ocupaba en el servicio del templo. Todos los Padres han ensalzado, sobre la fé de las antiguas tradiciones, su infancia pasada en los ejercicios de la piedad, sus costumbres puras, su caracter dulce y sus bellas calidades. Crecia en edad y en discrecion, igualmente agradable á Dios y á los hombres; porque los hombres por lo regular tienen mas rectitud en el corazon que valor en su conducta, y aunque destierren alguna vez la virtud de sus obras, no le niegan sin embargo la acogida en su estimacion.

Entretanto los hijos del gran sacerdote Helí, que eran tambien sacerdotes, deshonraban el sacerdocio por una conducta impía, y retraian al pueblo del culto divino por su ignorancia y su desprecio de la ley. Era este un grande crímen, pues ¿quién resiste á los escándalos salidos del santuario? ¿Y de donde vendrá el socorro, cuando la traicion se sienta en el hogar doméstico? (3) Conoció Heli el desórden

de sus hijos, pero en vez de castigarlos con firme severidad, les dirigió tan solo algunas convenciones que respiraban una idolente y excesiva blandura. Hay un tiempo para la misericordia sin duda, pero jamás hay un tiempo para la debilidad. Decíales únicamente: «¿Porque haceis todo lo que de vosotros me refieren? esos crímenes detestables de que habla todo el mundo? No mas hijos mios; que es muy desagradable lo que haceis, prevaricar al pueblo del Señor. Si un hombre peca contra otro hombre, puédesele alcanzar de Dios el perdon; mas si aquel hombre que ha de ser el mediador peca contra el Señor, quien rogará por él?» Tan flojas advertencias ni aun escuchadas fueron por los hijos de Helí, á quien Dios por otra parte acusó, por la boca de un profeta, de culpable condescendencia, y le predijo duras aflicciones y la muerte de sus hijos. Estas amenazas fueron confirmadas por el ministerio de Samuel, que, siendo muy jóven todavía, iba á entrar ya en el lleno de sus brillantes destinos.

Contaba entónces doce años, y una noche fué dispertado por una voz que pronunciaba su nombre. Creyendo que Helí le llamaba, fué á encontrar al anciano, el cual le respondió: « Yo no te he llamado vuélvete y duerme. » Poco despues percibió la misma voz. Samuel corrió al gran Sacerdote, el cual le despachó otra vez como ántes. Como el jóven levita no habia tenido aun comercio directo é inmediato con el Señor, no sabia aun por experiencia, como lo supo despues, por que señales se conoce la inspiracion divina. Fué llamado por tercera vez, y entónces el grande sacerdote le dijo: « Vuélvete y duerme, y si te vuelven á llamar, responderás: *Hablad Señor que ya escucha vuestro siervo.* » No dejaba de sospechar Helí en este hecho misterioso una intervencion del cielo; pues á causa de nuestra naturaleza complexa, el cielo oculta las verdades que se dirigen al alma bajo los fenómenos que afectan los sentidos; y para prevenir y corregir nuestras tendencias hácia las cosas materiales, suele confiar la ejecucion de sus mas estupendas obras á débiles instrumentos. Llamó otra vez la voz: «Samuel! Samuel!» y respondió este: « Hablad señor, que vuestro siervo escucha. » Era realmente el Señor el que llamaba, y añadió la voz: « Yo voy á obrar en Israël una cosa que no

se podrá escuchar sin pavor. En aquel dia cumpliré cuanto tengo dicho contra Helí y su casa; daré principio á ello y lo concluiré. Porque ya le amenazé de castigarle perpetuamente y sin remedio á causa de su iniquidad, porque sabiendo la indigna conducta de sus hijos, no los ha castigado. Por esto he jurado á la casa de Helí que su iniquidad no se espiará jamás ni con víctimas ni con ofrendas.» Tal fué la palabra del Señor, el cual se sirvió de un niño y de un levita para instruir á un viejo y á un pontífice, porque hay una madurez mejor que la de la edad y un sacerdocio que pertenece á todos los hombres, tal es la madurez y el sacerdocio de la virtud.

Despues de haber recibido la comunicacion del cielo, Samuel no volvió á ver á Helí, ni aun el dia siguiente. Abrió las puertas de la casa del Señor pero no se atrevia á descubrir al gran sacerdote la terrible vision que habia tenido. Helí empero le llamó y le dijo: «Que es lo que te ha dicho el Señor, hijo mio? Ruégote que nada me ocultes, y el Señor te trate con toda severidad si me ocultares alguna cosa de cuanto se te ha dicho.» Obedeció Samuel y le refirió palabra por palabra sin ocultarle nada todo cuanto le habia dicho el Señor, y respondió Helí: «El es el Señor: haga lo que sea agradable á sus divinos ojos.» Respuesta digna de un sacerdote penitente, humillado, compungido de sus faltas, y resignado á todas las disposiciones de la divina justicia. Créese comunmente que corrigió asi por la resignada acceptacion de su castigo futuro el vicio de su debilidad paternal, pero las amenazas del Señor no por esto dejaron de tener su cumplimiento. Con lo cual conoció todo Israël desde Dan hasta Bersabé que Samuel era un verdadero profeta del Señor.

En efecto un poco mas que veinte años despues de la profecia de Samuel, juntáronse los Filisteos para hacer la guerra á los Israelitas. Israël se puso tambien en campaña para combatir á los Filisteos, y acampó junto á la piedra llamada despues *Piedra del Socorro.* Los Filisteos por su parte avanzaron hasta Afec, y presentaron á Israël la batalla. Principiada esta, Israël volvió las espaldas á los Filisteos, quienes mataron en aquel choque y dejaron tendidos por los campos al pié de cuatro mil hombres.

Cuando el grueso del ejército hubo vuelto al campamento, dijeron los Ancianos de Israël ¿Como es que el Señor nos ha derrotado hoy delante de los Filisteos? Traigamos aquí de Silo el Arca de la alianza del Señor, y venga en medio de nosotros, paraque nos salve de la mano de nuestros enemigos. Acordábanse los hijos de Israël de cuanto habia valido á sus padres la presencia del Arca en los grandes conflictos; que las aguas del Jordan abrieron paso entre sus ondas, y que los muros de la soberbia Jericó quedaron derribados ante aquel trono del Dios vivo que habitaba en medio de su pueblo. Mas no se acordaban que la proteccion del cielo y el poder de la presencia divina exijian para obrar con eficacia la pureza de los sentimientos y la rectitud del corazon. El arca del Señor no podia servir de defensa á los transgresores de la ley que está dentro del Arca. Leccion tan sublime como importante para el hombre de todos los siglos. Todas las garantías que ofrece la religion, todos los sagrados símbolos con que asegura la mediacion del cielo en los acontecimientos humanos no pueden ejercer su influencia sino existe por nuestra parte la buena disposicion, una conciencia pura, una intencion recta, que nos haga dignos de recibir las bendiciones de lo alto. El culto exterior es imprescindible pero para que sea agradable á Dios no ha de ser otra cosa que la manifestacion del interior en el cual aquel ha de ser adorado en espíritu y en verdad. La presencia del arca en nada podia favorecer á unos corazones mancillados con la infidelidad y con el delito: asi como la presencia real del mismo Dios misticamente inmolado lejos de ser la vida y la felicidad en un corazon pervertido, es para él un decreto de condenacion y de muerte.

Envió pues el pueblo á Silo, y trajeron de allí el Arca de la alianza del Señor de los ejércitos, que tiene su asiento sobre los querubines, y los dos culpables hijos de Helí, Ofni y Finées acompañaban el Arca de la alianza de Dios. Luego que esta llegó al campamento, dió voces Israël con grande algazara, que resonaron por todo el país. Fué tanto el clamoreo de aquel pueblo insensato que llegó hasta el campo de los Filisteos. Azorados estos al saber que la causa de su griteria era el haber llegado á su campamento el Arca del Señor, dijeron entre sí despavoridos:

Su Dios ha llegado á sus reales : ay de nosotros ! ved cual han trocado su silencio de ayer en regocijo ! ¿ Quien nos librará de la mano de ese Dios exelso que hizo llover las plagas sobre el Egipto y condujo á Israël por el desierto? Mas los caudillos, viendo abatidos los ánimos por el terror que les infundia el Dios de Israël, procuraron alentarlos poniendo á sus ojos la desgracia de la esclavitud. Animo Filisteos dijeron á sus soldados, no seais esclavos de los Hebreos, como ellos lo han sido de vosotros. Pelead con denuedo, y vuestra será la victoria. Dieron en seguida la batalla, y quedó derrotado Israël, y todos los que pudieron escapar del estrago huyeron á sus casas. Fué tan horrible el destrozo que quedaron muertos en el campo trreinta mil Israelitas. Fué tomada el Arca de Dios, y muertos los dos hijos de Helí Ofni y Finées. Aquel mismo dia un soldado de la tribu de Benjamin, escapado de la batalla, vino corriendo á Silo, rasgado el vestido, y cubierta de polvo la cabeza en señal de dolor. Al tiempo que llegó estaba Helí sentado en su silla de audiencia á la entrada del templo, mirando hácia el camino porque su corazon se hallaba en un contínuo sobresalto por el Arca del Señor. Al punto que el fugitivo propabó la nueva fatal por la ciudad, todo el pueblo prorrumpió en lastimosos gritos. Preguntó Heli la causa de aquel general tumulto, pues tenia á la sazon noventa y ocho años, y sus ojos habian cegado. Vino pues á su presencia el portador de la noticia y le dijo: « Acabo de venir yo mismo de la batalla, y he escapado del combate. » « Y que ha sucedido, hijo mio, » preguntó el viejo temblando de temor. « Israël le respondió el soldado, ha huido delante de los Filisteos, y ha sido grande el destrozo del ejército: la mayor parte han perecido: tus dos hijos han quedado muertos, y el Arca del Señor ha caido en manos de los incircuncisos. » Apenas el anciano sacerdote oyó nombrar el Arca de Dios, cayó de espaldas de la silla junto á la puerta, y quebrándose la cabeza, espiró. Tal fué la muerte de este padre desventurado, que parece no haber tenido otros defectos que una culpable flojedad y exesiva condescendencia para con sus hijos: leccion trágica por la cual hace ver Dios, que si la ternura natural aconseja á los padres la blandura y la suavidad, deben algunas veces desplegar asimismo una prudente firmeza en nombre de la religion y de los verdaderos intereses de la familia.

Estos sucesos anunciados de antemano y muchas otras profecías que asimismo se cumplieron prueban que Samuel era el fiel intérprete del Señor. Tenia cerca de cuarenta años cuando le proclamaron Juez del pueblo en reemplazo de Helí. Los Hebreos formaban entónces, como dice el historiador Josefo, una verdadera teocracia. Las leyes emanaban de Dios mismo, que las habia dado á su servidor Moysés: y como ellas regulaban los intereses materiales lo mismo que los asuntos religiosos, el mismo poder decidia los casos de conciencia y terminaba los procesos civiles y criminales, y hasta algunas veces se encontraban unos y otros en una sola mano. Combinacion muy estimada en la antigüedad y feliz por el principio en que se apoya, pues que confia los destinos temporales de la humanidad á los que conocen sus destinos eternos: combinacion que se llamaria tal vez feliz asimismo en resultados, si á causa de los desvíos posibles de nuestra libertad las teorias mas nobles no fuesen á menudo inaplicables y casi siempre inaplicadas. Samuel pues, llegó á ser el político gefe de la Judea, como lo habian sido Jefté, Sanson y otros. A la autoridad civil juntaba la autoridad religiosa, como levita, y tal vez tambien como pontífice; pues si bien no era de la raza ó linage de Aaron, han creido muchos que ejerció por mision extraordinaria las funciones de sumo sacrificador. Investido de este doble poder, defendió la causa de Dios y de su país: reunió al pueblo armado en Masfath, no léjos de Ramatha y de Silo. Reanimó á sus abatidos compatriotas les exortó á defender su libertad comprendida por la victoria de los Filisteos, les hizo mirar las desgracias públicas como un castigo de la Idolatria y de los crímenes de la nacion, y volvió á conducir los ánimos al culto del verdadero Dios. Porque es una grande y saludable política el hacer sonar al oido de los pueblos que pesa sobre sus actos una responsabilidad formidable, y que las leyes constitutivas de las sociedades están afirmadas por una sancion divina, pues realmente las sociedades, como los individuos, necesitan que se les recuerde á menudo que no hay gloria real sino en la justicia, ni felicidad sino en la inocencia.

Grandes y prósperos sucesos, en los que mas de una vez se mostró visible la mano de Dios, glorificaron el gobierno de Samuel: fué recobrada el Arca, la audacia de los Filisteos humillada en un sangriento

combate, y conseguida para los Israelitas la paz con todas sus ventajas. Pasado el peligro, Samuel continuó con todo al frente del gobierno de su patria. Habia fijado en Ramatha su principal domicilio, desde donde salia á recorrer los pueblos inmediatos para escuchar las quejas del pueblo y administrarle justicia. Galgala, Bethel y Masfath eran los principales puntos en donde ejercia sus funciones pacíficas. Desde la época en que dejó de existir su tribunal, han sufrido todos estos países numerosas vicisitudes: han presenciado muchas escenas llenas de gloria y muchas otras llenas de infamia; pero mucho tiempo hace ya que la justicia se halla desterrada de aquel país, sin que pueda volver á hacerla entrar en él la tutela de la Europa.

Viejo ya Samuel, delegó una parte de autoridad á sus hijos para juzgar á Israël; pero por una desgracia que parece gravitar sobre la mayor parte de los grandes hombres, tuvo el dolor de ver á sus hijos infieles á sus propios ejemplos y á su reputacion. Las sentencias y la conducta de estos hijos eran tan llenas de iniquidad, que los Ancianos del pueblo fueron á dar sus quejas á Samuel, y á pedirle un rey. Esta demanda desagradó altamente á Samuel, porque tendia nada menos que á reemplazar una obra enteramente divina por una obra que era de mano de hombre. Consultó á Dios en la oracion, y dió á conocer á sus conciudadanos el porvenir que les estaba reservado. (4) Las habitudes de tiranía y de servidumbre que han distinguido siempre á los gobiernos orientales, podian de otra parte ilustrar al pueblo, que queria sustraerse de la obediencia de Dios para prestarla á un hombre. Pero el enfermo tiene una fé ciega en los remedios, y los quiere, no tanto porque curan sino porque se llaman remedios. Ademas los Israelitas se lisonjeaban sin duda de no estar mas oprimidos y de ser tan valientes como las otras naciones. Tuvieron pues un rey: Saül de la tribu de Benjamin fué elegido y consagrado. (5) Pero no fué este mas discreto que su pueblo: se separó de la voluntad conocida del Señor, y el Señor lo rechazó así como le habia escogido. No es Dios el que se arrepiente ó varía de parecer: sus pensamientos no puede disminuir ni crecer: son invariables como él mismo, y los hombres con toda su libertad nada de nuevo ni de imprevisto ofrecen á su mirada penetrante. Pero á los que le resis-

ten los derriba, y á los que le olvidan los abandona: su mano no hace mas que retirarse, y ellos vuelven á caer en el abismo de su natural flaqueza.

Samuel recibió la mision de anunciar á Saül que su reino habia finido. «La obediencia le dice, es mejor que las víctimas: asi como tu has desechado la palabra del Señor, el Señor te echa fuera de la dignidad real.» Despues de pronunciadas estas palabras, iba á retirarse el profeta, pero el monarca quiso detenerle asiéndole por la capa, cuando esta se rasgó. Y díjole entonces Samuel. «Asi el Señor ha rasgado hoy y arrancado de tí el reino de Israël, y lo ha dado á otro mejor que tú. Y aquel señor á quien se debe el triunfo en Israël no te perdonará, ni se arrepentirá de esto, pues no es él un hombre para que tenga que arrepentirse.» A lo que respondió Saül. «Yo he pecado, mas ruégote que me honres ahora delante de los Ancianos de mi pueblo, y en presencia de Israël, y te vuelvas conmigo, á fin de que á tu lado adore al Señor Dios tuyo.» Condescendió Samuel á la súplica de Saül, siguiéndole para adorar al Señor; pero desde aquel dia cesó de ver ya mas al monarca y de darle publicamente honores como á su príncipe; pero le amó siempre á causa de su larga y antigua intimidad, y le lloró todo el resto de su vida. Con todo, debió resignarse, y por una órden del cielo, escogió á David por segundo rey de Israël y le dió en secreto la uncion sagrada. Causas diversas llamaron el furor del antiguo monarca sobre el nuevo, el cual solo con la fuga pudo escapar de peligros siempre renacientes. Samuel, que participó de la mala fortuna de David, conservó sin embargo hasta el fin de su vida una grande influencia sobre los negocios públicos de su pais.

El ilustre profeta murió muy entrado en años y fué enterrado en el sepulcro de su familia. Todo Israël vistió de luto por su muerte, celebrando con lágrimas sus exequias. Hijo de la oracion, y consagrado á Dios aun antes de nacer, acabó en el seno de la piedad una vida comenzada bajo tan religiosos auspicios. Hombre superior, mostróse modesto sin debilidad y firme sin dureza. Los reyes le escucharon con respeto y su voz conservó su imperio hasta sobre un pueblo agitado por el espíritu de inovacion. Hábil político, reformó el estado é hizo florecer la religion, primera garantia del órden: político honrado, no buscó sino

en la virtud un contrapeso á la licencia, y pudo desafiar á sus conciudadanos á que le señalasen tanto en su vida como en sus juicios cosa alguna que fuese digna de reprehension. Así pareció Samuel: y si debe ser nombrado como deschado de príncipes á causa de sus bellas calidades, debe su madre ser nombrada ejemplo de las madres á causa de su religiosa ternura: pues nos atreveremos á asegurar, que habria mas hijos como Samuel, si hubiese mas madres que se propusieran imitar la piedad de Ana.

En la familia pues, en este reinado de la muger ¿quien dirá los beneficios de la madre y de la esposa, su influencia saludable sobre el hombre y las costumbres públicas? El mundo, como hemos insinuado ya al principio, debe á la maternidad muchas de sus mayores glorias, las debe á esas mugeres maravillosas en ternura y en virtud dos veces madres de aquellos hombres inmortales ¿Qué no puede el corazon de una madre, que despues de haber alimentado al hijo con el nectar suave de su propia substancia, le nutre y fortifica con una parte de su propio espíritu con sus puros y generosos sentimientos, con su piedad, con su tierna solicitud para con los desgraciados, que todo se convierte en amor en los labios de una madre? ¿Qué no podrá ese ser maternal que con sus ardientes besos parece quererse comunicar todo entero en el corazon de su hijo? ¿Y qué ruegos podrá oir el Señor de las misericordias sino oye las súplicas de una madre? Así como la fé nos muestra en el cielo sentada junto al trono del Omnipotente una Vírgen dulce, madre suya y hermana nuestra, implorando gracia y perdon para sus hermanos, apagando en las manos del Arbitro supremo el rayo pronto á estallar; asi la historia de los pueblos cristianos, y del pueblo que por encerrar las esperanzas del Cristo se acercaba mas á la perfeccion cristiana, nos muestra en el hogar doméstico la muger, madre, esposa, hija y hermana del hombre, deteniendo el cuchillo en las manos de su esposo, de su hijo ó de su padre, llevando la serenidad en su frente, y en sus labios el perdon. En tanto que el paganismo nos presenta apenas dos ó tres ejemplos de mugeres desarmando la cólera del ser fuerte, los anales del cristianismo nos ofrecen á millares. O ilusos vosotros que con un pecho mas cruel que el de fiera bramais para desgarrar los dulcísimos é inocen-

tes lazos de familia y aniquilar la piedad en el mundo: no, no lograreis vuestro feroz intento mientras haya corazones de esposa y de madre. Empezad primero por arrancar del corazon materno la suave y casi celeste influencia que ejerce sobre el fruto legítimo de sus entrañas y de su amor: cerrad sus labios para que no inspire á su prenda dulcísima los sentimientos naturales y sublimes de la religion y de la virtud: convertid todas las madres en esos raros monstruos que abandonan á su recien nacido con una crueldad que llena de horror á la ley misma... Pero no: los corazones de las madres están en las manos de Dios; no perecerá la familia; no perecerá la sociedad. Madres! despues de Dios, vosotras sois la esperanza del mundo.

Notas.

(1) Para desenvolver algun tanto la idea de la superioridad que dá al hombre el sentimiento religioso, trasladaremos aqui algunas de las reflexiones que vertimos en otro lugar al considerar á la Religion natural no como una Religion formada y positiva, sino como un sentimiento inherente al corazon humano, sentimiento que no puede quedar sin objeto á menos de dejar un inmenso y lastimoso vacio en la existencia y en la naturaleza humana, y que aplicado á la verdad religiosa que en diversos grados de desarrollo ha dominado siempre en el mundo, ha producido la grandeza del ser humano asi en su parte inteligente como en su parte activa y afectiva.

La ley que imprimiendo en nosotros la idea de un criador nos lleva hácia él, dice el Sr. Montesquieu, es entre todas las leyes naturales la primera en su importancia, aunque no lo sea en el órden con que las sentimos, porque el hombre naturalmente piensa antes en la conservacion que en el origen de su existencia. Esta ley, pues, en el hombre es la base de todas las demas ideas acerca nuestras relaciones con Dios arbitro supremo, y su Señor soberano, cuya existencia hemos ya demostrado, y de esta ley dimana la necesidad de un culto religioso, ó sea de una religion de la cual Dios debe ser el principio y el objeto. ¡Verdad luminosa de la que la razon halla en sí misma las pruebas mas evidentes! ¡Verdad sensible confirmada con las pruebas no menos irrecusables del sentimiento!

Sí, existe en el hombre el sentimiento natural de una religion instinto poderoso, inclinacion invencible, que nos lleva hácia ella! Hay sobre nosotros una voz imperiosa, irresistible que nos clama con toda la elocuencia de la razon: Existe en la naturaleza visible un invisible Señor que la domina, que la gobierna, de quien dependemos

todos, y á quien debemos nuestros homenages: un legislador supremo, que rije el mundo físico por las leyes fijas que el mismo ha establecido; y que nos impone tambien á nosotros leyes sagradas é inviolables para rejirnos en el órden moral; un supremo remunerador de la virtud que toma interés por las almas buenas y justificadas; un supremo vengador del crímen cuya vista observa, y cuyo brazo castiga las almas malvadas y perversas.

¡Voz poderosa que ni los esfuerzos de la impiedad ni todas las pasiones conjuradas podrán jamás sufocar del todo! ¡Voz permanente que se ha ido perpetuando de edad en edad y de siglo en siglo! ¡Voz universal que resuena y se hace sentir en todos los puntos del globo habitado! ¡Desde las regiones heladas del polo, hasta las regiones ardientes del mediodia, desde los climas en que se levanta el astro del dia hasta aquellos en que se sepulta, en todas partes no veo sino hombres movidos con la idea de una religion, pueblos unidos entre sí con los vínculos de una religion, imperios apoyados sobre los fundamentos de una religion!

Sabemos ya lo que han dicho algunos viajeros en sus mas ó menos modernas relaciones, cuya autoridad no es siempre del mayor peso, escritores por lo comun poco filósofos y poco delicados en materia de observaciones morales casi siempre mas amantes de lo maravilloso que de lo verdadero, y mas ocupados en sorprender que en ilustrar. Refieren estos investigadores de climas y de paises que en los vastos desiertos del Africa, en los bosques inmensos de la America, ó en alguna isla de nuevo descubierta y poco conocida todavía se han encontrado hombres salvajes, en un estado tal de barbarie y de embrutecimiento, que no se descubria en ellos el menor vestigio de religion. ¿Qué debemos concluir de aquí? Que tales hombres son, como lo anuncian las mismas relaciones de los viajeros, unos monstruos de la humanidad, en quienes la razon se halla tan degradada y envilecida como la religion, y qué, siendo verdadero el hecho, para haber perdido toda idea y sentimiento religioso fué preciso haber ántes sufocado toda idea y todo sentimiento de razon. Donde quiera, pues, que se muestra un destello de razon se muestra tambien un sentimiento religioso, porque este es el principio de la razon misma. Así que la falta absoluta de religion solo se halla en la degradacion humana, estado miserable que prueba la gran caida del hombre, y que debe humillar nuestro orgullo y avivar nuestra gratitud hácia aquel Dios que nos ha restituido á la dignidad de hombres.

Es indudable, pues, que la negacion absoluta de todo sentimiento religioso, si es que pudiese probarse su existencia, (porque ¿quién se atreverá á asegurar que el hombre por mas degradado que sea no piense ó sospeche alguna vez que hay algun poder inteligente superior á él?) se halla identificado con el último grado de estolidez y de barbarie que la naturaleza mira con horror, y de que apartamos los ojos con espanto. La religion es la única que ha llamado á los hombres á la civilizacion, y que los llama actualmente á ella; es decir, que la razon humana no

puede perfeccicnarse sin el ausilio de la religion. En confirmacion de esta verdad veamos como el mas célebre de los naturalistas modernos nos habla de las costumbres de aquellos pueblos embrutecidos que supone destituidos, alomenos en apariencia, de todo sentimiento religioso. Nada mas persuasivo que el triste y horroroso cuadro de esta porcion desdichada de nuestra especie, para manifestar hasta que punto de barbarie quisieran hacernos retrogradar esos hombres delirantes que tienden á destruir ó sofocar alomenos todo sentimiento religioso.

» Los salvages del norte de los Esquimales, y en la parte septentrional de la isla de Terra-Nova, asi como los Groelandeses son agrestes, supersticiosos y estólidos. Los lapones daneses tienen un gran gato negro al cual confian todos sus secretos y con quien consultan todos sus negocios, esto es, si aquel dia conviene salir á pescar ó cazar. Entre los Lapones suecos tiene cada familia un tambor para consultar con el diablo.

Estos pueblos no tienen idea alguna de Religion ni de Sér supremo; (1) los mas son idólatras y muy supersticiosos, mas groseros que salvajes, sin valor sin respeto hácia sus mismas personas, y sin ningun pudor: pueblo abyecto sin mas costumbres que las suficientes para menospreciarle. Muchachas y muchachos, hijos y madres, hermanos y hermanas se bañan todos juntos y desnudos sin el menor rubor. Ofrecen sus hijas y mugeres á los extrangeros, y tienen á mucha honra que comercien con ellas, practicándose tambien esta costumbre entre los Samogedos, Borandianos, Groelandeses, y Lapones. La misma práctica se vuelve á encontrar entre los Tártaros de Crimea, los Calmucos y otros muchos pueblos de Siberia y Tartaria, así como en todas las naciones circunvecinas como en la China y en la Persia los hombres son celosos en estremo.

Los Tártaros que están bajo el grado 55° siguiendo el curso del Volga son selváticos estólidos, brutales y parecidos á los Tonguses que casi no tienen idea alguna de religion; y estos tártaros no admiten por mugeres sino muchachas que hayan tenido comercio con otros hombres.

En la mayor parte de los inmensos paises del Asia, que ocupa 1200 leguas de largo y mas de 750 de ancho no hay la menor idea de religion; ni la menor modestia en las costumbres ni ideas de decencia: todos son ladrones, y los de Daghestan limítrofes de pueblos cultos hacen gran comercio de esclavos y de hombres libres, de que se apoderan por fuerza para venderlos despues a los Turcos y Persas.

Entre las bárbaras costumbres que se cuentan de las naciones salvages del norte de Manila, es la mas rara la de los habitantes de la isla Formosa en la que no se permite á las mugeres parir hasta la edad de 35 años, sin embargo de serles lícito casarse mucho antes de aquella edad. Rechteren habla de esta costumbre en los siguientes términos: « No por estar casadas las mugeres pueden dar hijos á luz, pues para esto es preciso que tengan alomenos 35 ó 37 años: Cuando no han llegado á esta edad

(1) Sin embargo en su gato, en su diablo y en su idolatria manifiestan estos pueblos que un sentimiento religioso mal dirigido se ha convertido en una supersticion abominable.

y se hallan embarazadas acuden á sus sacerdotisas, las cuales usan de algunos medios para hacerlas abortar, con tanto ó mas dolor que el que tendrian en el parto, pues el parir antes de la edad prescrita no solo seria deshonra sino tambien pecado muy grave. He visto mugeres que habian hecho perecer su fruto quince ó diez y seis veces y que estaban embarazadas por la décima séptima vez cuando habian llegado en la edad en que les era lícito dar un hijo á luz.»

Esta ferocidad de costumbres, que estremece, es en estos miserables pueblos el resultado necesario de su falta de religion, ó de sus errores en ella. Aun en medio de este profundo envilecimiento se nota al hombre apegado á ciertas creencias ridículas de un órden sobrenatural y oculto. En el corazon del hombre hay un impulso, una necesidad de creer, de la que no se ecsimen los sábios, ni el vulgo. Vimos ya en otro lugar la vergonzosa credulidad del hombre que se gloria vanamente de haber desechado todas las creencias, cual es el ateo. Si cesa de someter su espíritu á la religion, que es la inspiracion de la naturaleza, inventará las mas monstruosas opiniones, y por mas que afecte despreciar el poder divino irá á buscar en los ástros, en la mágia, ó en cábalas oscuras su porvenir ó su destino.

» Lo maravilloso, lo futuro, y las esperanzas son necesarias al hombre, porque se siente formado para vivir mas allá de este mundo visible. Los *conjuros* son entre el pueblo, instinto ó señal de religion, y una de las pruebas mas sensibles de la necesidad de un culto. Entre dos estremos, menos malo es creerlo todo que obstinarse en no creer nada, porque el hombre ha de creer á pesar suyo. Hay adivinos cuando no hay profetas; hay maleficios cuando se renuncian las ceremonias religiosas, y se abren las cavernas de los hechiceros cuando se cierran los templos del Señor.

Parécenos haber probado que el sentimiento de la religion es inseparable de la razon del hombre, ó mas bien que forma la parte principal de ella, y que es un sentimiento inherente al corazon humano. ¿Quien se lo inspira? la misma naturaleza, motivo por el cual al conocimiento de los principios de la religion se le ha llamado *religion natural*; pues que la naturaleza los inspira constante y perennemente á todos los hombres sin que el ejemplo verdadero ó supuesto de un corto número de hombres estúpidos, bárbaros y feroces, en quienes la razon se halla notablemente alterada, pueda hacer dudar del testimonio y del juicio general del género humano, así como el corto número de hombres imbéciles ó dementes no puede tornar inciertos ó sospechosos los principios generales del sentido comun.

Todos los pueblos, pues, y todas las edades, están acordes generalmente en reconocer y seguir una religion, sin que pueda formar escepcion atendible la de algunas hordas de bárbaros ó pueblos degradados, en quienes con dificultad se percibe un vislumbre de razon. El sentimiento, pues, de la religion es natural al hombre porque forma parte de su razon y es conforme á su naturaleza. Luego este sentimiento no puede ser en el hombre el fruto de la impostura ó de las preocupaciones, aunque estas hayan desgracia-

mente influido muchas veces en la mala direccion de aquel sentimiento. Porque debemos confesar, ó bien que no existe regla alguna de verdad, y caeríamos en el mas absurdo escepticismo; ó bien que no es falso lo que dicta la naturaleza á todas las edades y á todos los pueblos. Aqui no hay medio: es preciso ó renunciar á todas las luces que derivan de la razon ó del sentimiento, ó reconocer que la religion está gravada mas ó menos sensiblemente en nuestra naturaleza.

A vista de esos luminosos é incontrastables principios ¡cuán execrables nos parecerán las delirantes blasfemias de Hobbesio, de Espinosa de Maquiavelo, de Epicuro, y otros muchos empeñados todos en hacer de la religion una quimera, un fantasma! Nos parecerán, á pesar de su erudicion y de su artificiosa elocuencia, unos mónstruos en el órden moral, que con una audacia sacrílega, para sustraerse á la luz que ofendia la corrupcion profunda de su espíritu, se han visto obligados á sepultarse en las mas espantosas tinieblas. ¡Qué embrollo de falsedades palpables, de contradicciones manifiestas, de suposiciones quiméricas, de principios absurdamente corruptores no se han visto precisados á ensartar para combatir el sentimiento de una religion gravada con caractéres indelebles en el espíritu y en el corazon de todos los hombres!

Desplómase por sí mismo el mentiroso edificio de sus abominables sistemas, que no pueden subsistir sin ultrajar á la recta razon, en la cual queda la religion sobradamente vengada. Al considerar de los dos grandes principios en que se apoya el sentimiento de la religion, que es el culto exijido por Dios de la criatura racional, refutan ya de antemano todos los sofismas que pudieran ahora oponerse á aquellos principios, concedidos los cuales se ha de admitir indispensablemente la necesidad de una religion. Porque si hay un Dios infinitamente perfecto, y el hombre es un ser inteligente, libre y racional, de necesidad Dios ha de exijir ser conocido y amado; conocido como á primera verdad, y amado como á infinita bondad. Es, pues, indispensable que las criaturas que se lo deben todo, le tributen los homenajes de adoracion, de reconocimiento y de amor que les sea posible, y por consiguiente que tengan una religion. Luego con la idea de Dios está necesariamente unida la idea de la religion, y se nos hace ver como una verdad incontestable la necesidad de ella.

No puede concebirse la idea de un Dios, sin sentirse animados de respeto, de sumision, de gratitud y de amor hácia el grande autor de la naturaleza. En el silencio apacible de la meditacion, cuando el alma reflexiona sobre sí misma sin distraerse, reconoce á pesar suyo no solo la grandeza y el poder de una inteligencia soberana, que debe ser venerado, sino tambien la dignacion inmensa y la bondad inconcebible de un Criador que debe ser amado con todo el amor de que el hombre es capaz. Júntanse á estos sentimientos naturales el interés, ó llámese el amor de la propia felicidad, el instinto de la propia conservacion el deseo del propio engrandecimiento, la sed de la inmortalidad, el ansia de abismarnos en el goce de un bien infinito, el pensamiento de nuestro origen y de nuestro fin, y

la conviccion íntima de que Dios tuvo en nuestra creacion el objeto de ser conocido, amado y adorado por sus criaturas, y glorificado en ellas segun la naturaleza de cada una. ¿Cómo podrá resistirse pues, viendo que la armonía del universo visible es un himno incesante de la creacion á la gloria del Señor, en contribuir por su parte al grito y al deber del universo? ¿Cómo se resistirá siendo criatura capaz de conocerle y amarle, á la expresion natural de admiracion, de reconocimiento y de amor, hácia el arbitro único de los mundos que se dignó sacarle del abismo oscuro de la nada para elevarle sobre todos esos mundos visibles y hacerle capaz de conocerle? Ah! ¿con que horror deberemos mirar la monstruosa ingratitud, y la extravagancia insufrible de los que niegan en el hombre la obligacion de dar culto y homenage de gratitud y de amor á ese Criador tan espontáneamente generoso, y tan magnífico con nosotros?

Cuando decís que no hay religion, desdichados sectarios de la impiedad, ¿habeis considerado que horrorosos resultados se siguen de tan absurda blasfemia? Si pudiera persuadirse que creeis en efecto lo que decís, esclama un célebre apologista del cristianismo ¿que tierras habria en el mundo tan lejanas y remotas, en las que me pudiese creer bastante apartado de vuestra odiosa presencia y de vuestra vecindad peligrosa?

Si no hay religion para vosotros, tampoco hay ley interior que arregle y que contenga vuestras inclinaciones; no teneis mas temor que el de los hombres; no teneis mas bien ni esperanza que la rápida existencia sobre la miserable tierra: no teneis que atender á otro interés que á vuestro interés temporal: y en vuestras acciones no teneis otro fin ni otro motivo que vosotros mismos, y vuestra ventaja personal.

Si no hay para vosotros religion os será lícito todo cuanto os sea útil, y *vuestros derechos* no tendrán otros límites que el temor ó la impotencia, y todo lo podreis contra cualquiera mas débil ó menos astuto que vosotros. Si vuestro interés personal es el único móvil de vuestras acciones, y este exije de vosotros injusticias, extorsiones, traiciones, atentados, asesinatos, abominaciones y maldades de toda especie; con tal que nada tengais que temer de la vista ó del poder de los hombres, vendreis á ser sin miedo ni remordimiento alguno en mil circunstancias injusto, ladron, traidor, asesino, y todo cuanto de mas execrable puede concebirse en punto de maldad ó de impostura. Y si vuestro provecho personal se halla en vender á vuestro amigo, en deshonrar la casa de vuestro hermano, en acelerar la posesion de la herencia paterna, en abatir la autoridad legítima, en transtornar la patria, ó en derramar á torrentes la sangre de los infelices; con tal que la oscuridad ó la fuerza os aseguren la impunidad, sereis, segun os convenga, y sin la menor alarma ni clamor de vuestra conciencia, amigo pérfido, hermano incestuoso, hijo parricida, súbdito rebelde, mal ciudadano, tirano bárbaro y sanguinario.

¡Horroroso sistema en que la inconsecuencia es el único asilo, la unica salvaguardia del honor, de la virtud, y de la razon! Asi lo has ordenado, Dios de la naturaleza y Dios de la religion! El impío no pue-

de sacrílegamente alzarse contra tí ó contra la sagrada ley que has gravado en nuestros corazones, sin verse en la precision de avergonzarse, ó de *sus principios*, que se ve forzado á abandonar, ó de *sus costumbres* que se ve obligado á disfamar.

Es, pues, conforme á la naturaleza y á la razon este instinto poderoso de la especie humana que mueve é inclina á todos los pueblos del universo á reconocer la existencia de un Dios y á practicar una religion. Muchos de estos pueblos han desfigurado este sentimiento sublime y consolador, tan propio de la debilidad humana y tan necesario para suportar las miserias de la vida; mas ninguno ha extinguido enteramente su gérmen. Ellos han podido desviarse en el objeto y en el ejercicio de la religion, porque la razon por sí sola que les inspiraba este sentimiento natural, estuvo rodeada de tinieblas por la prevaricacion del primer hombre; mas no se engañaron en el principio natural que les mostraba la existencia de esta religion y que se la imponia como un deber imprescindible.

Pugna, pues, con la naturaleza y con la razon la odiosa pretension de Epicuro que hace de la religion un vano fantasma destinado únicamente para aterrorizar y oprimir al género humano. Que el hombre haya abusado de este sentimiento para tiranizar á sus semejantes, ó para satisfacer sus pasiones mas viles, es una verdad. Mas, ¿porque algun malvado, ú impostor haya abusado del nombre de Dios, se ha de seguir que no hay Dios? Dícese que la impostura y el artificio de algunos hombres han inventado la religion para consolidar su predominio, su autoridad, y sus usurpaciones, y que en nombre del cielo se ha hecho gemir á la tierra. Sea asi, mas siempre tendremos que el sentimiento de la religion era un medio preecsistente que la malicia humana ha empleado y puesto en obra para sus fines, mas no un medio que ella hubiese creado ó inventado. ¡Cuánta sangre se ha derramado en nombre de la razon, de la libertad y de la filosofía! ¿Y diremos por esto que la razon, la filosofía y la libertad sean unas quimeras, y una pura invencion de los hombres? ¿No se han valido tambien los opresores del linage humano, los perturbadores de los pueblos, los enemigos de las sociedades del resorte poderoso de las pasiones humanas? ¿Y quién se atreverá hasta el delirio de asegurar que las pasiones humanas deben su existencia al artificio de tales hombres?

No es dado al mortal crear nuevos sentimientos ni mudar la naturaleza de las cosas, ni en el órden físico, ni en el órden moral. Lo único que puede es abusar de ellas, alterarlas, y apoyado sobre la simplicidad, la ignorancia de los demas, conducir por torcida senda los mas puros y generosos sentimientos de la naturaleza para sus depravados fines. El ciego fanatismo de la impiedad, callando los inmensos bienes de que ha colmado la tierra el sentimiento de la religion dado al hombre para su consuelo, solo se detiene en aquellos desastrosos periodos en que, convertido este sentimiento en una superstición horrorosa, ha levantado unos pueblos, ha encadenado otros, y ha derramado torrentes de sangre. Mas, cabalmente esta triste verdad, esta reflexion convence á primera vista la necesidad urjentísima de dar

á este sentimiento inato en el hombre, el noble giro que dicta la razon, y conducirle por la senda de la verdad. Es preciso hacer todos los esfuerzos paraque el mundo entero vuelva los ojos hácia la única religion que merece dominar en él por confesion de los mismos filósofos; hácia aquellareligion á quien debe la civilizacion y la libertad, religion ante la cual se postran la sabiduría y el amor y que persiguen tan solo la corrupcion y la perfidia. En vista de los desastres que ha producido en el mundo la mala direccion del sentimiento religioso, ¿qué iluso negará la necesidad de disipar las tinieblas, los errores, las imposturas de cuantos pudieran abusar de él para desolar otra vez el mundo? ¿qué hombre de bien, qué ilustrado filósofo no se interesa en que se haga patente á todos y se propague la única religion de dulzura, de amor, de paz, de fraternidad, de sacrificios recíprocos y de esperanzas inmortales que puede únicamente ella sola convertir en dicha del género humano un sentimiento natural, tan terrible y desastroso cuando está mal dirijido?

Tocará hablar ahora de la poderosa influencia que tiene este sentimiento religioso en la conservacion en el órden y en el bien estar de la sociedad; ó digámoslo mejor, de la necesidad que esta, sea cual fuere su forma politica, tiene de la buena direccion de aquel sentimiento, sin el cual se disuelve por sí misma, y sus individuos pasan á ser ó tiranos, ó salvages. Mas, nos fuera indispensable entrar ahora en prolijas investigaciones para considerar á la incredulidad, (ó sea negacion de todo sentimiento religioso) con respecto al órden social, punto que excederia los límites que nos hemos propuesto. Bástanos, pues, indicarlas como una nueva y robusta prueba de que el sentimiento de la religion léjos de ser invencion humana es natural al hombre, puesto que le es indispensable para existir en el estado que la naturaleza racional le destina en el mundo, cual es el estado de sociedad.

Diremos tan solo que Dios, cuya existencia no puede negarse, como autor que es de la sociedad humana, no ha podido sin ofender ó perjudicar su providencia y sabiduría, omitir un medio esencial á la conservacion de su obra, cual es la de inspirar al hombre el sentimiento de los deberes que tiene hácia él, y la necesidad de adherirse á su voluntad soberana para superar las calamidades que le rodean y ser lo menos infeliz que pueda sobre la tierra, esperando en otra vida el complemento de una felicidad á que se siente destinado.

El deista que en su monstruoso sistema afecta reconocer un Dios sin providencia y sin el cuidado de sus criaturas, se ve obligado á decir que aquel se sirve de la ilusion, de las preocupaciones y de los errores de los pueblos para ejecutar el plan y sistema de la creacion y tener los hombres reunidos en sociedad; mas, esta idea conduce directamente al ateismo, porque es casi imposible creer de buena fé en una divinidad tan estólida, impotente y contradictoria. Hombre inconsecuente, le dice el ateo, si hay un Dios, hay una religion. Si existe este Dios, ¿por qué no hemos de darle un culto? ¿porqué no ha de ser adorado de sus criaturas que viven en él, y por él?

Si quereis negar la religion dad otro principio y otra causa al universo. Concluiremos este párrafo con las notables palabras de un filósofo que reasume en pocas líneas lo que es la religon con respeto á la sociedad. Llámala el foco de todas las virtudes, la filosofía de todas las edades, la base de las costumbres públicas, el medio mas poderoso que tienen los legisladores, mayor y mas fuerte aun que el interés, mas universal que el honor, mas eficaz que el amor de la patria: el garante mas seguro que pueden tener los gobiernos de la fidelidad de sus pueblos, y estos de la justicia de sus gobiernos, el consuelo de los afligidos, el pacto de Dios con los hombres, y para usar de una bella imágen de Homero, *la cadena de oro que tiene colgada la tierra al trono del Eterno.*

¿Quién creyera, sin embargo, que de este sentimiento dulce y consolador inspirado por la naturaleza que nos impele hácia la religion con una fuerza irresistible, se han tomado pretextos para destruir esta misma Religion hácia la cual nos vemos tan naturalmente impelidos? Confesando vagamente algunos sofistas el sentimiento inextinguible de la religion, creen satisfacer las necesidades del hombre naturalmente religioso, dejándole solo con su vacilante razon, sin otra guia que le dirija en el cumplimiento y perfeccion de este deseo soberano é imperioso. Hablándole de un supremo Sér, á quien á veces se desdeñan de llamar Dios, señálale cada uno á su antojo el límite de los deberes y de las adoraciones que este gran Sér exije de los demás seres criados. Háblanle de la existencia de una verdad, y le ocultan maliciosamente los medios para llegar á su descubrimiento. Unas veces le dicen que Dios puede ser servido y adorado en todas las religiones de la tierra, y que en todos los cultos Dios recibe con agrado las adoraciones de sus criaturas. En otros le inculcan que todo el globo está cubierto con el denso velo de la ignorancia y de las tinieblas, que todos los cultos ó creencias no tienen otro origen sino el interés de unos hombres en engañar á otros, que todas las religiones de la tierra son otras tantas invenciones humanas en las cuales los pueblos aletargados en supersticiones groseras, sirven de juguete á los mas astutos y dan pávulo á sus pasiones: concluyendo por fin que la única religion digna del hombre es la *religion natural*.

Mas, ¿qué entienden estos sábios, estos filósofos por *religion natural*? ¿Cómo estos hombres que tanto le hablan de la importancia de la verdad, y de que el hombre, á menos de ser un estúpido, ha de afanarse para buscarla, y no cesar hasta haberla encontrado; le dejan en oscuras y en incertidumbre sobre la verdad mas importante, y la que de mas cerca le toca? ¿Cómo le apartan y le retraen de todo exámen de religion, dejándole abandonado tan solo á este instinto, á este sentimiento imperioso que le obliga á conocer é investigar cual sea la voluntad de Dios, que siente en su corazon, reconociendo la obligacion indispensable de cumplirla? ¿Cómo favorecen en él esa inclinacion irresitible en buscar la verdad, diciéndole que basta la religion natural para cumplir todos las deberes que ella le impone? ¿Qué entienden decir, repetimos, estos naturalistas religiosos cuando nos hablan de *religion natural*, co-

mo de la mas propia de los racionales por su sencillez y claridad? ¿Convienen acaso en sus dogmas fundamentales? ¿Puede existir, ó ha existido jamás esta supuesta *religion natural* apoyada en la sola razon humana?

(2) Estos cantos son una de las producciones mas bellas que hayan salido de la pluma de la señora doña Josefa Masanés de Gonzalez, bien conocida ya por la gracia, frescura y variedad de fondo y de colorido de sus inspiraciones poéticas. La amistad de una parte, y de otra la modestia de la jóven autora nos impiden calificar cual se merecen esas melodías sagradas, cuyo sabor no dejará de percibir todo criterio esquisito y bien ejercitado. Prescindiremos pues de hacer notar la belleza de las formas, y solo haremos advertir de paso el grato contraste que ofrece la risueña fecundidad de una fantasía de muger con la varonil severidad que surge del fondo de nuestros libros sagrados, contraste que la cantora sabe convertir en embelesante armonía, cubriendo con las flores de la diccion aquella religiosidad sin artificio nacida de la íntima conviccion y de los mas puros y sinceros sentimientos del alma. Este mérito es muy raro en nuestros actuales poetas que se valen de la nomenclatura religiosa como de un cuerpo de oropel para vestir un alma árida, falta de creencias y de convicciones.

3) Los Hijos de Helí eran tan profundamente malvados, que el Sagrado Texto los califica de hijos de Belial, esto es, impíos y sacrílegos que no conocian ni respetaban al Señor, ni la obligacion de los sacerdotes para con el pueblo. Cuando alguno habia inmolado una víctima, enviaban un criado, y en lugar de la espaldilla y el pecho de la víctima que la ley concedia al sacerdote en los sacrificios de paz, el criado de los hijos de Helí tomaba en su nombre todo lo que con el garfio podia sacar fuera del vaso ó caldero en que se cocian las carnes. Ademas estos ministros infames, unian al robo la disolucion y el escándalo, hasta dormir con las mugeres que venian á velar en la puerta del tabernáculo, y que, segun los intérpretes, estaban consagradas al servicio de Dios, á semejanza de nuestras religiosas.

(4) El Señor dijo á Samuel (despues que el pueblo le habia pedido un rey): Escucha la voz de este pueblo, y condesciende á todo lo que te pide: porque no te han desechado á tí sino á mí para que no reine sobre ellos. Hacen lo que siempre desde que los saqué de Egipto: como me abandonaron á mi por servir á dioses agenos, así hacen contigo. Otórgales pues su peticion, pero hazles presente primero el poder del rey que reinará sobre ellos. Refirió pues Samuel al pueblo que le habia pedido rey todas las palabras del Señor, y dijo: Esta será la potestad del rey que os ha de mandar: tomará vuestros hijos y los destinará para guiar sus carros, y para ser sus guardias de á caballo, y para que corran delante de sus tiros de cuatro caballos. De ellos sacará sus tribunos y centuriones, los cultivadores de sus tierras, los segadores de sus mieses, y los artífices de sus armas y de sus carros. Hará asimismo que vuestras hijas sean sus perfumeras, sus cocineras y sus camareras. Os quitará lo mejor de vuestros campos, viñas y olivares para darlo á sus criados.

Ademas diezmará vuestras mieses, y los productos de las viñas para darlos á sus eunucos ó ministros y á otros de sus criados. Tomará tambien vuestros siervos y siervas, y vuestros robustos jóvenes y vuestros asnos, y los hará trabajar para él. Diezmará asimismo vuestros ganados, y todos vosotros vendreis á ser esclavos suyos. Por lo que alzareis el grito en aquel dia á causa del rey que os elegisteis, y entónces el Señor no querrá oir vuestros clamores, porque vosotros mismos quisisteis tener un rey. Pero el pueblo no quiso dar oidos á las razones de Samuel, sino que dijeron todos: No, no; ha de haber rey sobre nosotros, y nosotros hemos de ser como todas las naciones: nuestro rey nos administrará la justicia, y saldrá á nuestra frente, y combatirá por nosotros en todas las guerras. Oyó Samuel todas las palabras del pueblo y las hizo presentes al Señor. Pero el Señor dijo á Samuel: Haz lo que te piden, y nombrales un rey.

Esta era la imágen de un rey en el antiguo oriente, y esta es la imágen de un rey aun en el dia, donde quiera no ha resonado aquella voz: Por mi reinan los reyes. La autoridad real era dura como la paternidad, dura como el poder marital, cuando era unicamente la tiranía del fuerte sobre el débil; era dura, cuando la autoridad suprema del Evangelio no habia aun regulado y fijado los límites á toda autoridad. Pero despues que el legislador supremo, el que ha de juzgar á las mismas justicias dijo por su propia boca: Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, quedó sancionada la autoridad de los reyes y la de toda potestad sobre la tierra, pero quedó condenada toda tiranía, toda opresion, todo poder arbitrario del hombre sobre el hombre. El Ordenador soberano pesa en una misma balanza á los reyes y á los pueblos; levanta y derriba las naciones y los imperios, y así castiga la opresion como la rebeldía. Siempre que el ministerio del poder se separa del ministerio de la paternidad es opresivo, porque la paternidad como poder creado por Dios mismo, es el tipo del poder sobre la tierra: poder de defensa, de proteccion, de conservacion y de felicidad para el súbdito. Asi como toda sujecion que se separa del tipo de la obediencia filial, es baja, rastrera, humillante, porque así en la autoridad como en la obediencia debe reinar la justicia, el amor y el espíritu de sacrificio. Tal es la doctrina de la Religion acerca la autoridad; doctrina sublime, grado el mas alto de la perfectibilidad humana.

(5) Transcribiremos aquí el modo con que Saül fue elegido y ungido rey de Israël, en cuyo relato bíblico se muestra la confianza que hacia Dios de su profeta y la fidelidad con que este correspondia á los designios de Dios.

Vivia un hombre de la tribu de Benjamin llamado Cis,..... varon fuerte y valeroso. Tenia este un hijo llamado Saül, jóven gallardo y de tan bella presencia que no habia otro igual entre todos los Israëlitas, descollando de hombros arriba sobre todos ellos. Habíanse perdido unas pollinas de Cis, padre de Saül; por lo que, dijo Cis á Saül su hijo: Toma contigo un criado, y anda á ver si encuentras las pollinas. Ellos, despues de haber atravesado la montaña de Efraïm y el territorio de Salisa,

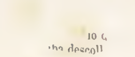
sin haberlas hallado, pasaron á la tierra de Salim y de Jeminí, y no parecian. Venidos finalmente al territorio de Suf, (cerca de Ramatha, patria de Samuel) dijo Saül á su criado: Volvámonos, no sea que mi padre esté en cuidado por nosotros. Y respondió el criado: Mira que en esta ciudad habita un varon de Dios, varon insigne: todo cuanto anuncia se verifica sin falta: vamos pues allá por si nos da luz acerca del objeto de nuestro viaje..... Respondió Saül á su criado: Vamos allá, y fueron á la ciudad donde vivia el baron de Dios. Y al subir una cuesta, encontraron unas doncellas que salian por agua, y les preguntaron: Está aquí el Veyente? Respondieron ellas: aquí está no muy lejos; apresúrate, porque ha venido hoy á la ciudad por ser dia en que el pueblo ha de ofrecer sacrificio.... Entrad y luego le hallareis porque él ha de bendecir el sacrificio. Subiendo pues á la ciudad, vieron á Samuel que venia hácia ellos para subir al lugar excelso. Es de saber que un dia antes de la llegada de Saul, el Señor la habia revelado secretamente á Samuel diciéndole: Mañana á esta misma hora te enviaré un hombre de tierra de Benjamin, y le ungirás por caudillo de mi pueblo de Israël, y él le salvará de las manos de los Filisteos; porque los clamores de mi pueblo han llegado hasta mi y yo he vuelto hácia él mis ojos. Luego pues que Samuel vió á Saül, díjole el Señor: Este es el hombre de quien te hablé: ese reinará sobre mi pueblo. Acercóse pues Saul á Samuel y le dito: Suplícote me informes donde esá la casa del Veyente, ó profeta? y Samuel le respondió diciendo: Yo soy el Veyente: Sube delante de mi al lugar excelso, porque hoy comereis conmigo, y mañana te despacharé, despues de haberte manifestado todo lo que tienes en tu corazon. Las pollinas que perdiste tres dias hace ya parecieron. Mas ¿y de quién será todo lo mejor de Israël? ¿por ventura no será para tí y para la casa de tu padre? Á lo que, replicando Saul, dijo: ¿Pues no soy yo hijo de Jeminí, de la tribu mas pequeña de Israël? ¿Y no es mi familia la última entre todas las de la tribu de Benjamin? ¿Porque me hablas de esta manera? Samuel empero tomando consigo á Saül y el criado, los introdujo en la sala del convite, y los colocó á la cabecera de la mesa, distinguiéndolos sobre todos los convidados, que eran como unas treinta personas. Y dijo Samuel al cocinero: Saca la porcion que te dí, mandándote que la guardases aparte. Sacó entónces el cocinero una espaldilla y púsola delante de Saül; y dijo Samuel: Mira, eso quedó reservado, tómalo y come, puesto que de propósito lo he hecho reservar para tí, cuando he convidado al pueblo. Y comió Saül con Samuel aquel dia. Y habiendo bajado á la ciudad tuvieron los dos sus conversaciones. Y á la mañana siguiente marcharon juntos, y al salir de la ciudad dijo Samuel á Saül: Haz pasar al criado delante de nosotros, pues quiero comunicaros lo que ha dicho y dispuesto sobre tí el Señor. Entónces sacó Samuel una redomita de óleo, y derramóle sobre la cabeza de Saül le besó diciendo: Hé aquí que el Señor te ha ungido para príncipe sobre su herencia, y tu librarás á su pueblo de las manos de sus enemigos que le rodean. Esta señal tendrás de que Dios te ha ungido para príncipe

Predíjole despues el profeta que junto al sepulcro de Raquel encontraria tres hombres que le participarian el hallazgo de las pollinas y la inquietud de su padre por su ausencia: que mas adelante, al llegar á la encina del Thabor, encontraria otros tres que le darian dos panes; y que por fin, en el collado de Dios, donde estaba el presidio de los Filisteos, encontraria un coro de profetas precedido de salterio, cítara y otros instrumentos músicos, y que Saül, transportado por el espíritu del Señor, profetizaria con ellos y quedaria mudado en otro hombre. Así se cumplió todo en efecto; y viéndole los que le habian conocido poco antes como estaba con los profetas, y profetizando, dijéronse unos á otros: ¿Qué es esto que ha sucedido al hijo de Cis? Pues que, ¿tambien Saúl es uno de los profetas?

Pasado esto, convocó Samuel al pueblo delante del Señor en Masfa, y dijo á los hijos de Israël. Yo saqué á mi pueblo de Egipto, y os libré de las manos de los Egipcios, y de las manos de todos los reyes que os oprimian: mas vosotros en el dia habeis desechado á vuestro Dios solo el cual os ha salvado de todos los males y tribulaciones, y habeis dicho: No mas así, establécenos un rey que nos gobierne. Ahora pues presentaos delante del Señor por el órden de vuestras tribus y familias. Y sorteó Samuel todas las tribus de Israël, y cayó la suerte sobre la tribu de Benjamin. Sorteó despues las familias de la tribu de Benjamin, y tocó la suerte á la familia de Metrí, y finalmente á Saül, hijo de Cis. Buscáronle luego, mas no pudieron encontrarle. Con esto consultaron al Señor para saber si compareceria Saül. A lo que respondió el Señor: A estas horas está escondido en su casa. Fueron pues corriendo, y trajéronle de allí; y así que estuvo en medio del pueblo, se vió que desde los hombros arriba descollaba sobre todos los demás. Dijo entonces Samuel á todo el pueblo: Ya veis á quien ha elegido el Señor y que no hay en todo el pueblo uno semejante á él. Y gritó todo el pueblo diciendo: Viva el Rey. En seguida expuso Samuel al pueblo la ley de la monarquía, y escribióla en su libro que depositó en el tabernáculo delante del Señor: despues de lo cual despidió Samuel á todo el pueblo, cada cual á su casa. (Véanse los Capítulos IX y X del Libro Primero de los Reyes)



de.
preguntar,


10 G
tha descoll





MICHOL.

Michol filia Saül prospiciens per fenestram vidit regem David subsilientem atque saltantem coram Domino, et despexit eum in corde suo

(II. Reg. VI 16.)

Acababa de ser pronunciada en los decretos eternos la reprobacion de Saül: el profeta Samuel recibió de lo alto la órden de pasar á la pequeña ciudad de Betlehem, en la tribu de Judá, y de consagrar allí por rey á uno de los hijos de Isaï, llamado tambien Jessé. Tomó el profeta óleo en un vaso de cuerno y llevó consigo una víctima para ofrecer un sacrificio á Dios, y vino á Bethleem. Despues de la ceremonia religiosa, comunicó su secreto á Isaï, y pidió que fuesen allí llamados los hijos de aquel anciano, no sabiendo cual de ellos fuese destinado al trono. El mayor parecia gallardo y de agradable presencia, pero una voz íntima dió á conocer á Samuel que ni el brio ex-

terior, ni el aire de grandeza no determinaban la eleccion de la Providencia, y que aquel hombre no era segun el corazon de Dios. Las miradas del profeta pasaron sucesivamente sobre todos los hijos de Jessé, sin que la voz le designase á ninguno de ellos. Entónces Samuel dijo al padre: «¿Están aquí todos tus hijos?» A lo cual el padre contestó: «Tengo aun otro de pequeño, que está apacentando las ovejas.» Envia pues por él, dijo el profeta á Isaï, y tráhele aquí, que no nos pondremos á la mesa hasta que él venga.» Envióse á buscar al jóven pastor, y pareció allí. Su nombre era David, su edad cerca de veinte años. Era de aspecto gallardo, de hermoso rostro: brillaba en sus ojos la llama de aquel genio que reserva Dios para grandes destinos, y tenia la cabellera de aquel color rojizo ó de fuego que los Judíos y antiguos pueblos de la Germania prefieren á todo otro color. A su llegada, dijo la voz á Samuel: «Este es, levántate y dale la uncion santa.» Samuel derramó el aceite sagrado sobre la cabeza de David en señal de su dignidad futura, á presencia de sus hermanos: esta no era mas que una uncion que radicaba un derecho, bien que actualmente impedido de gobernar á Israël. Este acto quedó por algun tiempo como un secreto de familia: sin embargo David empezó desde entonces á manifestar en su conducta aquellas eminentes calidades que reclama el ejercicio del poder: de otra parte las circunstancias ordenadas y conducidas por una mano invisible rodeaban ya su persona, como para elevarle sobre la multitud, y darle aquel pedestal que si bien no es el mérito mismo, le hace parecer como tal á los ojos del mundo.

Ved ahí una de las escenas mas interesantes que pueden presentarse á los ojos del observador reflexivo. En medio de una familia de pastores un profeta inspirado de Dios busca un monarca para un grande pueblo. Un jóven apenas conocido es llamado de entre las ovejas que apacentaba para ser ungido rey; y en esta escena tan sublime por su misma sencillez, no se vincula tan solo el poder de un trono ó el destino de un imperio: se vincula nada menos que el cumplimiento de las esperanzas del mundo, el futuro destino de la humanidad. Este jóven pastor, que llegará á ser grande entre los reyes, entre los santos y entre los profetas, será tambien tronco de una familia de reyes, la mas

ilustre de la tierra, de la cual nacerá el Suspirado de los siglos, el Supremo Libertador, y este príncipe mismo, ese humilde hijo de Jessé, en sus grandezas, en sus persecuciones, en sus angustias, en sus profundos y penetrantes gemidos, será símbolo y figura del Hombre Dios, cuyos dolores salvarán al mundo y cuyos tormentos le será dado ver y lamentar, rasgándose para él el velo de lo futuro. Todos estos misterios insondables se abrigaban como en su cuna en la humilde casa de Jessé.

Dichosos tiempos aquellos en que los reyes iban á buscarse de entre los pastores, y en que un cayado se convertia en un cetro. ¡Desgraciado del pueblo en que el cetro ha de nacer de una espada!

Samuel despues se volvió á Ramatha, y de aquel dia en adelante el espíritu del Señor se difundió suavemente en el jóven elegido, al mismo tiempo que se retiraba del sombrío monarca de Israël. Dominado este por el espíritu del mal, sentíase atormentado por una cruel melancolía. El sueño huia de sus ojos: mil fantasmas aterradoras le sorprendian y azoraban entre sueños. Turbado con la memoria de sus delitos y con la sentencia fulminada por Dios contra él, dejábase llevar de aquel humor atrabiliario, de aquel turbulento frenesí que le hacia insoportable el peso de sí mismo, y le transportaba algunas veces hasta el delirio. Los áulicos lisonjeros, pues ya los tenia aquella reciente monarquía, ó bien interesados en calmar el humor frenético del príncipe, ó para grangearse su benevolencia, le proponen un medio para temperar aquella cruel melancolía que le llevaba hasta el furor. «Ya ves, le dicen, como te atormenta un espíritu maligno. Si así lo dispones pues, nosotros los siervos que tienes delante de tí buscaremos un hombre hábil en tocar el harpa, para que cuando permita el Señor que te agite el mal espíritu, halles en sus dulces tonos algun alivio en tu dolor.» No le pareció mal al aquejado monarca la indicacion. Uno de los cortesanos le habló de un hijo de Isaï betlehemita, tan diestro en tañer el harpa como valiente y hábil para la guerra. prudente en el hablar, de aspecto gallardo y favorecido del Señor. Tantas gracias juntas no se hallarian seguramente en ningun otro hijo de Israël. Declaróse desde luego la voluntad del monarca, y Saül manda á Isaï que le envie á su hijo David que está con sus ganados.

El anciano de Betlehem toma un asno, lo carga de panes y de un cántaro de vino y de un cabrito recental, y lo envia á Saül por mano de su hijo. Tal vez pretendia hacerse mas grato al que le mandaba á buscar á su hijo; ó le daba una muestra de sencilla gratitud por haber pensado en él. Lo cierto es que el hijo de Jessé fué acogido con el mayor agrado por el monarca de Israël, el cual le cobró el mas entrañable cariño, y le nombró su escudero ó page de armas: por manera, que mandó decir á Isaï: «Quédese David cerca de mí persona, porque ha hallado gracia en mis ojos.»

El monarca de Israël tenia pues á su disposicion uno de los mas poderosos recursos para suavizar los dolores del alma, y sosegar las tormentas del corazon. El canto ¡oh! el canto es uno de los embelesos de la vida, y compadecemos de veras á los que por su organizacion ó por otras causas se ven privados de esa fibra secreta que deja percibir tan dulces y encantadoras sensaciones. El canto es natural al hombre, y es inegable que toda la naturaleza tiene sus armonías asi en la amenidad de los prados como en las profundidades del desierto; que un pueblo entero de cantores nos embelesa con sus gorgeos; que el alma del hombre para guardar consonancia con el resto de la creacion desahoga naturalmente con el canto sus dolores y sus alegrías. El canto es el que adormece como un prestigio mágico al mas astuto de los reptiles, ablanda las fieras, llena de placer la cabaña del salvage, acompaña los mas dulces instantes de la vida. Tiene tal simpatia con nuestra alma, que en todos los siglos ha sido el intérprete fiel de sus pasiones y de sus deseos. Él ha engrandecido entre los pueblos la gloria y el entusiasmo, ha inspirado el valor y el heroismo, ha dulcificado la amargura del llanto imitando sus sollozos y sorprendiendo al amor le ha robado sus suspiros. La Divinidad, el dolor y el sepulcro, lo mas grande, lo mas sagrado entre los hombres se ha sujetado al canto; la flauta del pastor y el harpa del bardo han embelesado los bosques y la soledad, mientras que un coro de vírgenes cantaba las delicias del himeneo, ó una ronca trompeta llevaba los hombres al combate. Con el canto se suple la falta de las palabras, y la melodía es el lenguage misterioso del corazon. Aquellos acentos inarticulados que

penetran con tanta dulzura, y que sin exitar idea fija hieren tan á lo vivo nuestra sensibilidad, producen sensaciones que apenas pueden concebirse y que se escapan á la espresion de nuestro limitado lenguage. La música ha quedado entre nosotros como un don del cielo, y como un celeste vislumbre de los goces de la inmortalidad (1).

Saül pues, en sus horas de agitada melancolía disfrutaba las primicias del genio del héroe de Israël, y de aquellos primeros acentos que despues tan majestuosamente supieron sublimarse hasta el trono de Dios y resuenan y resonarán por todos los siglos. Muy dulces y deleitosas debian ser las primeras melodías de aquella harpa misteriosa que supo despues acomodarse á todas las dolencias del corazon, ora brillante y estática como los coros angélicos, ora tierna y adolorida como los gemidos del hombre arrepentido. Pero tan puras armonías no bastaron para alejar del alma inquieta de Saül las fantasmas de sus remordimientos y el temor de las amenazas del cielo. La mano inocente que hacia suspirar las cuerdas sonoras no podia hacer que volviese á un corazon culpado la paz del espíritu de Dios.

Pasado algun tiempo, en una de aquellas guerras interminables que á intérvalos venian como saludables crisis á envestir y fortificar ejercitándola la constitucion de la nacionalidad judía, un soldado filisteo propuso á los bravos de Israël el terminar la querella por un combate singular. Los dos campos enemigos estaban levantados sobre alturas que dominaban el valle del Terebinto, pues los Filisteos, juntando sus escuadrones para pelear, se habian reunido en Soco de Judá, y acamparon entre Soco y Areca en los confines de Dommin, y Saül habia ordenado sus huestes de manera que se hallaban al lado opuesto del monte, mediando entre ambos ejércitos el valle del Terebinto, valle angosto y profundo que se extiende como el cauce de un rio mas allá de la ciudad de Jeremías á la derecha del camino de Jafa á Jerusalen. Un sendero que serpentea entre dos peñascos por lo largo de un barranco sembrado de mirtos, de terebintos y de olivos conduce al borde de un torrente casi siempre enjuto, seguido despues de escarpadas cimas sobre las cuales está sentada una aldea árabe. El lecho del torrente está marcado por charcos de agua estancada y gran número de

guijarros que forman una línea blanquecina y sinuosa. El aspecto general del pais presenta algo de grave é imponente, pues los tintes sombrios que le dan severidad aumentan asimismo su grandeza.

El guerrero de Filistia tenia una talla desmedida y casi doble de los demas hombres: su cabeza, sus miembros y todo su cuerpo estaba cubierto de hierro y de acero. Dotado de una prodigiosa fuerza, traia en su cabeza un morrion de bronce: iba vestido de una coraza escamada del mismo metal, de un peso enorme: botas de bronce cubrian sus piernas; un ancho é impenetrable escudo de metal y una lanza formidable le servian para el ataque y la defensa. Este gigante era un bastardo llamado Goliath, natural de Geth. Con ademan fiero é insultante viósele muchos dias seguidos presentarse entre los dos ejércitos, y proponer á todo Israël junto un desafío lleno de jactancia y de desprecio. «¿Porque habeis venido para dar batalla? decia, ¿no soy yo un Filisteo y vosotros siervos de Saül? Escoged de entre vosotros alguno que salga á combatir conmigo cuerpo á cuerpo. Si este tal osare medir conmigo sus fuerzas y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si yo prevaleciere, y le matare á él, vosotros sereis nuestros esclavos y nos servireis.» Y se jactaba despues, diciendo: «Yo he desafiado hoy á los batallones de Israël, pidiéndoles un campeon para batirse conmigo.» Saül empero y todo su ejército quedaban asombrados y mudos de estupor á vista de aquel coloso: el miedo habia helado su valor. Por su parte Goliath sacaba de la pusilanimidad de sus enemigos largas creces de insolencia, á manera de aquellos bárbaros propensos á realzar con pueriles bravatas la superioridad de sus fuerzas físicas.

Disponíanse los Israelitas á responder por medio de un combate general á las provocaciones del terrible Filisteo, cuando llegó al campo David. Los tres hijos mayores de Isaï habian seguido á Saül en la guerra, y David, el menor de todos, se habia retirado de la corte de Saül, y vuelto á apacentar la grey de su padre en Betlehem. Durante los dias pues en que mañana y tarde se presentaba al ejército de Israël el orgulloso Filisteo, habíale dicho á David su padre: «Toma para tus hermanos una medida de harina de cebada, y estos diez panes, y corre al campamento á llevárselo. Y toma tambien

estos diez quesos de leche para su caudillo ó capitan, y verás si tus hermanos están buenos, y te informarás en que compañía se hallan.» No existia entonces ejército permanente: en los peligros de la patria publicábase entre las doce tribus que todo hombre dispuesto á combatir pasase á un lugar designado, al cual acudian los ciudadanos con sus armas y provisiones, pues la guerra se hacia á sus expensas, y no habia recursos regularmente destinados al mantenimiento de las tropas. David habia madrugado, y despues de haber confiado sus rebaños á otro, se puso con su carga en camino para ejecutar las órdenes de su padre. Al llegar al lugar de Mugala en el valle del Terebinto, junto al ejército, dejó su carga entre los bagages; y corrió hácia el teatro de la lucha, pues un clamor inmenso y general parecia anunciar que iba á darse la accion.

En aquel mismo momento, y cuando David solícito se informaba de la salud de sus hermanos, pareció el bastardo Filisteo, á renovar por última vez los insultos contra los Israelitas, que huian de su presencia, temblando de miedo. «¿No veis, decia uno de ellos, no veis ese hombre que se presenta al combate? Pues viene á insultar á Israël. Al que le matare, le colmará el rey de riquezas, le dará su hija por esposa, y eximirá de tributos en Israël la casa de su padre.» Estas promesas, el instinto de las grandes acciones, y sobre todo el deseo de vengar á Dios, cuya causa, estrechamente unida á la de los Judíos, sufria por todas las injurias que se le dirigian, encendieron en el pecho del jóven héroe la llama de un religioso valor. Asegurose de la verdad de lo que se decia: «¿Que es lo que darán, preguntaba, al que matare á este Filisteo, y quitare el oprobio de Israël? Porque, ¿quién es este profano que así ultraja al ejército del Dios vivo?» Recordáronsele las recompensas reservadas al vencedor. Entonces David se ofreció para combatir al gigante, y á pesar de las envidiosas reconvenciones que le dirigió su hermano mayor Eliab, y de las advertencias mismas del rey que le desviaba al principio de una lucha demasiado desigual, persistió él en su generoso designio. Eliab le decia indignado. «¿Porqué has venido aquí, dejando abandonadas en el desierto aquellas pocas ovejas que tenemos? Conocida tengo yo tu altanería, y la malicia de tu corazon. A ver la batalla es á lo que has venido.» A tan

cruda como injusta increpacion, el que debia ser con el tiempo figura del mansísimo Cordero de Dios, respondió con mansedumbre: « Y que mal hice yo? he hecho otra cosa que hablar? » Llegó á oidos del monarca de Israël la osada resolucion de David de dar la muerte al descomunal Filisteo: mandó conducir el jóven á su presencia, y David le habló así: «No hay que desmayar por los insultos de este incircunciso: yo, siervo tuyo, iré y pelearé con él. » Pero le respondió el rey: «No tienes tu fuerza para resistir á este Filisteo ni para pelear contra él, pues tu eres muchacho todavía, y él es un varon aguerrido desde su mocedad. » Replicó David á Saül: « Apacentaba tu siervo el rebaño de su padre y venia un leon ó un oso, y apresaba un carnero de en medio de la manada; y corria yo tras ellos, y los mataba y les quitaba la presa de entre los dientes, y al volverse ellos contra mí, los agarraba yo de las quijadas y los ahogaba entre mis manos. Asi es como yo, siervo tuyo, maté al leon y al oso, y lo mismo haré con este profano. Iré pues contra él ahora mismo, y quitaré el oprobio de nuestro pueblo.... El Señor que me ha libertado de las garras del leon y de las fauces del oso me librará de las manos de este impío Filisteo;» añadió el jóven pastor con una tranquila y religiosa confianza. Porque sabia que hay en el cielo un consejo supremo en donde se decide la victoria, y en donde la fé sincera tiene mas voz que el cuchillo mas bien templado.

De aquí fué en efecto de donde David sacó su audacia y su esperanza. Admirado Saül de la firmeza del jóven, conoció que allí mediaba el espíritu de Dios, y le dijo: « Anda pues, y el Señor sea contigo. » Y vistióle con sus ropas ó armaduras, y púsole en la cabeza un yelmo de acero y armóle de coraza. Ciñóse David la espada de Saül sobre su vestido de guerra, y comenzó á probar si podia andar con aquellas armas. Pero conociendo que no estando acostumbrado mas bien le servirian de estorbo que de utilidad, despojóse de ellas; y tomando el cayado, que tenia de costumbre, escojió del torrente cinco guijarros lisos, y metióselos en el zurron de pastor que traia consigo, y tomó la honda en su mano y fuése en busca del Filisteo. Venia este caminando con paso grave, precedido de su escudero. Y viendo que se le acercaba un jóven rubio y de linda presencia le dijo con desprecio: « ¿Soy yo algun perro para que vengas á mí con un palo? » y juró por sus dioses echar sus carnes para pasto de las aves y

de las bestias. Respondió David: « Tú vienes contra mí con espada, lanza y escudo, pero yo salgo contra tí en el nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de las legiones de Israël á las que tú has insultado este dia. Y el Señor te entregará en mis manos, y yo te mataré y cortaré tu cabeza, y daré hoy los cadáveres de los Filisteos á las aves del cielo y á las bestias de la tierra, para que sepa todo el mundo que hay Dios en Israël; y conozca toda esa multitud que nos rodea que si el Señor salva, no es por la espada ni por la lanza, porque él es el árbitro de las batallas y él os entregará en nuestras manos. » Los dos ejércitos aguardaban el éxito de este combate memorable, como Alba y Roma contemplaban suspensos la lucha de tres hermanos contra tres hermanos. Movióse el Filisteo para marchar hácia David, y corriendo éste al combate contra el gigante, metió su mano en el zurron, sacó una piedra que disparó con la honda, é hirió tan certera en la frente del Filisteo, que quedó en ella clavada, y cayó este en tierra sobre su rostro. Y no teniendo David á mano ninguna espada, arrojóse sobre el tendido Filisteo, desembaynó la suya y le cortó la cabeza.

Es inexplicable el terror y el desórden que tan inopinada ruina causó á los Filisteos. Viendo estos que habia muerto el mas formidable de sus guerreros, se pusieron en fuga dándose por perdidos. Los Israelitas, dando gritos de victoria corrieron luego en su persecucion, acuchillándoles en considerable número hasta llegar al valle y hasta las puertas de Accaron, cayendo heridos muchos de los fugitivos por el camino de Saraim y hasta Geth, patria del terrible Goliath. Y vueltos de perseguir á los Filisteos, los hijos de Israël saquearon su campamento. Y tomando David la cabeza del Filisteo, la llevó á Jerusalen, pero sus armas las colocó en su casa. Saül quiso ver al jóven héroe, el cual pareció en efecto á su presencia, llevando en su mano la cabeza de Goliath (3).

Ya cuando David se dirigia contra el Filisteo preguntó Saül á Abner, general de las tropas, de que familia era aquel jóven, puesto que, segun la promesa del rey, si salia vencedor, habia de pasar á ser su yerno. Y respondió Abner: « Juro por tu vida, ó Rey, que no lo sé. » Despues de la victoria, puesto David á la presencia del monarca, preguntóle Saül: « O jóven, ¿ de que familia eres ? » Y respondió David: « Soy el hijo de vuestro siervo Isaï, natural de Betlehem. » E informado el rey

del nacimiento y de la familia de su futuro yerno, le retuvo en su palacio. David se portó en todo con una prudencia extrema: sus bellas cualidades y el recuerdo de su primera hazaña le grangearon la universal estima y admiracion. El alma de Jonatás, sobre todo, se unió estrechamente con el alma de David, y aquel hijo mayor de Saül le amó como á su propia vida. Igualmente generosas é intimamente unidas aquellas dos almas no formaban mas que una. Jonatás regaló al recien venido su túnica, su arco, su espada y hasta el tahalí ó banda de donde cuelga la espada. ¡Cuan bello aparece en estas dos almas grandes el juramento de eterna amistad que se hicieron, y que se conservó hasta la muerte! ¡Cuan dulces son estas simpatías entre dos pechos nobles y generosos! La amistad de Jonatás era desinteresada. Como príncipe de la sangre, lejos de hacerle sombra la grandeza de David, se complacia en sus triunfos y no solo le habia cedido un trono sino su propia vida. Niso y Enrialo, Pilades y Orestes aparecen en los anales de la historia y de la fábula como modelos de amistad; pero en la amistad de Jonatás con David se deja ver como una inspiracion del cielo, y una de aquellas afecciones puras é irresistibles que son el consuelo y el honor de la especie humana.

A este particular testimonio de amor, tan dulce ya para David, la nacion entera unió su reconocimiento y sus aplausos. En una especie de marcha triunfal que siguió á la derrota de los Filisteos, las mugeres salian de los pueblos y venian á encontrar á la comitiva, expresando su júbilo con cantares y danzas, y á coros y al son de panderos y otros instrumentos músicos, repetian este estrivillo: «Saül ha muerto á mil, David ha muerto á diez mil.» Aunque la alabanza era justa, la comparacion era indiscreta; y no pensaban aquellas gentes que el arrojar flores sobre la cabeza de los súbditos, es entregarlos á la vengativa envidia de sus gefes.

Esta expresion empezó á agitar el ánimo suspicaz del monarca, y le hizo tomar aversion al jóven héroe. El alma baja de Saül, de la que Dios se habia alejado no podia ser generosa, y fué débil contra el incentivo de la envidia. ¡Cuan grande se presenta Jonatás al lado de Saül! La verdadera amistad es tambien un amor de sacrificio: cuando se prefiere la propia felicidad á costa

de la felicidad del otro, no hay mas que egoismo, y si el afecto no descansa sino sobre el interés propio, presto se convierte en indiferencia ó en ódio.

La envidia es el vicio que mas roe el corazon de su víctima y le oprime con una negra melancolía. No podia ocultar Saül ese cáncer que en secreto le devoraba. «Á David le han dado diez mil, decia, y á mí me han dado mil: ¿qué le falta ya sino ser rey?» En su mirar torbo y suspicaz se traslucia la aversion que á David profesaba. Y mientras que el jóven héroe, adornado con todas las gracias del corazon y de la naturaleza, hacia salir del harpa melodiosa sonidos tan dulces como su alma; mientras con el doble poder de la música y del genio procuraba ahuyentar el espíritu sombrío que agitaba el alma del monarca; este espíritu maléfico atormentaba mas aquella alma inquieta y azorada de Saül. Dios permitia que le agitase con furia como al alma de un condenado, hasta vagar por el palacio como un frenético, y hasta tomar una lanza y arrojarla contra el pecho de su bienhechor con el intento de clavarle en la pared. Pero David huyó el cuerpo por dos veces, y evitó el golpe. Mas no por esto se irritó contra su voluntario rival, antes bien le compadecia; pero sin intimidarse. La virtud tiene una fuerza propia que no sabe temer ni aborrecer; solo la debilidad es la que aborrece ó teme y cuando el alma virtuosa contempla los esfuerzos mezquinos de su enemigo, el vicio le horroriza, pero la persona por él oprimida llega á inspirarle piedad. David procuraba apaciguar á Saül con la amabilidad y con la dulzura: queria desarmarle á fuerza de beneficios: el Señor le secundaba en todas sus empresas, y el exceso mismo de su bondad y de su discrecion era para Saül motivo de mayor recelo y suspicacia. No pudo al fin tolerar la persona del justo: la alejó de sí, y dándole el mando de mil soldados, le parecia que le enviaba á la muerte. Pero David, ídolo de todo Israël y Judá, amado de los suyos, coronaba siempre su frente con nuevas victorias, y redoblaba con sus triunfos el vergonzoso martirio del envidioso monarca.

Saül empero debia cumplir su palabra. Acusado por su propia conciencia, y por la tardanza en el cumplimiento de un deber, en alguno de aquellos intervalos en que la justicia y la razon dejaron traslucir en su alma inquieta algunos de sus rayos, dijo á David: «He aquí

á Merob mi hija mayor; voy á dártela por esposa, con tal que seas valiente y que pelees en servicio del Señor.» Pero al mismo tiempo decia en su corazon: No seré yo quien le mate por mis propias manos, pero le haré perecer por el cuchillo enemigo. Lleno David de aquel bello rubor que deja traslucir un pecho magnánimo, cuando se le ofrece un galardon, aunque lo tenga bien merecido, respondió con humilde sinceridad: «¿Quien soy yo, ó cual ha sido mi vida, ni de que consideracion goza en Israël la familia de mi padre, para llegar á ser yerno del rey?» Saül empero, fué inconsecuente é injusto, y puso el colmo á su ingratitud: y al llegar el tiempo en que Merob hija de Saül debia desposarse con el vencedor de Goliath, como aquel se lo tenia prometido, fué dada por muger á Hadriel Molathita.

Tan amarga ingratitud no dejaria de penetrar muy vivamente el corazon de David, y sin embargo no se sabe que saliese de su boca la menor queja, ni que por esto cesase de fiar tranquilamente al cielo el cuidado de su suerte. Lo ciertoes emperoque Saül veia convertirseal instante contra sí mismo las dificultades deque él era el autor. La segunda hija llamada Michol estaba prendada de las bellas calidades de David, y pudo ser tambien que su alma dulce y generosa, al ver las injusticias de que era inocente blanco el jóven cortesano, se sintiese movida por una piedad que no tardó en convertirse en un sentimiento mas vivo aun y mas íntimo. Pues basta á una alma generosa al ver sufrir injustamente á otra que se le parece, para sentir en sí un interés vivo y una simpatía irresistible hácia la virtud perseguida. Entonces el sentimiento se hace recíproco, y produce, aun antes de comunicarse, la primera y la mas pura chispa de la amistad ó del amor. Por de pronto, la política de Saül pensó sacar partido de este incidente que secundaba sus bajos y humillantes designios: no dudaba que David para obtener á Michol consentiria en arrostrar todos los peligros, y acabaria por hallar en ellos la muerte. Yo le prometeré mi hija, decíase en el fondode su corazon rencoroso, paraque le sea ella ocasion de ruina, y muera en manos de los Filisteos. Y despues dehaber hecho consigo este cálculo funesto: «Yo te daré á Michol, dijo á David, pero bajo dos condiciones.» Y dijo despues en secreto á sus cortesanos: «Hablad á David, como que sale de vosotros, y decidle: ya ves que estás en gracia

del Rey, y que todos sus dependientes, te aman; procura pues el alcanzar que seas su yerno.» Desde mucho tiempo el mundo conoce y practica, como lo vemos todos, esta estrategia de la palabra que pasa por valor ó por virtud en la vida de ciertos hombres de Estado. El engaño y la perfidia está en la órden del dia; y cuando la virtud desarmada á veces de recelos que no conoce ó no cree, se entrega sin reserva á la integridad de los demás, no tarda en verse su juguete, ó su víctima.

El alma de David no conocia la desconfianza porque le era desconocida la perversidad; y asi es que respondió ingenuamente á estas propuestas de los áulicos: «¿Os parece acaso cosa fácil el llegar á ser yerno del rey? Y mas aun para mí que soy pobre y de condicion humilde?» La muger entre los Israelitas no traia en dote sino su vestido y los objetos indispensables á sus necesidades personales: el dote le hacia el marido. Este uso que encontramos asimismo en muchas naciones de la antigüedad, ni carecia de grandeza en sus motivos, ni de inconvenientes en su aplicacion. El legislador se proponia sin duda honrar á la muger, cuya juventud y belleza le parecian un tesoro asaz estimable y suficiente: de otra parte tampoco ofendia los principios de una justicia imparcial, cargando la obligacion de enriquecer á la familia sobre aquel de los esposos que tiene la ventaja asi en la fuerza física como en la actividad del espíritu: en fin, bajo el punto de vista de la economía pública, prevenia la concentracion de las propiedades en unas mismas familias y la creacion de una aristocracia territorial, concentracion ó acumulacion de propiedad, cuya destruccion parece haber servido de pretexto en nuestras sociedades modernas para introducir innovaciones no siempre justas ni acertadas; mientras de otra parte las conmociones y revueltas acumulaban en una sola mano fortunas inmensas. Preciso es reconocer de otra parte, que las disposiciones arriba indicadas dejaban á la muger demasiado expuesta á ser el juguete de la riqueza ó del poder, y hacian irreparables, privándoles de la posibilidad de una compensacion, las desgracias ó los rigores de la naturaleza: aquella costumbre equivalia á consagrar la desigualdad bajo el velo de una nivelacion aparente, é indudablemente semejante institucion hubiera llevado consigo los mas deplorables resultados, si no hubiese hallado de otra parte un contrapeso en la organizacion general del Estado.

Sea de esto lo que fuere, aquel estado de cosas era entonces un obstáculo mucho mayor para el pastor de Betlehem, que para la hija de Saül y por esta razon habia dado aquel una respuesta que solo respiraba timidez y desaliento, respuesta que los cortesanos se apresuraron á poner en noticia de su Señor. Era muy conforme á las previsiones y sobre todo á los deseos del príncipe, el cual, expresándose de un modo vago, solo habia tomado una iniciativa insignificante con el objeto sin duda de atraer al jóven á alguna protesta de entusiasmo, y hacerle caer asi en el lazo de sus propias palabras. Saül pues mandó que hablasen á David en estos términos: El Rey no necesita de dote para su hija; no exije pues de tí plata ni oro, sino únicamente la muerte de cien Filisteos; para vengarse así de sus enemigos. El designio de Saül en esta propuesta era ya bien conocido. Desde la batalla del Terebinto, las dos naciones habian quedado en la espectativa de nuevas hostilidades, pero los ejércitos no estaban ya acampados. Tratábase pues de hacer una irrupcion sobre la frontera con un puñado de valientes. Estipulando Saül el matrimonio de su hija bajo esta condicion, tenia la ventaja de exponer á David á una muerte cierta, y de ocultar su treta bajo la máscara del patriotismo y de la gloria nacional.

Mas Dios deja que trazemos nuestra ruta, y él se reserva de hacerla llegar á término. Saül engañaba á sus confidentes y á David, pero mas que á todos se engañaba á sí mismo: su fraude le calmó algun tanto, pero no pudo salvarle. Lleno siempre de rectitud y de intrepidez David, luego que los oficiales de Saül le manifestaron lo que este habia dicho, acceptó sin dificultad la proposicion del rey. Despues de algunos dias, partió á la cabeza de su gente que le era fiel y adicta, atacó á los Filisteos, y les mató doscientos hombres. Esta rápida y gloriosa espedicion dejó desolado el espíritu de Saül: encrudecióse en su interior la furia roedora de la envidia: mas al fin sintió á pesar suyo que la mano de Dios estaba contra él, y que le era preciso ceder al tiempo. Dió pues su hija en matrimonio al jóven y brillante vencedor de Goliath.

La afeccion de Michol era proporcionada á los peligros que David habia tenido que vencer para alcanzarla, y á la valerosa fidelidad que él habia brillado. El valor tiene á los ojos de la muger un encanto irresistible, y nada interesa tanto á un corazon generoso como los sa-

crificios que han debido hacerse para conseguir su estimacion y su ternura. La muger que se muestre insensible á tan heróicos esfuerzos, ni es digna de amar ni de ser amada. David mismo se gozaba en la belleza de tan dulce como suspirada alianza, con aquel vivo y profundo sentimiento que acompaña el triunfo de una inclinacion pura y puesta á duras pruebas. Pero todo lo que era felicidad para los nuevos esposos agriaba y ennegrecia el alma ulcerada de Saül, y la armonía entre aquellos dos corazones nobles y ardientes, era cruel amargura para el suyo. Para el alma gangrenada de envidia todo se convierte en veneno: los goces mas bellos, las inclinaciones mas dulces, el amor, la ventura, la gloria, todo se transforma en aterrador martirio, todo es suplicio de muerte para ella. Dos cosas sobretodo atizaban su aversion: veíase forzado á estimar á su yerno, y le veia glorioso y feliz. Tal vez habia contado con Michol para anublar y comprometer el destino de David; mas quedó burlado en su esperanza. Y cuando conoció que no podia vencerle por medidas secretas, empezó á temerle. Como la envidia arrastra consigo todas las degradaciones de la razon, es inseparable de la desconfianza y de la suspicacia. Cuando el objeto cuya dicha nos atormenta se hace inaccesible á nuestros tiros, suponemos en él la misma vileza de miras, los mismos bastardos deseos; incapaces entonces de formarnos idea de la generosidad, todo lo envilecemos, y el objeto detestado se convierte en objeto temido. Sospechamos de él, y aun cuando sea un ángel de paz, se nos presenta como el genio torvo del odio y de la venganza, nos parece que lee en nuestro interior, que nos ve abominables y que busca nuestra ruina. El temor pues de Saül crecia en él al par del ódio. De otra parte las operaciones militares dirigidas aun contra los Filisteos, aumentaron la celebridad de David, de tal manera que adquirió alto renombre de prudencia y de valor, y el pueblo se acostumbraba á oir hablar gloriosamente del jóven capitan. Este último golpe dió por tierra con la virtud ya vacilante de Saül, y le hizo caer en el partido de la violencia. Y si alguna vez parecia desarmado por la mansedumbre y dulzura de su víctima, volvia despues á la persecucion con mas cruel acrimonia. ¡Terrible situacion la de encrudecerse mas contra la inocencia y la virtud, cuanto mas brillan estas

con puros resplandores! ¡Triste aberracion de los hombres pusilánimes, que ménos distinguidos por lo que son en efecto que por lo que parecen, se proponen reducirlo todo á su propia medida; como si en la indigencia de otro consistiese toda su riqueza, y como si no fuese mejor para restablecer un equilibrio que creen roto, buscar un nivel mas noble y sólido, supliendo lo que falta de genio y de felicidad, que no se da á todos, con la virtud que es el derecho y el deber de todos!

En fin Saül devorado de celos, tomó la resolucion de hacer perecer á David, y habló en este sentido á sus oficiales y á Jonatás. Pero el corazon de este jóven príncipe no podia dar acogida á tan bajo y cobarde designio: al momento la voz de la amistad jurada se unió al grito del honor, y fué á encontrar en secreto á su amigo. «Saül mi padre, le dijo, busca como matarte: ruégote pues que mires por tí, y te vayas mañana á esconderte en algun lugar oculto, en el campo, ó á donde quieras; mientras yo procuraré estar con mi padre y le hablaré de tí, y te haré saber cuanto hubiere observado.» Jonatás se lisonjeaba de apaciguar á Saül, de ahorrarle un crímen y de salvar á su amigo. En efecto, procuró atraer al rey hácia el campo, y le habló de David del modo que le inspiraban sus generosos sentimientos. «Príncipe, le dijo, no seas cruel para con David, pues él no te ha hecho mal alguno, antes al contrario, te ha prestado los mas importantes servicios. Él puso su vida en el mayor riesgo, mató á Goliath, y por sus manos el Señor ha obrado maravillosamente la salud de Israël. Tú lo viste, y te llenaste de gozo por aquel triunfo. ¿Porqué pues quieres ahora mancharte con un crímen, derramando sangre inocente y matando á David que no ha cometido culpa?» Hay en los acentos de la amistad cuando aboga por el amigo, un secreto ardor que constituye la verdadera elocuencia. El alma de Saül se ablandó con la sinceridad persuasiva de las palabras de Jonatás, y juró no quitar la vida á su yerno. Y aprovechando tan propicia coyuntura, Jonatás hizo venir á David y le presentó en seguida á Saül, para que su aspecto, que solo respiraba respeto y sumision, acabase de desarmar al iracundo monarca, y pudiera darse crédito á una reconciliacion duradera.

Quedóse David en la corte de Saül como ántes, pero la envidia del rey estaba apaciguada mas no extinguida; y á juzgar por los ulteriores sucesos, parecíase á un fuego dormido que un soplo puede reanimar, á un gérmen vivaz que se fortifica debajo de tierra cuando se prueba reprimirle por encima. Así el odio como el amor son dos pasiones pérfidas, y las que tienen mas hondas las raices. Las creereis aplacadas y destruidas del todo, y un momento de imprevision ó de sorpresa vuelve de repente á levantar el incendio. David habia vuelto á ocupar su destino y sus funciones entre los oficiales de palacio. En este tiempo hizo mas de una correría feliz en tierras de los Filisteos siempre revoltosos y nunca domados. El intrépido guerrero llevaba consigo la victoria, nada se le resistia, ó destrozaba ó ahuyentaba al enemigo. Estos nuevos sucesos no tardaron en fatigar el débil corazon del príncipe, y en hacer resucitar en él rencores mal apagados. Dominado por torvos sentimientos Saül cayó en una especie de manía furiosa que le hacia temible. Un dia su yerno, sin la menor desconfianza hacia vibrar delante de él las cuerdas sonoras del harpa para calmar sus furiosos accesos. Nunca genio sombrío é iracundo oyó una voz mas dulce y consoladora, ni pudo aplicarse al inclemente frenesí y á las llagas del corazon bálsamo mas suave y refrigerante. Amfion y Orfeo, atrayendo los peñascos al son de su lira, cual nos los muestra la filosofía de la fábula en los campos de Thebas ó de Tracia, no son tan bellos ni interesan tanto como el hijo de Jessé, probando calmar con los suspiros del harpa el pecho agitado del monarca de Israël: y las fieras de los bosques, y los reptiles terribles del Canadá que ceden y se amansan al sonido de una flauta son mas accesibles á las dulzuras del canto que un pecho devorado por la envidia. Quizás el jóven héroe, que despues habia de inaugurar los cantos del cielo sobre la tierra para las generaciones futuras, elevó entónces al Señor el himno mas sublime que ha salido de los lábios del hombre para enaltecer al autor de la creacion.

Bendice tú al Señor, ánima mia,
Mas ay! mi Dios, de tu engrandecimiento
El portento, bien nunca celebrado,

¿Cómo podrá cantar mi poesía?
De luces radiantes como el oro
Revestido, de gloria rodeado,
Cubierto de decoro,
Desplegando te veo,
Como fácil membrana
En derredor de la celeste esfera,
Esa bóveda inmensa, y su rodeo
De líquido raudal con soberana
Providencia cubriendo por defuera,
Que temple sus ardores.
En carro refulgente
De nubes, entre vivos resplandores,
Puesto sobre las alas de los vientos,
Glorioso te paseas.
Oh! como te recreas
En ver con que presteza y obediente
Sumision á llevar tus mandamientos
Tus ángeles, do quiera, se apresuran!
¡Como, apenas los oyen, corren luego,
Hechos un vivo fuego,
Y el deseo ardentísimo procuran
Satisfacer, que tu precepto inspira!
Tu fundaste la tierra, que entibada
En su peso se mira,
Sin mas apoyo que tu fuerte mano,
Y el tiempo la querrá mover en vano.
Tuvístela primero rodeada
De niebla densa y fria,
Que cual húmedo manto la cubria;
Y las aguas que ahora
Van lamiendo del monte las raices,
Cobijaban entónces sus alturas.
Mas apenas les dices:

Sumergíos; tu voz aterradora,
El trueno de tu voz, de miedo llenas
Las hace huir por huecos y hendiduras,
Enjutas van dejando las arenas.
Vense luego elevarse
Los montes, y ensancharse
Por llanadas inmensas la campaña,
Y guarda cada cosa
El puesto que le dás, y en él reposa.
Y aunque el largo recinto ciñe y baña
El ancho mar instable,
Límite invariable
Pones á su furor, que nunca esceda,
Ni volver á cubrir al orbe pueda.
Luego por espaciosos
Valles veo, guiadas por tu mano,
Mil fuentes cristalinas,
Que de uno en otro llano
Con pasos tortuosos
Bulliciosas corriendo, entre colinas
Altísimas sepultan sus raudales,
Formando ya caudales
Rios; bajan allí de las montañas
Las fieras alimañas
Que libres y sin dueño el campo cria,
A beber á porfia;
Y tras de ellas sediento
El montaraz jumento,
Mirándolas correr en larga vena,
Por beber mas el apetito enfrena.
Cerca fijando veo
Entre brisas y breñas
Su habitacion á las canoras aves,
Que con dulce gorgeo,

Saltando entre las peñas,
Trinan melodiosas y suaves.
Mientras tú derramando
De lo alto en blandísimo rocío
La lluvia sazonada
Sobre el árido monte, su terreno
Estéril y vacío
Riegas y fertilizas, preparando
La cosecha colmada
De que se verá lleno,
Fruto de tu largueza y bizarría
Con que el heno se cria,
Pasto de los hambrientos animales;
Y de verde pimpollo sale luego
La frugífera espiga, los frutales,
La leña para el fuego,
La hermosa vid, que al lado
Del olmo asida crece,
Con que vive, y se abriga, y se guarece
El hombre que has criado.
El hombre, á quien por tí tan saludable
Sustento dá la tierra;
Y con el grato vino la alegría
Vuelve á su pecho instable,
Y el negro humor destierra
De la triste y fatal melancolía.
Por tí el suave ungüento
Le dá la verde oliva,
Con que limpie y alegre su semblante,
Y sabroso alimento
Le presta el pan, para que crezca y viva,
Y en robustez y fuerza se adelante.
Por tí con abundosos
Jugos los altos árboles sustentan

Sus ramas; y en la altura
Del Líbano orgullosos
Cedros agigantados nos ostentan
Que tú allí los plantaste, y son tu hechura
Y á las aves del cielo
Dan segura morada; que el desvelo
De la sábia cigüeña
A fabricar sus nidos las enseña.
De uno en otro collado
Salta el ciervo veloz con piés ligeros,
Mientras de puntas el erizo armado
Entre los agujeros
De las peñas encuentra dulce abrigo.
La Luna, fiel testigo
De los tiempos, señala la medida
Duodenaria del año; y su carrera,
Jamás interrumpida,
Cada dia repite el sol luciente,
Trasmontando la vuelta de occidente,
Mientras con nuevas luces reverbera.
Y tendiendo entre tanto
De tinieblas la noche el negro manto,
Salen de sus guaridas
Las fieras que escondidas
Estaban, y pidiendo su sustento
Oigo como entre ellas ruge y brama
El leoncillo hambriento,
Y como á Dios le clama
Por agarrar la presa que desea.
Nace otra vez el sol, y en la mañana
Cada cual á su gruta retirado,
Sale seguro el hombre á su tarea,
Y en trabajar se afana,
Hasta que con silencio sosegado

Vuelvela noche fria
Apagando la luz del claro dia.
¡Oh que magnificencia
Se descubre y admira en cada cosa
De las que tú has criado,
Señor y dueño mio!
¡Que sabia y adorable providencia
En la disposicion maravillosa
Con que todo lo has hecho y ordenado!
Tuyo es el señorío
Supremo de la tierra:
Cuanto su ancha redondez encierra.
Por su dueño y autor te reconoce.
Mirando al Oceano
En dilatados brazos estendido,
¿Quien es el que sus límites conoce?
¿Quien podrá numerar aquel crecido
Ejército veloz, que con liviano
Paso sulcando vá las ondas frias,
En tanta variedad y diferencia
De grado y corpulencia?
Cargada allá se ve de mercancías
La nao, contrastada
Del instable elemento,
De miedo ir y de codicia llena.
Acá la atroz ballena,
Cuando está mas airado y turbulento
De su furor se burla, despreciando
Sus olas, y segura retozando
Criado adrede por designo tuyo
Para abatir su orgullo.
Y tantas criaturas
De tí á su hora esperan el sustento
Que tú les aseguras

Con piedad inefable, cada dia
Dándoles que el hambriento
Deseo satisfagan;
Porque abriendo tu mano generosa,
Sobre todos derramas á porfía
Bienes sin tasa y de bondad los llenas.
Mas por mas que ellos hagan,
Si dejas de mirarles, ya no hay cosa
Que su inquietud y turbacion sosiegue
Fáltales el aliento, y desmayados
Vuelven al polvo de que son formados
Hasta que respirando vida, llegue
Tu soplo criador del alto cielo,
Y renueve la faz de aqueste suelo.
Gloria y eterna gloria
Se dé al Señor: las obras de sus manos
Contento y alegría
Le den: y sea eterna su memoria.
Al Señor, cuyos ojos soberanos
Si miran algun dia
Con enojo á la tierra, se estremece:
Cuya divina planta
Cuando toca á los montes, resplandece
El fuego, y se levanta
Humeando la huella y encendida.
Yo en celebrarlo emplearé mi vida;
Y mientras goce del vital aliento,
Á mi Dios cantaré benigno y pío
Al son de mi instrumento.
¡Oh, si grato le fuese el canto mio,
Cual para mí es suave
Dulcísimo embeleso su hermosura!
Mueran los pecadores con oscura
Muerte: no haya en la tierra quien con grave

Culpa le ofenda, y con maldad impía;
Y tú al Señor bendice, ánima mia.

Cuando absorto en este ú otros éxtasis semejantes de suavísima melodía, debiera Saül sentir inundar su alma de un gozo celeste, cual no puede casi desearse mas sobre la tierra; siéntese súbitamente agitado por el espíritu del mal: anúblase de repente su alma por la furia horrible de la envidia: un frenesí mortal circula por todas sus venas como un veneno: toma por segunda vez la lanza homicida y la arroja desatentado contra el pecho de David con ánimo de traspasarle: mas éste pudo prever un momento la accion, huye el cuerpo, y la lanza queda rechinando clavada en la pared, dejando despedazadas de nuevo las entrañas del que la arrojara. Un vértigo de muerte atormenta horriblemente el pecho del agresor. Ya no era su odio el arrebato de un momento: ya no se encerraba en el recinto de su pecho; el furor se habia convertido en una fiebre que le devoraba de contínuo. Rompido ha ya todos los diques; la vida de David le es insoportable: envia guardias á su casa para que aseguren su persona durante la noche, y le hagan morir por la mañana del dia siguiente. Dichosamente Michol fué informada á tiempo de estas medidas homicidas; y corriendo á David, le dijo: «Huye, esposo mio, pues si esta noche no te pones en salvo, mañana morirás.» No habia mas que una dificultad: las guardias estaban á la puerta de la casa, y era menester burlar su vigilancia. Aprovecháronse pues las tinieblas de la noche, y valió quizás tambien la seguridad de los enviados, que no sabian que fuese conocida su mision. Michol descolgó á David por una ventana, como lo habia hecho en otro tiempo la Cananea de Jericó con los mensageros de Josué; y pudo así escapar del peligro. Y aun hizo mas Michol: con el fin de darle tiempo para que pudiese retirarse en lugar seguro, apeló á una estratagema. Preveia que llegarian luego las pesquisas, y puso una estátua ó bulto en la cama del fugitivo, le envolvió la cabeza con una piel de cabra, cubriendo lo restante con la ropa de la cama, á semejanza de un cuerpo humano.

Entretanto, admirado Saül de la tardanza en hacerle saber la ejecucion de su proyecto sanguinario, envió guardias ó arqueros para apode-

rarse de la persona de David, y se le respondió que estaba enfermo. Furioso con este retardo, y resuelto á no diferir mas el horrendo crímen, despachó segunda vez otras gentes con órden de traerle á David en su misma cama para verle matar á su presencia.

Pero como Michol pensó haberlo prevenido todo en su artificio, los cortesanos á su llegada quisieron penetrar hasta David, pero en la cama encontraron solo una estatua que tenia envuelta la cabeza con una piel de cabra. Fácil es deducir de aquí la indignacion de Saül: mandó buscar á Michol y le dijo: «¿Como así me has burlado, dejando escapar á mi enemigo?» Temió Michol que su ternura á David no bastaria á escusarla á los ojos de un padre cegado por el odio; y apelando al disimulo respondió que David la habia azorado con esta amenaza: Déjame huir, ó sino te mataré. Bien fuese por creerlo así, ó por una vuelta natural á la afeccion de padre, Saül no llevó mas adelante sus investigaciones. Así permite Dios que la violencia no logre destrozar todo lo que ataca; y no es por cierto el menor de sus castigos esta solemne impotencia contra la cual se estrellan mas de una vez sus mas temerarios esfuerzos.

David habia tomado el camino de Ramatha, á donde el viejo Samuel, dejando la vida pública, se habia retirado, y pasaba sus últimos dias en medio de un coro de profetas, á quienes enseñaba la ciencia del Eterno, cantando todos juntos alabanzas al Señor. El anciano venerable acogió con el mayor interés al ilustre fugitivo, cuya futura grandeza habia sido el primero en saludar. Refirióle David cuanto le estuvo sucediendo con su implacable suegro, y los dos se fueron despues á Nayoth, en donde moraron por algun tiempo. Mas no estuvo allí libre David de las persecuciones de Saül. Por tres distintas veces envió sus soldados á Nayoth para prender á David, y por tres veces los soldados, poseidos por el espíritu de Dios, y no pudiendo resistir al ascendiente de aquel coro de hombres inspirados, juntaron á ellos su voz para cantar las glorias del Excelso. Ni el mismo Saül en persona, cuando lleno de furor en vista de la inutilidad de sus mensages, pasó él mismo á Ramatha para apoderarse de su yerno, pudo resistir al poder de aquellos cánticos sublimes, y á la fuerza irresistible de la presencia del Señor en el coro de

sus siervos. Despojado de sus vestiduras reales, postrado en tierra, con solo su túnica interior, púsose á cantar con los demas delante de Samuel, y quedó como sin fuerzas para ejecutar su designio sanguinario. Aunque pervertido el ánimo del monarca de Israël, la fé en el Señor no habia destruido en su pecho todas sus raíces, y el sentimiento religioso obró en él con una fuerza irresistible. Tal vez en esta augusta y religiosa asamblea se ejercitó el futuro príncipe de Israël para cantar despues sus propias inspiraciones en aquellos himnos proféticos que quedaron despues para todos los siglos como la voz unánime de las alabanzas divinas. Quizás allí en aquellos conciertos estáticos se templó de celestial melodía el harpa del rey profeta, aquella harpa de la cual pudieron decir despues los hijos de Israël:

«El harpa del rey-profeta, del gefe de los pueblos del querido, del cielo, esta harpa que tú habias santificado, ó música! á quien tu habias dado sonidos sacados de las honduras de tu alma, y que no podias oir sin llorar: redobla ahora tus llantos! sus cuerdas están rotas! Ella ablandia los hombres de corazon de acero: ella les daba virtudes que ellos no tenian: ningun oido era tan insensible, ninguna alma tan fria que no se conmoviese, que no se abrasase á sus acentos; y la harpa de David habia llegado á ser mas poderosa que su trono!

«Ella referia los triunfos de nuestro rey: ella glorificaba nuestro Dios y le llevaba nuestro homenage: ella hacia resonar de júbilo nuestros valles, los cedros se inclinaban, los montes saltaban de placer: sus sones subian hasta el cielo y allí tenian su morada. Desde entónces no se la ha oido mas en la tierra; pero á la voz del Amor, y de la devocion que es su madre, el alma despiértase aun y desplega sus alas escuchando sonidos que parecen venidos del cielo y mecido por dulcísimos éxtasis que no puede interrumpir la luz del dia.»

Los himnos de David son igualmente admirables tanto por la sublimidad y dulzura de expresion, como por la elevacion y pureza del sentimiento religioso. No puede sostener con ellos paralelo la poesía sagrada de ninguna otra nacion y se han inviscerado tan hondamente en la parte mas íntima y mas universal á la vez del sentimiento religioso que, á excepcion de algunos pasages que son propios de un pueblo guerrero en un siglo me-

nos civilizado, estos cantos forman el fondo mismo del ritual cristiano. Estos cantares que llenaban de celestes encantos la soledad de las cuevas de Engaddi, que resonaban en la boca de los Hebreos en el fondo de los vallados, sobre las colinas, en los bosques de la Judea, han sido repetidos de edad en edad en todas las regiones del globo, en las islas mas lejanas del Océano, entre las selvas de la América y en los arenales del Asia. Cuantos corazones han sido por ellos henchidos de dulzura, purificados ó enaltecidos! Cuántas desgracias han encontrado en ellos un consuelo secreto! Sobre cuantas sociedades y pueblos no han atraido la bendicion divina, dando un órgano á su fervor y á su devocion!

No emperó se creyó seguro David en el retiro de Nayoth; pues si bien Dios le habia libertado varias veces, por un prodigio, de las manos de su enemigo, la prudencia humana aconsejaba huir del peligro y no hacer abuso de la intervencion sobrenatural del cielo. Huyó pues David de Nayoth, cerca de Ramatha, para buscar un refugio mas seguro. Pero quiso ver antes á Jonatás, y los dos amigos tuvieron una secreta entrevista, en donde el alma del uno y del otro se dilató en mútuas y dulces protestas de amistad, y de adhesion. No queria David por prudencia fiarse en las palabras de Saül: con todo Jonatás esperaba poder conseguir una nueva reconciliacion, pero salió tan mal con su intento, que poco le faltó para morir en su infructuosa tentativa; tan violenta recayó sobre él la indignacion del rey. Convenida con David la señal de como debia saber el resultado de su mediacion, aprovechó la ocasion de la fiesta de las calendas, ó entrada de luna, y de hallarse vacía la silla ó asiento que correspondia á David. Aquella fiesta duraba dos dias. En el primer dia, nada dijo Saül, pensando tal vez que David no se hallaria en estado de presentarse: pero en el segundo dia preguntó el rey á Jonatás: «¿Porque no ha venido á comer ni ayer ni hoy el hijo de Isaï?» Y le respondió Jonatás: «Rogóme con vivas instancias que le dejase ir á Betlehem su patria, á donde es llamado á celebrar un sacrificio solemne con sus hermanos, por cuyo motivo no ha venido á la mesa del rey.» Rompiendo entónces Saül el dique de su furor, no pudo contener entónces el odio que le devoraba y el horror

que le inspiraba la amistad de su hijo con David. «Hijo rebelde, le dijo, ¿ piensas acaso que yo ignoro el amor que tienes al hijo de Isaï, para confusion tuya é ignominia de tu envilecida madre? Sábete que mientras viva el hijo de Isaï sobre la tierra, ni tú estarás seguro, ni lo estará tu derecho á la corona de Israël. Así pues envia por él ahora mismo, y tráemele acá porque ha de morir.» Mas Jonatás respondió á su padre Saül, diciendo: «Pero ¿porque ha de morir? que es lo que ha hecho?» No pudo el furioso príncipe sufrir en boca de su hijo la defensa de su rival; y ciego de furor y sordo á los mas dulces y poderosos sentimientos de la naturaleza, agarró la lanza para atravesar el corazon de su hijo. Levantóse Jonatás de la mesa lleno de justa indignacion y de furor, y no comió bocado en aquel dia segundo de las calendas, apesadumbrado por la causa de David y por la afrenta recibida de su padre. Así en el negro corazon de Saül todo se convertia en odio, hasta las mas dulces y puras afecciones: abrasábase ya en la llama voraz de los réprobos, y quizás no hay ejemplo de hombre culpado que haya sufrido en la tierra mayor martirio. La ambicion de dominar se juntaba en él á la envidia de la gloria y de la virtud. El trono! ¡cuan funesto ha sido el amor al trono para las almas bajas y rastreras que de él son indignas! él ha encendido la tea de la discordia entre los miembros de una misma familia: él ha levantado mas de una vez una mano fratricida, ó un brazo parricida; ¡cuantas veces se han salpicado de sangre sus gradas y se ha inundado de lágrimas y de sangre un vasto imperio por la ambicion de reinar, y esta ambicion excitada en los príncipes ha servido de pretexto á mil otras ambiciones de partido para disputarse los miserables despojos de una nacion despedazada!

Dejó pues Jonatás el palacio de Saül, y aquella alma grande que no conocia sino los tiernos impulsos de la amistad, sintió por primera vez la aversion natural que inspira la irracional tenacidad de una persecucion injusta contra la inocencia. Hondamente afligido por el triste destino y próximo alejamiento del amigo á quien amaba como á su propia vida, apenas despuntaron los albores del dia, salió al campo para unirse á David como lo tenian concertado. Conoció éste desde luego lo poco que podia esperar de Saül, por las señales en que habian convenido,

y el triste resultado de los esfuerzos de Jonatás. Al salir David de su retiro, le hizo por tres veces una profunda reverencia postrándose hasta el suelo, pues la amistad jamás debe ser en menoscabo del respeto. Abrazáronse despues estrechamente los dos amigos y mezclaron sus lágrimas y sus besos. Las caricias de la amistad son aun mas puras que las del amor, porque son mas desinteresadas: las almas solas son las que se comunican: no esquivan la publicidad, y hasta la aman algunas veces, porque la verdadera amistad es tan brillante como la gloria, jamás teme aparecer como una debilidad; y si busca la sombra alguna vez, no es porque el rubor tenga en donde esconderse, sino porque la amistad huye de los ojos de la envidia, y no espera hallar entre los hombres frios ó indiferentes las ardientes simpatías en que se goza y de que necesita. Bástase de otra parte á sí misma; y como todas las grandes pasiones, busca en la soledad su desahogo y sus embelesos.

David sobretodo derramó lágrimas mas abundantes en esta despedida cruel, pues le era fuerza dejar á merced de un odio implacable lo que mas amaba en el mundo, Michol y Jonatás. Separáronse por fin, jurándose de nuevo una fidelidad á toda prueba. Así como el amor crece con los obstáculos, la amistad se acrisola y robustece en los grandes infortunios. Estas dos fuertes espansiones del alma han menester contradiccion para aparecer con todo su poder y su brillo: la prosperidad relaja sus lazos, debilita sus goces, enerva sus fuerzas: el placer mismo no es grande sino al lado del dolor. Jonatás volvióse á la ciudad, y David empezó aquella vida errante y siempre amenazada, que debia acabar por tan grande reinado, símbolo ilustre de esos dolorosos combates que, libertando al hombre de la tiranía de los sentidos y mostrándole superior á las dificultades, le elevan á la virtud y á la gloria, cual estas naves que vemos destinadas á hendir las llanuras del aire, luchan contra el cable que las detiene; y cuando este se ha por fin rompido, ceden al movimiento que las empuja, en las nubes, y huyen lejos de nuestra vista á regiones inexploradas.

No habiendo empero seguridad en los lugares hasta donde se extendia el poder de su perseguidor, pasó huyendo David á tierras de Fi-

listia; pero bien presto se vió obligado á dejar aquel asilo, en donde sus pasadas hazañas le hacian particularmente odioso, y dispertaban contra él la mas fatal desconfianza. Volvió pues, á consejo de un profeta del Señor, á habitar en una cueva cerca de Odollam, pequeña aldea de su tribu. Y como no podia defenderse sin que se hiciera temer, tomó la actitud de un gefe de partido. La tenaz persecucion y las proscripciones injustas producen casi siempre iguales resultados, obligando á hombres tal vez pacíficos ó inofensivos, á buscar su salvacion ó su defensa en bandas ó facciones, y creando lastimosamente una nueva resistencia al poder que nunca hubiera existido sin una provocacion voluntaria. Toda la familia de David, envuelta en su desgracia, participó de sus peligros y le ayudó en su resistencia. Reunió además bajo sus órdenes una multitud de descontentos, de vagos y de gentes oprimidas de deudas, elementos comunes de proselitismo con que puede contar cualquiera que con razon ó sin ella levanta una bandera para resistir á la autoridad pública. Disciplinó pues David aquella pandilla que creciendo de dia en dia, no contaba menos que seiscientos hombres, de carácter resuelto, aguerridos por la rapidez de las marchas y por sus aventureras correrías. Los hombres de la tribu de Gad, sobre todo, eran fuertes y valientes, expertos en las batallas y en el manejo del escudo y de la lanza, osados como leones y ligeros como los gamos de las montañas. Con tales ausilios podia David recorrer á su sabor los diversos puntos de las fronteras del reino para vivir allí á costa de los enemigos de su nacion. Pero demasiado débil para luchar en campo libre contra todo un ejército, huía de asilo en asilo delante de Saül. Desde algun tiempo se habia fijado en la soledad de Ziph, al mediodía de la tribu de Judá, sobre el camino que conducia de Jerusalen al Sinaï. Aquel desierto estaba rodeado de posiciones muy fuertes en donde David hacia vivir á sus soldados. Él mismo permanecia en el centro de aquella especie de fortificacion, sobre una altura cubierta de árboles y de malezas y defendida por un bosque á la parte de Occidente, y allí, en aquel punto casi inaccesible, fué donde llegó á descubrirle por fin la solícita amistad de Jonatás. Salieron pues á pasear juntos por el bosque, y tuvieron una conversacion tan llena de

ternura como de tristeza. Jonatás con un afecto ardiente y varonil alentó el valor de David, expresándole el deseo y la esperanza de verle algun dia sobre el trono: « Nada temas, le dijo, no te alcanzará la mano de Saül para que puedas reinar un dia sobre Israël: yo ocuparé entónces el segundo lugar, y no dudes que mi mismo padre conoce tu destino. » Este fué su último adios, pues no debian volverse á encontrar mas sobre la tierra; corazones puros y generosos, llenos de sencillez y de ternura, desinteresados en su mútua aficion, iguales en valor, de una fidelidad á toda prueba, siendo el uno para el otro lo que con tanta razon se tiene por tan raro como dulce, un verdadero amigo.

Informado Saül á su vez del lugar en donde estaba refugiado David, creyó muy fácil encerrarle estrechamente en sus montañas y obligarle á rendirse. Al frente de sus tropas vino él mismo á sitiarle, y en efecto se hubiera apoderado de él, á no haber sobrevenido la nueva fatal de una invasion de los Filisteos que le llamó prontamente al centro de su reino. Este inesperado acontecimiento salvó á David, el cual huyó hácia la parte del Mar Muerto, y se ocultó en unos peñascos difícilmente accesibles junto á Engaddi.

Arrojados ya los Filisteos de la tierra de Israël, volvió Saül á su tenaz persecucion contra David. Informado del lugar en que éste se hallaba y al frente de tres mil escogidos de Israël, salió en busca de su inocente yerno sin que lo áspero de un terreno tan solo accesible á cabras montaraces le arredrara de proseguir sus designios infames y sanguinarios. Para satisfacer una necesidad entró casualmente solo en una cueva, en cuyo fondo se hallaba David con sus soldados, los cuales le instaban á que tomasen fácil venganza de su enemigo, toda vez que el Señor se lo habia puesto en sus manos. Levantóse entonces David, y cortó sin ser sentido la orla del manto de Saül. Mas arrepentido al momento de su accion creyéndola injuriosa á la magestad Real, dijo á los suyos: «No permita el Señor que nunca mas haga tal contra mi Señor, ni extienda mi mano contra el ungido de Dios. » Y pudo apenas con sus palabras contener el ímpetu de los suyos que se echaban sobre el descuidado monarca. ¿Fué tal vez en David pequeñez de alma ó espíritu de servi-

dumbre este respeto constante á la magestad real? Satisfecho con salvar su propia vida, tuvo siempre horror de obrar contra su soberano legítimo, conformando así sus generosos sentimientos con las máximas divinas del Evangelio tantos siglos antes que este viniese á santificar la obediencia y á sancionar el poder.

Salido Saül de la cueva, el corazon de David no tuvo reposo; y despues de haber logrado sin esfuerzo sobre sí mismo una victoria que le daba mas honor que sus conquistas, despreciando todos los peligros y siguiendo solo el impulso de su tierna generosidad, salió tras de Saül dando voces á sus espaldas y diciendo: «Rey y Señor mio!» Volvió Saül la cabeza, y vió á David profundamente postrado hasta el suelo en señal de reverencia, que le decia: «¿Porque prestas oidos á los que te quieren persuadir que David anda maquinando tu ruina?» Y le manifestó la facilidad que tenia de matarle mostrándole la orla de su vestido. «¿A quién persigues Rey de Israël? al mas inofensivo de los hombres. Sea juez el Señor entre nosotros, y entre tu causa y la mia.» No pudo resistir el Rey á los impulsos de la naturaleza, y tanta generosidad triunfó por aquel momento en su corazon. «¿No es esta la voz tuya, exclamó, ó hijo mio David?» Y lanzó al mismo tiempo un grito, y se deshizo en llanto, y protestó no perseguir mas al que habia de ser Rey de Israël, recibiendo de éste el juramento de que no extinguiria su descendencia, ni borraria su nombre de la casa de su padre.

Pero David no dejó por esto de volver á ser perseguido por el implacable Saül, el cual le obligó á retirarse hasta la Arabia Petrea en el desierto de Faran. Otra vez, en medio de las vicisitudes de aquella vida agitada, tuvo fácil ocasion de matar á Saül con su propia mano. En el cerro de Aquila, junto al desierto de Gabáa, sorprendió David al monarca profundamente dormido en medio de su campamento, sin que nadie le advirtiese, y se contentó con llevarse un jarro de agua y una lanza que tenia en su cabecera: y despues desde lo alto del cerro increpó en voz alta á Abner, general del ejército, que tambien dormia, la falta al cumplimiento de su deber en velar sobre la persona del monarca. Reconoció otra vez Saül la voz de David, que con res-

peto y ternura le increpaba su obstinacion en perseguirle, le mostró la fácilidad con que hubiese podido darle la muerte, y recibió de nuevo del inconstante monarca las momentáneas protestas de reconciliacion y de paz. Prefirió David en sus injustas persecuciones perdonar aquella cabeza que el intérprete de Jehová habia señalado con la uncion real y dejar que el cielo mismo escogiese su hora; al paso que rodeaba á su enemigo de muestras de su sumision y de su respeto, contentándose con hacerle increpaciones llenas de una heróica mansedumbre. Esta virtud, cuando va acompañada con el valor, es solo propia de las almas grandes, que se parecen mas á la Divinidad, la cual lo puede todo y perdona. Así lo reconoció el mismo Saül cuando, conmovido por tan elevada generosidad, y dando un suspiro mezclado en lágrimas exclamó: «Tú eres mas justo que yo, porque tú no me has hecho sino bien, y yo no te he vuelto sino mal... Bendito seas, hijo mio; sin duda ejecutarás grandes empresas, y será grande tu poder.»

Oygamos empero por un momento cual se eleva al cielo la voz de David en el seno mismo de las angustias de la persecucion. Cuando movido Saül de su generosidad por haberle perdonado la vida en la cueva de Engaddí, se retiró y desistió por algun tiempo de perseguirle, el jóven profeta daba gracias á Dios y le pedia socorro para los nuevos peligros que preveia.

Tu compasion ahora,
Tu compasion, ó Dios, el alma mia
Necesitada implora:
Y en su triste porfía
Tu la consolarás, pues en tí fia:
En tí que la regalas
Con el suave y generoso manto
Y abrigo de tus alas,
Dó reposará, en tanto
Que pasa la maldad que le dá espanto.
Desde allí guarecido
Clamaré á Dios altísimo en mis males,

De quien he recibido
Tantas y celestiales
Gracias y beneficios inmortales.
  Él me envió del cielo
Su ausilio, y me salvó de la tormenta.
Y para mas consuelo
Volver hizo mi afrenta
En oprobio del mismo que la intenta.
  En triste leonera
De feroces cachorros rodeado,
Viéndome por do quiera
Estrecho y encerrado,
Sin sosiego dormia y asustado.
  Mas fieros que leones
Hombres, hijos de hombres, me cercaban,
Que saetas y arpones
Por dientes me mostraban,
Y puñales por lenguas afilaban.
  Pero bajó del cielo
La infalible verdad, que Dios envia
Con generoso vuelo,
Y su clemencia pia,
Y hallóse luego salva el alma mia.
  Las celestes esferas
Esceda, ó Dios, la alteza de tu gloria;
Las regiones postreras
Del mundo á su memoria
Monumentos consagren en la historia.
  Cobarde y encogido
Me traian los lazos que me armaron,
Y el foso tan temido
Con que el paso cortaron,
Y ellos al fin en él se sepultaron.
  Mi pecho con presteza,

Con presteza mi pecho se prepara
A cantar la grandeza,
La prez ilustre y clara,
O Dios, de tu virtud que asi me ampara
Ven, estro numeroso,
Gloria de mi divina poesía,
Salterio armonioso,
Cara cítara mia,
Venid á mi cantar, que raya el dia.
Cantaré de tal modo
Tu grandeza, Señor, que reverente
Te alabe el mundo todo,
Y de una en otra gente
Sonarás en mis versos dulcemente.
Cantaré la grandeza
De tu misericordia, que del cielo
Sobrepuja la alteza,
Y el encumbrado vuelo
De tu verdad sobre el eterno velo.
Las celestes esferas
Esceda, ó Dios, la altura de tu gloria;
Las regiones postreras
Del mundo á su memoria
Monumentos consagren en la historia.

Injustamente acusado David de soberbio por Saül y sus partidarios, pone por testigo al cielo de los sentimientos de su corazon, y prorrumpe en este hermoso himno.

Señor, al pecho mio
La vanidad no altera,
Ni con mirada fiera,
Con orgulloso brío
Soberbia se mostró.
Ni la soberanía,
Ni la encumbrada alteza,

Ni exelsa la grandeza
Para la suerte mia
Nunca apetecí yo.
Si vano y engreido
Con el presente estado,
Viéndome ya elevado,
Echar pude en olvido
La suerte en que nací;
Como del tierno infante
En lágrimas deshecho,
Y del materno pecho
Privado en un instante,
Así sea de mí.
Así que desde ahora
Del uno al otro polo
En el Señor tan solo,
Que humilde y fiel adora,
Esperará Israël.
Y ya desde este dia
Por eternas edades
En sus altas piedades,
En su gracia confia
Y solo espera en tí.

Para colmar las amarguras que afligieron á David en su destierro, debia añadírsele la noticia de la suerte de Michol. No habia dado este ni consentimiento ni carta de divorcio de que ella pudiese aprovecharse, y sin embargo Saül la dió por esposa á Faltiel, hombre de su tribu, bien fuese para vengarse de su enemigo con este nuevo acto de injusticia, bien fuese para apartar á su hija de aquella especie de viudez á que la condenaba la ausencia de David. Sea como fuere, esto era contrario á las instituciones del país y al derecho natural, segun el cual el hombre y no la muger podia encontrar en materia de poligamia cierta tolerancia. Así pues David, que en su huida habia por su par-

te tomado por muger á Abigaïl, viuda de Nabal, no se creyó obligado á tener por legítimo y verdadero el nuevo enlace de Michol; y desde el momento en que por el cambio de su fortuna y por su subida al poder se vió en estado de dictar condiciones, su primera palabra fué para la hija de Saül, tierno y querido objeto de una afeccion por tan duras pruebas contrastada.

Saül empero acababa de perecer con Jonatás y dos otros jóvenes príncipes en una batalla dada contra los Filisteos, cerca de Gelboé. Así terminó su agitada carrera ese primer monarca de Israël, reprobado por Dios, y la figura de la Sinagoga, mientras que el perseguido David lo era de la Iglesia: de ese rey que á pesar de ser ungido por el Señor, perdió lastimosamente el reino y la vida en castigo de sus delitos, y sobre todo de su inicua y tenaz persecucion contra el inocente hijo de Isaï.

La última batalla fue sangrienta y terrible. Los Israelitas, tantas veces vencedores, volvieron las espaldas á los Filisteos, cubriendo con sus cadáveres las alturas y faldas del Gelboé; los enemigos en la embriaguez de la victoria se arrojaron sobre Saül, y sus hijos Jonatás, Abinadab y Melquisua. A estos tres los pasaron á cuchillo, y toda la fuerza del combate vino á descargar sobre el desdichado monarca, á quien alcanzaron los flecheros é hirieron de gravedad. Dijo entonces el herido Saül á su escudero: « Desnuda tu espada y quítame la vida, porque no lleguen estos incircuncisos y me maten, añadiendo la burla á la crueldad. » Horrorizado su escudero, se resistió á obedecerle: pero el furioso Saül se arrojó sobre su espada y quedó inundado en su propia sangre. El escudero al ver muerto á su Señor, echóse él mismo tambien sobre su espada y murió junto con él. Tal fué el fin desastroso de aquella ominosa lucha.

Los Israelitas que vivian en la otra parte del Jordan, viendo que habian huido los soldados de Israël, y muerto Saül y sus hijos, abandonaron despavoridos sus ciudades y escaparon; y vinieron los Filisteos y se alojaron en ellas. Al amanecer del dia siguiente fueron los Filisteos á despojar á los muertos, entre los cuales hallaron á Saül y á sus tres hijos tendidos sobre el Gelboé. Y no saciados aun en su venganza, no

respetaron el cuerpo de Saül, le cortaron la cabeza y le despojaron de sus armas y enviaron la noticia por todo el país de los Filisteos, para que tan cumplida victoria se publicara en el templo de los ídolos y en los pueblos. Colocaron las armas de Saül en el templo de Astaroch, y colgaron su cuerpo en el muro de Bethsan, como fúnebre y sangriento trofeo de su triunfo.

Los moradores empero de Jabes Gabaad, no pudieron sufrir que asi se insultaran los restos de su infeliz monarca: salieron los mas esforzados con el denuedo propio de quien sale á vengar á costa de su vida un oprobio que la insolencia hace á la desgracia. Infatigables y despreciando los peligros, anduvieron toda la noche y lograron al fin quitar los cadáveres de Saül y de sus hijos del muro de Bethsan, y al regresar á Jabes de Gabaad los quemaron, aunque no era esta la costumbre comunmente admitida entre los Hebreos; pero quizás circunstancias particulares les obligaron entonces á conceder á los restos de aquellos príncipes los honores de la pira. Y recogidos sus huesos, les dieron sepultura en el bosque de Jabes, ayunando siete dias en señal de luto y de dolor (4).

Mas se olvidaban los Filisteos, orgullosos en su victoria, que David vivia aun. Muerto Saül, dos dias habia ya que David se hallaba en Siceleg de vuelta de la derrota de los Amalecitas; pues mientras las armas de Israël sucumbian en Gelboé, David el intrépido, las hacia triunfar contra los hijos de Amalec. Al tercer dia compareció un hombre venido del campamento de Saül, rasgados sus vestidos, y cubierta de polvo la cabeza, el cual declaró al jóven guerrero la muerte de Saül y de sus hijos y la derrota de su ejército. Este hombre era un Amalecita. « Llegué yo casualmente dijo, al monte Gelboé, al tiempo que Saül se habia arrojado sobre la punta de su lanza. Y viendo que los carros de guerra y caballería enemiga se le acercaban, me pidió que le acabase de matar, pues, estoy ya en la agonía, me dijo, y no acaba de arrancárseme el alma. Le acabé de matar, pues, seguro de que despues de tal desastre no podria sobrevivir. Tomé la diadema de su cabeza, y el brazalete de su brazo y te lo traigo á tí que eres mi Señor. »

Al oir la nueva fatal David asió sus vestidos y los rasgó en señal de profundo dolor, haciendo lo mismo cuantos con él estaban: castigó de

muerte el Amalecita por haber puesto sus manos, segun él decia, sobre el Ungido del Señor, y prorrumpió en aquel fúnebre cántico llamado del Arco, que mandó se enseñase á los hijos de Judá para que llorasen con él la muerte de Saül y de su hijo Jonatás. En esos golpes terribles de la mano de Dios es cuando el genio se exala naturalmente con la voz del dolor, y procura levantar sobre las losas de su sepulcro ilustre un monumento glorioso que perpetua en la posteridad las virtudes ó las grandezas del finado. He aquí el cántico.

¡Ay, como se ha eclipsado
Ya tu gloria, Israël, si consideras
Los bravos campeones
Que en tus montes han dado
Sus vidas hoy al pié de sus banderas!
Tus ínclitos varones
Israël, has perdido
Hoy en esa montaña.
¿Cómo así han perecido
Los valientes, que siempre tanto fueron
Temibles en campaña?
No lo sepa el Geteo,
Ni se diga en las plazas de Ascalona;
No las hijas lo canten
Del vano Filisteo,
Y gozosos su triunfo y su corona
Hasta el cielo levanten.
Ocultad en profundo
Silencio vuestra afrenta,
Que no la sienta el mundo,
Ni la hija del vil incircunciso
La celebre contenta.
Ni lluvia ni rocío,
Montes de Gelboé desventurados
Caygan en vuestro suelo;

Ni diligente y pío
Agricultor encuentre en sus sembrados
Con que aplacar al cielo.
Pues ahí (ya el escudo
De los fuertes rendido)
Saül, de golpe crudo
Penetrado, cayó, cual si no fuera
Con óleo santo ungido.
Nunca mal dirigida
De Jonatás la flecha penetrante
Voló al campo enemigo,
Ni de sangre teñida,
Dejó de aparecer un solo instante
De su gloria testigo.
De Saül en la mano
Jamás la ardiente espada
Se vió brillar en vano;
Ni sin domar al enemigo fiero,
Volvió á verse envainada.
Amables y agraciados
Saül y Jonatás, mientras vivian,
Hasta en la muerte dura
Se vieron igualados;
Que ni para morir se dividian.
Ambos en la bravura
Mas eran que leones:
Su presteza y soltura
Al vuelo de las águilas venciera
Del aire en las regiones.
Haced amargo duelo,
O de Israël bellísimas doncellas,
A Saül, que os traía
De lejos á este suelo
El oro y la escarlata, que mas bellas

Y ricas os hacia.
Guerra desoladora!
Así acaba tu saña
Con los fuertes, que llora
Mi alma. ¡ Ay, caro Jonatás, herido
Y muerto en la montaña!
Por tí lamento y lloro,
Amado Jonatás, hermano mio.
¿A quien no arrebatara
Tu gracia y tu decoro?
Todo amor me parece insulso y frio,
Si el amor se compara
Que yo á tí te tenia.
¿Qué jóven á su esposa
Amar así podia?
¿Ni qué al hijo unigénito la madre
Mas tierna y cariñosa?
¿Como así han perecido
Los fuertes de la tierra?
Ay de Israël vencido!
Que con ellos en tí ya se acabaron
Las armas de la guerra.

El trágico Alfieri, notable por la robustez y energía de su coturno, recibió de la muerte de Saül una feliz inspiracion para uno de sus mas bellos dramas. Su *Agamenon* puede citarse como un modelo por la ordenacion y tejido de la fábula, y por el arte de deducir las escenas y los actos el uno del otro. El *Orestes* nos parece la mas bella de sus tragedias, y una de las mas admirables que hayan podido presentarse sobre un teatro. Pero en la tragedia de Saül se hallan felizmente presentados los caracteres de los personages. El monarca de Israël, para cualquiera que admita el fatal castigo de Dios por haber desobedecido á los sacerdotes, muéstrase cual debia aparecer en la escena. Mas aun para quien no admitiera esta mano vengadora de Dios

que sobre él pesaba; bastará el observar que Saül creyendo tener bien merecida la ira del Señor, por esta su sola opinion fuertemente concebida y arraigada, podia muy bien caer en aquel estado de turbacion que le hace no menos digno de piedad que de admiracion. David, amable y valiente jóven, pudiendo desarrollar principalmente su natural bondad, la compasion que le inspira Saül, el amor que á Jonatás y á Michol profesa, su sincero respeto á los sacerdotes y su magnánima confianza en solo Dios, viene á hacerse con este conjunto un personaje á un mismo tiempo oportunísimo y maravilloso. Michol aparece como una esposa tierna y una hija obediente, y no podia ser otra cosa. Jonatás tiene de sobrenatural quizás mas que David, y de ello necesita en esta tragedia para mirar con buenos ojos al jóven David, el cual, preconizado ya rey por los profetas, sin una ayuda especial de Dios, debia parecer á Jonatás mas bien un rival temible que un hermano. El efecto que hace en él esta especie de amor inspirado, y su entera resignacion al divino querer, es el hacerlo sumamente afectuoso en todos sus dichos al padre, á la hermana, al hermano político y digno de admiracion sin inverosimilitud á los espectadores. Abner es un ministro guerrero, mas amigo que siervo de Saül, y no tanto vil en sus designios, como ejecutor de los mandatos tal vez crueles de su amo. Sin embargo, su antipatía al justo é inocente David, no puede dejar de hacerle repugnante á una alma noble y generosa. Achimelech es introducido aquí para el único fin de tener un sacerdote que descubra la parte amenazadora é indignada de Dios, mientras que David no despliega mas que la parte piadosa. Pero este personage no era absolutamente necesario.

En esta tragedia el autor ha desenvuelto tal vez mas que en las otras aquella perplejidad del corazon humano tan mágica por su efecto, por la cual un hombre agitado por dos pasiones contrarias absolutamente quiere y no quiere una misma cosa. Esta lucha de la voluntad consigo misma, esta perplejidad es uno de los mayores secretos para producir conmocion y suspension en el teatro. El autor tal vez por la poca perplejidad de caracter, no comprendió este recurso del arte en sus primeras tragedias, y en esta le ha adoptado en cuanto le ha

sido posible. En esta parte Saül puede llamarse un personage mucho mas habilmente caracterizado que todos los héroes precedentes. En sus lúcidos intervalos, ora agitado de envidia y de sospechas contra David, ora del amor de la hija para con su yerno, ora irritado contra los sacerdotes, ora penetrado y compungido de temor y de respeto para con Dios; en las horribles tempestades de su atrabajado pensamiento y de su exacerbado y oprimido corazon, ya sea piadoso, ya feroz, nunca aparece despreciable ni absolutamente odioso. Con todo esto, un rey vencido que se dá la muerte á sí mismo con su propia mano, para no ser la burla y la víctima de los vencedores que están para echarse sobre él, es un accidente asaz ménos trágico que los demas presentados antes por el autor.

Para ligera muestra de la profunda sensibilidad que encierra esta produccion sublime, recordaremos la tierna despedida de David y Michol, cuando obligado aquel á desterrarse de la presencia de Saül por el odio que este le profesaba, ruega á Michol que le deje ir solo y errante, y que ella se quede á endulzar los últimos y amargos instantes del desesperado padre. La batalla se habia perdido: Saül era perseguido de muerte por los vencedores. David debia alejarse para siempre del suegro á quien amaba, y á quien no podia ya defender. Sigue á esta escena de angustia la muerte de Saül que concluye el drama (5).

Quedóle aun un hijo á Saül, que se propuso reinar bajo la tutela y con la proteccion de Abner pariente suyo, general esperimentado; pero ambicioso. Efectivamente la nacion casi toda se sometió á la autoridad del jóven rey, cuyo nombre era Isboseth. En un principio David no fué reconocido sino por los hombres de Judá y tenia su residencia en Hebron, que por ello adquirió celebridad, y allá fueron á encontrarle los guerreros de su tribu. Estos le dieron de nuevo la uncion Real, para mostrar sin duda su asentimiento á la eleccion hecha por Samuel, y proclamar solemnemente un derecho hasta entónces contestado. El partido del hijo de Saül duró mas de doce años enteros, durante cuyo largo período la guerra, aunque flojamente conservada, arraigó una division secreta que el porvenir hizo estallar, y que despedazó la nacion de una manera irreparable en la muerte del heredero de David. Nada prenunciaba que la débil monarquía de He-

bron debiese estenderse velozmente sobre todo el país, cuando Abner, resentido de una reprension de su señor, ó mas bien, de su pupilo, (y este resentimiento venia por causa de una muger) le amenazó en términos de abandonar su causa y hacer que el pueblo desertase de ella. Y en efecto, envió desde luego confidentes que dijesen de su parte al rey de Judá: « A quien pertenece todo este país sino á tí? Ház amistad conmigo, que yo te ofrezco todas mis fuerzas, y reducir á tu obediencia todo Israël. » David tenia derechos y hallando un medio de defenderlos sin efusion de sangre, le aprovechó acogiendo los ofrecimientos del vengativo soldado. « Bien está, respondió por medio de los diputados, yo haré alianza contigo; pero una cosa exijo de tí y te prevengo, y es que no verás mi cara, sin que primero me hayas traido á Michol, hija de Saül: bajo esta condicion podrás venir para tratar conmigo. » Bien seguro de que en adelante un deseo apoyado por Abner no sufriria contradiccion, David volvió á demandar Michol al jóven príncipe rival suyo, añadiéndole que Saül su padre se la habia dado por esposa por haber muerto cien Filisteos. Intimidado el jóven monarca, dió órden á Phaltiel para que le enviase la princesa, y la mandó conducir á su primer esposo por Abner, á quien Isboseth no se hubiera atrevido á excluir de aquella mision. Porque cuando Dios quiere estinguir las dinastías, las empuja hácia el abismo con una rapidez que las hiere como un vértigo, por manera que no ven ni como retroceder sin caida, ni como avanzar sin perderse.

Entretanto el imperioso Abner disponia en favor del rey de Hebron el espíritu de todo el pueblo, y en particular la tribu de Benjamin á la que pertenecia la familia de Saül. « Tiempo hace, decia, que deseais tener á David por rey: ha llegado ya la hora: el mismo Jehováh lo designó cuando dijo: Por mano de mi siervo David arrancaré mi pueblo del poder de los Filisteos y de todos sus enemigos. » Así es como Abner, inspirado por la venganza, reconocia unos derechos que solo la ambicion le habia hecho combatir. Despues de haber desquiciado y destruido la causa de su primer señor, fué á unirse con el nuevo con veinte amigos decididos. Abner, ya en su tiempo, era el verdadero tipo de la mayor parte de nuestros políticos, cuya adhesion á de-

terminadas personas está dirigida únicamente por miras ambiciosas, dispuestos á vergonzosas defecciones, siempre que así lo reclama su interés ó su engrandecimiento. Si Abner obró contra sus propias convicciones, hizo traicion á sus sentimientos: si no tenia ninguna, como tantos que despues le han imitado, fácil le fué sin duda mudar de señor y jugar con la fidelidad segun las exijencias del momento ó los impulsos de una pasion vengativa. Abner llevaba consigo á Michol, triste é inocente víctima de las rivalidades políticas de su padre y de su esposo. Mas Phaltiel no podia resolverse á dejarla, y la siguió hasta Baurim, en cuyo lugar Abner le mandó que se volviera: y la dejó derramando amargas lágrimas. Era indispensable que Abner hiciese retirar á Phaltiel antes de llegar á Hebron.

Michol parecia ser la buena estrella de David: con ella en otro tiempo una luz de serenidad habia iluminado su vida: léjos de ella le habian rodeado las inquietudes y los peligros; y al volver á encontrarla, vió reaparecer su felicidad que por tanto tiempo se habia desvanecido. Los acontecimientos parecian doblarse bajo su destino para obedecerle. Abner murió asesinado por motivos de venganza: el rey de Israël cayó al filo de dos traidores. Supo el pueblo de una manera indudable que las manos de David estaban puras y limpias de aquella sangre criminalmente derramada. Todas las tribus pues, representadas por sus Ancianos, y por los principales guerreros vinieron á saludarle en Hebron y á proclamarle rey. Allí se vieron los hijos de Judá, llevando el escudo y la lanza enteramente armados para los combates; los de Efraïm, fuertes y valerosos y con grande fama de intrepidez: los de Isachar, dotados de inteligencia y discrecion, y cuyos consejos eran de gran peso en el ánimo de sus hermanos. Veíanse tambien allí á Zabulon, de valor ejercitado, Azer, ardiente en la pelea, Dan, Neftalí y las tribus que habitaban á la otra parte del Jordan, todos fieles y decididos á ocupar su puesto con un corazon inflexible, y prontos á sostener el choque impetuoso del enemigo. Una fiesta que duró tres dias los reunió á todos, estrechando mutuamente sus sentimientos de concordia, y la nacion, entregada á la paz, rebozaba de alegría.

David, sentado apenas sobre el trono de Israël, volvió sus armas

contra los Jebuseos, resto de la poblacion indígena que se conservaba despues de cuatrocientos años en medio de los Israelitas, y que ocupaba una de las tres montañas contenidas en el recinto de Jerusalen. El alcazar de Sion en donde esos restos de pueblo indígena se habia acantonado, pasaba por inexpugnable. Sin embargo, David, ofreciendo un premio á los mas osados, se apoderó del alcazar y volvió á edificarle dándole su nombre, por lo cual se llamó despues la ciudad de David. Añadió á ella una extension considerable de terreno, hizo construir varios edificios al rededor é interiormente, y engrandeció la ciudad, haciendo retirar las murallas hasta un barranco que servia de foso. La fama del nuevo monarca no se circunscribia ya á los límites de la antigua Canaan. Hiram, rey de Tyro, admirando las eminentes calidades de David, é informado de sus proyectos, le envió embajadores para felicitarle por su advenimiento definitivo al trono de Israël, ofrecerle con su amistad considerables presentes, y poner á su disposicion hermosos cedros del Líbano, y una multitud de operarios hábiles en trabajar la madera y la piedra. Con tales recursos acabó David la construccion de su magnífico palacio, mansion deliciosa, desde donde la vista domina por la parte del Este el valle del Juicio, y se extiende hasta el Jordan al través de la cima cortada de las colinas; mansion de inspiracion santa, que domina asimismo el curso del Siloë, el de las ondas poéticas, y que tantas veces oyó las armonías tan dulces y tan sublimes que ningun eco sobre la tierra suspiró al sonido de mas grandiosos objetos! Bajo la mano de David Jerusalen pasó á ser desde luego la mas bella y mas considerable ciudad del país, el centro del gobierno y el punto de reunion para las principales ceremonias del culto religioso. El príncipe hizo trasladar allí el arca santa que habia quedado por espacio de cerca de cincuenta años bajo la custodia de los Levitas en una aldea de la tribu de Judá.

Magnífica y pomposa fué la fiesta de esta traslacion: habíase reunido una multitud innumerable: todas las tribus habian enviado sus diputados: arpas, trompetas, numerosos instrumentos músicos resonaban de lejos y acompañaban cánticos de júbilo. Los Levitas llevaban el arca santa. La comitiva se detenia con frecuencia para inmolar víctimas, y volvia á seguir su marcha triunfante al son de himnos incesantes.

«Cantad un nuevo cántico sonoro
Al Dios á quien adoro: nueva oda
Cante la tierra toda á su grandeza.
Cantad, y con presteza, de su nombre
Bendiga todo hombre la dulzura;
Y se estienda la voz de dia en dia
De la salud que envia á los mortales.
Suenen iguales por el aire vano
Voces en que al pagano se publique
Tambien y magnifique de su gloria
La loable memoria; y en ciudades
Pueblos y merindades, y en las villas
Sepa sus maravillas igualmente
Toda nacion y gente: sepan todos
Que es grande de mil modos, y plausible
El Señor y terrible, que supera
Los dioses que venera de la vana
Supersticion pagana el error ciego.
Pues se conoce luego, que demonios
Son, por mil testimonios evidentes
Los dioses de las gentes, y que solo
El hacedor del polo y alto cielo
El Dios que nuestro suelo fiel adora.
Canta la voz sonora la alabanza,
La hermosura que alcanza y la belleza
De su rostro, la alteza y la admirable
Santidad adorable de su pura
Santísima natura. Traed dones,
O gentes y naciones: á alabarlo
Llegaos y ensalzarlo con honores
Al Señor de señores; y á su santo
Nombre, que pueda tanto, con festiva
Gloria decid que viva, y reverentes
Ofrecedle presentes, y con ellos

Entraos en los bellos, espaciosos
Atrios, y tan hermosos, de su casa,
Y adoradlo sin tasa allí rendidos,
A su piedad asidos. Tiemble el mundo
Con espanto profundo del severo
Semblante justiciero, si presente
Vé al Dios omnipotente. A las naciones
Decid y dad pregones del gobierno
Del Señor Dios eterno, que corrige
Al orbe y lo dirige, mas seguro
Y estable que del muro la firmeza
De recia fortaleza, que ni ariete
Ni máquina lo inquiete. La balanza
De su justicia alcanza á toda gente
Y pesa justamente. Ya la esfera
Del cielo placentera, y el terreno
Globo de gozo lleno y el undoso
Mar ancho y espacioso se conmueve
Con un plácido y leve movimiento,
En dulce sentimiento de alegría.
Y ya el campo, la umbria y el ganado
Todo regocijando se alboroza,
Y en la selva retoza el árbol mudo;
Porque conocer pudo, que ya viene
El Dios que lo mantiene, juez severo
Que juzga al mundo entero, y con justicia
Y con verdad condena su malicia.

. . . .

Traed aquí corderos,
Traed al ara santa
A inmolar al Señor, ó verdaderos
Hijos de Dios, y dadle honor, y cuanta
Gloria podais; dad gloria á su gran nombre.
Adoradlo aquí ahora,

Adoradlo en el atrio donde mora.
  De la voz poderosa
El eco ya resuena
Del Señor en la nube tenebrosa:
El Dios de majestad es el que truena.
Oidlo en el estruendo de las aguas:
Voz es de fortaleza
Voz es de majestad y de grandeza,
  Voz del Señor del cielo,
Que los cedros quebranta,
Del Líbano los cedros por el suelo:
Y cual con leve planta
Brinca el rinoceronte y el cabrito
Saltando en los ribazos,
Asi van por el monte hechos pedazos.
  Voz que dá el estallido
Del rayo fulminante
Apagando la llama; y sacudido
El desierto con trueno resonante,
El desierto de Cades se conmueve,
Y á la voz espantosa
Del Señor se estremece, y no reposa.
  Voz que el Señor envia
Del remoto horizonte,
Y al resonar entre la selva umbría,
Ante el cerrado monte,
Y de su hojoso toldo lo desnuda,
Y el ciervo temeroso
Busca en vano su asilo y su reposo.
  Mas al pueblo felice
Junto en el templo santo,
La gloria del Señor publica; y dice,
Libre, alegre, segura y sin espanto:
«El Señor reina en medio del diluvio,

«Y reina eternamente
«Sobre la nube y sobre el rayo ardiente.»
Y el Señor á su pueblo religioso
Feliz hace en la guerra y victorioso,
Y en paz sobre la tierra asegurado;
Y libre de recelo,
Su bendicion le envia desde el cielo.

Al canto de este y otros himnos compuestos por el mismo David y repetidos por millares de voces, este rey, transportado por la violencia de sus piadosos sentimientos, danzó delante del arca. Michol, que estaba mirando desde una ventana la marcha de la solemne comitiva, reparó con despecho los candorosos transportes á que el rey se abandonaba, y despreció en su corazon lo que ella miraba como un olvido ó una humillacion de la magestad real.

Así cuando, terminada la ceremonia, David volvió á entrar en su palacio, Michol, saliendo á su encuentro, le expresó su pena en términos llenos de la mas sentida ironía. «¡Qué bella figura, dijo, ha hecho hoy el rey de Israël, despojándose de sus insignias delante de las criadas de sus siervos, y desnudándose ni mas ni menos que si fuera un bufon!» David empero, con aquella sinceridad religiosa que presta á los verdaderos creyentes cierto aire de sencillez pero de decision, y que escudándoles con toda la inviolabilidad de una conciencia profundamente convencida, les hace superiores á todas las injurias y á todos los desdenes respondió: «En verdad delante de Jehováh, que me eligió en lugar de tu padre y de tu descendencia, y que me mandó ser el caudillo del pueblo del Señor en Israël, bailaré yo y me abatiré mas aun de lo que he hecho; y me haré despreciable á mis propios ojos, y á los de las criadas ó mugeres de Jerusalen de que tú has hablado, pareceré mas glorioso.» En efecto, lejos de suprimir ó debilitar la pública expresion de sus sentimientos religiosos, concibió el rey el proyecto de erigir un templo digno del Eterno, y si dejó este cuidado á su sucesor, fué despues de haber recibido órden para ello de boca de un profeta.

Michol murió sin posteridad. Los últimos años de su vida han desaparecido enteramente entre los resplandores con que la historia envuelve el nombre de David. Porque sin olvidar la legislacion de Moysés, que no se habia propuesto por cierto crear un pueblo conquistador, David se vió obligado á no dejar nunca la espada de la mano, y á sostener contra sus vecinos luchas sangrientas en las que se cubria de gloria. Por lo demás este monarca se unió vivamente á Dios, que es justicia y verdad; y nunca se autorizó de sus victorias para sustraerse al imperio de la ley. Verdad es que hubo un dia en que su virtud se eclipsó; pero alomenos recobró por el arrepentimiento el lugar que habia perdido por el crimen delante de Dios y delante los hombres, y bajo este título merece ser presentado como un ejemplo eterno no solamente á los que mandan sino tambien á los que obedecen.



Notas.

(1) He aquí lo que acerca la música y demas bellas artes dijimos en nuestro *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época* tomo I. hablando de las ciencias de aplicacion. Parécenos descubrir en el siguiente bosquejo alguna analogía con la época del reinado de David, en el cual se desplegaron el gusto y la aplicacion de las bellas artes.

« Subiendo por la escala de las artes, llegamos á las que se llaman liberales y cuyo elemento propio es la belleza. Dos se presentan desde luego, la primera es una transformacion de la palabra *(la música)* la otra una transformacion de la escritura *(la pintura)*.

« La naturaleza tiene un lenguaje del cual acá en la tierra solo podemos entender algunas palabras. Las ciencias se han representado los astros como formando por diversos tonos proporcionados ó su grandor y á su movimiento una armonía inmensa. Prescindiendo aun de esta idea, la voz de los mares, los suspiros de los vientos, los multiplicados ruidos de la naturaleza y el canto de los pájaros nos hablan una lengua indefinible. Esta palabra indeterminada dá al hombre la primera idea de la música que imita esta palabra combinándola artísticamente por las leyes misteriosas pero instintivamente sentidas de la armonía y del ritmo, cuyo tipo se nos ofrece en los sonidos complexos y en los sonidos cadenciosos de la naturaleza. Mas cuando los carácteres de esta palabra vaga, indefinida, y que por lo mismo tan bien corresponde con el vago sentimiento de lo infinito, se unen con el carácter de la palabra humana, expresion determinada de las ideas, elevada esta entónces á su mas alto poder, se convierte en canto, y habla á la vez á toda el alma. Así la música es en su esencia una gloriosa transformacion de la palabra, ora se produzca bajo la forma de canto humano, ora quede en el estado de música instrumental, que solo puede concebirse como un su-

plemento ó un acompañamiento de los cantos de la humanidad.

El hombre transforma asimismo su escritura, y halla tambien el tipo de esta transformacion en la naturaleza en donde se ven escritas las ideas del Criador. La escritura natural y la nuestra ordinaria difieren en dos cosas. Nosotros escribimos las palabras: nuestros carácteres gráficos no son la representacion de las cosas, mientras que cada maravilla de la naturaleza representa por sí misma un pensamiento divino, que tiene en ella su forma sensible y su expresion viviente. En segundo lugar nuestra escritura es sucesiva; vá fluyendo de palabra en palabra, de frase en frase, sin poder expresar simultáneamente ni muchas ideas ni muchas relaciones de las ideas mismas: mientras que cada ser, por la multiplicacion de su esencia, de sus propiedades y de sus facultades, nos ofreceria, si interpretarle supiéramos, una multiplicada intuicion en mil diversos sentidos. En la pintura pues, comprendiendo bajo esta palabra genérica todas las artes que tienen su base en el diseño, procura el hombre asimilar su escritura con aquella escritura divina que le es dado leer en la naturaleza. La pintura, bien sea descriptiva, bien histórica ó simbólica, representa simultáneamente muchos objetos y los exprime, no por signos convencionales, sino bajo sus formas naturales y llenas de vida. Es pues una escritura intuitiva, y fué el ensayo de la escritura mas antigua, cuyos restos son los geroglíficos. Se la ha abandonado para los usos ordinarios porque exijia demasiado tiempo, espacio y materia, porque era complicada excesivamente; es decir, porque el hombre es demasiado débil en cuerpo y en espíritu para poder sostener y manejar con facilidad aquellas letras magníficas. Su empleo habitual no guarda proporcion con nuestras facultades, pero no por esto dejan de ser aquellas letras carácteres intrínsecamente superiores en expresion y energía porque habla á los ojos; y si posible fuese escribir en cuadros toda la historia, ¿que narraciones no aparecieran pálidas al lado de anales tan espléndidos? Precisados pues á renunciar á su uso para las exigencias de la vida práctica, hemos guardado esta escritura maravillosa, y la hemos adoptado únicamente para las necesidades de nuestra vida ideal; y merced á la pintura, imitamos la escritura de la creacion.

A las dos artes, de que acabamos de hablar, se refieren otras artes á ellas subordinadas. La declamacion es un canto relajado; la pantomima es una pintura por gestos. La danza, segun su institucion primitiva, tiene un doble caracter; por los movimientos del cuerpo participa de la pantomima, por el ritmo al que está esencialmente sujeta toma parte de la música.

Hasta ahora no hemos visto sino transformaciones de la palabra y de la escritura; mas el hombre obra aun otra transformacion. La naturaleza no solamente tiene una palabra, no solo nos ofrece una escritura en grande cuyos caracteres son sus fenómenos: el universo considerado en su conjunto preséntase tambien á nuestros ojos como una inmensa morada, como el palacio del hombre y el templo de Dios. Esta morada no se construyó únicamente para la utilidad, sino que lleva la

marca de una singular hermosura, y en el universo tiene no solamente su geometría, sino tambien su poesía, carácter que siendo mas sensible y encantador que el primero, fué sentido antes que aquel fuese conocido. Si el hombre, pues, transforma su palabra pronunciada en canto, y su palabra escrita en pintura, ¿no verificará del mismo modo una transformacion análoga en la casa que construye, especialmente en el domicilio social, en el palacio, en el templo? ¿no procurará imprimir en ella el carácter de belleza cuyo tipo tiene en la naturaleza misma? ¿no seguirá todo en igual proporcion? Al hombre que elevó á una region superior la expresion de su pensamiento, conviénele una morada superior tambien, y esta morada se la presta la arquitectura, la cual participa bajo diversos respetos de las otras dos bellas artes, y es como la pintura, una escritura sublime y simultánea. Nuestras bellas catedrales, de las que se ha dicho con razon que eran ideas construidas en piedras, figuran el mundo entero; pero estas mismas piedras se combinan al propio tiempo segun leyes de simetría y de proporcion, íntimamente análogas con las leyes matemáticas de la armonía. Hay pues en la arquitectura como una musica muda y una escritura gigantesca.

Por medio de estas tres artes transforma el hombre su palabra, su escritura y su habitacion; pero esta transformacion no seria posible, ni produciria mas que chocante desproporcion entre nuestras facultades, si lo mas elevado que hay en el hombre, el pensamiento, no tuviera asimismo su transformacion propia. Ese arranque impetuoso del alma, ese vuelo superior del pensamiento, ese esfuerzo que hace para vestirse de formas mas brillantes, es la poesía. El alma es á la vez inteligente y sentimental: en la poesía la inteligencia bien se remonte de las imágenes á las ideas, bien descienda de las ideas á las imágenes, no se limita á cruzar por los ámbitos del raciocinio, sino que se lanza por intuicion, y la intuicion es el vuelo del pensamiento. Elévase el sentimiento y se engrandece á la misma proporcion, y entonces se ejerce aquel poder que caracteriza la poesía, aquel poder creador que lleva en sí el nombre mismo de poeta, y que construye con los elementos del mundo real un mundo ideal. El mundo actual es su materia; pero ella se esfuerza en reproducirla bajo una forma cuyo tipo lleva en sí misma, y que es como el reflejo de un mundo superior. Nos hallamos habitualmente relacionados con muchas cosas cuyo sentido no comprendemos, y que son para nosotros sin alma y sin voz. En la poesía el alma se desprende de estas percepciones mudas, toscas y sin brillo que le pesan y la embarazan. Como el cisne al salir de las aguas, sacude sus alas cargadas de gotas pesadas y frias, y deslízase por una region de embelesos, donde todo le habla, todo le responde, todo es vida para ella.

La poesía es juntamente un suplemento de las demás artes y su complemento supremo. Separada de ellas, las reemplaza hasta cierto punto; unida á ellas las anima y las eleva.

La poesía suple á la pintura por sus descripciones, cuadros mas vastos y mas ricos que ella vivifica por medio de ideas y de sentimientos que la simple pintura no podria expresar.

Aun cuando no vá unida con el canto la poesía, nos le marca por la armonía que le es inseparable. Lo que hace la arquitectura con los cuerpos, lo hace bajo ciertos respetos la poesía con el pensamiento por medio de la cadencia ó ritmo. El ritmo, cuya necesidad se deja sentir universalmente, que cautiva los salvajes como los pueblos civilizados, tiene relacion con profundos misterios: observemos tan solo uno de sus efectos. ¿Que hace el ritmo? Combina las palabras y con ellas los pensamientos segun las leyes de la medida; establece la simetría por la rima, la cesura y el hemistiquío, distribuye las sílabas breves y largas en ciertas proporciones, corta las formas del pensamiento en estrofas, las extiende como líneas paralelas si emplea el mismo metro, ó las construye en líneas desiguales por la variacion del metro; de suerte que, si de cerca se mira, se verá que la poesía por medio del ritmo es una especie de arquitectura inteligible del pensamiento, así como es, bajo otros respetos, la música de las palabras y la pintura de la imaginacion, reuniendo en sí las emanaciones de la substancia mas pura de las demás artes.

Bien que, la separacion de la poesía y de estas otras artes no es su estado natural. En otro tiempo el canto acompañaba siempre la poesía y aun entre nosotros acompaña la poesía lírica, mientras que el drama se une á la pintura. A veces el drama se une tambien con la música, y forma un conjunto embelesador. Pero la Iglesia es la única que ha conservado completamente la antigua y profunda alianza. Coloca la poesía en el seno de las maravillas de las demás artes; la pone en el templo, en medio de los cuadros, de las columnas y de los cantos, y esta alianza exterior es natural, por cuanto es una consecuencia de su union íntima. La poesía es una glorificacion del pensamiento que es la parte superior de nuestra naturaleza: y como las otras artes son una glorificacion de lo que es inferior, deben unirse para servirla. La música es su voz: la pintura con las artes á ella referentes es su escritura: la arquitectura es su habitacion. O diremos mejor que la poesia es una alma, cuyo cuerpo son las demás artes; ó que es una idea y ellas son sus palabras.

La poesía llena dos funciones correspondientes á los dos lados de la vida humana, á sus dos vidas, la vida activa y la vida ideal ó mística. Solo en este último caso conserva con especialidad el nombre de poesía, y en el primero toma el nombre de elocuencia. La elocuencia, considerada como arte, es una aplicacion de la poesía á la vida práctica. Digo, considerada como arte, pues tiene otro aspecto que se refiere á la ciencia, en cuanto realmente presupone un conocimiento especial de las razones que apoyan la determinacion que quiere hacer tomar, y presupone asimismo un conocimiento general de los métodos de demostracion en sus relaciones con los diversos caracteres del espíritu. Pero la elocuencia como arte es ya otra cosa. Sus formas exteriores son la declamacion, que es una diminucion del canto, y la gesticulacion que participa de la pintura. Y si buscamos bajo sus formas, su íntima esencia, ¿que hallaremos? Dejando aparte los conocimientos ó el elemento de raciocinio que el arte de la elocuen-

cia supone, pero que no le constituye, no queda sino el elemento poético, que habla al sentimiento y á la imaginacion. El arte de la elocuencia es pues una derivacion de la poesía, cuyo eurso se dirige háeia la vida activa.

Mas cuando la poesía no toma esta direccion, cuando queda como un mar inmenso de sentimientos, de ideas, de emociones, que no tienen corriente alguna determinada hácia tal ó tal punto de la vida activa, no por esto permanece estéril, pues forma en la parte superior del alma un vasto receptáculo que presta sus aguas cuando la ocasion se presenta. La vida práctica está realmente fecundada por la vida interior; y cuando la poesía, henchida por el soplo de la inspiracion como la alta mar por los vientos, y elevándose siempre sin cesar, lleva el alma hasta el seno de la vida pura é infinita, esto es, hasta el seno de Dios; si no sugiere actualmente al hombre alguna buena accion determinada, le coloca en la fuente universal de toda buena voluntad, y puede aplicársele entónces aquella espresion del profeta: *Maravilloso es el mar cuando eleva su voz con sus ondas.*

Las artes liberales están destinadas, segun la institucion de la Providencia, á satisfacer las nobles necesidades del alma, asi como las artes mecánicas corresponden á las necesidades del cuerpo. El arte de preparar los alimentos, cuando inventa bebidas dulces y mortales, el arte de remover la tierra, cuando se aplica á excavar precipicios bajo la planta del hombre, son malditos de Dios: las artes liberales cuando se hacen corruptoras, son malditas de Dios cien veces mas. Esta profanacion de sí mismas enturbia las fuentes puras de su vida. Pueden por algun tiempo desplegar un vigor frenético, pues hay fuerza en la fiebre, y hay fuerza hasta en las convulsiones de la agonía. Todas las perturbaciones de este mundo son una separacion del poder y del órden, separacion necesariamente momentánea, pues si llega á consumarse es la muerte.

(2) Goliath reunia en su trage militar las partes de armadura de muchos pueblos. Cubria su cabeza con un casco que se le ajustaba en la frente como los Romanos: su coraza de escamas se parecia á la de los Scitas: sus hombreras y quijotes á los de los Griegos: sus borseguíes y rodilleras á las de los Indios: todas estas armaduras eran de acero. Pendia á su lado del tahalí una enorme cimitarra. Su escudo, su alabarda, su andar y sus gestos eran tan monstruosos como su mirar y su figura. David sin mas casco que sus cabellos, sin mas coraza que su túnica, sin mas armas que su honda, le ataca, le toca, le derriba.

Pondremos aquí á continuacion el peso que tenia cada una de las armas de Goliath, segun lo refiere M. Dandre Bardon en su obra titulada: *Coleccion de trages de los antiguos pueblos para uso de los Artistas*. «El casco de acero de Goliath, pesaba diez y nueve libras: su escudo del mismo metal pesaba treinta, y su espada diez. Su coraza, que era de hierro, inclusos sus borseguíes y rodilleras, era de peso de ciento cincuenta y seis libras, y su lanza armada de hierro pesaba veinte y nueve libras. La suma pues de peso de las armas del gigante guerrero era de doscientas cuarenta y cuatro

libras; esta es la armadura mas completa y mas pesada de que se tiene noticia, ni que nadie haya llevado jamás; digna por cierto de pertenecer al mas temible de los gigantes.

(3) Parece que el jóven David se habia ejercitado desde muy jóven en la música y en el canto, pues ya entonó un himno despues de la victoria sobre el Gigante. Vedle aquí como prueba no solo de sus bellos ensayos en el arte de la melodía sino de la precoz fuerza y riqueza de su genio creador.

Bendito el Señor sea,
Mi Dios sea loado,
Que mi mano dirije y asegura
Y adiestra en la pelea;
Que á mis dedos ha dado
Tiento y agilidad, con que la dura
Piedra y aguda flecha
Al hito vá derecha
De la honda ó del arco disparada.
Refugio y piedad mia
Que me acoge, me libra y me protege,
Bien en él mi esperanza está fundada,
Que de esta monarquía
La autoridad me dá que yo maneje
Y rija por mi mano,
De mi pueblo me haciendo soberano.
¿Y quien es por ventura
El hombre, que has querido
Mostrarle de tu esencia poregrina,
Señor, la lumbre pura?
¿Como por ti tenido
En algo pudo ser, de tan mezquina
Estirpe procreado?
El hombre comparado
A la vanidad misma, me parece
Su propia semejanza.
De breve duracion y corta vida,
Que del dia la aurora le amanece,
Y á la noche no alcanza,
Sombra fugaz que pasa de corrida,
Y en giro arrebatado,
No bien se advierte, cuando ya ha pasado
Señor, al suelo inclina
Ese trono que bañas
En lumbre celestial, y baja luego;
Y tu planta divina
Si toca las montañas,
Humoarán ardiendo en vivo fuego
Tus truenos y tus rayos
Dispara, y en desmayós
Mortales será el hombre confundido
Tu mano poderosa
Estiende de lo alto, y me liberta
Del mar en que fluctua sumergido
Mi pecho, y no reposa
Entre tanto estranjero, cuya incierta
Fé solo falsedades
Anunciar quiere, y cometer maldades
Ofrézcote con nuevo
Cántico de alabanza
Estrenar mi salterio de diez cuerdas
Y á pedirte me atrevo
Con firme confianza,
Tú que los reyes salvas, que no pierdas
De vista mi destino.
Ese podor divino
Que á tu siervo David salvó algun dia
Lo salve en esta hora.
Como allí fué do la maligna espada
Del contrario y su injusta tirania
Libre por ti, asi ahora
Lo sea de esta gente acostumbrada
A decir falsedades
Y por su mano á cometer maldades
Sus hijos arrogantes,
Como plantas frondosas
Respirando vigor y lozania.
Sus hijas rutilantes,
Cargadas de preciosas
Joyas; cuya grandeza y bizarria
Del templo me figura
La rica compostura:
Sus graneros y trojes, sus lagares.
Con abundancia llenos
De una en otra cosecha rebozando
Preñadas sus ovejas á millares,
En fértiles terrenos
Pasto siempre abundoso disfrutando
Y tan bien mantenidas
Y tan gordas sus vacas y lucidas.
Sus cercas y vallados
Sanos, sin abertura
De portillos, sin salto ni vereda:
Sus patios sosegados,
En paz quieta y segura,
Sin miedo del ladron que causar pueda
Clamor ni griteria
Que turbe su alegria.
Asi es tanto de todos celebrada
Cuanto crece y prospera
Feliz esta nacion, y asi se dice
Ser entre todas bienaventurada.
Cual ninguna lo fuera
Con tanto bien. Mas yo llamo felice
Y tal nombre conviene,
A la que por Señor á su Dios tiene

(4) Los antiguos no solo se vestian de luto por la muerte de sus parientes, sino tambien siempre que les sobrevenia alguna desgracia: y su luto no consistia solamente en mudar de vestido Las causas de luto eran ó calamidades públicas como

mortandad, esterilidad general, invasion de enemigos, ó desdichas particulares como la muerte de un pariente ó amigo, si estaba peligrosamente enfermo, ó cautivo, ó si era acusado de algun delito.

Las demostraciones de luto entre los Israelitas eran rasgar sus vestidos inmediatamente que oian alguna nueva fatal, ó se hallaban presentes á alguna grande catástrofe, ó á algun mal de otro género, como una blasfemia, ú otro delito ú ofensa á Dios: darse golpes de pecho, poner sus manos sobre la cabeza, descubriéndosela y echando sobre ella polvo y ceniza en lugar de los perfumes con que acostumbraban ungirse en los regocijos: cortarse la barba y los cabellos. Al contrario los Romanos, que estaban acostumbrados á cortarse el pelo, se le dejaban crecer por luto.

Mientras duraba el luto, no debian ungirse ni lavarse, sino traer unos vestidos sucios y rotos, ó vestir unos sacos, esto es, vestidos angostos y sin pliegos, y por consiguiente ásperos: á los que tambien llamaban cilicios, porque se hacian de chamelote áspero ó de otra tela semejante tosca y grosera. Llevaban los piés desnudos como la cabeza, pero cubierto el rostro: algunas veces se embozaban en un manteo ó capa para no ver el menor resquicio de luz, y ocultar sus lágrimas. Acompañaba al luto el ayuno, es decir, que mientras duraba aquel no comian de modo alguno, ó si comian era despues de puesto el sol, y comidas muy comunes como pan ó algunas legumbres, y no bebian sino agua.

Durante el luto, vivian encerrados, sentados en tierra ó echados sobre la ceniza, guardando un profundo silencio, y no hablando sino para lamentarse ó para cantar algunas tristes endechas. El luto ordinario para un muerto era de siete dias, algunas veces le continuaban un mes como por Aaron y Moisés, y otras veces duraba hasta setenta dias como por el patriarca Jacob. Pero hubo entre ellos algunas viudas que llevaron luto toda la vida, como Judith y Ana la Profetiza. El dolor, así como el amor, cuando es verdadero, es mas fuerte y perseverante en la muger que en el hombre.

Su luto pues no era como suele ser el nuestro, una mera ceremonia, con la que, por lo regular, cumplen solamente los ricos, por una vana ostentacion: aquel luto comprendia todo lo que se sigue á un dolor verdadero. Pues una persona realmente afligida esquiva los adornos y afeites, come con dificultad, ama la soledad y el silencio, sus pocas palabras son lamentos, no gusta de ser visto, y huye de todo lo que sabe á placer. Esta manera de luto la vemos no solamente entre los Israelitas, sino tambien en todos los orientales, entre los Griegos y Romanos, y aun se conservaba mucho tiempo despues; pues San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, nos lo describe en su tiempo casi en los mismos términos. Es indudable que algunos seguirian la costumbre solo por el bien parecer y sin afligirse mucho, pero alomenos los que se contristaban, podian satisfacer libremente su sentimiento.

Hablando en general, los Israelitas, y todos los antiguos, eran mas naturales que nosotros, y se abstenian menos de demostrar exteriormente la pasion que les dominaba.

En la alegría cantaban y danzaban: en la tristeza lloraban y gemian en alta voz: cuando tenian miedo, lo confesaban libremente, cuando se indignaban, se decian injurias y denuestos. De todo esto nos dan ejemplo Homero y los poetas trágicos. Véanse los extremos de Aquiles en la muerte de Patroclo, y en Sófocles las expresiones de dolor de Edipo y de Filoctetes. La cultura y la civilizacion han ido corrigiendo estas exterioridades, y el Cristianismo ha templado los excesos de la cólera y del dolor. Pero tambien se ha aumentado la afectacion y el disimulo, así como las grandes pasiones han quedado tambien mas encerradas y ocultas en el recinto del corazon.

Todos los antiguos cuidaban mucho de las exequias, y miraban como una maldicion terrible que sus cuerpos, ó los de aquellas personas que ellos estimaron quedasen expuestos á ser despedazados por las fieras y aves de rapiña, ó á corromperse en despoblado é infectar á los vivientes. Era su mayor consuelo el descansar en los sepulcros de sus padres. Los Griegos quemaban los cuerpos para guardar las cenizas: mas los Hebreos enterraban á la gente ordinaria, y embalsamaban á las personas de consideracion para colocarlas en los sepulcros. Quemaban tambien algunas veces perfumes sobre los cuerpos. En las exequias de Aza rey de Judá se dice, que fué puesto en una cama llena de sahumerios ó materias aromáticas compuestas con grande arte, y que se encendió en ella una grande hoguera: y de otros lugares de la Escritura se desprende que aquello estaba en uso. Embalsamaban casi del mismo modo que los Egipcios envolviendo el cuerpo con gran cantidad de ingredientes secantes, poniéndolos en los sepulcros, que eran unas pequeñas bóvedas ó como gabinetes labrados en piedra viva, con tal artificio, que algunos tenian sus puertas cerradas, abriéndose sobre gozne, entallado todo en la misma piedra; y se ven hoy dia muchos de ellos. Tenia cada uno su mesa de la misma piedra, sobre la cual se ponia el cuerpo.

Los que acompañaban iban enlutados, y quejándose en voz alta como parece por el entierro de Abner. Habia entre ellos mugeres que tenian por oficio el llorar en estas ocasiones, y añadian á las voces algunas flautas de un sonido triste. Por fin, se componian cánticos que sirviesen como de oraciones fúnebres á las personas ilustres, cuya muerte habia sido desgraciada. Tal fué el que compuso David por Saül, y el del profeta Jeremías por Josías.

Aunque los funerales fuesen una obligacion de la piedad, no obstante no habia en ellos ceremonia alguna de religion; antes al contrario, eran una accion profana, y dejaban inmundas á todas las personas que concurrian á ellos hasta que se purificasen; porque los cuerpos muertos ó están ya corrompidos ó dispuestos á corromperse prontamente. Y tan lejos estaban los sacerdotes de ser necesarios en las exequias, que les era prohibido asistir á ellas, exceptuando á las de sus parientes. Cuando quiso Josias desterrar la idolatría, hizo quemar los huesos de los sacerdotes falsos sobre los altares de los ídolos, para causar con esto mas horror. Ofrecíanse sacrificios por los muertos, esto es, por la remision de sus pe-

cados, como lo hizo Judas Macabeo; y el bautizarse por los muertos, de que habla S. Pablo, era una ceremonia de bañarse y purificarse que juzgaban les era tan útil como las oraciones.

La religion cristiana empero no ha abandonado al hombre mas allá de la tumba, y así como se apodera de él luego de nacido para derramar sobre su cabeza el agua regeneradora, se sienta sobre su lecho fúnebre, reune en él todos sus cuidados, y con la mas tierna solicitud, invita á todos los circunstantes á que rueguen á Dios para el alma del finado. « Abierta pues la urna de los dolores, cuando ya está llena de las lágrimas de los monarcas y de las reinas, y cuando grandes cenizas y vastas desgracias han reducido sus duplicadas vanidades á un estrecho atahud, junta la religion los fieles en algun templo. Las bóvedas de la iglesia, los altares, las columnas, los santos se cubren con velos fúnebres. En medio de la nave se levanta un túmulo rodeado de un número místico de achas encendidas. Celébrase la misa de los funerales al pié de aquel que ni nació ni morirá jamás. Las palabras de Job han entristecido ya los muros del templo, los instrumentos lúgubres y las campanas, como que han pronunciado por intervalos la voz de la muerte bajo sus medias naranjas: ahora todo está en silencio. Un sacerdote de pié en la cátedra de la verdad, vestido solo de lino blanco en medio del luto general; la frente calva, pálido el rostro, los ojos cerrados, las manos cruzadas al pecho, está recogido en profunda meditacion: ábrense de repente sus ojos, despléganse sus manos, y salen de sus labios estas palabras: « Aquel que reina en los cielos, de quien dependen todos los imperios, á quien únicamente pertenece la gloria, la majestad y la independencia, es tambien solo el que se glorifica en imponer la ley á los reyes, y en darles cuando le place grandes y terribles lecciones: ora eleve los tronos, ora los abata; ó bien comunique su poder á los príncipes, ó bien se le quite, no dejando sino su propia debilidad, siempre les enseña sus deberes de un modo soberano y digno de su incomparable grandeza y sabiduría.

« Entre los antiguos se dejaba casi sin honor alguno el cadáver del pobre ó del esclavo; pero entre nosotros, tanta obligacion tiene el ministro de los altares de atender al humilde atahud del aldeano, como á la soberbia tumba del monarca. El indigente del Evangelio al exalar su último aliento, se convierte repentinamente (cosa admirable!) en un ser sagrado y augusto. El grande nombre de cristiano lo nivela todo en la muerte; y si bien la diferencia de clases y de fortuna diversifica algun tanto la parte humana de ostentacion y de aparato, con todo el orgullo del mas poderoso potentado no puede lograr de la religion otra plegaria que aquella misma que ofrece por el último aldeano. Pero ¡que oraciones tan admirables! unas veces son esclamaciones de dolor, otras de esperanza: la muerte se queja, se regocija, tiembla, confia, gime y suplica. Los llantos del rey profeta se interrumpen por los suspiros del santo árabe. Resuena por los ángulos del templo la memoria del último dia de los tiempos, en que atónita de terror la na-

turaleza, restituirá todas generaciones de Adan para ser juzgadas por el Juez supremo, y despues de aturdirnos con el terrible aparato del juicio en la agonía del mundo, hace sonar á nuestro corazon aquellas palabras de misericordia y de esperanza: Acordaos Jesus piadoso que yo fuí causa de vuestra peregrinacion en la tierra: no me perdais en aquel dia de llanto y de furor!

(5) No podemos dejar de mentar aquí la bella produccion bíblica bajo el título tambien de *Saül* que se ha publicado en la *Galería dramática*, de la Excma. Sra. doña Gertrudis Gomez de Avellaneda de Sabater. Reduciendo en un solo cuadro los principales sucesos de la vida del primer monarca de Israël felizmente combinados y presentados con llena y robusta versificacion, ha dado la autora una clara muestra de saber hermanar la magestad clásica con la amplitud que en los dramas modernos se exije, sin faltar al rigor histórico ni á la dignidad de la narracion sagrada. Felizmente podemos asimismo reproducir de boca de la autora el juicio de su obra que creemos bastante exacto, prescindiendo por este momento de ejercer el oficio de críticos pues no es tal nuestro objeto.

Mucho tiempo ántes de que me resolviese ó probar mis fuerzas, dice la Señora de Avellaneda en su advertencia preliminar, y cuando todavía no me habia atrevido á dar publicidad á mis ensayos de poesía lírica, me detenia con frecuencia leyendo las Santas Escrituras, en las interesantes páginas dedicadas al reinado del primer monarca Israëlita, pareciéndome magnífico personage para una tragedia aquel príncipe soberbio y desventurado, que no ceso de luchar hasta la muerte contra la mano omnipotente que se alzaba airada para hundirle con su naciente dinastía.

«El orgullo que habia cerrado las puertas de la gloria á una inteligencia sublime; el orgullo que habia abierto las de los dominios del hombre á la inexorable muerte; el orgullo era aquel *espíritu maligno* posesionado del alma de Saül, y ninguna pasion me parece mas fuerte, mas infausta, mas capaz de excitar los afectos de terror y de piedad que exige la tragedia.

«Así lo creía mientras estudiaba, sin atreverme á tratarlo, este gran argumento bíblico; y adquirí de ello absoluta certeza cuando una feliz casualidad hizo mas tarde que llegasen á mis manos el bellísimo *Saül* de Alfieri, y otra tragedia de igual título debida á la pluma de Mr. Soumet. Sin tratar de establecer cotejo entre estas dos producciones, porque nada hay indudablemente que pueda ser comparable á la sublime sencillez del poeta italiano en la obra maestra de su ingenio, admiré en la del autor francés bellezas muy superiores á las que me prometia encontrar en vista de la escasa celebridad de que goza. La grandeza del asunto elevaba al poeta mas allá de su propio talento; y tan notable juzgué su composicion, á pesar de sus numerosos defectos, que comencé á traducirla en verso castellano proponiéndome darla al teatro, no obstante el clamor general que se levantaba entónces de todas partes contra el género que ha inmortalizado á tantos grandes ingénios, pero que posteriormente se ha hundido para siempre, si hemos de dar fe á

la absoluta decision de esta nuestra época mercantil y política.

«Confieso que no me arredraba gran cosa aquel fallo por mucho que lo respetase, mas mi imaginacion se sujetaba difícilmente al trabajo casi mecánico de la traduccion, y bien pronto fué abandonada tan ingrata labor para emprender la de presentar al público una tragedia original. *Alfonso Munio* vió en efecto la luz, poco despues el *Príncipe de Viana*; y hasta *Egilona* dormia ya en mi papelera antes de que me hubiese determinado á fijar de nuevo mi atencion en el argumento bíblico. Sin embargo, pensaba en él incesantemente, y las instancias de algunos amigos á quienes habia leido mi comenzada traduccion, me animaron por fin no á terminarla, sino á escribir otra tagedia sobre aquel asunto grandioso, aprovechando algunas de las bellezas de las dos que tenia á la vista, y evitando, en cuanto me fuera posible, los inconvenientes que para su ejecucion en el teatro habia notado en entrambas.

«Vosotros vais á juzgar la obra escrita con aquel objeto, señores socios de la Seccion de literatura, y antes de que me ilustreis con vuestro respetable voto, creo que debo manifestaros cual es mi propia opinion con respeto á ella, ó por mejor decir, la extension de mis pretensiones al escribirla.

«La presente composicion dramática no es en mi concepto una de aquellas destinadas á conseguir ruidosa popularidad: cualquiera que sean las grandes dificultades vencidas; la riqueza que pueda prestarse á su versificacion; la belleza del argumento; el interés de muchas de sus situaciones; y aun diré la dignidad y elevacion de los carácteres de sus personages, (porque no soy quien los ha creado), cualquiera que sea, repito, el mérito que pueda tener esta tragedia; su éxito en la escena no será acaso tan lisongero como el de mis anteriores, aunque yo la juzgue mucho mas digna de obtenerlo.

«Mi *Saül* no es una creacion: es un drama real, severo, religioso, en el que no representa sino un papel secundario la pasion del amor: en el que no se hacinan peripecias violentas, ni se ostentan adornos postizos escluidos por la gravedad de su argumento: es un drama en fin *sin alteracion considerable de la verdad histórica*. No sé si con acierto ó sin él me he apartado de la sencillez del plan adoptado por Alfieri, y de su rigurosa sujecion de las reglas clásicas. Comprendiendo bien que no me era dable igualarle en magestad, quise por lo menos prestar á mi obra mas movimiento, mas *drama*, por decirlo así. Alfieri emplea los cinco actos de su bella tragedia solo en poner en accion á Saül durante las últimas horas de su vida; privándose de este modo, por su excesivo respeto á la unidad de tiempo y de lugar, de algunas situaciones muy bellas que le brindaba la historia de su protagonista. Soumet por su parte, queriendo salvar este inconveniente sin infringir el precepto, se vió forzado á alterar á veces los hechos y á cometer anacronismos, á fin de aglomerar en el breve tiempo y espacio que le concedian las reglas horacianas, sucesos que la historia coloca en tiempos y sitios muy apartados de aquellos en que los pone el poeta. No seré yo ciertamente quien condene estas li-

bertades que creo permitidas; mas tratándose de un asunto tomado de la sagrada Biblia, cuya verdad deseaba no desfigurar, he procurado evitarlas, y ensanchando acaso excesivamente el plan, renuncié á la severa observancia de las unidades.

« Mi *Saül* pues, se diferencia notablemente de las dos obras de igual título que tengo citadas, en cuanto á que abraza un período mucho mayor de la vida del protagonista comun, á quien yo tomo desde el momento en que llegando al apogeo de su gloria y de su orgullo, atrae sobre su cabeza la reprobacion divina, y no lo dejo sino cuando sucumbe á la suprema voluntad, que cumple sus designios con magestuosa calma y por maravillosas vias.

« No me he curado á la verdad de hacer comprender los años que transcurren, y aun he hecho estudio en que los intervalos aparezcan tan disminuidos que mas bien se tomen por dias que por años los comprendidos en la tragedia; mas creo, sin embargo, no haber vencido escasas dificultades al conservar el órden cronológico de los hechos. Puedo decir pues, que mi tragedia es mas rigorosamente histórica que la de Soumet, y mas dramática que la de Alfieri; pero ¿habré podido darle estas ventajas sin perder otras considerables y acaso superiores?....

« No me toca á mi decidirlo; diré unicamente que lo he deseado, y que admirando los dos bellos modelos de que me veia precisada á separarme con frecuencia, pero comprendiendo que era imposible hacer una tragedia que mereciera en todo rigor el título de *original*, fundándose en asunto tan conocido, como por su naturaleza inalterable, no me he apartado tanto, que no pudiese cobrar moderadamente tributo alguna vez de los tesoros de ambas. »

La alteracion mas grave de la historia que se advierte en esta tragedia es la de añadir á las desgracias de Saül en sus últimos momentos la de ser parricida, sin pensarlo, dando la muerte á su hijo Jonatás, creyendo ser David, por haber los dos amigos trocado su casco en su última entrevista. No hay duda que esta circunstancia cubre de un tinte mas trágico y sombrío el fin angustioso del desesperado monarca; y guarda alguna analogía con el final del *Orestes*, quien para vengar la muerte de Agamenon, al darla al tirano Egisto, ciego de furor, traspasa ántes el corazon de su propia madre Clitemnestra, que le servia de escudo. No hay duda que el pensamiento es feliz, y que ni está fuera de verosimilitud la consumacion de un atentado que mas de una vez habia intentado perpetrar. Sin embargo, el sagrado texto marca muy circunstanciadamente las últimas horas de Saül, la muerte de sus hijos, y todo lo relativo á la infausta lucha; y no nos atrevemos á decidir si la estimable autora hubiera hecho mejor en suprimir esta alteracion en un asunto *por su naturaleza inalterable*.

Por lo demas felicitamos al genio que produjo el *Saül*, por haber enriquecido con esta pieza escogida el caudal de nuestro teatro.

Y pondremos aquí por corta muestra de la brillante versificacion del *Saül* el siguiente canto de Michol, que se lee en la escena IV, del último acto, y que puede ser dirigido por aquella á su esposo errante y perseguido, pero que conviene to-

davía mas á Saúl, el cual en aquellos momentos sucumbia á la suprema justicia que desafiaba en su soberbia.

CANTO DE MICHOL.

En donde estás? ¡oh escudo del valiente!
En donde estás? ¡oh electo de la gloria!
¡Devoró el rayo el lauro de tu frente,
Y á su hijo desconoce la victoria!
Mil palmas por alfombra
Hollabas hoy bizarro:
A dó lanzaste de tu triunfo el carro?
¡Se disipó cual sombra!

¡Aguila audaz que remontando el vuelo
Hallaste altiva la desierta cumbre,
Y aspirando los hálitos del cielo
Del sol bebiste devorante lumbre!
¿Porque cercan tus ojos
Impenetrables brumas?
¡Do tus soberbias alas son las plumas
Del huracán despojos!
Perdieron ya sus garras los leones;
Pues huye el fuerte y su broquel quebranta!
¡A recoger las pálidas regiones
El angel de la muerte se adelanta!
Baja de cima escueta
De buitres rauda nube,
Mas es tardo su vuelo cuando sube,
Porque se va repleta!



ABGAR.



ABIGAÏL.

La prudencia de una muger vale mas que una herencia.

(Eclesiastic. XXII. *)*

DAVID andó errante largos dias y en muchos lugares desde el momento de su consagracion por Samuël hasta la muerte de Saül su predecesor y su enemigo. El anciano rey no podia perdonar á su jóven competidor los elogios que le habia merecido la derrota de Goliath, y la dicha constante que le seguia en todas sus empresas; pues nada incomoda tanto á ciertas medianías de rango superior como la superioridad de personas de inferior clase. Saül, como vimos ya, probó mas de una vez el matar á David con sus propias manos: envióle á combatir con pocas fuerzas contra ejércitos poderosos á fin de que pereciese en luchas desiguales;

hízole perseguir cobardemente por viles asesinos, y él mismo se puso al frente de una fuerza armada para alcanzarle y quitarle la vida. En su huida recorrió David las tribus de Judá y de Benjamin, pasando de un pueblo á otro, y pidió sucesivamente hospitalidad en los países de Geth, de Moab y de Idumea. De esta manera atravesó como un proscrito por ciudades qne debian un dia proclamarle su señor; imagen del hombre que disputa su propia vida al furor de los elementos, y que no llega á las glorias de su porvenir sino al través de las tribulaciones de lo presente; figura sensible del hombre Dios que levantó sobre los trabajos y los dolores de su vida mortal el poder de su nombre y el imperio de su Iglesia.

David se retiró al fin en los desiertos de la Arabia Petrea que le ofrecian mayor seguridad, habitando los alrededores de Faran y de Maon. Habia en aquella comarca una pequeña ciudad y una montaña que se llamaba Carmelo; pero no el monte Carmelo que tan célebre se hizo despues por la permanencia en él del profeta Elías, y del cual los viajeros han hecho tan bellas y graciosas pinturas. Este Carmelo es una larga cordillera que se extiende desde el Jordan hasta las orillas del Mediterráneo, y que termina perpendicularmente junto á la ciudad de Kaipha y no lejos de San Juan de Acre. Al contrario, el Carmelo en donde se refugió David está al Sud de la tribu de Judá y á alguna distancia del Mar Muerto. Carmelo, Maon y Faran eran ciudades un poco distantes una de otra, dando su nombre respectivo á las vastas llanuras en donde se hallaban situadas y á las montañas que servian de límite á su horizonte. Gordos y abundantes pastos cubrian las faldas y los flancos de aquellas colinas: entónces como ahora la principal riqueza del habitante de aquellas comarcas consistia en rebaños: vestia de su lana, vivia de su leche y de su carne, añadiendo frutos verdes ó secos, segun la estacion, á aquel simple y frugal alimento.

Habia pues un habitante en el desierto de Maon que se llamaba Nabal. Este nombre no era por cierto muy feliz, pues significa *insensato*, y por colmo de infortunio, Nabal era muy digno de este apellido. Duro de carácter, y de alma perversa, mostrábase tan egoista como

insolente: de otra parte era muy rico, pues tres mil ovejas y mil cabras pacian en sus posesiones que estaban sobre el Carmelo. Era este hombre descendiente del linage de Caleb. Su muger Abigaïl tenia eminentes calidades de cuerpo y de espíritu, pues á una belleza extraordinaria unia una prudencia y una discrecion á toda prueba. Así vemos ciertos paisages en los que el encanto y la grandeza de un sitio se nos presentan realzados por el vigor de los contrastes.

Un dia de primavera, David, que se encontraba entónces en el desierto de Faran, oye á decir que Nabal hacia el esquileo de sus rebaños en el Carmelo. En aquella ocasion, así como siempre que se acaba de recoger una cosecha, los antiguos celebraban festines y regocijos á los que solian invitar á sus amigos (1). David pues envió á Nabal diez jóvenes guerreros para saludarle cortesmente, y pedirle algun socorro. Debian pues decirle en nombre de David, estas palabras: «La paz ó felicidad sea con mis hermanos y contigo, y paz á tu casa y paz á todo cuanto posees. He sabido que tus pastores que moraban con nosotros en el desierto hacen el esquileo; jamás los hemos molestado, ni nunca les ha faltado ninguna res del rebaño durante el tiempo que han andado con nosotros en el Carmelo. Infórmate de tus criados y te dirán si es esta la verdad. Por tanto, hallen ahora gracia en tus ojos estos siervos tuyos, ya que venimos en tan alegre dia; y danos á tus siervos y á David tu hijo lo que cómodamente pudieres.»

Creia David que en un dia de fiesta y de júbilo, el corazon de Nabal, dilatado naturalmente por la satisfaccion y la alegría, se sentiria inclinado al reconocimiento; porque cuando la Providencia llena de placer al hombre derramando sobre él el rico don de sus beneficios en bienes temporales, no irá por cierto á escoger aquel momento para endurecerse viendo la miseria de sus semejantes. En aquellos instantes de grata expansion, parece que Dios pone sus tesoros en manos del hombre para ser el dispensador de ellos entre los necesitados, y que en cierto modo le hace participar de su poder, para dejarle tener parte en su infinita liberalidad y en la distribucion de sus beneficios. Feliz el poderoso que conoce esta vocacion privilegiada de la Providencia y corresponde á ella! Pero desdichado si cierra sus manos, y sus entra-

ñas al clamor del infeliz, y detiene en cuanto está de su parte el benéfico raudal de la munificencia divina! Ademas, el proscrito y su tropa, en vez de abandonarse á la licencia de las gentes de guerra, habian protegido las posesiones de Nabal, y pedian con moderacion lo que la necesidad les impeliria muy pronto á tomar con violencia. Y atendida la humana debilidad, ya es mucho que los hombres hallen un gusto en abstenerse de hacer el mal que pudieran cometer impunemente.

Pero Nabal no tenia ni bastante elevacion de espíritu para comprender estas doctrinas, ni bastante generosidad de corazon para conformarse á ellas. Los enviados, acercándose á él y saludándole amistosamente, no añadieron una sola palabra á lo que les habia dicho David; pero Nabal les respondió en tono de desprecio: «¿Quien es ese David? Y quien es el hijo de Isaï? En estos tiempos no vemos sino esclavos que andan fugitivos de sus amos. ¿Con que tomaré yo mis panes y mi vino y la carne de los animales que he mandado matar para mis esquiladores y operarios, y lo daré á unos hombres que no sé de donde han venido?» Sin hablar palabra y con tan malos tratamientos volviéronse los mensageros de David, y le transmitieron esta contestacion de Nabal. Entónces David dijo á los suyos: «Tome cada cual su espada.» Tomaron todos sus espadas, y David tomó tambien la suya.

Entretanto uno de los criados de Nabal avisó á su muger Abigaïl de cuanto pasaba, diciéndole: «Mira que David acaba de enviar del desierto unos mensajeros para cumplimentar á nuestro amo, y él los ha desechado con desprecio. Estos hombres han sido muy buenos para nosotros: ni nos han inquietado, ni nunca nos ha faltado nada, mientras hemos estado juntos en el desierto; antes bien nos servian como un muro así de dia como de noche todo el tiempo que anduvimos entre ellos apacentando los rebaños. Por tanto, considera y reflexiona lo que debes hacer, porque amenaza á tu marido y á toda tu casa una gran ruina, pues nuestro amo es un hombre perverso y violento á quien nadie se atreve á hablar.» Seguramente que los soldados de David, cuando salieron de la presencia de Nabal y fueron por él tan bruscamente despedidos, considerando que mas de una vez habian preservado aquella comarca de las incursiones de los Filisteos, manifestaron la indigna-

cion que semejante recibimiento les habia inspirado, y hablaron de vengarse. Y en efecto creyó David que debia tomar satisfaccion de aquel acto, pues dejando doscientos hombres para custodia de sus bagajes, marchó con cuatrocientos hácia la habitacion de Nabal. Y hasta llegó á decir en un momento de furor: «Inútil ha sido ciertamente guardar todo lo que este tenia en el desierto sin que se le haya pedido nada de cuanto poseía, pues que me ha vuelto mal por bien. Trate el Señor con toda su severidad á los enemigos de David! Yo juro que no dejaré de aquí á mañana cosa con vida de todo lo perteneciente á Nabal, ni un perro siquiera.» Sin duda que semejantes palabras no pueden escusarse: el castigo resuelto exedia de mucho la insolencia cometida, y amenazaba descargar tanto al inocente como al culpado. Además, emanando de una autoridad privada, adolecia de un carácter de ilegitimidad, y sobre todo el juramento de David era dictado por un espíritu de venganza. Con todo, su falta fué ménos grave de lo que hubiera sido en hombres ilustrados con las luces del Evangelio. No porque unos actos cumplidos en las mismas circunstancias deben ser diversamente apreciados; sino que para juzgar de la moralidad de un acto especial es preciso tener en cuenta las diferencias de tiempos y de personas: los siglos y las personas, como cada uno de nosotros, tienen sus grados respectivos de conocimiento y de valor. La mansedumbre no parece haber sido una virtud familiar á los pueblos antiguos en general, ni á los hebreos en particular: era tal vez indispensable que un Dios muriese á fin de enriquecer al mundo con una nueva y difícil virtud, dejando á los hombres el ejemplo y mereciendo para ellos la fuerza de perdonar.

Desde el momento en que Abigaïl tuvo noticia de lo que habia hecho Nabal, resolvió ir á encontrar por sí misma á David y aplacar su justa indignacion. Tomó á toda prisa doscientos panes, dos pellejos de vino, cinco carneros cocidos, cien medidas de grano tostado, cien atadijos de pasas y doscientos panes de higos secos; los criados se pusieron en marcha los primeros, conforme Abigaïl lo habia dispuesto, y esta debia seguirles. Partió sin comunicar su designio á su marido. En casos ordinarios no pueden disponer las mugeres así de los bienes de la casa á que per-

tenecen sin el beneplácito del marido : pero en casos extremos, los inferiores que tienen prudencia deben salvar á los superiores que no la tienen, y entónces no hay otra gerarquía que la del talento y de la discrecion.

Abigaïl, montada en un jumento (2), habia llegado ya al pié del Carmelo, y desde allí descubrió á David y á su gente que venian en direccion hácia los montes de Faran. Descabalgó al instante, y saludó al irritado guerrero, haciendo una profunda reverencia hasta tocar su rostro con la tierra. Y echóse luego á sus piés, y le dijo: «Recaiga sobre mí, señor mio, el castigo de la iniquidad de mi esposo. Ruégote solamente que permitas á tu esclava el que te hable, y te dignes escuchar lo que vá á decirte. No hagas te ruego, mi señor, caso alguno de la injusticia de Nabal, porque es un insensato, como así lo indica su mismo nombre. Yo, sierva tuya, no ví á los mensageros que tú enviaste. Ahora pues, mi señor, por Dios y por tu alma, el Señor ha detenido por mi medio el brazo de tu indignacion y te ha estorbado el derramar sangre. Que sean desde luego tan débiles como Nabal tus enemigos, y cuantos maquinan contra mi señor. Mas ahora, señor mio, recibe este presente que te ofrece tu esclava, y repártele, ó mi señor, entre la gente que traes contigo.» Y ofreciendo con gracioso donaire á David las provisiones que tenia preparadas, tomó del perdon que de él esperaba el augurio de un feliz é ilustre reinado. «Perdónale, mi señor, á tu sierva ese pecado, porque sin duda el Señor edificará para tí una casa estable, por cuanto tú, dueño mio, peleas por el Señor: no se halle pues culpa ninguna en tí en todos los dias de tu vida. Y si alguna vez se levantara algun hombre que te persiga, y quisiera atentar á tu vida, será guardada el alma de mi señor, y conservada entre las escogidas en el seno del Señor; y al contrario el alma de tus enemigos será agitada y espelida de la vida como la piedra arrojada con ímpetu de la honda. Cuando el Señor te hubiere colmado de todos los bienes que te ha prometido, y te haya constituido caudillo sobre Israël, no vendrán entonces á turbar tu corazon el pesar y el remordimiento de haber derramado sangre inocente, y de haber tomado por tí mismo la venganza: y cuando Dios te habrá enriquecido con sus beneficios, entonces te acordarás de tu esclava.»

La suave y humilde súplica de Abigaïl que solo respira sumision y dulzura ¿como podia dejar de ablandar un corazon, inflexible quizás á toda otra súplica ó demanda? ¡Cuan bello es en los labios de una muger inocente el ruego para el perdon! La sola reverencia de Abigaïl desarmó ya el airado guerrero, y su arenga, como bálsamo regalado que vá cayendo sobre el ardor de una herida profunda, infiltraba por sus venas la grata suavidad de la clemencia y de la compasion. Las palabras de Abigaïl hicieron algo mas que desarmar á David, como se manifestó despues. Respondióle pues al momento: «Bendito sea el Señor Dios de Israël por haberte hoy enviado á mi encuentro, y bendito sea el consejo que me has dado. Bendita seas tú, que me has impedido hoy de ir á derramar sangre y á tomarme la venganza por mi mano: que á no ser así, juro por el Señor Dios de Israël, el cual me ha prohibido hacerte daño, que á no venir tú tan presto á encontrarme, nada de hoy á mañana hubiera quedado con vida en la casa de Nabal.»

David pues agradecido aceptó los presentes de Abigaïl, y le dijo al despedirla: «Vuelve en paz á tu casa; ya ves que he hecho lo que me has pedido, y únicamente por consideracion á tu persona.» Así es como desistió discretamente David de las amenazas que temerariamente habia pronunciado. Mientras se halla en la vida presente el hombre puede y debe corregir por el arrepentimiento las faltas escapadas á su debilidad, y hasta las consentidas por su malicia. Bella cosa seria el quedar inocente, pero bella cosa es tambien el volver á serlo: la virtud consiste en el valor; y tal vez se necesita mas esfuerzo para levantarse que constancia para no caer. Por lo demás el juramento precipitado que habia hecho David adolecia esencialmente de una nulidad radical; el derecho es siempre idéntico á la justicia, y no puede haber obligacion contra ella.

Regresó Abigaïl al Carmelo, en donde encontró al idolente y egoista Nabal abismado en las delicias de la mesa, celebrando un convite como banquete de rey; su corazon rebozaba de alegría á causa de la abundancia de los manjares y de la excelencia de los licores, pues habia bebido hasta la embriaguez; pero su alegría no era por cierto aque-

lla fiesta apacible del corazon, que la misma Escritura dice ser el alma del justo en el seno de su familia, sino una alegría estúpida que no enjuga una sola lágrima, y que pasa del estrépito de la crápula al letargo de la saciedad. La discreta Abigaïl conoció muy bien que no convenia dar reprimendas á un hombre que se hallaba en tal estado de embrutecimiento; porque las correcciones, verdaderos remedios del alma, se parecen á los remedios físicos que irritan la herida cuando fuera de tiempo se aplican; guardó pues silencio hasta el dia siguiente. Entonces al amanecer, cuando se habian disipado ya los vapores del vino, Nabal podia ser ultilmente llamado á su deber, é increpado con algun fruto. Refirióle pues Abigaïl todo cuanto habia pasado en la víspera. Pusilánime Nabal, como todas las naturalezas abyectas á quienes el sentimiento del deber no ha formado para el valor, escuchó con espanto el relato de su muger, helósele la sangre en el corazon, y sobrecogido de estupor, quedó inmoble como una piedra.

Diez dias despues Nabal murió de una enfermedad. Al llegar á David la noticia de aquella muerte, admiró los efectos de la Providencia y de la justicia divina, pensando que, de una parte, no habia teñido sus manos con la sangre de Nabal, y de otra el mal no habia quedado impune. «Bendito sea el Señor, exclamó, que me ha vindicado de la afrenta que me hizo Nabal, y que preservó á su siervo del mal que iba á hacer, vengándose por sí mismo, y que ha hecho recaer la iniquidad de Nabal sobre su propia cabeza.» Nada por lo demás nos autoriza para creer que estas palabras fuesen inspiradas por un sentimiento de venganza satisfecha. Podemos muy bien aplaudir por amor de la justicia aquellos mismos sucesos que de otra parte afligen nuestra caridad fraternal. Los justos alaban á Dios al ver como triunfa la justicia, y duélense al mismo tiempo de la desgracia de los justamente castigados. Por amor á la justicia piden los mártires la venganza de su sangre derramada, como la pedia la sangre del justo Abel, y en este mismo sentido dice el mismo Real Profeta en su salmo 75 que el justo *se alegrará* cuando vea que toma Dios venganza de los malos. Porque las cosas pueden considerarse bajo dos aspectos, el uno por el que se refieren á los principios, el otro por el cual

miran á las personas. A la conciencia de cada uno de nosotros pertenece hacer este discernimiento, y pagar á las personas y á los principios el respeto que se les debe.

Cuando hubo discurrido el tiempo conveniente, David, aunque tenia ya por muger á Aquinoam de Jezrahel, quiso tomar por esposa á Abigaïl, que le habia sin duda cautivado el ánimo no ménos por su belleza que por su discrecion. Llegaron pues al Carmelo sus enviados, y dijeron á la viuda de Nabal: «David nos envia á tí para tomarte por esposa suya.» Recibió ella esta nueva con alegría, y dió su consentimiento, dichosa sin duda por resarcir con esta segunda alianza las inquietudes y sinsabores de la primera. Inclinóse profundamente hasta la tierra, y dijo como si hablase con David: «Tu sierva se daria por afortunada de que se la emplease en lavar los piés de los criados de mi señor.» En medio de la dulce sorpresa por su inesperada felicidad, hizo con presteza todos sus preparativos, y se puso en camino acompañada de cinco doncellas que la servian, para ir á encontrar á David con quien se desposó. Pero no fué este el término de sus infortunios, pues le aguardaban dos años de amargas tribulaciones.

Para escapar de las tenaces persecuciones de Saül, tuvo David que huir á tierra de Filisteos con su familia y sus guerreros, que tenian tambien sus hijos y mugeres, y se les señaló para habitar la ciudad de Siceleg en la parte meridional de la Judea. Pero un dia en que por una expedicion militar fué llamado con sus tropas á alguna distancia los Amalecitas se apoderaron de Siceleg, la incendiaron, llevándose esclavas las mugeres y los niños, y Abigaïl se encontraba en el número de estas cautivas. Felizmente David, que solo se encontraba á treinta leguas, pudo volver con bastante rapidez para alcanzar á los enemigos que celebraban ya su victoria con danzas y festines: cayó sobre ellos de improviso, mató un número considerable y libertó á los prisioneros. En el mismo año, habiendo muerto Saül en un combate desgraciado contra los Filisteos, David vino á Hebron, en donde fué proclamado rey por la tribu de Judá, bien que el resto de los Israelitas estuvo durante algun tiempo por un hijo de Saül, como ya hemos visto en su lugar. Durante esta permanencia en Hebron Abigaïl tuvo un hijo, de quien no habla ya mas la his-

toria, por haber muerto sin duda, muy jóven. Y asimismo desde este tiempo en adelante desaparecen enteramente en la Escritura las trazas de Abigaïl. Lo poco que de ella sabemos nos muestra á todas luces su prudencia y su dulzura para darnos en su persona el bello tipo de una muger prudente y de apacible corazon, dotes que resplandeciendo ya en la muger hebrea, se perfeccionaron admirablemente en la muger cristiana (3) y para enseñarnos al mismo tiempo que la prudencia es un excelente tesoro, y que hay en la dulzura una fuerza maravillosa.

Advertiremos por último que en el mundo moral, así como en el mundo físico los principales fenómenos, así en bien como en mal, son el efecto de los contrastes, y que muchos de los grandes actos de virtud que mas nos admiran no se hubieran producido sin los grandes vicios y crímenes que dieron ocasion á ellos; ó que fueron, por decirlo así, su causa ocasional. Sin la caida del hombre, ¡cuantos hechos extraordinarios y sorprendentes hubieran dejado de asombrar al mundo! La justicia de Abel resplandece al lado de la negra envidia de su hermano: la virtud de Noé brilla como un astro de esperanza entre los crímenes que cubren la faz de la tierra. Sin la perfidia de la orgullosa señora de José, acaso éste no hubiera llegado al trono de Egipto, y á no haber sido el adusto menosprecio que Nabal hizo de David, no habria resultado sobre el fondo de la historia la gentil y agraciada figura de Abigaïl, cuya alma bella y elevada se dejaba traslucir en lo exterior por las mas lindas y donosas formas. Dificilmente se hallará ni aun en las caprichosas combinaciones de la fábula una virtud mas pronta y abundantemente recompensada que la de la viuda de Nabal. David la toma por esposa suya, y parece que el hijo de David la tuvo presente cuando trazó mucho despues en sábios y elocuentes rasgos el retrato de la muger virtuosa.

«Feliz el hombre que posee una muger virtuosa: él verá prolongar sus dias porque ella es para su marido objeto de contínua alegría, que le proporciona una vida dulce y apacible. Es un tesoro reservado á los que temen al Señor, y será dada al hombre en recompensa de sus buenas obras. El que ha encontrado una muger virtuosa ha hallado un tesoro y ha recibido del Señor una fuente de felicidad. El que de ella se separa se priva de un grande bien, pues ella es la corona de su marido. El

que la toma enriquece su casa, se dá por ausilio otro sí mismo, y ha encontrado un apoyo sobre el cual puede descansar. Es la muger de virtudes un tesoro preferible á las mas raras producciones de paises lejanos, pues trae la abundancia en la casa del esposo; se levanta antes del dia y distribuye la comida entre los servidores: su industria, su vigilancia, su tierna solicitud no tienen precio: es infatigable: su mano está siempre abierta á los necesitados: su boca es el órgano de la sabiduría, todos sus discursos no respiran sino bondad. Ella atiende á cuanto ocurre en la casa y no come el pan en la holganza. Sus hijos se levantan á su presencia y celebran su felicidad: su marido publica sus alabanzas. Las gracias son engañosas, la hermosura desaparece; solo el temor de Dios es lo que hace á la muger digna de elogios. Pagadle el tributo que merecen sus virtudes: que sea ella elevada por sus propias obras ' »



Notas.

(1) La vida comoda y quieta de los Israelitas, unida á la hermosura y fertilidad del país, como vimos ya en otra parte, haciéndonos cargo y dando los motivos de las alteraciones que ha sufrido, los convidaban al placer: siendo sus placeres sensibles y fáciles, pues casi no tenian otros que el regalo y la música, como los pueblos pastores y labradores. Sus banquetes ó convites se componian de viandas sencillas pero sabrosas y saludables que hallaban en sus propias casas y les ofrecia sin esfuerzo su modo de vivir, sin que el arte esquisito de combinados condimentos hubiese ejercitado ni refinado su paladar. La música aun les costaba menos, pues la mayor parte sabian cantar y tañer instrumentos. Este placer es inspirado por la misma naturaleza en el retiro y holganza apacible de los campos; corre pareja es verdad con los adelantos de la civilizacion, y esta complica el canto, asi como complica todas las pasiones fuertes que por él se espresan. El anciano Bercelai no contaba sino estos dos placeres, cuando decia que era muy viejo para gustar y discernir las cosas de la vida: y el Eclesiástico compara esta diversion á una esmeralda engastada en oro. Tambien Ulises entre los Feacos confesaba ingenuamente que no conocia otra felicidad sino un banquete acompañado de música. Los mismos gustos y placeres se advierten en las reprehensiones que dan los profetas á los que abusaban de ellos: pero estos añadian el beber vino con exceso, las coronas de flores y los perfumes, dando un aire de gentilidad á sus festines, como vemos lo usaban los Griegos y Romanos y otros muchos pueblos de la antigüedad pagana.

El catálogo de los perfumes de que se servian los Hebreos se puede ver en el Cántico y en muchos lugares de la Escritura, pero en especial en la Ley, cuando esta prescribe la composicion de las dos es-

pecies de aromas que se habian de ofrecer á Dios, uno seco y otro líquido. Los ingredientes de mirra, cinamomo, caña, casia, aceyte y demás drogas aromáticas que se insinuan allí eran las mas odoríferas que se conocian, antes que se hallasen el almizcle y el ambar.

Comian por gusto en los jardines, debajo de árboles, porque nada mas natural que buscar la fresca y regalada sombra en paises calientes y agostados. La naturaleza proporciona tambien por sí misma estos sitios agradables y sombríos, por poco que la ayude la mano del hombre; y el poderoso que no quiere ó se desdeña de comer entre los árboles y hierbas, imita en sus artificiosos salones las bellas perspectivas de la frondosidad del campo, que es la morada natural del hombre. Por esto, cuando la Escritura quiere mostrar un tiempo de prosperidad dice, que cada uno comia y bebia debajo de su parra ó de su higuera, que son los frutales de anchas hojas que mas se acostumbraban emplear para los entoldados.

La aplicacion á los trabajos del campo no daba lugar á tener convites todos los dias, ni á emplearlos en regocijos, como hacen hoy dia la mayor parte de la gente de conveniencias, pero servia para gozar mejor de ellos. Los goces de la vida cuando se abusa de ellos ó se hacen habituales ya no son goces. La privacion es la que produce los deseos y excita el apetito; y tal es la economía de nuestra condicion, que los hombres entregados siempre al regalo, hallan el fastidio que es la muerte del placer, en lo que el el hombre sóbrio y laborioso encuentra el mas grato solaz. Tenian pues los Hebreos tiempos determinados para holgarse y divertirse; los sábados y todas las demás fiestas señaladas por la ley; las bodas; el repartimiento de los despojos del enemigo despues de alguna victoria; los esquileos de sus ganados en tiempo de sus siegas y vendimias en cada territorio particular, donde se juntaban los vecinos para ayudarse unos á otros, he aquí otros tantos períodos de holganza, de algazara y de festin. Sabemos que las fiestas de Baco y de Ceres tomaron su orígen entre los Griegos de esta especie de regocijos; y aun se ven de esto algunos vestigios entre las gentes del campo.

Los Israëlitas no usaban en ningun caso de espectáculos profanos. Nacion formada en las llanuras del desierto, carecia de estas instituciones de lujo y de artificio que suponen un cierto progreso de refinada civilizacion y de necesidades creadas por el capricho del hombre ocioso. Se contentaban con las ceremonias religiosas y con la pompa y aparato de los sacrificios, que debia ser muy magnífico, atendida la suntuosidad del templo y del tabernáculo para cuyo servicio hubo destinados hasta treinta y dos mil Levitas. Nada hay de estraño que en un pueblo gobernado inmediatamente por Dios, ó que tan frescos conservaba los recuerdos de la visible proteccion del cielo, las ceremonias religiosas absorviesen una gran parte de la atencion del pueblo, por cuanto á mas del aparato del culto conmovia y ejercitaba sus mas nobles y poderosos sentimientos. Pero desgraciado el pais en que el corazon no toma parte alguna en el culto, y en que la Religion se ha convertido sola-

mente en un piadoso espectáculo!

No se observan, segun dice Fleuri, en los Israelitas ni el juego ni la caza tomada como para diversion, cual se advierte en otras naciones. En cuanto al juego, parece que le ignoraban absolutamente, ó alomenos, su nombre no se encuentra ni una sola vez en toda la Escritura. No porque los de Lidia no hubiesen inventado ya los juegos, si lo que de ellos se dice es cierto; sino porque los Árabes y demás Orientales no usaban juegos de suerte, ó alomenos cuando guardaban su ley. En cuanto á la caza, ya fuese de montera ó de volatería no era por cierto desconocida á los Israelitas; pero parece que se aplicaban á ella mas bien por útilidad que por diversion, pues con ella proveian sus mesas, y al mismo tiempo conservaban sus viñas y sembrados, pues hablan muchas veces de redes y lazos, y no leemos ni perros ni equipages, aun para los reyes. Sin duda se habrian hecho odiosos si hubieran querido correr por las tierras labradas, ó criar animales que ocasionén daños ó desperdicios. Las grandes cazas se introdujeron en los bosques vastos ó tierras incultas de los paises frios.

(3) El Exmo. Sr. D. Juan Donoso Cortés, con motivo de su recepcion en la real Academia Española de la lengua, y en la sesion por esta celebrada á 16 de marzo de 1848 leyó un discurso tan brillante como sólido, lleno de erudicion y de sabiduría, en el cual, viéndose obligado por la índole esclusivamente literaria de aquella ilustre asamblea, á considerar la Biblia solamente como un libro que contiene la poesía de una nacion digna de perdurable memoria, se limitó á indicar algo de lo mucho que podria indicarse y decirse acerca de las causas que sirven para explicar su poderoso atractivo, su resplandeciente hermosura. Y creemos que no podremos terminar mas acertadamente los trabajos de este primer tomo de las *Mugeres de la Biblia* que trasladando una parte de esta bellísima produccion por la analogía que con aquellos guarda, por cuanto, sin moverse del exámen de nuestros libros santos, presenta á la muger como otro de los tres objetos cuya piadosa influencia forma la parte mas privilegiada de los sentimientos sublimes del corazon humano.

« Tres sentimientos, dice, hay en el hombre poéticos por excelencia: el amor á Dios, el amor á la muger y el amor á la patria: el sentimiento religioso, el humano y el político: por eso allí donde es oscura la noticia de Dios, donde se cubre con un velo el rostro de la muger, y donde son cautivas las naciones, la poesía es á manera de llama que falta de alimentos, se consume y desfallece. Por lo contrario, allí donde Dios brilla en su trono con toda la magestad de su gloria; allí donde impera la muger con el irresistible poder de sus encantos; allí donde el pueblo es libre, la poesía tiene púdicas rosas para la muger, gloriosas palmas para las naciones, alas espléndidas para encumbrarse á las regiones altísimas del cielo.

De todos los pueblos que caen al otro lado de la Cruz, el hebreo es el único que tuvo una noticia cierta de Dios: el solo que adivinó la dignidad de la muger, y el único que puso siempre á salvo su libertad en los grandes azares de su existencia borrascosa. Y sino volved

los ojos al Oriente, al Occidente, al Septentrion y al Mediodia, y no encontrareis ni á la muger ni á Dios, ni al pueblo, en cuanto baña el sol, y en cuanto se extiende el mar, y en cuanto se dilatan los términos de la tierra. Bajo el punto de vista religioso todas las naciones eran idólatras, maniqueas ó panteistas. La noticia de un Dios consubstancial con el mundo esparcida entre todas las otras gentes en las primitivas edades tuvo su origen en las regiones indostánicas. La existencia de un Dios, principio de todo bien, y de otro, principio de todo mal, haciéndole oposicion y contraste, fué invencion de los sacerdotes persas, y las repúblicas griegas fueron el ejemplar de las naciones idólatras. El Dios del Indostan estaba condenado á un eterno reposo; el de los persas á una impotencia absoluta, y los dioses griegos eran hombres.

Por lo que hace á la muger estaba condenada en todas las zonas del mundo al ostracismo político y civil y á la servidumbre doméstica. ¿Quién reconoceria en esa esclava con la frente inclinada bajo el peso de una maldicion tremenda y misteriosa, á la mas bella, á la mas suave, á la mas delicada criatura de la creacion, en cuyo divino rostro se retrata Dios, se reflejan los cielos y se miran los ángeles? Por último, señores, si buscais un pueblo libre, un pueblo que tenga noticia de la dignidad humana, no encontrareis ninguno en todos los ámbitos de la tierra que se eleve á tan grande majestad y que se levante á tanta altura. En vano le buscareis en aquellos imperios portentosos de Asia que, cayendo con estrépito unos sobre otros, vinieron todos al suelo con espantosa ruina. En vano le buscareis en la tierra de los Faraones, donde se levantan aquellos gigantescos sepulcros, cuyos cimientos se amasaron con el sudor y con la sangre de naciones vencidas y sujetas, y que publican con elocuencia muda y aterradora que aquellas vastas soledades fueron asiento un dia de generaciones esclavas. Y si apartando los ojos de las regiones orientales los volveis á las partes de Occidente ¿que veis en las repúblicas griegas sino aristocracias orgullosas y tiránicas oligarquias? ¿Qué otra cosa viene á ser Esparta, silla del imperio de la raza dórica, sino una ciudad oriental dominada por sus conquistadores? ¿Y qué viene á ser Atenas la heroica, la democrática, la culta, patria de los dioses y de los héroes, sino una ciudad habitada por un pueblo esclavo y por una aristocracia fiera y desvanecida, que no se llamó á sí propia pueblo sino porque el pueblo no era nada?

Vengamos ahora á la nacion hebrea, y antes de todo hablemos de su Dios, porque su nombre está escrito con carácteres imperecederos en todas las páginas de su historia. Su nombre es Jehová, su naturaleza espiritual, su inteligencia infinita, su libertad completa, su independencia absoluta, su voluntad omnipotente. La creacion fué un acto de voluntad independiente y soberana. Cuanto creó con su poder se mantiene con su providencia. Jehová mantiene á los astros en sus órbitas, á la tierra en su eje, al mar en su cauce. Las gentes se olvidaron de su nombre y él retiró su mano de las gentes, y la inteligencia humana se vió envuelta de súbito en una eterna noche, y entónces eligió un pueblo

entre todos y le llamó hácia sí, y le abrió el entendimiento para que entendiera, y entendió, y le adoró puesto de hinojos, y caminó por sus vias y obedeció sus mandamientos, y se puso debajo de su mano llena de venganzas y de misericordias, y ejecutó el encargo de ser el instrumento de sus inescrutables designios, y fué la luz de la tierra.

Único entre todos los pueblos, escogido y gobernado por Dios, el pueblo hebreo es tambien el único cuya historia es un himno sin fin en alabanza de Dios que le conduce y le gobierna. Apartado de todas las sociedades humanas, está solo, solo con Jehová que le habla con la voz de sus profetas y con la de sus sacerdotes y á quien responde con cánticos de adoracion que están resonando siempre en las cuerdas de su lira. Los cánticos hebreos recibieron de la unidad majestuosa de su Dios su limpia sencillez, su noble magestad y su incomparable belleza. ¿Que viene á ser la sencillez de los griegos, milagro del artificio, cuando se ponen los ojos en la sencillez hebraica, en la sencillez del pueblo predestinado que vió en el cielo un solo Dios, en la humanidad un solo hombre, en la tierra un solo templo? ¿Como no habia de ser maravillosamente sencillo un pueblo, para quien toda la sabiduría estaba en una sola palabra, que la tierra pronunciaba con la voz de sus huracanes, el mar con la ronca voz de sus magníficos estruendos, las aves con la voz de su canto, los vientos con la voz de sus gemidos?

Lo que caracteriza al pueblo hebreo, lo que le distingue de todos los pueblos de la tierra, es la negacion de si mismo, su aniquilamiento delante de su Dios. Para el pueblo hebreo todo lo que tiene movimiento y vida es rastro y huella de su magestad omnipotente, que resplandece así en el cedro de las montañas como en el lirio de los valles. Cada una de las palabras de Jehová constituye una época de su historia. Dios le señala con el dedo la tierra de promision y le promete que de su raza vendria aquel que anunció en el paraiso en los tiempos adámicos por redentor del mundo y por rey y señor natural de las naciones. Esta es la época de la promesa, que corresponde á la de los patriarcas. Apartado de los caminos del Señor, levanta ídolos en el desierto, cae en horrendas supersticiones é idolatrias, y el Señor le anuncia disturbios, guerras, cautiverios, torbellinos grandes y tempestuosos, la ruina del templo, el allanamiento de los muros de la ciudad santa, y su propia dispersion por todos los ámbitos de la tierra. Esta es la época de la amenaza. Por último, llega la hora de la plenitud de los tiempos, y aparece en oriente la estrella de Jacob y se consuma el sacrificio cruento del Calvario, y el templo cae, y Jerusalen se desploma y el pueblo judío se dispersa por el mundo. Esta es la época del castigo.

Ya lo veis, señores: la historia del pueblo hebreo no es otra cosa, si bien se mira, sino un drama religioso compuesto de una promesa, de una amenaza y de una catástrofe. La promesa la oyó Abrahan y la oyeron todos los patriarcas: la amenaza la oyó Moysés y la oyeron los profetas: la catástrofe todos la presenciamos. Vivos están los autores de esta tragedia aterradora. Vivo está el Dios de Israël, que tan grandes cosas obró para enseñanza perpetua de las

gentes; vivo está el pueblo desventurado que puso una mano airada y ciega en el rostro de su Dios, y que, peregrino en el mundo, vá contando á las naciones sus pasadas glorias y sus presentes desventuras.

Si es una cosa puesta fuera de toda duda que la aplicacion de su historia está en la palabra divina, no es menos evidente que hay una correspondencia admirable entre las vicisitudes de su poesía y las revoluciones de su historia. La primera palabra de su Dios es una promesa: su primer período histórico el patriarcado, y los primeros cantos de su musa dicen al pueblo la promesa de su Dios y á Jehová las esperanzas de su pueblo. El encargo religioso y social de la poesía hebraica en aquellos tiempos primitivos era ajustar paces y alianzas entre la divinidad y el hombre: siendo los mensageros de estas paces, por parte del hombre su profunda adoracion; por parte de la divinidad su infinita misericordia. Nada es comparable al encanto de la poesía bíblica que corresponde á este período. El patriarca es el tipo de la sencillez y de la inocencia. Mas bien que el varon incorruptible y justo, es el niño sin mancilla de pecado: por eso oye á menudo aquella habla suavísima y deleitosa con que Dios le llama hácia sí: por eso recibe visitas de los ángeles. Mas bien que el hombre recto que anda gozoso por las vias del Señor, es el habitante del cielo que anda triste por el mundo, porque ha perdido su camino y se acuerda de su patria. Su único padre es su Dios, los ángeles son sus hermanos. Los patriarcas eran entónces, como los apóstoles han sido despues, la sal de la tierra. En vano buscareis por el mundo en aquellos remotísimos tiempos al hombre pobre de espíritu, rico de fé, manso y sencillo de corazon, modesto en las prosperidades, resignado en las tribulaciones, de vida inocente y de honestas y pacíficas costumbres. El tesoro de estas virtudes apacibles resplandeció solamente en las solitarias tiendas de los patriarcas bíblicos.

Huésped en la tierra de Faraon, el pueblo hebreo se olvidó de su Dios en los tiempos adelante, y amancilló sus santas costumbres con las abominaciones egipciacas: dióse entonces á supersticiones y agüeros en aquella tierra agorera y supersticiosa, y trocó á un tiempo mismo su Dios por los ídolos y su libertad por la servidumbre. Arrancóle de ella violentamente la mano de un hombre gobernado por una fuerza sobrehumana, el mas grande entre los profetas de Israël y el mas grande entre los hijos de los hombres. Cuéntase de muchos que han ganado el señorío de las gentes y asentado su dominacion en las naciones por la fuerza del hierro: de ninguno se cuenta sino de Moisés que haya fundado un señorío incontrastable con solo la fuerza de la palabra. Ciro, Alejandro, Mahoma llevaron por el mundo la desolacion y la muerte, y no fueron grandes, sino porque fueron homicidas. Moisés aparta su rostro lleno de horror de las batallas sangrientas, y entra en el seno de Abraham vestido de blancas vestiduras, y bañado de pacíficos resplandores. Los fundadores de imperios y principados, de que están llenas las historias, abrieron las sanjas y echaron los cimientos de su poder ayudados de fuertísimos

ejércitos y fanáticas muchedumbres. Moisés está solo en los desiertos de la Arabia, rodeado en un gigantesco motin por seiscientos mil rebeldes, y con esos seiscientos mil rebeldes, derribados en tierra por su voluntad soberana, se compone un grande imperio y un vastísimo principado. Todos los filósofos y todos los legisladores han sido hijos por su inteligencia de otros legisladores y demas antiguos filósofos. Licurgo es el representante de la civilizacion dórica: Solon el representante de la cultura intelectual de los pueblos jonios: Numa Pompilio representa la civilizacion etrusca: Platon desciende de Pitágoras: Pitágoras de los Sacerdotes del Oriente. Solo Moisés está sin antecesores. Los Babilonios, los Asyrios, los Egipcios y los Griegos estaban oprimidos por reyes: y él funda una república. Los templos levantados en la tierra estaban llenos de ídolos: él dá la traza de un magnífico santuario que es el palacio silencioso y desierto de un Dios tremendo é invisible. Los hombres estaban sujetos unos á otros. Moisés declara que su pueblo solo está sujeto á su Dios. Su Dios gobierna las familias por el ministerio de la paternidad: las tribus por el ministerio de los ancianos: las cosas sagradas por el ministerio de los sacerdotes: los ejércitos por el ministerio de sus capitanes, y la república toda por su omnipotente palabra que los ángeles del cielo ponen en el oido de Moisés, en las humeantes cimas de los montes, que turbándose con la presencia del que los puso allí; tiemblan en sus anchísimos fundamentos y se coronan de rayos.

Con los patriarcas tuvo fin la época de la promesa, y en Moisés tiene principio la época de la amenaza. Con la palabra de Dios cambia de súbito el semblante de su pueblo, y la poesía hebrea se conforma de suyo á ese nuevo semblante y á aquella nueva palabra. Dios se ha convertido de padre que era en Señor: el pueblo de hijo que era un esclavo: Dios le quita la libertad en castigo de sus prevaricaciones y en premio de su rescate. «Yo soy vuestro Dios, y vosotros sois mi pueblo,» habia dicho Jehová á los santos patriarcas: «Yo soy tu Señor y tu propietario, el que te libró de la servidumbre de los Faraones:» esto dice Jehová por la boca de Moisés á su pueblo prevaricador y rebelde. Dios deja de hablar dulce y secretamente á los hombres: los ángeles no visitan ya sus tiendas hospitalarias: la blanca y pura flor de la inocencia no abre su casto caliz en los campos de Israël, que resuenan lúgubremente con amenazas fatídicas y con sordas imprecaciones. Todo es allí sombrío; el desierto con su inmensa soledad, el monte con sus pavorosos misterios, el cielo con sus aterradores prodigios. La musa de Israël amenaza como Dios y gime como el pueblo. Su pecho que hierve como un volcan, está henchido hoy de bendiciones, mañana de anatemas: sus cantos imitan hoy la apacible serenidad de un cielo sin nubes; mañana el sordo estruendo de un mar en tumulto: hoy compone su rostro con la magestad épica: mañana se descomponen sus facciones con el terror dramático: poco despues parece una bacante en su desórden lírico; ya se ciñe de palmas y canta la victoria: ya se inunda de llanto y deja que se escapen de

su pecho tristes y dolorosas elegías.

Moysés que es el mas grande de todos los filósofos, el mas grande de todos los fundadores de imperios, es tambien el mas grande de todos los poetas. Homero cantó las genealogías griegas' Moysés las genealogías del género humano: Homero cuenta las peregrinaciones de un hombre, Moysés las peregrinaciones de un pueblo: Homero nos hace asistir al choque violento de la Europa y del Asia; Moysés nos pone delante las maravillas de la creacion: Homero canta á Aquiles; Moysés á Jehová: Homero desfigura á los hombres y á los dioses: sus hombres son divinos, y sus dioses humanos. Moysés nos muestra sin velo el rostro de Dios y el rostro del hombre. El águila homérica no subió mas alta que las cumbres del Olimpo, ni voló mas allá de los griegos horizontes. El águila del Sinaí subió hasta el trono resplandeciente de Dios y tuvo debajo de sus alas todo el orbe de la tierra. En la epopeya homérica todo es griego, griego es el poeta, griegos son los dioses: griegos son los héroes. En la epopeya bíblica todo es local y general á un tiempo mismo. El Dios de Israël es el Dios de todas las gentes: el pueblo de Israël es sombra y figura de todos los pueblos; y el poeta de Israël es sombra y figura de todos los hombres. Entre la epopeya homérica y la bíblica, entre Homero y Moysés hay la misma distancia que entre Júpiter y Jehová, entre el Olympo y el cielo entre la Grecia y el mundo.

Ya lo veis, señores, para los que como nosotros comprenden la inconmensurable distancia que hay entre la divinidad gentílica y la hebrea, y entre el sentimiento religioso del pueblo de Dios y el de los pueblos gentiles, la causa de la índole diversa de sus grandes monumentos poéticos no puede ser una cosa recóndita y oculta; éralo en tiempos pasados, cuando todas las gentes andaban en tinieblas, y cuando la naturaleza del hombre y la de Dios eran secretas á todos los sabios escondidos. Pero como quiera que no podeis tener por ocioso y por fuera de sazon que mayores torrentes de luz esparzan la claridad de sus rayos sobre tan ardua y tan importante materia, bueno será que haga una estacion aquí para llamar vuestra atencion hácia la distancia que hay entre la muger hebrea y la gentílica, y hácia los diversos encargos que les dieron esas gentes en los domésticos hogares.

Y no estrañeis, señores, que inmediatamente despues de haberos hablado de Dios os hable de la muger. Cuando Dios enamorado del hombre, su mas perfecta criatura, determinó hacerle el primer don, le dió en su amor infinito á la muger para que esparciera flores por sus sendas y luz por sus horizontes. El hombre fué el señor, y la muger el ángel del paraíso. Cuando la muger cometió la primera de sus flaquezas, Dios permitió que el hombre cometiera el primero de sus pecados para que vivieran juntos: juntos salieron de aquellas moradas espléndidas con el pié lleno de temblor, el corazon de tristeza y con los ojos oscurecidos con lágrimas. Juntos han ido atravesando las edades; su mano puesta en su frente, ahora resistiendo grandes torbellinos y tempestades procelosas, ahora dejándose llevar mansa y regaladamente por pacíficos temporales surcando el mar de la vida con grande bonanza y con sosegada

fortuna. Al herir Dios con la vara de su justicia al hombre prevaricador, cerrándole las puertas del delicioso jardin que para él habia dispuesto con sus propias manos; tocado de misericordia, quiso dejarle algo que le recordara el suave perfume de aquellas moradas angélicas, y le dejó á la muger, paraque al poner en ella sus ojos pensara en el paraíso.

Antes que saliera del Eden Dios prometió á la muger que de sus entrañas naceria, andando el tiempo, el que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente. De esta manera el Padre de todas las justicias y de todas las misericordias juntó el castigo con la promesa y el dolor con la esperanza. Conservóse completa esta tradicion primitiva, segun la cual la muger era dos veces santa, con la santidad de la promesa y con la santidad del infortunio, entre los descendientes de Seth que merecieron ser llamados hijos de Dios: alteróse empero notablemente entre los descendientes de Cain, que por su mala vida y estragadas costumbres fueron llamados hijos de los hombres: los primeros respetaron á la muger, uniéndose con ella en la tierra con el vínculo santo, uno é indisoluble que el mismo Dios habia formado en el cielo: los segundos la envilecieron y degradaron instituyendo la poligamia, mancha del lecho nupcial; siendo Lamech el primero de quien se cuenta que tomó por suyas dos mugeres. Con estos malos principios fueron los hombres á dar en grandes estragos, hasta que generalizada la corrupcion se hizo necesaria la intervencion divina y la subsiguiente desaparicion de los hombres de sobre la faz de la tierra, cubierta toda con las aguas purificadoras del diluvio. Aplacado el rostro de Dios volvió á poblarse la tierra, conservando empero, para perpetua enseñanza de los hombres claros testimonios de sus iras: dispersáronse los hombres por todas sus zonas y se levantaron por todas partes grandes imperios compuestos de diversas gentes y naciones. Hubo entonces, como en los tiempos antidiluvianos, quienes fueron llamados hijos de Dios, y otros que se llamaron hijos de los hombres: fueron los primeros los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, que llevan en la historia el nombre de hebreos: fueron los segundos los otros pueblos de la tierra, que llevan en la historia el nombre de gentiles.

Desfigurada entre los últimos la tradicion de la muger, no llegó hasta ellos sino una vaga noticia de su primera culpa, y no vieron en ella otra cosa sino la causa de todos los males que afligen al género humano: borrada por otra parte casi de todo punto la tradicion del matrimonio instituido en el cielo, los pueblos gentiles ignoraban que la muger habia nacido para ser la compañera del hombre, y la convirtieron en instrumento vil de sus placeres y en víctima inocente de sus furores. Por eso instituyeron, como sus ascendientes antidiluvianos, la poligamia, que es el sepulcro del amor; y por eso la dieron, cuando así cumplia á sus antojos livianos, libelo de repudio instituyendo el divorcio, que es la disolucion de la sociedad doméstica fundamento perpetuo de todas las asociaciones humanas. Por eso la hicieron esclava de su esposo, para que estuviera sin derechos, y para que permaneciera perpetuamente en su poder, como una víctima á

quien la sociedad pone en manos del sacrificador, ó debajo de la mano de su verdugo.

Esto sirve para esplicar porque el amor, que es para nosotros el mas delicioso de todos los placeres y el mas puro de todos los consuelos, era considerado por los gentiles como un castigo de los dioses. El amor entre el hombre y la muger tenia algo de contrario á la naturaleza de las cosas, que repugna como un sacrilegio toda especie de union entre seres entregados por la cólera divina á enemistades perpetuas. Cuando en los poemas griegos aparece el amor, luego al punto pasa por delante de nuestros ojos un fatídico nublado, síntoma cierto de que están cerca los crímenes y las catástrofes. El amor de Helena la adúltera pierde á Troya y al Asia; el amor de una esclava, siendo causa del ocio insolente y desdeñoso de Aquiles, pone á punto de sucumbir á los griegos y á la Europa. Hasta la virtud en la muger era presagio de tremendas desventuras. La honestidad de las mugeres latinas puso el hierro en las manos romanas, y por dos veces produjo la completa perturbacion del Estado. Las catástrofes domésticas iban juntas con las catástrofes políticas. El amor toca con su envenenada flecha el corazon de Dido, y arde en llamas impuras, y se consume en los incendios de una combustion espontánea, Fedra es visitada por el dios, y siente desfallecerse como si hubiera sido herida por el rayo, y discurre por sus venas una llama torpe y corrosivo vitriolo. Vosotros los que os agradais en las emociones de los trágicos griegos, no os dejeis llevar de sus peligrosos encantos, que son encantos de sirenas. Esos amantes que allí veis están en manos de las Euménides: huid de ellos, que están señalados con la señal de la cólera de los dioses, y están tocados de la peste. La muger hebrea era por el contrario una criatura benéfica y nobilísima. Poseedores los hebreos de la tradicion bíblica y sabedores del fin paraque la muger fué criada, la levantaron hasta sí, amándola como á compañera suya, y aun la pusieron á mayor altura que el hombre, por ser la muger el templo en donde habia de habitar el Redentor de todo el género humano. No fué á la verdad el matrimonio entre la gente hebrea un sacramento como lo habia sido antes en el paraiso, y como habia de serlo en la plenitud de los tiempos: fué sin embargo una institucion grandemente religiosa y sagrada, al revés de lo que era en las naciones gentílicas. Las bodas se celebraban al compás de las oraciones que pronunciaban los deudos de los esposos para traer sobre la nueva familia las bendiciones del cielo: con estas solemnidades y estos ritos se celebraron las bodas de Rebeca con Isaac, de Ruth con Booz y de Sara con Tobías. El gran legislador del pueblo hebreo habia prometido la poligamia y el divorcio, desórdenes difíciles de ser arrancados de cuajo cuando tan hondas raíces habian echado en el mundo, y sobre todo en sus zonas orientales. Esto no obstante, ni el divorcio ni la poligamia fueron tan comunes entre la gente hebrea como entre los pueblos gentiles, ni produjeron allí la disolucion de la sociedad doméstica, naturalizadas como estaban aquellas instituciones con saludables y santas doctrinas: por lo que hace á la esclavitud de la

muger fué cosa desconocida en el pueblo de Dios, como quiera que la esclavitud no se compadece con aquella alta prerrogativa de ser madre del Redentor, otorgada á la muger desde los tiempos adámicos.

Las tradiciones bíblicas que fueron causa de la libertad de la muger, fueron al mismo tiempo ocasion de la libertad de los hijos: los de los gentiles caian en el poder de sus padres, los cuales tenian sobre ellos el mismo derecho que sobre sus cosas: los de los hebreos eran hijos de Dios, y uno de ellos habia de ser el salvador de los hombres. De aquí el santo respeto y ternísimo amor de los hebreos á sus hijos igual al que tenian á sus mugeres: de aquí el esquisito cuidado de las matronas en amamantar á sus propios pechos á los que habian llevado en sus entrañas: siendo tan universal esta costumbre que solo se sabe de Joas, rey de Judá, de Mifihoseth y de Rebeca que no hayan sido amamantados á los pechos de sus madres. De aquí las bendiciones que descendian de lo alto sobre los progenitores de una numerosa familia y sobre las madres fecundas: *sus nietos son la corona de los ancianos*, dice la Sagrada Escritura. Dios habia prometido á Abraham una posteridad numerosa, y esa promesa era considerada por los hebreos como una de las mas insignes mercedes: de aquí la esmerada solicitud de sus legisladores por los crecimientos de la poblacion; cosa advertida ya por Tácito, que hablando del pueblo hebreo, observa lo siguiente: *Augendæ tamen multitudini consulitur: nam et necare quemquam ex agnatis nefas.*

Si poneis ahora la consideracion en la distancia que hay entre la familia gentílica y la hebrea, echareis luego de ver que están separadas entre sí por un abismo profundo. La familia gentílica se compone de un señor y de sus esclavos: la hebrea del padre, de la muger y de sus hijos: entran como elementos constitutivos de la primera, deberes y derechos absolutos: entran á constituir la segunda, deberes y derechos limitados. La familia gentílica descansa en la servidumbre: la hebrea se funda en la libertad. La primera es el resultado de un olvido: la segunda de un recuerdo, el olvido y el recuerdo de las divinas tradiciones: prueba clara de que el hombre no ignora sino porque olvida, y no sabe sino porque aprende.

Ahora se comprenderá fácilmente porqué la muger hebrea pierde en los poemas bíblicos todo lo que tuvo entre los gentiles de sombrío y de siniestro; y porque el amor hebreo, á diferencia del gentil, que fué incendio de los corazones, es bálsamo de las almas. Abrid los libros de los profetas bíblicos, y en todos aquellos cuadros ó risueños ó pavorosos con que daban á entender á las sobresaltadas muchedumbres, ó que iba deshaciéndose el nublado, ó que la ira de Dios estaba cerca, hallareis siempre en primer término á las vírgenes de Israël, siempre bellas y vestidas de resplandores apacibles, ahora levanten sus corazones al Señor en melodiosos himnos y en angélicos cantares, ahora inclinen bajo el peso del dolor las cándidas azucenas de sus frentes. Si reunidas en coros en las plazas públicas ó en el templo del Señor, cantaban ó se movian en concertadas cadencias al compás de sonoros instrumentos, las castas y nobles hijas de Sion parecian bajadas

del cielo para consuelo de la tierra, ó enviadas por Dios para regalo de los hombres. Cuando los míseros hebreos, atados al carro del vencedor, pisaron la tierra de su servidumbre, pesóles mas de la pérdida de su vista que de la de su libertad; sin ellas érales el sol odioso, el dia oscuro, el canto triste, y luego que por falta de lágrimas suspendieron su llanto y por falta de fuerzas sus gemidos, cerraron sus ojos á la luz, y colgaron sus inútiles harpas en los sauces tristes de Babilonia.

Ni se contentaron los hebreos con fiar á la muger el blando cetro de los hogares, sino que pusieron muchas veces en su mano fortísima y victoriosa el pendon de las batallas y el gobierno del estado. La ilustre Débora gobernó la república en calidad de Juez supremo de la nacion, como general de los ejércitos peleó y ganó batallas sangrientas, como poeta celebró los triunfos de Israël y entonó himnos de victoria, manejando á un tiempo mismo con igual soltura y maestría la lira, el cetro y la espada. En tiempo de los reyes la viuda de Alejandro Janneo tuvo el cetro diez años: la madre del rey Asa la gobernó en nombre de su hijo, y la muger de Hircano Macabeo fué designada por este príncipe para gobernar el estado despues de sus dias. Hasta el espíritu de Dios que se comunicaba á pocos descendió tambien sobre la muger abriéndola los ojos y el entendimiento para que pudiese ver y entender las cosas futuras. Hulda fué alumbrada con espíritu de profecía, y los reyes se acercaban á ella sobrecogidos de un gran temor, contritos y recelosos, para saber de sus labios lo que en el libro de la Providencia estaba escrito de su imperio. La muger entre los hebreos, ahora gobernase la familia, ahora dirigiera el estado, ahora hablara en nombre de Dios, ahora por último avasallara los corazones, cautivos de sus encantos, era un ser benéfico que ya participaba tanto de la naturaleza angélica como de la naturaleza humana. Leed sino el cantar de los cantares, y decidme si aquel amor suavísimo delicado si aquella esposa vestida de olorosas y cándidas azucenas, si aquella música acordada, si aquellos deliquios inocentes y aquellos subidos arrobamientos, y aquellos deleitosos jardines, no son mas que cosas vistas oidas y sentidas en la tierra, cosas que se nos han representado como en sueños, en una vision del paraiso.

Y sin embargo, señores, para conocer á la muger por escelencia, para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios; para considerarla en toda su belleza inmaculada y altísima, para formarse alguna idea de su influencia santificadora, no basta poner la vista en aquellos bellísimos tipos de la poesía hebraica que hasta ahora han deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestros sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la muger no es Rebeca, ni Débora, ni la esposa del cantar de los cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir mas allá y subir mas alto; es necesario llegar á la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa: para sorprender á Dios formando el tipo perfecto de la muger es necesario subir hasta el trono resplandeciente de María. María es una criatura aparte, mas bella por sí sola que toda la creacion: el hombre no es digno de tocar sus blancas vestidu-

ras: la tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra los paños de brocado: su blancura escede á la nieve que se cuaja en las montañas: su rosicler al rosicler de los cielos: su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios: pero la muger se le adelanta y le deslustra y le vence, porque María tiene nombres mas dulces y atributos mas altos. El Padre la llama hija y la envia embajadores: el Espíritu Santo la llama esposa, y la hace sombra con sus alas; el Hijo la llama Madre y hace su morada de su sacratísimo vientre: los Serafines componen su corte: los cielos la llamaron Reina, los hombres la llaman Señora: nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Ved ahí la muger, señores: ved ahí la muger: porque Dios en María las ha santificado á todas: á las vírgenes porque ella fué vírgen: á las esposas porque ella fué esposa: á las viudas porque ella fué viuda: á las hijas porque ella fué hija: á las madres porque ella fué madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el mundo: él ha hecho paces entre el cielo y la tierra: ha destruido la esclavitud, ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres, pero con todo esto, la mas portentosa de todas sus maravillas, la que mas hondamente ha influido en la constitucion de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificacion de la muger proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuenta, señores, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre las pecadoras es lícito arrojar los baldones y el insulto, porque basta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso á la Magdalena debajo de su amparo: y cuando hubo llegado el dia tremendo en que se anubló el sol, y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pié de su cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para darnos así á entender, que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente á la inocencia y al arrepentimiento.

Ya hemos visto de que manera el sentimiento religioso y el del amor, y la noticia completa ó desfigurada de la divinidad y de la muger sirven hasta cierto punto para ponernos de manifiesto las diferencias esenciales que se advierten entre la poesía bíblica y la de los pueblos gentiles. Solo nos falta ahora para dar fin á este discurso, que va creciendo demasiado, poner á vuestra vista como de relieve la inconmensurable distancia que hay entre las constituciones políticas de los pueblos mas cultos entre los antiguos y la del pueblo hebreo, depositario de la palabra revelada; y el diverso influjo que esas distintas constituciones ejercieron en la diferente índole de la poesía gentílica y de la hebraica.

Ya he manifestado antes, y confirmo ahora mi primera manifestacion, que las fuentes de toda poesía grande y elevada son el amor á Dios, el amor á la muger y el amor al pueblo: de tal manera, que la poesía pierde las alas con que vuela allí donde los poetas no pueden beber la inspiracion en estos manantiales fecundos, en esas clarísimas fuentes: pa-

raque existan esos fecundísimos amores una cosa es necesaria, que sea conocida la divinidad con toda su pompa, la muger con todos sus encantos, el pueblo con todas sus libertades y todas sus magnificencias; por esta razon allí donde se da el nombre de Dios á la criatura, de muger á una esclava, de pueblo á una aristocracia opresora, puede afirmarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que la poesía con toda su pompa y majestad no existe, porque no existen esos fecundísimos amores.

Ahora bien: la nocion del pueblo es el resultado de estas dos nociones, la de la asociacion y la de la fraternidad. ¿Sabeis lo que es el pueblo? El pueblo es una asociacion de hermanos; y ved porque la nocion del pueblo no puede coexistir en el entendimiento con la de la esclavitud. De donde se sigue que el pueblo no ha podido existir ni ha existido sino en las sociedades depositarias de la idea de la fraternidad revelada por Dios á la gente hebrea, por Jesucristo á todas las gentes. Lo que en las repúblicas griegas se llamó pueblo, no fué ni pudo ser un verdadero pueblo; es decir una asociacion de hermanos, sino una verdadera aristocracia, ó lo que es lo mismo, una asociacion de señores.

Esto esplica porque entre los griegos la poesía es eminentemente aristocrática. Homero canta á los reyes y á los dioses: nos dice sus genealogías: nos cuenta sus aventuras: nos describe sus guerras: celebra su nacimiento y llora su muerte. Los poetas trágicos presentan á nuestra vista el espectáculo soberbiamente grandioso de sus amores, de sus crímenes y de sus remordimientos. Los humanos infortunios y las pasiones humanas para ser elevadas á la dignidad y á la altura de sentimientos trágicos debian caer sobre las frentes y conturbar los corazones de hombres de regia estirpe y de nobilísima cuna. El fratricidio no era un asunto trágico si los fatricidas no se llamaban *Etéocles* y *Polinice* y si la sangre no manchaba los mármoles del trono. El incesto no era digno del coturno si la muger incestuosa no se llamaba *Fedra* ó *Jocasta*, y si el horrendo crímen no manchaba el tálamo de los reyes. Por donde se vé que entre los griegos no habia asuntos trágicos sino personas trágicas; y que la tragedia no era aquella voz de terror, aquel acerbo gemido que la humanidad deja escaparse de sus labios cuando la turban las pasiones, sino aquella otra voz fatídica y tremenda que resonaba lúgubremente en los regios alcázares cuando los dioses querian dar en espectáculo al mundo las flaquezas de las dinastías y la fragilidad de los imperios.

Si volvemos ahora los ojos al pueblo de Dios, nos causará maravilla la grandeza y la novedad del espectáculo.

El pueblo de Dios no trae su orígen ni de semidioses ni de reyes; desciende de pastores. Hijos todos los hebreos de Abraham, de Isaac y de Jacob, todos son hermanos. Rescatados todos de la servidumbre de Egipto, todos son libres: sujetos todos á un solo Dios y á una sola ley, todos son iguales. El pueblo de Dios es el único de la tierra entre los antiguos que conservó en toda su pureza la nocion de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres. Cuando Moysés les dió leyes, no instituyó el gobierno

aristocrático, sino el popular, y les concedio derecho de elegir sus propios magistrados, que, en calidad de guardadores de su divino Estatuto, tenian el encargo y el deber de mantenerlos á todos así en la paz como en la guerra bajo el imperio igual de la justicia. Desconocíanse entre los hebreos los privilegios aristocráticos y las clases nobiliarias ; y temeroso su gran legislador de que la desigual distribucion de las riquezas no alterase con el tiempo aquella prudente armonía de todas las fuerzas sociales puestas como en equilibrio y balanza , instituyó el jubileo , que venia á restablecer periódicamente esa justa balanza y ese sabio equilibrio. Dieron á sus magistrados supremos el nombre de Jueces , sin duda para significar que su oficio era guardar y hacer guardar la ley que les habia dado Dios por su profeta, sin la ilegítima intervencion de su voluntad particular y de sus livianos antojos. En este estado se mantuvo la república largo tiempo , hasta que el pueblo , amigo siempre de mudanzas y novedades , cambió su propio gobierno, instituyendo la monarquía , por un acto solemne de su voluntad soberana. Este cambio sin embargo tuvo menos de real que de aparente, como quiera que el rey no fué sino el heredero de la autoridad del juez, limitada por la voluntad de Dios y por la voluntad del pueblo.

Por eso el pueblo es la persona trágica por escelencia en las tragedias bíblicas. Al pueblo se dirige la promesa y la amenaza: el pueblo es el que acepta y sanciona la ley : el pueblo es el que rompe en tumultos y rebeliones ; el que levanta ídolos y los adora ; el que quita jueces y pone reyes , el que se entrega á supersticiones y agüeros; el que bendice y maldice á un tiempo mismo á sus profetas ; el que ya los levanta sobre todas las magistraturas, ya los destroza con atrocísimos tormentos; el que magnifica al Dios de Israël y recibe con himnos de alabanza á los dioses egipcios y babilonios; el que puesto en el trance de escoger entre las iras del Señor y sus misericordias , en el ejercicio de su voluntad soberana renuncia á sus misericordias y vá delante de sus iras. En Israël no hay mas que el pueblo : el pueblo lo llena todo: al pueblo habla Dios , al pueblo habla Moysés : del pueblo hablan los profetas : al pueblo sirven los sacerdotes : al pueblo sirven los reyes : hasta los salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares.

Las pompas de la monarquía duraron poco y se desvanecieron como la espuma. Fueron David y Salomon príncipes temerosos de Dios, amigos del pueblo, en la paz magnánimos, y en la guerra felicísimos: gobernaron á Israël con imperio templado y justo , y su prosperidad pasaba delante de sus deseos ; fué el último visitado por los reyes del Oriente: levantó el templo del Señor sobre piedras preciosas y le enriqueció con maderamientos dorados : la fama de sus magnificencias y de su sabiduría mas que humana , se estendió por todas las gentes. Pero cuando estos príncipes dichosos bajaron al sepulcro , luego al punto comenzó á despeñarse la magestad del imperio, sin que nunca mas tornara á volver en sí: dividiéronse las tribus , y rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de sus

fracmentos dos imperios enemigos, dados ambos á torpezas y deleites. Siguiéronse de aquí grandes discordias y guerras, furiosos temporales y horrendas desventuras : los reyes se hicieron idólatras y adoraron los ídolos: los sacerdotes se entregaron al ocio y al descanso. El pueblo se habia olvidado de su Dios, y las muchedumbres tumultuaban en las calles.

En medio de tan procelosas tempestades, y corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios sus grandes profetas paraque hicieran resonar en Judá el eco de su palabra, y sacaron de su profundo olvido y hondo letargo á los reyes idólatras, á los sacerdotes ociosos y á aquellas bárbaras muchedumbres dadas á sediciones y tumultos. Jamás en ningun pueblo de la tierra antiguo ni moderno hubo una institucion tan admirable y tan santa y tan popular como la de los profetas del pueblo de Dios. Atenas tuvo poetas y oradores: Roma tribunos y poetas. Los profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores á un tiempo mismo. Como los poetas cantaban las perfecciones divinas; como los tribunos, defendian los intereses populares ; como los oradores , proponian lo que juzgaban conforme á las conveniencias del estado. Un profeta era mas que Homero, mas que Demóstenes, mas que Graco; era Graco , Homero y Demóstenes á un mismo tiempo. El profeta era el hombre que daba de mano á todo regalo de la carne y á todo amor de la vida, y que , mensagero de Dios, tenia el encargo de poner su palabra en el oido del pueblo , en el oido de los sacerdotes y en el oido de los reyes. Por eso los profetas amenazaban, imprecaban , maldecian ; por eso dejaban escaparse de sus pechos poderosas, tremendas , aquellas voces de temor y de espanto que se oian en Jerusalen cuando venia sobre ella un ejército fortísimo y numerosísimo el rey de Babilonia , ministro de las venganzas de Jehová y de sus iras celestiales. Los poetas cesareos miraban siempre antes de hablar los semblantes de los príncipes. Los oradores y los tribunos de Atenas y de Roma tenian puestos los ojos antes de soltar los torrentes de su elocuencia en los semblantes del pueblo: los profetas de Israël cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los reyes , atentos solo á lo que Dios les decia interiormente en sus almas: por eso hicieron frente á los odios implacables de los príncipes que habiendo puesto su sacrílega mano en el templo de Dios , no temian ponerla en el rostro augusto de sus profetas: por eso resistieron con constantísimo semblante á la grande indignacion y bramido popular , creciendo su constancia al compás de la persecucion y al compás de las olas de aquellas furiosas tempestades , sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos : por eso , en fin, casi todos ó entregaron sus gargantas al cuchillo , ó buscaron en tierras estrañas un triste sepulcro.

Yo no sé, señores, si hay en la historia un espectáculo mas bello que el de los profetas del pueblo de Dios, luchando armados con el solo ministerio de la palabra contra todas las potestades de la tierra. Yo no sé si ha habido en el mundo poetas mas altos, oradores mas elocuentes, hombres mas grandes, mas santos y mas libres. Nada faltó á su gloria: ni la

santidad de la vida, ni la santidad de la causa que sustentaron, ni la corona del martirio.

Con los profetas tuvo fin la época de la amenaza; con el Salvador del mundo comienza la época del castigo. Antes de poner término á este discurso, hagamos todos aquí una estacion: recojamos el espíritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.

Sófocles escribió una de las mas bellas tragedias del mundo que intituló *Edipo Rey*: esta tragedia ha sido traducida, imitada reformada por los mas bellos ingenios, y á nosotros nos ha cabido la suerte de poseer con ese título una de las tragedias que mas honran nuestra literatura clásica.

Pero hay tragedia mas admirable, mas portentosa todavía, que corre sin nombre de autor, y á quien no puso título, sin duda porque no es una tragedia especial, sino mas bien la tragedia por exelencia. Son sus actores principales Dios y un pueblo: el escenario es el mundo, y al prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Entre esta tragedia y la de Sófocles, á vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas, que me atreveria á intitularla *Edipo pueblo*.

Edipo adivina los enigmas de la esfinge, y es reputado por el mas sabio y el mas prudente de los hombres, el pueblo judío adivina el enigma de la humanidad, oculto á todas las gentes: es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano, y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan á Edipo la victoria sobre todos sus competidores, y le asientan en el trono de Tebas. Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo á la tierra de promision y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses por la voz de los oráculos délficos habian anunciado á Edipo, entre otras cosas nefandas, que seria el matador de su padre: Jehová por la voz de los oráculos bíblicos habia anunciado á los judíos que matarian á su Dios. Un hombre muere á manos de Edipo en una senda solitaria: un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario; este hombre era el Dios de Judá: aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay; pero algo hay, señores, en este *similiter cadens* de la historia que causa un involuntario, pero profundísimo estremecimiento.

Ya lo veis, señores; unos mismos son los oráculos y una misma la catástrofe, ahora vereis como una misma ceguedad hace inevitable esta catástrofe, y hace buenos aquellos tremendos oráculos.

Edipo sabe que mató á aquel hombre en aquella senda, pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio: Polibio estaba muy lejos de allí, y el que murió á sus manos era desconocido y estranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazareth: saben que le pusieron entre dos ladrones para mas escarnecerle; pero su conciencia está tranquila: su Dios habia de venir, pero aun estaba lejos: su Dios habia de ser conquistador y rey y habia de rugir como el leon de Judá, mientras que el hombre de la cruz habia nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no habia encontrado una piedra en donde reclinar su frente. «Si eres hijo de Dios, ¿porqué no bajas de la cruz? dijo el pueblo judío:» si el que murió á mis manos me habia dado el ser,

¿cómo al darle la muerte no saltó el corazon en mi pecho? ¿Cómo es que no me habló la voz de la sangre? «Esto dijo el rey parricida; y el pueblo matador de su Dios, y el hombre matador de su padre se complacieron en su sagacidad y escarnecieron á los oráculos y se mofaron de los profetas.

Pero la divinidad implacable que calladamente está en ellos y obra en ellos, los empuja para que caigan, y quita la luz de sus ojos paraque no vean los abismos. Ambos se hallan poseidos de súbito de una curiosidad inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta á Yocasta, pregunta á Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto: ¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? Quién soy yo? » El pueblo judío pregunta á Jesus: «¿Quién eres? Eres por ventura nuestro Dios y nuestro rey? El drama aquí comienza á ser terribilísimo: no hay pecho que no sienta una impresion dolorosa, inesplicable, increible, ni frente que no esté bañada en sudores, ni alma que no desfallezca con angustias.

Entre tanto la cólera de los dioses cae sobre Tebas: la peste diezma las familias y envenena las aguas y los aires. El cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegría. En la populosa ciudad reina el silencio y el espanto, la desolacion y la muerte. Las matronas tebanas discurren por los templos y con votos y plegarias cansan á los dioses. Sobre Jerusalen, la mística, la gloriosa, cae un velo fúnebre: por aquí van santas mugeres que se lamentan, por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan á la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita que lleva al Calvario al justo. «Una generacion no pasará sin que vengan sobre vosotras, matronas de Sion, tan grandes desventuras, que sereis asombro de las gentes: ya asoman por esos repechos las romanas legiones: ya cruzan los aires trayendo el rayo de Dios las águilas capitolinas: ¡Jerusalen! ¡Jerusalen! ¡ay de tus hijos! porque tienen hambre y no encuentran pan; tienen sed y no encuentran agua; quieren hacer plegarias y votos en el templo de Dios, y están sin Dios y sin templo; quieren vivir, y á cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura y son pasto de las aves.»

Edipo sale de su alcázar para consolar á su pueblo moribundo, y gobernando los dioses su lengua, los toma por testigos de que el culpable será puesto á tormento y echado de la tierra; lanza sobre él anticipadamente la excomunion sacerdotal, le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los hombres, y carga su cabeza con las execraciones públicas. El pueblo judío tomado de un vértigo caliginoso, poseido de un frenesí delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le oscurece la razon, y ardiendo en la fragua de sus furores, exclama diciendo: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* ¡Desventurado pueblo! ¡Desventurado rey! Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo á un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Y despues cuando los oráculos bíblicos y los délficos se cumplieron, los torbellinos arrancan al pueblo deicida de la tierra de promision, y el parricida huyó del trono de Tebas.

Edipo fué horror de la Grecia: el pueblo judío es horror de los hombres. Edipo caminó con los ojos sin luz, de monte en monte y de valle en valle, publicando las venganzas divinas: el pueblo judío camina sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás de pueblo en pueblo, de region en region, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la ley del talion á la ley de la gracia, y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dado. Dió bofetadas á su Dios, y ha diez y nueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo: escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro: despojó á Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros y le arrojan desnudo al otro lado de los mares: Dió á beber á su Dios vinagre con hiel, y con beber en ella á todas horas el pueblo deicida no consigue apurar la copa de las tribulaciones: puso en los hombros de su Dios una cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas: crucificó y es crucificado. Pero el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero, es clemente. Mientras que los dioses ningun otro consuelo dejaron á Edipo sino Antígona, el Dios que murió en la cruz en prenda de su misericordia, dejó á sus matadores la esperanza.

Entre la tragedia de Sófocles y esa otra tragedia sin nombre y sin título cuya maravillosa grandeza acabo de esponer á vuestros ojos con toda su terrible majestad, hay la misma distancia que entre los dioses gentílicos y el Dios de los hebreos y de los cristianos: la misma que entre la fatalidad y la providencia: la misma que entre las desdichas de un hombre y las desventuras de un pueblo que ha sido el mas libre de todos los pueblos y el mas grande de todos los poetas.

He terminado, señores, el cuadro que me habia propuesto presentar ante vuestros ojos: si os parece bello y sublime, su sublimidad y su belleza está en él, como trazado que ha sido por el mismo Dios, en la larga y lamentable historia de un pueblo maravilloso: si en él encontrais grandes lunares y sombras, esas sombras y esos lunares son mios: por ellos reclamo vuestra indulgencia: vuestra indulgencia, señores, que nunca ha sido negada á los que como yo la imploran, y á los que como yo la necesitan.»

« *Despues de la bellisima produccion que acabamos de transcribir, no parecerá mal que para coronamiento de este tomo y por la conexion general que guarda con todo lo que hemos dicho acerca la muger, que es el objeto principal de la obra, insertemos á continuacion dos cortos fracmentos del discurso inaugural que sobre el sistema físico y moral de la muger leyó en la Academia Médico-cirúrgica de Valencia el 2 de enero de 1847 don Anastasio Chinchilla, Médico de cámara de S. M.*

«Las primeras líneas del carácter físico y moral de la muger se hallan ya consignadas en el divino texto en persona de la primera madre del género humano.

Creó Dios el hombre y le colocó en el paraiso de las delicias, pero faltándole la mayor le dió una compañera, una muger. Dios les prohibió comer del árbol de la sabiduría,

amenazándoles con la muerte. Eva, como mas débil es engañada: pero dominando al hombre le induce á comer del árbol prohibido, y pueden mas en el corazon de aquel sus seductoras convicciones que las amenazas de su Dios.

Ved, pues, señores, simbolizados en estos pasages los objetos que he de comentar en este discurso: «debilidad de la muger por su carácter físico: gran poder sobre el hombre; é influencia en la sociedad por su carácter moral.»

No hay objeto, no hay otro sér en el universo que haya llamado mas la atencion de los sabios en todos tiempos que la muger. Los poetas, los filósofos, los médicos, los moralistas, los jurisconsultos, los teólogos y los políticos la han hecho objeto de sus mas profundas meditaciones.

Montaigne, Fenelon, Rousseau, Roussel, Thomas, Desmarais, Cabanis, Diderot, Mirabeau, Marcontell, Buffon, Moreau de la Sarthe, Virey, Voltaire, y entre nuestros españoles, Gaspar Franco de los Reyes, Bonells, Bustamante de la Paz, Gerónimo de Huerta, Viguera y Canseco nos han consignado en sus escritos tantas y tan preciosas ideas que nada puede añadirse á ellas.

En las obras siguientes, dedicadas al bello sexo, y tituladas: «Las Mugeres ilustres; Las Mugeres sabias; Las Mugeres fuertes; El Mérito y belleza de las Mugeres; La nobleza y escelencia de las Mugeres, y La Escelencia del bello sexo,» se notan pasages en que brillan los encantos y el poder mágico de los objetos de sus epígrafes.

Hay sin embargo otros escritos en que se ha tratado de pintar al bello sexo como el ente mas despreciable: pero en medio de sus picantes sátiras han dejado sus autores traslucir el interesante papel que desempeña la muger en el pecho del hombre, y por consiguiente en la sociedad.

San Agustin decia á la muger: «Eres débil y servirás al hombre; si no le haces sentir la llama de tu amor será una piedra ó una bestia, y si la siente dominarás su corazon y le atarás al carro triunfal de tu alvedrío.»

La vara de la justicia en la tierra se dobla á veces humedecida con las lágrimas de una muger. La hermosa Filene, acusada de un grave delito, es conducida al tribunal para oir su sentencia de muerte, pero al tiempo de fallarla tira su astuta madre del velo negro que cubria su celestial hermosura, y desde aquel momento el acusador palidece, tiembla, articula medias palabras y termina por ser su defensor. Una tierna escena tiene lugar en el tribunal de justicia, y á un elocuente silencio sigue la absolucion de la acusada.

. . . .

En la muger es una ley la necesidad de amar; ya cuando niña ó doncella necesita el amparo del padre como antemural de su honestidad: ya cuando en la edad núbil se prepara á la pérdida de aquel, formando un nuevo baluarte con la reunion nupcial al mas fuerte: ya cuando comienzan los encantos de la maternidad con el principio de un gèrmen vivificado en su seno, y ya cuando se ocupa con su inimitable amabilidad en la educacion de su cara prole.

Por el amor llega á ser árbitra soberana del fuerte que la rindió, por el amor le avasalla con su misma debilidad; por el amor le ata al carro triunfal de su alvedrío. Por el amor, cuando parece que cede, es para man-

dar mas pronto y con mas estenso poderío. En su amor está su poder: en sus atractivos su victoria; y en su corazon el poder del hombre. La naturaleza parece haberla dotado de estas prendas inestimables para distraerla y compensarla de las penalidades anejas á su sexo.

Ese pudor, esa amable coquetería (permítaseme decirlo así, ya que como naturalista no debo sujetarme al rigorismo de la galantería social): esa coquetería, vuelvo á decir, no es un crímen, ni un vicio imputable, es como si la muger deseara ser vencida y buscase nuevos triunfos en nuevas derrotas, ó como si no se le pudiese agradar sino subyugándola y rindiéndola de nuevo. Por eso el poder de la muger nace de su misma debilidad: busca la fuerza que le falta, y avasalla al hombre sometiéndose á él.

El hombre vé la fuerza de esta verdad en sí mismo. ¿Cuánto no le indigna el abandono lúbrico que hace una Mesalina de sus atractivos y de sus torpezas? ¿Acaso el recato y el pudor no son el deleite y el estímulo mas vivo del ardor amoroso? ¿Cuánto atractivo no añade á esta pasion la idea de la virtud que lisonjea nuestro amor propio, cediendo á un solo adorador? ¿Cuánto no aumenta los laureles de la victoria el noble orgullo de una muger hermosa y recatada que dá un valor inapreciable á su derrota? Destruido el altar de la honestidad, indudablemente cesaria la adoracion, terminarian los sacrificios y con ellos la existencia.

Otro tanto puede decirse de esas preferencias de que tanto se lamenta la juventud enamorada, que son otras tantas armas con que se quiere combatir el bello sexo.

Las simpatías es indudable que ejercen sobre la debilidad del sistema nervioso de la muger impresiones mas fuertes que en el del hombre y de aquí la continua movilidad de aquella.

No deja de ser duro que se quiera tenga estabilidad lo que por su naturaleza es movible é inconstante, y que se critique que todas las mugeres no sean Amenaidas fieles á sus Tancredos, cuando por otra parte conocen casi la imposibilidad, citando con admiracion estos ejemplos. ¿Qué de admirar es que de un *sí* de una muger pronunciado en el rapto de una pasion vehemente retroceda y se convierta en *nó*, cuando vuelva la dulce calma, ó cuando por un efecto casual cambie la escena del cariño?

Por eso reinan los celos, que dígase lo que se quiera, son en sentir de Tácito un nuevo refresco del amor adormecido. La vanidad de que á la muger se le acusa le es precisa; pues estando destinada á agradar, ¿no habia de engalanarse para el combate y la gloria? Si el incienso de la alabanza la trastorna: si la embriaga y narcotiza nuestra idolatría; si la engrien nuestros elogios ¿es suya la culpa? á un sér tímido y delicado ¿no le han de agradar los homenages, ni le han de envanecer los rendimientos? ¿No ha de gozar de un placer inusitado la jóven que ve postrado á sus plantas implorando una sola mirada á un hombre soberbio, á un orgulloso vencedor? ¡Con cuanta razon dijo el historiador del gran Alejandro que la sola mirada de una muger bastaba para trastornar el mundo!

Así por mas que exageren sus acusaciones los enemigos del bello sexo, no podrán disputarle la humanidad, el donaire, la gracia, la sensibilidad,

la ternura, ni aquella alma complaciente en que se reunen los hechizos, las virtudes, el sufrimiento y el narcótico de nuestros furores. Su disimulo, sus artificios, su orgullo y sus desdenes ¿no añaden nuevos triunfos al amor? ¿no la busca el hombre para que le acompañe á soportar la pesada carga de la vida? Acaso, acaso habrá todavía en Chio y en Tenedos Elenas y Aspasias capaces de encender una guerra por su posesion.

El hombre hace mil sacrificios antes de poseer la muger, pero esta despues se inmola á mayores trabajos futuros, que el hombre desconoce. Desde aquel momento comienzan su subordinacion, su debilidad, las molestas consecuencias del matrimonio, los cuidados de alimentar en sus entrañas un ser nuevo, el cariño de sustentarlo con el dulce néctar de sus pechos..... Y si soltera fué una reina circuida de adoradores entusiastas por conseguir su privanza, casada y madre una multitud de necesidades la someten á un protector.

Pero en cambio debe confesarse, que la muger no está en su verdadero centro, en su destino mas sagrado y dichoso para ella, sino cuando se halla donde le dictan sus deberes y el fin para que fué creada. En medio de su cara familia, atendiendo al cuidado y necesidades de sus miembros, allí lucen sus gracias, y todo su mérito y valor.

La muger es la única hembra que puede gloriarse de tener en sus manos la suerte futura de su prole, segun sean los sentimientos que desde sus tiernos dias sepa inspirarle.

La naturaleza, pues, quiso dividir el género humano en dos ramificaciones; el hombre, encargado de pensar, de elevarse á las sublimes contemplaciones y de progresar en las ciencias y en las artes: la muger, encargada de cumplir con desvelos continuos la ley terminante de la posteridad, de asistirle, de consolarle, de atender á sus cuidados y necesidades, de hacer mas llevaderas sus fatigas y de darle individuos que le han de suceder en la carrera de las investigaciones.

Si el hombre es la cabeza y la muger es el corazon de la familia, esta sola verdad basta para considerarla el sosten de la vida humana y el primer eslabon que une las cadenas de la existencia eterna y divinal. ¡Muger! ¡Esposa! ¡Madre! ¡con cuanta justicia reclamas los homenages del universo!»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN EL TOMO PRIMERO.